

*Anais de História
de Além-Mar*

ÍNDICE

ARTIGOS

EL DUQUE DE MEDINA SIDONIA EN LA CRISIS DE 1640: CONTEXTO E HIPÓ- TESIS PARA UNA CONJURA, Luis Salas Almela.....	7
«DE ESPANHA, NEM BOM VENTO NEM BOM CASAMENTO». LA GUERRA COMO DETERMINANTE DE LAS DIFÍCILES RELACIONES ENTRE LAS DOS CORONAS IBÉRICAS EN LA PENÍNSULA Y EN AMÉRICA. 1640-1808, Juan Marchena Fernandez	29
ÍNDIOS, JESUÍTAS, BANDEIRANTES: O USO DAS PLANTAS MEDICINAIS NO BRASIL COLONIAL (SÉCULOS XVI E XVII), Cristina B. F. M. Gurgel e Rachel Lewinsohn	113
COMPORTAMENTOS DE RESISTÊNCIA À INTEGRAÇÃO COLONIAL NA AMAZÔNIA PORTUGUESA (SÉCULO XVIII), Rui Gomes Coelho	129
O OURO NOBILITANTE: A NOBREZA NA CAPITANIA DE MINAS GERAIS, Roberta Giannubilo Stumpf	185
O GOVERNO E OS GOVERNADORES DO ESTADO DO GRÃO-PARÁ E MARANHÃO: RECRUTAMENTO, TRAJETÓRIAS E REMUNERAÇÃO DE SERVIÇOS (SÉCULOS XVIII-XIX), Fabiano Vilaça dos Santos.....	205
A PALAVRA E O IMPÉRIO: A PROPÓSITO DE UMA <i>ARTE DA GRAMMATICA</i> IMPRESSA NA BAHIA EM 1811, Pablo Antonio Iglesias Magalhães	231
UM POUCO DE HISTORIOGRAFIA: A REPRESENTAÇÃO DO PASSADO COLONIAL BRASILEIRO A PARTIR DA INDEPENDÊNCIA, Tereza Cristina Kirschner	249

LES MISSIONS DIPLOMATIQUES PORTUGAISES EN PERSE DANS LA PREMIÈRE MOITIÉ DU XVI ^E SIÈCLE: LES AUDIENCES DE MIGUEL FERREIRA (1514) ET DE FERNÃO GOMES DE LEMOS (1515) À LA COUR DE CHÂH ESMA'ÏL SAFAVIDE, Dejanirah Couto	277
UM ESTREITO GLOBALIZADO: A LUTA POR ORMUZ (1622) E A GLOBALIZAÇÃO DAS RELAÇÕES INTERNACIONAIS NO PERÍODO MODERNO, Graça Almeida Borges	309
BITTER ENEMIES OR MACHIAVELLIAN FRIENDS? EXPLORING THE DUTCH- -PORTUGUESE RELATIONSHIP IN SEVENTEENTH-CENTURY SIAM, Rita Bernardes de Carvalho	361
 DOCUMENTOS	
TITULARS OF THE DIOCESE OF COCHIN, FROM ITS FOUNDATION TO 1951. List of bishops/ecclesiastical officials their substitutes, with inventory of connected historical sources, Maria de Lurdes Rosa	389
 RECENSÕES	411
 PROJECTOS	427
 EVENTOS	445
 RESUMOS / ABSTRACTS	451

Artigos

EL DUQUE DE MEDINA SIDONIA EN LA CRISIS DE 1640: CONTEXTO E HIPÓTESIS PARA UNA CONJURA

por
LUIS SALAS ALMELA *

«En el mundo, señor, corre la epilepsia
de repúblicas y desobediencia de príncipes,
como de calenturas malignas».

Melo a Olivares, 26 de octubre de 1640¹

Una conjura de la época barroca siempre es una materia de estudio esquivada, en la que nada suele resultar ser lo que parecía y en la cual la disimulación alcanzaba su más elaborada forma. Si, además, la conjura en cuestión fue abortada – como es el caso que aquí nos ocupa –, es probable que estemos ante un espesor de brumas tan denso que nunca podamos llegar a resolver muchas de las incógnitas que nos plantea. En una época en la que los asuntos y negocios más importantes se trataban *a boca*, sólo una gran abundancia de testimonios escritos de los encausados podría permitir una aproximación, más o menos segura, a los planes de los implicados. Como este no es el caso de la conjura del IX duque de Medina Sidonia, descubierta en el verano de 1641, sino que de lo que disponemos es de una serie de textos contradictorios, dispersos y escasos, la forma más segura de aproximarse a aquella conspiración es el análisis de las circunstancias en las que se inscribe la proyectada conspiración, cosa que hasta el momento se ha intentado de forma muy superficial.

* Centro de História de Além-Mar e Escuela de Estudios Hispano-Americanos (CSIC).

¹ Citado en ELLIOTT, J. H.: *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona, 1990 [1986], p. 578.

Lo que conocemos, es decir, los hechos conocidos en torno a la conjura, son escasos. Sabemos que en agosto de 1641, mientras estaba desempeñando su cargo de Capitán General del ejército de Andalucía en la guerra con el Portugal *restaurado* del duque de Bragança – guerra iniciada, al menos nominalmente, en diciembre del año anterior –, el duque de Medina Sidonia fue llamado con toda urgencia y de forma imprevista a presencia del rey Felipe IV en Madrid. Tras algunas dilaciones y excusas, el duque compareció ante Su Majestad Católica y, ya en lo presumible, parece ser que confesó su culpa por haber conspirado contra su monarca, recibiendo de inmediato el perdón. En los meses siguientes, el duque permaneció en la Corte tratando de acallar los crecientes rumores sobre su deslealtad, campaña de imagen que concluyó con el desafío caballeresco que lanzó contra dom João IV de Portugal. Como el nuevo rey Bragança no compareció, Medina Sidonia quedó confinado de forma tácita – es decir, sin orden expresa sobre su futuro inmediato – en la frontera extremeña, hasta que fue nombrado Capitán General de la frontera atlántica con Francia, con sede en Vitoria.

Sin embargo, el duque no llegó a acudir a su puesto, sino que tomó el rumbo opuesto, dirigiéndose a sus *estados*. Su llegada a su corte señorial de Sanlúcar, en el verano de 1642, sin permiso expreso del rey provocó bastante alboroto en toda la Baja Andalucía. Durante una tensa semana, las autoridades sevillanas presionaron al duque para que acudiese a Vitoria, donde debía residir en función de su nuevo cargo. Así lo hizo al fin Medina Sidonia, sólo para, al poco de llegar a su destino, ser detenido por el delito de desobediencia que había supuesto su viaje a Sanlúcar. Tras permanecer detenido algunos meses sin sufrir ningún otro tipo de represalias, la caída de su pariente – el conde-duque de Olivares – desencadenó todo un ciclo de castigos contra el duque, que perdió en consecuencia el título de Capitán General del Mar Océano y Costas de Andalucía – que heredara de su padre y su abuelo – y, sobre todo, el señorío de Sanlúcar².

La propuesta de aproximación a este episodio que aquí se ofrece parte del estudio de las condiciones en las que llegaba la Casa de Medina Sidonia a la coyuntura de 1640, tan crítica para la Monarquía Hispánica. Vamos a analizar las circunstancias de un poder nobiliario construido a lo largo de varios siglos, a la vez que atenderemos al poder regio y a otros poderes locales, tanto urbanos como señoriales. Es decir, vamos a intentar comprender y contextualizar el momento en el que se encontraba la estructura de poder

² Para un análisis pormenorizado de todo el proceso y sus circunstancias, véase SALAS ALMELA, L., *Medina Sidonia: el poder de la aristocracia (1580-1670)*, Marcial Pons, Madrid, 2008. Véase también la aportación del profesor Moreno, en la que, junto a ciertas copias de documentos ya conocidos localizados en la British Library, da a conocer una copia algo más detallada de la primera declaración de Sánchez Márquez, uno de los delatores de los planes sediciosos. MORENO ALONSO, M.: «El descubrimiento de la conspiración del duque de Medinasidonia», en CASTELLANOS, J. L. y LÓPEZ-GUADALUPE, M. L. (coords.), *Homenaje a don Antonio Domínguez Ortiz*, volumen II, Granada, 2008, pp. 603-631.

de la que los duques eran cabeza. Ahora bien, dado que en 1640 hizo crisis toda la estructura imperial hispana, habrá que poner en relación este agravio nobiliario específico con otros descontentos, en especial en su área de influencia: la Baja Andalucía.

Cuando, en 1961, don Antonio Domínguez Ortiz se extrañaba de que Gregorio Marañón hubiese puesto en duda la existencia misma de la conjura del duque de Medina Sidonia, estaba explícitamente dando por buena la versión que los pocos testimonios sobre el oscuro episodio ofrecen. En especial, el gran historiador sevillano aceptaba la veracidad de la confesión de sus culpas que el propio Medina Sidonia había entregado a Felipe IV en una discreta estancia del alcázar de Madrid en el verano de 1641³. Sin embargo, insistimos, el episodio de la conjura contiene, si sólo atendemos a la documentación sobre el proceso, enormes lagunas. De hecho, como el propio don Antonio sugería, es posible que la mayor parte de los papeles de la investigación judicial contra el duque fuesen destruidos, bien como parte del perdón regio al duque, bien por algún oportuno descuido. Por otro lado, desde la publicación del citado artículo de Domínguez Ortiz, aunque con algunos antecedentes⁴, muchas de las interpretaciones del episodio han tendido a considerar la conjura como una suerte de drama psicológico de intrigas y envidias, en sintonía con la escena que describe la famosa confesión del duque en el Alcázar madrileño⁵.

Cabe distinguir dos causas y una consecuencia de este tratamiento historiográfico de la conjura. La primera causa es el propio silencio que, en líneas generales, rodeó al episodio en su tiempo, lo que definitivamente nos impide reconstruir las circunstancias concretas del proyecto conspirativo. Esta discreción de las fuentes se justifica, ante todo, por el poder y peso social del principal acusado, lo que asemeja esta conjura a otros episodios similares. La segunda y más importante causa reside en el desconocimiento de la historia interna del ducado de Medina Sidonia, que ha impedido hasta el momento poner en conexión la conspiración con una trayectoria de poder específica, insertando su significado en un contexto a la vez más concreto – la Baja Andalucía – y más amplio – cronológicamente –. Como consecuencia de todo ello, el marco explicativo de la conjura de 1641 rara vez ha rebasado las referencias al golpe portugués de Primero de Diciembre y a la crisis del ministerio de Olivares⁶. Más aún, las menciones a la caída del valido

³ DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: «La conspiración del duque de Medina Sidonia y el marqués de Ayamonte», en *Instituciones y sociedad en la España de los Austrias*, 1985 [1961], pp. 115-153.

⁴ Ver CONDE DE FABRAQUER: *Revelaciones históricas*, Madrid, 1887, «Causas de la conspiración del duque de Medina Sidonia para alzarse rey de Andalucía en 1641» (pp. 155-178); MARAÑÓN, G.: *El conde-duque de Olivares. La pasión de mandar*, Madrid 1999 [1936].

⁵ El marco explicativo clásico de deseos de emulación lo encontramos en una aportación reciente sobre la Conjura. MORENO ALONSO, «El descubrimiento...», *op.cit.*

⁶ Con la excepción de la aportación de Luisa Isabel ÁLVAREZ DE TOLEDO, que traza una biografía del duque hasta 1642 en *Historia de una conjuración (La supuesta rebelión de Andalucía en el marco de las conspiraciones de Felipe IV y la Independencia de Portugal)*, Cádiz, 1985.

en los trabajos sobre la conjura han sido, por lo general, muy superficiales. Curiosamente, la conjura de Medina Sidonia ni siquiera ha sido puesta directamente en relación con la que, de nuevo Domínguez Ortiz, denominó «huelga de los grandes», salvo por medio de una genérica referencia a ciertas concomitancias existentes entre las motivaciones de Medina Sidonia y el descontento generalizado que habría en Castilla contra el gobierno de Olivares⁷.

En este artículo proponemos desbordar ese marco explicativo y acercarnos al significado de la conjura contemplándola desde el palacio ducal de Sanlúcar, con una atención muy especial a los años en los que fue duque de Medina Sidonia don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán el Bueno. Algo que, dado el poder y la extensión de este señorío, nos obligará a no perder de vista el contexto más amplio de las dinámicas de poder de la Baja Andalucía. No quiere esto decir que nos propongamos hacer un análisis de las «precondiciones de la revolución», a las que se refirió hace ya algunos años Elliott⁸, sobre las cuales hay abundante bibliografía, sino que vamos a interpretar el golpe dentro de un marco geográfico concreto en un momento determinado y desde el punto de vista de un señorío dotado de unos intereses y de una tradición de poder propias. Con ello pretendemos aportar nueva luz respecto a la relación que la conjura tuvo tanto con el Portugal restaurado como con la oposición política a Olivares. En otras palabras, vamos a preguntarnos por el significado que la supuesta traición de los Medina Sidonia podía tener en el verano de 1641 como expresión de los muchos descontentos que sacudían, acaso más que a otras partes de la Corona de Castilla, a la Baja Andalucía.

Una vez estudiados los antecedentes nos detendremos justo donde los pocos estudios que han abordado la conjura comienzan, es decir, a las puertas de la llamada del duque a Madrid – recordemos, en agosto de 1641 –, sometiendo a estudio las dos posibilidades que se nos ofrecen. Así, por una parte, aceptando la existencia de la conjura, trataremos de interpretar su significado. Por otra parte, suponiendo que la conjura fuese una mera invención de los émulos de Medina Sidonia, plantearemos el significado que pudiera haber tenido un golpe de fuerza de esta naturaleza por parte de Felipe IV contra la cabeza de la Casa de Guzmán. Habrá que preguntarse en ambos casos por el móvil, por el significado histórico del episodio y por la ocasión en la que se produjo para, de este modo, fijar los límites de nuestra propia hipótesis.

⁷ El término aparece en *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid, 1985 [1973]. Ver también del mismo autor «La movilización de la nobleza castellana en 1640», *Anuario de historia del Derecho Español*, 25 (1965), pp. 799-823.

⁸ ELLIOTT, J. H.: «Una sociedad no revolucionaria: Castilla en la década de 1640», en *1640: la Monarquía Hispánica en crisis*, Barcelona 1991, pp. 102-122.

1. Sanlúcar y la estructura imperial indiana

El mayorazgo de los Medina Sidonia, entendido en un sentido amplio, constituía un conjunto de intereses, aspiraciones y medios de acción social construido a lo largo de varios siglos y dotado de un prestigio y fuerza sin parangón en la Baja Andalucía. Una consideración social que se basaba, en buena medida, en un nivel de riqueza tal que ésta otorgaba a los duques una capacidad de influencia y presión que iba mucho más allá de los límites de su propio estado señorial. Esa influencia o «autoridad», como gustaban denominarla los contemporáneos, se extendía a varios sectores clave de la Baja Andalucía, pero muy destacadamente al comercio.

Como es bien sabido, la Baja Andalucía era la cabecera de la estructura imperial hispana. De ella partían y a ella regresaban las flotas transoceánicas. En este sentido, y dada su privilegiada posición geográfica, el señorío de los Medina Sidonia debe ser ubicado en el complejo entramado institucional y económico que rodeaba al comercio con Indias. En el aspecto institucional, a la altura de 1639, los duques de Medina Sidonia estaban notablemente desvinculados de la Carrera de Indias, tanto más significativamente cuanto que no siempre había sido así. De hecho, cuando en 1582 se trató de la forma de compensar los servicios del VII duque, don Alonso, en la conquista de Portugal, el propio Medina Sidonia cifró buena parte de sus aspiraciones políticas en que se le reconocieran las ocupaciones que venía desempeñando en el apresto de la Armada de la Guarda de la Carrera de Indias. La «superintendencia del despacho» de dichas armadas, que se le concedió en 1583, no estaba sino dando forma a – y de paso ampliando notablemente – a sus ya muchas responsabilidades en la materia. Si don Alonso no logró alzarse con la presidencia del Consejo de Indias fue, en buena medida, porque las instituciones sevillanas no lo consintieron⁹.

Sin embargo, esto no significa, de ningún modo, que los Medina Sidonia perdiesen en adelante toda vinculación con el tráfico americano. Su papel se centró, a partir de 1588, en dos aspectos esenciales: por una parte, en tanto que Capitanes Generales de la Costa de Andalucía, los duques conservaron un amplio grado de intervención sobre las armadas, tanto en lo referente a tropas como a bastimentos para la travesía. Por otra parte, la misma Capitanía dio entrada a los Medina Sidonia, de un modo no demasiado claro, pero constante, en la persecución del contrabando. De todo ello los duques obtuvieron ventajas respecto a otros señoríos del área. Pero además, el señorío de Sanlúcar – que, no lo olvidemos, gozaba de un almorjafazgo propio de titularidad señorial –, permitió a los Pérez de Guzmán crear en la ciudad y su puerto una estructura fiscal muy rentable – y, en gran parte, al margen del control de la Corona – que, si bien no podía ser ejercida directamente sobre el comercio indiano, sí que se vinculaba mucho con él por

⁹ Véase SALAS ALMELA, L.: «Un cargo para el duque de Medina Sidonia: Portugal, el Estrecho y el comercio indiano (1578-1584)», *Revista de Indias*, 247 (2009), 11-38.

medio de las reexportaciones¹⁰. Precisamente estas últimas constituían, no lo olvidemos, el eje que vinculaba la fiscalidad ordinaria sobre el comercio exterior con el Almojarifazgo de Indias. Es decir, si bien los Medina Sidonia no podían interferir directamente en los intercambios con América mediante su propio almojarifazgo, sí que influían en términos más amplios en el gran mercado exportador andaluz, lo que inevitablemente provocó muy serios roces entre los almojarifazgos Mayor de Sevilla y el señorial de Sanlúcar.

Por su parte, la Corona trató de corregir, en determinados momentos, aquella situación, por cuanto la autoridad militar y fiscal de los duques se alzaba como una excepción a su control en la región potencialmente peligrosa. Para ello, sobre todo en la década de 1590, la Corona desplegó una serie de iniciativas encaminadas a minar la independencia jurisdiccional del ducado. Este prolongado conflicto de intereses, que se litigó en diversos tribunales, apenas ocultaba la acusación directa al duque de fomentar el fraude fiscal en contra de los intereses regios. No obstante, a partir de 1610-1615 parece que se encontró una forma de acomodo que implicó el paulatino alejamiento de los duques de las responsabilidades militares en los aprestos de las armadas de Indias, limitándose en adelante su papel, por regla general, al cuidado y conducción de las tropas que servían en los galeones cuando estaban en tierra. A cambio, no sufrieron más ataques directos a su estructura fiscal sanluqueña.

Sin embargo, en 1640 el duque de Medina Sidonia obtuvo, tras insistir mucho en ello, la facultad de nombrar a los capitanes y cabos de las fuerzas de infantería que servían en las armadas de Indias, es decir, del tercio de la Guarda de la Carrera de Indias¹¹. El IX duque pretendió que aquella facultad, que en principio sólo era temporal, quedase asentada de forma permanente en su Casa, para lo que escribió a su agente en la Corte ordenándole que lo procurase, «asegurándoos que no es lo que menos importa a la autoridad de mis cargos ni lo que menos he deseado»¹². Los acontecimientos de los meses siguientes dejaron en letra muerta tal merced, que hubiese reforzado, de nuevo y de forma muy notable, el papel del duque en la defensa del comercio indiano.

2. Bosquejo de una hacienda señorial en crisis

En julio de 1633, don Francisco Vallejo, agente del duque don Manuel Alonso en Sevilla, se enorgullecía aún de que los únicos tributos que se paga-

¹⁰ Para un estado de la cuestión sobre la posición de Sanlúcar en el sistema de la Carrera de Indias, SALAS ALMELA, L.: «Nobleza y fiscalidad en la Ruta de las Indias: el emporio señorial de Sanlúcar de Barrameda (1576-1641)», *Anuario de Estudios Hispanoamericanos*, 62/2 (2007), pp. 13-60.

¹¹ La solicitud formal, con parecer favorable de los marqueses de Santa Cruz y Mirabel, únicos votos recogidos, en AGS, *Estado*, leg. 2.664, 20 de marzo de 1640. La Casa de la Contratación se oponía a que esto se entendiese también en las levas que a ella le fuesen encomendadas.

¹² ADMS, leg. 3.170, d. 35, 25 de agosto de 1640.

ban a tiempo en la ciudad eran los que debía el duque¹³. En mayo de 1641, don Lorenzo Dávila y Estrada, agente del duque don Gaspar en Madrid, escribía al agente del duque en Sevilla pidiéndole que colaborase en la utilización de cierta merced real¹⁴, de cuyo producto «se van pagando las deudas que el duque, mi señor, debe en Sevilla de daño; vuestra merced ayude [en] esto, que es lástima ver lo mucho que padece esa hacienda»¹⁵. Entre ambos textos media menos de una década, pero un abismo respecto a la situación financiera que reflejan. La explicación de este deterioro radica en diversos factores que, en conjunto, produjeron una fuerte caída de las rentas que la Casa ducal percibía sobre el comercio¹⁶.

En primer lugar, hay que citar sin duda el estallido de la guerra con Francia en 1635, que marcó un aumento notable de los gastos necesarios para la defensa del comercio atlántico y una nueva contracción general del volumen de contratación – muy acusada en Sanlúcar – causada por la retirada y persecución de los mercaderes franceses¹⁷. Años antes, la captura de la flota del tesoro en Matanzas en 1628, con su repercusión negativa en el mercado de la plata, ya había producido una gran conmoción en el comercio transoceánico. En consecuencia, la más importante de las rentas ducales de Sanlúcar –su almojarifazgo– entró en unos años de acusadas fluctuaciones. La guerra se venía a sumar así al desgaste, más profundo y lento, que la antigua estructura del comercio atlántico estaba sufriendo, proceso que venía siendo denunciado desde hacía lustros por diversas instancias¹⁸.

Otro factor que sin duda agravó este problema fue la constancia con la que eran embargados los buques extranjeros que entraban en los puertos andaluces para comerciar. La consecuencia de esta actividad de requisa y readaptación de los buques – a caballo entre lo militar y lo financiero – estuvo encomendada en el Guadalquivir, la mayor parte de las veces, a los duques de Medina Sidonia como Capitanes Generales de la costa, lo que no impidió que fueran ellos mismos quienes denunciaran el efecto disuasorio que tenía para los comerciantes. A estas malas condiciones generales del comercio en Anda-

¹³ ADMS, leg. 3.094, 7 de julio de 1633.

¹⁴ Se trató de la concesión de un permiso para introducir ropa de contrabando – con toda seguridad de procedencia francesa – por valor de hasta 200.000 ducados concedida en marzo de 1641 a favor del duque don Gaspar. ADMS, leg. 994, poder otorgado por el duque a su contador para ejecutarlo, 4 de abril de 1641.

¹⁵ ADMS, leg. 3.163, d. 307, 7 de mayo de 1641.

¹⁶ En 1630 la aduana de Medina Sidonia en Sanlúcar registró 46.576 ducados; en 1635 fueron 30.739 ducados; mientras que en 1640 se quedó en 28.412 ducados. Estos datos, insertos en un gráfico de tendencia secular, se pueden ver en <http://luissalasalmela.wordpress.com>, Apéndice, gráfico 10.3.

¹⁷ CHAUNU, P., *Sevilla y América*, Sevilla, 1983.

¹⁸ Así, por ejemplo, DOMÍNGUEZ ORTIZ, citando una consulta del Consejo de Castilla de hacia 1627, menciona ésta entre las causas de los desequilibrios del premio de la plata. En *Política y hacienda de Felipe IV*, Madrid, 1960, p. 36; sobre las repercusiones de la guerra con Francia véase GIRARD, A., *El comercio francés en Sevilla y Cádiz en tiempo de los Habsburgo*, Sevilla, 2006 [1932].

lucía se unieron las cargas financieras derivadas de las guerras de la Monarquía, que para Medina Sidonia quedaban ejemplificadas en su intervención en la pacificación del motín de Évora, en la que Medina Sidonia invirtió gran cantidad de dinero. Si, por último, sumamos a todo ello los grandes gastos suntuarios que la Casa ducal había afrontado en fechas recientes¹⁹, nos encontramos con una situación financiera cuando menos complicada. De hecho, conviene señalar que, mucho más que la caída de las rentas percibidas sobre el comercio – dado que, por un lado, se trataba de una fluctuación relativamente usual y, por el otro, los datos nos pueden estar ocultando cierto margen de fraude –, lo que había agravado la situación financiera de los duques fue el aumento exponencial de sus gastos, entre los que cabe destacar la participación del IX duque en la pacificación del Algarve tras los disturbios del motín de Évora.

3. Las Costas de Andalucía

La historiografía del período de Olivares señala el hartazgo y la oposición explícitas de la nobleza castellana ante las repetidas solicitudes de colaboración a las que venían siendo sometidos grandes y títulos, en particular desde la ruptura con Francia. Durante el reinado de Felipe IV se había asistido a una transformación paulatina en los modos de solicitud de colaboración a los privilegiados en los servicios de armas. La máxima de Otalora – según la cual los hidalgos acudían a la guerra voluntariamente, una vez que el rey les había comunicado que los necesitaba –, se transformó, entre 1620 y 1640, en una contribución sustitutiva en metálico, si así lo prefería el interesado, aplicable tanto a los caballeros de hábito como a los señores obligados a servir con *lanzas* e, incluso, a los hidalgos en general²⁰. Sin embargo, para la Casa de Medina Sidonia la guerra venía siendo mucho más que una carga desde, al menos, la creación de la Capitanía General del Mar Océano y Costas de Andalucía en 1588. De hecho, la guerra podía ser también, entre otras cosas, un lucrativo negocio y un eficaz modo de extensión de la influencia, la autoridad y el prestigio sociales en el territorio bajo su mando y en su área de influencia, sobre todo cuando el cargo desempeñado se había convertido, en la práctica, en hereditario²¹. Desde este punto de vista, las disputas de los Medina Sidonia con la Corona derivadas del ejercicio del cargo se producían, ante todo, en el terreno estratégico, y no en el plano estamental de defensa del privilegio. En otras palabras, los desencuentros tenían lugar más

¹⁹ Muy en particular el segundo matrimonio del duque don Gaspar con la hija del marqués de Priego y de la duquesa de Feria en 1640. Una relación de la boda en CHIRINO BERNÁNDEZ, A.: *Panegírico nupcial. Viaje de D. Gaspar Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, en las bodas con D^a Juana Fernández de Córdoba*, BNM, Mss. 18.635, n^o 18.

²⁰ DOMÍNGUEZ ORTIZ: «La movilización de la nobleza...», cit., *passim*.

²¹ Sobre este aspecto ya tratamos en SALAS ALMELA, L.: *Colaboración y conflicto. La Capitanía General del Mar Océano y Costas de Andalucía, 1588-1660*, Córdoba, 2002, pp. 13-25.

bien por la voluntad constante de los duques de atraer la atención del rey sobre la frontera africana y la defensa de la costa atlántica andaluza, y no por el hecho de que los Pérez de Guzmán entendiesen como una carga el ejercicio de la autoridad militar delegada²².

Por todo ello debemos evitar caer en simplificaciones excesivas y acercarnos a la cronología de la distancia de la nobleza castellana con respecto a la política de los Austrias, insertándola en un cuadro más complejo. Desde este punto de vista, en la primera mitad del reinado de Felipe IV, encontramos diversas fases que evolucionan, *grosso modo*, desde la abierta colaboración inicial de los Medina Sidonia con Olivares a un tardío y discreto distanciamiento. Hablamos de distanciamiento y no de ruptura, que formalmente no la hubo hasta 1641. Por no desviarnos demasiado de nuestro objetivo, podemos destacar dos momentos de abierta y feliz colaboración en el periodo previo, marcados por sendas victorias: el rechazo del asalto inglés a Cádiz de 1625 y la participación del duque don Gaspar en la pacificación del motín de Évora, en 1637-1638. Sin embargo, las fases que suceden a ambos momentos son bien diferentes. Si al éxito gaditano del *annus mirabilis* siguieron unos años de entendimiento en las materias africanas y de defensa costera, la pacificación del Algarve no fue seguida de un tiempo de relativa calma, sino que sobre unas condiciones ya difíciles se desencadenó la presión del dramático bienio de 1639-1640.

Sobre este esquema, el fiasco de la movilización de la nobleza en Castilla en 1640, contrariamente a lo que ocurriera en 1625 con ocasión del ataque inglés a Cádiz, debe ser entendido como el reflejo, por un lado, de hasta qué punto la política europea de la Monarquía se había enajenado el interés de los privilegiados castellanos. Pero sobre todo, esa misma nobleza se encontró ante el hecho consumado de una notable disminución de sus expectativas de obtener alguna ganancia, debido a la sucesión de derrotas y fracasos. Más aún, cuando a la victoria de Fuenterrabía sucedió una «catarata de honores» con un único beneficiario, que no fue otro que Olivares, el efecto desalentador para otros grandes –como el Almirante de Castilla, que había tomado parte personalmente en la batalla– debió ser notable²³. El caso de una nobleza media como la jerezana, que en masa se negó a servir en la frontera de Cataluña en 1639, pero que acudió a defender Cádiz cuando hubo una nueva amenaza de invasión meses más tarde, es bien significativo de cómo la vocación militar se medía en un cálculo de expectativas de daño-beneficio y no en un plano emotivo o *protonacionalista*²⁴. De hecho, la oposición de la hidalguía jerezana, lejos de acabar en castigo, terminó con la

²² Más bien al contrario. Entre 1639 y 1640 Medina Sidonia puso en marcha toda su capacidad de influencia en la Corte para evitar que se crease un nuevo distrito defensivo que se hubiese ocupado de la defensa de Gibraltar al cargo del duque de Arcos. ADMS, legs. 2.418 y 2.419, *passim*.

²³ Elliott: *El conde-duque...*, cit., p. 526.

²⁴ Cf. DOMÍNGUEZ ORTIZ: «La movilización...», cit, pp. 809-810.

censura y el escarnio del juez regio remitido para acelerar las levas. En palabras de un jesuita, el castigo a aquél juez se produjo «por haber apremiado tan demasiadamente y tan fuera de la voluntad del rey»²⁵.

Lo que esto pone de manifiesto no es sólo una cuestión de formas, sino de concepción misma del servicio como la otra cara de la moneda de la merced. De este modo, si el proceso de negociación fallaba, el interés en la guerra – es decir, sus beneficios en capital simbólico y económico – podía comenzar a decaer también para la Casa de Medina Sidonia, sobre todo teniendo en cuenta que las posibilidades de victoria para las armas de Felipe IV iban disminuyendo a ojos vista en los meses sucesivos al dramático ciclo de derrotas navales que culminó en el desastre de Las Dunas²⁶ – batalla en cuya preparación Medina Sidonia había colaborado activamente²⁷. Así, la derrota en el mar fue interpretada en Andalucía como fiasco en la defensa de las rutas comerciales. A ello hubo que sumarle el horizonte de derrota también en tierra, lo que es, sin duda, otra de las claves que explican la desafección de la hidalguía castellana en 1640.

En definitiva, si entendemos la colaboración militar que Medina Sidonia prestaba a la Corona desde su cargo de Capitán General de la Costa como algo más que un modo de contribución personal, contemplándolo como una forma de pacto de colaboración entre dos polos de poder, no encontramos cambios importantes entre 1621 y 1641, sino ante todo un progresivo aumento de las exigencias regias²⁸. Eso sí, la intensidad del esfuerzo militar solicitado, cuyo destino era cubrir guerras distantes en perjuicio de la propia frontera y de los propios intereses, podía alterar, en cambio, las condiciones del pacto y acabar dañando abiertamente las bases de poder de los duques, principalmente por la falta de perspectivas favorables de recompensa.

4. Salé

El Magreb, foco de atracción tradicional para la Casa de Medina Sidonia, venía siendo objeto de un interés prioritario para los duques desde mucho antes de que fueran conquistados, bajo la supervisión del VII duque don Alonso, los puertos de Larache y Mamora, en 1611 y 1614 respectivamente. Pero desde entonces lo sería mucho más, al concentrarse buena parte de la actividad bélica de los duques en la conservación de estas plazas. Salé

²⁵ Memorial Histórico Español [MHE], tomo XV, 499-502, 22 de septiembre de 1640.

²⁶ ALCALÁ-ZAMORA, J.: *España, Flandes y el Mar del Norte*, Barcelona, 1975.

²⁷ Tanto por medio de la ejecución de embargos de buques para la dicha armada como en las cada vez más difíciles levas de marineros, circunstancia que Medina Sidonia había hecho notar antes incluso de que se le encomendase la nueva leva. ADMS, leg. 2.418, d. 170 y 179, 13 y 15 de marzo de 1639.

²⁸ Modificaciones tales como la utilización de las milicias fuera del territorio andaluz, siendo sin duda importantes, no atentaban contra los privilegios ducales sino contra la institución misma de las milicias.

hubiera debido ser, contemplado desde Sanlúcar, el paso siguiente de un avance en la intervención castellana en África²⁹. De hecho, todo apunta a que Felipe IV estaba conforme, desde los inicios de su reinado, con los planes de incorporar Salé a la soberanía castellana, o al menos así quiso que lo creyeran los duques. Incluso hay que destacar que nunca pareció más cerca tal empresa que a principios de 1640, cuando los contactos de Medina Sidonia con el rey de Marruecos hablaban ya de planes muy concretos para la cesión de la alcazaba saletina a Castilla. El último informe sobre la materia firmado por Medina Sidonia tiene fecha de octubre de 1640 y dice ser respuesta a la orden expresa de Felipe IV de ir disponiendo la manera de proceder a la incorporación del presidio³⁰. Aquel texto coincide con el momento en el que el duque estaba tratando, en Sanlúcar y por su cuenta, con una embajada del rey marroquí.

Esta libertad de acción que se permitió el duque con el emisario magrebí causó bastante malestar en los Consejos. Tanto que el propio Felipe IV hubo de recordar al duque que no debía en adelante despachar embajadores sin consultarle a él³¹. Meses más tarde y ya descubierta la conjura, el tema continuó preocupando por la sombra tenaz de temor que proyectaban los contactos marroquíes de Medina Sidonia, en el sentido de una posible intervención del rey de Marruecos en Andalucía apoyando la secesión del duque o la sublevación del duque de Bragança. Sea como fuere, los acontecimientos peninsulares acabaron enterrando definitivamente la estrategia sobre Salé, en la que tanto el VIII duque como su hijo y heredero habían puesto grandes esperanzas de obtener prestigio social y oportunidades económicas.

5. Portugal desde Sanlúcar: de Évora a la *Restauração*

Al poco de conocerse en Madrid la noticia de la aclamación del duque de Bragança como nuevo rey de Portugal, a primeros de diciembre de 1640, se dividió la frontera portuguesa en distritos encomendados a diversos nobles y *grandes* cuyos estados lindaban con el reino rebelde. Como no podía ser de otro modo y para no introducir una anomalía por entonces injustificada, a Medina Sidonia, pese a ser cuñado del duque portugués, se le encargó el distrito del Algarve³². A fines de mes, un significativo intercambio de cartas entre Medina Sidonia, aún en Sanlúcar, y Felipe IV y Olivares, deja bien a las claras la impaciencia que en la Corte del rey Católico estaba cundiendo por la manifiesta incapacidad que se estaba demostrando para atajar la rebelión. Más aún, se culpaba abiertamente al duque andaluz de estar defraudando las expectativas que se habían formado en Madrid sobre lo que él pudiera

²⁹ SALAS ALMELA: *Colaboración y conflicto...*, cit., «Salé, la frontera esquivada», pp. 155-207.

³⁰ ADMS, leg. 2.419, d. 389, 29 de octubre de 1640.

³¹ SALAS ALMELA: *Colaboración y conflicto...*, cit., pp. 165-184.

³² VALLADARES, R.: *La rebelión de Portugal, 1640-1680. Guerra, conflicto y poderes en la monarquía hispánica*, Valladolid, 1998, p. 39.

ejecutar en breve. ¿Estaban fundadas estas esperanzas en la capacidad de acción del duque? Quizá el Cardenal-Infante hubiera respondido, igual que hiciera en 1637, advirtiéndolo al ansioso Olivares que «verdaderamente, conde, va gran diferencia en discurrir en las cosas de tan lejos»³³. Pero echemos un vistazo a los precedentes en busca de una respuesta más precisa.

El antecedente estaba bien próximo en la memoria de todos. En la versión laudatoria que don Gabriel Bocángel escribió sobre la participación de Medina Sidonia en la pacificación del Algarve en 1637-38 se buscó proyectar una perfecta imagen de afinidad y cercanía entre la Corte de Madrid y el duque. Ni más ni menos que la autoridad del régimen de Olivares se veía asegurada por la intervención de un prudente duque de Medina Sidonia, presentado como fiel ejecutor. La prudencia del duque se habría manifestado en el tipo de fuerza que había empleado, que no era la de las armas, sino la de su capacidad de movilizar fidelidades, sobre todo en Andalucía. Así, según Bocángel, Medina Sidonia había incorporado a la «turba heroica» que le siguió a la frontera de Portugal a portugueses e italianos, pero sobre todo a aquellos andaluces que dejaban «de oro los mares de occidente arados», en alusión a los mercaderes a Indias³⁴. Esta imagen literaria de colaboración eficaz entre Olivares y Medina Sidonia se corresponde con los testimonios que poseemos de la celeridad con la que el duque actuó en aquella ocasión³⁵. Tanto era así que la única queja del duque, a principios de diciembre de 1637, menos de un mes después de haber recibido el primer aviso de que tenemos constancia para tomar a su cargo la pacificación del Algarve, era precisamente la falta de órdenes para pasar con su ejército a Ayamonte³⁶.

Tras la pacificación se sucedieron unos años en los que Medina Sidonia mantuvo cierta tutela militar sobre el sur de Portugal. A él le fue encomendado el refuerzo de los puertos del Algarve con tropas castellanas y, más importante aún, la disposición de unos socorros formados por las milicias de algunos de sus lugares frontereros con Portugal, que fueron asignados como fuerzas de *socorro* para intervenir en el reino vecino, dispositivo que, según el propio Medina Sidonia, ya se encontraba muy avanzado en mayo de 1640³⁷. Ahora bien, aquella era sólo una parte del dispositivo general de defensa

³³ El cardenal-infante a Olivares, 29 de enero de 1637. Citado en ELLIOTT: *El conde-duque...*, cit., pp. 495-496.

³⁴ BOCÁNGEL Y UNZUETA, G.: *Lauro cívico*, s.l. (¿Madrid?), 1638; sobre la pertinencia del uso de la persuasión en lugar de la violencia, véase también OLIVEIRA, A. de, «O duque de Medina Sidonia e a repressão dos levantamentos populares do Algarve em 1637-1638», en *II Jornadas de Historia sobre Andalucía y el Algarve (siglos XII-XVIII)*, Sevilla, 1990, 117-131, 125.

³⁵ Se puede consultar una «Relación sucinta de los continuados servicios hechos a Su Majestad del rey Felipe IV [...] por el duque don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán el Bueno desde 20 de marzo de 1636 [...] hasta fin del año de 1640», en ADMS, leg. 994.

³⁶ ADMS, leg. 2.417, fol. 395r, Medina Sidonia a Margarita de Saboya, 5 de diciembre de 1637. Sobre la eficacia de los preparativos, véase también F. M. de MELO, *Epanáphoras de varia historia portuguesa*, Lisboa, 1660, Epanáphora I.

³⁷ ADMS, leg. 2.419, d. 212 y 213, 16 y 27 de mayo de 1640.

de la costa andaluza. Un sistema defensivo sobre cuyo estado y capacidad de acción entonces difieren mucho las fuentes consultadas. En julio escribía desde Cádiz don Jerónimo Gómez de Sandoval, Capitán General de las Galeras de España, a los Consejos de Estado y Guerra, describiendo el espléndido estado en el que el duque de Medina Sidonia mantenía las defensas. Tanto optimismo suponía una flagrante contradicción con la imagen desoladora que pintaban las cartas del propio don Gaspar en aquellos mismos días, cuyo tono pesimista reflejan también las misivas del duque de Ciudad Real, a la sazón gobernador de Cádiz³⁸. Parece que la verdad se aproximaba más a la descripción de Gómez de Sandoval que a la indefensión que lamentaban Medina Sidonia y Ciudad Real, cuyo testimonio sólo pretendía reclamar fondos y tropas, además de lograr una justificación a priori en caso de acontecer un *mal suceso*. Eso no obsta para que el sistema presentara carencias crónicas de financiación.

Con estos precedentes, aunque era obvio que la rebelión de Bragança no era tan limitada como el motín de Évora, cabía esperar mucho de la acción del duque. De hecho, el nuevo régimen bragancista nació aquejado de una extrema debilidad militar en sus primeras semanas de vida, al carecer tanto de una estructura de reclutamiento activa como de soldados veteranos y mandos experimentados³⁹. Así las cosas, no resulta incongruente que Felipe IV y Olivares hubiesen depositado buena parte de sus esperanzas de sofocar la rebelión portuguesa en sus inicios con una inesperada intervención por el sur de Medina Sidonia que facilitase la caída del *tirano* portugués. Pero la realidad fue que la actitud del duque andaluz provocó desde el inicio serios recelos y temores. Si el primer aviso oficial a Medina Sidonia de los «movimientos» de Portugal fue fechado en Madrid el 10 de diciembre, ya el 18 del mismo mes Olivares echaba en falta prontitud en las disposiciones de su sobrino⁴⁰.

En efecto, en los días inmediatos al recibo de los primeros avisos, Medina Sidonia se había limitado a entrevistarse con el duque de Maqueda y Nájera, a la sazón Capitán General de la Armada del Mar Océano, fondeada en Cádiz, para tratar sobre la ejecución de las primeras órdenes dadas desde Madrid. La entrevista tuvo lugar en el Puerto de Santa María, a mitad de camino para ambos generales, y vino precedida por la visita que, en nombre de Medina Sidonia, hizo don Miguel Páez de la Cadena a Maqueda, en Cádiz, para concertar el lugar y preparar el encuentro⁴¹.

³⁸ La intención del general con aquella carta era, en principio, apoyar la solicitud de Medina Sidonia de permanecer sirviendo en Sanlúcar. AGS, *Estado*, leg. 2.664, sin día de julio la de Sandoval y 22 de julio la de Medina Sidonia, de 1640.

³⁹ Pese al multitudinario alarde de tropas realizado en Lisboa en 1638, parece que la falta de ejecución de las órdenes de recluta enviadas desde Madrid venía siendo una tónica general desde algunos años atrás. OLIVEIRA, A, de, *poder e oposição política em Portugal no período filipino (1580-1640)*, Viseu, 1990, 227-265.

⁴⁰ ADMS, leg. 2.419, d. 446 y 467, 10 y 18 de diciembre de 1640.

⁴¹ ADMS, leg. 2.419, d. 448, 449 y 450, 15 (2) y 17 de diciembre de 1640.

Más allá de los detalles concretos de esta entrevista, lo que se desprende de todo esto es que el primer efecto buscado por el rey Católico con sus planes de acción por el sur era el de intimidar a los portugueses, en especial a las poblaciones fronterizas, ante la perspectiva inminente de una ofensiva castellana desde el Algarve. De hecho, la quietud en la frontera que hasta entonces se había manifestado era la mejor noticia que podía desear el duque de Bragança para consolidar su régimen. Así las cosas, la tesitura era en extremo delicada para Madrid: dado el poco entusiasmo mostrado por Medina Sidonia – falta de colaboración quizá más acusada que la del resto de los nobles fronterizos – en la campaña portuguesa, acaso la única posibilidad con la que se contaba era la huida hacia delante, es decir, conceder a Medina Sidonia todo el protagonismo, de modo que, en todo caso, su pasividad no pudiese pasar desapercibida. En consecuencia, los apremios al duque continuaron, pero buscando más bien convencerle de las ventajas del mantenimiento de su fidelidad activa a la Corona, toda vez que para Felipe IV una ruptura abierta con él hubiera supuesto abandonar, de hecho, cualquier esperanza de ejecutar una acción decisiva inmediata sobre Portugal.

Hay que hacer notar que, de ser cierto que los planes de operaciones de Felipe IV pasaban por lanzar un ataque decisivo desde el sur de Portugal, tal cosa hubiera supuesto una novedad histórica, toda vez que en 1580 el principal ataque se dirigió a Lisboa desde Badajoz⁴². En todo caso, fueran cuales fuesen las intenciones del rey y Olivares en la primera mitad de 1641, cualquier orden que se remitía desde Madrid llevaba aparejada, al menos, una réplica antes de que en Ayamonte se dispusiese el cumplimiento. Sea como fuere, lo cierto es que tras una momentánea reactivación en junio, la actividad en la frontera del Algarve quedó en estado latente hasta los años de 1650.

En octubre de 1641, en una carta fechada en Benavente, un tal Diego Costilla daba cuenta a un jesuita de algunas sospechas y rumores que circulaban por Castilla:

«Portugal llevaba adelante su empresa, y que los señores de Andalucía no estaban de mal tinte, y esperaban que los de Castilla mirarían lo que mejor les estaba. Juntábase a ésta alguna tibieza que acaso habrá habido en las prevenções para la guerra, falta que coge a muchos de los señores frontereros, y se puede bien dudar si nace la culpa más de Madrid que no de ellos, porque todos se quejan de que no son asistidos como han menester»⁴³.

⁴² A partir de 1580 todos los ataques a Portugal tuvieron lugar por Extremadura, buscando el acceso más rápido a Lisboa. Una estrategia de conquista por el sur como frente primordial no había sido usada antes ni lo fue después. Lo cierto es que las dimensiones del ejército que pedía Medina Sidonia representan una fuerza que, desde luego, con apoyo naval, hubiera podido plantearse operaciones de gran envergadura. Véase VALLADARES, R., *La conquista de Lisboa. Violencia militar y comunidad política en Portugal, 1578-1583*, Madrid, 2008.

⁴³ MHE, tomo XVI, 170-173, Diego Costilla al padre Juan de Estrada, en Monforte, 6 de octubre de 1641.

Matías de Novoa, por su parte, en su fuertemente antiolivarista *Historia del rey don Felipe IV*, señaló también a la nobleza castellana como responsable de la pérdida de un Portugal que, en sus primeras semanas de independencia, no hubiera podido resistir un ataque decidido y simultáneo de los *grandes*: «todo flaqueaba por la naturaleza y pasión de los nuestros»⁴⁴. Para cuando esto escribía Novoa no había dudas ni *harto que pensar*, sino que se podía señalar ya a Medina Sidonia como quien más culpa tuvo al haber entorpecido todos los planes. Novoa se hizo eco también de la sospecha que circuló de que el descubrimiento de la conjura de Lisboa contra dom João IV se produjo gracias a los avisos recibidos desde Andalucía⁴⁵.

En resumen, la inactividad de Medina Sidonia en la recuperación de Portugal parece bastante clara, lo que ya de por sí suponía una forma de ataque a la autoridad de Felipe IV de una extrema gravedad. Solicitar, como hizo el duque, que todo el costo del ejército en su frontera lo asumiese el rey era, ante todo, una deslealtad respecto a los términos del pacto que vinculaba a su Casa con el rey. Pero, además, desde el punto de vista del duque, limitarse a esperar el desarrollo de los acontecimientos podía ser una forma de medir la propia incapacidad de acción de la Corona. Es cierto que la indiferencia por el destino de Portugal no era tampoco exclusiva del estamento nobiliario, sino que venía a coincidir con la opinión de importantes sectores del comercio andaluz, a los que no desagradaba la idea de un Portugal separado para frenar la intromisión de mercaderes lusos en el comercio de Indias⁴⁶. Pero la inacción de Medina Sidonia fue, en todo caso, la más significativa, tanto por su autoridad militar como por su posición destacada en la jerarquía nobiliaria castellana.

La hipótesis que, a la vista de todo esto, parece más plausible es que la decisión de Felipe IV de dar prioridad al frente catalán respecto al portugués – generalmente explicada por el temor a la intervención de Francia en Cataluña –, no comportó, al menos en los primeros meses, el abandono de otros planes, tal vez irreales por optimistas, pero que buscaban aprovechar

⁴⁴ En la misma carta de Diego Costilla al padre Juan de Estrada se decía que el conde de Monterrey volvía a Madrid acusado de no haber hecho nada de importancia en su frontera y que, incluso, había hecho acudir a Olivenza una compañía de comediantes procedentes de Sevilla. «Él se disculpa con que no se le ha asistido como lo prometieron, ni le dieron orden de acometer». MHE, tomo XVI, 170-173, 6 de octubre de 1641.

⁴⁵ NOVOA, M. de: *Historia de Felipe IV, rey de España*, CODOIN, tomo 80, 413 y 467-469. Sobre la conjura anti-bragancista ver VALLADARES: *La rebelión...*, cit, pp. 31-52; NORONHA WAGNER, M. de: *A Casa de Vila Real e a conspiração de 1641 contra D. João IV*, Lisboa, 2007.

⁴⁶ COLLADO VILLALTA, P. «El embargo de bienes de portugueses en la Flota de Tierra Firme de 1641 (Análisis de las irregularidades normalizadas y del poder lusitano en el comercio indiano de la época», en *Anuario de Estudios Americanos*, XXXVI (1979), 169-207; LUXÁN MELÉNDEZ, S. de, «A colónia portuguesa de Sevilha: uma ameaça entre a Restauração portuguesa e a conjura de Medina Sidonia?» en *Penélope*, 9-10 (1993), 127-134; AGUADO DE LOS REYES, J., «Lisboa, Sevilla, Amberes, eje financiero y comercial en el sistema atlántico (primera mitad del siglo XVII)», en MARTÍNEZ SHAW, C. y OLIVA MELGAR, J. M., *El sistema atlántico español (siglos XVII-XIX)*, Marcial Pons, Madrid, 2005, 101-125.

la debilidad inicial del régimen Bagança. El «error fatal» del que habló Elliott de no emprender nada contra Portugal entre enero y febrero de 1641 fue, en buena parte, efecto de la oposición consciente de Medina Sidonia⁴⁷. Sirva de prueba de lo en serio que se trabajaba en Madrid con la posibilidad de obrar algo por la frontera del Algarve que los envíos de tropas desde la Baja Andalucía al frente aragonés se detuvieron drásticamente con las noticias del alzamiento bragancista y que no se reanudaron hasta que se hubo dado por perdida la oportunidad de acabar de forma rápida con la sublevación lusa en otoño de 1641. A la postre, el cierre del frente del Algarve tuvo dos consecuencias: en primer lugar, minoró los efectos de la guerra en Andalucía, contrariamente a lo que sucedió en Extremadura, cuya crisis demográfica se agudizó por ser el centro de la actividad bélica⁴⁸; segundo, supuso un notable servicio de don Gaspar Pérez de Guzmán a su cuñado y a sus sobrinos Bagança, herederos del recién *restaurado* reino. Por eso, cuando la propaganda del régimen de dom João trató el tema del desafío de Medina Sidonia a su cuñado, todas las culpas se cargaron sobre el conde-duque, señalado como autor e inspirador del desafío, situando así al duque al margen de las connotaciones más mordaces de la parodia⁴⁹. Ahora bien, ¿había dado Medina Sidonia un paso más allá de facilitar el éxito de Bagança, concibiendo una conjura para su propio beneficio? Y si así fue, ¿a qué aspiraba Medina Sidonia con tal decisión?

Conclusión: móvil, significado y ocasión de una conjura

Sabemos a ciencia cierta que, de haber existido tal conjura, ésta fue abortada. Ello nos priva de la posibilidad de estudiar sus últimos fines, porque un golpe de aquellas características es muy improbable que hubiese contado con un orden de acción cerrado y preciso, toda vez que el margen de incertidumbre respecto a las reacciones de los múltiples actores que se hubieran visto implicados era enorme. También sabemos que hubo una ruptura política entre la corte señorial de Sanlúcar y Madrid, y que tal cosa tuvo que ser provocada por uno de los dos extremos del hilo que vinculaba la Corte de Felipe IV con su más opulento vasallo andaluz. Veamos cuál de ellos pudo ser.

La hipótesis de la conjura como una pura invención de Olivares, defendida en solitario por Luisa Isabel Álvarez de Toledo, implica aceptar que el

⁴⁷ Cf. ELLIOTT: *El conde-duque...*, cit. y VALLADARES: *La rebelión...*, cit., pp. 31-32.

⁴⁸ CORTÉS CORTÉS, F.: *El real ejército de Extremadura en la guerra de la Restauración de Portugal (1640-1668)*, Cáceres, 1985.

⁴⁹ Según un panfleto portugués, de haber sido Medina Sidonia el autor del cartel de desafío que se parodia, «lo haría forzado (pues no puede ser presumible menos de un tal caballero)». Publicado por F. RODRÍGUEZ MARÍN en *Quijotesco cartel de desafío fechado en El Toboso, año de 1641*, Madrid, 1922. Este autor reduce toda la conjura a una falta de obediencia de Medina Sidonia en su frontera.

valido hubiese elaborado toda una trama de calumnias contra su pariente, movido por un odio heredado y secular. Olivares habría así esperado aquella oportunidad para acabar con la riqueza de sus envidiados parientes. Esta opción sólo deja una posibilidad para explicar la pasividad en la frontera del Algarve ante el golpe de Bragança: el boicot orquestado desde Madrid para hacer fracasar a Medina Sidonia y poderle acusar de traición⁵⁰. En apoyo de esta tesis cabría señalar los beneficios que la Corona obtuvo, un lustro después, con la reversión del señorío de Sanlúcar en el realengo, lo que hubiera podido convertirse en excusa para proceder a una reorganización del comercio indiano. Sin embargo, esta hipótesis implica obviar la pérdida de oportunidad de recuperar Portugal que implicó la ruptura con los Medina Sidonia y dar por nulos los beneficios que la Corona obtenía de que estos grandes señores ostentasen la máxima responsabilidad en la defensa de la costa andaluza o, por lo menos, darlos por prescindibles. Esto último, por cierto, se contradice con la evolución posterior del cargo⁵¹.

Una acción de estas características en la Edad Moderna hubiera supuesto un acto de refuerzo de la autoridad regia en Castilla absolutamente más revolucionario que ninguna de las iniciativas del programa olivarista puestas en práctica hasta entonces en cualquiera de los reinos peninsulares del Rey Católico, Portugal incluido. A la vista de lo poco exitoso del programa de reformas de Olivares de las dos décadas anteriores y de la modestia de sus últimos estertores – véase, por ejemplo, lo que quedó del programa de la Unión de Reinos más allá de 1638 –, no parece probable que, en plena doble guerra peninsular, Felipe IV asumiese el riesgo de provocar al estamento nobiliario en su conjunto con una demostración de fuerza sin precedentes. Además, que toda la trama pudiese permanecer silenciada y mantenida lejos del conocimiento general de la «nación política» durante siglos no parece tampoco verosímil. Por si fuera poco, no existe testimonio contemporáneo alguno que la avale, ni aún cuando por entonces se estuviera responsabilizando a Olivares de todas las perversiones imaginables.

Una posibilidad no tan radical consistiría en suponer que la trampa urdida contra Medina Sidonia por el valido hubiera sido la respuesta a la indolencia del duque en la frontera del Algarve. Desde luego, el delito de inobediencia era suficiente para desatar la ira regia sin necesidad de que mediase otra traición más concreta, máxime a la vista de la sucesión de acontecimientos en Portugal⁵². Esta hipótesis resulta en principio verosímil, pero

⁵⁰ Así lo sostiene L. I. ÁLVAREZ DE TOLEDO en *Historia de una conjuración...*, cit.

⁵¹ Tras algunas vacilaciones, se optó por entregar la Capitanía General del Mar Océano y Costas de Andalucía al duque de Medinaceli y Alcalá, quien ofrecía sobre otros candidatos la ventaja nada despreciable de ser uno de los grandes señores territoriales de la zona, precisamente en una lógica de sustitución que prueba la importancia que este elemento había cobrado bajo el mando de los Medina Sidonia. Ver SALAS ALMELA: *Colaboración y conflicto...*, cit., pp. 192-201.

⁵² A. de OLIVEIRA señaló que la nobleza portuguesa fue acusada en términos generales del delito de omisión de ayuda al rey ya desde la crisis del motín de Évora. En *Poder e oposição...*, p. 250.

se enfrenta con el problema no resuelto de explicar cómo se desarrollaron los acontecimientos posteriores. Por ejemplo, sería imposible explicar el aparato propagandístico que fue puesto en marcha en otoño de 1641 por el duque, el rey y Olivares para salvaguardar el honor de Medina Sidonia, aparato del cual el famoso cartel de desafío a Bragança es el máximo exponente.

Por otro lado, más allá de los posibles móviles del rey, debemos preguntarnos por las circunstancias: ¿era el verano de 1641 el momento oportuno para emprender una acción semejante? Según los diversos autores que han abordado la política fiscal de Felipe IV, lo que nos encontramos en la década posterior a la ruptura con Francia es una política de pura supervivencia e improvisación, en la que los expedientes usados para obtener más recursos venían dictados por las urgencias más extremas, en medio de las cuales iniciar un cambio *revolucionario* en el control del tráfico americano no encaja bien⁵³. A las dificultades creadas por la guerra con Francia se sumaba la apertura de un frente aragonés en esa misma guerra y la perspectiva bien poco halagüeña de una guerra, tal vez larga, con Portugal. Este panorama no auguraba precisamente una disminución de los problemas que entonces aquejaban a Castilla. Así, como prueba del temor que cundió en Madrid ante los rumores de movimiento en Andalucía podemos citar la inmediata suspensión de la toma de la *media annata* de juros aquel año, que se prorrogó al siguiente de 1642, junto con otra serie de medidas fiscales que buscaban calmar los ánimos. Sobre ese contexto no creemos probable que se asumiera un riesgo tan alto como atacar a Medina Sidonia. De hecho, como ya hemos señalado en otro lugar, el verdadero castigo al duque se produjo tras la caída del valido, por la simple razón de que la supuesta rivalidad entre las casas de Olivares y Medina Sidonia, sostenida en testimonios posteriores a la conjura de 1641, presenta serias dudas⁵⁴.

Ahora bien, a la vista de los mismos condicionantes, ¿resulta más creíble, sin más, la idea de un Medina Sidonia aspirante a rey? Quienes han abordado el estudio de la conjura del duque han aludido casi siempre a móviles de tipo psicológico, tanto por rencor al valido como por el deseo de imitación de un cuñado y una hermana – doña Luisa de *Gusmão* – de pronto instalados en un trono regio. Ninguna de estas dos causas parecen tener por sí mismas fuerza suficiente como para justificar la conjura, además de ser imposibles de estudiar, por cuanto nos remiten a la intimidad de unos sentimientos por definición impenetrables. En cambio, hemos tenido ocasión, en las páginas anteriores, de referirnos a diversas frustraciones históricas que bien pudieron impulsar a Medina Sidonia a buscar un cambio de equilibrio con Madrid que tal vez pudiera derivar en una ruptura abierta. Así, la búsqueda de fórmulas de saneamiento de la propia hacienda, las aspira-

⁵³ Utilizamos como ejemplo ilustrativo el título del libro de J. E. GELABERT: *Castilla convulsa (1631-1652)*, Madrid, 2001.

⁵⁴ SALAS ALMELA, L.: «La agencia en Madrid del VIII duque de Medina Sidonia, 1615-1636», en *Hispania*, 224 (2006), 909-958.

ciones siempre postpuestas de extensión de la influencia en Marruecos, un control más estrecho sobre el comercio atlántico o un mayor grado de decisión política sobre el destino de los esfuerzos militares que se realizaban en su territorio, caben ser citados entre los anhelos concretos que guiaron a los Medina Sidonia en la década anterior. Más genérica sería la búsqueda de un mayor espacio de autoridad que, en el caso de la Casa señorial que ocupaba la cúspide social en la Castilla del siglo XVII, sólo podía pasar por un reparto de funciones más ventajoso, en el nivel político, con la Corona. Desde este punto de vista, tal vez lo más verosímil sea pensar que Medina Sidonia planeó dar un golpe de fuerza por medio del cual aspirase a reforzar su poder hasta donde quiera que las circunstancias posteriores le hubieran permitido, incluida, como no, la transformación de su Corona en soberana. ¿Qué gran señor de vasallos hubiese declinado esta posibilidad? Además, a estas hipotéticas ganancias en el caso de una ruptura hay que oponer el balance previsible de la no conjura, panorama que, visto desde la perspectiva del verano de 1641, no resultaba demasiado alentador. Es decir, perseverar en el apoyo a la política regia y al régimen de Olivares podía resultar temerario.

En segundo lugar, debemos preguntarnos por el significado que hubiera tenido la transformación de Andalucía en reino con la coronación del duque de Medina Sidonia, como pretende la versión clásica de la conjura. Tal hipótesis parece, desde luego, poco creíble, sobre todo por la falta de un antecedente histórico al que referir la nueva soberanía⁵⁵. En cambio, en la declaración judicial del marqués de Ayamonte –principal cómplice de Medina Sidonia en la conjura– también se alude a la formación de una especie de república señorial andaluza que, sin romper los lazos de vasallaje con la Casa de Austria, hubiera estado en condiciones de plantear muchas exigencias a Felipe IV. Un monarca que poco hubiera podido hacer para oponérseles en caso de que se hubieran apoderado, con ayuda de una armada extranjera, de Sevilla y Cádiz, algo que también se menciona en la declaración del marqués⁵⁶.

Esta hipótesis de la conjura señorial, al parecer también corroborada por el nuevo rey portugués – el cual se jactaba de poder citar 100 señores

⁵⁵ El término de «rey de Andalucía» apareció en los interrogatorios a Ayamonte y en la confesión de Medina Sidonia, aunque ambos tildaban la idea de desatino. En la declaración del duque ante Felipe IV aparece como la oferta con la que precisamente Ayamonte habría buscado tentar al duque. BNM, Mss. 722 y 954. NOVOA recogió esta versión calificándola de «delirio», pero hay que tener en cuenta que estaba escrita cuando ya había circulado ampliamente la confesión de Medina Sidonia. *Historia...* cit., vol. III (CODOIN, vol. 80), p. 470.

⁵⁶ VALLADARES ha recogido suficientes testimonios sobre los planes de participación de la dicha armada como para afirmar que aquellos contactos existieron. En *La rebelión...* cit., pp. 37-45. Además, M. Ebben ha encontrado el cuaderno de bitácora del almirante holandés que iba a sumarse a aquella fuerza naval, según el cual se confirman algunos supuestos, como el de no emprender nada en Andalucía si no se contaba con el apoyo explícito de Medina Sidonia. La toma sin más por la fuerza de Cádiz, sostenida por Domínguez Ortiz y luego por otros autores resulta contradictoria con el resto del complot, por lo que parece derivarse de una interpretación incorrecta de la historiografía de la deposición de Ayamonte (BNM, Mss. 722).

andaluces conjurados –, debía ser la que con más insistencia se barajaba en la Corte, toda vez que lo esencial de la misión de don Luis de Haro en septiembre de 1641 en Andalucía consistió precisamente en una serie de visitas a algunos de los principales señores y ciudades del valle del Guadalquivir, sectores cuya oposición a los métodos ejecutivos del gobierno de Olivares han sido ya puestos de relieve⁵⁷. De haber existido tal cosa, estaríamos ante lo más parecido a una versión española de la Fronda, con su componente de oposición a la autoridad real por encima de la oposición al valido. El paraguas clásico de la fórmula que compaginaba una lealtad declarada al soberano con la abierta oposición al mal gobierno – todo ello amparado en el *bien común* – hubiera dado lugar a un tipo de movimiento que, de hecho, se llevaba tiempo fraguando en el aspecto teórico – y puede que no sólo⁵⁸ – a través de la oposición a Olivares. Nada que no encajase, pues, en la tradición política castellana de la Edad Moderna⁵⁹.

Por último, por lo que respecta al momento elegido para dar el golpe, parece ser el argumento más sólido a favor de la explicación clásica de la conjura, es decir, a favor de los móviles psicológicos de Medina Sidonia. Desde luego, la coyuntura era oportuna para emprender cualquier tipo de aventuras, dado que una respuesta militar coercitiva por parte de la Corona era muy improbable en el verano de 1641: con la armada desbaratada, con Aragón amenazado por el ejército francés y con una capacidad de movilizar recursos que había llegado a su límite, como quedó en evidencia precisamente frente a Portugal, la posibilidad de la aplicación de un castigo a sangre y fuego por la Corona parecía muy lejana. De todos modos, para los conjurados, más complejo que el plano militar hubiera sido el político, en el que la búsqueda de un equilibrio tras el plausible éxito militar hubiera pasado por atraerse voluntades para que los poderes andaluces, llegado el momento de optar, lo hubieran hecho por el bando del duque. Con respecto al influente comercio sevillano – francamente perjudicado por la creciente inseguridad de los mares y por la contracción del comercio americano, además de continuamente sometido a las contingencias de una guerra que parecía difícil de ganar y que les costaba muchos sobresaltos a costa de sus tesoros –, no es

⁵⁷ NOVOA cita a los duques de Cardona, Arcos y Lerma (*sic*), marqueses de Priego y Aguilar y algunos otros que no menciona. En *Historia del rey...* cit., vol. III (CODOIN, Tomo 80), p. 474; CARDIM, P., «Los portugueses frente a la Monarquía Hispánica», en *La Monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*, Madrid, 2004, 355-383.

⁵⁸ Recordemos la detención de Quevedo en casa del duque de Medinaceli en 1639, por sospechas de alguna oscura trama. ELLIOTT: *El conde-duque...* cit., pp. 539-543.

⁵⁹ Pese a las muchas desafecciones en las filas de la nobleza castellana, ya en 1644 desde las propias filas del estamento se buscó silenciar todo indicio de deslealtad. Prueba de ello puede ser la versión del padre Antonio SEYNER en su *Historia del levantamiento de Portugal*, que en el capítulo XII atribuye los rumores de complot a los deseos de los portugueses de darse ánimos. Sobre Seyner, capellán del marqués de la Puebla, véase SCHAUB, J. F., *Le Portugal au temps du Comte-Duc d'Olivares (1621-1640). Le conflict de jurisdiction comme exercice de la politique*, Madrid, 2001, 117-119.

impensable que se hubiese sentido tentado por algún nuevo reparto de competencias que buscase garantizar mayor seguridad en los mares. En todo caso, la ejecución de un golpe de fuerza por parte de los conjurados – apoderándose de Cádiz con la colaboración de una escuadra conjunta holandesa, francesa y portuguesa y la probable captura consecuente del tesoro americano – hubiera obligado a toda la *nación política* castellana a tomar una posición clara. Sevilla, por lo pronto, hubiera quedado estrangulada sin las remesas de plata si no hubiera mostrado su apoyo al duque. En cuanto a la posible colaboración popular, cabía contar en alguna medida con ella. Así, las calamidades de las levas forzosas y una fiscalidad de guerra siempre voraz garantizaban que, al menos, la novedad contase con algunas simpatías iniciales, tal y como sugieren los numerosos testimonios del descontento general en Castilla.

Lo que es seguro es que en el verano de 1641 Medina Sidonia abandonó Sanlúcar como preludeo a la pérdida de su señorío sobre la ciudad. Cabe interpretar así que, en aquel momento, el duque se vio obligado a elegir entre tres fidelidades susceptibles de ser entendidas como instrumentos para fortalecer su Casa, en un momento que, a todas luces, tenía todas las trazas de ser el envite definitivo: la que le vinculaba a los Bragança, la heredada con el proyecto político del conde-duque y por último, en la medida que tenga sentido trazar esta diferencia respecto a la anterior, la fidelidad a la Corona. La primera suponía aventurarse en un camino por desbrozar de consecuencias impredecibles, que pasaba por la ruptura de sus ataduras con las otras dos y que precisaba de la colaboración exterior para contar con un factor de desequilibrio claro del *statu quo ante*. En cambio, lo que Medina Sidonia ya tenía garantizado de los nuevos reyes de Portugal era una inmensa gratitud, ya que buena parte de su recién conquistada corona se la debían precisamente a él. La segunda suponía seguir vinculado al proyecto político de Olivares, tan desgastado que hacía aguas por todas partes, el cual, en su voluntad de fortalecer el poder real, había acabado demostrando sobradamente su vulnerabilidad. Por último, la opción por la fidelidad a la Corona de un Felipe IV que se encontraba más cerca de la derrota que nunca antes lo hubiese estado implicaba también el gran riesgo de embarcarse en una empresa en beneficio de un monarca de quien esperar una futura compensación por los servicios prestados resultaba, cuanto menos, incierto, y más aún a la vista de los antecedentes. Más bien, el panorama hacía augurar que la voracidad de la maltrecha Monarquía Católica en su afán de sobrevivir iba a seguir consumiendo esfuerzos y haciendas.

Consideramos así que la respuesta del duque a la crisis portuguesa apunta a que su opción fue, en un primer momento, tratar de contemporizar al menos con dos de estas fidelidades – la que le vinculaba a dom João y la que le vinculaba a Felipe IV –, a la espera de la evolución de los acontecimientos. El hecho de que la Corona le exigiese un esfuerzo supremo para recuperar Portugal y, de paso, salvar su propia reputación, manchada por

la traición del cuñado – sacrificio que debía afrontar además con su mal-trecho patrimonio –, pudo haberle decidido por la ruptura, acaso cuando ya las suspicacias por su falta de colaboración en la empresa de Portugal habían disparado las alarmas en Madrid, donde, en todo caso, los avisos de conjura no cogieron por sorpresa. El conflicto se planteó entonces no ya con el valido, para entonces en sus horas más bajas, sino con el propio Felipe IV, causante y justificación última de una política europea tan ruinosa para sus territorios y vasallos como para el propio Medina Sidonia⁶⁰. Y esa elección – o tal vez la falta de ninguna elección clara en el verano de 1641 – le costó a su Casa la pérdida del primer señorío que se había concedido al mítico don Alonso Pérez de Guzmán, El Bueno, el héroe de Tarifa, tres siglos y medio atrás: Sanlúcar de Barrameda. Con la ciudad, a la postre, los Medina Sidonia perdieron la primacía social en Castilla. Para Olivares, la confirmación de la actitud rebelde de su pariente supuso su total pérdida de credibilidad, incluso dentro de la famosa facción Haro-Guzmán-Zúñiga, cuyos escasos supervivientes debieron contribuir no poco, meses más tarde, a su caída del poder.

⁶⁰ Elliott sugiere en su artículo «Una sociedad no revolucionaria...» (cit.) que la causa por la que no se produjo en Castilla nada similar a la Fronda francesa después de 1643 reside en que los objetivos de un golpe de este tipo ya se habrían conseguido como consecuencia del golpe palatino que llevó a la caída de Olivares. Sin embargo, considerar que la figura del valido era la única causa de descontento entre los nobles castellanos parece un tanto excesivo. Más bien nos inclinaríamos a pensar que la conjura de Medina Sidonia, como versión andaluza de la Fronda, mostró hasta qué punto la nobleza en la Corona de Castilla era incapaz de actuar de algún modo coordinada tratando de imponer sus exigencias al rey.

«DE ESPANHA, NEM BOM VENTO NEM BOM CASAMENTO». LA GUERRA COMO DETERMINANTE DE LAS DIFÍCILES RELACIONES ENTRE LAS DOS CORONAS IBÉRICAS EN LA PENÍNSULA Y EN AMÉRICA. 1640-1808

por

JUAN MARCHENA FERNANDEZ *

El peso de las historiografías ¹

Analizar las relaciones entre las coronas portuguesa y española durante el Antiguo régimen desde la perspectiva de «lo militar» se ofrece como una tarea interesante para cualquier historiador preocupado por el tema, en cuanto constituye un sugestivo ejercicio de análisis político-social e institucional que permite visitar el periodo y sus circunstancias con otra mirada. Esta cuestión de las guerras entre Portugal y España, a pesar de su magnitud e intensidad entre 1640 y 1808, ha sido escasamente tratada en las respectivas historiografías a no ser por las de corte más nacionalista, o – como la denominó John Richard Green hace más de un siglo² – por la «historia de tambor y trompeta». Ciertamente, y desde ambos lados de la frontera, algunos autores han considerado a todos estos conflictos «nutrientes del ser» o «esencia» de los pueblos, e incluso «la raíz del espíritu» de los mismos, una «historia medular de la nación», resaltando más su carácter «vertebrador» de las «conciencias nacionales» – cuando no señalando su naturaleza «epifánica» del «alma» de las mismas –, antes que analizar unas relaciones definitivamente insertas en las lógicas y metodologías políticas características de la Europa del Antiguo régimen; máxime tratándose de dos enormes imperios coloniales en continua expansión, con una dilatada frontera común a ambos

* Director del Área de Historia de América Latina de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla. Director del Programa Oficial de Máster y Doctorado en Historia Latinoamericana en esa universidad.

¹ Agradezco la lectura crítica y los aportes realizados por los profesores Nuno Monteiro, Pedro Cardim, Ángela Domínguez, Alexandra Pelúcia y Justo Cuño.

² GREEN, J. R., *The Making of England* (1883), Londres, 2005.

lados del océano, y cuyos intereses tenían forzosamente que entrar en colisión en casi todos los ámbitos, desde el político-comercial al dinástico, o en lo institucional, lo estratégico, o en lo tocante a la preservación de los respectivos patrimonios reales³.

Colisiones que transitaron muchas veces del ámbito diplomático al estrictamente bélico, dado el complicado y cambiante juego de alianzas que caracterizó a la Europa de la Modernidad, y en el que ambas coronas no pudieron dejar de participar, imponiéndose la guerra como *ultima ratio regum* o «última razón de autoridad» entre dos imperios monárquicos que, además, atravesaron durante todo este largo periodo agudas y prolongadas «crisis de Estado»⁴.

En el caso portugués, la visión de estas guerras peninsulares como determinantes históricos en la conformación de «la nación» ha sido más difundida que en España, donde el estudio de las relaciones con Portugal ha suscitado mucho menos interés frente al mostrado ante la «cuestión francesa» o la «cuestión inglesa» o «flamenca». Pero, qué duda cabe, con mayor o menor intensidad, la huella de estas construcciones historiográficas en la edificación de ambos imaginarios colectivos «nacionales», portugués y español, ha sido y es todavía más que evidente.

Por parte portuguesa, un sector de la historiografía ha resaltado el hecho – por lo demás evidente – de que muchos de los conflictos surgidos entre las dos monarquías – y ocasionados por motivos diversos – deflagraron en sucesivas, continuas y obstinadas invasiones españolas al territorio lusitano, una «permanente y ruda intromisión en su entidad identitaria», su independencia y su vocación universalista; y resaltando también que, para repelerlas, debieron realizar «enormes sacrificios» – desde el rey hasta el último de sus súbditos – empleando en ello ingentes recursos que no pudieron ser utilizados en el progreso del reino, impidiéndole cumplir cabalmente su «destino histórico» de «Justo Imperio» (una apreciación no exenta de polémica, desde luego, por parte de otro gran sector de la historiografía portuguesa⁵);

³ Como afirman HERMANN, Ch. y MARCADÉ, J., *La Península Ibérique au XVII^e siècle*, Paris, 1989, pp. 278 y ss., resulta difícil separar en este periodo y en este tema de las relaciones hispano-portuguesas las políticas exteriores e interiores mantenidas por ambas monarquías.

⁴ HESPANHA, A. M., «Para uma teoria da história institucional do Antigo Regime», en *Poder e Instituições na Europa do Antigo Regime*, Lisboa, 1984.

⁵ MARIZ, P. de, «Portugal: un destino histórico», en *I Jornadas Académicas de Historia da Espanha e de Portugal*, Lisboa, 1990; BORGES DE MACEDO, J., *História Diplomática Portuguesa. Constantes e linhas de força. Estudo de Geopolítica*, citado por THEMUDO BARATA, M., «A União Ibérica e o mundo atlântico. 1580 e o processo político português», en VENTURA, María de Graça (coord.), *A União Ibérica e o Mundo Atlântico*, Lisboa 1977, p. 48; SILVÉRIO LIMA, L. F., «Os nomes do Imperio em Portugal: Reflexão historiográfica e aproximações para uma história do conceito», en DORÉ, A., SILVÉRIO LIMA, L. F. y SILVA, L. G., (eds.) *Facetas do Imperio na História. Conceitos e métodos*, São Paulo, 2008; HESPANHA, M. A., «A constituição do Imperio Português. Revisão de alguns enviasamentos correntes», en FRAGOSO, J., BICALHO, M. F. y GOUVÊA, M. F. (eds.), *O Antigo Regime nos trópicos. A dinâmica imperial portuguesa (S. XVI-XVIII)*, Rio de Janeiro, 2001; y NOVAIS, F. A., *Aproximações. Estudos de História e Historiografia*, São Paulo,

cuando no se usa el denominativo – para el periodo de la relación dinástica con Castilla – de «época de la cautividad babilónica», o se explicita la idea de Portugal como la Jerusalén que debía ser libertada permanentemente de los españoles⁶; en comunión, como cita Stradling, con la existencia en la época de una cultura oral de leyendas heroicas y profecías redentoras en las que se mezclaban el espíritu imperial y de cruzada con un catolicismo providencialista donde el sebastianismo tuvo un peso considerable⁷.

Por parte española, o desde una mirada española, un amplio grupo de historiadores ha insistido en situar estas guerras hispano-portuguesas entre las llamadas «rebeliones provinciales», en el contexto de la profunda crisis que atravesó la monarquía hispana a mediados del S. XVII⁸ – cuando no las ha identificado directamente como una de sus principales causas⁹ –; o se las ha estudiado como consecuencia del posicionamiento probritánico de la monarquía lusitana en la crisis por la sucesión al trono español de principios del S. XVIII. Otros autores, más críticos con el tratamiento que el tema ha recibido hasta ahora en España, han escrito sobre «las guerras olvidadas»¹⁰. Pero una comparación entre la producción historiográfica

2005. Como señala Nuno Monteiro, la crítica activa al nacionalismo tradicional portugués – con mención expresa al tema imperial – fue parte integrante de la formación de gran parte de los historiadores que iniciaron su aprendizaje en los años sesenta. MONTEIRO, N. G., «A circulação das elites no império dos Bragança (1640-1808): algumas notas», en *Tempo*, N. 29, 2009.

⁶ A partir de las obras de la época, como la de CALADO, Fray M., *Valeroso Lucideno e Triunpho da Liberdade*, Lisboa, 1648.

⁷ STRADLING, R. A., *Felipe IV y el gobierno de España, 1621-1665*, Madrid, 1989, p. 266. Para conocer el impacto social y político de iglesia sobre la sociedad portuguesa del periodo, CARDIM, P., «Religião e ordem social. Em torno dos fundamentos católicos do sistema político do Antigo Regime», en *Revista de História das Ideias*, N.22, 2001.

⁸ La consideración de la guerra por la restauración de la monarquía portuguesa como una «rebelión provincial» en el contexto de la crisis del XVII, origina una nota, por ejemplo de R. A. Stradling: «El título de este capítulo –la rebelión provincial – que hace referencia al tema desde el punto de vista de Madrid, no implica que no reconozca a Cataluña y Portugal como naciones. Los conflictos de 1640-1652-1668 pueden ser considerados por cualquier historiador como guerras civiles o como guerras de independencia si así se prefiere, en vez de ver en ellos meras rebeliones. La mayoría de los estudios regionales actuales – que ahora son abundantes – reconocen y tratan ese problema, evitando así aplicar un enfoque excesivamente restringido o nacionalista». Stradling, R.A., *Felipe IV...* cit., nota 4, p. 255. Sobre el tema, ver los trabajos de VALLADARES, R., *La rebelión de Portugal. 1640-1680. Guerra, conflicto y poderes en la monarquía hispánica*, Valladolid, 1998, y DORES COSTA, F., *A Guerra da Restauração, 1641-1668*, Lisboa, 2004, probablemente los mejores análisis del conflicto. Ver también THOMAS, W. y GROOF, B. de (eds.), *Rebelión y resistencia en el mundo Hispánico del S. XVII*, Lovaina, 1992; SCHAUB, J.-F., *Le Portugal au temps du comte-Duc d'Oliveres, 1621-1640*, Madrid, 2001; y BOUZA ALVAREZ, F. J., *Portugal no Tempo dos Filipes. Política, cultura, representações, 1580-1668*, Lisboa, 2000.

⁹ FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., *Materia de España. Cultura política e identidad en la España Moderna*, Madrid, 2007; DARDÉ MORALES, C., *La idea de España en la historiografía del S. XX*, Santander, 1999.

¹⁰ VALLADARES, R., *La guerra olvidada. Ciudad Rodrigo y su comarca durante la restauración de Portugal, 1640-1668*, Salamanca, 1998; SOLANO Y PÉREZ LILA, F. de, «Los orígenes de los Reales Ejércitos. Reformismo y planificación», en *Historia social de las fuerzas armadas españolas*,

española (en número y profundidad) acerca de estas guerras y de las difíciles relaciones entre las dos coronas, frente a la dirigida a estudiar los conflictos de la monarquía hispánica con las demás potencias en otros escenarios europeos, muestra una muy fuerte inclinación hacia ésta segunda¹¹. Y resulta ser éste un detalle interesante, porque este tratamiento no se corresponde con la realidad histórica de unas relaciones que fueron tan intensas y profundas como difíciles y turbulentas, y en las que tan directamente resultaron implicadas ambas sociedades¹². Durante casi doscientos años, las guerras con Portugal marcaron la realidad peninsular más que ningún otro conflicto bélico, entre otras razones porque, a partir de 1640 y por primera vez en siglos, las secuelas de la guerra alcanzaron inusualmente al interior del reino castellano, y porque constituyeron el más grave quebradero de cabeza (en lo militar, pero también en lo político) de la monarquía española, dadas las infinitas repercusiones que tuvieron en todos los ámbitos. Pocos españoles saben (porque nadie les enseñó, ni aparece en los libros de historia, salvo en los muy especializados) que la primera vez que tropas extranjeras entraron en Madrid y obligaron a huir al rey fue en 1706, cuando los regimientos portugueses del marqués das Minas ocuparon la capital del reino. En cambio, la llamada tíbiamente «guerra de las naranjas», sí es reconocida como un episodio reseñable.

Estas visiones dispares cuando no antagónicas proporcionadas por una buena parte de las «historiografías nacionales», han terminado por calar hondamente – era el propósito – en el imaginario colectivo y recíproco de ambas sociedades, reviviendo o provocando una doble reacción: por parte portuguesa, recelo, disgusto e inquina frente al invasor español, aborreciendo los malos vientos que puedan soplar desde el este peninsular, pero a la vez acrecentando el «orgullo nacional» como pueblo indómito que supo y quiso mantenerse independiente frente a los embates de un todopoderoso imperio español que no pudo fagocitarlos por más que lo intentó¹³. Por parte española,

Vol. I, Madrid, 1986. Ver también CORVISIER, A., *La guerre. Essais historiques*, París, 1995. Sobre el tratamiento reciente de estos conflictos, ESPINO LÓPEZ, A., «La historiografía hispana sobre la guerra en la época de los Austrias. Un balance: 1991-2000», en *Manuscripts*, N. 21, 2003.

¹¹ GARCÍA HERNÁN, D., «Historiografía y fuentes para el estudio de la guerra y el ejército en la España del Antiguo régimen», en *Revista de Historia Militar*, N.45, 2002; y en el mismo número y revista, MARTÍNEZ RUIZ, E. y PI CORRALES, M. de P., «La investigación en la historia militar moderna: realidades y perspectivas».

¹² Un caso bien ilustrativo, como veremos, es la falta de estudios – salvo escasas excepciones – sobre la intervención de Portugal en la Guerra de Sucesión española.

¹³ Un tema comentando en QUEIROZ VELLOSO, J. M., *A perda da Independência. O reinado do Cardeal D. Henrique*, Lisboa, 1946; MAGALHÃES GODINHO, V., *Ensaio sobre História de Portugal*, Lisboa, 1978. Ver también OLIVEIRA, A. de, *Poder e oposição política em Portugal no período filipino (1580-1640)*, Lisboa, 1991; BOUZA ÁLVAREZ, F., «A retórica da imagem real. Portugal e a memória figurada da Filipe II», en *Penélope. Fazer e desfazer a História*, N.4, 1990; MATTOSO, J., «No alvorecer da modernidade, 1480-1620», en *História de Portugal*, Vol. III, Lisboa, 1993; SERRÃO, J. V., «Governo dos reis Espanhois, 1580-1640», en *História de Portugal*, Vol. IV, Lisboa, 1979; HESPAÑHA, A. M. (coord.), «O Antigo Regime. 1620-1807», en *História de Portugal* (dir. José

el tratamiento historiográfico tradicional ha dejado inserto en lo colectivo el desdén hacia el vecino, que apenas cuenta y al que se le da la espalda, partiendo del hecho de que como no se pudo con él se le olvida, se le ignora y se le arrincona. Así, la historia portuguesa en general, y más en concreto la historia de estas difíciles relaciones entre las dos monarquías ibéricas en la Edad Moderna, a partir fundamentalmente de las guerras mantenidas entre ellas, es un tema velado con frecuencia en España. Una historia de derrotas imperiales que no se ha querido conocer pues ha primado más – por acción y omisión de la historiografía – la imagen de autoridad y prepotencia – aunque falsa, por su difícil ejecución y concreción – ejercida sobre el vecino.

Entre los paisanos de ambos lados de «la raya», este antagonismo de una parte, y esta ignorancia por la otra, es más fuerte aún: no se olvidan tan fácilmente los desastres de estos casi dos siglos de guerras cuyas consecuencias ellos sufrieron más que nadie¹⁴. Cientos de fortificaciones, castillos, murallas, baluartes, baterías, levantadas en estos años, algunas de ellas monumentales, rodean, defienden y protegen las ciudades y pueblos portugueses a todo lo largo de la frontera¹⁵, y además las han determinado en su desarrollo¹⁶; por contraste, y excepto en muy pocos casos, las ciudades y pueblos de la parte española apenas si conservan defensa alguna, a no ser los relictos de la medievallidad señorial. Ello indica claramente quién debía guardarse de quién, y en qué grado de alerta y atención debía mantenerse perennemente este aparato defensivo por parte portuguesa ante la siempre previsible invasión española¹⁷. En Portugal, las batallas de Montijo, de las

Mattoso), Vol. IV, Lisboa, 1993; CUNHA, M. S. da, *A Casa de Bragança, 1560-1640. Práticas senhoriais e redes clientelares*, Lisboa, 2000; SERRÃO, J. V., «A Restauração e a Monarquia Absoluta», en *História de Portugal*, Vol. V, Lisboa, 1980; OLIVEIRA, A. de, «A Restauração», en MEDINA, J. (dir.), *História de Portugal dos tempos pré-históricos aos nossos dias*, Vol. VII, Lisboa, 1993; FRANÇA, E. O., *Portugal na época da Restauração*, São Paulo, 1997. Un excelente trabajo de reflexión y compilación sobre el tema, CARDIM, P., «Los portugueses frente a la Monarquía Hispánica», en ÁLVAREZ OSORIO, A. y GARCÍA GARCÍA, B. (eds.), *La Monarquía de las Naciones. Patria, nación y naturaleza en la monarquía de España*, Madrid, 2004.

¹⁴ ELLIOT, J., «Self Perception and Decline in Early Seventeenth Century in Spain», en *Past and Present*, N.74, 1977.

¹⁵ MORGADO, A., «A defesa da fronteira terrestre», en MOREIRA, R. (dir.), *História das fortificações portuguesas no mundo*, Lisboa, 1989.

¹⁶ Como se señala en DE LA CROIX, H., *Military Considerations in City Planning: Fortifications*, Nueva York, 1972. Sobre el tema de la determinación del espacio urbano y la cotidianidad de las ciudades por las fortificaciones, DUFFY, Ch., *Fire and Stone. The Science of Fortress Warfare, 1660-1860*, Londres, 1975; MARCHENA, F. J., «El poder de las piedras del rey. El impacto de los modelos europeos de fortificación en la ciudad americana», en *Barroco Iberoamericano. Territorio, arte, espacio y sociedad*, Sevilla, 2001, Vol. II.; e ID. y GÓMEZ PÉREZ, C., *La vida de guarnición en las ciudades americanas de la Ilustración*, Madrid, 1992.

¹⁷ En el Archivo de la Torre do Tombo existe un importante fondo documental con peticiones de cortes enviadas por las poblaciones situadas junto a la frontera. Un análisis pormenorizado de esta documentación arrojaría, con certeza, muchas luces sobre la vida cotidiana en estas localidades en el periodo, y cómo la guerra determinó sus realidades a lo largo de tantos años.

líneas de Elvas, de Ameixial, de Castel Rodrigo o de Montes Claros, son hitos en su historia oficial; en España son simplemente desconocidas.

Pero, por otra parte, debe señalarse que en los últimos años estamos asistiendo al rápido y exitoso –desde luego editorialmente– desarrollo de una nueva línea historiográfica que ha venido en denominarse «The Military Revolution». Línea o perspectiva desde la que se trata de analizar y explicar el papel de las guerras en la construcción y desarrollo de la Europa Moderna, y el conjunto de transformaciones que estos conflictos ocasionaron en la región durante los siglos XVI al XVIII. El viejo asunto del estudio – más o menos académico – de la guerra y de los aparatos militares que las soportaron, en una Europa donde los conflictos bélicos fueron parte medular de sus definiciones, ha cobrado un nuevo auge y ha venido a constituir un flamante tópico historiográfico, cada vez más inserto en los análisis sociales, económicos y políticos. Un tema y un término que han suscitado interesantes debates¹⁸. El estudio de los ejércitos de la modernidad, su composición, estructura, financiación, tecnologías; el análisis de los militares, profesionales o no, en el marco de las mutantes y heterogéneas sociedades, explicando sus roles económicos, sociales o familiares, y desde luego sus actuaciones en el terreno de lo político-administrativo; las repercusiones de las maniobras y evoluciones de estos ejércitos por los distintos escenarios de las guerras – todo el mapa de Europa en realidad, dada la internacionalización permanente de las mismas –, los saqueos, destrucciones, pérdidas materiales y humanas; las movilizaciones, las levadas, sus consecuencias demográficas, sus costos y repercusiones económicas, incluso sus impactos ambientales... todo ello ha sido objeto de numerosos trabajos que sin duda han servido para obtener un mejor conocimiento de la época¹⁹.

¹⁸ Comenzando por el clásico: ROBERTS, M., *The Military Revolution, 1560-1660*, Belfast, 1956; y, entre otros, DUFFY, Ch. M., *The Military Revolution and the State, 1500-1800*, Exeter, 1980; HALE, J. R., *Renaissance War Studies*, Londres, 1983; PARKER, G., *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Barcelona, 1990; CORNETTE, J., «La Révolution Militaire et l'État Moderne», en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, N.41, 1990; BLACK, J., *A Military Revolution? Military Change and European Society. 1550-1800*, Londres, 1991; DOWNING, B., *The Military Revolution and Political Change. Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*, Cambridge, 1992; ROGERS, C. J. (ed.), *The Military Revolution Debate; Transformation of Early Modern Europe*, Boulder, 1995; ELTIS, D., *The Military Revolution in Sixteenth Century Europe*, Londres, 1995; BÉRENGUER, J. (ed.), *La révolution militaire en Europe (XV^e-XVIII^e siècle)*, París, 1998. Para el caso portugués, NEWITT, M., «Plunder and the Rewards of Office in the Portuguese Empire», en DUFFY, Ch. M., *The Military Revolution...* cit.; CORVISIER, A., «Aspect divers de l'histoire militaire», en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, N.20, 1973. Para España, véanse los trabajos de ANDUJAR CASTILLO, F., en especial, *Ejércitos y militares en la Europa Moderna*, Madrid, 1999; y MARTÍNEZ RUIZ, E., «La eclosión de la historia militar», en *Studia Histórica, Historia Moderna*, N.25, 2003.

¹⁹ CIPOLLA, C. M., *Guns, Sails and Empire: Technological Innovations and the Early Phases of European Expansion, 1400-1700*, Nueva York, 1965; LEÓNARD, E., *L'Armée et ses problèmes en France au XVIII^e Siècle*, París, 1958; CORVISIER, A., *Armies and Societies in Europe, 1494-1789*, Bloomington, 1979; CHILDS, J., *Armies and Warfare in Europe, 1648-1789*, Manchester, 1982; LEVI, J. S., *War in the Modern Great Power System, 1495-1975*, Lexington, 1983; CORVISIER, A.,

Pero todavía esta mirada, o esta perspectiva de análisis, no ha alcanzado significativamente al estudio de las guerras sostenidas entre las dos coronas ibéricas durante el periodo. Y ello a pesar de que resulta incuestionable el hecho de que la restauración de la monarquía portuguesa y su independencia de la española sólo fue alcanzada tras un largo conflicto bélico mantenido entre España y Portugal durante casi treinta años. Una guerra que comenzó en 1640 y no finalizó hasta 1668, empeñado como estuvo el rey español Felipe IV, «el Rey Planeta», en no reconocer ni a Don João IV ni a la monarquía lusitana. Un conflicto que siguió manifestándose durante muchas décadas adelante (casi ciento cincuenta años más) con sucesivas y sangrientas batallas, un sin número de asaltos a ciudades y villas, movilizaciones constantes de grandes masas de población, más un crecido – y siempre exorbitante – gasto militar; oyéndose de seguido el estrépito de los ejércitos en campaña a lo largo y ancho de la frontera común, no sólo en la península sino también en América. Y un conflicto enquistado desde antiguo (como mínimo desde que los tercios del duque de Alba invadieron Portugal en 1580) que adquirió distinta naturaleza en función de cómo se desarrollaron los acontecimientos en Europa, al menos hasta la crisis final del Antiguo régimen, ya avanzado el S. XIX.

Por lo tanto, la guerra – las guerras – entre 1640 y 1808, fueron una importante manifestación política, social y económica – con su reflejo en la esfera de las mentalidades colectivas – del estado real de las cosas al interior de ambas monarquías, cuyos avatares y consecuencias motivaron recíprocos y cambiantes posicionamientos en las relaciones que mantuvieron entre sí. Y no sólo de los monarcas y las casas reales, o de sus entornos más directos de secretarios, ministros o consejeros, sino que estos enfrentamientos bélicos modificaron también las posiciones y actitudes de los respectivos estamentos nobiliarios, cuyo papel bifronte o ambiguo en este tema aún merecería estudios más profundos; u originaron el impreciso patrón de comportamiento

Les hommes, la guerre et la mort, Paris, 1985; DUFFY, Ch. M., *The Military Experience in the Age of Reason*, Londres, 1987; ANDERSON, M. S., *War and Society in Europe of the Old Regime*, New York, 1988; TILLY, Ch., *Coercion, Capital and European States*, Cambridge, 1990; BÉLY, L. (coord.), *Guerre et paix dans l'Europe du XVII^e siècle*, Paris, 1991; BLACK, J., *European Warfare, 1660-1815*, New Haven, 1994; STONE, L. (ed.), *An Imperial State at War. Britain from 1689 to 1815*, Londres, 1994; WILSON, P. H., *German Armies. War and German Politics, 1648-1806*, Londres, 1998; CHAGNIOT, P., *Guerre et société dans l'époque moderne*, Paris, 2001; PARKER, G., *Success is Never Final. Imperialism, War and Faith in Early Modern Europe*, Londres, 2001; ARCHER, Ch., FERRIS, J. R., HERWIG, H. H. y TRAVERS, T. E., *World History of Warfare*, Lincoln, 2002; BLACK, J., *European Warfare, 1494-1660*, Londres, 2002; BOIS, J. P., *Les guerres en Europe, 1494-1792*, Paris, 2003; HOCHEDLINGER, M., *Austria's Wars of Emergence. War, State and Society in the Habsburg Monarchy, 1683-1797*, Londres, 2003; KENNEDY, P., *Auge y caída de las grandes potencias. Cambios económicos y conflictos militares desde 1500 a 2000*, Barcelona, 2004; DRÉVILLON, H., *L'impôt du sang. Le métier des armes sous Louis XIV*, Paris, 2005. Una excelente revisión historiográfica en MAFFI, D., «Ejército y sociedad civil en la Europa de la Edad Moderna. Nuevas perspectivas historiográficas», en GARCÍA HERNÁN, E. y RECIO MORALES, O. (coord.), *Extranjeros en el Ejército. Militares irlandeses en la sociedad española, 1580-1818*, Madrid, 2007.

de ambas burguesías comerciales urbanas, temerosas de que las exigencias defensivas de las monarquías no solo fueran excesivas sino infinitas; o modificaron el siempre vacilante papel de los grupos de financistas, ante los riesgos de impagos o embargos de bienes que a algunos condujeron a la ruina; o influyeron decisivamente sobre ambos cleros, situados siempre a caballo entre el pragmatismo de los unos y el fanatismo de los más, y utilizándolas para preservar, desde sus llamadas al sagrado combate, sus encastilladas esferas de poder; defendiendo idearios y concepciones del mundo tanto espiritual como material de notable impacto en el cuerpo social; guerras que también provocaron el rechazo o el apoyo de amplios sectores de población en las dos monarquías, agotados por las gabelas y las levass para las campañas, protestando violentamente contra ellas, pero a la vez también sintiéndose impulsados a mantenerlas al oír la voz de trueno de los púlpitos o las sagradas invocaciones realizadas por una u otra corona a defender el honor del rey y la gloria del reino.

Súmese a lo anterior el hecho de que las distintas ubicaciones de ambas monarquías en el juego de alianzas y/o divorcios políticos (dinásticos muchos de ellos) sucedidos entre todas las potencias europeas a lo largo del periodo, en una diplomacia basada más en la guerra que en la paz, fueron tan mutantes y tan rápidas a veces que las motivaciones que las sustentaban nunca llegaron a explicarse al interior de los reinos respectivos, por lo que, más allá de la corte y los círculos de poder, entre la población común sólo se manifestaron sus consecuencias; es decir, la «necesaria guerra» contra el enemigo, dando pie a la construcción de imaginarios populares de mutuo recelo, en los cuales, por ejemplo, cundió fervorosamente entre los españoles la certeza de la «traición» portuguesa por sus continuas alianzas con Inglaterra y Holanda, «enemigas acérrimas de España», traicionando también a una fe y a una religión católica a las que los lusitanos habían jurado defender; o, entre los portugueses, de que estas alianzas, aún contra natura, eran su única posibilidad de sobrevivir frente a la permanente agresión española en su inicuo propósito por absorberlos²⁰.

La propia imagen de los monarcas (tanto del español como del portugués) cambió en estas décadas: de ser representados como estadistas, príncipes-sabios o grandes creyentes, la figuración de las nuevas monarquías se basó ahora en la exaltación de sus valores militares, el rey héroe-guerrero dirigiendo la guerra, disponiendo el orden de batalla. Los ejércitos vinieron a ser el principal instrumento de la voluntad del monarca, un dispositivo que en sus manos debía ser ante todo útil y eficaz. Tras la muerte del restaurador Don João, el nuevo rey de Portugal, Alfonso VI, pasó a ser denominado

²⁰ Esta sempiterna presión de la monarquía española sobre Portugal a lo largo de la frontera con «Castilla» – hasta quedar firmemente asentada en la conciencia colectiva portuguesa – fue puesta de manifiesto en el hecho de que los portugueses, tanto en la península, en América o en Asia, siempre que contactaban con los españoles les llamaban «castellanos», aún cuando se trataran de personas o colectivos de procedencia vizcaina, catalana o incluso americana.

«o filho da guerra» y «o Vitorioso»²¹. Por su parte, Felipe IV fue retratado por Velázquez como tal «Rey Planeta» manteniendo su «guerra con toda la tierra»: un gran general caracoleando con su caballo en el combate, la vera imagen de la fuerza y la autoridad. Además, las movilizaciones necesarias para llevar adelante todas estas campañas, la construcción de las maquinarias bélicas que debían sustentarlas, el empleo de técnicas, técnicos y tecnologías para alcanzar el éxito sobre el enemigo (o disuadirlo de emprender acciones ofensivas), y los gastos que todo ello acarreó, involucrando a la totalidad de los súbditos de ambos reinos²², dejaron una huella indeleble en lo social y en la identidad colectiva común, en la medida que la idea de la guerra por la «salvaguarda del reino» o «defensa de la nación» para unos, y de la Monarquía Universal, del «legado imperial» o de la «defensa de la fe» frente al protestantismo y la herejía para otros, terminaron por fraguar poderosamente el sentir colectivo y recíproco de ambas sociedades.

Más que en Portugal, y como ya comentamos, este asunto de las guerras europeas aparece señalado por la historiografía sobre España como un tema trascendental a la hora de analizar la monarquía hispánica del periodo: la presencia masiva y ubicua de las tropas del rey en el bien surtido inventario de conflictos repartidos por toda Europa en los que el monarca quiso involucrarse, vino a constituir la columna vertebral de sus actuaciones políticas e ideológicas por el continente; pero – anotan la mayoría de los autores – el enorme peso que alcanzó a tener la máquina militar imperial en el contexto del estado monárquico español, conllevó el que a medio y a largo plazo éste no pudiera desarrollarse como un Estado Moderno, resultando más enérgico que eficaz, vigoroso más que efectivo, crecido más que poderoso; y eso que contaba con los fabulosos recursos aportados por la fiscalidad del mundo americano y del comercio trasatlántico. La presencia permanente de las tropas del rey en este enorme espacio y su participación en la práctica totalidad de las guerras de la Edad Moderna, como han señalado los especialistas, por su altísimo coste económico y demográfico y por el desgaste político tanto interno como externo que ocasionaron, constituyeron la raíz y el detonante (aunque de efectos muy prolongados en el tiempo) de la crisis de la monarquía española²³. Pero estos estudios rara vez, o muy de pasada,

²¹ BARRETO XAVIER, A. y CARDIM, P., *D. Afonso VI*, Lisboa, 2008, pp. 51 y 59.

²² Amalric, J-P., «Guerres et paix, nouvelles équipes et nouveaux usages», en Bennassar, B., (ed.) *Histoire des Espagnols (VI^e-XX^e siècle)*, París, 1992.

²³ Entre otros muchos trabajos, THOMPSON, I. A. A., *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Madrid, 1981; STRADLING, R. A., *Europa y el declive del sistema imperial español, 1580-1720*, Madrid, 1992; STRAUB, E., *Pax et Imperium. Spaniens Kampf um seine Friedensordnung in Europa Zwischen 1617-1635*, Paderborn, 1980; KOENIGSBERGER, H. G., *The Practice of Empire*, Nueva York, 1969; PARKER, G., *La Guerra de los Treinta Años*, Barcelona, 1988; ELLIOT, J. H., *El Conde Duque de Olivares. Un político en una época de decadencia*, Barcelona, 1990; ISRAEL, J. I., *Conflicts of Empires. Spain, the Low Countries and the Struggle for World Supremacy, 1585-1713*, Londres, 1997; STORRS, Ch., *The Resilience of the Spanish Monarchy, 1665-1700*, Oxford, 2006; y KAMEN, H., *Imperio. La forja de España como*

incluyen el análisis de las guerras con Portugal²⁴. En este país, en cambio, las guerras del periodo se han estudiado – casi siempre – a partir de la idea de la defensa de lo propio frente a España, primando, antes que lo externo, las miradas interiores, el papel en las mismas de los monarcas y de los diversos miembros de la familia Bragança, de sus ministros y secretarios, de la alta y baja nobleza, del clero, del aparato administrativo o de las burguesías urbanas, explicando en cada caso su papel protagónico en la conformación y desarrollo – y también en las crisis – de la monarquía y del reino. No obstante, y con el aumento logrado en los últimos años de los estudios sobre el Portugal de Alem-Mar²⁵, se ha ido incorporado a este tema de las guerras el análisis del conflicto con Holanda en el Brasil²⁶ colonial, el análisis de sus «perigos interiores», del impacto de la Restauración monárquica en las colonias de África y Oriente, o el examen de los conflictos surgidos con España por la expansión llevada a cabo desde el Brasil durante el S.XVIII. A pesar de todo ello y poco a poco, el estudio de las guerras hispano-portuguesas del periodo, desde esta nueva óptica referida más arriba, va siendo objeto de atención de los investigadores a ambos lados de la frontera²⁷. En este sen-

potencia mundial, Madrid, 2003. Para el impacto de Portugal en la crisis, VALLADARES, R., *Felipe IV y la Restauración de Portugal*, Málaga 1994; ID., «Portugal y el fin de la hegemonía hispánica», en *Hispania*, N.61, 1996; ID., *Portugal desde Italia. Módena y la crisis de la monarquía hispánica (1629-1659)*, «Boletín de la Real Academia de la Historia», CXCV, 1998; Alcalá-Zamora y Queipo de LLANO, J., *Razón y crisis de la política exterior de España en el reinado de Felipe IV*, Madrid, 1977; GIL PUJOL, X., «Felipe IV y la crisis de la Monarquía Hispánica. Pérdida de hegemonía y conservación. 1643-1665», en FLORISTÁN, A. (coord.), *Historia de España en la Edad Moderna*, Barcelona, 2004. Sobre las repercusiones en América, GARAVAGLIA, J. C. y MARCHENA, J., *América Latina, de los orígenes a la independencia*, Vol. I, Barcelona, 2005; y SERRANO MANGAS, F., *Esplendor y quiebra de la Unión Ibérica en las Indias de Castilla, 1640-1668*, Badajoz, 1994.

²⁴ Resulta muy interesante el análisis que realiza al respecto MAFFI, D., «Il potere delle Armi. La monarchia spagnola e i suoi eserciti (1635-1700)», en *Rivista Storica Italiana*, N.118, 2006.

²⁵ En este sentido resultan de un gran interés las reflexiones que realiza Nuno Gonçalo Monteiro acerca de las influencias reciprocas y recientes de las historiografías portuguesa y brasileña. MONTEIRO, N. G., «A circulação das elites no imperio dos Bragança...» cit.

²⁶ Una visión de conjunto en HERRERO SÁNCHEZ, M., «La presencia holandesa en Brasil y la posición de las potencias ibéricas tras el levantamiento de Portugal», en SANTOS PÉREZ, J. M. y CABRAL DE SOUZA, G. F., *El desafío holandés al dominio ibérico en Brasil en el S. XVII*, Salamanca, 2006.

²⁷ Entre otros, THEMUDO BARATA, M. y TEIXEIRA, N. S. (dirs.), *Nova História Militar de Portugal*, Lisboa, 2004; COSTA, F. D., *A Guerra da Restauração. 1640-1668*, Lisboa, 2004; VV.AA., *XV Colóquio de História Militar: Portugal militar dos séculos XVII e XVIII até às vésperas das invasões francesas*, Lisboa, 2005; CALLIXTO, C., «A fortificação barroca. As fortificações marítimas do tempo da Restauração», en MOREIRA, R. (dir.), *História das fortificações portuguesas no mundo*, Lisboa, 1989; CORTÉS CORTÉS, F., *Guerra e pressão militar nas terras de fronteira*, Lisboa, 1990; ID., *El Real Ejército de Extremadura en la guerra de Restauración de Portugal, 1640-1668*, Cáceres, 1985; ID., *Alojamientos de soldados en la Extremadura del S. XVII*, Mérida, 1996; WHITE, L., «Actitudes civiles hacia la guerra en Extremadura, 1640-1668», en *Revista de Estudios Extremeños*, N.44, 1987; ID., «Los tercios en España: el combate», en *Studia Histórica. Historia Moderna*, N.18, 1998; ID., «Guerra y revolución en la Iberia del S. XVII», en *Manuscripts*, N.21, 2003; y especialmente, de la misma autora, «Estrategia geográfica y fracaso en la reconquista de Portugal por la monarquía hispánica, 1640-1668», en *Studia Histórica, Historia Moderna*, N. 25,

tido, observarlas desde la perspectiva de la historia de los conflictos bélicos y de la participación en los mismos de ambas sociedades y de ambos aparatos políticos y administrativos, cobra una novedosa trascendencia. Sobre todo porque salen a la luz la naturaleza e intensidad de todas estas guerras, que no por «olvidadas» u «ocultas» dejan de ser importantes y reveladoras²⁸.

El primer ciclo de guerras: 1640-1700

Que el tema de estas guerras no sea objeto preferente de estudio no quiere decir que no fueran tan trascendentales como dramáticas para el desarrollo político de ambas monarquías²⁹. Desde los inicios de la llamada en Portugal «Restauración de la Monarquía»³⁰ y en España «Sublevación» o «Rebelión» de Portugal³¹, los enfrentamientos bélicos fueron continuos y muy violentos³². La cuestión de Portugal fue un asunto clavado en el alma de Felipe IV desde 1640, y alentada por confesores y asesores espirituales³³; tan

2003; THOMPSON, I. A. A., «Milicia, sociedad y estado en la España Moderna», en VACA LORENZO, A. (ed.), *La guerra en la historia*, Salamanca, 1999; STRADLING, R. A., «Spain's Military Failure and the Supply of Horses, 1600-1660», en *History*, N.69, 1984; CONTRERAS GAY, J., «La reorganización militar en la época de la decadencia española (1640-1700)», en *Millars*, N.26, 2003; el número monográfico de la *Revista de Historia Moderna, Anales de la Universidad de Alicante*, N.22, 2004, «Ejércitos en la Edad Moderna»; y GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, Madrid, 2006, especialmente el Volumen II, «Ejército, economía, sociedad y cultura». Para las repercusiones de la guerra en el Brasil portugués, SILVA, L. G., «Cooperar e dividir: Mobilização de forças militares no império português (S. XVI e XVII)», en DORÉ, A., SILVERIO LIMA, L. F. y SILVA, L. G. (eds.), *Facetas do Império na História...* cit.; SOUZA BARROS, E. de, *Negócios de tanta importância. O Conselho Ultramarino e a disputa pela condução da guerra no Atlântico e no Índico (1643-1661)*, Lisboa, 2008.

²⁸ BLACK, J., *Rethinking the Military History*, Londres, 2004.

²⁹ HESPAÑA, A. M., *Vísperas del Leviatán. Instituciones y poder político (Portugal. Siglo XVII)*, Madrid, 1989.

³⁰ Sobre este tema resulta fundamental la consulta de DORES COSTA, F., *A Guerra da Restauração...* cit.

³¹ ID., VALLADARES, R., *La rebelión de Portugal...* cit.

³² BEIRÃO, C., «Vinte e oito anos de guerra. Os auxílios externos e a acção diplomática. A política de Castelo Melhor. A paz de 1668», en *IV Congresso da História do Mundo Português. Monarquia Dualista e Restauração*, Vol. VII, Lisboa, 1940; SELVAGEM, C., *Portugal Militar. Compendio de História Militar e Naval de Portugal*, Lisboa, 1931. Y el clásico compendio de SEPULVEDA, C. Ayres de Magalhães, *História Orgânica e Política do Exército Português. Vol. 1661-1668*, Lisboa, 1902-1912.

³³ La continua presencia de sor María de Ágreda y sus consejos morales en el ánimo de Felipe IV, muy especialmente en todo lo relacionado por Portugal y tras la salida de Olivares, tuvo, según algunos autores, una gran repercusión en los acontecimientos (STRADLING, R. A., *Felipe IV...* cit., pp. 381 y ss.). Para Felipe IV, la guerra con Portugal era un ejemplo de cómo se ligaba la integridad de la monarquía con la voluntad divina: «Estamos haciendo todo lo humanamente posible para defendernos, pero al mismo tiempo tenemos que convencer a Dios de que somos dignos de su favor...». Para ello, Felipe IV obligó a que en todas las iglesias del reino se exhortara a rezar, «ya que es por medios espirituales más que materiales como se devolverá la integridad a esta monarquía y se la guardará de los enemigos y los rebeldes» (ID., p. 384).

importante que en la corte española tardaron tiempo en reaccionar cuando llegaron noticias de lo que estaba sucediendo en Lisboa y otras ciudades portuguesas³⁴, aunque para todos quedaba claro que la reacción española para someterlas a su autoridad se produciría más temprano que tarde, y que la guerra era inevitable. El embajador inglés en Madrid, sir Arthur Hopton, informaba a Londres ese mismo año: «Todo Portugal se ha sublevado y no se puede recuperar salvo conquistándolo. Lo que en este momento no parece que estén dispuestos a hacer aquí, pues no se advierten preparativos generales para llevarlo a cabo»³⁵. Efectivamente, por más prioritaria que le pareciera al rey español la campaña para sofocar «la sublevación», ésta no pudo iniciarse porque Felipe IV no contaba con las tropas suficientes, y porque Olivares todavía pensaba en la posibilidad de llegar a un arreglo político. Pero cuando el monarca despidió al conde duque en 1643³⁶ y pudo reunir algunas unidades, la invasión de Portugal se puso en marcha: según su propio designio, era un cuestión de prestigio y de credibilidad personal como rey y como creyente³⁷. Tal cual sucedería en adelante – hasta transformarse en todo un tópico militar, repetido por más de ciento cincuenta años – la guerra comenzó con un ataque contra la plaza fuerte de Olivença. No se inició bien la campaña para los españoles, ya que la ciudad resistió este primer embate, clavando ante sus muros a los mal organizados sitiadores; además, las tropas portuguesas se adentraron por el sur de Galicia y provocaron graves daños. Aprovechando las indecisiones de Madrid en esta primera ofensiva, el maestre de campo portugués Matías de Albuquerque cruzó la frontera en 1644 alcanzado la ciudad de Montijo, donde el marqués

³⁴ Sobre enfrentamientos entre la población portuguesa – especialmente en Setúbal y Évora – y las escasas tropas españolas que permanecían en Portugal, ver OLIVEIRA, A. de, *Movimentos sociais e poder em Portugal no século XVII*, Coimbra, 2002; SERRÃO, J. V., «Governo dos reis Espanhois, 1580-1640», cit. también en STRADLING, R. A., *Felipe IV...* cit., pp. 265 y 282.

³⁵ Citado por STRADLING, R. A., *Felipe IV...* cit., p. 269.

³⁶ ELLIOT, J. H., «El programa de Olivares y los movimientos de 1640», en TOMÁS Y VALIENTE, F. (coord.), *Historia de España. Menéndez Pidal*, Vol. XXV, Madrid, 1972. Mientras tanto en América, las noticias de la guerra encontraron a la mayoría de las autoridades desprevenidas. En Cartagena, por ejemplo, se hallaba recalada una armada portuguesa al mando del conde de Castel Melhor procedente de las costas de Brasil, corriéndose la voz por la ciudad de que los lusitanos intentarían tomar la plaza, en cuanto por sus calles se oyeron gritos de «Viva el rey don Juan». El conde fue retenido por el gobernador de Cartagena y finalmente rescatado por unos corsarios enviados en su busca, dando origen a un episodio que más parece propio de una novela de aventuras. GARAVAGLIA, J. C. y MARCHENA, J., *América Latina, de los orígenes a la independencia...* cit., Vol. I, pp. 377 y ss. Así, las respuestas en las ciudades americanas a la sublevación de Portugal fueron contradictorias, entre otras cosas porque buena parte de su elite comercial era portuguesa y temía – como sucedió – a las represalias que Felipe IV tomaría contra ellos. Una situación compleja que también se vivió en algunas ciudades de Brasil, donde se produjeron intentos de mantener la unión con la corona española, como en São Paulo (1641) y Río de Janeiro (1647) dirigido éste último por Salvador Correia de Sá. VALLADARES, R., «El Brasil y las Indias españolas durante la sublevación de Portugal», en *Cuadernos de Historia Moderna*, N.14, 1993.

³⁷ JOVER ZAMORA, J. M., «Tres actitudes ante el Portugal restaurado», en *Hispania*, N.38, 1950.

de Torrecusa se le enfrentó con resultado indeciso ya que ambos ejércitos acabaron destrozándose entre sí, sin mayores resultados por parte española sino lograr que Albuquerque retrocediera al otro lado de la línea fronteriza, pero mostrando todas las debilidades y el mal estado de las tropas castellanas. Tropas a las que en 1648 se les ordenó insistir otra vez en el ataque a Olivença, siendo de nuevo incapaces de tomarla.

Como pudo comprobarse, y en contra de lo que se supuso inicialmente – que esta guerra sería rápida, y un calco de la campaña del Duque de Alba en 1580 – los tercios de Felipe IV no consiguieron doblegar al ejército portugués de João IV³⁸. Los estrategas del monarca español le comunicaron que eran necesarios muchos más esfuerzos en hombres y material si quería proseguir con éxito la campaña de invasión. Sin embargo, las guerras de la monarquía española en otros espacios europeos (Francia, Italia y Flandes especialmente) más la sublevación de Cataluña, la conjura del duque de Medina Sidonia (hermano de la reina portuguesa) en Andalucía, el rosario de motines anti-fiscales que se esparcieron por toda la geografía del reino tras varios años de pésimas cosechas, la extensión de la peste bubónica por la mayor parte del territorio levantino y andaluz, causando una enorme mortandad en algunas ciudades³⁹, a lo que se sumaron las reticencias de la nobleza española a costear e incluso a participar en una nueva guerra⁴⁰ (y menos en la del país vecino, a la que llamaban irónicamente «la guerrilla de Portugal»⁴¹)... todo ello obligó al monarca español a no conceder lo que pedían sus maestros de campo, que mientras tanto aguardaban en la frontera; a dispersar sus no muy crecidas tropas por múltiples escenarios europeos y españoles, intentado además no incrementar los ya disparatados gastos militares; y a mantener por tanto con Portugal un *statu quo* (una «tregua tácita») que estabilizó la situación si acaso por algunos pocos años. No consiguió más: la guerra con

³⁸ Ejército que, aunque organizado de manera bastante apresurada, haciendo volver a Portugal a algunos de los más importantes oficiales que hasta entonces habían combatido a las órdenes de Felipe IV, especialmente en Flandes, pudo defender el territorio a cabalidad. Durante estos años, además, la producción de trabajos técnicos y teóricos sobre el arte de la guerra en Portugal fue más que importante. Ver al respecto BEBIANO, R., «Literatura Militar da Restauração», en *Penélope, Fazer e desfazer a História*, N.9-10, 1993. En estos años fue creado en Lisboa el Conselho de Guerra, cuyas series de consultas son magníficamente analizadas en DORES COSTA, F., «O Conselho de Guerra como lugar de poder: a delimitação da sua autoridade», en *Análise Social*, N.191, Lisboa, 2009.

³⁹ Causando una aguda crisis demográfica en algunas zonas que obligó a modificar los métodos de reclutamiento: del sistema tradicional de «comisión» (enganchadores) se pasó a la creación de una milicia territorial, los llamados Tercios Provinciales, obligando además a la nobleza a participar en el ejército o en su financiación mediante el impuesto de «lanzas». QUATREFAGES, R., «Le système militaire des Habsburg», en HERMANN, Ch. (coord.), *Le premier âge de l'état en Espagne (1450-1700)*, París, 1989, pp. 375 y ss.

⁴⁰ GARCÍA HERNÁN, E., «La nobleza castellana y el servicio militar: permanencias y cambios en los siglos XVI y XVII a partir de los conflictos con Portugal», en GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica...* cit., Vol. II, Madrid, 2006, pp. 97 y ss.

⁴¹ BARRETO XAVIER, A. y CARDIM, P., *D. Afonso VI*, cit., p. 182.

Portugal era una guerra impopular a la que nadie, salvo el rey, quería mirar de frente⁴².

Pero en esos pocos años cambió la situación en el reino portugués: a la muerte de João IV en 1656 le sucedió su hijo Alfonso VI⁴³ (bajo la tutela de su madre), inaugurando un periodo de inestabilidad caracterizado por los conflictos en el seno de la aristocracia lusitana⁴⁴. Conflictos tanto entre sí como contra la política de la reina madre primero, y contra la del propio rey después, que crecieron y se enmarañaron sobremanera incluyendo la huida a España de varios de los principales miembros de la nobleza⁴⁵. Fue entonces, en 1656, cuando Felipe IV, aprovechando esta coyuntura y sintiéndose más fortalecido con nuevas tropas, decidió proseguir la guerra reanudando las hostilidades en la frontera: las tropas españolas al mando del maestre de campo Francisco de Tutavila, duque de San Germán, y compuestas por más de 19.000 soldados y un importante tren de artillería, atacaron y sitiaron de nuevo y una vez más la plaza de Olivença, que se hallaba al mando del maestre de campo Manuel de Saldanha. En su auxilio acudió el conde de São Lorenço, Joane Mendes de Vasconcelos, con casi 15.000 soldados de infantería y caballería, los que, ante la imposibilidad de obligar a los españoles a levantar el sitio, acometieron contra Badajoz, debiendo retirarse también tras un combate muy sangriento contra sus baluartes. Las tropas portuguesas atacaron igualmente sin éxito la plaza de Valencia de Alcántara. Tutavila, en un esfuerzo supremo, consiguió al fin entrar en Olivença, una victoria que fue celebrada en Madrid como si con ella fuera a finalizar la guerra, mientras por el norte, los españoles al mando del marqués de Viana sitiaron y ocuparon el castillo de Monção.

Pero la guerra no iba a terminar aquí: al año siguiente São Lorenço, mejor pertrechado, pudo atacar Badajoz, aunque tuvo que replegarse a Elvas ante la llegada del mismísimo valido real español, Luis de Haro, con

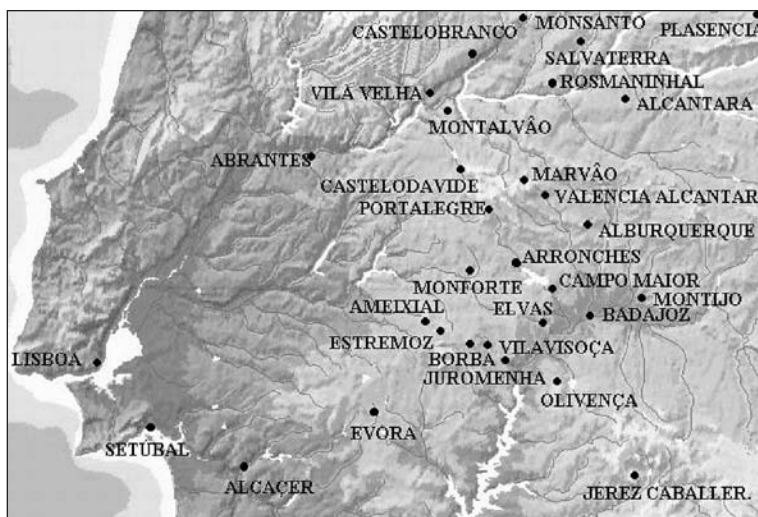
⁴² Por la mucha documentación e información que contiene sobre estos primeros años de la guerra, véase un clásico, ESTÉBANEZ CALDERÓN, S., *De la conquista y pérdida de Portugal*, Madrid, 1885.

⁴³ BARRETO XAVIER, A. y CARDIM, P., *D. Afonso VI...* cit.

⁴⁴ Una inestabilidad que, como ha señalado Bernardo Ares, venía de años anteriores, puesto que entre 1640 y 1668, los años de la guerra, se sucedieron cuatro revueltas palaciegas: en 1641 y 1647 contra Juan IV, y en 1662 y 1667 contra Alfonso VI. BERNARDO ARES, J. M. de, «El iberismo como alternativa político-dinástica al francesismo y al austracismo (1665-1725)», en *Anais de História de Além-Mar*, N.8, 2007, pp. 21 y 22; y CARDIM, P., «Memoria comunitaria y dinámica constitucional en Portugal, 1640-1750», en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (ed.), *Los Borbones. Dinastía y memoria de la nación en la España del S.XVIII*, Madrid, 2001, pp. 117 y ss.

⁴⁵ ID., pp. 107 y 108; y 172 y ss. A lo que se unía la existencia de un partido hispanista entre la nobleza portuguesa (Sousa, Távora, Valdereis...). Ver BERNARDO ARES, J. M., «El iberismo como alternativa...» cit., p. 14. Por otra parte, y como afirma Pedro Cardim, la corona portuguesa era en estos años – y en buena medida la española también – un entramado de intereses que se manifestaban a través de diferentes órganos y corporaciones poco homogéneas y enfrentadas entre sí. CARDIM, P., «A Casa Real e os órgãos centrais do governo de Portugal da segunda metade de Seiscentos», en *Tempo*, N.13, 2002.

nuevos refuerzos, y por haber hecho estragos la peste entre sus filas⁴⁶. Haro avanzó desde Badajoz dispuesto a continuar en firme hasta Lisboa, pero no llegó muy lejos: en enero de 1659 las tropas portuguesas mandadas ahora por el conde de Cantanhede (el futuro marqués de Marialva, Antonio Luis de Meneses⁴⁷) batieron completamente en las afueras de Elvas a los tercios de Haro, causándoles un sinnúmero de bajas⁴⁸ y obligándolos a retroceder hasta la frontera de Extremadura, que otra vez quedó estabilizada por la imposibilidad española de atravesarla. Para Portugal fue la primera gran victoria (conocida como Batalha das Linhas de Elvas) pues la ofensiva castellana quedó detenida, sus tercios derrotados y el mismo valido real puesto en fuga.



La paz de los Pirineos firmada entre Francia y España en 1659 no impidió que Luis XIV siguiera apoyando a Portugal contra Felipe IV, enviándole un cuerpo de ejército al mando del conde de Schomberg en 1660⁴⁹. Además,

⁴⁶ ANDERSEN, M. J., «A campanha de Elvas. Cartas inéditas da rainha D. Luisa de Guzmán», en *IV Congresso da História do Mundo Português. Monarquia Dualista e Restauração*, Vol. VII, Lisboa, 1940. Sobre los problemas existentes en el ejército portugués, PIMENTA, B., «O problema dos comandos na Guerra da Restauração», en *Revista de Guimarães*, N.1, 1940.

⁴⁷ Esta campaña y las del resto de la guerra pueden seguirse a través del testimonio del propio Meneses: MENESSES, Luis, Conde de Ericeira, *História de Portugal Restaurado* (ed. de 1679 y 1698), Porto, 1945. Otro documento de la época, BACELAR, António Barbosa, *Relaçam da vitoria que alcançaram as armas do muy alto señor e poderoso rey D. Afonso VI, em 14 de janeiro de 1659*, Lisboa, 1659.

⁴⁸ CRUZ, A., *O cerco e batalha das Linhas de Elvas*, Coimbra, 1938. VALLADARES, R., *La rebelión...*, pp. 162 y ss.

⁴⁹ SEPULVEDA, C. Ayres de Magalhães, *Um capítulo da Guerra da Restauração. 1660-1669. O conde de Schomberg em Portugal*, Lisboa, 1897.

el matrimonio de Catalina de Bragança⁵⁰ – hermana de Alfonso VI – con el rey Carlos II de Inglaterra, selló una nueva alianza entre ambas coronas⁵¹, y la tregua firmada con Holanda en 1641 permitió a Lisboa recibir pertrechos de guerra y otros materiales necesarios para la defensa desde el norte de Europa⁵². Estas ayudas exteriores fueron muy importantes para el sostenimiento de la guerra, cuyos elevadísimos costos para la población portuguesa – en tributos y en hombres para el combate – había originado violentas protestas en Lisboa y Porto⁵³. Inglaterra envió una expedición militar de apoyo al monarca portugués compuesta por más de 5.000 soldados veteranos⁵⁴, que aliviaron la presión sobre la frontera, e incluso corrió el rumor de que el rey de Marruecos también había ofrecido a Portugal una importante ayuda militar a cambio de que se le dejase atacar Andalucía desde el Algarve para «recuperar sus antiguas posesiones en España»⁵⁵.

En 1660 Felipe IV ordenó empecinadamente un nuevo ataque contra Portugal, a pesar de que no tenía caudales suficientes para pagar y abastecer convenientemente a las tropas, que éstos caudales eran prestados por los asentistas a un elevado interés⁵⁶, y que la guerra era más impopular que nunca en toda Castilla, porque, firmada la paz con Francia, la continuación de las operaciones contra Portugal obligaba a conservar en campaña a un alto número de soldados, lo que exigía mantener una tributación disparatada contra la que muchas villas y ciudades acabaron también rebelándose

⁵⁰ ALMEIDA TRONI, J., *Catarina de Bragança, 1638-1705*, Lisboa 2008.

⁵¹ PRESTAGE, E., *As relações diplomáticas de Portugal com a França, Inglaterra e Holanda de 1640 a 1668*, Coimbra, 1928; BELCHER, G. L., «Spain and the Anglo-Portuguese Alliance of 1661», en *Journal of British Studies*, N.15, 1975; AMES, Glenn J., «Priorities in the Reino, c.1640-1683» y «Foreign Polity diplomatic Relations with the Reis Vicinhos and European rivals, 1640-1683», en AMES, Glenn J., *Renascent Empire? The House of Bragança and the Quest for Stability in Portuguese Monsson Asia, ca.1640-1683*, Amsterdam, 2000.

⁵² Considerando, además, que esta nueva aproximación portuguesa a Holanda e Inglaterra significaba la recuperación de sus tradicionales ligaciones políticas y diplomáticas, interrumpidas durante el periodo de la union ibérica. ANTUNES, C., *Globalization in the Early Modern Period. The Economics Relationship Between Amsterdam and Lisbon, 1640-1705*, Amsterdam, 2004.

⁵³ Para acallar las revueltas de Porto tuvieron que ser movilizadas numerosas tropas desde Minho, y en Lisboa se acuarteló a la guarnición. ALVES, J., «Para a história dos impostos em Portugal. S. XVII», en *Nova História*, Ns. 3 y 4, 1985. Estas revueltas antifiscales, debidas a las presiones de la guerra, se corresponden con las que estallaron en España en varias localidades castellanas, en el País Vasco y especialmente en Andalucía (Córdoba y Sevilla en 1647 y de nuevo Sevilla 1652). Años, además en que, por las malas cosechas, la carestía de los productos y la extensión de la peste bubónica, fueron de «verdadera hambre» en la mayor parte de la península ibérica. GELABERT, J. E., *Castilla convulsa, 1621-1652*, Madrid, 2001.

⁵⁴ CHILDS, J., «The English Brigade in Portugal, 1662-1669», en *Journal of the Society for Army Historical Research*, N.53, 1975.

⁵⁵ VALLADARES, R., *La rebelión...* cit., p. 186.

⁵⁶ SÁNCHEZ BELÉN, J. A., «El impacto de la Independencia de Portugal en la hacienda castellana», en *Primeiras Jornadas de História Moderna*, Lisboa, 1986; RUÍZ MARTÍN, F., *Las finanzas de la monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV*, Madrid, 1990. Sobre los financistas portugueses, BOYAJIAN, J. C., *Portuguese Bankers at the Court of Spain, 1626-1650*, New Brunswick, 1983.

violentamente⁵⁷. A pesar de todo, en 1661 el rey español preparó un numeroso ejército que debía invadir Portugal por Extremadura, Castilla y Galicia al mando de Juan José de Austria (hijo bastardo del monarca y hasta entonces gobernador de Flandes, ahora nombrado «Capitán General para la Conquista de Portugal»⁵⁸) con la ayuda del duque de Osuna y del marqués de Viana, y contando con un número importante de tercios traídos desde Europa y reclutados en Castilla por sucesivas levadas que generaron nuevas protestas, dada, además, la inexperiencia castellana durante siglos en mantener una guerra en su propio suelo. En 1661 los tercios españoles entraron en Portugal por Veiros y Monforte, y más al sur, tomando Portalegre, Castelo de Vide y Arronches, aunque suspendieron la ofensiva por el extremo calor de agosto; una ofensiva que solo pudieron reiniciar al año siguiente, cuando Juan José de Austria, al mando de 12.000 infantes, 6.000 soldados de caballería y un estruendoso tren de artillería de sitio, avanzó desde Badajoz tomando la plaza de Juromenha, de escaso valor para un esfuerzo tan considerable⁵⁹. Por Galicia también progresaron las tropas españolas, pero se retiraron cuando llegó el invierno. Un intento de establecer una tregua entre ambas coronas fracasó por el empeño del rey español en continuar el avance hacia Lisboa⁶⁰.

En 1663 aún sumó Felipe IV más esfuerzos a la guerra y el ejército invasor todavía fue ampliado. Juan José de Austria pudo así avanzar sobre Évora, que fue tomada al asalto casi sin combatir. En su progreso hacia el oeste, la vanguardia del ejército español conquistó Alcácer do Sal, a las puertas de Setúbal y por tanto de Lisboa, y el temor se extendió por la capital portuguesa, a pesar de que era conocido que las tropas castellanas no podían avanzar mucho más allá de Évora por hallarse sin suministros. Parte del pueblo lisboeta, en lo que algunos autores han llamado «el santo montín», se arrojó entonces a la calle dando vivas al rey Alfonso y muertas contra la «nobleza traidora que entregaba el reino a España», y aprestándose a defender la capital⁶¹. Algunos eclesiásticos sacaron a la calle diversas reliquias, y se hicieron rogativas para que la providencia salvara a Portugal; incluso fue descubierto el cuerpo incorrupto del arzobispo Don Lorenço, que había estado presente en la emblemática batalla de Aljubarrota⁶². Entonces se pro-

⁵⁷ WHITE, L. G., «Actitudes...» cit. Los disturbios se sucedieron ahora por toda la frontera con Portugal, desde Galicia a Andalucía.

⁵⁸ CASTILLA SOTO, J., *Don Juan José de Austria (hijo bastardo de Felipe IV): su labor política y militar*, Madrid, 1992; y RUIZ RODRÍGUEZ, I., *Juan José de Austria: un bastardo regio en el gobierno de un Imperio*, Madrid, 2005.

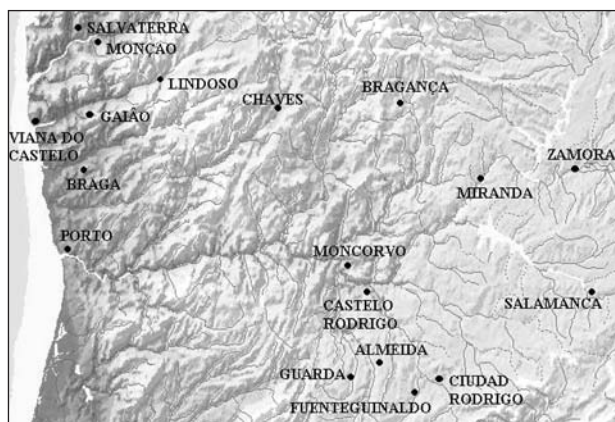
⁵⁹ Un valioso testimonio de la época, Jerónimo de Mascarenhas, *Campañas de Portugal por la parte de Extremadura el año 1662, ejecutada por el serenísimo señor Don Juan de Austria*, Madrid, 1663.

⁶⁰ La propuesta no pasó de ahí. Juan José de Austria solicitó a cambio de la tregua las plazas de Elvas, Juromenha y Campo Mayor. Los portugueses, obviamente, la rechazaron. VALLADARES, R., *La rebelión de Portugal...* cit., p. 201.

⁶¹ BRAZÃO, E. (ed.), *Afonso VI*, Porto, 1940, pp. 130 y ss.

⁶² *Id.*, p. 133.

dujo la reacción: las tropas anglo-portuguesas al mando del conde de Vila Flor y las francesas de Schomberg, atacaron a Juan José de Austria vencién-dole completamente en Ameixial (Estremoz) causándole terribles bajas, reto-mando el marqués de Marialva la ciudad de Évora y obligando a los espa-ñoles a retirarse a Badajoz. Por el norte, el conde de São João y el de Castel Melhor partieron desde Chaves y atacaron, con tropas de Minho, Trás-os-Montes y Beira, muchas poblaciones del lado gallego de la frontera, entre ellas Salvaterra⁶³, recuperando las fortalezas de Gaião y Lindoso⁶⁴. Eran consecuencia de Ameixial y de la euforia que la victoria causó en todo Portugal. Un nuevo triunfo lusitano y una nueva afrenta para el orgullo militar de Felipe IV⁶⁵. En el invierno de 1663 la situación de la guerra volvía a su antiguo y empozado estado.



En 1664 el avance portugués continuó bajo el mando – más político que militar – del conde de Castel Melhor, y Valencia de Alcántara fue conquistada en mayo sin mucho esfuerzo. Para contrarrestar esta ofensiva, el duque de Osuna llevó a cabo una nueva invasión desde Castilla con un importante cuerpo de ejército, pero resultó completamente vencido en Castelo Rodrigo y Almeida, de donde debió huir, según la leyenda extendida por todo el reino portugués, vestido de fraile, perdiendo sus bienes personales e incluso parte de su archivo familiar⁶⁶. Todavía en 1665 Felipe IV ordenaba un nuevo ataque, en un intento por mejorar su situación en la frontera – cada vez más complicada –, casi convencido ya de que no podría conquistar Portugal y tendría que establecer la paz. La expedición fue puesta

⁶³ Ver al respecto, *Segunda entrada que fez o Conde de Castel Melhor na villa de Salvaterra, em Gallizia, chamada hoje Salvaterra de Portugal*, Lisboa, 1643.

⁶⁴ Matos, G. de M., «Os terços de Entre-Douro e Minho», *Revista de Guimarães*, 1940.

⁶⁵ WHITE, L., «Estrategia geográfica y fracaso en la reconquista de Portugal por la monarquía hispánica, 1640-1668» cit., pp. 59-91.

⁶⁶ CARVALHO, J. V. de, *Almeida: subsídios para a sua história*, Almeida, 1988.

al mando del Marqués de Caracena, Luis de Benavides Carrillo, al que hizo venir desde Italia con todo su prestigio auestas. Intentó penetrar desde Badajoz hacia Vila Viçosa, sede de la casa de Bragança, a la que sitió. Pero sobre él pudo concentrar todas sus tropas el marqués de Marialva auxiliado por Schomberg, y en Montes Claros aplastó a las tropas de Caracena en la batalla más sangrienta de todo el conflicto, con más de 4.000 muertos y 6.000 prisioneros entre los españoles. Los restos del ejército de Felipe IV se encerraron en Badajoz donde aún estuvieron en riesgo de ser atacados. Era el fin de la guerra por parte de España.

Además, las circunstancias políticas cambiaron de nuevo bruscamente, y las dos monarquías entraron casi en parálisis: Felipe IV murió en 1665, removiéndose y reemplazándose buena parte de la corte con nuevos ministros y nuevos validos durante el reinado de Carlos II, un periodo bien turbulento con continuos enfrentamientos entre clanes nobiliarios⁶⁷. En Portugal, Alfonso VI tuvo que hacer frente a una gran sublevación en el reino (1667) que le llevó al retiro en las islas Azores⁶⁸. Su hasta entonces esposa, María Isabel de Saboya, consiguió la anulación de su matrimonio, casando con su cuñado Pedro II, que sucedió a su hermano Alfonso en el trono. Ese mismo año se reanudaron las hostilidades entre Francia y España, y los ministros españoles buscaron – con la intermediación de Inglaterra – acabar cuanto antes con la impopular e inútil guerra de Portugal, firmándose un tratado que era ratificado en Madrid en 1668 por el que se reconocía la independencia de Portugal y se restablecían todas las plazas de la frontera a su antiguo estado; una paz que en Castilla fue celebrada con el mayor júbilo. Júbilo que no impidió que se mantuviera con más fuerza que nunca la idea de que portugueses y judíos (un binomio que en la España de la época parecía difícil de separar) eran los culpables del estado de postración de la monarquía⁶⁹, ni que en las colonias americanas se desatara una feroz persecución de portugueses⁷⁰.

⁶⁷ Especialmente durante la regencia de María Luisa de Borbón, nieta de Luis XIV. BASSENNE, M., *La vie tragique d'une reine d'Espagne, Marie-Louise de Bourbon-Orleans*, París, 1939.

⁶⁸ DÓRIA, A. A., *A deposição de D. Afonso VI, 1666-1668*, Braga, 1947; BARRETO XAVIER, A. y CARDIM, P., *D. Afonso...* - cit., pp. 233 y ss.

⁶⁹ En los *Avisos históricos* de Pellicer, una especie de diario de lo que acontecía en Madrid a mediados del S. XVII, son continuas las referencias a la «maldad y felonía» portuguesas, acusándolos de todo lo malo que sucediera en el reino, desde un robo, un asesinato, una traición o un acto contra la fe. J. de PELLICER Y SALAS, *Avisos históricos que comprenden las noticias y sucesos más particulares ocurridos en nuestra monarquía desde 3 de enero de 1640 a 15 de octubre de 1645* (ed. de TIerno GALVÁN, E.), Madrid, 1965.

⁷⁰ Véase al respecto GARAVAGLIA, J. C. y MARCHENA, F. J., *América Latina de los orígenes a la independencia*, cit., Vol. I, pp. 347-382; STUDNICKI-GIZBERT, D., *A Nation Upon the Ocean Sea. Portugal's Atlantic Diaspora and the Crisis of the Spanish Empire, 1492-1640*, Nueva York, 2007; VALLADARES, R., «Poliarquía de mercaderes. Castilla y la presencia comercial portuguesa en la América española, 1595-1645», en ENCISO, L. M. (ed.), *La burguesía española en la Edad Moderna*, Vol. 2, Valladolid, 1992; REPARAZ, G., *Os portugueses no vice-reinado do Peru, S. XVI e XVII*, Lisboa, 1976; y MATEUS VENTURA, M. da G. A., *Portugueses no Peru ao tempo da União Ibérica. Mobilidade, complicitades e vivências*, Lisboa, 2005.

Como repercusión tardía de este conflicto, en 1678 Pedro II de Portugal ordenó al gobernador de Río de Janeiro, Manuel Lobo, que ocupase una posición lo más adentro posible del estuario del Río de la Plata a fin de establecer una colonia portuguesa⁷¹, siguiendo la línea de expansión brasileña hacia el sur que habían iniciado los bandeirantes paulistas⁷²; una política ahora apoyada por Inglaterra, que veía en este establecimiento un excelente punto de entrada de sus productos al interior americano y, especialmente, un bastión muy próximo a las fuentes de los metales del Alto Perú⁷³. Además, muchos de los comerciantes portugueses expulsados de las colonias españolas presionaron para que se abriera esta nueva ruta hacia el núcleo central de las riquezas americanas, a los que se unió buena parte del comercio carioca⁷⁴. Se fundó así Colonia del Sacramento en 1680 con 800 soldados y colonos de Río de Janeiro, quienes al mando del capitán Galvão fortificaron la posición y comenzaron enseguida sus actividades mercantiles y productivas, basadas fundamentalmente en un activo contrabando realizado con las colonias españolas más cercanas, en especial Buenos Aires y las minas de plata del Alto Perú. El gobernador de Buenos Aires, José de Garro, organizó inmediatamente una expedición para expulsar a los portugueses e impedir la consolidación de la colonia, al mando del maestre de campo de campo Antonio de Vera Mújica, con tropas de Buenos Aires y más de 3000 indígenas de las misiones jesuíticas y de la reducción de Quilmes. Vera atacó Sacramento destruyéndola por entero, aunque en 1681, por un tratado provisional firmado entre las dos coronas, se vio obligado a devolverla a Portugal⁷⁵.

⁷¹ Siguiendo el proyecto que unos años antes habían realizado dos ingenieros franceses al servicio del rey de Portugal, Bartolomé y Pedro Massiac, sobre ocupación del Río de la Plata. GUTIÉRREZ, R. y ESTERAS, C., *Territorio y fortificación. Influencia en España y América*, Madrid, 1991, pp. 39 y ss.

⁷² MONTEIRO, J., *Negros da terra: índios e bandeirantes nas origens de São Paulo*, São Paulo, 1994; y el clásico trabajo sobre Raposo Tavares de Jaime Cortesão, donde se explicita la importancia de estas entradas hacia el occidente brasileño, realizadas a partir de 1647, a la hora de establecer los dominios portugueses en el futuro. Fue conocida también como «bandeira dos límites». CORTESÃO, J., *Raposo Tavares e a formação territorial do Brasil*, Río de Janeiro, 1958.

⁷³ CANESSA DE SANGUINETTI, M. J., «El valor del espacio rioplatense en las fronteras de los imperios», en ARTEAGA, J. J. (coord.), *Uruguay, defensas y comunicaciones en el periodo hispano*, Madrid, 1989.

⁷⁴ Para conocer los antecedentes de este tráfico comercial en la región, ver CANABRAVA, A., *O comércio português no Rio da Prata (1580-1640)*, São Paulo, 1944. Sobre las actuaciones de los grupos de comerciantes porteños durante la guerra, TRUJILLO, O. J., «Facciones, parentesco y poder: la elite de Buenos Aires y la rebelión de Portugal de 1640», en YUN-CASALILLA, B. (coord.), *Las redes del Imperio. Elites sociales en la articulación de la Monarquía Hispánica*, Madrid, 2007.

⁷⁵ Por este tratado de alto el fuego, Portugal exigió la destitución de Garro, acusándolo de haber atacado Sacramento sin declaración de guerra, lo que fue ejecutado por Madrid, aunque luego secretamente se le recompensó nombrándole capitán general de Chile (ver BELZA Y RUIZ DE LA FUENTE, F., «Por la Colonia del Sacramento en América a las colonias del Golfo de Guinea», en *Temas de Historia Militar. 2º Congreso de Historia Militar*, Vol. III, Madrid, 1988, p. 20). Los portugueses volvieron a ocupar y fortificar Colonia en 1683, siguiendo instrucciones del guber-

Desde entonces, Colonia del Sacramento figuró persistentemente en la agenda de discusiones entre las dos coronas, y allí permanecería por casi un siglo⁷⁶.

Un segundo ciclo: Portugal y el borbonismo español

Este problema de Sacramento volvió a plantearse veinte años después, tras la muerte de Carlos II de España. Por el tratado de Lisboa de 1701 se establecía una mutua alianza entre el nuevo monarca borbón, Felipe V, y Pedro II de Portugal. Portugal aceptaba el testamento de Carlos II, fijándose un periodo de veinte años durante los cuales procurarían mantener una intensa colaboración entre las dos monarquías; a cambio España renunciaría a Colonia de Sacramento. Pero el tratado fue efímero porque de nuevo la política internacional europea, en este caso la guerra de Inglaterra y Holanda contra Francia, trastocó la posición portuguesa en este complicado tablero de coaliciones⁷⁷. Dos años después de firmarse el tratado de Lisboa, el rey portugués se unió a la Gran Alianza – tras meses de vacilaciones – mediante el acuerdo – que pretendió ser secreto – establecido en 1703 con el embajador británico en Lisboa sir John Methuen⁷⁸: Pedro II apoyaría tanto política como militarmente al archiduque Carlos, el pretendiente Habsburgo al trono español, enfrentado a Felipe V, el candidato de Luis XIV, y recibiría a cambio –aunque estando sujeto a posteriores discusiones– importantes donaciones territoriales en Extremadura y Galicia (Badajoz, Alcántara, Alburquerque, Valencia de Alcántara, Bayona, Vigo, Tuy y La Guardia) y en América la región amazónica española y toda la costa norte del Río de la Plata⁷⁹. El acuerdo conllevaba la guerra entre Felipe V y el rey portugués, al

nador de Río, Duarte Teixeira (KÜHN, Fabio, «Uma fronteira do Imperio: O sul da América portuguesa na primeira metade do século XVIII», en *Anais de História de Além-Mar*, N.8, 2007, p. 105). Un nuevo gobernador portugués enviado a Colonia, Francisco Naper de Lancastre, reforzó aún más la posición a partir de 1690, expandiendo sus actuaciones por las bocas del río Negro y del Uruguay, y pactando alianzas con los indígenas charrúas y guenoas que los defendían de los guaraníes españoles. ESPONERA Cerdán, A., «Enfrentamientos en el Río de la Plata por la penetración portuguesa a fines del S. XVII», en *Temas de Historia Militar. 2º Congreso de Historia Militar*, Vol. III, Madrid, 1988, p. 51.

⁷⁶ BERMEJO DE LA RICA, A., *La colonia del Sacramento. Su origen, desenvolvimiento y vicisitudes de su historia*, Madrid, 1920; TORTEROLO, L. M., «La Colonia del sacramento», en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, N.4, 1920; MONTEIRO, J. da C. R., *A Colônia do Sacramento, 1680-1777*, Portoalegre, 1937; VALLADARES, R., «Brasil: de la Unión de Coronas a la crisis de Sacramento. 1580-1680», en SANTOS PÉREZ, J. M. (ed.), *Acuarela de Brasil, 500 años después. Seis ensayos sobre la realidad histórica y económica brasileña*, Salamanca, 2000; PRADO, F. P., *Colônia do Sacramento: o extremo sul da América Portuguesa*, Portoalegre, 2002.

⁷⁷ MONTEIRO, N., «Don Pedro II regente e rei (1668-1706). A consolidação da dinastía de Bragança», en HESPAÑA, A. M. (coord.), *História de Portugal*, Vol. IV, Lisboa, 1998; GARCÍA CÁRCEL, R., «Fin de siglo, fin de dinastía. Algunas reflexiones», en *Estudis*, N.31, 2005.

⁷⁸ BRAZÃO, E., *História diplomática de Portugal*, Vol. I, 1640-1815, Lisboa, 1932.

⁷⁹ LYNCH, J., *Bourbon Spain, 1700-1808*, Oxford, 1989, p. 26.

que el primero acusó de traidor y de ser de poco fiar por incumplir el tratado de 1701, además de anticristiano por unirse a los herejes. Por su parte, Pedro II, que se consideraba medio español, preparó un texto justificativo de su postura – que intentó distribuir por toda España «y a los ojos del mundo» – titulado *Justificación de Portugal en la resolución de ayudar a la ínclita nación española a sacudir el yugo francés y poner en el trono real de su monarquía al Rey Católico Carlos III* (impreso en Lisboa en 1704)⁸⁰. Ni los insultos de Felipe V ni la propaganda de Pedro II consiguieron evitar que las hostilidades volvieran a la frontera.

En 1704 el archiduque Carlos desembarcó en Lisboa – donde fue recibido con todo el boato de su corte – con una importante armada aliada anglo-holandesa al mando del almirante George Rooke, a fin no solo de comenzar la guerra por la frontera portuguesa sino de tomar la ciudad de Cádiz⁸¹ y hacerse con el nudo del comercio americano, para luego, costeando el Mediterráneo, desembarcar en el levante peninsular e iniciar un segundo frente antiborbónico. Una de las primeras acciones aliadas fue la toma de Gibraltar ese mismo año, que no pudo ser reconquistada por los españoles en adelante, y desde la que los británicos pensaban lanzarse a la conquista de Andalucía⁸². A la vez, el archiduque Carlos y el rey portugués se pusieron en marcha con sus ejércitos en dirección a Madrid, y así Portugal fue desde 1704 el flanco más vulnerable para los borbones durante toda la Guerra de Sucesión⁸³. El propio Felipe V tuvo que salir a su encuentro iniciando la campaña contra

⁸⁰ Citado y analizado por CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española», en GARCIA, F. (ed.), *Almansa, encrucijada de Europa. La Guerra de Sucesión y el III Centenario de la Batalla de Almansa*, Madrid, 2010, p. 222 y ss.

⁸¹ En un intento de repetir con más éxito el sitio al que sometió a la ciudad en 1702, o resarcirse de su fracaso contra Vigo, acometido también ese mismo año.

⁸² La guerra de sucesión desde la perspectiva británica puede seguirse, igualmente con mucha información documental, a través de dos clásicos: MAHON, L., *History of the War of Successions in Spain*, Londres, 1836; y PARNELL, A., *The War of the Successions in Spain During the Reign of Queen Anne, 1702-1711*, Londres, 1905.

⁸³ Los dos trabajos básicos sobre el tema, con especial referencia a la guerra con Portugal, son los de FRANCIS, A. D., *The First Peninsular War, 1702-1713*, Londres, 1975; y KAMEN, H., *The War of Succession in Spain*, Londres, 1969. Para Portugal, DORES COSTA, F., «A participação portuguesa na Guerra da Sucessão de Espanha: aspectos militares», y MONTEIRO, N. G., «Portugal, a Guerra de Sucessão de Espanha e Methuen: algumas considerações gerais», ambos en VV.AA., *O tratado de Methuen (1703)*, Lisboa, 2003; CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española...» cit.; BEBIANO, R., «Organização, teoria e prática da guerra», en *Nova História de Portugal*, Vol. VII, FREITAS DE MENESES, A. (coord.), *Portugal, da paz da Restauração ao ouro do Brasil*, Lisboa, 2001; PERES, D., *A diplomacia portuguesa e a sucessão de Espanha, 1700-1704*, Barcelos, 1931; MATEU Y LLOPIS, F., «Las relaciones político-económicas entre Portugal y España durante la guerra de Sucesión», en *Anales para el progreso de las Ciencias*, N.IX, Madrid, 1944; PETRIE, Ch., *Algunos aspectos diplomáticos y militares de la Guerra de Sucesión española*, Madrid, 1955; GONZÁLEZ DÍAZ, A. M., «La Guerra de Sucesión en la frontera con Portugal. Ayamonte, 1701-1704», y MARTÍN RODRIGO, R., «La Guerra de Sucesión en la frontera luso-salmantina», ambos en *La Guerra de Sucesión en España y América. Actas de las X Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, 2001; FRANCIS, A. D., «Portugal and the Grand Alliance» en *Bulletin of the Institute of Historical Research*, N. 38, 1965; y el clásico trabajo de PRESTAGE,

Portugal, aunque las tropas que consiguió reunir eran exiguas, mal equipadas y peor mandadas – menos de 30.000 soldados de infantería y 10.000 de caballería para cubrir todo el frente –, debiendo solicitar un fuerte apoyo de Francia. Un apoyo que recibió de los generales enviados por Luis XIV, el marqués de Puységur y luego el duque de Berwick, a los que se unieron los técnicos franceses en finanzas y ejército Michel-Jean Amelot y Jean Orry. Ellos fueron los que durante varios años prácticamente dirigieron la guerra, a costa de controlar y desviar hacia las arcas francesas los metales americanos, el recurso vital para el sostenimiento de las operaciones⁸⁴. Además recibió la ayuda de varios ingenieros franceses llegados de Flandes, al mando de Jorge Próspero de Verboom, trasladados de inmediato a la frontera para organizar los trenes de sitio a las plazas fuertes portuguesas⁸⁵.

No obstante las dificultades en conseguir tropas bien preparadas y pertrechadas, los borbónicos organizaron una ofensiva en toda regla: Felipe V y el conde de Aguilar, uno de sus principales valedores entre una nobleza española escasamente convencida de apoyarlo, avanzó hacia Portugal instalando su cuartel general en Plasencia. Desde allí atacó y tomó Salvaterra do Extremo, Idanha-a-Nova, Rosmaninhal, Segura y Penha Garcia, penetrando hasta la fortaleza de Monsanto, que fue destruida y saqueada después de un duro asedio. Más al norte, otro de sus generales, el milanés Francisco Ronquillo, cruzó la frontera desde Ciudad Rodrigo y atacó Almeida, mientras el príncipe de Tilly la rebasaba por Alburquerque y Valencia de Alcántara, cayendo en su poder Marvão, Castelo da Vide, Montalvão y Portalegre hasta alcanzar Arronches. Aún más al norte, el duque de Híjar invadió la región de Minho. Por último, el marqués de Villadarias, Francisco Castillo Fajardo, cruzó el Guadiana por Ayamonte y atacó Villa Real de Santo Antonio y Castro Marím⁸⁶.

E., *Portugal and the War of Spanish Successions*, Cambridge, 1938. Igualmente, por su enorme interés, las memorias reeditadas por VASCONCELOS DE SALDAÑA, A. y RADULET, C., del conde de Povolide, Tristão da Cunha de Ataíde, *Memórias Históricas*, Lisboa, 1989.

⁸⁴ THOMSOM, M. A., «Louis XIV and the Origins of the War of the Spanish Succession», en *Transactions of the Royal Historical Society*, N.4, 1954. Mucha documentación al respecto en varios clásicos, ofrecida desde la perspectiva francesa: DUVIVIER, M., *Observations sur la guerre de Succession d'Espagne*, Paris, 1830; MIGNET, Ch., *Négociations relatives a la Succession D'Espagne sous Louis XIV*, Paris, 1893; y BAUDRILLART, A., *Philippe V et la cour de France*, Paris, 1890-1900.

⁸⁵ GUTIÉRREZ, R. y ESTERAS, C., *Territorio y fortificación...* cit., p. 75.

⁸⁶ Como fuente imprescindible para las acciones españolas en Portugal, BACALLAR Y SANNA, V., marqués de San Felipe, *Comentarios de la guerra de España e historia de su rey Felipe V el animoso*, ed. SECO SERRANO, C., BAE, 99, Madrid, 1957; en el mismo volumen, CAMPO-RASO, J. del, *Memorias políticas y militares para servir de continuación a los comentarios del marqués de San Felipe*; MOLAS RIBALTA, P. (ed.), *Memorias del Mariscal de Berwick, Duque y Par de Francia, y Generalísimo de las Armas de Su Majestad* (Aviñón, 1737), Alicante, 2007; BELANDO, N. J., *Historia civil de España, sucesos de la guerra y tratados de paz desde el año 1700 hasta el de 1733*, Madrid, 1740-44. Otro trabajo con una gran cantidad de documentación de la época, COXE, W., *Memoirs of the King of Spain of the House of Bourbon*, Londres, 1815 (edición en España, COXE, W., *España bajo el reinado de la Casa de Borbón. Desde 1700 en que subió al trono Felipe V hasta la muerte de Carlos III, acaecida en 1788*, Madrid, 1846).

Desde Monsanto, Felipe V continuó hasta Castelo Branco cruzando el Tajo por Villa-Velha⁸⁷ acercándose a Abrantes, pero el verano y la presión de las tropas aliadas desde el norte al mando del general holandés Nicolás de Faggel, hicieron retroceder a los borbónicos.



⁸⁷ Este cruce del Tajo por Villa Velha mediante un puente de barcas realizado por los ingenieros militares, aparece representado en un pormenorizado grabado de la época firmado por Felipe Pallota. Pueden apreciarse en él todos los detalles de lo que era un ejército en campaña, desde las unidades formadas, el transporte de la artillería, la forma de vivaquear, o la estructura de los campamentos con las tiendas de lona. Publicado en *Estudio histórico del Cuerpo de Ingenieros del Ejército iniciado al celebrar en 1903 el primer centenario de la creación de su academia y de su tropas. Por una comisión redactora*, Vol. I, Madrid, 1911. Pedro Cardim señala que existen otros grabados similares de Pallota en el Archivo Histórico Militar de Lisboa, 10/C2/GR1,2,3 y 4. CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española...», cit., p. 231. De la misma fecha, aunque de autor desconocido, es el otro grabado incorporado al Vol. I del ya citado *Estudio histórico del Cuerpo de Ingenieros..* sobre la toma de Portalegre en la misma campaña.

Los aliados recuperaron Monsanto y Salvaterra, y contraatacaron sobre Ciudad Rodrigo tomando Fuenteguinaldo, lo que obligó al ejército franco-español a abandonar parte de sus conquistas en el Alentejo y retroceder hasta Alcántara, quedando Berwick defendiendo la frontera⁸⁸. Felipe V tuvo que regresar a Madrid a atender otros frentes, abandonando sus pretensiones de ocupar rápidamente Portugal, y sólo el marqués de Aytona quedó en activo en la zona realizando acciones de corto alcance sobre algunas plazas fronterizas para mantener ocupados a los aliados. Aunque en Madrid esta campaña se propagandeó como un gran éxito, los estrategas del rey comprendieron que las próximas acciones serían más difíciles. Se repetía la misma situación que en 1662-65, con el ejército español atascado en la frontera.

En 1704 llegó también la guerra a América: temiendo incursiones portuguesas y británicas hacia el interior americano, desde Madrid se ordenó al gobernador de Buenos Aires, Ildefonso de Valdés e Inclán, que atacara y expulsara a los portugueses de Colonia de Sacramento⁸⁹. El sargento mayor Baltasar García Ros sitió la plaza durante varios meses con la ayuda de 4000 indígenas guaraníes aportados por los jesuitas, y con otras tropas llegadas de Corrientes y Tucumán, rindiendo a su gobernador Veiga Cabral después de un sitio de más de cinco meses, apresando varios navíos, incendiando la ciudad y demoliendo sus fortificaciones⁹⁰.

Durante el año 1705, el frente Mediterráneo ocupó la mayor atención y los esfuerzos de Felipe V, que tuvo que concentrar sus tropas en Gibraltar – la que no pudo ser retomada tras varios meses de sitio, habiendo recibido refuerzos de Portugal⁹¹ – y en el este peninsular sobre todo, donde la situación se le tornó crítica. Barcelona fue sitiada y conquistada por los aliados en presencia del archiduque Carlos – que había abandonado Lisboa – ocupando poco después la ciudad de Valencia. A todo lo anterior se le unió la pésima situación de sus intereses en Flandes e Italia⁹². Pero el frente occidental fue el que causó más terribles quebraderos de cabeza a Felipe V, puesto que los aliados se pertrecharon para iniciar otra ofensiva para invadir Castilla y tratar de llegar a Madrid. Francia envió a la frontera portuguesa más tropas al mando del duque de Berwick, aunque el desequilibrio entre aliados y bor-

⁸⁸ Frente a Ciudad Rodrigo, en el río Águeda, llegaron a acampar las tropas portuguesas, con el rey Pedro II y el Archiduque Carlos al frente. No se decidieron a atacar y regresaron a Lisboa, con gran enfado del rey Portugués. Un documento inédito, estudiado por Pedro Cardim, da cuenta de esta campaña: «Jornada d'El Rey Don Pedro Segundo à Beira, na companhia do Archiduque Carlos d'Austria e hum discurso a favor de daquella guerra», Academia de Ciencias de Lisboa. CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española...» cit., pp. 230 y ss.

⁸⁹ FERRAND DE ALMEIDA, L., *A Colônia do Sacramento na época da Sucessão de Espanha*, Coimbra, 1973.

⁹⁰ LYNCH, J., *Bourbon Spain...* cit., p. 53.

⁹¹ FRANCIS, A. D., *The First Peninsular War...* cit., p. 145.

⁹² KAMEN, H., *Philip V: The King Who Ruled Twice*, New Haven, 2001. La pérdida de Milán tuvo un fuerte impacto sobre los borbónicos, porque con ella devino la de casi toda Italia.

bónicos era aún muy grande; consideraban estos últimos que, en ese estado, no podían emprender operaciones de envergadura contra Portugal. Aprovechando esta situación, en la primavera de ese año de 1705, fueron los aliados al mando del marqués das Minas⁹³, del general inglés Gallway y del holandés Faggel, quienes lanzaron su tropas hacia los españoles, recuperando Salvaterra y Marvão, penetrando en Extremadura, conquistando Valencia de Alcántara – cuyas iglesias fueron saqueadas – y Alburquerque, y sitiando Badajoz y Ciudad Rodrigo. Badajoz tuvo que ser auxiliada por el general francés Tessé, que consiguió finalmente levantar el cerco. Los aliados tuvieron que retirarse a sus posiciones, pero la situación había cambiado: ahora eran los borbónicos los que tenían que defender la frontera con Portugal.

Y en 1706 la situación se le agravó aún más a Felipe V: de nuevo en primavera, los aliados el marqués das Minas y Gallway avanzaron desde el Alentejo sobre Alcántara, y en un avance impetuoso en el que arrollaron al marqués de Villadarias y a otros maestros de campo, tomaron Brozas, Coria, Plasencia, Almaraz, Ciudad Rodrigo, Salamanca y Toledo⁹⁴. Felipe V se vio obligado a evacuar Madrid, replegándose con el duque de Berwick a Somosierra. Incontenible, el marqués das Minas entró en Madrid en junio⁹⁵ sin apenas encontrar resistencia instalándose durante cuarenta días en el palacio real. Dictó diversas resoluciones gubernativas y, contando con el apoyo de algunos miembros de la nobleza española⁹⁶, proclamó al archiduque Carlos rey de España en la plaza mayor, intitulándolo Carlos III⁹⁷, a lo que siguieron

⁹³ Antonio Luís de Sousa, mestre de campo, ya participó en la guerra contra Felipe IV en 1658. Fue gobernador y capitán general de Brasil entre 1684 y 1687. Luego fue nombrado consejero de guerra y encargado, durante la primera fase del conflicto, de la provincia de Beira. En 1704 atacó a Ronquillo en Monsanto, recuperando Salvaterra do Extremo. Nombrado gobernador de armas de Alentejo, intentó el sitio de Badajoz en 1705. Véase el interesante texto, *Terceira noticia dos gloriosos successos que tiverão as armas de S.Magestade governadas pelo Marquez das Minas, do seu Conselho de Estado, em que se da conta da tomada do Castello de Monsanto*, Imp. Valentim da Costa Deslandes, Lisboa, 1704.

⁹⁴ Ver sobre estas operaciones, MELO DE MATOS, G. de (ed.), *Comentarios de António de Couto Castelo Branco sobre as campanhas de 1706 e 1707 em Espanha*, Coimbra, 1930.

⁹⁵ Con el «grande exercito da Beira», apoyado por el conde de Atalaia y el conde de Albor, y los contingentes de Minho y Tras os Montes. Algunas fuentes refieren que estaba compuesto por más de 30.000 soldados, una cifra probablemente exagerada (dato aportado por Soares da Silva y recogido por CARDIM, P., «Portugal en la guerra...» cit., p. 249) El conde de Atalaia (Pedro Manuel de Ataíde) se detuvo en Toledo a saludar a la reina Mariana de Neoburgo, ofreciéndole los respetos del ejército portugués.

⁹⁶ John Lynch (*Bourbon Spain...* cit., p. 38 y ss) dedica varias páginas a este tema del ambiguo papel de la nobleza española en la guerra. Cita, por ejemplo, que el almirante de Castilla, Juan Luis Enríquez de Cabrera, se exilió en Lisboa con su familia y un numeroso séquito en 1702, denunciando a Felipe V como extranjero vendido a Francia y que no era sino «un virrey de su abuelo». Ver también GONZÁLEZ, M. L., *Oposición y disidencia en la Guerra de Sucesión española. El Almirante de Castilla*, Valladolid, 2007; y YUN CASALILLA, Bartolomé, *La gestión del poder. Corona y economías aristocráticas en Castilla. Siglos XVI-XVIII*, Madrid, 2002.

⁹⁷ Sobre la proclamación y la estancia del marqués das Minas en Madrid, ver VIEIRA BORGES, J., *Conquista de Madrid. Portugal Faz aclamar Rei de Espanha o Archiduque Carlos de*

festejos, banquetes y comedias en honor a las tropas portuguesas. En Lisboa las celebraciones duraron semanas. Das Minas manifestó que ésta era la revancha lusitana a tantas invasiones españolas como habían sufrido en su suelo desde la época del duque de Alba, y se jactó de que, si los borbónicos no habían podido ni siquiera acercarse a Lisboa, ellos en cambio habían conquistado Madrid⁹⁸. Partiendo de la capital, el marqués das Minas incurrió hacia Guadalajara a fin de unirse a las tropas del archiduque Carlos, que había tomado Zaragoza. Aunque Carlos llegó a entrar en Madrid, el marqués das Minas tuvo que abandonar la capital poco tiempo después, ante la llegada de nuevas tropas borbónicas y del mismo Felipe V⁹⁹. Rotas sus comunicaciones con Portugal por la recuperación de Salamanca por los borbónicos, das Minas se dirigió hacia Valencia. En el levante español los portugueses manifestaron sentirse muy satisfechos, lo que produjo un número importante de desertiones entre sus filas¹⁰⁰. El marqués das Minas siguió incursionando por la zona hacia Murcia, tomando Villena y Yecla, que fueron saqueadas.

El enorme revés militar que significó la conquista de Madrid y buena parte de Castilla y el levante peninsular, produjo, al revés de lo que hasta entonces había ocurrido, que en el interior del reino castellano, ocupado por los aliados – a quienes la población vio como extranjeros ocupantes (y a muchos de ellos como «herejes protestantes») por primera vez en varios siglos¹⁰¹ – Felipe V pudiera obtener grandes apoyos, especialmente en las

Habsburgo, Lisboa, 2003; y VOLTES BOU, P., «Las dos ocupaciones de Madrid por el Archiduque Carlos de Austria», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, N.151, 1962.

⁹⁸ COXE, W., *España bajo el reinado...* cit., p. 117. Vicente Bacallar y Sanna en sus ya citados *Comentarios de la guerra de España...* (pp. 207 y ss.) se detiene en narrar los desmanes de los aliados en Madrid, salvando al marqués de Minas, de quien dice fue un gran caballero. Pedro Cardim estudia un interesante diario escrito por uno de los capellanes portugueses que acompañaron en la campaña al marqués das Minas, Fray Domingos da Conceição, titulado «Diario Bellico», conservado en la Academia de Ciencias de Lisboa. CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española», cit., p. 242. En general, la estancia de los portugueses en Madrid no generó una especial animadversión a su presencia. Las fuentes señalan que los madrileños no gustaban ni de ellos ni de los franceses, a pesar de que los generales aliados llegaron a arrojar monedas portuguesas de oro a la población. Ver las fuentes ya citadas de António de Couto Castelo Branco y Tristão da Cunha de Ataíde. El diario de fray Domingos da Conceição hace hincapié en la relajación de la vida de las tropas portuguesas en Madrid, cuando indica que «a lascivia nesta corte reyna mais que em outra qualquier da Europa». CARDIM, P., cit., p. 243.

Algunas tropas portuguesas, repartidas por diversos pueblos de Castilla, tuvieron que regresar a Portugal por su propios medios, siendo entonces agredidos por la población.

¹⁰⁰ Desertiones que, en el diario ya citado del capellán Domingos da Conceição, se atribuyen al carácter y disposición de las mujeres valencianas. CARDIM, P., p. 245. Y CASTELO BRANCO, A. de Couto, *Comentarios...* cit., p. 108. En Lisboa estas tropas eran ya nombradas «el ejército de Valencia».

¹⁰¹ La tarea desde lo pulpitos contra los invasores herejes y en innumerables escritos públicos contra los extranjeros fue muy importante para ir decantando la opinión pública más que hacia la causa borbónica, en contra de los ocupantes. PÉREZ PICAZO, T., *La publicística española en la Guerra de Sucesión*, Madrid, 1966.

ciudades. Así pudo organizar múltiples levas que nutrieron sus mermados ejércitos en 1706 y 1707. Fue significativo el soporte que recibió del clero, que extendió por villas y ciudades la imagen de los aliados como enemigos del pueblo católico, invocando a una especie de cruzada religiosa contra los invasores; lo que dejaba en una difícil situación –y contradictoria– a los portugueses, que eran ahora tachados por los castellanos como «renegados de su fe»¹⁰².

En abril de 1707 las tropas borbónicas al mando de Berwick pudieron enfrentar a las del general Galway – que mandaba las portuguesas, inglesas, holandesas y alemanas, con la oposición del marqués das Minas –, y derrotarlas en Almansa¹⁰³, con lo que Felipe V reconquistó Valencia y poco después Zaragoza. Fue una victoria muy importante para su causa, pero su situación en el resto de Europa seguía siendo pésima, mientras que Luis XIV buscaba un modo de terminar con la guerra. A la par que se producía esta imprevista defección francesa, Felipe V comenzó a encontrar aún mayores apoyos en su propio reino, incluido el de la nobleza: la guerra se hacía cada vez más española. En octubre de 1707 pudo recuperar Ciudad Rodrigo¹⁰⁴, y en 1708 el marqués de Bay¹⁰⁵, que mandaba el ejército de la frontera occidental, logró reorganizar sus tropas y presentar siquiera un frente homogéneo, aunque para ello tuvo que abandonar las plazas portuguesas hasta entonces ocupadas.

En Portugal, a la muerte del rey Pedro II le sucedió en el trono João V, quien todavía puso más empeño en mantener la guerra, a pesar de las reti-

¹⁰² A pesar de que el Papa Clemente XI reconoció en 1709 y por un tiempo al archiduque Carlos como rey de España. ROI, P., *La Guerra di Successione di Spagna e la politica di Clemente XI*, Roma, 1931.

¹⁰³ Donde fueron hechos prisioneros un gran número de portugueses, encerrados en diversos castillos por el levante español o llevados a Francia. Pudieron regresar a Lisboa en 1708 y 1709. Almansa fue una batalla muy sangrienta según narran las fuentes ya citadas. Ver también, VIEIRA BORGES, «A batalla de Almansa: o sangue da afirmação de Portugal», en VV.AA., *XV Colóquio de História Militar: Portugal Militar nos séculos XVII e XVIII...* cit. Vol. II. Sobre fuentes españolas que tratan el tema de la participación portuguesa en la batalla, ver Sánchez MARTÍN, J. L., «Documentos relevantes sobre la batalla de Almansa», en *La batalla de Almansa. Un día en la historia de Europa*, Almansa, 2004. Parece que el comportamiento de la caballería portuguesa no fue el que se esperaba, alegándose para ello mil y una razones con posterioridad, entre ellas la poca disposición de la nobleza portuguesa que la mandaba y la relajación general de la disciplina existente en el ejército. Las tropas lusas que sobrevivieron fueron trasladadas al frente de Cataluña, y el marqués das Minas, aunque herido, regresado a Lisboa en 1708 y sustituido por Pedro Mascareñas de Carvalho. Sobre el recibimiento al marqués das Minas en Lisboa y sus posteriores destinos, ver MONTEIRO, N. G., «Portugal, a Guerra de Sucessão de Espanha...» cit. Se publicó un panegírico a su muerte: *Panegyrico fúnebre do excellentissimo Senhor D. Antonio Luiz de Souza, II Marquez das Minas, IV Conde do Prado*, Lisboa 1722, citado por CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión...» cit., p. 250.

¹⁰⁴ Que fue de nuevo saqueada, ahora por las tropas francesas. MARTÍN RODRIGO, R., «La Guerra de Sucesión en la frontera luso-salmantina...» cit., p. 123.

¹⁰⁵ Alexandre Maitre de Bay, Marqués de Bay. Tras la destitución de Villadarias por Felipe V, tomó el mando de la frontera de Portugal.

cencia de buena parte de la población, agotada por las levas, las hambrunas y los impuestos¹⁰⁶: la guerra estaba dejando de ser popular en Portugal. De todas formas, las tropas aliadas realizaron un nuevo ataque contra Valencia de Alcántara, que esta vez logró resistirlo. En 1709 Gallway intentó otro avance sobre Madrid por Badajoz, pero el general Bay organizó una contraofensiva derrotando a los portugueses en Campo Mayor, junto al río Caya, mandados por el marqués da Fronteira. Una derrota que en Lisboa sintieron como una repetición de Almansa, porque de nuevo la nobleza portu-guesa, que mandaba la caballería, huyó en mitad del combate, mientras los soldados de a pie les insultaban y apedreaban, mostrando el tenso ambiente que se respiraba en el seno del ejército portugués, cada vez peor equipado, armado y pagado¹⁰⁷.

En 1710 los aliados volvieron a la ofensiva en Cataluña, incluyendo a las tropas portuguesas que seguían combatiendo en aquel frente, unas bajo mando británico, otras a las órdenes del conde de Atalaia. Hacia allá envió Felipe V a Bay con sus regimientos franceses aunque sucesivas derrotas en Aragón (Almenara y Zaragoza) obligaron al monarca borbón a abandonar de nuevo Madrid, donde entró por segunda vez el archiduque Carlos en septiembre con las tropas portuguesas al mando del conde de Atalaia. Éste ocupó de nuevo Toledo¹⁰⁸ e incluso, haciendo un esfuerzo extraordinario llegó hasta Trujillo, esperando desesperadamente refuerzos desde Portugal. Un reducido cuerpo de ejército, al mando del conde de Vila Verde, salió del Alenteio en su procura, entrando en España por Barcarrota, pero en vez de dirigirse hacia el norte lo hizo hacia el sur, llegando hasta Jerez de los Caballeros. Desde allí se retiró a Olivença sin haber logrado nada, perdiendo una gran oportunidad de haber enlazado con Atalaia, pero demostrando la pésima situación de las tropas españolas, también muy desgastadas.

Ante lo que parecía ser la irremediable capitulación de su nieto, Luis XIV volvió a implicarse en la guerra y envió al duque de Vendôme (Luis José de Borbón, que había mandado las tropas francesas en Italia y Flandes) con más tropas, siendo nombrado general en jefe del ejército borbónico. Vendôme reconquistó Aragón y liberó la presión sobre Madrid, con lo que el marqués de Bay pudo volver al frente de Extremadura con la misión de impedir que, desde Lisboa, ayudasen a las tropas portuguesas situadas en el centro de la península¹⁰⁹.

¹⁰⁶ Sentimiento existente en las poblaciones de ambos lados de la frontera.

¹⁰⁷ CUNHA DE ATAÍDE, T. de, *Memorias históricas...* cit., pp. 216 y ss. Es interesante señalar que eran los británicos y los holandeses los que surtian de trigo a Portugal, consiguiendo a cambio introducir muchas mercaderías en las flotas del Brasil. Id., 227.

¹⁰⁸ Que estuvo a punto de ser incendiada por unas tropas famélicas y sin paga desde hacía meses. FRANCIS, A. D., *The First Peninsular War...* cit., p. 315.

¹⁰⁹ La ofensiva, al mando de Marlboroug, nunca se realizó porque en Portugal era casi imposible hallar nuevos refuerzos, y porque la impopularidad de la guerra entre las gentes de los pueblos de la frontera era cada vez mayor.

El mismo Felipe V acudió de nuevo con el conde de Aguilar a la frontera portuguesa, mientras Vendôme controlaba desde Almaraz toda la región. Carlos abandonó Madrid en noviembre, entrando Felipe V de nuevo en la capital. Tras la batalla de Villaviciosa (Guadalajara, diciembre de 1710) donde Vendôme derrotó a los aliados, fueron enviadas más tropas a Extremadura para fortalecer la raya, mientras al otro lado del mundo los franceses atacaban Río de Janeiro¹¹⁰. Así permaneció la situación durante 1711, cada ejército guardando sus reductos en la frontera, aunque con las operaciones reducidas al mínimo, hastiados ambos contendientes de una guerra tan larga y tan sin salida. Miranda de Duero fue ocupada por los portugueses (quedaría ya como puesto fronterizo) y Bay lo único que pudo hacer fue fortificar sus posiciones e impedir nuevas operaciones de los aliados en ese frente.

En Utrecht se selló la paz en 1713 y los ejércitos fueron poco a poco regresando a sus localidades de origen¹¹¹. Pero en lo referente a Portugal los

¹¹⁰ Este año de 1710 el escenario de la guerra se extendió también al Brasil, cuando Río de Janeiro fue atacada por corsarios franceses enviados por el Luis XIV. Aunque inicialmente pudieron ser derrotados por los defensores (*Relação da vitória que os portugueses alcançaram no Rio de Janeiro contra os franceses em 19 de setembro de 1710*, Antonio Pedroso Galvão, Imp., Lisboa, 1711) la armada de René Duguay-Trouin consiguió tomar la ciudad y saquearla en 1711 obteniendo un sustancioso rescate (más de seiscientos mil cruzados de oro) después de haber atacado las islas Açores y de Cabo Verde. Ver DUGUAY-THOUIN, R., *Mémoires, augmentés de son éloge par M. Thomas*, Imprimerie privilégie, Rouen, 1779. Al respecto también, BICALHO, M. F., *A Cidade e o Império. Rio de Janeiro no século XVIII*, Río de Janeiro, 2003, capítulo 9. Para los ataques a Açores, a la isla de São Jorge y las ciudades de Velas e Calheta, RODRIGUES, J. D., «Das Ilhas ao Atlântico Sul: a política ultramarina e a emigração açoriana para o Brasil no reinado de D. João V», en *Anais de História de Além-Mar*, N.8, 2007, pp. 59 y ss. La participación portuguesa en la guerra de sucesión española tuvo igualmente notables repercusiones en sus colonias del Brasil: fueron años turbulentos y difíciles, caracterizados por la existencia de manifestaciones de insurgencia violenta por parte de algunos colectivos en diversas regiones, como por ejemplo «a Guerra dos Emboadas» en Minas (1707-1709), «a Guerra dos Mascates» en Pernambuco (1709 y 1711) y «o Motin do Maneta» en Bahía (1711). Ver SOUZA, L. de M., «A cojuntura crítica no mundo luso-brasileño de inícios do século XVIII», en *O Sol e a Sombra*, São Paulo, 2006, pp. 80 y ss., y CABRAL DE MELO, E., *A fronda dos Mazombos. Nobres contra Mascates: Pernambuco, 1666-1715*, São Paulo, 1995. Después de tales revueltas, como indican algunos autores, la política portuguesa se caracterizó por la adopción de mayores medidas de control en ultramar. Entre otros, BICALHO, M. F., «Inflexões na política imperial no reinado de D. João V», en *Anais de História de Além-Mar*, N.8, 2007, pp. 46 y ss.; y BICALHO, M. F. y FERLINI, V. L. A. (eds.), *Modos de governar. Idéias e práticas no império português, séculos XVI-XIX*, São Paulo, 2005, pp. 179 y ss. Política que cobró más cuerpo y presencia conforme las riquezas auríferas de Minas Gerais hicieron más jugosas las incursiones de navíos enemigos en las costas brasileñas y portuguesas. Tras estas revueltas y motines, al «peligro exterior» se sumó ahora al «peligro interior». CORTESÃO, J., *O Tratado de Madrid*, Brasília, 2001, pp. 270 y ss. En la búsqueda de esta eficiencia, o para mejorar la gestión, se creó en 1736 la Secretaria de Estado dos Negócios da Marinha e do Ultramar.

¹¹¹ Los franceses salieron por el Pirineo y algunos embarcaron en el mediterráneo hacia Provenza. Los británicos, salieron por Gibraltar, y los portugueses que estaban en Cataluña y Aragón por fin pudieron volver a su tierra cruzando España, siendo bastante mal mirados en el trayecto. CUNHA DE ATAÍDE, T. de, *Memórias históricas...* cit., pp. 243 y ss. El conde de Atalaia continuó al servicio del archiduque Carlos, terminando sus días en Viena después de haber sido virrey de Cerdeña. CARDIM, P., «Portugal en la guerra...» cit., p. 253.

acuerdos se establecieron en un tratado especial firmado también en Utrecht en febrero de 1715; un acuerdo rubricado por el Duque de Osuna y los plenipotenciarios de João V de Portugal el conde de Tarouca y el comendador de Santa María de Almendra¹¹². La inicial posición portuguesa establecía la necesidad de compensar los sacrificios del reino en tan prolongada guerra con la cesión de varios territorios extremeños (entre ellos Badajoz) o con la entrega de una ría gallega; los españoles en cambio ofrecieron una compensación económica¹¹³. Al final se resolvió que la frontera hispano-portuguesa volvería a la situación anterior al conflicto y que los españoles devolverían Colonia de Sacramento. Esto último se hizo efectivo en 1716, cuando el gobernador de Buenos Aires Baltasar García Ríos la entregó al maestre de campo portugués Manuel Gomes Barbosa, aunque aclarándole que, según el tratado, su jurisdicción territorial no podría alcanzar más allá de la distancia de un tiro de cañón¹¹⁴.

Los roces en la región del Plata no terminaron con el tratado porque no éste se cumplió en su último extremo, dado que Colonia se transformó en un centro comercial, agrícola y ganadero de importancia¹¹⁵, con más de 1000 habitantes que no respetaron los límites convenidos. Según una Relación anónima escrita en Montevideo en 1794 y en la que se hace una especie de racconto de los «múltiples insultos y agresiones padecidos de la mano de los portugueses desde hace años»¹¹⁶, en 1723 los colonos portugueses bajo el gobierno de Antônio Pedro Vasconcelos avanzaron aún más y ocuparon la península y cerro de Montevideo, bastantes kilómetros al este de Colonia, por lo que el gobernador de Buenos Aires Bruno Mauricio de Zavala recibió órdenes de impedir un nuevo asentamiento de Portugal en la región¹¹⁷. Al año siguiente, el comandante de Dragones de Buenos Aires, Alonso de la Vega, sitió el cerro montevideano y expulsó a los colonos portugueses, decidiéndose entonces la fundación española de la ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo¹¹⁸.

¹¹² CASTRO, J. Ferreira Borges de (ed.), *Collecção dos tratados, convenções, contratos e actos públicos celebrados entre a coroa de Portugal e as mais potencias desde 1640 até ao presente*, Lisboa, 1856; MONTEIRO, N. G. F., «Identificação da política setecentista. Nota sobre Portugal no início do período joanino», en *Análise Social*, N.35, 2001.

¹¹³ Véase al respecto un clásico con mucha información documental, Courcy, marqués de, *L'Espagne après la Paix d'Utrecht, 1713-1715*, París, 1891.

¹¹⁴ MONTEIRO, J. da C. do Rego, *A Colônia do Sacramento. 1680-1777*, Portoalegre, 1937.

¹¹⁵ SOUZA, L. de M. y BICALHO, M. F. B., *1680-1720. O império deste mundo*, São Paulo, 2000. Ver también POSSAMAI, P., *A vida quotidiana na Colônia do Sacramento. Um bastião português em terras do futuro Uruguay*, Lisboa, 2006; KÜHN, F., «Uma fronteira do Império...» cit., pp. 106 y ss.

¹¹⁶ MARTÍNEZ DÍAZ, N. (ed.), (Anónimo) *Noticias sobre el Río de la Plata: Montevideo en el S. XVIII*, Madrid, 1988. Otra fuente de la época muy interesante para este tema es AZARA, F., *Descripción e Historia del Paraguay y Río de la Plata (1801)*, Buenos Aires, 1953.

¹¹⁷ GONZÁLEZ ARIOSTO, D., *Diario de Bruno de Zavala sobre su expedición a Montevideo*, Montevideo, 1950.

¹¹⁸ LUQUE AZCONA, E., *Ciudad y poder: la construcción material y simbólica del Montevideo colonial. 1723-1810*, Sevilla, 2007; AZAROSA GIL, E., *Los orígenes de Montevideo. 1607-1749*, Buenos Aires, 1933.

En 1735, y una vez más, Colonia fue motivo de nuevos enfrentamientos, con los intereses de Inglaterra de por medio. Siguiendo la relación anónima arriba citada, «era mucho el despotismo de los portugueses a la sombra de la cesión de soberanía, los que, no satisfechos de disfrutar bajo este velo, pretendieron tomar la entrada del río». Al parecer, los vecinos bonaerenses no podían soportar más «la repetición de sus insultos, la frecuencia de los robos y las manifiestas hostilidades que sufrió la nación por parte de aquellos extranjeros en su misma casa»¹¹⁹. Colonia era ahora una plaza fuerte de importancia, muy bien fortificada, artillada y guarnecida, al mando del maestre de campo Vasconcelos, quien había tejido una tupida red de intereses económicos y mercantiles desde Río a Buenos Aires¹²⁰. El ministro español José Patiño, utilizando un incidente diplomático sucedido en Madrid en 1735, ordenó al gobernador de Buenos Aires Miguel de Salcedo que atacara y sitiara la plaza, lo que efectuó con una poderosa fuerza de 4000 combatientes entre indígenas y soldados porteños más varios buques de combate. Los portugueses también reforzaron la defensa con otros navíos. Tras varios meses de combates, se suspendieron las hostilidades por el convenio de París de 1737¹²¹, que obligaba a las dos partes a conservar las posiciones «en el actual estado», con lo que, anota la relación anónima, Salcedo hubo de contentarse «con haber restaurado los terrenos usurpados en aquellas comarcas y con estorbar las correrías con que habían ahuyentado el ganado y destruido las haciendas de los españoles». La situación entre las dos Coronas siguió manteniéndose en una tensa espera.

Una espera que aprovecharon ambas monarquías para reforzar sus defensas también en la península. Así, Portugal fortificó extraordinariamente las principales ciudades, localidades y atalayas de la frontera peninsular y aún algunas del interior¹²² – al estado en que casi tienen en nuestros días – siguiendo el sistema Vauban¹²³ – difundido primero desde el «Aula de

¹¹⁹ *Noticias sobre el Río de la Plata...* cit., pp. 56-57.

¹²⁰ Otro testimonio de la época, esta vez del lado portugués, es el de Simão Pereira de Sá, escrito en 1737, *História Topográfica e bélica da nova Colônia do Sacramento do Rio da Prata*, Portalegre, 1993.

¹²¹ BETHENCOURT MASSIEU, A., «La ruptura hispano-lusitana de 1735 y la convención de París de 1737», en *Hispania*, N.79, 1965.

¹²² MOREIRA, R., «Arquitectura militar do Renascimento em Portugal», en *A introdução da arte renacentista na Península Ibérica*, Coimbra, 1981. La influencia italiana en la arquitectura militar portuguesa durante el S. XVI fue sustituida por la flamenca y, sobre todo, por la francesa a fines del S. XVII.

¹²³ VAUBAN, S. le P., *Mémoire pour servir d'instruction dans le conduit des sièges et dans la défense des places*, Leiden, 1740. Algunos ingenieros franceses entraron al servicio del rey de Portugal a finales del S. XVII y aplicaron el modelo de su maestro. GUTIÉRREZ, R. y ESTERAS, C., *Territorio y fortificación...* cit., p. 76. Así, es interesante señalar que durante la guerra por la sucesión española hubo ingenieros franceses en los dos ejércitos enfrentados. Y continuarían a lo largo del XVIII, tanto en la península como en América, sobre todo en Brasil y Río de la Plata.

Architectura do Paço da Ribeira»¹²⁴, que contenía desde antiguo un Aula de Fortificação¹²⁵, y luego en la Academia Militar das Fortificações de Lisboa de los años 40¹²⁶ – o reformando algunas obras anteriores: desde Galicia hasta Villa Real de Santo Antonio, una tarea inmensa. El número de ingenieros que participaron en estas tareas integran igualmente una nómina importante¹²⁷. Por su parte los españoles también implementaron un plan de fortificaciones, construyendo cuarteles para alojar a la tropa cuando fuera necesario desarrollar una nueva invasión (como puede observarse, la estrategia de ambas monarquías seguía siendo la misma, una defensiva y la otra claramente ofensiva). Se realizaron diversas obras en 1735 y 1740 en la frontera por Extremadura, diseñadas por el ingeniero Juan Bernardo Frosne; en Andalucía por Antonio Gover, mientras Jerónimo Amici e Ignacio de Sala trabajaban en Huelva fortificando desde Ayamonte hasta Sanlúcar de Guadiana; y en Galicia, los ingenieros Francisco de Montaigne de la Perille, Miguel Marín y Carlos Lemaury levantaron asimismo diversas construcciones militares¹²⁸.

¹²⁴ Donde se tradujeron y manejaron obras clásicas francesas, como la de DE VILLE, *O governador das Praças* (Lisboa, 1708) o se imprimieron los manuales al uso sobre esta materia durante el periodo, como el de Luis Serrão PIMENTEL, *Methodo lusitanico*, Lisboa, 1680, y *O Engenheiro Portuguez: dividido en dous tratados*, de Manuel de Azevedo FORTES, en 1728.

¹²⁵ VARELA GOMES, P., *A cultura arquitectónica e artística em Portugal no século XVIII*, Lisboa, 1988.

¹²⁶ A esta academia siguieron otras en Viana do Castelo, Elvas y Almeida. De ellas salieron notables ingenieros como Rolim de Moura y Luis de Albuquerque (luego gobernadores de Mato Grosso), Silva Pais, Ribeiro Coutinho, Custódio de Sá y Faria, José Saldanha... en GUEDES, M. J., «A cartografia da delimitação das fronteiras do Brasil no século XVIII», en *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII*, Lisboa, 1997, p. 27. Ver también BUENO, B. S., «A iconografia dos engenheiros militares no século XVIII: instrumentos de conhecimento e controlo do território», en *O universo urbanístico português, 1415-1822*, Lisboa, 1998.

¹²⁷ SOUZA, V., *Diccionario histórico e documental de architectos, engenheiros e constructores*, Lisboa, 1899 (ed. facsimilar, Lisboa, 1988). Algunos de ellos pasaron a América, donde realizaron numerosas obras militares en las principales ciudades (Salvador, Río, Recife...) y también obras civiles e incluso religiosas en los años 30 y 40, como los ingenieros José Cardoso Ramalho en Río o Manuel Cardoso de Saldanha, encargado del montaje de la iglesia de Nossa Senhora da Praia de Salvador, traída piedra a piedra desde Portugal. GUTIÉRREZ, R., *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*, Madrid, 1983, p. 199. En 1738 se creó en Río de Janeiro una escuela donde se enseñaba fortificación, a cargo del ingeniero José Fernandes Pinto de Alpoim. Id., p. 319. Datos sobre este ingeniero en FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil Meridional. Os trabalhos demarcadores das partidas do sul e sua produção cartográfica, 1749-1761*, Lisboa, 2001, pp. 237 y ss.

¹²⁸ SOLANO Y PÉREZ LILA, F., «Los orígenes de los reales ejércitos...» cit. Sobre obras en el periodo y en la frontera, GALLAND SEQUELA, M., *Les Ingénieurs Militaires espagnols de 1710 a 1803*, Madrid, 2008; CAPEL, H., SÁNCHEZ, J. E. y MONCADA, O., *De Palas a Minerva. La formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares en el S. XVIII*, Madrid, 1988; DE LA FLOR, F. R., «Los proyectos de fortificación de Ciudad Rodrigo», en *Revista de historia Militar*, N.58, 1989; RODRÍGUEZ VILLASANTE, J., *Historia y tipologías arquitectónicas de las defensas de Galicia*, Coruña, 1984; SARALUCE BLOND, J. R., *Castillos y fortificaciones de Galicia*, Coruña, 1985; MARZAL MARTÍNEZ, A., «Notas sobre la arquitectura militar dieciochesca en Andalucía. Cuarteles», en *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*, Vol. II, Córdoba, 1978; BONET

Las décadas siguientes se caracterizaron por el enfriamiento de la actividad bélica entre ambas monarquías, debido sobre todo a los efectos de la política de mutuos enlaces matrimoniales que realizaron las dos dinastías, y a la influencia que ambas esposas (primero princesas, luego reinas) ejercieron en sus cortes respectivas. El príncipe español Fernando (el futuro Fernando VI) casó en 1729 con la princesa de Portugal Bárbara de Braganza, hija de Juan V, que llegaría a ser reina de España en 1746; y el príncipe José (el futuro José I), con la princesa española María AnaVictoria de Borbón, hija de Felipe V, que sería reina de Portugal en 1750¹²⁹. Ambas princesas fueron intercambiadas en el río Caya en 1729. Eso significó que entre 1750 y 1758, rigieron a la vez dos reinas –una portuguesa en Madrid y otra española en Lisboa – que desplegaron favores y asistencias para aquietar viejos fuegos no extinguidos entre ambas coronas.

Durante el reinado de Felipe V¹³⁰, y aparentemente olvidada la guerra mantenida contra Portugal durante la primera década del siglo, el matrimonio del príncipe Fernando con Bárbara de Braganza avecinó en la corte madrileña a un buen número de consejeros y hombres de confianza de la princesa, el conocido como «partido portugués»¹³¹; grupo que entró en conflicto rápidamente con el otro círculo de influencias, el italiano, mucho más poderoso, que se desenvolvía en torno a la reina Isabel de Farnesio y que logró involucrar a la monarquía española, defendiendo sus intereses corporativos, en todas las guerras de Italia hasta la muerte de Felipe V¹³². Eso liberó presión sobre la corte de Lisboa, aunque durante la guerra de Sucesión Austriaca (que en América tuvo una gran importancia a partir de 1739, cuando se sucedieron múltiples ataques británicos contra los puertos españoles¹³³) el gobierno de Madrid, dominado por Farnesio, consideró a Portugal

CORREA, A., *Cartografía militar de Plazas fuertes y ciudades españolas. S. XVIII-XIX*, Madrid, 1991; y GUTIÉRREZ, R. y ESTERAS, C., *Arquitectura y fortificación. De la ilustración a la Independencia americana*, Madrid, 1993.

¹²⁹ De la que existe un interesante retrato de Nicolás de Largillière en el Museo del Prado, cuando fue enviada con ocho años a Francia tras una tentativa de matrimonio con el delfín francés.

¹³⁰ BERGAMINI, J. D., *The Spanish Bourbon: The History of a Tenacious Dynasty*, Nueva York, 1974.

¹³¹ LYNCH, J., *The Bourbon Spain...* cit., p. 92.

¹³² ANDRES, M. S., *Eighteenth Century Europe, 1713-1789*, Londres, 1961, pp. 20 y ss. Sobre la influencia de Isabel de Farnesio y su equipo italiano en la política española, PÉREZ SAMPER, M. A., *Isabel de Farnesio*, Barcelona, 2003; MELANDRERAS GIMENO, M. C., *Las campañas de Italia durante los años 1743-1748*, Murcia, 1987. Para la influencia italiana en relación con América y Portugal, KUETHE, A. J., «The Colonial Commercial Policy of Philip V and the Atlantic World», en PIPER, R. y SCHMIDT, P. (ed.), *Latin American and the Atlantic World (1500-1850)*, Colonia-Viena, 2005; ID., «La política colonial de Felipe V y el proyecto de 1720», en *Orbis incognitus. Avisos y legajos del Nuevo Mundo*, Huelva, 2005.

¹³³ PARES, Richard, *War and Trade in the West Indians, 1739-1763*, Londres, 1963; y WALKER, G. J., *Spanish Politics and Imperial Trade, 1700-1789*, Bloomington, 1979. Sobre los ataques británicos a Portobelo, Cartagena, Puerto Cabello y la isla de Cuba, MARCHENA F., J., *La institución militar en Cartagena de Indias en el S.XVIII*, Sevilla, 1982.

(por su alianza con Inglaterra desde el tratado de Methuen) un sólida base del enemigo¹³⁴; a lo que se unió la presión que desde el Brasil se ejercía hacia el sur, especialmente con las actividades inglesas en el Río de la Plata por Colonia de Sacramento¹³⁵.

Pero, como era de preverse, a la llegada al trono de Fernando VI (1746) las cosas cambiaron respecto a Portugal. El nuevo monarca intentó por todos los medios mantener una neutralidad activa en los conflictos europeos¹³⁶, y basó esta posición en asegurarse que el reino lusitano se comportaría del mismo modo. Escribió a su embajador Macanaz refiriéndose a los errores de su padre en política exterior: «Todos los ajustes hechos, todas las expediciones, tuvieron por objeto un fin contrario al bien de mis dominios, de suerte que para manejarlos hoy, según las obligaciones de rey y padre de mis vasallos, es preciso mudar directamente la política»¹³⁷. La influencia en la política del reino ejercida por su esposa Bárbara de Braganza fue más que significativa, dirigida especialmente a evitar que los conflictos internacionales afectaran a las relaciones con Portugal¹³⁸. El rey Fernando envió sustanciosas ayudas (aunque mal encaminadas) a Lisboa tras el terremoto que asoló la ciudad, pero, lo más importante, encargó a José de Carvajal y Lancaster, su ministro más convencido de esta política de neutralidad¹³⁹, que llevara adelante la firma de un tratado con Portugal para normalizar las relaciones. Este fue el Tratado de Madrid de 1750, firmado por Carvajal y el vizconde de Silva y Téllez por parte portuguesa, bajo la dirección de Alexandre de Guzmão¹⁴⁰; un convenio de límites por el cual Portugal renunciaba a la Colonia de Sacramento y a la libre navegación por el Río de la Plata a cambio de dos zonas, una en el interior amazónico¹⁴¹ y otra en el sur

¹³⁴ MARCHENA F., J., «De la guerra antigua a la guerra moderna: reformas militares y navales en el Caribe durante la primera mitad del S. XVIII», en LVALLE, B. (coord.), *El primer reformismo borbónico en América*, Madrid, 2010.

¹³⁵ Sobre los problemas internacionales de Felipe V y sus relaciones con Inglaterra, Portugal y Sacramento, BETHENCOURT MASSIEU, A., *Patiño en la política internacional de Felipe V*, Valladolid, 1954; Id., *Relaciones internacionales de España bajo Felipe V*, Valladolid, 1998.

¹³⁶ OZANAM, D., «La política exterior de España en tiempos de Felipe V y de Fernando VI. Los instrumentos de la política exterior. La diplomacia. La marina. El ejército», en *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*, T. XXIX, Vol. I., Madrid, 1985.

¹³⁷ Citado por DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Sociedad y Estado en el S. XVIII español*, Madrid, 1976, p. 281.

¹³⁸ LYNCH, *The Bourbon Spain...* cit. p. 158, y GÓMEZ MOLLEDA, M. D., «Viejo y nuevo estilo político en la corte de Fernando VI», en *Eidos*, N.4, 1957.

¹³⁹ GÓMEZ MOLLEDA, M. D., «El pensamiento de Carvajal y la política internacional española del S. XVIII», en *Hispania*, N.58, 1955. Y DELGADO BARRADO, J. M. y GÓMEZ URDAÑEZ, J. L. (coord.), *Los ministros de Fernando VI*, Córdoba, 2002.

¹⁴⁰ CORTESÃO, J., *Alexandre de Guzmão e o Tratado de Madrid*, Río de Janeiro, 1956; y FERRAND DE ALMEIDA, L., *Alexandre Guzmão, o Brasil e o Tratado de Madrid, 1735-1750*, Coimbra, 1990.

¹⁴¹ «Todo o que ocupava na margem e sertão setentrional no rio Negro». Id., p. 231.

brasileño, en la orilla oriental del río Uruguay y en el interior paraguayo¹⁴². Debido a ello este convenio fue conocido también como Tratado de Permuta. En realidad, con tal de recuperar Sacramento y evitar el contrabando masivo que por allí se realizaba, la corona española acabó cediendo a Portugal más dos tercios sobre territorio brasileño que hasta entonces poseía jurídicamente¹⁴³, pero con él se intentaba también que las colonias americanas, vitales para ambos reinos, quedaran salvaguardadas de un conflicto secular al que, como se observa, no se daba definitivamente por zanjado a pesar de las influencias regias. Así, en los puntos 21 y 25 se insistía en que, «si se llegara a romper la guerra entre las dos Coronas, se mantengan en paz los vasallos de ambas establecidos en toda América Meridional, viviendo unos y otros como si no hubiere guerra».

Alexandre de Gusmão, el gran operador del tratado, aclaraba que éste había sido posible gracias a que, en Madrid, la reina era portuguesa: «Não faltará quem diga que toda esta mudança se deve a estar a senhora rainha católica em tanto e tão bem merecida aceitação de El-Rei seu marido. Certo é que se não fosse a presença e autoridade daquela grande princesa, não teríamos as portas abertas para expor e fazer ponderar, com a devida reflexão, as razões que nos assistem»¹⁴⁴.

Para establecer y delimitar las fronteras, se creó una Comisión de Límites, formada por militares y geógrafos de ambas coronas, que debía demarcar y amojonar las nuevas fronteras; una comisión que emprendió la difícil tarea de recorrer las regiones en litigio (divididas en las llamadas «partidas», o zonas de estudio¹⁴⁵) trazar mapas y dar a conocer en las cortes respectivas la geografía de aquellos perdidos territorios «tan alejados de las reales manos»¹⁴⁶:

¹⁴² «Desde sua foz na margem e sertão oriental do rio Uruguai, como também na margem e sertão oriental do rio Pepiri, que desagua no dito rio». ID., p. 231. Dos estudios clásicos sobre este tratado, por parte española y portuguesa: CANTILLO, Alejandro del, *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón desde el año de 1700 hasta el día. Puesto en orden e ilustrados muchos de ellos con la historia de sus respectivas negociaciones*, Madrid, 1843; y CASTRO, J. Ferreira Borges de (ed.), *Collecção dos tratados, convenções, contratos e actos públicos celebrados entre a coroa de Portugal e as mais potencias desde 1640 até ao presente*, Lisboa, 1856.

¹⁴³ Un tratado que conformó buena parte de la realidad geográfica brasileña. Por su importancia, ver el trabajo ya citado de FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil Meridional...* cit.

¹⁴⁴ Guedes, M. J., «A cartografia da delimitação das fronteiras do Brasil no século XVIII», en *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII...* cit., p. 29.

¹⁴⁵ Las «partidas do sul» son estudiadas en profundidad por FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil...* cit., pp.177 y ss.

¹⁴⁶ La cartografía de la región se hizo muy abundante a partir de estas fechas, toda vez que ambos gobiernos tomaron conciencia de su importancia geopolítica. Existe una magnífica edición, resultado de una exposición realizada en Lisboa en 1997 en el ámbito del XVII Congreso Internacional de Historia de la Cartografía, cuyo catálogo, prologado por António Manuel Hespanha y Joaquim Romero Magalhães, es bastante completo, útil y significativo: *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII...* cit. Ver también por su exhaustividad, FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil...* cit., especialmente el último capítulo y los apéndices. Junto con esta cartografía se realizaron numerosas descripciones de la región. Una compilación de

«Comissários inteligentes, os quais, visitando toda a raia que fica apontada, concordemente ajustem, com a maior distinção e clareza, por onde há de correr a demarcação em vigor do que se expressa neste tratado»¹⁴⁷.

Como se preveía, el tratado de 1750 fue de difícil aplicación, demostrándose enseguida la escasa sensibilidad que ambas coronas tenían sobre «sus dominios» y menos aún sobre sus «súbditos» («o gentío») del otro lado del océano. Por una de sus cláusulas, siete misiones jesuíticas asentadas en la zona ahora portuguesa (más de 30.000 personas) debían ser removidas y obligadas a trasladarse a la nueva demarcación española¹⁴⁸, aunque algunos de los pueblos guaraníes se negaron a abandonar sus territorios ancestrales decidiendo quedarse y rechazar a los bandeirantes paulistas que tradicionalmente actuaban contra ellos como cazadores de esclavos¹⁴⁹. En ambas cortes se decidió entonces la expulsión por la fuerza de las misiones que se resistieran (tan grande era el deseo de Madrid de aplicar el tratado y recuperar Sacramento). Para ello se organizó una doble expedición militar de tropas españolas y portuguesas a la que los guaraníes, armados y mandados por algunos jesuitas, rechazaron por dos veces en 1754, con el cacique José (Sepé) Tiarajú al frente. Fue la llamada Guerra Guaranítica (1752-56)¹⁵⁰. Quince meses después, nuevas tropas veteranas enviadas desde Buenos Aires y Río de Janeiro, con órdenes más expeditivas y operando de forma conjunta (por primera vez en más de un siglo) ocuparon definitivamente la región, produciendo una gran matanza entre los indígenas¹⁵¹ en la batalla de Caibaté y matando al cacique Sepé. La expedición española la mandaba el Marqués de Valdelirios, y Gomes Freire de Andrade la portuguesa, aunque las tropas españolas las capitaneó el gobernador de Buenos Aires José de Andonaegui¹⁵².

las mismas, realizada por la Real Academia de Ciencias de Portugal, en *Colecção de noticias para história e geografia das nações ultramarinas que vivem nos domínios portugueses, ou lhe são visinhas*, Lisboa, 1826.

¹⁴⁷ CORTESÃO, J., *Alexandre de Guzmão e o Tratado de Madrid...* cit., p. 240.

¹⁴⁸ MÖRNER, M., *Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1968, pp. 60 y ss; y GUEDES, M. J., «A cartografia da delimitação das fronteiras do Brasil no século XVIII», en *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII...* cit., pp. 33 y ss.

¹⁴⁹ A pesar de que el ministro Pombal quiso asegurarles por varias vías que serían tratados como «vassallos» del rey portugués, ofreciéndoles todo tipo de garantías, evitando así que las nuevas tierras que ahora serían de Portugal quedasen vacías. Ver al respecto DOMINGUES, A., *Quando os índios eram vassallos. Colonização e relações de poder no norte do Brasil na segunda metade do século XVIII*, Lisboa, 2000; y GARCÍA, E. F., «De inimigos a aliados: como parte dos missioneiros repensou o seu passado de conflitos com os portugueses no contexto das tentativas de demarcação do Tratado de Madri», en *Anais de História de Além-Mar*, N.8. 2007.

¹⁵⁰ Una excelente compilación de trabajos y testimonios en GOLIN, T., *A guerra guaranítica: como os exércitos de Portugal e Espanha destruíram os Sete Povos dos jesuitas e índios guaranis no Rio Grande do Sul*, Passo Fundo, 1999.

¹⁵¹ KRATZ, Guillermo, *El tratado hispano-portugués de límites de 1750 y sus consecuencias*, Roma, 1954.

¹⁵² Estas expediciones dejaron una importante huella documental. Por parte española, el

Como se dijo, a poco de firmarse el tratado vino a comprobarse que el convenio no gustaba a ninguna de las dos partes: ni a la española, porque consideraban que se cedía mucho territorio al Brasil portugués, y porque los jesuitas españoles (entre ellos el padre Rávago, confesor real) clamaban contra la carnicería que habían realizado las tropas con los guaraníes; ni a la parte portuguesa, porque Pombal – azuzado por los ingleses – no se conformaba con la pérdida del comercio por Colonia de Sacramento¹⁵³. Tanto es así que, alegando cuestiones técnicas, Colonia no fue devuelta a la jurisdicción española, demorándose año tras año su entrega definitiva. Además, teniendo en cuenta el aumento de las exploraciones en busca de oro en la región amazónica, tanto de españoles como de colonos paulistas, y a fin de cerrar las vías de penetración hispano-andina desde el territorio de Charcas (la actual Bolivia) así como para evitar la cada vez mayor presencia de los jesuitas españoles y sus misiones en el interior brasileño por los afluentes del río Guaporé (también llamado Iténes), Pombal creó la capitanía de Mato Grosso, nombrando como su primer gobernador y capitán general a Antônio Rolim de Moura Tavares, que fundó Vila Bela da Santíssima Trindade a orillas del Guaporé, pasando a ser sede de la capitanía¹⁵⁴. La frontera interior entre las dos coronas se hallaba ya por tanto, en esta zona y por estas fechas, bastante poblada por colonos y misioneros¹⁵⁵.

También fue fundada en la costa atlántica la ciudad de Portalegre en 1752, mientras los colonos portugueses que huyeron de Colonia de Sacramento tras el último ataque y sitio español se instalaban en São Pedro de Rio Grande desde 1737, bajo la dirección del ingeniero Silva Pais¹⁵⁶, y aún otros en el área de Laguna¹⁵⁷. La zona costera fue también repoblada con campesinos traídos de Azores para habitar aquella desamparada región¹⁵⁸, y

expediente se halla en el Archivo General de Indias (AGI), Audiencia de Buenos Aires, 535: «Diario de las operaciones realizadas por el gobernador de Buenos Aires, el coronel José de Andonaegui, 1756». Por parte portuguesa, véase el diario de Freire de Andrade en CUNHA, J. R. da, «Diário da expedição de Gomes Freire de Andrade às Missões do Uruguay», en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brasil*, N.10, 1894; y el del ingeniero portugués José Custódio de Sá e Faria, que participó en la campaña, «Diario da expedição e demarcação da América meridional e das campanhas das missões do rio Uruguay, 1750-1761», en GOLIN, T., *A guerra guaraníca...* cit., p. 333 y ss. Por parte jesuítica también existe un diario: HENIS, P. T. X., *Diario histórico de la rebelión y guerra de los pueblos guaraníes situados en la costa oriental del río Uruguay, del año de 1754*, Alicante, 2002. Y un excelente mapa español con la ruta de la expedición del coronel Andonaegui hasta los Siete Pueblos, de 1756, en el Museo Naval de Madrid, Map. 41.

¹⁵³ MENDONÇA, M. C. de, *O Marquês de Pombal e o Brasil*, São Paulo, 1960; CARVALHO SANTOS, M. H. (ed.), *Pombal Revisitado*, Lisboa 1984; y especialmente MONTEIRO, N. G., *D. José. Na sombra de Pombal*, Lisboa, 2006.

¹⁵⁴ ALDEN, D., *Colonial Roots of Modern Brasil*, Londres, 1973.

¹⁵⁵ Agradezco a João Antonio Botelho Lucidio, de la Universidad Federal de Mato Grosso, las referencias aportadas sobre este tema.

¹⁵⁶ QUEIROZ, M. L. B., *A Vila do Rio Grande de São Pedro (1737-1822)*, Rio Grande, 1987.

¹⁵⁷ KÜHN, F., «Uma fronteira do Império...», cit., p. 108 y ss.

¹⁵⁸ RODRIGUES, J. D., «Das Ilhas ao Atlântico Sul...» cit.

en 1754 fue levantada por el ingeniero José Fernandes Pinto Alpoim la fortaleza de Jesús, María y José en el río Pardo para defenderse de los ataques indígenas¹⁵⁹, es decir, de las entradas españolas. Por tanto, pese a existir un periodo de paz entre las dos coronas, una guerra larvada y silenciosa continuaba activa en todas las zonas del sur y del oeste brasileño entre españoles y portugueses.

A la muerte del ministro Carvajal en 1754, Fernando VI nombró provisoriamente como secretario de estado al duque de Huéscar¹⁶⁰ (duque de Alba y buen amigo del embajador inglés en Madrid, Benjamín Keene) y seguida y por consejo de éste a Ricardo Wall, pro-británico convencido y hasta entonces embajador de España en Londres. Estos nombramientos permitieron abrir un periodo –aunque breve– de estrechas relaciones de España con Inglaterra –y por tanto con Portugal– bajo la protección de la reina Bárbara de Braganza, cada vez más influyente sobre las decisiones de su marido, que comenzó a dar muestras –como su padre– de enajenación mental; y bajo los auspicios también de la reina de Portugal María Ana Victoria de Borbón. Estos nombramientos ministeriales de Fernando VI provocaron un mayor distanciamiento con Francia, cayendo en desgracia aquellos ministros –como el marqués de la Ensenada– más profranceses o antibritánicos, y sobre todo los que habían propiciado el desarrollo en España de una política naval de altos vuelos, construyendo una poderosa armada, asunto que preocupaba profundamente a Londres¹⁶¹.

Tras la ruptura de hostilidades en 1756 entre Inglaterra y Francia, Wall consiguió –de nuevo con el apoyo de la reina– mantener la neutralidad española. Tan solo se decidió reforzar la presencia española en los alrededores de Colonia de Sacramento, aparte de para forzar su entrega definitiva y cumplir el tratado de 1750, para evitar también su expansión. El vecino puerto de San Fernando de Maldonado fue fortificado por los españoles en 1757¹⁶². Todo este proyecto político, elaborado a lo largo de varios años a fin de reducir el riesgo de nuevos enfrentamientos entre las dos coronas, se desmoronó cuando en 1758 murió Bárbara de Braganza (en su testamento

¹⁵⁹ FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil...* cit., p. 302 y Fig. XX; *Cartografia e Diplomacia no Brasil...* cit., pp. 57; y BARRETO, A., *Fortificações no Brasil (Resumo Histórico)*, Río de Janeiro, 1958, p. 143.

¹⁶⁰ OZANAM, D., *La diplomacia de Fernando VI. Correspondencia reservada entre don José de Carvajal y el duque de Huéscar*, Madrid, 1975.

¹⁶¹ MARCHENA F., J. y CUÑO BONITO, J., «Los buques de la Real Armada», Capítulo IV, en MARCHENA F., J. (coord.), Proyecto de Investigación «Apogeo y crisis de la Real Armada. 1750-1820», Junta de Andalucía-Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2008-2010.

¹⁶² LUQUE ALCAIDE, E., *Ciudad y poder...* cit., p. 48. Expediente sobre la fortificación de Maldonado en AGI, Buenos Aires, 523. A partir de este momento se comenzaron también a construir una serie de trincheras y puestos de observación cerca de Colonia, entre ellos el que luego sería Real de San Carlos.

legó su enorme fortuna acumulada en España a su hermano Pedro¹⁶³, luego Pedro III de Portugal en 1777, casado con María I); y cuando muy poco después (1759) murió el propio rey Fernando VI, muy afectado por su viudez, dando fin a un reinado donde la influencia portuguesa y los asuntos de Portugal en la monarquía española fueron muy importantes, a pesar de estar escasamente estudiados.

El tercer ciclo de guerras: de Salvaterra do Extremo al Terreiro do Paço. 1761-1808

Con la llegada al trono del que hasta entonces era rey de Nápoles, Carlos III, y en buena medida por el influjo de la reina madre en España, Isabel de Farnesio – que veía al fin cumplido su sueño de tener a uno de sus hijos sentado en el trono español – y por la acción de sus ministros italianos (Grimaldi entre ellos), de nuevo intervencionistas, profranceses y antibritánicos¹⁶⁴, el Tratado de Madrid de 1750 fue anulado y sustituido por el de El Pardo de 1761. Colonia de Sacramento –nunca recuperada por los españoles – volvería jurídicamente de nuevo a Portugal, y el resto de los territorios entonces intercambiados regresarían al dominio de España. Además, también en 1761, se firmaba entre España y Francia el Tercer Pacto de Familia en el contexto de la llamada Guerra de los Siete Años, en la que se hallaban comprometidas desde 1756 casi todas las potencia europeas, especialmente Francia e Inglaterra. Un pacto que era, según el propio Carlos III, «la única fórmula lógica, dadas las circunstancias del mundo»¹⁶⁵.

Como consecuencia del mismo, y una vez declarada por España la apertura de hostilidades contra Inglaterra, el posicionamiento de José I de Portugal y de su ministro Pombal junto a los británicos llevó de nuevo la guerra a la frontera peninsular; a pesar de las invocaciones a la paz realizadas por la reina portuguesa María Ana Victoria de Borbón y de sus intentos por lograr nuevos enlaces dinásticos¹⁶⁶. Carlos III requirió a José I que se aliara con Francia, pero ni siquiera consiguió su neutralidad, puesto que, bajo la presión de Inglaterra, amenazando atacar los intereses portugueses en Brasil, Portugal entró otra vez en guerra contra Francia y España. Carlos III ordenó entonces organizar un cuerpo de operaciones compuesto por dos docenas de regimientos peninsulares, más la infantería irlandesa, walona e italiana, que puso al mando del marqués de Sarriá, al que ordenó atacar Lisboa desde Extremadura¹⁶⁷. La guerra volvía a la frontera.

¹⁶³ LINCH, J., *The Bourbon Spain...* cit., p. 194.

¹⁶⁴ DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Sociedad y Estado en el S.XVIII español*, Barcelona, 1981.

¹⁶⁵ PALACIO ATARD, Vicente, *El Tercer Pacto de Familia*, Madrid, 1945, p. 289.

¹⁶⁶ Al respecto, MONTEIRO, N. G., *Don Jose. Na sombra de Pombal...* cit.

¹⁶⁷ Mucha documentación y detalles en el clásico, DANVILA Y COLLADO, Manuel, *Historia del reinado de Carlos III en España*, Madrid, 1856; y en RODRÍGUEZ CASADO, V., *La política y los*

En esta ofensiva participaría lo más granado del ejército borbónico, recién reformado; y, como oficiales, los más brillantes alumnos egresados de las modernas academias militares establecidas pocas décadas atrás en Barcelona, Segovia y Madrid, siguiendo los dictámenes de la ciencia ilustrada de la época¹⁶⁸. Pero no todo fue tan sencillo como Carlos III había previsto. Cuando Sarriá iba a comenzar las operaciones por Badajoz, recibió órdenes del recién creado también Estado Mayor General de no intentar la invasión siguiendo el esquema clásico de penetrar por Elvas, sino que debía invadir Portugal por Castilla, ocupar Porto y luego descender hacia el sur para batir Lisboa. Así, todo el ejército fue desplazado más al norte. Partiendo desde Zamora, los españoles tomaron las plazas de Bragança, Chaves, Miranda y el fuerte de Moncorvo en 1761, aunque los contragolpes portugueses les hicieron retroceder. Luego se le ordenó a Sarriá cambiar el teatro de operaciones y volver a intentar el ataque sobre Lisboa por la línea de Badajoz. Estos cambios, las protestas de los oficiales por tanta improvisación junto a lo impopular de la guerra en la región fronteriza – que se veía de nuevo envuelta en llamas sin una razón de peso que lo justificara –, llevaron a la sustitución de Sarriá por el general Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda¹⁶⁹, que recibió el apoyo de tropas francesas al mando del príncipe de Beauvan. En 1762 fue sitiada la plaza fuerte portuguesa de Almeida, defendida por más de 4.000 soldados, la que después de un durísimo bombardeo fue finalmente conquistada por los franco-españoles. Aranda tomó también la plaza de Salvaterra do Extremo, y las tropas comenzaron a cruzar el Tajo en una operación que fue sumamente propagandeada en España y Francia como si fuera la gran victoria del siglo¹⁷⁰, aunque el grueso de las tropas atacantes, con la llegada del invierno, debió retroceder a Valencia de Alcántara y Alburquerque¹⁷¹. Con la paz de París de 1763 finalizaron las operaciones y todos los territorios conquistados fueron devueltos a Portugal. A pesar del estruendo de modernidad con que se planificó la invasión por parte del Estado Mayor de Carlos III, ni la marcha de las operaciones ni sus resultados demostraron que

políticos en el reinado de Carlos III, Madrid, 1992. Más datos en FERNÁNDEZ, R., *Carlos III*, Madrid, 2001.

¹⁶⁸ Sobre la participación de estos oficiales en la campaña de Portugal, ver MARCHENA F., J., «Al otro lado del mundo. Josef Reseguín y su generación ilustrada en la tempestad de los Andes, 1781-1788», en *Tiempos de América*, N.12, 2005, pp. 49 y ss.

¹⁶⁹ Había sido embajador en Lisboa.

¹⁷⁰ Sobre la batalla y toma de Salvaterra, existen dos grabados en la Biblioteca Nacional de Madrid: «Bataille gagnée par l'Armée Espagnol, aux ordres de Mr. le Comte d'Aranda sur les portugais, et de la prise de la ville de Salvaterra le 16 septembre 1762». A Paris, chez Mondhre, Biblioteca Nacional, Madrid, Est. 34947-58; y «Vue perspective de la Bataille remportée par les troupes espagnoles et françoises aux ordres de Mr. Le Comte d'Aranda sur les Portugais après laquelle le Comte d'Aranda s'est emparé de la place de Salvaterra ainsi que du Château de Segura sur le Tage... Cette ville a capitulé le seize septembre 1762», A Paris, chez Jacques Chereau, Biblioteca Nacional, Madrid, Inv. 34958.

¹⁷¹ SOLANO Y PÉREZ LILA, F., «Los orígenes de los reales ejércitos...» cit.

las mejoras introducidas en el ejército borbónico fuesen de gran utilidad¹⁷². Un vez más, Portugal parecía inconquistable para los españoles.

La guerra se encendió también en 1762 en la otra orilla del océano. Al mismo tiempo que se realizaban las operaciones militares en la península, desde Madrid ordenaron al gobernador de Buenos Aires, Pedro de Cevallos, que atacara Colonia de Sacramento. Desde años atrás, las tensiones en torno a este enclave, como se comentó más arriba, habían sido continuas. Según el texto anónimo ya citado¹⁷³, la guerra era allí un hecho cotidiano. Sacramento era definida en el documento como «una colonia que hace más de un siglo que se está entrando en nuestro terreno sin que la inmensidad de lo usurpado haya satisfecho sus deseos; una colonia con cuyo soberano mantiene el nuestro una amistad, vinculada con el parentesco, y con quien siempre trae pleitos sobre límites... una colonia de amigos y parientes a quienes, sin embargo de esta alianza, necesitamos tratar como enemigos y como a extraños»¹⁷⁴. Una especie de hartazgo por la situación era lo que manifestaban los vecinos de Montevideo: «Desde esa fecha podemos asegurar que se halla pensionada la nación española a estar con las armas en la mano contra sus amigos y vecinos los portugueses, sin que los enlaces por sangre de estas dos coronas hayan logrado poner paz entre ellas, tras ciento y catorce años de guerra (más o menos declarada) pero siempre perjudicial a la España»¹⁷⁵. Las cifras, además, hablaban por sí solas: en 1761 la flota portuguesa entró en Lisboa con más de cuatro millones de cruzados de plata procedentes de Colonia¹⁷⁶, y el contrabando de productos ingleses por la región se mostraba muy activo. Por otra parte, la plaza se hallaba más fortificada que nunca¹⁷⁷.

Pedro de Cevallos bombardeó y asaltó los baluartes de Colonia en 1762 desde el campamento Real de San Carlos, que los españoles habían construido en sus inmediaciones el año anterior¹⁷⁸, conquistando la ciudad defen-

¹⁷² A lo anterior hay que sumarle el descalabro que las tropas de Carlos III sufrieron en la Habana y Manila ese mismo año de 1762, lo que llevó a una nueva reestructuración de todo el aparato militar borbónico. MARCHENA F., J., *Ejército y Milicias en el mundo colonial americano*, Madrid, 1992, pp. 143 y ss.

¹⁷³ *Noticias sobre el Río de la plata...* cit.

¹⁷⁴ *Id.*, p. 44.

¹⁷⁵ *Id.*, p. 54. El documento anota que «sería interminable este papel si hubiésemos de dar aquí la historia de todas las hostilidades insultos depredaciones y guerras vivas que hemos sostenido a los portugueses por desposeernos de aquel territorio; y cuando nos fuese posible numerar los rompimientos a que nos han obligado... nunca podríamos calcular las invasiones hechas a nuestro campo, ni los robos ejecutados en nuestro ganado».

¹⁷⁶ MALAMUD RIKLES, C., «La economía colonial americana en el S. XVIII», en *La época de la Ilustración. Las Indias y la política exterior, Historia de España de Menéndez Pidal*, Vol. 31-2, Madrid, 1988, p. 197.

¹⁷⁷ Los planos y mapas de estos fuertes de Colonia, realizados por José Custodio de Sá, en FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil...* cit., pp. 302-303 y fig. XIX; y en *Cartografia e Diplomacia no Brasil...* cit., pp. 55 y 56.

¹⁷⁸ ASSUNÇÃO, F., «La arquitectura militar de la antigua Banda Oriental. Colonia del Sacramento», en *Revista Amigos de la Arqueología*, N.17, Montevideo, 1985.

dida por Silva de Fonseca y derrotando a una escuadra anglo-portuguesa que acudió en su auxilio, enviada desde Río de Janeiro por Gomes Freire de Andrade¹⁷⁹. En 1763 Cevallos tomó también a los portugueses la posición

¹⁷⁹ Expediente en AGI, Buenos Aires, 535. La capitulación de Colonia fue resuelta honorablemente entre Fonseca y Cevallos: las tropas portuguesas abandonaron la plaza con todos los honores, y Cevallos entró en la ciudad con gran solemnidad. Posteriormente Fonseca fue enviado preso a Portugal por orden de Pombal, condenado por traición y encerrado en un castillo donde murió (BELZA Y RUIZ DE LA FUENTE, F., *Por la Colonia del Sacramento...* cit., p. 24). Tras la conquista de Colonia de Sacramento se produjo un hecho interesante, estudiado por Ramón Gutiérrez, que demuestra lo que comentamos más arriba sobre los ingenieros franceses al servicio del rey de Portugal, y las carencias que de estos profesionales tenían ambas coronas en América. Es el caso de Jean Barthelemy Havelle (o Juan Bartolomé Howell, cambiando de nombre según le convino) ingeniero francés al servicio del rey portugués desde 1750, que trabajó en la comisión de límites y, sobre todo, en la fortificación de Río de Janeiro durante nueve años. Luego fue destinado a Colonia de Sacramento para reforzar las fortificaciones. Cuando Cevallos tomó la plaza encontró allí a Havelle al mando de las obras, y le ofreció pasarse al servicio del rey español dado que apenas había ingenieros destinados en Buenos Aires y su región. Havelle aceptó y fue encargado allí mismo de reparar los daños del ataque a Colonia, siendo destinado luego a Buenos Aires, Maldonado y Montevideo, e incorporado al Real Cuerpo de Ingenieros Militares de España. (Expediente en AGI, Audiencia de Buenos Aires, 524). Más curioso resulta aún que, pocos años después, en 1776, cuando Cevallos regresó al sur de Brasil al mando de la gran expedición contra Santa Catarina, Río Grande y Colonia, conquistando al asalto las fortalezas de la isla de Santa Catarina, convenció también al ingeniero portugués que allí encontró, José Custódio de Sá y Faria, de que continuase su carrera profesional al servicio del rey de España, con el argumento de que Pombal mandaba castigar e incluso fusilar a los oficiales que se rendían. Parece que era un rumor muy extendido entre el ejército portugués en Brasil (véase el caso, en la nota siguiente, de Tomás Luis Osorio. Y MAXWELL, K., *Marquês de Pombal: paradoxo do iluminismo*, Río de Janeiro, 1996). Sá y Faria, como Havelle, aceptó también, y continuó sus servicios como ingeniero del rey español. Toda la información en GUTIÉRREZ, R., *Arquitectura colonial. Teoría y praxis*, Resistencia, 1979, pp. 130 y ss. Para las actuaciones de Havelle en Río, ver FERREZ, G., *O Rio de Janeiro e a defesa de seu porto (1555-1800)*, Río de Janeiro, 1972. En lo referente a José Custódio de Sá e Faria – de quien ya citamos su diario, realizado durante la guerra guaraníca – se formó en 1745 en la Academia Militar das Fortificações en Lisboa, e hizo el levantamiento cartográfico de la región sur de Brasil, aparte los planes de defensa de Santa Catarina. Ver FURLONG, G., «José Custodio de Sá y Faria. Ingeniero, arquitecto y cartógrafo colonial, 1710-1792», en *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas de Buenos Aires*, N.1, 1945; TOLEDO, B de L., *Ação dos Engenheiros no Planejamento e Ordenação da Rede de Cidades no Brasil. Peculiaridades da Arquitetura e Morfologia Urbana*, São Paulo, 1996, p. 47; ID. «A ação dos engenheiros militares na ordenação do espaço urbano no Brasil», en *Revista Sinopses*, N.33, 2000; e ID., *O Real Corpo de engenheiros na Capitania de São Paulo, destacando-se a obra do Brigadeiro João da Costa Ferreira*, São Paulo, 1981; LYRA TAVARES, A. de, *A Engenharia militar portuguesa na construção de Brasil*, Río de Janeiro, 1965. Más datos en FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil...* cit., pp. 248 y ss. Sobre ingenieros españoles que trabajaron en la región, LAGUARDA TRÍAS, R. A., «Vida y obra de los ingenieros militares que actuaron en la Banda Oriental», en ARTEAGA, J. J. (coord.), *Uruguay, defensa y comunicaciones...* cit. Más datos sobre la actuación de los ingenieros enviados en la expedición de Cevallos al sur del Brasil y Río de la Plata en 1776-1777 (Miguel Moreno, Francisco de Paula Esteban, Joaquín de Villanueva, Juan Escofet y Carlos Lemaury) en Archivo General de Simancas (AGS) Guerra Moderna, 6831 y 7393; y en MARCHENA F., J., «Al otro lado del mundo. Josef Reseguín y su generación ilustrada...» cit., p. 50.

fortificada de Santa Teresa¹⁸⁰ y el fuerte de San Miguel¹⁸¹, ambos situados al noreste de Montevideo y muy cerca del mar, levantados allí por los ingenieros del rey de Portugal en la seguridad de que la región de Lagunas y São Pedro de Río Grande do Sul sufriría ataques españoles, como así fue¹⁸². Los dos reductos y la región de Río Grande quedaron para España en la paz de París. En cambio, Colonia de Sacramento fue devuelta por Carlos III a Portugal en virtud de este tratado, lamentándolo mucho el ministro español Grimaldi, quien decía a su homólogo portugués, Francisco Inocêncio de Souza Coutinho, que Sacramento era «la atmósfera misma de Buenos Aires»¹⁸³ y un verdadero nido de contrabandistas¹⁸⁴, avisándole de que en adelante se seguiría intentando su captura.

Aún vigente este tratado de París y sin declaración oficial de guerra, las hostilidades prosiguieron en la región del Plata. Portugal consideró inaplicable el tratado en el sur brasileño, y en 1767 varias avanzadas portuguesas – por la sierra de los Tapes, por el canal de acceso a la Laguna de los Patos y por la región de Misiones – invadieron posiciones españolas, luego devueltas tras las protestas de Madrid. Más grave fue la reconquista de Río Grande por los portugueses, emprendida en 1772 desde Río de Janeiro como

¹⁸⁰ Santa Teresa fue en realidad una fortificación provisional levantada con urgencia en 1762 por el ingeniero portugués Juan Gomes de Mello, siguiendo órdenes del capitán general de Río, Gomes Freire de Andrade, conde de Bobadela (El fuerte fue titulado así en su honor). La conquista por Cevallos del fuerte de Santa Teresa al comandante portugués que lo mandaba, el comandante del Regimiento dos Dragones Tomás Luis Ossorio, ocasionó que éste fuera mandado poner preso por las autoridades portuguesas y acusado de traición y de connivencia con los jesuitas expulsos en la región, por hallarse en su poder un documento llamado «El Rav», contrario a la religión católica. Pombal ordenó su entrega a la Inquisición, siendo traído a la península y ahorcado en Lisboa. Poco después se demostró su inocencia, publicándose un edicto en el que se señalaba que la ejecución de Osorio no transmitía infamia a sus descendientes. Ver ARREDONDO, H., «El fuerte de Santa Teresa», en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, N.4, 1920; BRUM, B. y ARREDONDO, H., *Libro de Honor de la Fortaleza de Santa Teresa*, Montevideo, 1930; ARREDONDO, H., *Santa Teresa y San Miguel. La restauración de las fortalezas*, Montevideo, 1958. Aprovechando las obras realizadas por los portugueses en el reducto de Santa Teresa, los españoles levantaron la fortaleza del mismo nombre en 1764, a cargo del ingeniero Francisco Rodríguez Cardoso, que aún se conserva. VV.AA., *Uruguay, defensas y fortificaciones en el periodo hispano*, Madrid, 1989; y GARCÍA COROMINAS, B., «Santa Teresa, la fortaleza española en el Atlántico Sur», en *Defensa*, N.105, 1987.

¹⁸¹ San Miguel era el puesto más antiguo, de 1737, construido por el ingeniero portugués José da Silva Paéz, y situado en la llamada «Línea de Castillos Grande» del tratado de Madrid de 1750, que limitaba los territorios de ambas coronas. «Colecção de documentos sobre o Brigadeiro José da Silva Paéz», en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Rio Grande do Sul*, N.109, 1949; también, GARCÍA COROMINAS, B. «El fuerte de San Miguel de Uruguay», en *Defensa*, N.96, 1986.

¹⁸² VARGAS ALONSO, F. M., «La solución militar al litigio hispano-luso en el Plata durante el reinado de Carlos III», en *Temas de Historia Militar. 2º Congreso de Historia Militar*, Vol. III, Madrid, 1988, pp. 128 y ss.

¹⁸³ PARES, Richard, *War and Trade...* cit., p. 61.

¹⁸⁴ FERRAND DE ALMEIDA, L., *A Colônia do Sacramento na época da Sucessão de Espanha...* cit.

una empresa «nacional»¹⁸⁵. Así, el gobernador de Buenos Aires, Juan José de Vértiz, tuvo que hacer frente a varios ataques por tierra y mar contra el fuerte español de Santa Tecla, en Río Grande, que fue conquistado al asalto por los portugueses, perdiendo los contendientes varios navíos¹⁸⁶, aunque ambas coronas se prometieron mutuamente a no continuar la escalada de agresiones recíprocas en esta zona¹⁸⁷.

La nueva guerra de Inglaterra, esta vez contra sus colonias norteamericanas de 1775, dio a Carlos III la oportunidad de recuperar lo perdido¹⁸⁸. Estando Portugal ahora escasamente apoyada por Londres (dado el esfuerzo bélico que estaba realizando Inglaterra en las Trece Colonias) el monarca español ordenó organizar en 1776 una gran expedición dirigida hacia el sur brasileño y el Río de la Plata, a fin de reconquistar Sacramento y las posiciones cedidas por España en los tratados anteriores. La campaña del atlántico sur fue puesta al mando de Pedro de Cevallos, antiguo gobernador de Buenos Aires, nombrándole ahora virrey del Río de la Plata, con instrucciones de crear, desde este nuevo virreinato en Buenos Aires, un sólido bastión frente a las pretensiones portuguesas desde el sur del Brasil¹⁸⁹.

La expedición era la más grande hasta entonces organizada por España con destino a ultramar¹⁹⁰, formada por más de 9.000 soldados (12 batallones, cuatro escuadrones de caballería y una brigada de artillería, al mando de los más aplicados oficiales) y casi cien embarcaciones entre navíos de línea y buques de transporte¹⁹¹, los que partieron de Cádiz en noviembre

¹⁸⁵ GUERREIRO, I., «As demarcações segundo o tratado de Santo Ildefonso de 1777», en *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII...* cit., p. 40.

¹⁸⁶ FERNÁNDEZ DURO, C., *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, Vol. VII (reed.), Madrid, 1973. Sobre las acciones de Vértiz, un coronel criollo nacido en Mérida de Yucatán y educado en la academia militar de Madrid, TORRE REVELLO, J., *Juan José de Vértiz y Salcedo, gobernador y virrey de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1932.

¹⁸⁷ BELZA Y RUIZ DE LA FUENTE, F., *Por la Colonia del Sacramento...* cit., p. 25.

¹⁸⁸ HULL, A.H., *Charles III and the Revival of Spain*, Washington, 1981; CASTELLANO, J. L., *Gobierno y poder en la España del S. XVIII*, Granada, 2006.

¹⁸⁹ BERMEJO DE LA RICA, A., «Antecedentes diplomáticos de la campaña de don Pedro de Cevallos en el Uruguay en 1777», en *Revista de Indias*, 1942; BEBERINA, J., *La expedición de Don Pedro de Cevallos en 1776-1777*, Buenos Aires, 1936; SANZ TAPIA, A., *El final del tratado de Torde-sillas: la expedición del virrey Cevallos al Río de la Plata*, Valladolid, 1994.

¹⁹⁰ A pesar de la envergadura de la expedición, la rivalidad existente la Real Armada y el Ejército en el gobierno de Carlos III impidió que toda ella operara bajo un mando unificado. Así, los buques y sus tripulaciones iban al mando del almirante Francisco Everardo de Tilly y Paredes, y la tropa de tierra bajo la dirección de Cevallos, lo que originó muchos conflictos operacionales y de jurisdicción. Expediente de la expedición en AGI, Buenos Aires, 547; y AGS, Guerra Moderna, 6831, 6832, 6833, 6834; y AGS, Marina, 485. Plan de embarque de la expedición en Cádiz, agosto-noviembre de 1776, en AGS, Guerra Moderna, 6833.

¹⁹¹ Seis navíos de línea y nueve fragatas, mas otras cinco naves artilladas de menor porte. El resto eran transportes. En América se les unieron otros tres navíos de línea. El resultado de la campaña marítima fue desigual, porque si algunos navíos portugueses fueron apresados, los españoles perdieron el San Agustín y la fragata Santa Clara, que saltó por los aires con toda su tripulación. Tras el fin de las operaciones, el almirante Tilly fue sometido a consejo de guerra

de 1776. A la par, otra escuadra al mando del almirante Miguel Gastón, formada por cuatro navíos de línea y dos fragatas, se apostaba en la barra de Lisboa¹⁹². Era otro gran experimento militar desarrollado por los estrategas de Carlos III en procura de hallar el «ejército perfecto» y la «nueva armada», que demostraran el flamante poderío de la corona española¹⁹³.

Después de algunas complicaciones en el transporte y coordinación de las fuerzas, las tropas expedicionarias atacaron la isla de Santa Catarina, situada a medio camino entre Río de Janeiro y el Río de la Plata, poderosamente fortificada con los castillos de Santa Cruz de Anhatomirim, São José da Ponta Grossa, Santo Antônio de Ratones y Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba¹⁹⁴. En febrero de 1777 se rindió la guarnición portuguesa – habida cuenta el desequilibrio de fuerzas – tras varios combates navales y terrestres¹⁹⁵. A continuación la expedición se dirigió a la región de São Pedro de Río Grande y Laguna de los Patos – en conjunción con el refuerzo enviado desde Buenos Aires por el gobernador Vértiz – donde se habían fortificado las tropas portuguesas al mando del mariscal Bolsom¹⁹⁶. Cevallos, obviamente – era el principal objetivo –, atacó por último Colonia de Sacramento,

resultando absuelto, pero su prestigio quedó muy mermado. MERINO NAVARRO, J. P., «La Armada en el siglo XVIII», en *Historia Social de las Fuerzas Armadas Españolas*, Vol. 2, *Revolución Nacional e Independencia*, Madrid, 1986, p. 130.

¹⁹² VARGAS ALONSO, F. M., «La solución militar...» cit., p. 134.

¹⁹³ Además, en la expedición marcharon un buen número de oficiales militares enviados para hacerse cargo del nuevo programa administrativo y reformista de Carlos III, basado en la creación de Intendencias, que habría de originar tantos cambios en el mundo colonial americano. Oficiales emanados de las academias militares (conocidos como «favoritos» o «corbatines») de una gran importancia no solo en lo político sino también en lo científico, puesto que muchos de ellos, como Félix de Azara, Lázaro de Rivera, Antonio Pineda, Felipe Bauzá o José de Espinosa y Tello, participando en la comisión de límites establecida tras el convenio de 1777 entre España y Portugal, realizando notables contribuciones al conocimiento geográfico, botánico y faunístico de la región. MARCHENA F., J., «Al otro lado del mundo. Josef Reseguín...» cit., pp. 48 y ss. Sobre el papel político de estos oficiales, ver también BARBIER, J., «The Culmination of the Bourbon Reforms, 1787-1792», en *Hispanic American Historical Review*, N.57, 1977. Uno de estos oficiales que marcharon con la expedición fue, curiosamente, un portugués, Pedro Melo de Portugal, descendiente de los duques de Bragança, educado en la Academia Naval de Cádiz. Llegó como teniente de los Dragones de Sagunto, ascendido a capitán y luego a teniente coronel, siendo nombrado gobernador de Paraguay en 1778, intendente en 1783 y finalmente virrey de Buenos Aires en 1795. MARCHENA F., J., «Al otro lado del mundo. Josef Reseguín...» cit., p. 52.

¹⁹⁴ CABRAL, O., *As defensas da Ilha de Santa Catarina*, Río de Janeiro, 1974.

¹⁹⁵ El diario de operaciones de la campaña marítima en AGS, Marina, 485, «Extracto del diario de navegación y operaciones de la escuadra y ejército de S.M. Católica...», firmado por el jefe de la escuadra, el marqués de Casa Tilly, Santa Catarina, marzo de 1777. Otro diario de operaciones, esta vez del ejército, en AGI, Estado, 84, «Relación de la toma de Santa Catarina, 1777»; y «Noticias de lo ocurrido en la expedición del Sr. D. Pedro Cevallos en las islas de Sacramento y Santa Catarina, 1777», Biblioteca Nacional, Madrid, Manuscritos, MSS.10511. Ver también ABADIE-AICARDI, A., «La isla de Santa Catalina y el Atlántico Sur en la visión geopolítica del virrey Cevallos», en *Jahrbuch für Geschichte von Staat Lateinamerikas*, N.18, 1981.

¹⁹⁶ BEBERINA, J., *Las invasiones inglesas al Río de la Plata*, Buenos Aires, 1939, pp. 63 y ss.

que se hallaba al mando del brigadeiro Francisco José da Rocha. Partió de Buenos Aires con un importante cuerpo de ejército compuesto por tropa veterana, milicianos del interior rioplatense e indígenas guaraníes. Cuando conquistó la plaza demolió sus fortificaciones, embarcando a sus habitantes y a su guarnición hacia Buenos Aires. A principios de ese mismo año de 1777, el gobernador de Paraguay, Agustín de Pinedo, atacó, conquistó y destruyó otra fortaleza que los portugueses estaban construyendo desde 1769 en la frontera por esa zona, Nossa Senhora dos Prazeres de Iguatemi¹⁹⁷.

La paz de Versalles (1783) consolidó la recuperación española, pero con Portugal la paz se había establecido mucho antes. En febrero de 1777 murió el rey José I, sucediéndole su hija María. La reina madre, María Ana Victoria de Borbón, se desplazó entonces personalmente a Madrid a encontrarse con su hermano Carlos III, 48 años después de haber salido de aquella ciudad¹⁹⁸. Ambos borbones suspendieron las hostilidades, hicieron regresar a todas las tropas¹⁹⁹ y firmaron la paz en el tratado de San Ildefonso, concebido por los dos principales ministros de ambos reinos, el conde de Floridablanca y Francisco Inocencio de Souza Coutinho, embajador de Lisboa en Madrid²⁰⁰. Se estableció el canje de prisioneros, la devolución de los navíos capturados, y fueron fijados de nuevo las fronteras en América, recuperando Portugal Santa Catarina, Río Grande y los territorios del sur de Brasil, pero perdiendo definitivamente Colonia de Sacramento, que ya quedó para España en adelante²⁰¹. Carlos III obtuvo a su vez algunas posesiones en África (las islas de Fernando Poo y Annobón, en el golfo de Guinea) cedidas por

¹⁹⁷ Datos sobre la misma y planos de su construcción en el Servicio Histórico Militar de Madrid, Cartoteca, 23-6-78.

¹⁹⁸ FERNAN NÚÑEZ, Conde de, *Vida de Carlos III* (reed.), Madrid, 1988.

¹⁹⁹ Resulta interesante comprobar que, dado el tamaño de la expedición, el peso de la misma decidió el conflicto. La mayor parte de las bajas que se produjeron en la campaña fueron por enfermedad, resultando muy escasas las muertes en combate. Por ejemplo, los escuadrones de Dragones ni siquiera llegaron a combatir. Tuvieron 14 muertos, todos por enfermedad. Estado de las tropas de la expedición para su regreso a España, en AGI, Buenos Aires, 529, 530, 531, 541. Revista a los Dragones, 1777, AGI, Indiferente General, 1912. Algunas unidades quedaron de refuerzo en Buenos Aires, Montevideo y Maldonado, aunque las deserciones fueron altísimas. BEBERINA, J., *El virreinato del Río de la Plata, su organización militar*, Buenos Aires, 1935. Parte de estas tropas participaron luego, en 1780-82, en la represión de las sublevaciones andinas de Tupac Amaru y Tupac Katari. MARCHENA F., J., «Al otro lado del mundo. Josef Reseguín...» cit., pp. 51 y ss.

²⁰⁰ *Tratado preliminar de límites de los países pertenecientes en América Meridional a las coronas de España y Portugal. Ajustado y concluido entre el Rey Nuestro Señor y la Reina Fidelísima, y ratificado por S.M. en San Lorenzo el Real a 11 de octubre de 1777. En el cual se dispone y estipula por dónde ha de correr la línea divisoria de unos y otros dominios*. Madrid, Imprenta Real de la Gazeta, 1777. Un ejemplar en AGI. Indiferente General, 1566. Ver también, CÉSPEDES DEL CASTILLO, G., *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del virreinato del Plata*, Sevilla, 1947.

²⁰¹ Como se mencionó más arriba, se creó una nueva comisión conjunta de límites, que modificó levemente las líneas trazadas por el tratado de 1750 en el interior amazónico. GUERREIRO, I., «As demarcações segundo o tratado de Santo Ildefonso de 1777»... cit., pp. 39 y ss.

Portugal²⁰². El tratado se ratificó en El Pardo en 1778, añadiéndose otros artículos sobre garantías comerciales, justo antes de que la reina madre enfermara y muriera en Lisboa en 1781. La nueva reina portuguesa, su hija Maria I, casada con su tío (Pedro III), despidió al antaño todopoderoso ministro Pombal, y sus sucesores en el gobierno lograron que las relaciones entre ambas coronas fueron buenas hasta 1801, atravesando incólumes incluso el periodo de guerra de España contra Inglaterra de 1779 a 1783, en la que Portugal permaneció neutral gracias a los buenos oficios del ministro portugués Luis Pinto de Souza Coutinho²⁰³, y a pesar de las presiones británicas²⁰⁴. En 1785 se decidía, además, la boda de los infantes portugueses João y Mariana Victoria con los príncipes españoles Carlota Joaquina y Gabriel.

No obstante, el temor a nuevas penetraciones españolas por el interior amazónico (especialmente por las áreas de Quito y Perú, y más al sur, por Moxos, Chiquitos y Paraguay) llevó, primero a Pombal y luego a los demás ministros portugueses, a enviar varias expediciones científico-militares a la región a fin de conocerla, explorarla y cartografiarla²⁰⁵, y a la vez a implementar un tan ambicioso como contundente plan de fortificaciones de las fronteras brasileñas con los territorios españoles para consolidarlas en el futuro, desde el Amazonas hasta el actual estado de Paraná²⁰⁶.

Siguiendo este plan de fortificaciones, en 1762-1765 fue levantado el presidio de Nossa Senhora da Conceição sobre el río Guaporé – cuya con-

²⁰² Una región fundamental para el desarrollo del tráfico esclavista español. Para tomar posesión de estas islas africanas, las tropas españolas partieron de Montevideo (formaban parte de la expedición de Cevallos) al mando del brigadier Felipe de Santos Toro. Llegaron a la isla de Príncipe en 1778, donde esperaron varios meses al comisionado portugués Cayetano de Castro, quien puso no pocas dificultades para la entrega de los territorios. Finalmente el tratado acabó por cumplirse. Ver BELZA Y RUIZ DE LA FUENTE, F., *Por la Colonia del Sacramento...* cit., p. 28.

ARAÚJO, A. C. B. de, «Política e diplomacia na era das revoluções», en MATTOSO, J. (dir.), *História de Portugal*, Vol. 5, *O liberalismo*, Lisboa, 1998, p. 21.

²⁰⁴ Fue la llamada Primeira Neutralidade Armada, de 1780.

²⁰⁵ VITERBO, S., *Expedições científico-militares enviadas ao Brasil*, Lisboa, 1962. Mención especial en este tema merecen los trabajos de DOMINGUES, A., *Viagens de exploração geográfica na Amazônia em finais do século XVIII: Política, ciência e aventura*, Lisboa, 1991; Id., «Urbanismo e colonização na Amazônia em meados de setecentos: a aplicação das reformas pombalinas na Capitania de S. José do Rio Negro», en *Revista de Ciências Históricas*, N.10, 1995; y el ya citado de la misma autora, *Quando os índios eram vassalos...* cit.

²⁰⁶ AZAMBUJA, D. y GOES DE AQUINO, A., *Evolução das fortificações brasileiras de século XVI ao início do XX*, CEHOPU, Madrid, 1985; ADONIAS, I., «Alguns Mapas Antigos e Planos de Fortes relativos à Região Amazônica existentes em Arquivos do Brasil», en *Actas do Congresso Internacional de História dos Descobrimentos*, Vol. II, Lisboa, 1961; MOURÃO, L. R. Castelo Branco, *A Engenharia luso-brasileira na construção das fortalezas e sua contribuição na defesa e desenvolvimento da região norte do Brasil*, Fortaleza, 1995; GARRIDO, C. M., «Fortificações do Brasil», en *Subsídios para a História Marítima do Brasil*, Vol. III, Río de Janeiro, 1940; y el enciclopédico trabajo recopilatorio de SOUSA, A. F. de, «Fortificações no Brasil», en *Revista do Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro*, Vol. XLVIII, Parte II, Río de Janeiro, 1885, pp. 5-140. Los datos que siguen sobre los fuertes amazónicos han sido extraídos de la bibliografía antecedente.

quista fue intentada varias veces por los españoles²⁰⁷ – intentado así liberar la presión que sobre la frontera se ejercía desde Charcas (la actual Bolivia) desde fines de los años 60. Una presión que fue firmemente contestada desde Lisboa²⁰⁸. El gobernador de Mato Grosso, el coronel de infantería Luís de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres, recibió instrucciones para proteger las minas de Guajurús y mantener abiertas y operativas las líneas de comunicación y navegación por los ríos Guaporé, Mamoré y Madeira con el Amazonas, procurando salvaguardar la ruta Vila Bela (Mato Grosso)-Belém do Pará, reservada a la recién creada Companhia Geral de Comércio do Grão-Pará e Maranhão²⁰⁹.

Así se puso en marcha en 1776 uno de los proyectos más afanosos de la época, la construcción, a orillas del Guaporé, de la enorme fortaleza Príncipe da Beira²¹⁰, realizada por el ingeniero de origen italiano Domingo

²⁰⁷ El presidio y fuerte de Nossa Senhora da Conceição se levantó sobre una antigua misión española, luego ocupada por los portugueses tras el tratado de límites de 1750, conocida como Santa Rosa la Vieja. La región del Guaporé no se vio libre de conflictos entre españoles y portugueses después de la firma del tratado; la guerra guaranítica continuó por años al interior de la selva. Varios centenares de indígenas al mando del jesuita P. Laínes, atacaron la guardia de Santa Rosa a mediados de la década de los 50, por lo que el gobernador de Mato Grosso, Rolim de Moura, ordenó la construcción en ese lugar del presidio de Conceição. Más adelante, con motivo de la guerra declarada entre las dos coronas en 1762, de nuevo los indígenas, con jesuitas españoles al frente, atacaron el fuerte hasta conquistarlo. A su vez, Rolim de Moura envió tropas al mando del teniente de dragones Francisco Xavier Tejo para que ocupase la misión de San Miguel, capturando a los padres Juan Romariz y Francisco Espino. El gobernador portugués consiguió finalmente recuperar el fuerte de Conceição. A las hostilidades en el Guaporé se sumó en 1765, a pesar de que la paz se había firmado en París dos años antes, el presidente de la Audiencia de Charcas Juan de Pestaña, quien marchó hacia la zona con una considerable tropa de españoles, mestizos e indígenas, para asegurarse de que los portugueses no cruzarían el río. El fuerte de Nossa Senhora da Conceição fue reconstruido en 1767 por el ingeniero José Matias de Oliveira, y rebautizado por el gobernador de Mato Grosso Luis Pinto de Sousa Coutinho como Fuerte de Bragança, aunque una fuerte creciente del Guaporé lo destruyó en 1771.

²⁰⁸ MENDONÇA, M. C. de, *A Amazônia na era Pombalina*, São Paulo, 1963; REIS, A. C. F., *A política de Portugal no vale amazônico*, Belém, 1940; ID., *A Expansão Portuguesa na Amazônia nos séculos XVII e XVIII*, Rio de Janeiro, 1959; SILVA, J. V. da, «A lógica portuguesa na ocupação urbana do território mato-grossense», en *História & Perspectivas*, N.24, 2001.

²⁰⁹ DOMINGUES, A., «O forte do Príncipe da Beira na estratégia de Luís de Albuquerque de Melo Pereira Cáceres», trabajo presentado en el *VI Congresso sobre monumentos militares portugueses*, Barcelos, Mayo, 1992. Todo ello, así como las órdenes para la construcción de la cadena de fuertes por el interior amazónico, se hallaba contenido en una «Instrução Secretíssima con que sua Magestade manda passar à capitania de Belém do Pará o governador e capitão-general João Pereira Caldas», 1772, Biblioteca Nacional de Lisboa, Coleção Pombalina, cd. 8549, estudiada por Ângela Domingues en «Urbanismo e colonização na Amazônia em meados de setecentos...» cit., p. 270.

²¹⁰ Título que recibían los primogénitos de los herederos de los reyes de Portugal, en este caso el príncipe José, nieto de João V. Ver NUNES, J. M. de S., *Real Forte Príncipe da Beira*, Rio de Janeiro, 1985; FARIA, M., «Príncipe da Beira: a fortaleza para além dos limites», en *Revista Oceanos*, N.28, 1996; BORZACOV, Y. M. P., *Forte Príncipe da Beira*, São Paulo, 1981; GUERREIRO, I., «As demarcações segundo o tratado de Santo Ildefonso de 1777», en *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII...* cit., p. 49; FERRAZ, A. L. P., «Real Forte do Príncipe da Beira», en *Revista do SPHAN*, Rio de Janeiro, N.2, 1938; y, por su riqueza documental, el trabajo ya citado de Ângela Domingues sobre el fuerte.

Sambuceti²¹¹, siguiendo el modelo abaluartado de Vauban (con cuatro baluartes) y que debía considerarse como «a chave do sertão» de Mato Grosso, elevado cerca de las ruinas del fuerte de Bragança, ya mencionado, destruido por las aguas del río²¹².

A pesar de las extraordinarias dificultades de la obra («por mais duro, por mais difícil e por mais trabalhoso que isso dê... é serviço de Portugal e tem que se cumprir», escribió el gobernador Alburquerque de Melo) trayéndose los operarios, los instrumentos y la artillería desde Lisboa, Río y Belem²¹³, remontando los interminables ríos y las abruptas cachoeiras²¹⁴ y muriendo los primeros expedicionarios por la malaria²¹⁵, el fuerte fue finalmente concluido en 1784 por el ingeniero Ricardo Franco de Almeida Serra²¹⁶ y puesto al mando del capitán de dragones José de Mello Castro de Vilhena²¹⁷.

No fue éste, ni mucho menos, el único bastión de la frontera amazónica construido en esta época. El proyecto pombalino y el de sus sucesores fue más ambicioso, en función de las siempre previsibles incursiones españolas sobre la región, no solo a partir del tratado de Madrid de 1750, sino también a raíz del de 1777.

Por el oeste amazónico se levantaron los fuertes de São Francisco Xavier de Tabatinga, en el río Solimões, en la ruta hacia el Perú²¹⁸, y el presidio de

²¹¹ FONTANA, R., *As obras dos engenheiros militares Galluzzi e Sambuceti e do arquiteto Landi no Brasil colonial do séc. XVIII*, Brasília, 2005. Sambuceti había participado en la comisión de límites, y trabajado previamente en la otra gran fortaleza de la época, el fuerte de São José do Macapá, que protegía la boca del Amazonas. ALCÁNTARA, D. M. e S., *Fortaleza de São José do Macapá*, Río de Janeiro, 1979; y S. A., *Histórico da Fortaleza de São José de Macapá*, Macapá, 1954. Más datos sobre Sambuceti en Viterbo, S., *Expedições científico-militares enviadas ao Brasil...* cit., p. 82.

²¹² La fortaleza Príncipe da Beira tiene 970 metros de perímetro, alcanzando sus cortinas los diez metros de altura. Los cuatro baluartes, de norte a sur y de oeste a este, recibieron los nombres de Santo António de Pádua, Nossa Senhora da Conceição, Santo André Avelino y Santa Bárbara, de 59 por 43 metros, poseyendo cada uno de ellos 14 troneras para la artillería. Al fuerte se accede por un puente levadizo sobre un foso inundable mediante compuertas, con agua del río Guaporé, y en su interior se edificó una iglesia, la casa del gobernador, viviendas de oficiales, cuarteles para la tropa, almacenes a prueba de bomba y un gran aljibe central en el patio. Está construido en piedra porosa (conocida en la región como yacaré) y ladrillo, estando las viviendas techadas con tejas vidriadas y sus paredes estucadas en color azul.

²¹³ Entre los operarios había albañiles, carpinteros, canteros y pedreros, casi 200, y más de 500 esclavos que se compraron en Belem do Pará. Más información sobre la construcción del fuerte en Archivo Histórico Ultramarino (AHU), Lisboa, Sección Mato Grosso, cx. 16 y 17.

²¹⁴ Saltos de agua en el cauce de los ríos.

²¹⁵ Sambuceti murió en 1778, cuando apenas llevaba construido un baluarte.

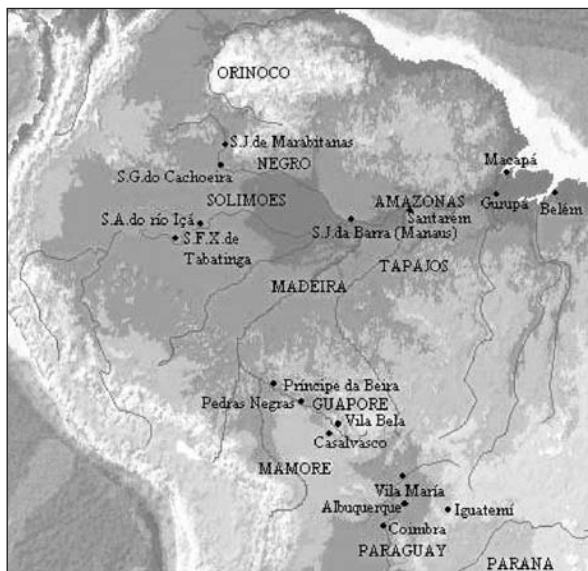
²¹⁶ Responsable más tarde, al completar su misión en el Guaporé, de la construcción del fuerte de Coimbra en Corumbá, a orillas del río Paraguay, en 1797. FURTADO, S. da S., *Ricardo Franco de Almeida Serra*, Río de Janeiro, 1960.

²¹⁷ En otras fuentes aparece como José Melo da Silva Vilhena. Las obras de la fortaleza prosiguieron al menos hasta 1798.

²¹⁸ Este fuerte fue levantado en 1776 por el sargento mayor Domingo Franco, por órdenes del gobernador de la Capitanía de São José de Río Negro, el coronel Joaquim de Melo e Póvoas.

Santo Antônio do rio Içá, afluente de la margen izquierda del río Solimões, fronterizo al presidio español de San Joaquín²¹⁹.

Hacia el norte, los portugueses alzaron la fortaleza del morro de São Gabriel da Cachoeira, en la margen izquierda del alto río Negro²²⁰; el fuerte de São José do Marabitanas, en la margen derecha del alto río Negro, cerca de Cucuí, en el lugar donde las cuencas del Orinoco y del Amazonas son más próximas y se comunican entre sí²²¹; y el fuerte de São José da Barra do Rio Negro, en su confluencia con el Solimões (actual ciudad de Manaus)²²². Hay que indicar que en las guerras de 1762, y luego en la de 1776, los españoles intentaron ocupar el río Negro²²³.



²¹⁹ Fundado un poco más arriba de la foz del río Içá en 1763, por orden del gobernador de Grão-Pará e Maranhão, Fernando da Costa de Ataíde Teive Sousa Coutinho.

²²⁰ Construida a partir de 1762 por el ingeniero militar alemán al servicio de Portugal Phillip Sturm, enviado desde Belém do Pará.

²²¹ Fue levantado a partir de 1763 por el ingeniero alemán Philip Sturm, ya citado. Debía controlar los dos fuertes españoles (San Carlos y San Fernando) que se habían edificado un poco más al norte, en la cuenca del Orinoco. Philip Sturm, «*Planta da nova fortaleza dos Marabitanas*», Archivo Histórico Ultramarino, Lisboa, en IRIA, A., «Inventário geral da Cartografia Brasileira existente no Arquivo Histórico Ultramarino (Elementos para a publicação da *Brasilae Monumenta Cartographica*)», *Studia*, N.17, Lisboa, 1966, p. 39.

²²² Ver «Prospectos das Fortalezas do Rio Negro, Tapajós, Pauxis e Gurupá, mandados fazer no ano de 1756 pelo capitão-general Francisco Xavier de Mendonça Furtado, Presidente da Província do Pará e 1.º Comissário das Demarcações dos Reais Domínios de Sua Majestade Fidelíssima da parte Norte», en MONTEIRO, M. Y., *Fundação de Manaus*, Manaus, 1994, p. 231. Tenía una guarnición de 200 hombres al mando del brigadier Manuel da Gama Lobo D'Almada. Este fuerte dió lugar a la fundación de la Vila da Barra do Rio Negro, siendo elevada a capitania en 1792, y luego convertida, ya en el S. XIX, en la ciudad de Manaus.

²²³ DOMÍNGUEZ, A., *Viagens de exploração...* cit., p. 16.

En la región de Mato Grosso, la capital Vila Bela da Santíssima Trindade fue fortificada en 1778 con varias baterías en la foz del río Alegre, y muy próximo a la ciudad se alzó en 1782 el presidio de Casalvasco, en el río Barbado, protegiendo los pueblos de Salina y Corixa Grande; también, en 1778, el presidio de Vila María en el río Paraguay, a la altura de San Luis de Cáceres²²⁴; en 1776 el presidio de Viseu, en la margen izquierda del río Guaporé²²⁵, y el presidio de Pedras Negras, en su margen derecha²²⁶; y se pusieron asimismo las bases en Albuquerque (Corumbá), a orillas del Paraguay, de lo que luego sería el fuerte de Coimbra²²⁷... todo ello para evitar las penetraciones españolas por estos grandes ríos²²⁸. Debe señalarse que estas obras, consideradas en su época «as muralhas do sertão», tal cual indica Ângela Domingues²²⁹, representaron un gasto formidable para la hacienda real brasileña, como ha estudiado Angelo Alves Carrara²³⁰, seguramente el más rubro más alto de los costos coloniales; y que estos establecimientos y sus guarniciones dieron mucho más poder y autoridad en la zona a los gobernadores y capitães-mores de cada jurisdicción²³¹.

A pesar de todos estos resguardos, o precisamente gracias a ellos, la situación en las fronteras tanto peninsulares como americanas se mantuvo en una cierta calma durante estos años finales del XVIII, nunca a salvo de incidentes aislados.

Inclusive los dos ejércitos operaron juntos con motivo de la llamada «Guerra de la Convención»²³², declarada por las monarquías europeas contra la Francia revolucionaria en 1793 tras la ejecución de Luis XVI; una ofensiva que, desde los púlpitos, la iglesia hizo extraordinariamente popular

²²⁴ Todos ellos por orden del gobernador de Mato Grosso Luís de Albuquerque.

²²⁵ Protegía las minas de oro del río Arinos, y las de Diamantino en el alto Paraguay, conocidas como lavras de Viseu. SILVA, J. V. da, «A lógica portuguesa na ocupação urbana do território mato-grossense»... cit.

²²⁶ Una posición levantada en los años 60, de la época de Rolím de Moura, ahora remozada y fortificada en los 70.

²²⁷ Finalmente elevado en 1797 por Ricardo Franco de Almeida Serra, que venía de terminar las obras del fuerte Príncipe da Beira.

²²⁸ GALLO, J.R., *Fortificações de Mato Grosso do Sul*, Campo Grande, 1986. Ver también GUERREIRO, I., «As demarcações segundo o tratado de Santo Ildefonso de 1777», en *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII*... cit., p. 44 y ss.

²²⁹ *Quando os índios eram vassallos*... cit., pp. 199 y ss.

²³⁰ CARRARA, A. A., *Receitas e despesas da Real Fazenda no Brasil. Século XVIII*, Juiz de Fora, 2009.

²³¹ SOARES DA CUNHA, M. y MONTEIRO, M. G., «Governadores e capitães-mores do império atlântico português nos séculos XVII e XVIII», en MONTEIRO, N. G., CARDIM, P. y SOARES DA CUNHA, M., *Óptima Pars. Elites Ibero-americanas do Antigo Regime*, Lisboa, 2005.

²³² También conocida como Guerra del Rosellón o, en Cataluña, como la «Guerra Gran». Sobre la misma, ver PRIEGO LÓPEZ, J., *Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Vol. I, *Antecedentes y preliminares*, Madrid, 1972. Para el impacto en Portugal, AYMES, J. R., «Bases y evolución de la 'Política Portuguesa' de la revolución francesa entre 1789 y 1797», en *Revista de História das Ideias*, N.10, 1988.

en España hasta ser considerada como «una guerra de religión»²³³. Dada la escasa operatividad del ejército español – en palabras de la época, «su estado no era tan lisonjero como podía esperarse»²³⁴ – el ministro Aranda solo logró reunir 35.000 soldados, y de ellos menos de 15.000 pudieron ser enviados al Pirineo²³⁵, alcanzando apenas a cubrir las fortalezas de la frontera, con lo que, más que una guerra ofensiva contra la Francia revolucionaria, debieron contentarse con formar un cordón defensivo frente a los 100.000 soldados que levantó la Convención²³⁶. El principal cuerpo de operaciones del ejército español, al mando del general Antonio Ricardos²³⁷, contaba solo con 3.500 soldados. Fue necesario entonces pedir ayuda a otros coaligados contra la Francia revolucionaria, y en concreto a Portugal²³⁸. En 1793, un importante contingente de tropas portuguesas denominado *Divisão Auxiliadora* (6.000 soldados, distribuidos en seis regimientos de infantería y una brigada de artillería²³⁹) fue desplazado hasta la frontera francesa en el Rosellón al mando del teniente general Juan Forbes Skellater, junto con el mariscal de campo Antônio de Noronha y el coronel Gomes Freire de Andrade, que partieron de Lisboa en septiembre de 1793²⁴⁰. Del mismo modo, la armada portuguesa

²³³ LYNCH, J., *El siglo de las reformas: la ilustración*, Madrid, 2007, p. 395 y ss. Ver también AYMES, J. R., *Ilustración y Revolución Francesa en España*, Lleida, 2005. Sobre el ambiente anti-francés anterior a la declaración de guerra, SALVADOR ESTEBAN, E., «Las relaciones hispanofrancesas durante el trienio 1790-1793», en *Homenaje al doctor Reglá*, Valencia, 1975.

²³⁴ *Gaceta de Madrid*, 9 de abril de 1793.

²³⁵ SECO SERRANO, C., «La política exterior de Carlos IV», en *La época de la Ilustración. Las Indias y la política exterior, Historia de España de Menéndez Pidal*, Vol. 31-2, Madrid, 1988, pp. 451 y ss., aporta muchos detalles sobre la campaña. Un clásico, con abundante documentación sobre la guerra, GÓMEZ DE ARTECHE, J., *Reinado de Carlos IV*, Madrid, 1892-1896. Según se recoge en esta última obra, el ministro Aranda informaba que «juntando la tropa de varios regimientos, apenas alcanzan a formar un batallón, quedando los demás solo con su nombre», Vol. I, p. 158. Más información sobre la relación entre guerra y política durante el periodo en MARTÍNEZ RUIZ, E., *La España de Carlos IV, 1788-1808*, Madrid, 1999; y EGIDO, T., *Carlos IV*, Madrid, 2001. Sobre Aranda en este conflicto, FERRER BENIMELLI, A., *El conde de Aranda y el frente aragonés en la guerra contra la Convención (1793-1795)*, Zaragoza, 1965.

²³⁶ BOILESEAU, M., *La República Jacobina*, Madrid, 1980, pp. 60 y ss. Un ejército enorme, muy desorganizado al principio, que fue cobrando cuerpo y consistencia en esta guerra, en la que se formaron los principales cuadros militares que luego servirían con Napoleón.

²³⁷ Un oficial muy experimentado, que conocía bien al ejército portugués por haber estado en la campaña de 1762. CEPEDA GÓMEZ, J., «La época de Carlos IV: crisis del ejército real borbónico», en *Historia Social de las Fuerzas Armadas Españolas*, Vol. 2, *Revolución Nacional e Independencia*, Madrid, 1986, p. 351.

²³⁸ El 15 de julio de 1793, Portugal y España había firmado un tratado de auxilio mutuo. En virtud del mismo fueron enviadas las tropas portuguesas al frente de Cataluña, pese a las críticas de algunos políticos y militares en Lisboa, en la medida que el regente príncipe Don João solo aceptaba participar como «potencia auxiliadora», es decir, en una posición bastante indefinida. El respecto ver CUNHA, P. P. da, *Sob fogo. Portugal e Espanha entre 1800 e 1820*, Lisboa, 1988, pp. 60 y 139, nota 8.

²³⁹ Que costó mucho trabajo reunirlos, y que durante varios meses antes de embarcar estuvieron haciendo ejercicios cerca de Lisboa. Id., p. 60.

²⁴⁰ Mucha documentación sobre la campaña en CHABY, C. B. P. de, *Exortos históricos e collecção de documentos relativos à guerra denominada da Península, e às anteriores de 1801, do*

ofreció su colaboración²⁴¹. El general Ricardos dirigió la primera fase de las operaciones²⁴², conquistando Baños y Bellegarde, venciendo en Trouillas, en Mas Deu y entrando en Colliure, actuando coordinadamente con las tropas del duque de Osuna. Las tropas portuguesas participaron en esta ofensiva, entendiéndose particularmente bien con el general español Francisco Taranco, con el que luego volverían a hallarse – en circunstancias bien diferentes – en Portugal²⁴³. Al mismo tiempo, una escuadra aliada – británicos, españoles, portugueses y napolitanos – en agosto de 1793 se presentaba ante Tolón – que se había sublevado contra la Convención – para apoyarla y defenderla²⁴⁴.

Pero a lo largo de 1794, tras la muerte de Ricardos, y estando al mando las tropas del conde de la Unión, un oficial con poca experiencia, los fracasos de los hispano-portugueses se sucedieron implacablemente: un ejército cada vez menos motivado, mal mandado y peor equipado en vestuario, armas y pertrechos, acumuló derrota tras derrota. Tolón fue desalojada en diciembre del año anterior y ocupada por los republicanos, provocando una hecatombe en la ciudad²⁴⁵. Las tropas portuguesas del general Forbes debieron retirarse de Francia por San Lorenzo de Cerdá, a las que siguieron los regimientos de Porto y Peniche al mando de Francisco Xavier de Noronha. Gomes Freire de Andrade y sus soldados debieron también cruzar el Pirineo en retirada²⁴⁶. La fortaleza de Figueras, considerada una joya de la poliorcética, fue tomada

Roussillon e da Catalunha, Lisboa, 1863-1882; y ARAÚJO, A. C. B. de, «Política e diplomacia na era das revoluções...» cit., p. 23.

²⁴¹ PEREIRA, J. R., *Campanhas navais. 1793-1807. A Marinha Portuguesa na época de Napoleão*, Lisboa, 2005. Los impulsores de la armada portuguesa en estos finales del S. XVIII, los ministros Martinho de Melo e Castro y Rodrigo de Sousa Coutinho, consiguieron que ésta fuera una fuerza naval equilibrada en tamaño y muy operativa (14 navíos de línea y 23 fragatas). Además, en 1782 fue creada la Companhia Real dos Guardas-Marinhas para la formación de los oficiales navales, y poco después el Corpo de Engenheiros Constructores Navais. Id., p. 13 y 19. La colaboración de la armada portuguesa en esta guerra fue doble debido a las alianzas establecidas a la par con Inglaterra y España. Así, envió una escuadra al Mediterráneo, llevando las tropas portuguesas que combatirían en el Rosellón y colaborando con ingleses y españoles (5 navíos y 14 transportes) en Cataluña y Tolón; y otra al Canal de la Mancha, colaborando con los británicos en evitar la salida a mar abierto de la escuadra francesa, que operó durante 1793 y 1794, aunque la efectividad de esta última expedición naval se vio mermada por una epidemia propagada a bordo y porque varias tempestades sucesivas obligaron a los navíos a retirarse a Lisboa con grandes daños. Id., p. 44.

²⁴² Fundamental para conocer el desarrollo de la guerra y la actuación portuguesa, *Documentos de las campañas en los Pirineos a fines del S. XVIII. 1793-1795*, Servicio Histórico Militar, 5 vols., Madrid, 1949-1959.

²⁴³ Tras la invasión de Portugal por las tropas franco-españolas en 1808, y después de los sucesos de mayo, este general fue uno de los que ayudaron a la primera Junta de Porto a librarse de los napoleónicos.

²⁴⁴ GÓMEZ DE ARTECHE, J., *Reinado de Carlos IV...* cit., p. 268 y ss. Sobre esta campaña, BLANCO NÚÑEZ, J. M. y NÚÑEZ IGLESIAS, I., *La diversión de Tolón*, Vol. I y II, Madrid, 1982.

²⁴⁵ En el sitio francés a Tolón, destacó por su valentía un joven oficial llamado Napoleón Bonaparte.

²⁴⁶ GÓMEZ DE ARTECHE, J., *Reinado de Carlos IV...* cit., p. 339 y ss.

por los franceses sin apenas esfuerzo, por lo que fue llamada «la bella inútil»²⁴⁷ y, tras ella, enseguida cayó Girona en poder de los franceses. En Rosas, fue hecho prisionero un regimiento portugués al completo. La derrota total parecía inminente, porque mientras era imposible allegar más refuerzos españoles a la frontera que sustituyeran a las ya mermadas unidades coaligadas, las tropas francesas crecieron en número y preparación. Nada pudo impedir que los republicanos, al mando de los mariscales Dagobert, Dugommier y Moncey, avanzaran por Cataluña, Aragón, Navarra, Guipúzcoa y Álava. Los combates fueron tan duros que, cosa no muy corriente, en Cataluña murieron peleando los comandantes de ambos ejércitos, el conde de la Unión y el mariscal Dugommier. Abandonados por las tropas regulares, las poblaciones catalanas y vascas tuvieron que organizarse por sí mismas y hacer frente a la ofensiva²⁴⁸.

La paz de Basilea de 1795 puso fin a esta guerra. Se pactó una alianza entre Francia y España y las tropas portuguesas regresaron a sus cuarteles en diciembre de 1795, desanimadas por una experiencia que para ellas fue un gran desengaño en cuanto a la actuación de las españolas²⁴⁹. No obstante, esta campaña del Rosellón fue el laboratorio donde se formaron, en la práctica bélica, la mayor parte de los oficiales portugueses que luego participarían en la guerra contra los franceses a partir de 1808. Un testimonio muy interesante de esta campaña es el aportado en sus *Memorias* por uno de los oficiales portugueses, el entonces oficial de artillería Raimundo José de Cunha Mattos, estudiadas por Neuma Brilhante Rodríguez²⁵⁰. En ellas, comparando las tropas francesas, portuguesas y españolas, Cunha Mattos notó en la oficialidad de estas últimas un vanidoso clasismo orgulloso y aristocrático, lo que la hacía aborrecible para sus soldados, apenas gente del común levada a la fuerza, mientras que en la oficialidad portuguesa, apuntaba, la meritocracia había hecho notables progresos, por lo que no dudaba en afirmar que ellos eran mejores militares que los españoles²⁵¹.

²⁴⁷ OSORIO Y GALLARDO, A., *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra de España con la República Francesa (1793-1795)*, Madrid, 1913. Sobre la toma de Figueras, p. 218 y ss.

²⁴⁸ LYNCH, J., *El siglo de las reformas...* cit., pp. 402-403. Y especialmente VILAR, P., «Ocupantes y ocupados: algunos aspectos de la ocupación y resistencia en España en 1794 y en tiempos de Napoleón», en su obra *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Barcelona, 1982.

²⁴⁹ No obstante, la reina María de Portugal concedió a Godoy el título de conde de Évora Monte. ARAÚJO, A. C. B. de, «Política e diplomacia na era das revoluções...» cit., p. 24.

²⁵⁰ «De soldado português a marechal do exército brasileiro: Raimundo José de Cunha Mattos, 1776-1839», en *Anais de História de Além-Mar*, N.9, 2008. Las memorias se hallan en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, Manuscritos, 10,2,016, tituladas «Memórias políticas, militares y biográficas».

²⁵¹ «Os nossos oficiais e soldados tiñan um aspecto mais militar, mais elegante do que se encontrava nas tropas Castelhanas: os fidalgos que servíam no nosso exército não tinham aquele orgulho que é tão ordinario nos Cavalheiros Espanhóis: a disciplina entre nós é mais severa, a moral menos relaxada, e o direito de nascimento e a falta de corpos reais o privilegiados facia com que tivéssemos melhores oficiais». RODRÍGUEZ, N. B., «De soldado português...», cit., p. 148.

Poco después de la firma del tratado de Basilea, la situación en Europa volvió a cambiar. El nuevo conflicto declarado entre Francia e Inglaterra en 1796 originó otro juego de coaliciones en el que ambas potencias apretaron a sus aliados respectivos (España y Portugal) para que se decantaran cada una de su lado. Así, en 1796 Carlos IV acabó firmando una alianza con el Directorio francés (tratado de San Ildefonso) que le llevó a la guerra contra Inglaterra. Por su parte y desde Londres, intentaron convencer a Portugal de que entrara abiertamente en la contienda a su favor; y si no lo lograron al menos consiguieron que los puertos portugueses pudieran ser utilizados como bases por sus navíos; lo que originó las protestas españolas toda vez que obligaba a la armada de Carlos IV a permanecer encerrada en los puertos en previsión de un ataque inesperado de los británicos. Pero, al mismo tiempo, los españoles presionaron a Lisboa admitiendo en los puertos españoles a los corsarios franceses que atacaban el tráfico marítimo portugués con la India y el Brasil²⁵².

Protestas españolas ante la corte de Lisboa que subieron de tono tras la aparatosa derrota que sufrieron los navíos de Carlos IV en el cabo San Vicente frente a los británicos²⁵³, tras la toma por los ingleses de la isla de Trinidad en el Caribe, y tras la pérdida de Menorca, acusando a Portugal de que por estas facilidades ofrecidas a la armada inglesa, la monarquía

Del general que mandaba a las tropas luso-españolas, el conde de la Unión, dice Cunha Mattos que constituía un caso emblemático de las promociones militares sin criterio de formación ni mérito, puesto que, afirma, su nombramiento se debió a «poderosas intrigas y protecções», desconsiderando a otros oficiales más antiguos y preparados, y originando la insubordinación de los oficiales y la indisciplina de las tropas. *Id.*, p. 149. Ello lo contrasta con el general portugués Francisco Xavier de Noronha, «inseparable companheiro de nossos soldados». Como señala Neuma Brilhante Rodríguez, estas apreciaciones surgen de su idea (luego multiplicada cuando llegó a ser, andando el tiempo, mariscal del ejército brasileño hacia 1830, que es cuando escribe las memorias) de que la formación, el voluntarismo, el valor y el tesón eran en su opinión las principales cualidades de un militar; antes que la cuna y el prestigio del linaje aristocrático, contra los que él y otros de su generación se habían enfrentado. Cuna, prestigio y «protecciones» que instala como columna vertebral de los ascensos entre los oficiales españoles, de ahí sus falencias como buenos militares. Lo que le impide criticar que también en el seno de la Divisão Auxiliadora portuguesa en el Rosellón bulleron este tipo de problemas, en especial los suscitados entre Forbes Skalater y Gomes Freire, el alto número de desertiones existentes entre estas tropas, y la conducta reprobable de algunos oficiales. *Id.*, p. 150. Lo que no impide considerar al testimonio de Cunha Mattos como una estupenda fotografía personal de lo que fue la guerra contra la Convención para las tropas portuguesas.

²⁵² PEREIRA, J. R., *Campanhas navais...* cit., pp. 52, 77 y ss. Los ataques franceses, especialmente de sus fragatas armadas en corso, se multiplicaron entre 1796 y 1083 contra los buques portugueses, en una guerra no declarada pero de gran intensidad. A su vez en Lisboa armaron otras varias embarcaciones también en corso. *Id.*, p. 86.

²⁵³ Protestas elevadas ante Portugal debido a que, tras la batalla, la flota británica se refugió en la bahía de Lagos llevando consigo cuatro navíos españoles apresados en el combate, sin que lo impidieran las autoridades portuguesas y sin que conminaran a las británicas a devolver las presas. Además, la actuación de la fragata portuguesa Tritão, ayudando a los británicos – aunque sin entrar directamente en acción – originó otra queja airada de Madrid ante el gobierno de Lisboa. MERINO NAVARRO, J. P., «La armada en el S. XVIII...» cit., p. 140.

española estaba siendo muy castigada. De cualquier modo, Carlos IV, cuya hija la infanta Carlota Joaquina había sido casada con el príncipe João de Portugal, ahora regente, se negaba a romper la paz con el reino vecino²⁵⁴, ni a autorizar una invasión de Portugal como le reclamaba el Directorio. Inclusive durante 1798 y 1799, tanto él como sus ministros mantuvieron un profuso intercambio de correspondencia con Lisboa a fin de que Portugal se aliara con Francia, lo que no consiguieron²⁵⁵, sometido como estaba el gobierno lusitano a fuertes presiones británicas y amenazado con la invasión de Madeira y del Brasil por los ingleses²⁵⁶. La pugna existente en el gobierno de Portugal entre dos «partidos», uno pro-francés (encabezado por Araújo de Azevedo) y otro pro-británico (con Rodrigo de Souza Coutinho al frente) muestra la difícil coyuntura por la que atravesaron los dos reinos peninsulares en estos años, aunque, como señala acertadamente Penner da Cunha, los dos partidos portugueses eran similares en cuanto a su posición antirevolucionara, distinguiéndose en el *modus operandi* respecto de la crisis y muy poco o nada en lo ideológico²⁵⁷. La guerra parecía inevitable, y solo procuraban (todos, gobierno español incluido) retrasarla lo más posible.

Para complicar más aún las cosas, y bajo presión de Inglaterra, la armada portuguesa (al mando del marqués de Niza) colaboró desde 1798 con la británica en acciones ofensivas, teóricamente actuando contra el corso francés, pero en la práctica navegando a la órdenes de Nelson: en el bloqueo de Cádiz, en el de Alejandría, en el de Génova, y comandando directamente el de Malta, participando en el ataque a Livorno, en la expedición a Trípoli y en la reconquista de Nápoles, regresando a Lisboa en 1800. El Directorio francés protestó firmemente por estas acciones de guerra, acusando a Lisboa de duplicidad, puesto que colaboraba militarmente con Inglaterra contra sus intereses y a la vez pretendía firmar una paz con la República. Al parecer Napoleón tomo buena cuenta de esta colaboración, anotando que «tiempo vendrá en que la nación portuguesa pagará con sangre el ultraje que está haciendo a la República francesa»²⁵⁸.

Por fin, sometido a nuevas presiones, por el convenio de Aranjuez de 1801 – establecido entre el embajador de Napoleón (su hermano Luciano Bonaparte) y el ministro Manuel Godoy²⁵⁹ – el monarca español se comprometió a atacar Portugal a fin de obligarle a renunciar a su alianza con Inglaterra y a firmar un acuerdo con Francia, toda vez que, de nuevo, Lisboa

²⁵⁴ Resulta muy interesante, en este tema de las relaciones con Portugal, analizar la documentación del ministro español José Nicolás de Azara ante el gobierno de París. Ver CORONA BARATECH, C., *José Nicolás de Azara*, Zaragoza, 1948.

²⁵⁵ CORONA BARATECH, C., «Notas para el reinado de Carlos IV. La fracasada mediación de España para la paz de Portugal con Francia en 1798-1799», en *Universidad. Revista de Cultura de la Universidad de Zaragoza*, N.3, 1946, pág 361 y ss.

²⁵⁶ PEDREIRA, J. y DORES COSTA, F., *D. João VI*, Lisboa, 2006.

²⁵⁷ CUNHA, P. P. da, *Sob fogo. Portugal e Espanha...* cit., p. 139, nota 6.

²⁵⁸ PEREIRA, J. R., *Campanhas navais...* cit., p. 62.

²⁵⁹ LA PARRA, E., *Manuel Godoy: la aventura del poder*, Barcelona, 2002.

había rechazado el pacto ofrecido por Godoy en 1800 para que Portugal cerrara sus puertos a Inglaterra y abriera los del Brasil a Francia. Además, el problema de la inoperancia de las armadas española y francesa mientras los británicos conservaban la suya a salvo en los puertos portugueses, seguía lastrando las relaciones entre Francia y España, y a la par con Portugal, porque esta situación impedía a Napoleón llevar a cabo la gran campaña prevista en el Mediterráneo para expulsar a los británicos. Las relaciones con Portugal se calentaron aún más cuando los ingleses atacaron Coruña y Ferrol en 1800, con el apoyo de buques e infantería con base en Portugal²⁶⁰, a los que siguieron nuevas ofensivas contra Santa Cruz de Tenerife y Cádiz, mientras la escuadra española seguía bloqueada en Brest y en Andalucía por los navíos británicos²⁶¹. Esto originaba la ruptura de comunicaciones con las colonias americanas, y el hundimiento – aún más – de la real hacienda española en cuanto que no llegaban a la península las urgentísimas remesas de metal procedentes de América.

Solo entonces Carlos IV decidió pasar a la ofensiva²⁶². Napoleón suministraría a las tropas españolas 20.000 soldados del Cuerpo de Observación de la Gironda, al mando del general Leclerc, estableciendo su cuartel en Ciudad Rodrigo, mientras las tropas españolas – que alcanzaban los 60.000 efectivos – se situaban en Galicia, Andalucía y Extremadura, quedando todas bajo el mando de Manuel Godoy. Portugal, que no podía recibir casi ninguna ayuda de Inglaterra en ese momento²⁶³, alistó su ejército, fundamental-

²⁶⁰ GOMEZ DE ARTECHE, J., *Reinado de Carlos IV...* cit., Vol. II, p. 236 y ss.

²⁶¹ La armada española, aún grande y poderosa, era vital para Napoleón, no solo para desbloquear a su ejército atrapado en Egipto, sino para expulsar a los británicos del Mediterráneo. Para ello debía eliminar las bases de sus buques en Portugal. Eran las instrucciones que recibía el embajador español en París José Nicolás de Azara para que las trasladara a Madrid. CORONA BARATECH, C., *José Nicolás de Azara*, Zaragoza, 1948, pp. 56 y ss.

²⁶² Aunque no desaparecieron los recelos de Carlos IV respecto de esta campaña. Influido quizás por las cartas que su hija Carlota Joaquina le enviaba insistentemente, clamándole porque no iniciara la guerra ni destruyera a Portugal, el monarca español pretendía realizar tan solo una serie de operaciones militares convencionales que obligaran al regente portugués Don João a la firma del tratado de alianza con Francia, rompiendo el acuerdo con Inglaterra. Napoleón en cambio ambicionaba dismantelar la monarquía portuguesa. SECO SERRANO, C., «La política exterior de Carlos IV...», cit., pp. 620 y ss. Es interesante señalar que el embajador portugués en Madrid, Carvalho, comunicó a Lisboa que estos recelos de Carlos IV hacia la presencia de tropas francesas en la inevitable invasión de Portugal, llevaron a confesar al monarca español que prefería hacer la campaña solo con tropas españolas, sin ayuda francesa, porque no sabía que podía suceder después, y que no deseaba una humillación de Portugal. Id, p. 672. Según algunos autores, existía una suerte de «solidaridad monárquica» en Carlos IV hacia la corona portuguesa, especialmente tras lo ocurrido con sus parientes franceses, estando como se hallaba ahora aliado con sus verdugos. Id., p. 621. Sobre las relaciones de Carlos IV y su hija Carlota Joaquina, AZEVEDO, F. L. N. de, *Carlota Joaquina na Corte do Brasil*, Río de Janeiro, 2003.

²⁶³ Y que incluso retiró las tropas que tenía en Portugal por ser necesarias para su propia defensa, según anunció el embajador británico en Lisboa, John Hookham Frere, causando una profunda indignación en el regente Don João y su gobierno. Buena parte de la correspondencia de los ministros portugueses y sus reacciones frente a británicos y franceses se halla recogida en FUGIER, A., *La Revolution Française et l'Empire Napoléonien*, Vol. IV de Renouvin, P. (dir.), *Histoire des relations internationales*, París, 1954.

mente compuesto por milicias con escasa experiencia en combate, hasta lograr reunir unos 40.000 soldados que puso al mando del duque de Lafões y del general prusiano conde de Goltz, que era quien los había adiestrado²⁶⁴. Buena parte de ellos – en especial sus oficiales – eran veteranos de la guerra del Rosellón, como Gomes Freire de Andrade, el marqués de Alorna o Díaz de Azevedo²⁶⁵. El 20 de mayo de 1801 comenzaron las hostilidades: por Galicia invadió con sus tropas el general marqués de San Simón, por Ayamonte el brigadier José Iturrigaray, y por Extremadura el grueso del ejército al mando del generalísimo Godoy y del general Francisco Ramón de Eguía, ocupando los españoles Olivença y Juromenha. Tras la batalla de Arronches, cayeron en poder de los atacantes Ouguela, Barbacena, Portalegre y Castelo de Vide. Campo Mayor fue tomada al asalto tras 18 días de asedio, mientras Lafões se hacía fuerte en Abrantes²⁶⁶. En cambio Évora pudo resistir hasta el final de la guerra. Cuando el 6 de junio los españoles se disponían a cruzar el Tajo se firmó el armisticio y tratado de paz de Badajoz entre Godoy y el ministro Luís Pinto de Sousa, por el cual Portugal entregaba a España la plaza de Olivença, cerraba sus puertos a Inglaterra y cedía una parte de Guayana a Francia²⁶⁷. Fue la llamada «guerra de las naranjas», debido al canasto de frutas que Godoy ordenó enviar a la reina María Luisa desde Elvas a Madrid.

²⁶⁴ Portugal había adoptado instructores prusianos para la organización y régimen de su ejército, contratando al conde de Lippe (1762-1777) desde los tiempos de Pombal, lo que acarrió no pocos problemas con la tropa debido a un excesivo reglamentismo y a la extrema disciplina en su trato. Algunos consideraron que la rigidez del modelo prusiano era incompatible con el espíritu portugués. Al respecto, COSTA, F. J. D., *Insubmissão, aversão e incomformidade sociais perante os constrangimentos do estilo militar em Portugal no século XVIII*, tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Nova de Lisboa, citada por RODRÍGUEZ, N. B., «De soldado português...» cit., p. 141. En cambio parece que la adopción de estas medidas creó un grupo de oficiales bien formados, con un marcado espíritu de corps, al servicio del reino y desvinculado de la nobleza tradicional, dado que los malos resultados de la Guerra de Sucesión en España había desprestigiado en grado sumo al estamento nobiliario como mandos naturales de los ejércitos portugueses. Tal cual se observa en las memorias ya citadas de Cunha Mattos, este oficial se refiere a sí mismo como un hombre de academia, procedente de una familia de militares nacidos todos en contacto con la guerra frente a los españoles, puesto que la totalidad de sus miembros eran naturales de plazas fuertes de la frontera, y allí actuaron como oficiales de artillería o infantería: Estremoz, Portalegre, Borba, Alegrete, Olivença, Arronches, «e entendo que nenhum pretendia qualificar-se como ramo de alguma grande família de Portugal». Id., p. 140.

²⁶⁵ Se movilizaron también cuatro regimientos de exiliados franceses, denominados Dillon, Castries, Montemart y Loyal Emigrant. Una interesante perspectiva de la guerra, sus preparativos, composición del ejército portugués y operaciones de combate, la ofrece Manuel Godoy en sus *Memorias*, Madrid, 2008.

²⁶⁶ Una descripción detallada de todas las operaciones del ejército portugués en AMARAL, M., *Olivença 1801. Portugal em guerra do Guadiana ao Paraguai*, Lisboa, 2004.

²⁶⁷ Mientras un delegado del regente portugués, Araújo de Azevedo, se entrevistaba en Lorient con los emisarios de Napoleón, que exigieron a Portugal tales condiciones para la firma de la paz que Araújo no pudo aceptar. Seco SERRANO, C., «La política exterior de Carlos IV...» cit., p. 629. De todas formas quedó fijado un tratado de subsidios, mediante el cual Portugal debía entregar a Francia una sustanciosa cantidad anual cuya recaudación acarrió no pocas dificultades al gobierno de Lisboa.

El tratado de Badajoz fue rechazado por Napoleón en la medida que no cumplía sus expectativas con respecto a Portugal, y aunque las tropas de Leclerc abandonaron España – con gran alivio de Carlos IV y aún de Godoy –, era cosa sabida que regresarían pronto, porque la cuestión de Portugal seguía en el aire y porque la paz firmada en Amiens en 1802 era sumamente débil. La guerra volvió enseguida a la península cuando en 1804 la armada británica hundió y apresó una escuadra de cuatro fragatas españolas que regresaban de Montevideo frente a las costas de Faro, sin mediar declaración de guerra²⁶⁸ y sin considerar que, desde 1803, se estaba tratando de lograr una alianza entre Londres y Madrid. Portugal por su parte consiguió mantener en 1804 su neutralidad, si acaso sobre el papel, a cambio de pagar a Inglaterra una indemnización de seis millones de cruzados²⁶⁹. Pero el conflicto se había extendido por toda Europa, motivando un nuevo convenio entre Carlos IV y Napoleón en el que éste volvió a colocar sobre el tapete del juego de alianzas otro proyecto para invadir Portugal. De estas conversaciones surgieron los acuerdos de Fontainebleau, donde decidieron el reparto del reino lusitano si Lisboa no cerraba sus puertos a los británicos, si no se adhería al bloqueo continental declarado por Francia, y si no declaraba la guerra a los británicos; un ultimátum que fue entregado en Lisboa julio de 1807²⁷⁰. En un cúmulo de indecisiones, la corte portuguesa intentó lograr un acuerdo in extremis con los franceses firmando el acuerdo del bloqueo, pero procurando evitar a la vez que los buques ingleses, situados en la barra del puerto, bombardearan la capital. Napoleón ordenó entonces que las tropas franco-españolas invadieran Portugal – una vez más – a fines de 1807, lo que provocó la puesta en marcha del plan de retirada de la corte portuguesa al Brasil, bajo el amparo de la armada inglesa al mando del almirante Sidney Smith²⁷¹, un plan elaborado desde décadas atrás. El ejército franco-español dispuesto para la invasión, y estacionado a lo largo de la frontera, era muy numeroso, conformado por la división del general Juan Caraffa (con más de 10.000 efectivos) que entró en Portugal en noviembre desde Alcántara hacia Abrantes junto con las tropas de Junot; por la división del teniente general Francisco María Solano, marqués del Socorro, que ingresó a Portugal por Andalucía (otros 10.000 soldados); y por el cuerpo de ejército del brigadier Francisco Taranco, que lo hizo por el norte, hacia Porto (cerca de 7.000). No hubo combates esta vez porque el regente Don João apremió a sus tropas para que no presentaran oposición.

²⁶⁸ MERINO NAVARRO, J. P., «La Armada en el S. XVIII» cit., p. 148. Una fragata fue hundida con toda su tripulación al estallar la santa bárbara (La Mercedes, famosa por haber sido rescatados en estos meses del fondo del mar los metales que llevaba procedentes del Perú), y las otras tres fueron capturadas y llevadas a Inglaterra, portando una enorme cantidad de caudales.

²⁶⁹ PEREIRA, J. R., *Campanhas navais...* cit., p. 90.

²⁷⁰ MACEDO, J. B. de, *O Bloqueio Continental. Economia e Guerra Peninsular*, Lisboa, 1962.

²⁷¹ LIGHT, K. (comp.), *A transf rencia da capital e corte pra o Brasil. 1807-1808*, Lisboa, 2007; MANCHESTER, A. K., «The Transfer of the Court to Brazil», en KEITH, H. H. y EDWARD, S. F. (eds.), *Conflict and Continuity in Brazilian Society*, Columbia, 1969.

Lo que resultó imprevisible en ese momento fue el final que tendría esta última invasión española: al conocer los soldados borbónicos en mayo de 1808 los levantamientos sucedidos contra los franceses en buena parte de sus ciudades de origen, decidieron (con mayor o menor aquiescencia de sus oficiales) abandonar Portugal por sus propios medios y volverse a sus casas. Fue lo que ocurrió en Porto con las tropas del general Ballesta, no sin antes dejar apoyada a una Junta en esa ciudad tras desarmar a la guarnición francesa; y en el Algarve y Extremadura, donde las propias tropas invasoras españolas ayudaron en la liberación de las ciudades frente a los franceses, en Elvas, Juromenha, Campo Mayor, Borba, Vila Viçosa, Estremoz, Évora, Vila Real de Santo António...²⁷² En Lisboa los acontecimientos fueron diferentes: alertado Junot de lo sucedido en otras ciudades, las tropas españolas allí acantonadas fueron convocadas en el Terreiro do Paço y desarmadas, apresadas y embarcadas en varios navíos del puerto donde quedaron cautivos hasta el convenio de Sintra, tras la batalla de Vimeiro, cuando pudieron volver a España²⁷³.

Era el último acto de más de siglo y medio de enfrentamientos. Pero el estigma de la guerra permaneció durante décadas en la frontera. No era necesario ser un gran observador para, durante estos años, percibir que los vecinos fronterizos, habitantes de localidades que durante décadas habían sido campo de batalla en los hostigamientos recíprocos (Badajoz, Alburquerque, Valencia de Alcántara, Olivença, Almeida, Chavez, Ouguela, Bragança, Évora, Miranda do Douro, Ciudad Rodrigo, Montalvão, Castelo Rodrigo, Portalegre, Arronches, Elvas, Monterrey en Galicia...) responsabilizaban al «otro» de los daños, las muertes y las ruinas producidas²⁷⁴. Producidas, además, sin su intervención directa en aquellas guerras. Al fin y al cabo eran ejércitos forasteros los que venían, combatían, causaban todo tipo de perjuicios, asolaban campos y cosechas, saqueaban y bombardeaban pueblos y ciudades, y luego se marchaban finalmente cuando la paz se establecía entre las capitales del reino, también sin mayor participación por su parte. Pero ellos quedaban, seguían allí; eran los habitantes de «la raya». Y la guerra les alcanzaría de nuevo, esta vez como hipotéticos aliados, a partir de mayo de 1808 y hasta 1813²⁷⁵.

²⁷² ARAÚJO, A. C. B. de, «Política e diplomacia na era das revoluções...» cit., p. 35.

²⁷³ Mucha información al respecto en COELHO, J. M. L., *História Militar e Política de Portugal desde os fins do século XVIII até 1814*, Lisboa, 1874-1891; y en CHABY, C. B. P. de, *Exortos históricos e collecção de documentos relativos à guerra denominada da Península...* cit.

²⁷⁴ GARCÍA MERCADAL, J. (rec.), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. S. XVIII, Madrid, 1962.

²⁷⁵ CUNHA, P. P. da, *Sob fogo. Portugal e Espanha entre 1800 e 1820...* cit.; VALIENTE, V. P., *Ir prò Maneta. A revolta contra os franceses. 1808*, Lisboa, 2007.

Las unidades de origen portugués en el ejército de la monarquía española

Hasta aquí, la historia de unas relaciones difíciles. Pero éstas no impidieron que los contactos y las mútuas presencias entre súbditos e instituciones de las dos coronas no fueran continuos e intensos. A pesar de tantos conflictos, de tantas guerras como enfrentaron a ambas Coronas, la presencia de militares portugueses en el ejército de la monarquía española no fue ni extraña ni rechazada: pasemos a analizarla, porque aporta una nueva mirada al estudio de estas relaciones.

Más que conocido es el hecho de que durante la llamada «Unión de Armas» o «Jornada dos Vasalhos» – con motivo de la campaña organizada en 1625 por Felipe III para la reconquista de Salvador de Bahía, ocupada por los Holandeses un año antes – ambos ejércitos lucharon juntos, aunque sus resultados no conformaron a ninguno de los dos²⁷⁶. Sin embargo, menos estudiada es la petición que, tras la sublevación de Cataluña, Olivares hizo a Lisboa para el envío de varios tercios portugueses a fin de apoyar en la campaña, y ponerlos al mando del marqués de los Velez, al que se le hizo venir desde Sicilia para tal cometido²⁷⁷; una petición que no fue atendida debido al inicio de la guerra por la Restauración de la monarquía portuguesa en 1640.

Pero sí fueron varios e importantes los militares portugueses que, habiendo hecho la guerra desde años atrás al lado de la monarquía española en Flandes e Italia, permanecieron fieles a la misma después de esa fecha. Dos de ellos fueron los más importantes generales de Felipe IV en la campaña de Cataluña. Así, Felipe da Silva fue el comandante del ejército de operaciones en Aragón y virrey de Cataluña, conquistando en 1664 Lérida a los franceses y manteniéndola férreamente a pesar de los varios intentos que hicieron por recuperarla²⁷⁸. El otro gran general portugués de Felipe IV fue Antonio de Brito²⁷⁹, que obtuvo la victoria más sonada y laureada de toda la guerra en aquel frente, venciendo al general príncipe de Condé en 1647, una especie de bestia negra para los españoles porque había derrotado a los tercios en Rocroi.

²⁷⁶ SCHWARTZ, S. B., *Da América portuguesa ao Brasil*, Lisboa, 2003, y GARAVAGLIA, J. C. y MARCHENA F., J., «América Latina, de los orígenes...» cit., Vol. I, p. 377 y ss. Ver también, BOXER, C., *O Império marítimo português*, São Paulo, 2002; y VALLADARES, R., «Las dos guerras de Pernambuco. La armada del conde da Torre y la crisis del Portugal Hispánico (1639-1641)» en SANTOS PÉREZ, J. M. y CABRAL DE SOUZA, G. F. (coord.), *El desafío holandés al dominio ibérico en Brasil en el S.XVII*, Salamanca, 2006.

²⁷⁷ STRADLING, R. A., *Felipe IV y el gobierno de España...* cit., p. 264.

²⁷⁸ Además, el fue el que permitió que Felipe IV pudiera presentarse ante los catalanes como «pacificador» y no como el exterminador con que era propagandeado. Ver al respecto REULA BIESCAS, J., «Guerra y propaganda en la Cataluña de 1635-1659», en *Historia y Comunicación social*, N.1, 1996, p. 88. Sobre Felipe da Silva y sus campañas ver su memorial familiar en SALAZAR Y CASTRO, L. de, *Historia genealógica de la Casa de Silva*, Madrid, 1684, p. 545.

²⁷⁹ Id., p. 317.

Otros técnicos militares portugueses también formaron parte del ejército de Felipe IV, entre ellos el famoso ingeniero y cartógrafo Pedro Texeira, autor del primer gran plano de Madrid²⁸⁰. A estos oficiales deben sumarse los varios y muy importantes nobles portugueses pasados al bando de la monarquía española entre 1640 y 1660, bien por despecho hacia otros miembros de la aristocracia lusitana o bien por sentirse agraviados con el rey de Portugal, figurando entre ellos algunos de los más importantes miembros de la nobleza portuguesa, como el duque de Aveiro, el marqués de Castelo Rodrigo, Fernando Teles de Faro, el duque de Caminha o los duques de Alburquerque, que ostentaron grados militares²⁸¹ y que acabaron tejiendo, mediante continuas alianzas matrimoniales, tupidas redes de poder entre las grandes casas nobiliarias españolas y portuguesas (los Bragança, Moura, Medina Sidonia, Oropesa, Aveiro, Arcos, Alba, Caminha, Portocarrero...) Todos influyeron notablemente en la monarquía española de la segunda mitad del S. XVII por su gran poder económico y social, detentando buena parte de los principales cargos del ejército y la marina²⁸².

²⁸⁰ Pedro Texeira nació en Lisboa en 1595, hijo del Cosmógrafo Mayor de Portugal. En 1619 llegó a Madrid trabajando para Juan Bautista Lavanha, Cartógrafo Mayor de la Corona y creador de la Academia de Matemáticas de El Escorial. Trabajó en el levantamiento de los planos de diversas fortificaciones por Europa, y en 1622 se le encargó elaborar el que llegaría a ser conocido como *Atlas del Rey Planeta*, creado para el rey Felipe IV. Durante cuatro años recorrió gran parte del reino hasta realizar «*La descripción de España y de las costas y puertos de sus reinos*». En 1634 continuó como oficial de artillería diversos trabajos cartográficos por Aragón, Cataluña, el País Vasco y Navarra. Tras iniciarse la guerra de la restauración portuguesa, quedó al servicio del rey español, participando en varias campañas en Cataluña. Luego se dedicó a su último gran trabajo, la *Topographia de la Villa de Madrid*, conocido como Plano de Texeira, un grabado donde aparece, edificio por edificio, calle por calle, la capital del reino. Fue terminado en 1651 e impreso en 1656. Pedro Texeira murió en Madrid en 1662. Ver PEREDA F. y MARÍAS, F., *El Atlas del Rey Planeta de Pedro Texeira*, Madrid, 2003.

²⁸¹ BARRETO XAVIER, A. y CARDIM, P., *Afonso VI...* cit., pp. 107 y 108. Muchos habían estado en Flandes.

²⁸² Sobre este tema de la nobleza portuguesa en la corte, el ejército y la administración española del S. XVII, ver BOUZA ALVAREZ, F., «Entre dois reinos uma pátria rebelde. Fidalgos portugueses na monarquia hispânica depois de 1640», en EARLE, T. F. y GRIFFIN, N. (eds.), *Portuguese, Brazilian and African Studies*, Warminster, 1995; VALLADARES, R., «De ignorancia y lealtad. Portugueses en Madrid, 1640-1670», en *Torre de los Lujanes*, N.37, 1998; WINDLER, Ch., *Elites locales, señores, reformistas. Redes clientelares y monarquía hacia finales del Antiguo régimen*, Córdoba y Sevilla, 1997; y los ya citados de BERNARDO ARES, «El Iberismo como alternativa...» cit., p. 20, y CARDIM, P., «Los portugueses frente a la Monarquía Hispánica». Una presencia que ya venía de antiguo: CARDIM, P., «De la nación a la lealtad al rey. Lourenzo de Mendonça y el estatuto de los portugueses en la monarquía española de la década de 1630», en *Portugal, España y América*, Madrid, 2010. Para el siglo XVIII, MONTEIRO, N. G. F., *O crepúsculo dos Grandes. A casa e o património da aristocracia em Portugal. 1750-1832*, Lisboa, 1998. Incluso durante la Guerra de Sucesión llegó a existir un «partido español» entre la nobleza portuguesa que consideró seriamente la posibilidad de que Don Pedro II de Portugal pretendiera el trono español como «un rey unificador». CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española», en GARCIA, F. (ed.), *Almansa, encrucijada de Europa. La Guerra de Sucesión y el III Centenario de la Batalla de Almansa*, Madrid, 2010. pag. 207.

También, casi al final de la guerra por la Restauración portuguesa, en 1657 llegó a existir entre las tropas españolas un «Tercio de Portugueses», alistado en Extremadura y financiado por los lusitanos que residían en Castilla (fundamentalmente mercaderes y tratantes), aunque del mismo sólo quedó el nombre en poco tiempo cuando, dado el alto número de desertiones y fugas al campo «enemigo», y dada también la inminencia del fin de la guerra, se optó por dejarlo compuesto solo por españoles, aunque se obligó a que siguieran pagándolo los comerciantes lusitanos²⁸³.

Tampoco era una novedad. Desde antiguo (al menos desde 1580) existieron unidades portuguesas en el ejército de la monarquía española, y combatieron por toda Europa. Realizaban la recluta en Portugal y conservaban sus nombres: por ejemplo, el Tercio de Lisboa²⁸⁴, llamado cuando se creó en 1579 «Tercio Departamental de Portugal» o «Tercio de Niño»²⁸⁵, de los más veteranos y prestigiosos, que aparecía en las revistas y estados del ejército real como uno de los pocos «Tercios Antiguos de Infantería Española»; y el Tercio de Portugal, creado en 1657, en plena guerra por la Restauración, que era el ya mencionado «Tercio de Portugueses»²⁸⁶.

Pero cuando a principios del S. XVIII Felipe V tuvo que reorganizar sus tropas para enfrentarse al avance del archiduque Carlos desde Lisboa, acudiendo para ello al consejo de los técnicos franceses enviados por su abuelo Luis XIV, cambió por entero la organización de su ejército. Por la nueva Ordenanza General de 1703²⁸⁷, los tercios fueron reestructurados en regimientos de infantería²⁸⁸, y los que estaban compuestos (al menos teóricamente) por extranjeros, o de tradición extranjera (como los portugueses), fueron también homologados con los españoles, «queriendo hacer uniforme el ejercicio militar de estas naciones para cortar el desorden y las diferencias que hasta ahora han ocurrido entre ellas»²⁸⁹.

²⁸³ VALLADARES, R., «De ignorancia y lealtad. Portugueses en Madrid...» cit., p. 95.

²⁸⁴ El Tercio era la unidad básica del ejército de los Austrias españoles, un invento originado en las campañas de Italia por Fernández de Córdoba y regulado por primera vez en 1534. Según las ordenanzas de 1632 que los ajustaron definitivamente, estaban formados por doce compañías o banderas, cada una con 250 soldados y oficiales. Lo mandaba un maestre de campo. Ver PARKER, Geoffrey, *El Ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*, Barcelona, 1976; QUATREFAGES, René, «Le système militaire des Habsbourg», en HERMANN, Christian (coord.), *Le premier âge de l'État en Espagne. 1450-1700*, París, 1989.

²⁸⁵ Por ser su organizador Gabriel Niño de Zúñiga.

²⁸⁶ GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones*, Vol. I y II, Madrid, 1989, p. 22.

²⁸⁷ PORTUGUÉS, J. A., *Colección general de las ordenanzas militares, sus innovaciones y aditamentos*, Madrid, 1764-1769.

²⁸⁸ Cada regimiento estaba conformado por 12 compañías con un total de 600 soldados, al mando de un coronel. Se hallaban dotados de fusil con bayoneta en vez de picas y arcabuces, substituyendo los uniformes «de golilla» por casacas y pantalones, y los grandes sombreros de plumas por tricornos. Además se crearon los cuerpos de Dragones (infantería que se desplazaba a caballo), todo según el modelo francés. CORVISIER, A., *L'Armée française de la fin du XVII^e siècle, au ministère de Choiseul: le soldat*, París, 1964 y 1969.

²⁸⁹ GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones...* cit., p. 25.

Así, permanecieron alistados 56 regimientos de infantería española, 7 de infantería walona (o de la Guardia del rey), 6 de irlandeses y 2 de italianos. En 1707, por una nueva ordenanza, se cambiaron sus nombres: «He resuelto que todos (los regimientos) que en esta mi Real Ordenanza van expresados por los nombres de los coroneles... se nombren en adelante y perpetuamente en la conformidad que se sigue...»²⁹⁰, figurando a continuación los nombres nuevos. Es entonces cuando hallamos los cuatro regimientos con nombres portugueses entre los regimientos «españoles»: los de infantería de Lisboa y Portugal, y los de caballería de Algarve y Lusitania; aunque para entonces el número de portugueses en los mismos fuera mínimo o incluso inexistente. Se trataba de conservar sus nombres por tradición en el seno del ejército borbónico.

El regimiento llamado «de Lisboa» por la nueva ordenanza, procedía del viejo Tercio de Lisboa de 1579, distinguido en 1580 en la conquista de Olivença, Vila Viçosa, Setúbal y Lisboa. Se hallaba de guarnición en esta ciudad en 1593²⁹¹, en el castillo de San Jorge. En la guerra por la restauración de la monarquía portuguesa, estuvo en 1657 en la toma de Borba, Juru-menha, Beira y Crato, y en 1662 en la de Ouguela. Se halló en el sitio y ocupación de Évora y batalla de Estremoz (Ameixial) de 1663, donde resultó batido²⁹². A principios del S. XVIII fue destinado a Italia en 1701, al mando del maestre de Campo Diego de la Concha, llamándose por entonces Tercio de Lisboa N.º 4. En 1707 su coronel era Diego de los Santos Amaya, combatiendo en Valencia y Cataluña durante la guerra de Sucesión, quedando luego de guarnición en Sicilia²⁹³. En la Ordenanza de 1707 se le asignó la antigüedad de 1579 (uno de los cinco más antiguos de todo el ejército)²⁹⁴. En 1713 llegó evacuado de Italia, y quedó acantonado en Cataluña²⁹⁵, refundiéndose en 1715, tras el fin de la guerra, con el segundo batallón del regimiento de Vitoria, siendo su coronel el conde de Taboada²⁹⁶. En 1721 se reguló su uniforme: casaca y calzón blancos con chupa y vueltas encarnadas²⁹⁷.

En 1732 se halló en la defensa de Ceuta, y en 1735, al crearse el regimiento de la Reina y entresacarse para formarlo las mejores tropas de varias unidades, una compañía del de Lisboa fue elegida para unirse al mismo.

²⁹⁰ Id., pp. 29 y 36.

²⁹¹ Ver, «Colección de cien estampas que demuestra todas las nuevas divisas del Ejército de España según el último reglamento de este año. Madrid, 1805» (Colección particular.) Publicado como *Uniformes militares en la España de principios del S. XIX*, Madrid, 1987, s/p. Ver la ficha del regimiento.

²⁹² SOTTO, José, conde de Clonard, *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería españolas, desde la creación del ejército permanente hasta el día*, Madrid, 1854.

²⁹³ «Colección de cien estampas...» cit., s/p.

²⁹⁴ SAMANIEGO, J. A., *Disertación sobre la antigüedad de los regimientos de Intanteria, Cabllleria y Dragones de España*, Madrid, 1738, pp. 316 y 332.

²⁹⁵ GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones...* cit., p. 35.

²⁹⁶ Id., pp. 41 y 43.

²⁹⁷ Id., p. 56.



Participó luego en la campaña de Italia, estando presente en la mayor parte de los combates, y a su regreso a España en 1737 ya poseía dos batallones, al mando del conde de Zaldueña²⁹⁸. Luego, en 1742, fue enviado como socorro a la plaza de Cartagena de Indias, donde formó parte del contingente de tropas que soportó con éxito el ataque británico del almirante Vernon, aunque en 1745 protagonizó un sonoro alzamiento contra las autoridades locales por el impago de sus sueldos atrasados, llegando a bajar los cañones de las murallas y apuntarlos contra el palacio del virrey de Nueva Granada, Sebastián de Eslava, siendo perdonado este delito por el monarca español ante la imposibilidad de infligirles algún castigo²⁹⁹. En 1753 estaba de guarnición en Pamplona, con dos batallones de 450 plazas³⁰⁰. De 1757 es el grabado que se conserva en la Brown University Library sobre su uniforme y sus banderas, en las que aún figura un navío navegando el río Tajo³⁰¹, grabado que aparece más arriba. Por último, en 1791 se le cambió el nombre por el de regimiento de Zaragoza, pero manteniendo aún el navío en su escudo regimental³⁰².

²⁹⁸ ID., p. 47.

²⁹⁹ MARCHENA F., J., «Sin temor de Rey ni de Dios. Violencia, corrupción y crisis de autoridad en la Cartagena Colonial», en MARCHENA F., J. y KUETHE, A. J. (ed.), *Soldados del Rey. El Ejército Borbónico en América Colonial en vísperas de la Independencia*, Castellón, 2005.

³⁰⁰ Revistas a la unidad en AGS, Guerra Moderna, 2775.

³⁰¹ Estado Militar de España, 1757. Anne Brown Military Collection, Brown University Library, Providence, Rhode Island. Editado como *El ejército de Fernando VI*, coord. Aurelio Valdés Sánchez, Madrid, 1993, p. 90.

³⁰² «Colección de cien estampas...» cit., s/p.

Otra unidad de origen lusitano fue el regimiento de Portugal. Ya se mencionó que procedía del «Tercio de Portugueses». Durante la guerra de Sucesión, en la que intervino en las operaciones de la frontera de Extremadura y Castilla, se llamó regimiento de Toro (Zamora). En 1718 pasó a recuperar su nombre de regimiento de Portugal, estando al mando del coronel Pedro Vico³⁰³. En 1721 su uniforme regular estaba compuesto por casaca y calzón blancos con vueltas verdes³⁰⁴. En la década de 1730 participó en la campaña de Italia, regresando a España en 1737 al mando del coronel Miguel de Estrada³⁰⁵. En 1740 este regimiento fue extinguido por la reforma del ministro Ensenada³⁰⁶.

En cuanto a la caballería, fueron dos los regimientos existentes a lo largo del S. XVIII de nombre portugués. Uno fue el del Algarve, creado en 1695 con el nombre de Guardia del Teniente General de la Caballería de Flandes, al mando del maestre de campo Chacón y Orellana y conocido luego, en 1703, como regimiento de caballería de Estrella (conformado por tres escuadrones de cuatro compañías cada uno) al mando del conde del Peral, que en la batalla de Spira (Alemania) ganó el lema³⁰⁷, grabado en oro en sus guiones sobre damasco azul, «VIRTUS UNIUS DISIPAT HOSTES COLLECTOS»³⁰⁸.



³⁰³ GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones...* cit., p. 42.

³⁰⁴ *Id.*, p. 56.

³⁰⁵ *El ejército de Fernando VI...* cit., p. 85.

³⁰⁶ ANDUJAR CASTILLO, F., *El sonido del dinero, Monarquía, ejército y venalidad en la España del S. XVIII*, Madrid, 2004, p. 284.

³⁰⁷ SAMANIEGO, J. A., *Disertación sobre la antigüedad...* cit., p. 450.

³⁰⁸ «El valor de uno solo destruye a los enemigos reunidos».

Combatió durante la guerra de Sucesión en el levante español, hallándose en 1714 de operaciones por la región de Valencia³⁰⁹. Este regimiento fue el que en 1718 pasó a llamarse Regimiento del Algarve, con casaca blanca y divisa azul³¹⁰. Participó luego a la campaña de Italia. En 1750 estaba de guarnición en Fontiveros³¹¹, y en 1782 figuró entre los regimientos que participaron el bloqueo de Gibraltar. En 1793 se halló en la guerra contra la Convención francesa en el Rosellón, pasando la casaca a ser azul y su camisa y calzón de color amarillo. Fue disuelto tras la guerra contra Napoleón³¹².

El otro regimiento de caballería de nombre portugués fue el de Lusitania. En 1709 se creó un nuevo regimiento de Dragones, compuesto por 12 compañías de a 50 soldados. Participó durante la Guerra de Sucesión en la campaña de Portugal (toma de Montemayor). En 1714 se hallaba en Cataluña³¹³, y en 1718 pasó a llamarse Regimiento de Dragones de Lusitania, con casaca amarilla y divisa azul³¹⁴. Desde esa fecha y durante veinte años estuvo al mando de Jaime de Guzmán Dávalos, marqués de la Mina y conde de Pezuela de las Torres. Obtuvo muchas condecoraciones en las campañas de Italia, tanto por la batalla de Melazzo (1718) como por la Madonna del Olmo (1744), donde llegó a perder dos tercios de sus soldados en combate. En 1720 y 1732 estuvo en el norte de África, participando en las campañas de Ceuta y Orán, y en 1727 en el bloqueo a Gibraltar. En 1754 se hallaba de guarnición en Vich³¹⁵, pero la mayor parte de su recluta la hacía en Granada y Zaragoza. Sus banderas eran de damasco carmesí, llevando en el anverso las armas reales, rodeado de trofeos de guerra, y en el reverso un monte, en cuya cima dos alas sostienen un escudo redondo alusivo a San Miguel Arcángel arrojando a Lucifer a los infiernos, con la inscripción «QUIS UT DEUS» y el lema «LUSITANIA TESSERA OMNIS ARMATURA FORTIUM»³¹⁶. Todo el regimiento llevaba divisas y corbata negra como recuerdo de la batalla de Madonna del Olmo, habiéndole concedido el rey el privilegio de llevar tres calaveras con las tibias cruzadas en la bocamanga³¹⁷.

³⁰⁹ GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones...* cit., pp. 110-120.

³¹⁰ *El ejército de Fernando VI...* cit., p. 190.

³¹¹ Revista a la unidad en AGS, Guerra Moderna, 1122.

³¹² «Colección de cien estampas...» cit., s/p., ver ficha del regimiento. Las láminas que siguen están datadas y proceden de: Lámina de la izquierda, 1757, Anne Brown Military Collection, Brown University Library... cit., p. 190; Lámina de la Derecha: 1805, «Colección de cien estampas...» cit., s/p., ver ficha del regimiento.

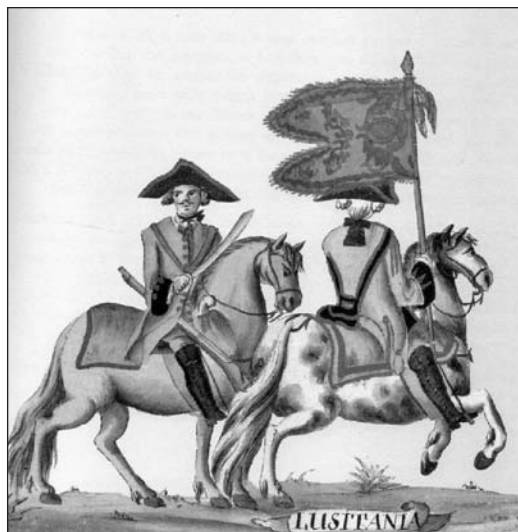
³¹³ GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones...* cit., p. 109.

³¹⁴ *El ejército de Fernando VI...* cit., p. 234; SAMANIEGO, J. A., *Disertación sobre la antigüedad...* cit., p. 508.

³¹⁵ Revista a la unidad en AGS, Guerra Moderna, 3867.

³¹⁶ «Lusitania puede más con su estandarte que con todas sus armaduras». Los guiones históricos de esta unidad se hallan en el Museo del Ejército, N° 30174.

³¹⁷ «Colección de cien estampas...» cit., s/p., ver ficha del regimiento. Las láminas que siguen están datadas y proceden de: Lámina de la izquierda, 1757, Anne Brown Military Collection, Brown University Library... cit., p. 234; Lámina de la Derecha: 1805, «Colección de cien estampas...» cit., s/p., ver ficha del regimiento.



En 1762 fue enviado a la frontera con Portugal, participando en la toma de Miranda, Braganza, Chaves, Castel Rodrigo, Salvaterra y Almeida. En 1776 fue uno de los regimientos embarcados en la expedición de Cevallos a Santa Catarina, Rio Grande do Sul y Colonia de Sacramento, y en 1793 participó en la guerra del Rosellón contra la Convención francesa³¹⁸.

Oficiales portugueses en el ejército de la monarquía española en América

Francisco Andujar Castillo³¹⁹ destaca que, comparativamente con franceses e italianos, los oficiales portugueses en el ejército español no eran muy numerosos, habida cuenta todo lo mencionado hasta ahora en este trabajo. En América, la situación fue similar: del total de extranjeros en el ejército colonial (588 oficiales³²⁰) los italianos figuran con el porcentaje más elevado (35,1%), seguido por franceses (26,1%), irlandeses (10,2%), portugueses (9,1%) y flamencos (5,8%)³²¹. Pero analizando la tabla que incluimos al final

³¹⁸ Este regimiento aún continúa activo como unidad del ejército español, con el nombre de Regimiento de Caballería Ligero Acorazado Lusitania. N.º.8, de guarnición en Valencia.

³¹⁹ ANDÚJAR CASTILLO, F., *Los militares en la España del S. XVIII, un estudio social*, Granada, 1991, p. 315.

³²⁰ Hojas de servicio que pueden ser consultadas en el banco de datos editado por la Fundación Mapfre Tavera, realizado por MARCHENA F., J. (coord.), CABALLERO GÓMEZ, G. y TORRES ARRIAZA, D., *El Ejército de América antes de la Independencia. Ejército regular y milicias americanas, 1750-1815. Hojas de servicios, uniformes y estudios histórico*, Madrid, 2005. De un total de 21.247 oficiales, los portugueses representan el 2,7%. Un estudio social del total de la oficialidad del ejército americano durante el siglo XVIII en MARCHENA F., J., *Ejército y Milicias en el mundo colonial americano*, Madrid, 1992.

³²¹ Dos estudios sobre oficiales extranjeros en el ejército colonial americano: MARCHENA F., J., «Los oficiales militares irlandeses en el Ejército de América. 1750-1815», en GARCÍA HERRANZ,

de este trabajo, y que contiene el resumen de las hojas de servicio de los 51 oficiales portugueses en el ejército colonial americano entre 1750 y 1815, puede deducirse que la presencia de portugueses en este ejército no fue, como en el caso de otras colectividades extranjeras en América, producto de que, previamente a su encuadramiento en los cuerpos militares, estuvieran ya radicados en el nuevo mundo, dedicados a actividades económicas o mercantiles; sino que fue el ejército veterano que pasó a América como refuerzo defensivo, llevando hasta allá a oficiales que servían en Europa, el origen de la presencia de estos militares portugueses en el ultramar español. Y ello a pesar de que, como han señalado numerosos autores, la portuguesa fue una colonia muy importante en los grandes centros de decisión del comercio americano en España y América. Pero ese no fue el origen de estos oficiales, porque analizando su ubicación a lo largo de los años estudiados, se observa

Oficiales Italianos por décadas:

1740-1749:	0	1780-1789:	12
1750-1759:	1	1790-1799:	17
1760-1769:	0	1800-1809:	18
1770-1779:	11	1810-1815:	2

que es en las décadas de 1770 a 1790 cuando el número crece, coincidiendo con el envío a América de los mayores contingentes de tropas procedentes de la península como refuerzo con motivos de las guerras: campaña de Santa Catarina y Colonia de Sacramento, refuerzo del Pacífico (Lima y Panamá), refuerzo de Veracruz en Nueva España, campaña en Luisiana y la Florida, defensa y refuerzo de las plazas fuertes antillanas (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo) y refuerzo de las guarniciones del Caribe continental en Venezuela y la Nueva Granada (especialmente Cartagena de Indias).

En concreto, el regimiento de Lisboa pasó al completo a La Habana en 1768, y el de Lusitania al Río de la Plata en 1776³²². Pero otros regimientos que tenían oficiales portugueses en sus plantas (como los de la Guardia Walona – Bruselas – y el de Hibernia, llamado también «de irlandeses») pasaron igualmente a América en los años 80³²³. Eso explicaría por qué, a partir de

E. y RECIO MORALES, O. (coords.), *Extranjeros en el ejército. Militares irlandeses en la sociedad española, 1580-1810*, Madrid, 2007; y MARCHENA F., J., «Italianos al servicio del rey de España en el Ejército de América. 1740-1815», en BIANCHI, P., MAFFI, D. y STUMPO, E. (eds.), *Italiani al servizio straniero in Età Moderna. Annali di Storia Militare Europea*, N.1, 2008.

³²² Con anterioridad también habían sido destacadas a América estas mismas unidades: medio regimiento del de Lisboa pasó en 1733 a Portobelo y Panamá, embarcado en el Ferrol; y otro medio fue enviado a Cartagena en 1740, como ya se indicó. Además, el regimiento de Portugal fue enviado desde Santander a La Habana. MARCHENA F., J., *Oficiales y soldados...* cit., pp. 117 y ss.

³²³ Id., p. 119.

entonces, es cuando hallamos el mayor número de oficiales portugueses en las unidades americanas; porque, como ya demostramos en otros trabajos³²⁴, buena parte de estos oficiales se quedaban voluntariamente en las unidades de dotación del ejército colonial (llamados normalmente regimientos o batallones Fijos de las diferentes guarniciones), porque allí eran ascendidos y tenían mejor sueldo, o porque se casaban en esas ciudades; o porque pasaban a formar parte de las milicias locales no regulares (compuestas por los principales vecinos de las localidades) bien como instructores de las mismas (dada su experiencia) o bien porque, habiendo abandonado el ejército al cumplir sus años de enganche, quedaban como moradores de estas ciudades, con la obligación de continuar en el servicio miliciano, manteniendo el uso de uniforme y del fuero militar como vecinos distinguidos.

Analizando los datos, comprobamos que, efectivamente, la localización de estos oficiales coincide con el lugar de llegada de estas unidades del refuerzo peninsular:

DESTINO	Nº OFICIALES
LUISIANA	1
ISLA DE CUBA	8
SANTO DOMINGO	2
PUERTO RICO	2
NUEVA ESPAÑA	7
PANAMA	2
NUEVA GRANADA	6
VENEZUELA	9
PERU	5
CHILE	3
RIO PLATA	6
TOTAL	51

De estos oficiales, cuando se les hace su hoja de servicio³²⁵, 2 aún continuaban en el ejército de refuerzo (uno en el regimiento de Bruselas y otro en el de Hibernia) regresando luego a España; 27 (el 55%) ya se habían pasado al ejército de dotación americano; y 22 (el 40,5%) formaban parte de las milicias provinciales, porque habían abandonado el servicio militar regular.

³²⁴ MARCHENA F., J., «Las unidades peninsulares del refuerzo en el Ejército de América durante el S. XVIII», en VV.AA., *Historia del Regimiento de Infantería de Soria*, Las Palmas, 2009.

³²⁵ Para el estudio se ha considerado su primera hoja, y se ha continuado estudiando las siguientes para reconstruir su historial. Las hojas de servicios se hacían cada diez años; por eso puede observarse en la tabla final que muchos de ellos poseen más de una hoja (véanse las notas de la mencionada tabla).

Veamos ahora sus grados militares, separando obviamente a regulares de milicianos:

GRADOS	Nº OFICIALES REGULARES	Nº OFICIALES MILICIANOS
Tenientes Coroneles	—	1
Capitanes	1	2
Ayudantes	—	1
Tenientes	3	1
Subtenientes	2	1
Sargentos	23	15
Cirujanos	—	1
TOTAL	29	22

Es decir, que excepto un capitán, que mandaba una de las compañías del regimiento de Bruselas (considerada una de la unidades de élite del ejército borbónico, conformando la Guarda Real o Guardia Walona), un subteniente del de Hibernia (también del refuerzo peninsular), tres tenientes del Fijo de Campeche, del Fijo de La Habana y de la Expedición de Morillo³²⁶ destacado en Venezuela, y un subteniente del Fijo de Veracruz, el resto de los oficiales regulares portugueses (23, el 80%) eran sargentos. O sea que procedían de la clase de tropa pero, al quedarse voluntariamente en América, eran ascendidos a sargentos. Un rasgo extraordinariamente significativo porque nos sitúa a estos oficiales como profesionales de la milicia, que, como luego comprobaremos, con muchos años de servicio y con una edad considerable para la época, sólo conseguían ascender al fin a la oficialidad quedándose en América, renunciando a volver a Europa, porque sus condicionantes en cuanto a su origen social –como también comprobaremos– les impedían ascender; al ser la nobleza un requisito para el acceso a la oficialidad en el ejército borbónico. Una vez alcanzado este grado de sargento su realidad mejoraba sustancialmente, y con ella la calidad social y las posibilidades de ascender socialmente en las ciudades de su guarnición, o realizar un matrimonio más conveniente. Los datos que siguen confirmarán esta hipótesis.

³²⁶ Esta expedición, al mando del general Pablo Morillo, fue organizada en 1815 por Fernando VII tras su regreso al trono español y tras abolir la Constitución de Cádiz, y enviada a América para la «reconquista» de las colonias que se hallaban sublevadas desde 1810. El primer destino de esta expedición fue Venezuela, pasando luego a la Nueva Granada, a Quito y al Perú. Los regimientos que la componían eran los que habían luchado contra los franceses en España y acababan de terminar la guerra. Ahora comenzaban una nueva, por orden del rey absolutista, pero al otro lado del mar. Los dos oficiales portugueses que figuran en la expedición, muy jóvenes, estaban en ella porque sus respectivos regimientos (La Legión Extremeña o Regimiento de Extremadura, y el Regimiento de Órdenes Militares) fueron embarcados rumbo a América. Al respecto de esta expedición, de la que formaban parte forzada la mayoría de los militares liberales españoles, ver MARCHENA F., J. «¿Obedientes al rey y desleales a sus ideas? Los liberales españoles ante la <reconquista> de América», en MARCHENA F., J. y CHUST CALERO, M. (eds.), *Por la fuerza de las armas. Ejército e independencias en Iberoamérica*, Castellón, 2008.

Con respecto a los grados de los oficiales milicianos, estos se obtenían en función de la posición social que cada uno ocupara en su respectiva jurisdicción, sin estar sujetos a escalafón (algunos grados incluso se compraban). Así lo establecía el reglamento que ordenaba a estas unidades de milicias en América: «Los Coroneles se escogerán entre los individuos más calificados y titulados en cada partido... Los demás oficiales entre los que manifiesten una nobleza suficiente y entre otros que vivan decentemente, aunque sean comerciantes...»³²⁷; por lo que Alexander von Humboldt, viajero incansable por buena parte de la geografía americana a fines del S. XVIII, no pudo menos que anotar: «No es el espíritu militar de la nación sino la vanidad de un pequeño numero de familias – cuyos jefes aspiran a títulos de coronel o brigadier – lo que ha fomentado las milicias en las colonias españolas... Asombra ver hasta en las ciudades chicas de provincias a todos los comerciantes transformados en coroneles, en capitanes y en sargentos mayores... Como el grado de coronel da derecho al tratamiento y título de señoría, que repite la gente sin cesar en la conversación familiar, ya se concibe que sea el que más contribuye a la felicidad de la vida doméstica, y por el que los hacen los sacrificios de fortuna mas extraordinarios»³²⁸. De ahí que, de estos oficiales portugueses milicianos, los que más alto grado alcanzaron (un teniente coronel, dos capitanes, un ayudante, y un teniente) no fueran militares profesionales, sino que, por ser personas importantes, acaudaladas y con prestigio suficiente en sus lugares de residencia, consiguieron ser elevados a estos grados directamente, sin otros saltos escalafonados, formando siempre parte de la misma unidad de milicias y sin ninguna experiencia militar previa.

Conozcamos ahora los lugares de nacimiento de todos estos oficiales portugueses:

De 21 de ellos (el 41%) figura en su hoja de servicios que habían nacido en Portugal, sin más referencias. De otros 23 (45%) conocemos la localidad: 9 en Lisboa, 2 en Porto y uno en cada uno de los siguientes lugares: Setúbal, Braga, San Martín de Moimenta, Évora, Guarda, Bragança, Estremoz, Guimarães, Vila Franca de Xira, Amarante, Borba y Açores. Y de otros 7 (el 13,7%) aunque en la casilla donde figura «*su país*» aparece Portugal, en la de «*su ciudad*» aparecen localidades del Brasil, uno en cada una de las que siguen: Las Minas, Ambos Ríos, San Pablo, San Salvador, Alto Longa, Pará y Río de Janeiro.

Es decir, nos hallamos ante un grupo de portugueses continentales fundamentalmente de ciudades del interior, con base campesina, y en las cuales la emigración (bien mediante el ejército, bien saliendo hacia otros lugares) ya era un hecho asentado en la segunda mitad del S. XVIII; y ante otro grupo –menor pero representativo– de brasileños que van a desplazarse, dentro de

³²⁷ Reglamento de Milicias de Lima y Perú, 1776. AGI, Lima, 654.

³²⁸ MARCHENA F., J., «The Social World of the Military in Peru and New Granada: The Colonial Oligarchies in Conflict», en FISHER, J., KUETHE, A. J. y McFARLANE, A. (eds.), *Reform and Insurrection in Bourbon New Granada and Peru*, Baton Rouge, 1990, p. 59.

otra corriente migratoria fuertemente asentada también en el periodo, hacia las regiones del sur, fundamentalmente hacia el Río de la Plata.

Como enseguida veremos, esta variable tiene una muy clara relación con sus orígenes sociales, según la «calidad» que figura en sus hojas de servicios:

CALIDAD	PORTUG. PENINS.	PORTUG. BRASIL	TOTAL
NOBLE	7	1	8
HIDALGO	1	—	1
HIJO DE FUNCIONARIO	1	—	1
BUENA	6	—	6
DECENTE	2	1	3
HIJO DE LABRADOR	7	—	7
HONRADA	6	—	6
HUMILDE	9	2	11
SOLDADO DE FORTUNA	2	3	5
SIN DATOS	3	—	3
TOTAL	44	7	51

De entre los 8 nobles, de 5 sólo sabemos que nacieron en Portugal, y de los otros 3 que uno era Lisboaeta, otro de Guarda y el tercero de San Salvador; el hidalgo era natural de Lisboa, y el «hijo de funcionario» de Setúbal. De los naturales de localidades del Brasil, 3 eran «soldados de fortuna», 2 «humildes» y 1 de calidad decente. El resto, la gran mayoría (37, el 72%) eran naturales del Portugal continental y de calidades inferiores, y esto explica las dificultades que tenían para ascender en el ejército, como más adelante podremos concluir, necesitando muchos años de servicios (y mucha edad) para lograrlo.

Efectivamente, la edad media del colectivo (43,2 años) es muy elevada para la época³²⁹, y para tratarse en su mayoría de militares de baja graduación: el mayor de todos era Marcos de Acosta, natural de Belém do Pará, destinado en la Guayana, que con 59 años aún era sargento. Sólo 5 de ellos tenían menos de 30 años (dos de los cuales habían combatido en la guerra contra Napoleón, ingresados al ejército muy jóvenes por motivos de la guerra, y que en 1815 formaban parte de la Expedición de Morillo). 12 (el 23,5%) tenían más de 50 años, y un tercio del total se hallaba entre los 40 y los 49 años. Estos datos señalan la gran cantidad de tiempo que necesitaron para ascender, y la dificultad que encontraron para hacerlo debido a su extracción

³²⁹ Nótese que en la variable «salud», en los tres oficiales de mayor edad figura la calificación «salud quebrantada».

social. Porque su edad de entrada al ejército ofrece datos normales: casi un 50% ingresó a filas en edades comprendidas entre los 20 y los 30 años, y el 24% aún con menos de 20, lo que era corriente en los ejércitos de la época. Los tres con mayores edades al ingreso (más de 48 años) fueron los oficiales de milicias, que lo hicieron cuando se crearon sus unidades, ingresando directamente como oficiales por su condición social local, como ya se comentó (en las milicias de Chota y Celendín, y el lisboeta Diego Roque, cirujano en las milicias cubanas de Cuatro Villas).

La mayoría (más del 70% del total del colectivo) estaba constituida por los sargentos, que ingresaron al ejército como soldados y que emplearon muchos años en lograr ascender a tal grado.

Si analizamos la variable modos de ingreso al ejército, comprobamos que 42 de ellos (el 82,3%) lo hicieron como soldados, y que solo 4 accedieron desde la clase de cadete (evidentemente los de mejor posición social: todos portugueses continentales, tres «nobles», un «hidalgo») y cuatro directamente a su alto grado en las milicias. El cirujano accedió también directamente a este empleo.

Por tanto, todos poseían muchos años de servicio, una media de 27,8: 6 llevaban sirviendo más de 30 años y 11 más de 20. Y los que tenían menos de 10 (11 oficiales en total) ingresaron directamente a su grado en las milicias, o porque aún eran muy jóvenes todavía (los dos incorporados a la Expedición de Morillo)³³⁰.

De ahí que, al analizar la variable «progreso en el escalafón», los datos vuelven a mostrarnos todas estas circunstancias. Estudiando el número de ascensos necesarios para alcanzar el grado que cada oficial posee³³¹, se deduce que, procediendo casi todos del ejército peninsular de refuerzo y luego incorporados al ejército regular en América, la mayoría eran sargentos ascendidos desde la clase de soldado (2 ascensos); y que los 5 que sólo habían servido en las milicias, ingresaron directamente al grado que poseían (es decir, sin ningún ascenso): el cirujano, un capitán en Cartagena de Indias, y los 3 altos oficiales de las milicias de Chota y Celendín en el norte peruano.

³³⁰ Y dos casos más que necesitan una explicación: El azoriano José Pereira venía de servir en un regimiento europeo del refuerzo, pero en su hoja de servicio realizada en Lima solo se le contabilizaron los años transcurridos en esta última guarnición; lo mismo sucedía con Domingo de Sousa, en el Fijo de La Habana. Los dos en realidad tenían muchos más años de servicio de los que constan en su filiación.

³³¹ Por ejemplo, un soldado para llegar a sargento necesitaría dos ascensos: de soldado a cabo, y de cabo a sargento; un cadete para llegar a capitán, tres: de cadete a subteniente, de subteniente a teniente, y de teniente a capitán. Así, en el caso de que hubiera algún soldado que pudiera ascender a capitán, necesitaría cinco ascensos: a cabo, a sargento, a subteniente, a teniente y a capitán. No hay ninguno así entre estos oficiales portugueses. La mucha edad y su origen social «no noble» se lo impedían.

LUGAR DE EJECUCION DEL GRADO	Nº OFICIALES	Nº ASCENSOS	Nº OFICIALES	
GRADOS EN EL EJERCITO REGULAR	30	Con 1 ascenso	1	(³³²)
		Con 2 ascensos	26	(³³³)
		Con 3 ascensos	2	(³³⁴)
		Con 4 ascensos		(³³⁵)
GRADOS EN EJER. REGULAR Y MILIC.	16			
GRADOS SOLO EN MILICIAS	5	Sin ascensos	5	

Las características descritas se reafirman al analizar la variable «unidades en la que prestaron servicio anteriormente».

En varias unidades en España	39	
En ninguna otra, solo en ésta	12	En unidades regulares: 7
		En unidades milicianas: 5

Efectivamente, más del 75% de estos oficiales procedían de unidades peninsulares que fueron enviadas a América como refuerzo: estas unidades coinciden con la lista y destino de los regimientos remitidos a los lugares ya mencionados, y en las cuales existían naturales de Portugal reclutados como soldados en la segunda mitad del siglo (entre las décadas de los 60 y los 80): algunos de ellos – la mayoría – como consecuencia de las guerras de 1762-63 y 1776, que se engancharon como «soldados de fortuna» en la zona de la frontera hispano-portuguesa de Extremadura, Trás-os-Montes y Beira cuando las tropas borbónicas invadieron Portugal, o en Rio Grande do Sul, cuando la guerra alcanzó a aquella región. Casi todos pasaron, ya en América y por las razones apuntadas más arriba, a las unidades de dotación americanas, ascendiendo de soldados a sargentos. Eran muy bienvenidos en las unidades locales regulares (los regimientos Fijos) porque poseían una gran experiencia en el gobierno interior de las compañías después de tantos años de servicio en el ejército regular peninsular. Al fin y al cabo, más que

³³² Es el subteniente Nicolás Gremer, ascendido desde cadete (era de calidad «noble») en el regimiento de Hibernia (regimiento europeo, del refuerzo).

³³³ Todos eran sargentos – ascendidos desde soldado y cabo – menos dos: un teniente que ascendió desde cadete y subteniente, destinado en Campeche (era «hidalgo») y otro teniente, también ascendido desde cadete, que figura en la Expedición de Morillo (de calidad «noble»).

³³⁴ Son el capitán Juan Varregozo, del regimiento de Bruselas (también de calidad «noble», e igualmente del refuerzo europeo) y el subteniente Francisco Riveiro, destinado en Veracruz, uno de los dos únicos oficiales de toda la lista, que, procediendo de la clase de soldado y de calidad «buena», había conseguido pasar del grado de sargento, aunque después de 20 años de servicios y 43 años de edad.

³³⁵ Es el otro oficial que desde soldado llegó a teniente: Ignacio Leite Vidal, natural de Porto, de calidad «humilde», destinado en el regimiento Fijo de la Habana. Pero solo lo logró después de 30 años de servicios, con 49 años de edad.

los oficiales superiores, eran los sargentos los que bregaban con la tropa, siendo sus instructores y sus mandos más directos, y la principal autoridad de los soldados en el servicio cotidiano de guarnición. Los coroneles de los regimientos, y en especial de los regimientos americanos, preferían a este tipo de sargentos por encima de cualquier otro aspirante, dada su experiencia incluso en el combate, por lo que dieron facilidades a los mismos para pasarse de las unidades peninsulares en que servían a los Fijos de las ciudades. En otros casos, dado sus muchos años de servicio y las oportunidades que en América se les brindaban como blancos europeos, se retiraron del ejército regular y se avencindaron en diversas ciudades americanas – casi siempre en el lugar donde habían estado destinados originalmente – pasando a formar parte de la oficialidad de las milicias.

De los que sólo estuvieron en la unidad en la que prestaban servicio (el 25%) hay que distinguir entre los del ejército regular y los milicianos. Entre los primeros se hallan los oficiales del refuerzo (regimiento de Bruselas) y los de la Expedición de Morillo, porque aún no se habían movido de la unidad en la que ingresaron; y otros tres eran naturales del Brasil, que ingresaron en unidades españolas próximas a sus contornos geográficos o porque la guerra les arrastró hasta allí: el de Belém, que estaba en la Guayana, y los de Minas Gerais y São Paulo, en las guarniciones de Buenos Aires y Montevideo. Los 6 milicianos que solo estuvieron en la unidad en la que estaban enrolados son los cinco que ingresaron directamente en ellas por ser vecinos prominentes: los 3 de Chota y Celendín, el cirujano de Cuatro Villas y Benito Gonzalez Pérez, natural de Guardia, un destacado comerciante de Cartagena de Indias, de origen «noble», capitán en el regimiento de Milicias de Todos los Colores de dicha ciudad.

Lo cual se confirma analizando la variable «campañas y acciones de guerra en las que se ha hallado».

ACCIONES DE GUERRA	Nº Oficiales	En el ejército regular	En las milicias
Campañas en Europa	4	4	0
Campañas en Europa y América	3	3	0
Campañas en América	15	10	5
Escaramuzas en América	2	2	0
No se halló en ninguna acción	27	13	14

Todos los que realizaron acciones de guerra en Europa se hallaban en el ejército regular: en los regimientos del refuerzo (Bruselas e Hibernia) y en los Fijos americanos (Habana y México). Uno había participado en la guerra con Portugal, y los demás en las campañas de Italia, en el Rosellón y en la guerra peninsular contra las tropas de Napoleón después de 1808. Otros 15 actuaron en diversos conflictos ya en América: 10 seguían en el ejército regular – Fijos americanos de México, La Habana, Buenos Aires, Cartagena, Nueva Orleáns, Bogotá y Guayana – y habían estado combatiendo en la fron-

tera de la isla de Santo Domingo, en Cuba, las Floridas, Luisiana, Río de la Plata, isla de Santa Catarina y Río Grande do Sul. Otros cinco habían pasado a las milicias, pero antes se habían batido con el ejército regular en acciones de guerra en Cuba, Venezuela y Santo Domingo (por eso figuran ahora como milicianos en los Valles de Aragua, Caracas, Santo Domingo, La Habana y Veracruz).

De los 27 (más la mitad del total) en los que no figura ninguna acción de guerra en su hoja de servicio, 14 servían en las milicias (incluyendo a los 5 que solo habían estado en una unidad miliciano) lo cual es lógico dado que no se trataba de unidades propiamente de combate sino de apoyo, y los otros 13 – aunque habían pasado por alguna unidad regular – tampoco tuvieron oportunidad de entrar en combate.

Todo lo cual se refleja en la variable «valor». 17 oficiales cuentan con el «valor acreditado», es decir, certificado por haber participado en alguna batalla: 15 de ellos estaban en el ejército regular y 2 ya habían pasado a las milicias, y se corresponden con las campañas de la variable anterior, en Europa (2 de ellos) en Europa y América (3) y en América (12).

El resto de las calificaciones militares de sus hojas de servicio (Aplicación, Capacidad y Conducta) ofrecen otra característica singular de estos oficiales portugueses. En 22 de ellos (el 43%) estas calificaciones figuran con «Buena» en las tres variables, un porcentaje superior al de otros colectivos estudiados en el ejército americano (italianos e irlandeses³³⁶), lo que indica la alta estima que merecían de sus superiores, y en especial de los coroneles de sus unidades, que eran quienes firmaban estas calificaciones. Solo uno (el sargento Gaspar Núñez, destinado en la frontera de Concepción en Chile) figura con tres «Mala» en estas apreciaciones, y solo otro sargento, José Antonio Vinagro, destinado en Panamá y Natal, tiene también una tacha de «Mala» en su «Capacidad», aunque en la hoja de servicios de la década siguiente ya la había corregido, pasando a ser «Regular»³³⁷. 6 oficiales mantienen «regular» en sus tres calificaciones (4 en el ejército regular, en los hijos de México, Cartagena, Bogotá y Buenos Aires, y 2 en las milicias de La Habana y de Valledupar), pero todos parecen responder a un mismo patrón: son de bastante edad, muchos años de servicio (más de 20), proceden de unidades peninsulares, con bastantes campañas militares a sus espaldas. Un rasgo, sin duda de «exceso de veteranía».

La última variable con que contamos en sus hojas de servicios es la que nos informa sobre el estado civil del oficial. Como ya habíamos apuntado, la mayoría estaban casados: 29, frente a 19 solteros³³⁸. De los primeros, 15 estaban en unidades de milicias, es decir, ahora eran civiles avecindados ya en América, y 14 aún permanecían alistados en el ejército regular (por tanto en los Fijos) pero también en guarniciones estables en las principales ciudades.

³³⁶ Véase la nota 316.

³³⁷ Véase la nota 8 de la tabla anexa.

³³⁸ El dato no figura en tres de ellos.

Todos habían casado en América con mujeres americanas, por lo que se puede establecer que –como ya apuntamos anteriormente– o bien su matrimonio fue un motivo para permanecer en América, abandonando sus unidades peninsulares de origen, o fue una consecuencia de su decisión de quedar en aquellas tierras. No hay datos para poder avanzar más en este terreno. De los 19 solteros, solo 6 estaban en unidades de milicias y 13 en el ejército regular. De estos últimos, 4 eran los oficiales todavía del refuerzo (regimientos de Bruselas e Hibernia, cuyos continuos desplazamientos «a donde la guerra les llevara», como se decía en la época, los más «profesionales» de todo el colectivo), les había impedido casarse seguramente, por no tener un lugar estable de guarnición, más los 2 jóvenes de la Expedición de Morillo, recién salidos de la guerra peninsular contra Napoleón y ahora embarcados en esta nueva guerra al otro lado del mar en 1815. Los otros 9 solteros eran de edad avanzada, por lo que puede imaginarse que su matrimonio fuese más difícil.

Un último dato que podemos obtener del análisis de las hojas de servicio de estos oficiales portugueses tiene que ver con su descendencia o con sus familiares, con los cuales, aún no habiendo nacido en Portugal sino ya en América, tenían lazos de parentesco en distinto grado: nos referimos a los 6 oficiales que añadimos al final de la tabla como «descendientes», aunque es difícil en algunos casos –con los datos disponibles– saber su relación exacta con los anteriores. Ignacio de Acosta y Souza, cadete en Luisiana y nacido en la Habana, era hijo de un afamado comerciante portugués instalado desde años atrás en la isla de Cuba; nótese que ya aparece como «noble». Y la familia Silva, ubicada en el norte del Perú, parientes de Luis de Silva, hacendado en Celendín: Juan de la Cruz, Tiburcio y Manuel, asimismo hacendados en la zona; y Casimiro da Silva, comerciante en Piura, en la misma región; todos naturales de la zona y notables vecinos y por tanto oficiales (capitanes y alféreces) de los regimientos de caballería de milicias (los de más lustre) de estas ciudades y pueblos. Uno de los miembros de esta rama familiar, nacido en Lima, era ya teniente del Fijo de Lima, la unidad regular más importante del Perú, y en su «calidad» figura ya como «Ilustre»; es decir, la ascensión social de la familia gracias al ejército se había producido.

Nos queda finalmente realizar una aproximación al último destino de todos estos oficiales. Acabaron por morir en sus guarniciones y, excepto los dos oficiales del refuerzo, no volvieron a Europa. Como se indicó, las hojas de servicios se hacían decenalmente, por lo que, al no aparecer su hojas entre las de su unidad en la década siguiente, significa que habían causado baja³³⁹. A 12 de ellos se les puede seguir su rastro documental durante varias décadas (véanse las notas de la tabla anexa), y a alguno incluso durante tres, como al teniente Francisco Gómes, lisboeta, siempre en la isla de Santo Domingo.

³³⁹ Los retiros eran inusuales. Normalmente los oficiales morían en el desempeño de sus cargos, casi siempre en el ejército regular, al no tener otro modo de ganarse la vida (máxime siendo la mayoría de ellos sargentos).

Pero no podemos avanzar mucho más. Sus vidas debieron quedar marcadas (sin saber en qué grado) por los acontecimientos que les sobrevinieron en las ciudades y guarniciones donde residían como oficiales del ejército del monarca español. A la mayoría de los que estaban en activo en la década de 1800 a 1810 debió agarrarles el vendaval de las luchas por la independencia en América: en México, Cartagena de Indias, Venezuela, Chile, la Guayana o el Río de la Plata. De ellas debieron ser testigos, o quizá protagonistas, o incluso pudieron haber dejado sus vidas en el turbión de sucesos que siguieron. A otros les alcanzó la revolución haitiana y la invasión de Santo Domingo. Al sargento José Rodríguez, natural de Estremoz y con 57 años de edad, le tocó resistir el ataque y toma de la isla de Trinidad por los británicos, donde estaba de guarnición, al que no sabemos si sobrevivió porque no hay más hojas de servicio a su nombre. Ni sabemos más de los dos jóvenes que fueron enviados con la Expedición de Morillo a Venezuela y Colombia en 1815; su rastro se pierde igualmente en el temporal de aquella guerra que duró diez años; ni a la familia Silva en el norte peruano, donde la guerra llegó mas tarde, pero llegó igualmente... Quedan sus testimonios de vida en estas hojas. Una vida marcada por su pertenencia a un ejército a los que otros compatriotas suyos combatieron durante décadas.

TABLA ANEXA. DATOS EN LAS HOJAS DE SERVICIOS. 1750-1815

UNIDAD	DESTINO	NOMBRE	GRA	LUGAR NAC.	ED	CA	SAL	E	AS	I	P	UN	CM	CALIF	C
DÉCADA 1750-9															
REG. FIJO	HABANA	DOMINGO DE SOUSA	SGTO	LISBOA	38	FOR	BU	34	4	S	2	E	NI	SRRB	—
DECADA 1770-9															
BON.MIL.BLAN	CUAT.VILLA	DIEGO ROQUE (1)	CIRU	LISBOA	43	LAB	BU	42	1	D	M	ES	NI	SBBB	S
BON.MIL.INF	STO.DOMING	JOSE DE ACUÑA (2)	SGTO	BRAGA	24	LAB	BU	17	7	S	A	E	A	SBBB	C
ESC.DRAG.MIL	STO.DOMING	FRANCISCO GOMES (3)	TTE	LISBOA	35	HO	RO	23	12	S	A	E	NI	SRRB	S
REG.BRUSEL. (4)	PTO.RICO	JUAN VARREGOZO	CAP	—	51	NO	BU	24	27	C	3	ES	EA	ABBB	S
DRAG.ESPAÑA	MEXICO	JUAN TALAVERA	SGTO	—	35	HU	RO	25	10	S	2	ES	A	ABBB	S
BON. CORONA	VERACRUZ	PEDRO MARTINEZ	SGTO	—	34	BU	BU	19	15	S	2	E	NI	SBBB	S
REG.MIL.INF.	TOLUCA	JOSE DE NAPOLES	SGTO	SETÚBAL	34	FU	BU	23	11	S	A	E	E	ABBB	C
BON.CASTILLA	CAMPECHE	BERNARDO DA PROTA	TTE	LISBOA	36	HID	RO	22	14	C	2	E	NI	SBBB	S
CIAS.ARTILLER.	CARTAGENA	MANUEL DE SILVA	SGTO	S MTÍN DE MOIMENTA	41	BU	RO	22	19	S	2	E	NI	SRBB	C
CIA ARTILLER.	LIMA	FLORENCIO DE ACOSTA	SGTO	LISBOA	28	LAB	BU	19	9	S	2	E	NI	SBBB	C
CIA ARTILLER	LIMA	JOSE PEREIRA (5)	SGTO	AZORES	36	LAB	BU	27	9	S	2	E	NI	SBBB	S
DECADA 1780-9															
REG.HIBERNIA	HABANA	NICOLAS GREMER	STTE	—	29	NO	BU	22	7	C	1	E	SA	SBBB	S
REG.MIL.BLAN	HABANA	PEDRO MAZEDO	SGTO	—	35	LAB	BU	16	19	S	A	E	A	SRRR	C
BON.MIL.BLAN	CUBA BAYA	JUAN ALBERTO	SGTO	—	42	HU	BU	24	18	S	A	E	NI	SRRB	S
CUER.MIL.DISC	PTO RICO	MANUEL RODRIG. CAMOES (6)	SGTO	EYORA	40	-	BU	19	21	S	A	E	NI	SRRB	S
REG.INF.N.ESPA	VERACRUZ	IGNACIO PALLARES	SGTO	LISBOA	39	BU	BU	28	11	S	2	E	A	ABRB	S
REG.INF.N.ESPA	VERACRUZ	FRANCISCO RIVEIRO	STTE	—	43	BU	BU	23	20	S	3	E	EA	ARRR	S
REG.MIL.TO.CO	CARTAGENA	BENITO GONZALEZ PEREZ	CAP	GUARDA	37	NO	BU	34	3	C	M	ES	NI	SBBB	C
BON.MIL.BLAN	VAL.ARAGU	CUSTODIO GONZALEZ	SGTO	—	58	HO	BU	22	36	S	A	E	A	SRRB	C
BON.MIL.BLAN	VAL.ARAGU	MANUEL FERNANDEZ	SGTO	—	49	HO	BU	30	19	S	A	E	NI	SBRR	C
CIAS.CAB.FRA	CONCEPCIÓN	GASPAR NUÑEZ	SGTO	—	35	LAB	BU	18	17	S	2	E	SA	MMMM	C
DRAG.BS.AS	BUEN.AIRES	SALVADOR MOREIRA (7)	SGTO	LAS MINAS (BRASIL)	45	HU	RO	26	19	S	2	ES	NI	SBBB	C
BON. FIJO.BS.AS	MONTEVIDE	MANUEL ALMEIDA	SGTO	AMBOS RÍOS (BRASIL)	41	FOR	RO	22	19	S	2	E	A	ABBB	S
DECADA 1790-9															
REG.FIJO	NUE.ORLEAN	JUAN BAUTI. DE LA CRUZ	SGTO	BRAGANZA	46	BU	RO	19	27	S	2	E	A	ABBB	—
REG.FIJO	HABANA	IGNACIO LEITE VIDAL	TTE	PORTO	49	HU	BU	19	30	S	4	E	A	ABBB	C
REG. FIJO	HABANA	ANTONIO CARABALLO	SGTO	PORTO	45	HU	BU	32	13	S	2	E	EA	ABBB	C
BON.FIJO	PANAMA	JUAN JOSE DE MELO	SGTO	LISBOA	32	BU	RO	—	—	S	2	E	NI	SBBB	C

REG.INF.MIL.BL	PAN Y NATA	JOSE ANTONIO VINAGRO (8)	SGTO	-	36	DEC	BU	-	-	S	A	E	NI	SRMR	C
REG.FIJO	CARTAGENA	PORFIRIO DUARTE	SGTO	LISBOA	48	HU	BU	23	25	S	2	E	A	ARRR	C
BON.MIL.BLAN	VALENCIA	ANTONIO GOMES	SGTO	-	53	-	-	22	31	S	A	E	NI	SRRB	C
BON.MIL.BLAN	VALENCIA	DOMINGO ALVAREZ	SGTO	-	52	-	-	22	30	S	A	E	E	ABBB	C
CIAS.INF.DOT	TRINIDAD	JOSE RODRIGUEZ	SGTO	ESTREMÓZ	57	HU	RO	30	27	S	2	E	NI	SRRB	S
REG.AUXILIAR	STA.FE BOGO	SIMON NÚÑEZ (9)	SGTO	-	34	HU	RO	17	17	S	2	E	A	ARRR	C
REG.MIL.DRAG	CHOTA (10)	DOMINGO GONZALEZ	CAP	GUIMARAES	50	DEC	RO	47	3	C	M	ES	NI	SBBB	C
REG.DRAG.MIL	CELENDIN	RAIMUNDO PEREIRA	TCOR	-	55	NO	RO	37	18	C	M	ES	NI	SBBB	C
REG.DRAG.MIL	CELENDIN	LUIS DE SILVA	AYU	-	55	HO	RO	48	7	C	M	ES	NI	SRBB	C
CIAS.CAB.FRA	CONCEPCION	FELIPE ENRIQUEZ	SGTO	-	48	LAB	BU	32	16	S	2	ES	NI	SBBB	-
REG.FIJO.BS.AS	MONTEVIDE	FRANCISCO MELO (11)	SGTO	VILA FRANCA DE XIRA	41	FOR	RO	20	21	S	2	E	A	ARRR	C
CIAS.BLAN.FRA	MONTEVIDE	JUAN RODRIGUEZ	SGTO	AMARANTE	32	HU	RO	20	12	S	2	E	NI	SRRB	C
CIAS.BLAN.FRA	MONTEVIDE	ANTONIO GONZALEZ	SGTO	SAN PABLO (BRASIL)	49	HU	RO	34	15	S	2	ES	NI	SBBB	C
DECADA1800-10															
REG.MIL.BLAN	HABANA	JOSE MARQUES	SGTO	SAN SALVADOR (BRA)	39	NO	BU	21	18	S	A	E	NI	SRRB	S
REG.PROV.INF	COR.ORIZ.JA	PABLO BELLO	STTE	ALTO LONGA (BRASIL)	44	FOR	OU	23	21	S	A	EA	A	SRRB	C
REG.FIJO	CARTAGENA	ANTONIO JOSE VARELA	SGTO	BORBA	53	HU	BU	25	28	S	2	E	NI	SRRB	C
REG.DRAG.MIL	VALLEDUPA	DIEGO DE VEZ	SGTO	-	45	HO	BU	20	25	S	A	E	NI	SRRR	C
BON.MIL.PARD	CARACAS	PEDRO GONZALEZ (12)	SGTO	-	31	NO	BU	17	14	S	A	E	A	SRRB	S
CIAS.INF.DOT	GUAYANA	MARCOS DE ACOSTA	SGTO	PARA (BRASIL)	59	DEC	OU	30	29	S	2	ES	A	ABRB	C
ASAM.MIL.CAB	CHILE	ANTONIO PEREIRA	SGTO	-	56	HO	BU	25	31	S	A	E	NI	SRRB	C
REG.FIJO.BSAS	MONTEVIDE	LORENZO REYTON	SGTO	RIO JANEIRO (BRASIL)	57	FOR	QU	21	36	S	2	E	A	ABBB	C
DECADA1810-20															
REG.INF.LEG.EX	EXPEDICION	JUAN STRANST	TTE	-	22	NO	BU	19	3	C	2	ES	E	ARBB	S
REG.INF.ORD.MI	EXPEDICION	DOMINGO GIRALDES	SGTO	LISBOA	22	HO	BU	14	8	S	2	E	E	ARRB	S
DESCENDIENT															
REG.FIJO-LUIS	NUE.ORLEAN	IGNACIO DE ACOSTA Y SOUSA	CAD	HABANA	24	NO	RO	22	2	C	1	A	A	ABRB	S
REG.DRA.MIL	CELENDIN	JUAN DE LA CRUZ SILVA	ALF	CELENDIN	25	HO	RO	21	4	C	1	ES	NI	SRRR	C
REG.DRAG.MIL	CELENDIN	MANUEL DE SILVA	CAP	CONCHUCOS	34	NO	RO	30	4	C	1	ES	NI	SRBB	S
REG.DRAG.MIL	CELENDIN	TIBURCIO DE SILVA	ALF	CELENDIN	28	HO	RO	24	4	C	1	ES	NI	SRRR	C
BON.MIL.INF.	PIURA	CASIMIRO SILVA	CAP	LIMA	42	DEC	BU	23	19	C	2	ES	NI	SRRB	S
BON FIJO	LIMA CALLA	PEDRO DE SILVA	TTE	LIMA	33	ILU	BU	28	5	C	2	ES	NI	SRRR	-

ABREVIATURAS DE LA TABLA. (En el orden en que aparecen en la misma)

(-) No figura el dato.

UNIDAD, Unidad militar de destino.

REG: Regimiento. BON: Batallón. MIL: Milicias. BLAN-BL: de blancos. INF: Infantería. ESC: Escuadrón. DRAG: Dragones. BRUSEL: Bruselas. CIA-CIAS: Compañía-Compañías. ARTILLER: Artillería. CUER: Cuerpo. DISC: Disciplinadas. NESP: Nueva España. TO.CO: De todos los colores. CAB: Caballería. FRA: Frontera. BS.AS: Buenos Aires. DOT: Dotación. PROV: Provincial. PARD: de pardos. ASAM: Asamblea. LEG.EX: Legión Extremeña. ORD.MI: Órdenes Militares. CUAT VILLA: Cuatro Villas; Isla de Cuba. STDOMING: Santo Domingo; CUBA BAYA; Bayamo, Santiago de Cuba; VAL ARAGU: Valles de Aragua, Venezuela; BUEN AIRES: Buenos Aires; NUE ORLEAN: Nueva Orleans, Luisiana; PAN Y NATA; Natá, Panamá; STAFE BOGO: Santa Fe de Bogotá; COR ORIZ JA: Córdoba, Orizaba y Jalapa, Nueva España; VALLEDUPA: Valledupar, Provincia de Santa Marta, actual Colombia; EXPEDICIÓN: Expedición de Pablo Morillo; LIM CALLA: Callao, Lima. TCOR: Teniente Coronel; CAP: Capitán; AYU: Ayudante; TTE: Teniente; STTE: Subteniente; ALF: Alférez; CAD: Cadete. SGTO: Sargento; CIRU: Cirujano.

GRA. Grado militar.

ED: Edad.

CA: Calidad social. FOR: Soldado de Fortuna; LAB: Labrador; hijo de Labrador. HO: Honrada; NO: Noble. HU: Humilde. BU: Buena; FU: Hijo de funcionario; HID: Hidalgo; DEC: Decente. IL.U: Ilustre. SAL: SALUD. RO: Robusta; BU: Buena; RE: Regular; QU: Quebrantada.

E: Edad al ingreso en el ejército.

AS: Años de servicio.

I: Formas de ingreso en el ejército. S: Desde soldado; C: Desde cadete; D: Directamente a cirujano.

P: Progreso en el escalafón. Número: Número de ascensos alcanzados hasta lograr el grado que posee (solo en el ejército regular). A: Ha tenido grados tanto en el ejército regular como en las milicias; M: Solo ha alcanzado el grado actual en las milicias.

UN: Unidades por las que ha pasado. E: Por varias en Europa; ES: Solo en la que está; A: Por varias en América.

CM: Campañas militares en las que ha participado. EA: Campañas en Europa y América; E: Campañas en Europa; A: Campañas en América; SA: Escaramuzas en América; NI: Ninguna experiencia bélica.

CALIF: Calificaciones Militares. En este orden: Valor; Aplicación; Capacidad y Conducta. Valor: A: Acreditado; S: Se le supone.

Resto de calificaciones: B: Buena; R: Regular; M: Mala.

C: Estado civil: C: Casado; S: Soltero; V: Viudo.

NOTAS EN LA TABLA

- 1 – En la década de los 80 continúa en el mismo grado y destino; tiene 51 años de edad y sigue soltero.
- 2 – En la década de los 80 continúa en el mismo grado y destino; se le anotan 16 años de servicio, y ha realizado acciones de guerra aunque no acredita el valor; sus calificaciones son BBM; está viudo.
- 3 – En la misma década cambia de unidad, pasando a las Compañías de Caballería de la Frontera de Santo Domingo, es decir, al ejército regular; continúa como teniente. En la década de los 80 sigue en la misma unidad y grado, con 21 años de servicio, calificaciones BRB y continúa soltero. En la década de los 90 continúa en la misma unidad y grado, tiene 55 años de edad y la salud quebrantada; acreditó el valor; mantiene la calificaciones y sigue soltero.
- 4 – Conocido también como Guardia Walona, de la Casa Real. Seguramente el regimiento con más prestigio del ejército.
- 5 – En la década de los 80 sigue en la misma unidad y grado; mismas calificaciones; continúa soltero.
- 6 – En la década de los 90 continúa en la misma unidad y grado; tiene 48 años; mismas calificaciones; sigue soltero.
- 7 – En la década de los 90 continúa en la misma unidad y grado; tiene 55 años y sigue casado. En la década de 1800 continúa igual; misma calificaciones; sigue casado.
- 8 – En la década de 1800 continúa en la misma unidad y grado; tiene 44 años, sus calificaciones son RRB y sigue casado.
- 9 – En la década de 1800 continúa en la misma unidad y grado; tiene 40 años y mismas calificaciones; sigue casado.
- 10 – Chota y Celendín, localidades del Norte del Perú.
- 11 – En la década de 1800 continúa en la misma unidad y grado; tiene 44 años y mismas calificaciones; sigue casado.
- 12 – En la misma década cambia de unidad; pasa al Batallón Fijo de Caracas; sigue siendo sargento.

ÍNDIOS, JESUÍTAS, BANDEIRANTES: O USO DAS PLANTAS MEDICINAIS NO BRASIL COLONIAL (SÉCULOS XVI E XVII)

por

CRISTINA B. F. M. GURGEL *

RACHEL LEWINSOHN **

Introdução

Desde o aparecimento da vida animal na terra, três atributos foram essenciais e de igual importância para a sobrevivência das espécies: a capacidade dos indivíduos de se prover de alimento, de combater mazelas e açaques, e de combater ou se proteger de predadores. Milhões de anos antes do início da história, nossos ancestrais primatas, guiados por seu instinto animal, foram capazes de identificar plantas comestíveis, e, como outros animais, souberam reconhecer plantas que podiam ajudar, por exemplo, a aliviar distúrbios alimentares^{1,2}. Contudo, o curso da evolução trouxe alterações radicais do *habitat* e *modus vivendi* dos animais, suscitando novas contingências cujo enfrentamento exigia mais que o mero instinto. *Homo*, em consequência da transformação do seu estilo de vida – passando de herbívoro-frugívoro a onívoro, de colhedor a caçador, – teve que enfrentar acidentes, moléstias e outras perturbações corporais. Para arcar com esses novos desafios, precisou atingir um estágio mínimo de evolução *cultural* em conjunto com seu avanço na escala evolutiva *biológica*, estágio este que o capacitou a somar sua experiência consciente ao seu instinto animal. Assim,

* Professora de Medicina Interna. Centro de Ciências da Vida, Pontifícia Universidade Católica de Campinas.

** Professora Colaboradora Voluntária. Faculdade de Ciências Médicas, Universidade Estadual de Campinas - UNICAMP.

¹ M. A. HUFFMAN e M. SEIFU, «Observations on the illness and consumption of a possibly medicinal plant *V. amygdalina*, by a wild chimpanzee in Tanzania», in *Primates*, 30/1 (1989), pp. 51-63.

² D. SANTOS-FITA e COSTA-NETO, «As interações entre os seres humanos e os animais: a contribuição da etnozologia», in *Rev. Biotemas*, 20 (4) (2007), pp. 99-110.

aprendeu a reconhecer plantas capazes de cicatrizar feridas, curar doenças e aliviar a dor, mas também – faculdade essencial e igualmente importante – a distinguir essas plantas daquelas que podiam lhe ser nocivas.

São esses conhecimentos empíricos, incorporados no herbalismo e transmitidos de geração em geração, que caracterizam as práticas médicas chamadas primitivas³.

Como foi dito acima, o uso de plantas pelos animais para mitigar distúrbios do seu bem-estar perde-se nas penumbras da evolução dos mamíferos. Com a ascensão do gênero na escala da *evolução biológica e cultural*, *Homo* adquiriu habilidades e técnicas cada vez mais sofisticadas para combater a doença. Assim, *H. sapiens* soube desenvolver sucessivas práticas analógicas e curativas: – primitivas, mágicas, herbalistas; em tempos históricos, a medicina; e, já em tempos modernos, a fitoterapia⁴. Em todas elas, as plantas tiveram papel essencial. Uma linha ininterrupta, desde a pré-história até, de fato, o século XIX, traça o predomínio do herbalismo, isto é, o uso de plantas como meio de cura ou prevenção de doenças, tanto na medicina popular quanto na erudita. A sua prática, influenciada por fatores ambientais e culturais, variava apenas regionalmente; o seu valor absoluto era incontestado em todo o mundo⁵. Em seu estudo sobre a peste na Europa medieval, Lewinsohn⁶ destaca a importância do herbalismo na medicina popular, medieval e renascentista.

«Como seria de esperar, o caráter [da] mistura de culturas, crenças e experiências médicas que compuseram a medicina popular, foi diferente em vários países da Europa; sem embargo, as semelhanças foram maiores do que as diferenças regionais. Todos tiveram em comum tradições de práticas antigas, pré-cristãs, e – um dos fatores principais – a vegetação regional. Ao usar as plantas locais, o herbalismo da região estaria obviamente sob influência de peculiaridades de seu clima, solo, e assim por diante, que lhe emprestaria o seu caráter típico local. Ao mesmo tempo, o caráter universal do conhecimento das ervas tornou o herbalismo um dos elementos principais não apenas da medicina popular, mas também das práticas médicas eruditas... Estas, desde o princípio, tinham incorporado herbalismo, tanto na teoria quanto na prática, representado pelo seu maior expoente, Dioscorides (50 a.C.)».

Um importante corolário destas considerações é que, até os tempos modernos, a assistência médica prestada pelo(a) praticante dependia estrita-

3 V. SCHUTZ; R. HANSEL; V. E. TYLER, *Fitoterapia Racional*, São Paulo, Editora Manole, 4.^a edição, 2002, pp. 1-2.

4 «Uso de plantas e ervas para tratar doenças ou aliviar dores. (Ver: Nota de Indexação: ...PREPARAÇÕES DE PLANTAS ou seus específicos/ terapêutico...)» DeCS... <http://decs.bvs.br/cgi-bin/wxisl660.exe/decsserver/>

5 R. TOELLNER, *Illustrierte Geschichte der Medizin*, Salzburg, Andreas & Andreas Verlagsbuchhandel, 1990, vol. I, pp. 457-506.

6 R. LEWINSOHN, *Três Epidemias. Lições do Passado*, Campinas, Editora Unicamp, 2003, pp. 81-85.

mente da sua intimidade com as plantas medicinais que lhe eram familiares e acessíveis, quer as nativas da região onde ele (ou ela) vivia e trabalhava, quer aquelas que eram trazidas de lugares próximos ou distantes.

Foi este o pano de fundo da medicina praticada pelos exploradores portugueses que em 1500 d.C., procuraram um novo caminho para as Índias, e, por assim dizer quase acidentalmente⁷, descobriram o Brasil.

Como todos os povos nativos dos trópicos, os brasilíndios souberam beneficiar-se da enorme diversidade da flora e fauna das suas terras. Os seus vastos conhecimentos da vida vegetal oriundos da sua familiaridade com as plantas capacitaram-nos a utilizar-se daquelas que possuíam propriedades medicinais. Impossível estimar quantas conseguiram sobreviver até os nossos dias: inúmeras plantas desapareceram, vitimadas por sucessivas devastações – verdadeiras atrocidades cometidas contra a natureza desde os tempos mais remotos do período colonial. Não obstante, muitas drogas em uso corriqueiro na vasta e diversificada farmacopéia atual são originárias de plantas nativas brasileiras.

No presente artigo objetivamos demonstrar as práticas médicas híbridas que evoluíram nos dois primeiros séculos após a chegada dos portugueses ao Novo Mundo, e como os conhecimentos dos povos indígenas a respeito do uso medicinal da flora chegaram até nós. Fatos de fundamental importância, pois a «sabedoria das selvas» acabou por tornar-se proveitosa para toda a humanidade e faz do Brasil, ainda hoje, uma importante fonte de recursos naturais^{8,9}.

A Farmacopéia Indígena Brasileira – Os Primeiros Relatos e Usos

Desde a sua chegada ao Novo Mundo, os europeus demonstraram intenso interesse no uso medicinal das plantas nativas do Brasil, interesse que foi decorrência natural das circunstâncias inerentes à vida na nova terra, nos dois primeiros séculos da colonização. Os colonizadores encontravam-se em meio a uma natureza incrivelmente rica e diversa, ao mesmo tempo que aterrorizante, pois desconheciam a sua flora e fauna. Por outro lado, não tinham acesso à farmacopéia do seu país de origem, cujas drogas, vindas de além-mar, além de muito caras, apodreciam nas condições climáticas dos trópicos. Carecendo de assistência médica efetiva, e vivendo em ambiente que lhes era estranho e hostil, não tardaram a perceber que o aprendizado do uso das plantas nativas redundaria em nada mais nada menos que a sua sobrevivência.

⁷ Não existe unanimidade sobre este ponto, bastante controvertido na historiografia.

⁸ M. V. H. BRITO; R. B. P. SIQUEIRA; M. T. SANTOS; R. A. CARVALHO, «Revisão Crítica do Uso da Sacaca (*Cróton cajucara*, BENTH) como fitoterápico», in *Rev. Para. Med.* 15(2) (2001), pp. 10-17.

⁹ O. R. GOTTLIEB, MACAPLAN, «A Importância dos Produtos Naturais para o Homem», João Pessoa, Editora Universitária/UFPb, in *Anais 2.º Simpósio Nacional de Farmacologia dos Produtos Naturais* (1983), pp. 167-173.

Não por acaso, já nas crônicas mais antigas constam numerosas citações de vegetais que teriam ação antidotal para envenenamentos, ocorrência freqüente em meio às matas. Os mais variados autores – alguns de passagem (os famosos *viajantes*); outros, religiosos e laicos, que, abdicando de sua terra natal, estabeleceram-se no Brasil; aventureiros, comerciantes – souberam transmitir os conhecimentos que lhes vieram dos indígenas, e serviram como meio de perpetuação para tais informações.

Entre os testemunhos dos viajantes e cronistas, todos de indiscutível importância, merecem destaque especial as crônicas dos jesuítas. Nos jardins e hortas dos mosteiros da Europa medieval era praxe plantarem-se ervas medicinais e culinárias, além das obrigatórias hortaliças e frutas nos pomares. Alguns conventos e mosteiros já ostentavam herbários, onde eram estudadas e manipuladas as drogas que seriam prescritas por monges, boticários, médicos e cirurgiões, tanto aos seus pacientes ricos quanto à população carente de auxílio. Na Colônia, todavia, quase não existiam profissionais formados por escolas de medicina ou universidades, motivo por que a responsabilidade pelos cuidados dos doentes recaiu em grande parte sobre os clérigos, principalmente os da Companhia de Jesus.

Os primeiros jesuítas vieram ao Brasil em 1549, juntamente com Tomé de Souza, o primeiro governador-geral enviado pela Coroa Portuguesa a fim de consolidar o domínio português no litoral e afastar o perigo de invasões estrangeiras. Amados por uns, odiados por outros, os jesuítas vincularam suas funções ao serviço do Papa e dos estados católicos de Portugal e Espanha, assumindo a responsabilidade pela cristianização de suas colônias. Criaram aldeamentos e missões onde catequizavam nativos provenientes de diferentes povoados, voluntários ou capturados muitas vezes por métodos controversos que habilmente exploravam o encantamento indígena com os cultos da igreja católica^{10,11}. Além de mestres, fazendeiros e carpinteiros, os jesuítas foram, por necessidade, médicos de almas e corpos – era assim que se referiam a si mesmos, em sua missão junto aos índios¹²:

«Porque não somente os curam nas almas como pastores, pregando-lhes a doutrina duas vezes no dia, confessando-os e administrando-lhes os sacramentos, enterrando os que morrem, ajudando-os a bem morrer, mas os padres governam

¹⁰ T. LONDOÑO, «Escrevendo Cartas: Jesuítas, Escrita e Missão no Século XVI», in *Rev. Bras. Hist.* 22 (2002), pp. 11-32.

¹¹ J. LACOUTURE, *Os Jesuítas, 1. A Conquista*, Lisboa, Referência/Editorial Estampa, 1993, pp. 53-93. F.

¹² F. GUERREIRO, *Relação Anual das Coisas que Fizeram os Padres da Companhia de Jesus nas suas Missões do Japão, China, Tidore, Ternate, Ambóino, Malaca, Pegu, Bengala, Maduré, Costa da Pescaria, Manar, Ceilão, Travancor, Malabar, Sodomala, Goa, Salcete, Lahor, Diu, Etiópia a alta ou Preste João, Monomotapa, Angola, Guiné, Serra Leoa, Cabo Verde e Brasil nos anos de 1600 a 1609 e do processo da conversão e cristandade daquelas partes: tiradas das cartas que os missionários de lá escreveram*, Tomo I (sobre o Brasil) 1600 a 1603, Coimbra: Imprensa da Universidade, 1930, pp. 373 -375.

ainda no temporal e lhes dão ordem de como hão de negociar suas roças e lavouras e remédio de vida e quando estão doentes, os padres são os seus médicos e enfermeiros e enfim se hão com eles como pais com filhos e tutores com pupilos...»

Não obstante os ares do Brasil serem considerados sadios e benéficos aos doentes da Europa, os jesuítas cedo descobriram que os índios eram propensos e particularmente sensíveis a uma grande sorte de males. Atribuíam-nos a «maus humores», de acordo com as teorias galênicas vigentes; e, cômicos de suas responsabilidades de dispensar cuidados médicos ao seu rebanho, criaram enfermarias e casas isoladas em todos os aldeamentos¹³. Nestas atividades, um problema relevante, que gerou debates acalorados, foi a questão de quem praticaria a sangria (procedimento terapêutico universal na época), já que religiosos eram moralmente impedidos de derramar sangue. A embaraçosa situação teve de ser contornada pelo próprio fundador da Companhia de Jesus, Inácio de Loyola, que acabou consentindo na realização da prática pelos membros da ordem¹⁴.

Outro problema básico referia-se aos medicamentos ao alcance das enfermarias. Os jesuítas estavam desprovidos no Novo Mundo dos medicamentos que lhes eram familiares e, por necessidade irrefreável, rapidamente absorveram os conhecimentos nativos. Por isso, criaram boticas que conservavam *Coleções de Receitas*, manuscritos onde eram copiadas as fórmulas terapêuticas mais indicadas e as de melhores resultados¹⁵. Alguns medicamentos foram desenvolvidos nas próprias boticas dos Colégios Jesuítas em terras brasileiras. Assim, a «pedra infernal» (nitrato de prata) foi um produto do Colégio da Bahia indicado para «exterminar verrugas, consumir carnes supérfluas e calosas nas úlceras e para outros semelhantes efeitos...»¹⁶. Um composto preparado por esse Colégio, cujos componentes também incluíam plantas nativas, foi a *triaga* (ou *teriaga*) brasileira que, usado para diversos males, alcançou grande reputação na Europa^{17,18}.

Plantas que curam

Embora o conteúdo de seus relatos difira em certas particularidades, viajantes e cronistas da época são unânimes em sua admiração pelos vege-

¹³ D. B. CALAINHO, «Jesuítas e Medicina no Brasil Colonial», *Tempo* 10 (2005), pp. 61-75.

¹⁴ H. VIANNA, «Jesuítas e Bandeirantes no Uruguai (1611-1758)», in E. C. D. FLECK, «A Morte no Centro da Vida: Reflexões sobre a Cura e a não Cura nas Reduções Jesuítico-Guaranis (1609-75)», *Hist. Cienc. Saúde-Manguinhos* 11 (2004), pp. 635-660.

¹⁵ L. SANTOS FILHO, *História Geral da Medicina Brasileira*, São Paulo: HUCITEC/ Ed. Universidade de São Paulo, 1977, pp. 117-131.

¹⁶ D. B. CALAINHO, «Jesuítas...» cit., pp. 61-75.

¹⁷ M. M. RIBEIRO, *A Ciência dos Trópicos: a Arte Médica no Brasil do século XVIII*, São Paulo: Editora HUCITEC, 1997, pp. 54-85.

¹⁸ D. C. FARINA, *Medicina no Planalto de Piratininga*, São Paulo, Soc. Impressora Pannartz Ltda., 1981, pp. 13-40.

tais usados na colônia para fins medicinais. Apenas alguns podem ser mencionados aqui, e nem sempre as indicações terapêuticas das plantas mantiveram-se inalteradas ao longo do tempo. Dois conhecidos exemplos são o guaraná (*Paullinia cupana* Kunth), originalmente prescrito para combate às disenterias, e o maracujá (*Passiflora spp.*) para febre.

Jean de Léry, missionário calvinista que conviveu com os tupinambás, em 1563 descreveu o uso do hiyuaré (Hinuraé) – possivelmente *Pradosia glycyphloea* (Casar.) – empregado pelos indígenas contra o *piã* (*pian*), também denominado boubá. A doença, então endêmica, era frequentemente confundida com a lues; hoje não é mais encontrada no Brasil. Léry também menciona o petyn, posteriormente identificado como tabaco (*Nicotiana tabacum* e outras da família das solanáceas), que permitia, segundo ele, mitigar a fome em períodos de guerra e escassez alimentar, além de – ecoando a medicina galênica – «destilar os humores... do cérebro»¹⁹:

«Em vista das virtudes que lhes são atribuídas goza essa erva de grande estima entre os selvagens; colhem-na e a preparam em pequenas porções que secam em casa. Tomam depois quatro ou cinco folhas que enrolam em uma palma como se fosse um cartucho de especiaria; chegam ao fogo a ponta mais fina, acendem e põem a outra na boca para tirar a fumaça que a pesar de solta de novo pelas ventas e pela boca os sustenta a ponto de passarem três a quatro dias sem se alimentar, principalmente na guerra ou quando a necessidade os obriga à abstinência. Mas os selvagens também usam o petyn para destilar os humores supérfluos do cérebro, razão pela qual nunca se encontram sem o respectivo cartucho pendurado no pescoço. Enquanto conversam costumam sorver a fumaça, soltando-a pelas ventas e lábios como já disse, o que lembra um turbulo. O cheiro não é desagradável. Não vi porém mulheres usá-la e não sei qual seja a razão disso mas direi que experimentei a fumaça do petyn e verifiquei que ela sacia e mitiga a fome.»

Uma parasitose comumente encontrada nos primeiros anos de colonização, cujo efeito deletério foi testemunhado pela maioria dos cronistas, era o «bicho de pé» (tungíase). Além de tentar extraí-lo por meio de estilete, os indígenas untavam a lesão com o óleo de uma fruta identificada pelos franceses como hibourouhu (*Myristica L.*). Thevet, monge franciscano que permaneceu em terras brasileiras entre 1555 e 1556, em seu livro *Singularidades da França Antártica a que outros chamam de América* considerava este óleo próprio para a cura de feridas e úlceras, provando ele mesmo sua ação terapêutica²⁰.

Pero de Magalhães Gândavo, na bela obra publicada em 1567, *História da Província de Santa Cruz a que Vulgarmente Chamamos Brasil*, foi o primeiro a descrever o óleo de copaíba (*Copaifera sp.*) como analgésico e cicatrizante

¹⁹ J. LÉRY, *Viagem à Terra do Brasil*, São Paulo, Editora Universidade de São Paulo, 1985, pp. 178-179.

²⁰ A. THEVET, *Singularidades da França Antártica a que outros chamam de América*, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1944, pp. 283-4.

eficaz²¹. O seu sucesso terapêutico correu mundo e chegou a ser, durante o século XVII, ao lado do cravo, anil e tabaco, um dos principais produtos de exportação das províncias do Grão Pará e Maranhão²².

No admirável *Tratado Descritivo do Brasil de 1587*, Gabriel Soares de Souza, senhor de engenho da Bahia, recomendava terapêuticas aprendidas com os indígenas: carimã (farinha de mandioca seca), misturada à água, como antídoto de envenenamentos e vermífugo; milho (*Zea mays* L.) cozido, para tratar doentes com boubas; sumo do caju (*Anacardium occidentale* L.) pela manhã, em jejum, para a «conservação do estômago» e higiene da boca; emplastos de almácega (*Protium heptaphyllum* March.; *P. brasiliense* (Spreng.) Engl.), muitas variantes e subespécies; várias outras espécies) para «soldar carne quebrada»; amêndoas de pino (figueira do inferno – *Datura stramonium* L.) para purgas, cólicas; araçá (*Psidium cattleyanum* Sabine e várias da família das mirtáceas) para «doentes de câmaras» (diarréia); tinta de jenipapo (*Genipa americana* L.) para secar boubas; jaborandi (*Pilocarpus jaborandi* H.) para feridas na boca; cajá (*Spondias lutea* L.) para febre e camará (*Lantana spinosa* L. ex Le Cointe) para sarna. Mencionando novamente as folhas de tabaco, também denominada *erva santa*, aconselhava seu uso para combater a asma e afirmava sucesso para a cura do «mal do sesso» ou maculo, parasitose intestinal originária da África, causadora de uma retocolite necrosante, que vitimava índios e colonizadores²³.

Frei Vicente do Salvador, em sua obra *História do Brasil. 1500-1627*, fez ampla descrição da vegetação brasileira. Conservando algumas vezes o seu nome indígena e rebatizando outras em português, indicava o uso de algumas plantas destacando, por exemplo, o poder terapêutico e cicatrizante da cabreúva (*Myrcarpus frondosus* Allemão, da família das leguminosas, subfam. papilionoídea), e das folhas da jurubeba (*Solanum paniculatum* L.). Mencionava ainda, entre outras, a erva fedegosa (feiticeira – *Cassia occidentalis* L. e outras), a salsaparrilha (*Smilax* spp.), o andaz (*Joannesia princeps* Vell. e outras euforbiáceas), como úteis no combate a uma grande variedade de doenças. Entusiasmado, acrescentava: «... não há enfermidade contra a qual não haja ervas em esta terra, nem os índios naturais dela têm outra botica ou usam de outras medicinas»²⁴.

Obra iconográfica de grande abrangência, datada entre 1625 e 1631, é atribuída ao padre franciscano Christovão de Lisboa, que mereceria muito mais atenção do que tem recebido pela historiografia dedicada ao assunto.

²¹ P. M. GÂNDAMO, *História da Província de Santa Cruz a que Vulgarmente Chamamos de Brasil*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 2004, pp. 85-86.

²² L. F. ALENCASTRO, *O Trato dos Videntes. Formação do Brasil no Atlântico Sul. Séculos XVI e XVII*, São Paulo, Companhia das Letras, 2000, p. 140.

²³ G. S. SOUZA, *Tratado Descritivo do Brasil em 1587*, Belo Horizonte/Rio de Janeiro, Editora Itatiaia, 2001, pp. 155-9.

²⁴ Frei V. SALVADOR, *História do Brasil 1500-1627*, São Paulo, Editora Universidade de São Paulo, 1918, pp. 35-68.

Intitulado «*História dos Animais e Árvores do Maranhão. Pelo Muito Reverendo Padre Fr. Christovão de Lisboa, Calificador do Santo Officio e Fundador da Custódia do Maranhão da Recolecção de Santo Antonio de Lisboa*», este manuscrito pré-científico é considerado pioneiro da informação portuguesa, quiçá comparável em importância à obra de Piso e Marggraf. Descreve, além de peixes, aves e outros animais, 55 espécies de plantas, caprichosamente desenhadas, identificadas com a designação indígena e acompanhadas de texto descritivo do autor²⁵.

Piso, Nassau, e a Ipecacuanha

Entretanto, o fitoterápico que mais interessou os europeus foi, indubitavelmente, a ipecacuanha (*Psychotria emetica* L.f., *Cephaelis ipecacuanha* [Brot.] A.Rich., e outras spp.), usada como purgativo e antídoto para qualquer veneno. Sua indicação medicamentosa nativa é inerente à própria lenda transmitida por inúmeras gerações de índios aos seus descendentes, e exemplifica como uma atenta observação da natureza era capaz de fornecer informações imprescindíveis aos que cuidavam da saúde tribal.

Contavam os anciões que a natureza emética da planta havia lhes sido ensinada pela *irara*, animal que tinha por hábito alimentar-se das raízes e folhas da ipecacuanha, sempre que tivesse bebido água malsã de um pântano, ou alguma água impura. Deste modo, tomaram para si a lição que o animal lhes dera, passando a fazer uso da benfazeja planta sempre que necessário.

A ipecacuanha foi uma das primeiras plantas a ser submetida a uma pesquisa científica. Apesar de não ter sido o primeiro autor a descrevê-la, coube a Willem Pies (Guglielmo [Guilherme] Piso), a elaboração de dados mais completos a respeito da prodigiosa planta. Sua obra «*História Naturalis Brasiliae*» (1648), tratado de patologia e terapêutica, é um marco nas investigações médicas do Brasil. Com informações colhidas junto à população local, Piso nos dá uma descrição minuciosa da ipecacuanha, o seu modo de preparo e efeitos. O próprio autor chegou a testá-la em soldados holandeses sob seus cuidados, e não lhe poupa elogios:

«Finalmente a ordem nos conduz a estas decantadas e salutareas raízes que, além de purgativas e eméticas, são exímios antídotos. Nem creio que nestas paragens se encontre facilmente melhor remédio contra as muitas doenças originadas de uma longa obstrução, sobretudo na cura dos fluxos do ventre.

Há duas espécies. Nenhuma delas foi descrita por ninguém, nem as suas propriedades exímias trazidas à luz, que eu saiba. Ambas servem para o mesmo uso, mas diferem nos graus das faculdades, no aspecto, no habitat... o caule se ergue com muitas folhas lanuginosas...; chamada pelos lusitanos, para se dife-

²⁵ A. M. M. BELLUZZO, «Expedições pelo Brasil», in *O Brasil dos Viajantes*, vol. 2, parte 2, São Paulo: Metalivros, Rio de Janeiro: Editora Objetiva, pp. 44-5.

rençar, *Ipecacuanha Blanca*, a qual, como transtorna menos o corpo e resiste energicamente aos venenos, é dada às crianças e gestantes.

A outra... é do comprimento de meio côvado, ornada de folhas em grupos de três ou cinco. Gosta dos lugares sombreado, e só se encontra nas densas florestas... Tem a raiz tênue,... de sabor...amargo, quente e acre. Seca, conserva-se por muitos anos; não perde facilmente as virtudes antidotais, sudoríferas, mas sim as vomitivas... Tem a propriedade de absterger, desobstruir os meatos e os infartos.

Seu uso é cotidiano; preferem-nas diluídas porque, com a maceração de uma noite ao sereno ou a cocção em água, comunica abundantemente sua virtude.

médica aos licores. Depois, a raiz morta, conservada e ainda preparada do mesmo modo, é aplicada para o mesmo uso; é então menos eficaz como purgativo ou vomitivo, porém é mais adstringente. De sorte que esta raiz não somente expulsa a matéria morbífica, embora tenacíssima, da parte atacada, e a expele pelos órgãos superiores, mas também, adstringindo, restitui o vigor das vísceras... Por isso é guardada religiosamente pelos brasileiros que, por primeiro, nos revelaram as suas virtudes.»²⁶ (grifo nosso).

Piso foi sem dúvida um dos principais autores responsáveis pela adoção entusiasta e o conseqüente uso corriqueiro da ipecacuanha pelos europeus. Considerando sua extraordinária importância histórica, julgamos oportuno ressaltar, ainda que de forma sucinta, aquele período no século XVII, considerado com justeza «um parêntese luminoso» na história brasileira²⁷ e a atuação do seu protagonista principal, João Maurício de Nassau-Siegen (n. Dillenburg, Alemanha, 1604; f. Kleve, 1679). Indicado pela Companhia das Índias Ocidentais (WIC) para atuar como governador das possessões holandesas no Brasil entre 1637 e 1644, Nassau faria jus a um comentário mais extenso do que permite este espaço limitado. Um dos frutos mais notáveis da sua genial visão foi a «*Historia Naturalis Brasiliae*», produzida sob sua égide, cuja segunda edição, publicada em 1657,²⁸ permaneceu o trabalho mais importante do gênero até o século XIX²⁹.

²⁶ G. Piso, *História Natural e Médica da Índia Ocidental*, Rio de Janeiro, Instituto Nacional do Livro, 1957, pp. 482-3.

²⁷ F. Azevedo, *A Cultura Brasileira*, São Paulo, Melhoramentos, 1964, p. 369.

²⁸ Publicada às pressas em 1648, a *Historia Naturalis Brasiliae* deixou Piso insatisfeito e determinado a preparar uma nova edição. As passagens citadas sobre ipecacuanha constam dessa segunda edição, publicada em 1657 sob o título *História Natural e Médica da Índia Ocidental*. Ela contém uma versão revista e corrigida da matéria médica (doenças, tratamentos) da edição original, sendo a parte relativa à história natural ampliada e inteiramente reescrita, enquanto a zoologia ocupa espaço muito maior do que na primeira edição. Marggraf, que contribuiu a maior parte da história natural à primeira edição, morreu na Angola em 1644, antes de poder organizar o seu material. Algumas das suas anotações, em código, foram decifradas por Jacobus Gollius, professor da Universidade de Leyden, e incorporadas à *História Natural e Médica* (publicação sob supervisão de Johannes de Laet). Inevitavelmente, Piso foi acusado de plágio; contudo, em um ensaio franco e simpático, logrou demonstrar que as alegações eram infundadas. (José H. Rodrigues, Esboço biobibliográfico. Prefácio, *História Natural e Médica*... 1657).

²⁹ J. H. RODRIGUES, «Escorço Biobibliográfico», in G. PISO (1957), *História Natural*... cit., pp. XVIII-XIX.

Nassau cercou-se de artistas famosos, homens de letras, humanistas e naturalistas – foi patrono de Piso e dos pintores Eckhout e Post, entre outros. Administrador e comandante militar competente, ampliou as possesões da WIC no Brasil. Entre inúmeras realizações, introduziu melhoras importantes na cultura de fumo e cana-de-açúcar, bem como na extração «do ouro doce», que foi monopólio da WIC. Nos oito breves anos de sua atuação, transformou o Recife, antes uma vila insignificante de pesca, no espaço urbano sul-americano mais importante do século XVII. Chamada de «cidade Maurícia», durante sua gestão no Brasil, ela foi dotada de ruas pavimentadas, canais, pontes, edifícios públicos esplêndidos, um museu natural, jardins botânicos e zoológicos, sistemas de drenagem e coleção de lixo, uma brigada de incêndio e até um projeto habitacional de molde social. No observatório astronômico de Recife, o primeiro no Novo Mundo, o alemão Georg Marggraf (também: Markgraf, Marcgraf) (1610-1644), matemático, médico, astrônomo, naturalista e co-autor da já mencionada *Historia Naturalis Brasiliae*, produziu a sua famosa descrição do eclipse solar de 1640³⁰.

De 1638 em diante, Piso viajou por todo o Nordeste do país, colecionou plantas e animais, e instruiu-se com os índios sobre suas doenças e medicina. Descreveu o sassafrás (*Aniba panurensis*, *A. amazonica*), salsaparrilha (*Smilax* spp.), pau-santo (*Guaiacum officinale*), a árvore de tamarindo (*Tamarindus indica*), petume (tabaco), taioba (*Colocasia esculenta*) e outras. Dentre as observações atribuídas a ele, segundo seus biógrafos, consta a observação de que o veneno das cobras é injetado pelos dentes; e foi ele quem realizou as primeiras necrópsias no Brasil. Piso e Marggraf, ambos médicos e naturalistas, não só descreveram os usos, propriedades medicinais e culinárias, e a maneira de preparação das plantas, mas de fato as empregaram para tratar os soldados holandeses sob as suas ordens. Assim, a *Historia Naturalis Brasiliae*, tanto quanto a *História Natural e Médica da Índia Ocidental*, são muito mais que descrições naturalistas do nordeste do Brasil do século XVII: são também, e sobretudo, compêndios inestimáveis da patologia e terapêutica da região daquele período.

Em Pernambuco do século XVII, instalou-se o primeiro herbário brasileiro de que se tem notícia. No campo das artes, a pintura, registrando as diferentes características físicas das plantas nativas, foi subsídio essencial para a sua caracterização. No *Theatrum Rerum Naturalium Brasiliae*, atribuído a Marggraf, a natureza é exposta de maneira ordenada, contendo muitas ilustrações de grande beleza, ícones animais e vegetais, acompanhados de estudos comparativos em obras atribuídas ao próprio Piso assim como a Eckhout e Post³¹. Infelizmente, tais estudos permaneceram desconhecidos por séculos, e não influenciaram as práticas médicas exercidas

³⁰ E. C. MELLO, «Os Holandeses no Brasil», in HERKENHOFF (org.), *O Brasil e os Holandeses*, Rio de Janeiro, GMT Editores Lda, pp. 20-41.

³¹ A. M. M. BELLUZZO, «A Construção dos Sentidos», in *O Brasil dos Viajantes*, 3.^a edição, Vvol. 1, parte 3, São Paulo: Metalivros, Rio de Janeiro: Editora Objetiva, pp. 88-140.

tanto na Metrópole quanto na Colônia – editados em países protestantes, a circulação destas obras eram proibidas em estados sob o braço de ferro Inquisição. Outro motivo dessa lacuna foi, sem dúvida, a pirataria biológica de viajantes que se apossaram das plantas e publicaram (em suas línguas) os conhecimentos adquiridos de índios e de naturalistas radicados e/ou atuantes na colônia, muitas vezes sem mencionar a origem de seus dados. Contudo, para Portugal também não era vantajoso divulgar os virtuais benefícios proporcionados por sua colônia, por temer invasões de outros estados europeus³² (29). Adentrando o século XVIII, assuntos relacionados ao Brasil eram tratados como segredos de estado e mesmo publicações portuguesas que continham informações consideradas vitais, eram retiradas de circulação. Um exemplo notório foi *Cultura e Opulência do Brasil*, de frei André João Antonil (nome adotado por Giovanni Antonio Andreoni, reitor do Colégio da Bahia e Provincial do Brasil entre 1705 e 1709); publicada originalmente em 1711, a obra foi retirada de circulação e apenas reeditada no Rio de Janeiro em 1837.

À medida que a colonização européia se tornava mais presente, avultou-se o cultivo de plantas medicinais. As primeiras levas foram provavelmente trazidas pela frota de Martim Afonso de Souza, já em 1532. Suas embarcações estavam repletas de ferramentas agrícolas, animais e plantas³³. Há registros de que até roseiras traziam a bordo, e se jardins eram considerados importantes, ervas medicinais certamente faziam parte essencial de sua carga. Hortelã (*Mentha* sp), endro (*Anethum graveolens*), coentro (*Coriandrum sativum*), funcho (*Foeniculum vulgare* Mill), segurelha (*Satureja montana* L.), alfavaca (*Ocimum basilicum* L.), gengibre (*Zingiber officinale* Roscoe) e outras, provenientes de várias regiões do mundo, tiveram boa adaptação ao clima brasileiro desde os primeiros anos da colonização. As plantas nativas, entretanto, não perderam a sua importância, e jamais deixaram de formar parte integrante da terapêutica híbrida utilizada pelos colonos.

Os Remédios de Paulistas

Durante muito tempo, os habitantes do litoral puderam contar com a assistência ocasional de médicos ou boticários, eventuais tripulantes de alguma embarcação ancorada em seu porto. Nas áreas rurais, porém, onde as vilas e cidades eram poucas e as distâncias a vencer enormes, a arte de curar estava entregue a leigos, com conhecimentos empíricos, que se utilizavam de tudo ao seu alcance: manuais oriundos de Portugal; medicamentos perpetuados pela tradição oral... A população, desde escravos a senhores de

³² A. D. E. TAUNAY, «Estudo Biobibliográfico», in A. J. ANTONIL, *Cultura e Opulência do Brasil*, 3.^a edição, Belo Horizonte, Itatiaia/Edusp, 1988, pp. 1-10.

³³ A. CUNHA, *Sertões e Fronteiras no Brasil. Notícia da Época Colonial*, Lisboa, Agência Geral das Colônias, 1945, pp. 80-106.

engenho, estava sujeita a doenças as mais diversas, e lançava mão de todas as práticas de cura conhecidas na época. Oriundos da cultura popular europeia, da sabedoria de pajés brasilíndios e escravos africanos, das formulações compiladas ou desenvolvidas pelos jesuítas, os remédios utilizados eram resultantes da miscigenação das diferentes culturas presentes no Brasil. Dentre esta farmacopéia variegada, destacavam-se os *remédios de paulistas*, assim chamados por terem sido difundidos e transmitidos pelos bandeirantes^{34, 35}.

Longe da imagem pitoresca que nos lega a tradição, os bandeirantes eram homens extremamente rudes, violentos, qualidades talvez imprescindíveis para aqueles que se propunham a embrenhar-se nas matas, enfrentando o desconhecido. Não iam sozinhos. Acompanhavam-nos em suas jornadas, índios de tribos amigas ou escravizadas, servindo como remadores, cozinheiros, guias ou ainda para garantir a segurança do grupo. A proximidade da convivência nestas longas viagens certamente influenciou hábitos e costumes, num intercâmbio cultural bidirecional. Seu reflexo é percebido nas condutas terapêuticas dos séculos XVI e XVII, difundidas e incorporadas por brasileiros nos rincões mais distantes, à medida que os paulistas avançavam sertão adentro.

Na bagagem dos bandeirantes, sujeitos a febres, disenterias e inúmeras outras afecções decorrentes do enfrentamento das matas, estavam incluídos instrumentos e apetrechos usados no tratamento das enfermidades a que estavam expostos. Sangrias e cauterizações de feridas eram realizadas por eles mesmos, em pleno sertão. Era imprescindível o uso de plantas medicinais encontradas no meio da floresta, às quais, eventualmente, eram adicionados excrementos humanos. A urina, por exemplo, era misturada ao fumo para tratar ferimentos de origens diversas. A pólvora aumentava em importância à medida que era utilizada no combate a várias afecções, sobretudo o *mal do bicho* (provavelmente, o maculo). O maior prestígio entre os remédios para essa moléstia cabia ao terrível saca-trapo, cujos ingredientes incluíam a pólvora, aguardente de cana, pimenta da terra, fumo e eventualmente suco de limão³⁶.

Nos *remédios de paulistas* figuravam ainda práticas como o uso da aguardente com sal para mordeduras de cobra; e o caldo de fumo, juntamente com a unção da pele com bolas de cera, utilizados contra as picadas de mosquitos, pernilongos e borrachudos, abundantes em muitas das regiões exploradas. As ervas cayapiá ou trigueirinho terrestre (*Dorstenia brasiliensis*, e outras espécies), assim como salsaparrilha (*Smilax* sp.) eram consideradas poderosas no combate à febre. Como preventivos de diversas afecções, inge-

³⁴ S. B. HOLANDA, *Caminhos e Fronteiras*, São Paulo, Companhia das Letras, 1995, p. 77.

³⁵ F. A. NOVAIS; L. Mello e SOUZA, *História da Vida Privada no Brasil. I. Cotidiano e Vida Privada na América Portuguesa*, São Paulo, Companhia das Letras, pp. 42-81.

³⁶ A. F. BRANDÃO, *Diálogo das Grandezas do Brasil*. Disponível em http://www.cchla.ufpb.br/pergaminho/1618_dialogos_-_brandao.pdf, pp. 31-33. Acesso em 21/04/2009.

ria-se a malagueta (*Capsicum frutescens* e outras da família das solanáceas) e o gengibre (*Zingiber officinale* R.). De grande apreço era o produto proveniente da raspagem de esporões da *anhuma*, tido como antídoto eficaz contra muitos tóxicos, ao passo que o corno frontal que este pássaro ostentava na cabeça (à semelhança do fabuloso unicórnio da mitologia medieval) era considerado amuleto precioso. Rezas e benzimentos eram parte integrante de toda e qualquer terapêutica empregada³⁷. A real importância destas práticas médicas foi estabelecida por Von Martius, naturalista que percorreu o Brasil no século XIX. Ele atribuiu aos bandeirantes o mérito da utilização e da difusão das plantas curativas brasileiras tanto quanto do descobrimento das minas de ouro³⁸.

Comentário

Muitas substâncias aberrantes incluídas nos *remédios de paulistas* podem, à primeira vista, causar repulsa àqueles leitores pouco familiares com práticas médicas antigas. Contudo, longe de ser exceção, a prescrição aos doentes de elementos hoje considerados estranhos e até repugnantes, era comum na Antiguidade (Suméria, Assíria e Egito, por exemplo, e, em grau menor, Grécia e Roma) e por toda a «civilizada» Europa durante a Idade Média e o Renascimento, até mesmo a época moderna.³⁹ São conhecidas formulações da época que continham substâncias tão diversas quanto vegetais, minerais, animais (tecidos, órgãos, ou animais inteiros, triturados, carbonizados, etc.), fezes e urina (de origem humana ou animal); poucas ou muitas delas eram incluídas em uma só receita. Era a chamada *Dreckapotheke* (alemão: farmácia de excrementos).⁴⁰ Em contrapartida, os indígenas geralmente rejeitavam o uso de dejetos, sobretudo fezes, para tal propósito.

Nos séculos XVI e XVII, não obstante a *Primeira Revolução Científica* (c.1550-1700 d.C.), a medicina teria ainda um longo caminho a percorrer para encontrar soluções eficazes para o tratamento de seus doentes, baseadas em conceitos científicos (na acepção moderna do termo). Como ressalta Lewinsohn⁴¹:

«... não havia na época [medieval] nenhum médico, nenhuma medicina, que pudesse transpor a barreira da ignorância do processo infeccioso... [razão por que era] impossível o verdadeiro progresso da ciência médica. Na ausência de

³⁷ S. B. HOLANDA, *Caminhos...* cit., p. 77.

³⁸ K. F. P. MARTIUS, *Sistema de Matéria Medica Vegetal Brasileira*, Rio de Janeiro, 1854, pp. 22-23.

³⁹ Descobrimos recentemente, em documentário da TV brasileira, que a ingestão de urina «para fins terapêuticos» é prática de uma «seita» contemporânea da chamada Medicina Alternativa!

⁴⁰ R. LEWINSOHN, *Três Epidemias...* cit., pp. 81-85.

⁴¹ R. LEWINSOHN, «Medical Theories, Science, and the Practice of Medicine», in *Social Science and Medicine* 46(10), (1998), pp.1261-1270.

conhecimentos cruciais sobre os processos fisiológicos da saúde e doença, sem falar de mecanismos patológicos e de conhecimentos farmacológicos específicos, o que reinava soberano era o caos da especulação.»

Os poucos médicos que migraram para o Brasil eram, em sua maioria, formados em Portugal, que sequer havia implantado o ensino prático da anatomia, já aceito em universidades italianas e francesas. Contudo, como indicado acima, os médicos formados por estas escolas também não seriam mais eficazes em sua atuação. Inevitavelmente, o atraso da medicina europeia estendeu-se à colônia. No Novo Mundo como no Velho, as atividades dos médicos pouco se diferenciavam das dos curandeiros, cirurgiões, barbeiros, boticários e outros que exerciam o ofício de curar.⁴² De qualquer forma, ainda que a medicina da época fosse mais adiantada e eficaz, o número ínfimo de médicos formados (inadequado mesmo na metrópole), teria sido insuficiente para atender um território de dimensões continentais.

O interesse nos *remédios de paulistas* está na constatação de uma verdadeira profusão medicamentosa durante os séculos XVI e XVII, um misto da medicina popular portuguesa e práticas ameríndias. Mais tarde, as plantas medicinais nativas, muitas vezes desprezadas pela medicina oficial, não seriam mais utilizadas como nos primeiros anos da colonização; porém jamais desapareceram. Inseridas nas farmacopéias coloniais, foram disfarçadas e algumas vezes renomeadas em português. A sabedoria dos pajés pode ter sido depreciada pela medicina «oficial», ou rotulada como «ignorância ameríndia»: a parte dessa medicina que sobreviveu, foi, e continua sendo, a prática viva popular. Muitos remédios populares, de uso diário no interior do Brasil contemporâneo, contêm plantas medicinais de herança indígena.⁴³ O uso de plantas medicinais em pleno século XXI não é um fato exclusivo brasileiro. Dados apresentados pela Organização Mundial da Saúde mostram que pelo menos 80% da população mundial já fizeram uso de ervas medicinais para procurar a cura ou alívio de algum sintoma; 65 a 80% dos habitantes de países do terceiro mundo dependem delas como forma única de acesso a cuidados básicos de saúde.⁴⁴ Muitas dessas plantas perderam sua identidade ao serem transportadas e estudadas por cientistas de várias nacionalidades, ávidos por descobrir novos medicamentos. Marques,⁴⁵ assim resume o problema:

«E os saberes sobre as plantas que curam se consolidariam como precursores das ciências farmacêuticas sob novas nomenclaturas e com outras nacionalidades.

⁴² V. R. B. MARQUES, *Natureza em Boiões. Medicinas e Boticários no Brasil Setecentista*, Campinas, Editora da Unicamp, 1999, pp. 262-284.

⁴³ M. R. L. BORRÁS, *Plantas da Amazônia: Medicinais ou Mágicas? Plantas Comercializadas no Mercado Municipal Adolpho Lisboa*, Manaus, Editora Valer, 2003, pp. 19-55.

⁴⁴ V. F. VEIGA JR; A. C. PINTO; M. A. M. MACIEL, «Plantas Medicinais: cura segura?», in *Química Nova* 28(3), (2005), pp. 519-528.

⁴⁵ V. R. B. MARQUES, *Natureza em Boiões... cit.*, p. 283.

Os saberes dos brasilíndios foram silenciados enquanto cientistas estrangeiros extraíam o princípio ativo das plantas brasileiras...» (Ver acima, o comentário sobre pirataria biológica.)

Finalmente, merece destaque a tendência mundial da busca de plantas medicinais adequadamente estudadas, a fim de que, determinados e extraídos seus princípios ativos, possam ser comercializadas em larga escala pela indústria farmacêutica. É uma das manifestações – talvez a mais importante – da procura universal de uma alternativa para a «pílula» (o remédio químico, sintético, da farmácia) e a *medicalização* do homem moderno. Nesta busca farmacológica por uma fitoterapia racional, solidamente baseada na ciência moderna, a riqueza biológica inenarrável do Brasil tem garantido um dos papéis principais.

COMPORTAMENTOS DE RESISTÊNCIA À INTEGRAÇÃO COLONIAL NA AMAZÔNIA PORTUGUESA (SÉCULO XVIII)*

por

RUI GOMES COELHO**

«Evocado dali, Portugal era uma quimera, não existia talvez. Pequeno e lá longe, os que o levavam na memória não estavam certos se viviam em realidade ou se sonhavam com as narrações dos que tinham voltado das descobertas. Vendo os contrastes que se agigantavam de dia para dia, a própria personalidade deles entrava em dúvida e todo o passado se esfumava momentaneamente, tudo lhes parecia ilusório. Eles seriam, porventura, uma alucinação sobrevivente de alguém que morrera pensando em fábulas bíblicas, em mundos pré-históricos, e, quando menos o esperassem, desvanecer-se-iam totalmente, como espectros de pesadelo. Só o perigo, mais temido do que em outra parte, por usar máscaras desconhecidas, os reconduzia à realidade, humanizando-os ante eles próprios.»¹

1. Prólogo: Pressupostos para o estudo de fenómenos de «resistência»

Entendendo o «poder» como capacidade geral de transformação da sociedade – partindo do sentido de Giddens –, imediatamente se multiplicam as possibilidades de análise das relações que o constituem, perseguindo a percepção daquilo a que se poderá chamar de heterogeneidade do poder: o poder como característica – positiva ou negativa – presente em cada indi-

* Este texto surgiu no ano lectivo de 2005-2006, no âmbito do seminário *O Brasil II* do Mestrado em História e Arqueologia dos Descobrimentos e da Expansão Portuguesa da Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa, da responsabilidade do Prof. Doutor Pedro Cardim. Agradecemos-lhe, desde logo, tanto pela orientação como pelo estímulo para a sua concretização. Agradecemos igualmente as informações ou leituras críticas da Dr.^a Ana Rita Trindade, da Prof.^a Doutora Cândida Barros, do Arqt.^o Edilson Motta, das Dr.^{as} Joanna Troufflard e Manuela Gonzaga, assim como os preciosos comentários e sugestões dos *referees*.

** Arqueólogo. Mestre em História e Arqueologia dos Descobrimentos e da Expansão Portuguesa, pela Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa. Associação dos Arqueólogos Portugueses. ruigomescoelho@gmail.com

¹ F. de CASTRO, *A Selva*, Lisboa, Guimarães, 2006, p. 65.

víduo, em cada grupo. O poder escapa, assim, tanto à ideia de ser exercido apenas por instituições formais, como à que constitui uma espécie de habilidade para a efectivação de um domínio de uma entidade sobre outra, ou seja, num sentido exclusivamente negativo. Desta forma, do mesmo modo que é exercido numa multiplicidade de contextos – com seus palcos e protagonistas –, também aquilo que se passa com os seus modos de reacção se poderá verificar dissemelhante².

Muito menos lícito será considerar a resistência como «a nettling influence, a kind of negative feedback to the overarching progressive quality of the state as a coordinator of societal production or as a solution to technical problems»³. Em boa verdade, a diversidade em que esta pode surgir é directamente proporcional à multiplicidade e intensidade dos meios utilizados por um poder em construção. Isto, entendendo-os ambos como partes essenciais de um processo dialéctico de gestão de relações sociais.

Importa pois, desde logo, definirmos o campo a que nos propomos. E aqui o ponto mais sensível será o geográfico. De facto, o nosso critério reduz-se à divisão dos administradores régios e dos governos eclesiásticos: o Estado do Maranhão e Grão-Pará, tornado do Grão-Pará e Maranhão nos meados do século. Justaposto, o Bispado do Maranhão, que em 1720 se desmembraria para dar origem ao de Belém do Pará. A Visitação inquisitorial de 1763 consolida, em boa verdade, a nossa opção. No fundo trata-se da Amazónia, na sua expressão cultural mais ampla⁴.

Tendo este espaço em mãos, expressão física do processo de integração colonial, dever-se-á realçar que será nas respostas suscitadas às comunidades que o habitavam que procuraremos definir comportamentos de resistência. Trata-se, em última análise, de tentar entender desde logo as vias alternativas à construção colonial – representada à partida pelas categorias do «homem» e do «branco», corporizadas numa determinada ordem social, económica e ideológica – que então se procuraram definir, mas também as práticas mais localizadas, com que cada indivíduo procurou, em relação ao sistema, ultrapassar os seus problemas.

É uma área que em pouco mais de um século passou de um estatuto relativamente periférico – em particular ao nível económico, já que, ainda que longe de sistemática, politicamente urgia a sua integração – para uma

² Para uma discussão sobre diferentes noções de «poder» e, especialmente, sobre a «heterogeneidade do poder», veja-se R. MCGUIRE e R. PAYNTER, «The Archaeology of Inequality: Material Culture, Domination and Resistance», in R. R. MCGUIRE e R. PAYNTER (eds.), *The Archaeology of Inequality*, Oxford e Cambridge, Blackwell, 1991, em particular pp. 5-13.

³ C. GAILEY, «Culture Wars: Resistance to State Formation», in T. C. PATTERSON e C. GAILEY, *Power Relations and State Formation*, Washington D.C., American Anthropological Association, 1987, p. 37.

⁴ Sobre a evolução do território da América portuguesa durante o século XVIII, veja-se J. R. MAGALHÃES, «As Novas Fronteiras do Brasil», in F. BETHENCOURT e K. CHAUDHURI, *História da Expansão Portuguesa*, 2. *O Brasil na Balança do Império*, s.l., Círculo de Leitores, 1998, pp. 10-42, e em particular pp. 26-42.

das chaves da política colonial do Reino, desde finais do reinado de Dom João V, e que se manteria praticamente até aos alvares de Oitocentos⁵. Tudo aponta, portanto, para que dinâmicas sociais particularmente ricas tenham tido lugar neste lapso. Especialmente se tivermos em conta, quanto ao tema em causa, que «Resistance is more easily documented in areas not fully under state control, regions peripheral or marginal to the polity, or historically rebellious. Marginality can exist even at the center of the polity», como sugere Gailey⁶.

E porque estamos a falar de um processo de choque e tensão que pode adoptar contornos variados, devemos assumir com certa naturalidade o surgimento de vias alternativas de gestão de poder, quer na direcção da satisfação dos intentos dos grupos que detém o poder dominante – neste caso económico, social e político –, quer buscando formas de lhe resistir, tanto perifericamente, como abrindo caminho para a sua suplantação⁷.

As formas como as comunidades do Norte da América portuguesa reagiram aos grupos dominantes, foram já diversamente tratadas, com marcos teóricos também distintos. Ultrapassada certa historiografia habituada a ver nos grupos sociais mais desfavorecidos do ponto de vista socio-económico, especialmente indígenas, um papel de vítimas da história, trabalhos mais recentes têm procurado devolver-lhes voz e mão activas, em particular no contexto da construção dos poderes coloniais.

Os resultados mais substanciais provêm do estudo das comunidades indígenas, que têm vindo a ser encaradas como participantes dinâmicos de um processo histórico cuja leitura tem sido, também ela, cada vez mais contextual. Assim, tem-se passado a colocar o agente indígena ao lado do colono, europeu ou americano, ou das comunidades trazidas do continente africano. Gente que, de igual modo, fez uso da política e da economia para dar cumprimento aos seus interesses⁸.

Muito embora as investigações, em geral, não concorram directamente ao estudo particular de comportamentos de resistência, o modo como

⁵ Para as transformações ocorridas nesta centúria, em particular a partir da dinâmica do Tratado de Madrid, 1750, passando pelo projecto de construção do novo Estado do Grão-Pará e Maranhão, sob os auspícios de Pombal e Mendonça Furtado durante o reinado de Dom José, veja-se Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos. Colonização e relações de poder no Norte do Brasil na segunda metade do século XVIII*, Lisboa, Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, 2000, pp. 65-132, bem como M. C. COELHO, *Do Sertão para o Mar. Um estudo sobre a experiência portuguesa na América, a partir da Colônia: o caso do Diretório dos Índios (1750-1798)*, tese de doutoramento apresentada à Universidade de São Paulo, São Paulo, policopiado, 2005, pp. 94-129.

⁶ C. GAILEY, «Culture Wars...» cit., p. 36.

⁷ R. MCGUIRE e R. PAYNTER, «The Archaeology of Inequality...» cit., pp. 4-7.

⁸ Desde logo Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...*, cit. O trabalho desta autora constitui, de facto, verdadeiro marco teórico para o estudo do contexto aqui em causa. Veja-se a este respeito também F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista. Guerras e rebeliões indígenas na Amazônia pombalina*, Manaus, Editora da Universidade do Amazonas, 2002, e, para uma perspectiva mais global, M. C. COELHO, *Do Sertão para o Mar...* cit., pp. 65-72.

decorre a sua análise em contextos mais amplos tem permitido a identificação de três grandes grupos, que aqui decidimos assumir, procurando desde logo debuxar as suas ordens de motivações concretas. Domingues, todavia, elaborou para a região em causa tipologia muito completa, que consiste em quatro formas de resistência, especificamente para indígenas e que associou ao seu contexto geográfico, a saber: «revoltas de etnias aldeadas», «revoltas de etnias não-pacificadas», «deserções individuais ou de pequenos grupos», para áreas de colonização diminuta, e «recurso aos meios legais», para áreas de colonização implantada⁹.

Preferimos, apesar de o trabalho da autora ter os indígenas no centro, começar o estudo de fenómenos de resistência a partir de outra perspectiva, assumindo que não se deve reduzir a uma comunidade específica. Cremos que a resistência pode assumir contornos mais globais, de reacção a poderes concretos que actuam sobre diversas comunidades, directamente sob a sua alçada ou não. Aliás, se olharmos globalmente os seus modos de acção, verificaremos que muitos casos há em que comportamentos específicos são transversais a múltiplos grupos sociais, e em múltiplos contextos geográficos. Sem prejuízo, claro está, de situações mais concretas, especialmente em função de causas apenas relacionadas com essas mesmas comunidades.

Aproximamo-nos, por isso, de Jones, quando procura demonstrar que «Ethnicity is a multidimensional phenomenon constituted in different ways in different social domains. Representations of ethnicity involve the dialectical opposition of situationally relevant cultural practices and historical experiences associated with different cultural traditions. Consequently there is rarely a one-to-one relationship between representations of ethnicity and the entire range of cultural practices and social conditions associated with a particular group. From a “bird’s eye view” the resulting pattern will be one of overlapping ethnic boundaries constituted by representations of cultural difference, which are at once transient, but also subject to reproduction and transformation in the ongoing process of social life»¹⁰.

Preferimos assim identificar comportamentos de resistência por via dos meios utilizados, abarcando a totalidade das comunidades em interacção com os poderes coloniais. Desde os europeus aos grupos indígenas que actuavam fora das alçadas coloniais – os chamados «não-pacificados» –, passando por categorias de outra natureza, como a de género. Para cada um deles procuraremos apontar as causas mais ou menos próximas, agrupando-as em categorias mais gerais, baseadas na matriz essencial dos diversos comportamentos de resistência e que, com a organização já exposta, foram em parte indicados por Domingues.

⁹ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...*, cit., p. 250. Para comparação com outros espaços coloniais, e tipologias adequadas às suas realidades sociais específicas, consultar as indicações bibliográficas de enquadramento feitas pela mesma autora.

¹⁰ Cit. por P. P. de A. FUNARI, «Maroon, race and gender: Palmares material culture and social relations in a runaway settlement», in P. P. de A. FUNARI, M. HALL e S. JONES (eds.), *Historical Archaeology. Back from the edge*, Londres e Nova Iorque, Routledge, 1999, p. 319.

Em primeiro lugar, por via de uma categoria a que chamámos resistência violenta, marcada por qualquer movimento de ruptura aberto, seja ele o confronto físico, a fuga, a deserção e, em última análise, a guerra, que mereceram, aliás, trabalho específico no que concerne aos grupos indígenas¹¹.

Depois, aquilo a que chamamos de resistência jurídica, que passa sobretudo pela utilização possível dos meios legais disponibilizados pelos grupos dominantes. Neste caso particular, é de notar a recente tese¹², sobre o Directório dos Índios, não tanto da perspectiva do projecto pensado a partir do Reino, antes como nascido das tensões geradas pelos protagonistas do contexto colonial.

Finalmente, a resistência cultural. Aqui, as perspectivas assumidas têm levado sobretudo em conta a permanência de hábitos culturais ancestrais no interior de comunidades em assimilação¹³. Pretendemos aqui alargar a categoria a todas as práticas heterodoxas, face aos modelos apontados pelas instituições políticas e religiosas de origem europeia. Mesmo se corporizados em indivíduos concretos.

Os recursos aqui compulsados serão quase sempre bibliográficos. Cumpre-nos sublinhar, todavia, que a documentação produzida pela Inquisição, que sistematizámos para a área e cronologia em causa, pode ser neste particular bastante frutuosa, tendo em conta que se trata de uma região muito pouco submetida ao exame do Santo Ofício, que apenas no século XVIII conhece uma Visitação. A última realizada em todas as Inquisições de fala portuguesa, de resto¹⁴.

Queremos com isto dizer, como sugere Ginzburg, que tal pode ser particularmente importante no sentido em que as realidades culturais tacteadas fogem quase sempre aos estereótipos de heresia dos inquisidores e que, por isso, acabam por motivar uma tentativa de aproximação expressivamente mais ampla. E cujos resultados dificilmente terão paralelo com qualquer outro tipo de informação produzida na Época Moderna¹⁵.

¹¹ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit.

¹² M. C. COELHO, *Do Sertão para o Mar...*, cit.

¹³ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...*, cit., pp. 189-198. Quanto à situação do presente objecto de estudo no panorama mais geral das problematizações sobre as identidades indígenas durante o processo de colonização da América portuguesa, e em particular sobre os séculos XVI e XVII, dever-se-á ter em consideração o importante estudo de E. V. de CASTRO, «O mármore e a murta: sobre a inconstância da alma selvagem», in *A inconstância da alma selvagem, e outros estudos de antropologia*, São Paulo, Cosac & Naify, 2002, pp. 183-264.

¹⁴ Os dados inéditos aqui apresentados têm vindo a ser sistematizados no âmbito de um projecto em curso, sobre a Inquisição na Amazónia do século XVIII, de colaboração com Ana Rita Trindade e Manuela Gonzaga e iniciado no ano lectivo de 2005-2006 no âmbito do Mestrado em História e Arqueologia dos Descobrimentos da Expansão Portuguesa da Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa. A documentação inventariada integralmente implica os *Processos*, os *Cadernos dos Solicitantes* e os *Cadernos do Nefando*. A actualização das transcrições é da nossa responsabilidade.

¹⁵ C. GINZBURG, *A Micro-História e outros Ensaíos*, Lisboa, Difel, 1991, pp. 203-214.

2. Comportamentos de resistência na Amazônia do século XVIII

2.1. *Resistência violenta*

2.1.1. Guerra

Poderá dizer-se que o início das respostas violentas aos europeus por parte dos indígenas no Vale amazónico é marcado pela própria chegada efectiva daqueles à região e pelos conflitos dinamizados por disputas entre franceses, ingleses, irlandeses, holandeses e portugueses, no primeiro terço do século XVII. Desde a viagem de Pedro Teixeira, na década de 1610, que a área começa a ser efectivamente apropriada pelos portugueses, rasgada que seria por constantes entradas¹⁶, e assinalada pela edificação de fortificações, cuja história relativamente incerta e marcada por destruições constantes, mostra bem quão violentos poderiam ser os resultados destas dinâmicas¹⁷.

Em 1632 era enviada uma expedição de punição comandada por Feliciano Coelho, maioritariamente composta por indígenas, contra nhengaíbas que se tinham aproximado ameaçadoramente de grupos de ingleses¹⁸. Este acontecimento mostra também que, desde cedo, os europeus se imbricaram fortemente com as comunidades ameríndias, dando origem a um processo histórico muito próprio que ancorava em raízes anteriores à chegada de Pinzón à desembocadura do Amazonas, e que largamente ultrapassou o estrito cumprimento dos interesses dos grupos instalados em Lisboa, Madrid ou na Bahia. Não nos reportamos, apenas, à simples reacção a uma presença alógena, com todo o seu significado agressivo.

Falamos, mais concretamente, da utilização estratégica de alianças firmadas entre indígenas e europeus que concorriam numa dinâmica em que estes últimos constituíram, muitas vezes, apenas um elemento adicional a ter em conta na complexidade local¹⁹.

Ainda sobre os nhengaíbas, uma informação sobre a Ilha de Joanes – na foz do grande Rio, futuramente conhecida por Marajó – enviada por Luís Vasconcelos de Sequeira a Dom Afonso VI e datada de Março de 1665, sugere – por experiência já bem consolidada – que «he aguerre com estas

¹⁶ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit., pp. 21-23.

¹⁷ A. H. F. de CASTRO, «O Fecho do Império: História das fortificações do Cabo Norte ao Amapá de hoje», in F. dos S. GOMES (ed.), *Nas Terras do Cabo Norte: fronteiras, colonização e escravidão na Guiana Brasileira (séculos XVIII-XIX)*, Belém, Editora Universitária da Universidade Federal do Pará, 1999, pp. 130-193, dá-nos uma visão de tempo longo sobre as fortalezas da desembocadura do Amazonas no seu lado Norte, correspondendo mais ou menos ao actual Estado do Amapá. Que foi, em boa verdade, o território onde decorreram os esforços militares de diversas potências concorrentes. Para uma história abrangente actualizada das fortificações no Norte da América portuguesa, notamos P. DIAS, *História da Arte Luso-Brasileira. Urbanização e Fortificação*, Coimbra, Almedina, 2004, pp. 403-432.

¹⁸ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit., p. 23.

¹⁹ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit.; M. C. COELHO, *Do Sertão para o Mar...* cit.

Nações prejudicialiSima á conquista, (por muitas rezois;) semdo aprinçipal serem as terras, erios queabitão apasagem p^a o Rio das Amazonas, emque total mente comsistem os progressos das Missõis [E lucros da conquista, e Intereços della]»²⁰. Algo bem significativo, e que deve ser associado a uma percepção mútua por parte de grupos europeus e indígenas, da importância militar de cada um, e que terá ocorrido desde muito cedo.

Em boa verdade, de outro modo seria incompreensível o próprio processo de expansão europeia naquela parte do mundo. De um problema que foi inicialmente militar, pela concorrência de outras potências europeias, para processo de natureza mais complexa, onde aquela componente se foi associando a uma outra, de natureza económica. E neste caso, factor determinante nos conflitos com populações indígenas seria a busca constante dos colonos pela mão-de-obra indígena, motivadora de resgates, descimentos a maior parte das vezes ilegais, e também eles causa de conflitos no seio dos colonizadores. Entre aqueles, a Coroa e a Igreja²¹.

De um modo geral poder-se-á dizer, pois, que foram estas as ordens de motivações mais importantes na abertura de conflitos abertos entre colonos e grupos dos Rios Negro e Branco durante todo o século XVIII, em particular na segunda metade. Por outro lado, também é certo que motivações havia que escapavam, de todo ou em parte, àquela dinâmica. Falamos, claro está, de processos de expansão de alguns grupos indígenas, como os muras e os mundurucus, que terão frontalmente colidido com a expansão europeia.

Setecentos é marcado, na bacia do Negro mas, sobretudo, do Branco, pelas tentativas de controlo militar pela Coroa portuguesa, face aos avanços dos Países Baixos, instalados no Suriname. Mais fortemente dos espanhóis, a partir do que é hoje a Venezuela, que não desdenhavam propriamente de se embrenhar por aqueles rios, constituindo na verdade a principal causa para as tentativas de fixação portuguesas naqueles territórios. É nesse contexto, pois, que deveremos situar as reacções violentas dos indígenas às forças coloniais²².

Peça central desses movimentos eram as intenções destas de praticarem descimentos, procurando que os grupos indígenas se fixassem em povoados permanentes e se adequassem, o mais intensamente quanto possível, às prioridades económicas, sociais e políticas da Coroa portuguesa. Ora, como sustenta Santos, «A disciplina européia sempre foi contestada na Amazônia, no período colonial, uma vez que agredia os costumes originais das populações indígenas»²³.

²⁰ P. VILA FRANCA e E. N. D. MOTTA, «António de Sousa de Macedo, Capitão geral e Governador da Ilha de Joanes. In *Armas e Troféus*, Série 9, Janeiro/Dezembro, 2005, pp. 165-166.

²¹ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit., pp. 13-38.

²² F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit., pp. 87-111.

²³ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...*, cit., p. 97. Sobre a problemática mais geral da integração das comunidades indígenas na sociedade colonial, embora com destaque para o entorno do Rio de Janeiro, veja-se o trabalho de M. R. C. de ALMEIDA, *Metamorfoses indígenas –*

A expansão no Rio Negro encontra-se assinalada, sobretudo a partir dos meados do século, por constantes episódios de tentativas negociais, que passavam pela oferta de artefactos de prestígio de natureza diversa, alternados por recusas indígenas mais ou menos violentas, quase sempre seguidas de operações de retaliação por parte dos portugueses. A chamada «guerra justa». Em diversos casos, era já depois da instalação sob o domínio colonial que as populações se sublevavam, por vezes implicando directamente tensões abertas pelos missionários ali instalados, como veremos adiante. Ficaram tristemente célebres os conflitos com os manaus, na margem direita daquele rio, submetidos entre as décadas de 1750 e 1760²⁴.

Em todo o caso, foram os conflitos com os muras e mundurucus que de modo mais intenso marcaram o processo de apropriação colonial. Na década de 1750 sabemos que já eram os mura reconhecidos pela sua belicosidade, tendo o Padre João Daniel atribuído tal ao modo como os colonos com eles lidavam: descimentos e negócios falsos que terminavam na escravidão. Mas o processo da sua expansão territorial começara ao que parece bem antes, por volta dos anos de 1720, num movimento que começaria no entorno do Madeira, em direcção a Leste²⁵.

Consta que João de Sousa, o sargento-mor que terá mais tarde estabelecido a primeira carreira entre o Mato Grosso e o Amazonas, se deparou com uma forte oposição por parte de grupo de muras. As armas de fogo levariam a melhor. Não sem que, todavia, os indígenas optassem por táctica de guerrilha, maximizando as suas especificidades militares. À custa disto, durante muito tempo sofreriam as povoações do projecto colonial de Mendonça Furtado, do Médio Amazonas ao Negro e Solimões, com ataques constantes, em especial aos seus fundamentos económicos, índios pescadores e brancos lavradores, bem como aos sistemas de comunicabilidade entre o Pará e Rio Negro e, talvez mais importante, entre o Amazonas e o Mato Grosso. Os auxiliares da capitania do Rio Negro passariam mesmo a ter como missão essencial uma operação de resposta anual²⁶.

Somente por volta dos anos de 1780 é que as tensões militares com os muras começaram a amainar. De facto, a propagação de epidemias de

identidade e culturas nas aldeias coloniais do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro, Arquivo Nacional, 2003, particularmente em pp. 129-185. Mesmo os agentes da colonização estariam perto do reconhecimento das razões que motivariam a recusa de grupos indígenas na sua integração. A mesma autora regista que na obra do jesuíta João Daniel, redactor de *Tesouro Descoberto no Rio Amazonas*, escrito na prisão entre 1757 e 1776, pouco faltou para «admitir que os índios tinham toda razão em fugir e em recusar uma situação que só os prejudicava», embora sempre insistisse na necessidade da sua civilização. Veja-se M. R. C. de ALMEIDA, «Um Tesouro Descoberto: Imagens do Índio na Obra de João Daniel», in *Tempo*, 3(5) (1998), pp. 147-160.

²⁴ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...*, cit., pp. 93-103.

²⁵ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...*, cit., pp. 63-86.

²⁶ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassallos...*, cit., pp. 283-284; F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...*, cit., pp. 63-86; M. R. AMOROSO, «Corsários no caminho fluvial. Os Mura do rio Madeira», in M. C. da CUNHA (org.), *História dos Índios no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras, Secretaria Municipal de Cultura, FAPESP, 1992, pp. 297-310.

varíola e sarampo, a par dos conflitos não apenas com os colonizadores mas também com os mundurucus, em parte suscitados pelos esforços políticos das autoridades coloniais, desferiram importante desgaste demográfico aos grupos mura, levando a que, assim parece, tivesse partido deles a iniciativa de paz²⁷. Domingues sugere que tal poderá ser entendido mais concretamente no referido contexto de luta contra os mundurucus, no qual a pacificação surgiria como resultado de uma aliança, tácita ou implícita, na qual os mura obtinham auxílio militar dos colonizadores²⁸.

Em todo o caso, o agravamento das suas condições socio-económicas conduziria a uma insurreição crescente no início da centúria seguinte. Ao ponto de, pouco mais tarde, terem conluiado esforços com os cabanos²⁹.

Factor interessante no que respeita aos mura, e ajuda a explicar a intensidade das suas acções na bacia amazónica, bem como os seus efeitos no sistema colonial, será a sua composição social heterogénea. Efectivamente, longe de constituírem apenas um grupo étnico, neles se inseriam uma grande diversidade de indivíduos afastados ou auto-marginalizados da sociedade colonial, como indígenas fugitivos, alguns ladinos, mamelucos, negros, mulatos. Em certo sentido, o mura poderia ser «o indivíduo que se «murificava» e que tanto podia ser o prisioneiro de guerra como o indivíduo que, voluntariamente, procurava junto destas comunidades alternativas à colonização»³⁰.

O problema dos mundurucus surge um pouco mais tarde. Conhecidos pelo menos desde 1768, na região do Rio Madeira e alto Tapajós, será no início da década seguinte que começarão a abrir-se conflitos com as autoridades portuguesas, na sequência dos trabalhos de demarcação de limites que decorriam do Tratado de Madrid. Em todo o caso, supõe-se que estes grupos já se encontrariam em processo de expansão em anos anteriores aos primeiros confrontos com os colonizadores. À semelhança dos muras, foram descendo o Vale do Amazonas da região do Madeira-Tapajós, passando ao Xingu, Tocantins e Moju. Entre as décadas de 1780 e seguinte, aproximavam-se perigosamente da própria capital do Estado, registando-se notícias da sua chegada ao Maranhão³¹.

Assim como os muras, assumiram uma tática de ataques directos às povoações coloniais e aos equipamentos económicos. A generalização destas operações, em relativo curto espaço de tempo, acabará por suscitar o que parece ter sido verdadeiro problema militar e administrativo. Contribuindo para um governo que, já de si, se encontrava historicamente fragilizado, tanto pelo recente investimento político e militar de que havia sido alvo por parte de Lisboa, como pela natureza económica, social e até territorial, da Amazónia³².

²⁷ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit., pp. 83-86.

²⁸ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 290.

²⁹ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit., pp. 83-86.

³⁰ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 281-282.

³¹ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit., pp. 115-142.

³² F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit., pp. 142-148.

Certo é que somente em 1794 se inicia o processo do seu descimento e «pacificação», aparentemente por via negocial. E muito embora as tensões nunca desaparecessem por completo, viriam a colaborar com as autoridades no combate a outros grupos indígenas e na própria Cabanagem, contra as forças revolucionárias e seus aliados mura³³.

Podemos assim verificar que o processo de apropriação colonial da bacia amazônica se poderá qualificar de verdadeira conquista, no sentido que lhe dá Santos. Uma conquista que assumirá como objectivo fundamental a redução dos indígenas a aldeamentos controlados pelas autoridades, quer civis quer religiosas num primeiro momento, e apenas civis desde que em meados do século se implementa o Directório.

A ruptura violenta dos poderes coloniais com as comunidades indígenas assumir-se-á quase sempre como natural, já que era constituída por um leque de opções que, como vimos, não oferecem novidade essencial pela chegada dos europeus. Em muitos casos, a oportunidade do confronto violento se terá aberto por complexa trama gerada pela ligação das dinâmicas socio-políticas europeias às indígenas, em que cada grupo procurava dispor das melhores ferramentas políticas para cumprir os seus objectivos³⁴.

Todavia, na maioria das vezes em que estes momentos de ruptura se verificaram, estiveram em causa os esforços de integração por parte dos colonos de origem europeia, que não raras vezes passaram por negociações políticas obscuras e desiguais com grupos indígenas, e pela violentação cultural e ideológica. Isto, para não falar das iniciativas militares unilaterais, tantas vezes plasmadas em descimentos forçados e operações para a redução de comunidades à escravatura³⁵.

2.1.2. Fugas e deserções

A fuga e a deserção deverão ter sido duas das formas conscientes mais comuns de resistência, largamente favorecida pelas condições que o Sertão proporcionava. Como espaço vastíssimo, servido por excelentes vias de comunicação fluviais, frequentemente percorrido por grupos indígenas de algum modo hostis cujo saber-fazer permitia o sucesso de apartamentos duradouros da sociedade colonial.

Os indígenas, em particular, «sediados pelos luso-brasileiros havia pouco tempo em povoações-satélite das fortificações, eram menos tolerantes

³³ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit., pp. 148-163.

³⁴ S. DREYFUS, «Os empreendimentos coloniais e os espaços políticos indígenas no interior da Guiana Ocidental (entre o Orenoco e o Corentino) de 1613 a 1796», in M. V. CASTRO e M. C. da CUNHA (orgs.), *Amazônia: Etnologia e História Indígena*, São Paulo, Núcleo de História Indígena e do Indigenismo da Universidade de São Paulo, 1993, pp. 19-41, problematiza como a presença europeia se veio entrelaçar com as dinâmicas políticas inter-tribais indígenas a partir do século XVII, particularmente na Guiana Ocidental e nas relações com a expansão holandesa, transformando-as em algo totalmente novo na maior parte dos seus aspectos fundamentais.

³⁵ Para tudo isto veja-se F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit., pp. 165-172.

às alterações culturais e civilizacionais que os «dominantes» queriam implantar»³⁶. Munidos dos conhecimentos necessários para a vida no Sertão, o seu regresso a ele era, de longe, tarefa facilitada.

Domingues mostra-nos como estas circunstâncias se evidenciaram por demais nas décadas de 1750 e de 1780, aquando dos trabalhos de demarcação de limites, momentos em que eram organizadas amplas expedições, para as quais as autoridades se viam obrigadas a recrutar índios como mão-de-obra. Lobo de Almada chegaria a ter de interromper as suas viagens na sequência de uma debandada geral dos indígenas responsáveis pelas canoas para a floresta, corriam os anos de 1780. Ocasões houvera em que desertariam, não apenas indivíduos e pequenos grupos, mas também comunidades inteiras, como ocorreria em 1785 nas povoações no entorno de São Gabriel das Cachoeiras. Como a autora explica, «para os índios da planície amazónica, as demarcações significavam trabalhos, afastamento da comunidade, fome, doenças e, às vezes, morte». Fugiam para mocambos, para o Sertão, procuravam voltar às suas regiões de origem³⁷.

Uma das formas de desrespeito à administração colonial manifestada no que chamámos fuga, acaba por se revelar de modo indirecto através dos padrões de infracção dos preceitos do matrimónio. O nosso conhecimento dos comportamentos dos bígamos baseia-se no trabalho inquisitorial, tendo em conta que foi sobre a Inquisição que recaiu, progressivamente, a alçada sobre estes casos³⁸. O estudo comparativo dos seus protagonistas pode revelar – inclusivamente num nível quantitativo –, como os fenómenos de rejeição do sistema colonial estavam generalizados na sociedade.

A autoridade inquisitorial neste particular radica num longo processo que tem início no século XIII, com o Concílio de Latrão (1215), que formaliza os requisitos necessários para as práticas do casamento, mas que em Portugal apenas dará sinais nos finais do século XIV e inícios do seguinte³⁹. Será, enfim, o Concílio de Trento (1545-1563) que promoverá uma reelaboração do pensamento sobre o matrimónio. Por questões políticas, os resultados da reunião conciliar obtiveram rápida difusão, ainda que tenha oferecido resistências diversas, mesmo ao nível dos poderes eclesiásticos:

«Das sessões XXIII e XXIV saíram 12 cânones, compilados em dois decretos, um de natureza dogmática e outro de natureza disciplinar. No primeiro foi confirmada a sacramentalidade e a indissolubilidade do matri-

³⁶ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 271.

³⁷ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...*, cit., pp. 270-272.

³⁸ Para o século XVIII estiveram em vigor dois Regimentos, datados de 1640 e 1774. *Regimento do Santo Ofício da Inquisição dos Reinos de Portugal...*, 2004, Liv. II, Tít. §8 (Bígamos apresentados); Liv. III, Tít. XV (Dos bígamos); 2004a, Liv. III, Tít. XII (Dos bígamos). Os bígamos poderiam incorrer, antes de 1774, até cinco anos nas galés depois de açoites públicos, para homens, os mesmos açoites e degredo para Angola ou Brasil, para mulheres, ou até oito anos de degredo em África e Brasil, para pessoa nobre. Depois, agrava-se o degredo até aos oito anos para pessoas plebeias.

³⁹ I. M. R. M. D. BRAGA, *A Bigamia em Portugal na Época Moderna*, Lisboa, 2003, pp. 19-38.

mónio e aceite o direito de a Igreja estabelecer impedimentos e no segundo, o chamado decreto *Tametsi*, fez-se depender a validade do matrimónio da observância da forma tridentina, que compreendia o mútuo consentimento, a celebração em face da Igreja e na presença de duas ou três testemunhas, além do proclame dos banhos (ou denúncias) e do registo do acto»⁴⁰.

E não obstante os graves castigos que a justiça civil continuava a prever no final daquele século⁴¹, a verdade é que a observância das regras tardava em consolidar-se. Em particular nos territórios ultramarinos. Onde veremos, aliás, que o Sínodo arquidiocesano da Bahia (1707) voltaria a insistir, desta vez ao nível regional, na generalização das boas práticas nesta matéria⁴². Naturalmente que tal se devia a ordens de motivações que não cessariam de se manifestar em todo o Antigo Regime e que pesavam bem mais que a estreiteza dos fundamentos jurídicos em jogo.

Quanto ao Reino, Braga concluiu que o segundo matrimónio resultou quase sempre da busca de melhores condições de subsistência, onde o trabalho tinha uma importância fundamental. A mostrá-lo temos uma esmagadora maioria de bigamos provenientes de estratos sociais socioeconomicamente desfavorecidos, ainda que fosse evidente a sua enorme mobilidade⁴³. No caso da América portuguesa, outros caminhos têm sido apontados.

Para Higgs, nos finais do século XVIII e inícios do século XIX, os indivíduos arriscar-se-iam a casar segunda vez pelo «desejo de ter um lar, uma identidade, uma união que lhe servisse de refúgio numa terra estranha como era o Brasil». Além de um elemento económico, como a possibilidade de auferir dos direitos à posse dos bens de outro cônjuge, «de uma parceira que fora enganada na maior parte dos casos», ou à transmissão segura de heranças⁴⁴.

Ramos, por outro lado, defende que a bigamia era muitas vezes suscitada pela combinação, no caso dos homens, da busca de relações sexuais e da manutenção de certo *status* social que não poderia ser obtido pelo relacionamento com mulheres de baixa condição socio-económica, frequente fora do matrimónio. Na prática, tudo se devia a uma questão de *honra*, a que se procurava, quando não obtida pelo nascimento, e a sua manutenção, pela protecção legal e moral que o casamento fornecia à família, em primeiro lugar, e aos seus protagonistas, em particular à mulher. O autor toma

⁴⁰ I. M. R. M. D. BRAGA, *A Bigamia em Portugal...*, cit., p. 22.

⁴¹ *Código Philippino ou Ordenações...*, 1870, Liv. V, Tít. XIX, Do homem, que casa com duas mulheres, e da mulher, que casa com dous maridos. Pr.-§3. As penas poderiam ir até ao degredo por tempo a determinar ou à morte, dependendo das circunstâncias do delito e da qualidade do réu.

⁴² *Constituições Primeiras do Arcebispado da Bahia...*, 1719, Liv. I, Tit. LXIV (Da idade, & capacidade que se requer nos que houverem de contrahir Matrimónio, & das denúncias que devem preceder a ella). Repare-se, em particular, no §269.

⁴³ I. M. R. M. D. BRAGA, *A Bigamia em Portugal...*, cit.

⁴⁴ D. HIGGS, «A Bigamia», in M. B. N. da SILVA (ed.), *Vida Privada e Quotidiano no Brasil na Época de D. Maria I e D. João VI*, Lisboa, Estampa, 1993, p. 155.

como caso paradigmático os casamentos de um açoriano dos meados do século XVIII⁴⁵.

Creemos que uma análise contextual dos casos de bigamia invalida algumas destas asserções no caso do Norte da América portuguesa. Aqui, verificamos ser praticamente idêntica a presença de indivíduos de origem indígena – 14 em 38, sendo quatro mulheres –, e brancos – 16, todos homens –, sendo aqueles automaticamente afastados de alguns dos citados modelos explicativos. Esse contingente ainda se torna mais relevante se acrescentarmos aos seus números os dos mamelucos, sendo eles dois homens e uma mulher. A maioria das histórias pessoais dos bigamos de origem ameríndia são pautadas por fugas dos seus antigos administradores – geralmente Missões –, geralmente associados aos primeiros casamentos.

Algo que nos parece levar a considerá-lo como comportamento de resistência activa ao processo de integração colonial, aqui em pelo menos duas vertentes distintas: a económica, através do aproveitamento do seu trabalho pelos Missionários, e cultural. O segundo casamento fora, em muitos daqueles casos, também ele coagido. O consorciado, chegado a uma nova vida, encontraria novo companheiro, com quem vivia em concubinato até que o novo senhor, ou o eclesiástico mais acessível, os compelia a celebrar matrimónio.

Com as autoridades bem conscientes das virtualidades da chamada dos indígenas aos sacramentos cristãos, logo em Outubro de 1719 Dom João V faria expedir para o Bispo do Maranhão uma provisão destinada a pôr cobro à particular bigamia dos índios⁴⁶. Uma breve descrição da essência dos casos habituais, feita pela ocasião, dá-nos conta de índios legitimamente casados nas aldeias – provavelmente Missões –, que delas saem para casar com outras pessoas nas casas dos portugueses, «o que resulta não só dano temporal das Aldeias pelo grande numero de índios, e índias forras que se acham casados com escravos, e escravas dos Portugueses, mas o espiritual das suas almas».

Desde logo, como vemos, uma questão económica e política para ser resolvida: as velhas contendidas da sobrevivência económica das Missões e destas com os colonos leigos na apropriação dos novos cristãos descidos dos matos⁴⁷. Mas ao Bispo importavam desde logo as matérias espiri-

⁴⁵ D. RAMOS, «Bigamia e valores sociais e culturais no Brasil colonial: o caso de Manuel Lourenço Flores e o seu contexto histórico», in M. B. N. da SILVA (ed.), *Sexualidade, Família e Religião na Colonização do Brasil*, Lisboa, Livros Horizonte, 2001, pp. 113-124.

⁴⁶ AHU, *Maranhão*, Caixa 12, Doc. 1248. Cópia de Provisão régia de 9 de Outubro de 1719.

⁴⁷ No caso específico da Amazónia, é sabido como os missionários – desde os poderosíssimos Jesuítas até outros grupos menos numerosos, como os Mercedários –, foram determinantes na progressiva integração daquele vasto território, por via da aculturação e da instrução religiosa. Por outro lado, os sertanistas procediam ao seu trabalho de exploração dos recursos naturais da floresta tropical e de captura de escravos, mesmo quando tal ficara proibido por disposições régias, logo desde o século XVII, lançando em debates intensos as forças da Igreja e aqueles grupos de homens, também eles miscigenados e pertencendo não se sabe bem a que lei. A Coroa procuraria ao longo dos séculos XVII e primeira metade da centúria seguinte ter um papel

tuais⁴⁸. Não deixaria, por isso, de avaliar o estado das almas dos índios e condição da fé destes homens, acabados de sair de Aldeias cujos administradores os faziam baptizar. Em particular no Pará, onde corriam notícias das constantes viagens de índios pelas roças dos colonos. Mudanças de vida, gerindo as contradições internas da sociedade amazónica. Segundo Dom Frei José,

estes índios são tão brutos que não têm mais fé que na boca, e ainda essa muito remissa, e são muito danados à mentira, dizem muitas vezes que são casados com as índias, com quem vivem em pecado, e como são naturalmente inconstantes indo para outra roça, ou qualquer outro sítio, fazem o mesmo

A vigilância especial que recomendava o Rei, essa, esbarraria contra os caracteres naturais daquele imenso espaço, condicionante até pontos limite, como veremos sempre, das acções de integração colonial. Além da própria memória da massa humana que aparentava descer de bom grado às normas de origem europeia, talvez ainda mais decisiva que as questões geográficas. Daí que o Prelado associasse à sua denúncia da irredutibilidade pagã dos ameríndios a desculpa da falta dos eclesiásticos locais às suas obrigações no que toca ao Sacramento do matrimónio:

porque são tão maliciosos que mudam os nomes, mudam as terras, e até os semelhantes mudam, porque se tingem, e desfiguram de sorte que não há quem os conheça nem os párocos os recebem sem testemunhas

Como os relatos dos casos de índios – e mamelucos – bígamos atestam, a sua integração na comunidade católica era particularmente árdua e morosa. Os seus sacramentos e instrução eram ministrados por vezes em massa, numa relação com colonos – laicos ou leigos – muitas vezes com uma forte tónica coerciva: em 14 índios, 12 deverão ter tido o estatuto de administrados, enquanto uma mulher era escrava, e dos três mamelucos que identificámos, eram dois provavelmente administrados. Forte sinal, à partida, destes traços condicionantes são a ausência que, por vezes, se faz notar dos livros de assentamento dos sacramentos dos neófitos de origem ameríndia.

E é com frequência que as consequências de tudo isto emergem. Os inquisidores em Lisboa a partir da década de 1750, aliás, queixam-se com frequência da rusticidade dos índios, salientando a falta de atenção com que certamente os haviam trazido à Cristandade, ensinando-lhes os missionários umas orações e pouco mais. A fuga, e um segundo casamento por vontade,

mediador, jogando consoante lhe parecessem mais úteis os esforços de ambas as forças. Veja-se, a propósito, G. MARTINIÈRE, «A implantação das estruturas de Portugal na América (1620-1750)», in J. SERRÃO e A. H. de O. MARQUES (dirs.), *Nova História da Expansão Portuguesa*, F. MAURO (coord.), 7, *O Império Português*, Lisboa, Estampa, 1991, pp. 130-139; Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 25-36.

⁴⁸ AHU, *Maranhão*, Caixa 12, Doc. 1248. Resposta do Bispo do Maranhão à Provisão régia de 9 de Outubro de 1719, em 10 de Junho de 1720.

constituíam muitas vezes uma situação que era, antes de mais, coerciva e que se confrontava violentamente com hábitos culturais enraizados.

Quanto aos 16 brancos identificados, dez tiveram primeiro casamento no Reino, três nas ilhas, e finalmente três na própria América portuguesa. Trata-se de indivíduos que exerciam um vasto leque de actividades, desde ofícios mecânicos, à pesca marítima e ao amanho da terra. Dois deles eram militares. Podemos dizer, pois, que globalmente assistimos a motivações de forte componente económica, próximas de questões de subsistência, conforme apontado por Braga, os quais constituem a maioria dos casos. E que muitos, em boa verdade, enunciam na primeira pessoa. Daqui deveremos excluir apenas quatro casos significativos, embora em certa medida com ordens de motivações também económicas. Três deles estão, aparentemente, relacionados com objectivos de ascensão social entre proprietários e a aristocracia fundiária regional. O outro com a *honra* como elemento moral estruturador das relações familiares.

Da bigamia como atitude de resistência poderemos, pois, reter duas conclusões fundamentais. Desde logo que os indígenas ou mamelucos a assumem rejeitando directamente um conjunto de regras, das quais o matrimónio tridentino também fazia parte, impostas coercivamente durante o seu processo de integração na sociedade colonial, a par de motivações económicas que frequentemente andavam de mãos dadas com aquela outra. No caso dos indivíduos de origem europeia, trata-se sobretudo de uma questão económica, onde a vida em conjunto detinha uma importância fundamental. Em particular, no caso dos oficiais mecânicos.

Tratava-se de garantir a sobrevivência nas franjas de um sistema que, no fim de contas, dependia da fixação e das actividades produtivas destas pessoas para se consolidar. É bom lembrar que o casamento era premissa essencial nos planos de integração colonial das autoridades, as quais concediam significativos dotes a quem se dispusesse a migrar e casar nesta região americana⁴⁹, além de permitir certo sossego social, no interior da comunidade local, o qual estava ausente de opções como o concubinato⁵⁰.

Outra categoria do que temos vindo neste ponto a tratar é a deserção militar. Fenómeno clássico na expansão colonial portuguesa⁵¹, no caso da

⁴⁹ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...*, cit., pp. 98-105; Â. DOMINGUES, «Famílias portuguesas na colonização do Norte brasileiro», in M. B. N. da SILVA (ed.), *Sexualidade, Família e Religião na Colonização do Brasil*, Lisboa, Livros Horizonte, 2001, pp. 215-221.

⁵⁰ R. VAINFAS, *Trópico dos Pecados: Moral, Sexualidade e Inquisição no Brasil Colonial*, Rio de Janeiro, Campu, 1989.

⁵¹ Embora com já mais de duas décadas, o trabalho de E. PEREGALLI, *Recrutamento Militar no Brasil Colonial*, Campinas, Editora da UNICAMP, 1986, continua a ser fundamental nesta matéria, permitindo aproximações transversais a todo o Brasil no que toca aos fundamentos da organização militar e resistências suscitadas. Isto, muito embora o seu enfoque seja ao Sudeste. Para uma perspectiva mais actualizada, embora generalista, sobre os aspectos sociais dos homens em armas durante o século XVIII, A. P. NUNES, «Quadros da vida militar – Das Ordenações sebasticas às invasões francesas», in M. T. BARATA e N. S. TEIXEIRA (dirs.), *Nova História Militar de Portugal*, 5, Mem Martins, Círculo de Leitores, 2004, pp. 62-91.

Amazônia Setecentista acompanha o aumento da atenção da Coroa sobre a região, que implicava o envio intenso e sistemático, de grande número de militares para as fortalezas da bacia do Grande Rio. Em particular aquando dos trabalhos de demarcação de limites⁵².

Tal como outras facetas da emigração para aquela região⁵³, o recrutamento militar assumiu uma via fundamental para a colonização. Em todo o caso, para lá dos corpos militares destacados com funções específicas, como os fulcrais trabalhos de demarcação de limites, «eram também transferidos jovens solteiros, arrolados voluntária ou compulsivamente, para servirem como soldados e cuja principal finalidade se prendia mais com a ocupação colonial do que com o exercício de uma função armada». Tido por vezes como meio de fuga a situações económicas precárias, a potencial busca por melhores condições de vida que marcavam a vida dos soldados ia de encontro a uma posição das autoridades que lhes permitia, com grande facilidade, alternativas depois de chegados aos seus destinos. Em boa verdade, era estimulado o casamento – em particular com indígenas, já que essa era um método «civilizador» bem considerado pelas autoridades coloniais – e assentamento, que implicava a concessão de dote, dos soldados, que assim encontravam uma saída fácil para a vida militar. Alguns, por estas mesmas razões, não chegavam sequer a ser matriculados em companhias nem a envergar fardamento, como ocorreria em 1754 com cinco pescadores algarvios⁵⁴.

Em todo o caso lembremos que a vida militar podia ter tido a sua origem num recrutamento compulsivo, além de adquirir contornos particularmente duros. Alguns soldados a servir no Grão-Pará e Maranhão, seduzidos na Europa com determinadas facilidades, encaravam apenas a desilusão e o perigo à sua chegada. Muitos viam definitivamente frustrados os seus intentos de alcançar melhores condições de vida.

Em 1753, por exemplo, Francisco Manuel da Cunha, filho de lavradores do Minho, encontrava-se a servir em Belém. Na contingência de ser enviado para o Rio Negro arranhou apressadamente um segundo casamento com Francisca Lopes que afastasse as dúvidas dos seus superiores sobre o seu estado. Preferiu assim o risco de incorrer em culpas de bigamia a ser enviado a combater para o Sertão, «onde morriam muitos dos soldados que para lá se tinham mandado»⁵⁵.

⁵² F. dos S. GOMES e S. M. S. NOGUEIRA, «Outras Paisagens Coloniais: Notas sobre desertores militares na Amazônia setecentista, In F. dos S. GOMES (ed.), *Nas Terras do Cabo Norte: fronteiras, colonização e escravidão na Guiana Brasileira (séculos XVIII-XIX)*, Belém, Editora Universitária da Universidade Federal do Pará, 1999, pp. 195-224; Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 98-105.

⁵³ Para uma perspectiva ampla sobre o fenómeno, veja-se Â. DOMINGUES, «Famílias portuguesas...» cit.

⁵⁴ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 104.

⁵⁵ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. N.º 11725. Auto de confissão de Francisco Manuel da Cunha, Lisboa, 20 de Fevereiro de 1758.

Outros militares confrontavam-se com os sempre presentes problemas das faltas do soldo, mantimentos e do abuso dos superiores. Noutro sentido, é possível que a deserção fosse também encarada como modo de reacção à intransigência do programa de ocupação colonial das autoridades, que por vezes se poderia confrontar com os seus próprios interesses como colonos⁵⁶.

Este tipo de circunstâncias, que suscitavam claramente a deserção, motivariam uma preocupação crescente das autoridades coloniais. Em causa estava desde logo o contexto de fronteira que adquiria a Amazónia, em disputa com espanhóis e franceses, em particular na capitania do Rio Negro a partir de meados do século. E tal se evidenciava muito claramente no tráfego relativamente comum de soldados desertados entre as possessões portuguesas e espanholas, quer atacassem as povoações ribeirinhas durante o percurso ou se limitassem a fugir. O surgimento de soldados que desertavam do lado espanhol e que se aproveitavam do interesse das autoridades portuguesas em obter todo o tipo de informações que poderiam abonar em seu favor, deixava entrever o pior⁵⁷.

Como sugere Costa, «[o] que ressalta da relação entre a sociedade e a guerra durante este período são as resistências encontradas pelas exigências inerentes à formação de uma força bélica regular e a diminuta expressão de uma cultura militar, mesmo ao nível da corte». A multiplicidade dos centros de *poder* que encontramos, a orientar, formalmente, a sociedade portuguesa ainda na segunda metade do século XVIII, ajuda a entender como se mostrava relativamente fácil optar pela deserção como modo de superação do que se considerava uma injustiça. O exemplo nas próprias armas vinha a este respeito, afinal, do comportamento da própria oficialidade e, na América, dos diversos níveis de autoridade sobrepostos, que patenteavam assumir posições por vezes contraditórias⁵⁸.

Daí até à busca de uma alternativa que possibilitasse não apenas o restauro de determinadas condições que os soldados consideravam prévias ao seu estado, ora postas em causa, mas também a «reinvenção»⁵⁹ de um contexto social que lhes parecesse mais adequado, era apenas um passo.

E se muitos dos fugitivos e desertores aproveitavam as circunstâncias para voltar às praças de origem ou para os locais onde mantinham a sua rede social – em particular os militares, independentemente da sua origem étnica⁶⁰ –, certo é que as fugas, tanto individuais como de grupos, desembocavam com alguma frequência na formação de mocambos, que surgiam um pouco por todo o Estado do Grão-Pará e Maranhão, para desespero das

⁵⁶ F. dos S. GOMES e S. M. S. NOGUEIRA, «Outras Paisagens Coloniais...» cit., pp. 207-204, 217.

⁵⁷ F. dos S. GOMES e S. M. S. NOGUEIRA, «Outras Paisagens Coloniais...» cit., pp. 207-204.

⁵⁸ F. D. COSTA, «Guerra e Sociedade», in M. T. BARATA e N. S. TEIXEIRA (dirs.), *Nova História Militar de Portugal*, 5, Mem Martins, Círculo de Leitores, 2004, pp. 366-367.

⁵⁹ F. dos S. GOMES e S. M. S. NOGUEIRA, «Outras Paisagens Coloniais...» cit., pp. 221-224.

⁶⁰ F. dos S. GOMES e S. M. S. NOGUEIRA, «Outras Paisagens Coloniais...» cit., pp. 212-124.

autoridades. Neles se ajuntavam tanto escravos de origem africana, como indígenas, militares desertados e fugitivos da justiça colonial⁶¹.

Durante todo o século XVIII se vão conhecendo mocambos implantados pelas capitanias do Pará e Rio Negro, com posturas frequentemente ameaçadoras da presença colonial. Não apenas por via de ataques directos à sua infra-estrutura económica de modo mais ou menos organizado, da qual dependeria em certos casos a sua sobrevivência⁶², mas também de modo indirecto, pela sua posição no contexto geopolítico regional⁶³. Tal ocorria especialmente com as comunidades amocambadas nas zonas de fronteira com domínios espanhóis ou franceses, como era o caso das terras do Cabo Norte, actual Amapá. Mas por todo o lado era possível observá-las, como fosse no entorno dos rios Curuá e Cuminá, Tocantins, junto a Belém, Marajó, ao longo dos Tapajós, Negro, Solimões, Xingu e Madeira. Ou ainda, mais para Leste, junto ao Maranhão⁶⁴.

A partir de meados daquele século são frequentes as medidas legislativas para acabar com os mocambos, nos esforços de construção do novo poder que a Coroa portuguesa almejava para aquela região embora, aparentemente, tenham tido quase sempre resultados pouco satisfatórios⁶⁵. As dificuldades práticas da sua execução encontrar-se-iam bem patentes num episódio, precisamente no Amapá, em que o pouco tolerante Mendonça Furtado se veria obrigado a colaborar com Francisco Portilho, um homem cujo poder ameaçava havia muito tempo a eficácia das autoridades coloniais.

Explicando ao Rei como aquele homem se poderia revelar útil, desde que se decidira redimir ante o indulto régio – e com a segurança da proximidade da fortaleza de São José de Macapá –, o Governador conta que pouco depois da sua chegada à região,

havendo notícia naquela Praça que de um Mocambo que estava a coisa de vinte léguas abaixo de Macapá, saíam os índios a fazer insultos naquelas vizinhanças, foi preciso ao Comandante mandar uma escolta àquele sítio de doze soldados o qual uniu sessenta e tantos índios dos novamente descidos, e chegando ao Mocambo se houveram os Principais e o Portilho que os acompanhou com tal desembaraço que em menos de duas horas prenderam mais de cento e vinte

⁶¹ F. dos S. GOMES, «Fronteiras e Mocambos: O protesto negro na Guiana Brasileira», in F. dos S. GOMES (ed.), *Nas Terras do Cabo Norte: fronteiras, colonização e escravidão na Guiana Brasileira (séculos XVIII-XIX)*, Belém, Editora Universitária da Universidade Federal do Pará, 1999, pp. 223-318; Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 113-114.

⁶² F. dos S. GOMES, «Fronteiras e Mocambos...» cit.; Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 113-114.

⁶³ Aqui importará referir o grande problema que significou, tanto para a Coroa portuguesa, como para os Bourbons, a enorme permeabilidade das fronteiras do Sertão, a que se somava o facto de existirem há muito rotas estabelecidas que escapavam totalmente aos intentos europeus. Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 226-237; S. DREYFUS, «Os empreendimentos coloniais e os espaços políticos indígenas...», cit.

⁶⁴ F. dos S. GOMES, «Fronteiras e Mocambos...» cit., especialmente pp. 271-272.

⁶⁵ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 113.

*peessoas, fazendo tal impressão naquela pobre gente, o ouvir falar no nome do Portilho que foi o mesmo saber que ele estava ali com a sua gente, que não haver um que se resolvesse a pegar em armas, ou que se atrevesse a defender*⁶⁶

Da Guiana francesa provinham grupos de escravos negros que fundavam comunidades mocambolas a que se juntavam tanto foragidos da administração das autoridades e colonos do lado português, como toda a sorte de gente que lhes permitia manter as comunidades viáveis, nomeadamente comerciantes. Daí que o governo de Belém tivesse particulares preocupações com a região do Amapá – para onde Gomes identifica 16 mocambos de negros entre 1734 e 1804 –, insistindo frequentemente no envio de escoltas armadas, como vinha fazendo de um modo geral em toda a bacia do Amazonas, receando sempre a mobilidade daquela fronteira. E, de facto, muitas vezes eram os escravos fugitivos seguidos de escoltas desde o outro lado, num movimento que perseguia outros mais antigos dos índios aruãs, que as preocupações régias assinalavam desde inícios de Setecentos⁶⁷.

Nos finais do século, as perspectivas abertas pela Revolução Francesa e os seus efeitos directos nas possessões americanas quanto às práticas do escravagismo, difundiam-se aberta e rapidamente. No Estado do Grão-Pará e Maranhão, ante fugas constantes que vinham desde sempre, temia-se cada vez mais uma insubordinação geral de escravos amocambados nas fluidas fronteiras, a par de uma intervenção francesa. Particularmente interessante é o facto de se atribuírem à comunicação das ideias revolucionárias entre os escravos de ambos os lados da fronteira e à organização política subsequente, graves perigos imediatos, capazes de suscitar nas autoridades expressivos movimentos militares destinados a eliminar mocambos do Amapá, nos anos de 1790⁶⁸.

Discordamos de Domingues, assim, quando realça os mocambos enquanto «possibilidade de os índios manterem a sua identidade étnica e cultural»⁶⁹. Como espaços alternativos à sociedade colonial participados por diversos grupos, com diversas ordens de motivações que tinham em comum a rejeição do modelo colonial, estavam longe de ser locais onde indígenas procuravam reconstituir as suas vivências tribais.

De facto, parece-nos que se fosse esse o objectivo essencial, regressariam às áreas de onde haviam descido. Em muitos casos, tendo em conta as fugas individuais ou de pequenos grupos, aquelas comunidades, mesmo maioritariamente compostas por indígenas, eram constituídas por indivíduos de procedências bem díspares – muitos deles nascidos já em núcleos coloniais –, e as suas expectativas dificilmente se concretizariam por força de «regressos».

⁶⁶ AHU, Pará, Caixa 35, Doc. 3273. Carta de Francisco Xavier de Mendonça Furtado para Dom José, Belém, 3 de Novembro de 1753.

⁶⁷ F. dos S. GOMES, «Fronteiras e Mocambos...» cit., e em particular pp. 269-275.

⁶⁸ F. dos S. GOMES, «Fronteiras e Mocambos...» cit., pp. 237-251.

⁶⁹ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 114.

Gomes nota, aliás, que ainda em meados do século XX se poderiam observar remanescentes dessas interações, em particular de grupos indígenas com elementos de origem africana⁷⁰.

Os mocambos antes seriam verdadeiros modelos de vivência alternativa a quaisquer outras comunidades, em certos casos com complacência de grupos perfeitamente inseridos na sociedade colonial, senão mesmo das autoridades⁷¹, recebendo contributos diversificados naquilo que Gomes e Nogueira assinalaram – para os desertores e suas redes de cumplicidades e solidariedades –, como «reinvenção» e «reelaboração» dos seus «espaços sociais em busca de autonomia»⁷².

Por todo o século XIX o fenómeno se intensificará, encontrando novas vias de construção de identidades autónomas com estruturas de poder alternativas, a ponto de se encontrarem ainda no século XX comunidades resultantes desses almejos, bem longe dos centros administrativos do novo Brasil. Onde, afinal, haviam desde sempre encontrado o seu próprio caminho⁷³.

2.1.3. *Revoltas*

Embora não seja simples definir *revolta*, entendemo-la aqui como atitude de ruptura violenta tendente à reposição de uma ordem pré-estabelecida entretanto violada – «a emenda do mau governo» –, na linha do que Hespanha definiu para o Antigo Regime. Como o autor mostra, a revolta evidencia-se quase sempre por «movimento sem forma nem cabeça, tumultuário, embora de violência extrema», que atribui ao que chama «grupos mais pobres da população». Algo que no presente caso se poderá estender a amplos sectores sociais, desde indígenas recentemente descidos a soldados reinóis⁷⁴.

⁷⁰ F. dos S. GOMES, «Fronteiras e Mocambos...», cit., pp. 277-279.

⁷¹ M. R. ASSUNÇÃO, «Quilombos maranhenses», in J. J. REIS e F. dos S. GOMES (orgs.), *Liberdade por um fio. História dos quilombos no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996, pp. 433-466; Gomes e Nogueira, 1999, p. 224; Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 114.

⁷² F. dos S. GOMES, «Fronteiras e Mocambos...» cit., p. 224.

⁷³ Para a sua evolução durante o século XIX – em que os quilombos ou mocambos se encontram melhor documentados –, e sobre os remanescentes do século passado, vejam-se os trabalhos de Assunção, 1996, sobre o Maranhão e os seus espaços de «fronteira», e de E. A. FUNES, «Nasci nas matas, nunca tive senhor», in J. J. REIS e F. dos S. GOMES (orgs.), *Liberdade por um fio. História dos quilombos no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996, pp. 26-51 no caso do Baixo Amazonas, em particular nas bacias do Curuá e Trombetas. No mesmo livro onde estes autores apresentam os seus estudos poder-se-ão encontrar sínteses fundamentais sobre o fenómeno em todo o Brasil colonial e imperial.

⁷⁴ A. M. HESPANHA, «Revoltas e revoluções: a resistência das elites provinciais», in *Análise Social*, 28 (120) (1993), pp. 95-96. Muitos exemplos haveria a dar de trabalhos mais ou menos recentes sobre esta problemática no Brasil colonial, em perspectivas acercadas ou não da daquele autor. Assinalemos aqui o trabalho de L. R. A. FIGUEIREDO, «Além de súditos: notas sobre revoltas e identidade colonial na América portuguesa», in *Tempo*, 10 (2003), pp. 81-95,

Em todo o caso, cremos que os fundamentos das revoltas deverão ir além das crises de abastecimentos ou agravamento – ou potencial iminência – da carga fiscal de diverso tipo. E isso torna-se particularmente evidente quando falamos de revoltas de comunidades de origem indígena, particularmente as aldeadas.

Aqui, o desrespeito de colonos e autoridades coloniais por grupos com determinados hábitos culturais e com um sentimento de unidade étnico ou, quanto mais não fosse, derivado das circunstâncias de um descimento recente, tomava-se quase sempre como pretexto para levantamentos gerais, que poderiam adquirir contornos particularmente impetuosos. Domingues assinala para o Rio Negro da segunda metade de Setecentos três grandes revoltas com este tipo de fundamentos⁷⁵.

Na primeira delas, logo no ano 1757 em Camará, Bararoá e Lalonga. Tudo começou quando o missionário local procurou separar um índio da mulher com quem vivia concubinado. Este pretexto correspondeu, bem como as suas consequências, a um processo que se tornaria típico nas revoltas de indígenas. Serviu, neste caso, para levantar três Principais em quem o protagonista achou suporte para arrombar a casa do eclesiástico e a igreja. Os elementos litúrgicos foram alvo de sacrilégio e a aldeia foi incendiada, tendo seguido depois para as aldeias seguintes, arregimentando mais dois Principais. Em Bararoá chegaram a degolar a imagem de uma Santa e a matar dois soldados. O ataque directo aos símbolos dos poderes coloniais. O Governador do Estado deu uma resposta previsível: uma tropa de repressão e a instauração de uma devassa com consequências especialmente violentas⁷⁶.

No Rio Branco a natureza da resistência violenta seria sensivelmente idêntica, embora mais tardia. De facto, Santos regista a primeira revolta apenas em 1780, na sequência das diligências de um eclesiástico para separar um casal de indígenas em concubinato, com ele em adultério, no aldeamento de São Filipe. O melindre da questão, a que se seguiria nos quatro anos seguintes uma insurreição generalizada na região, com fugas de aldeias e confrontos armados, levaria as próprias autoridades em Lisboa a recusar

que foca a América portuguesa entre a segunda metade de Seiscentos e os meados da centúria seguinte. Um caso claro, embora pontual e não concretizado, de uma acção tendente a restaurar uma ordem previamente estabelecida, foi o plano de alguns senhores de engenho e outros colonos, com o apoio de religiosos, no Grão-Pará e Maranhão no sentido de facilitarem uma possível invasão francesa e ulterior vassalagem aos Bourbons, face à imposta lei da liberdade dos índios de 1755, assim como à criação da Companhia de Comércio do Grão-Pará e Maranhão. Veja-se, a propósito, F. V. dos SANTOS, «Escandaloso desatino»: a sedição de 1755 em Belém do Grão-Pará», In *XXVI Reunião da Sociedade Brasileira de Pesquisa Histórica*, Rio de Janeiro, 2007, [em linha] Consultado a 2/5/2010 e disponível em http://sbph.org/reuniao/26/trabalhos/Fabiano_Vilaca_Santos/; F. V. dos SANTOS, «A Sedição do Engenho do Itapecuru: um projeto de troca de soberania no Grão-Pará (1755)», In *XXV Simpósio Nacional de História: História e Ética*, Fortaleza, 2009.

⁷⁵ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 270-279.

⁷⁶ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., 2000, p. 273.

uma declaração de guerra, a dispersão populacional, e a emitir uma amnistia geral. Efectivamente, a partir de 1784 assistimos a uma política de realdeamentos dos indígenas revoltosos a Sul da fortificação de São Joaquim, longe das regiões originais dos insurrectos. Factor que as autoridades entendiam estar na origem dos movimentos. Em 1790, em todo o caso, iniciava-se nova vaga de revoltas na região⁷⁷.

Como sugere Domingues, «Estas revoltas não eram particularmente dirigidas contra a pessoa do soberano e não expressavam a recusa destes grupos em pertencer a um espaço nacional, como não eram exclusivamente provocadas pelos motivos factuais que as despoletavam. Dirigiam-se contra alvos mais abrangentes, que se resumiam ao problema da incorporação de uma camada populacional maioritária de formação cultural não-colonial no sistema político colonial»⁷⁸.

Se por um lado estas revoltas poderiam resultar da presença dos europeus, como catalisadora de conflitos internos indígenas que então passavam a ser canalizados para o confronto com um inimigo comum, por outro lado serviam a construção identitária autónoma, por via de sentimentos de coesão políticos e culturais⁷⁹. Noutro sentido, as dinâmicas geradas pelo Directório cuidariam, na opinião de Farage quanto ao caso particular da bacia do Branco, em manter vivas as tensões entre autoridades e indígenas, conduzindo, em curtos espaços de tempo, para novas situações de confronto armado⁸⁰.

Atitudes violentas próximas das que observámos em indígenas amotinados podemos encontrá-las também em pequenos grupos, ou indivíduos isolados, perfeitamente inseridos em contextos coloniais.

Falamos concretamente de experiências de sacrilégio que já atrás brevemente observámos. Em 1764, por exemplo, eram denunciados à Mesa da Visitação inquisitorial em Belém dois filhos de um Capitão de Auxiliares, de nome João Miguel Aires, irmão do Capitão-Mor José Miguel Aires, por acções havidas num oratório que o seu tio tinha numa fazenda no Marajó. Manuel e Pedro, de seus nomes, ambos solteiros, costumavam «fazer horriueis desacatos, E accoens que Costumaõ faser Os Indios»: cuspiam no Santo Crucifixo e nas imagens sagradas, chamando-lhes depois de «Hipocritas», «Judeo», entre outros.

Além disso, tiravam determinadas imagens do altar, defronte das quais abriam as nádegas. Mexiam constantemente nas alfaiais litúrgicas e o mais velho, Manuel, certa ocasião chegara a deitar ao fogo uma imagem de Santo António, que depois deitaria fora. Parece-nos pouco plausível que tal signifi-

⁷⁷ F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit., pp. 107-110; Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 274-277.

⁷⁸ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 278.

⁷⁹ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 278. A autora assinala, aliás, a semelhança destes fenómenos com outros ocorridos na América hispânica.

⁸⁰ Cit. por F. J. dos SANTOS, *Além da Conquista...* cit., pp. 110-112.

caria apenas, como justificava a sua mãe perante os rigores do tio ante tais actos, que «eraõ rapazes, E que não Sabiaõ o que fasiaõ E entenderiaõ que Aquella Imagem era alguma boneca»⁸¹.

Sinal de que não se trataria de mero comportamento de jovens insolentes constitui a sua relativa generalização em núcleos coloniais. O sangrador João Vidal de São José denunciara um ano antes Joana Mendes, a Azeitona, cafusa presa no Aljube Eclesiástico que a uma outra prisioneira, a índia Rosaura «tirara o Rozario que tinha ao pescoso E lhe rompera o cordão Lansando as contas no chaõ E conculcandoas Com os pez diZendo renegaua da SantiSima Trindade E da Virgem Maria Nossa Senhora». Além disso, a própria declararia ao denunciante que tinha uma imagem do Senhor Crucificado em casa que pretendia atirar à rua «pera que todos Uissem aquelle desacato»⁸².

Francisco da Costa Xavier, um escravo negro natural da Bahia mas morador no Pará, chegara a entrar em templo, onde partiu imagens e proferiu blasfémias, entre outros actos que motivariam viva intervenção directa do próprio Governador Capitular do Bispado, o antigo Visitador Geraldo José de Abranches. Actos que se considerariam suficientes, em boa verdade, para que fosse enviado aos Estaus, onde seria castigado⁸³.

O padre João Daniel, autor do já referido *Tesouro Descoberto no Rio Amazonas*, assinala-nos o significativo comportamento de um índio que, condenado a dez açoites por ter faltado à missa, agradeceu o castigo e solicitou outros tantos pela missa do Domingo seguinte, a que assegurou também vir a faltar⁸⁴.

Tratam-se de comportamentos violentos, a nosso ver, que atacando símbolos religiosos poderão constituir modo de reacção ao sistema colonial de modo geral. Por motivos mais ou menos pessoais que, dificilmente, viremos a conhecer concretamente. Algo de significativo, todavia, deverá ser aqui assinalado: os três últimos casos reportam-nos a uma realidade marcada por indivíduos pertencentes a grupos sociais de facto desfavorecidos. Tanto pelas suas origens étnicas, como pelos seus estatutos, uma das pessoas por ter sido levada à prisão, outra ainda por estar reduzida à escravatura.

Quanto aos soldados que se amotinavam, as causas eram semelhantes ao que já apontámos para as fugas, em particular no que respeita às faltas de soldos e mantimentos. Podemos assumir a revolta militar como uma

⁸¹ «Denunciação que fas Romão Le.º de Oliveira», *Livro da Visitação do Santo Ofício da Inquisição ao Estado do Grão-Pará, 1763-1769*, J. R. do A. LAPA (ed.), Petrópolis, Editorial Vozes, 1978, pp. 218-221. Procedeu-se à denúncia em 18 de Maio de 1764. Por uma questão de legibilidade, nos casos em que algumas palavras surgem agregadas na transcrição feita para a publicação desta fonte optámos por separá-las. Os títulos, nos casos em que consultámos os originais, são desdobrados.

⁸² «Denunciação que faz João Vidal de S. Joze de Joanna Mendes», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 162-165. Denunciada em 15 de Outubro de 1763.

⁸³ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. N.º 719. Denúncia em 4 de Maio de 1771.

⁸⁴ M. R. C. de ALMEIDA, *Metamorfoses indígenas...* cit., p. 149.

variação de grau do comportamento anterior, portanto. Neste particular, verificaremos que a revolta poderia ir além da massa tumultuária, assumindo contornos de verdadeira acção política concertada.

Um dos casos mais graves terá ocorrido em 1757, pouco depois de o Governador se ter ausentado do arraial do Rio Negro para proceder a recrutamento na região. Os soldados, aparentemente como forma de reacção à falta de pagamento dos soldos, apropriaram-se de mantimentos, pólvora e dinheiro, bem como de dez canoas, que utilizaram para subir o Solimões em direcção às possessões espanholas.

Pelo caminho foram assaltando canoas e pescueiros. Chegados a Coary viram juntar-se-lhes parte de uma força que os tentara deter, e cujo comandante acabaria por se entregar. Como Mendonça Furtado contaria mais tarde, os desertores decidiram apresentar as suas reivindicações dirigidas ao Rei: exigiam o que lhes havia sido prometido em Lisboa quanto ao soldo, sem desconto de farinha e farda. Se o Governador lhes dava razão quanto à farda, pois assim estava estipulado no Decreto de criação dos Regimentos de que faziam parte, considerava que o resto era reflexo de comportamento arrogante e insolente⁸⁵.

Para Gomes e Nogueira, esta situação representa não apenas um sinal evidente das más condições de vida que os soldados enfrentavam ao prestarem serviço na região amazónica, como temos vindo a assinalar, como também uma forte consciência interna, a par de uma compreensão global da sua importância neste contexto geopolítico, que impelia a sua capacidade reivindicativa⁸⁶.

Decerto a volumosa quantidade de informação disponível nos arquivos – em particular do Arquivo Histórico Ultramarino, em Lisboa – respeitante a este fenómeno e constituída por uma enorme variedade de instrumentos, desde correspondência a devassas, poderá um dia permitir uma sistematização abrangente das suas ordens de motivações. Cujá complexidade, enfim, somente se deixa hoje entrever.

2.2. *Resistência jurídica*

Embora seja certo que a eficácia deste tipo de resistência variasse de grupo para grupo, parece evidente que um dos caminhos imediatos fosse apontar «que se estava a governar contra o direito ou contra a justiça ou que

⁸⁵ F. dos S. GOMES e S. M. S. NOGUEIRA, «Outras Paisagens Coloniais...» cit., pp. 210-212.

⁸⁶ F. dos S. GOMES e S. M. S. NOGUEIRA, «Outras Paisagens Coloniais...» cit., p. 212. F. V. dos SANTOS, em «Com as fardas nos braços»: motins de soldados no Pará e no Rio Negro (1755/1757), In *Anais Eletrônicos do XXIV Simpósio Nacional de História – História e multidisciplinaridade: territórios e deslocamentos*, São Leopoldo, 2007, sublinha a ideia de que o alívio de penas pesadas para os soldados que tomaram parte nas revoltas de 1755 e 1757 em Belém e no Rio Negro, respectivamente, bem poderá corresponder a uma tentativa por parte das autoridades coloniais em dissipar tensões acumuladas com os militares, sustentar equilíbrios para concretizar a empresa de reorganização colonial que Mendonça Furtado tinha em mãos.

se estava a inovar imprudentemente»⁸⁷. Ainda assim, aquilo a que podemos chamar de resistência jurídica terá sido de mais difícil execução que outros tipos de comportamento.

Mesmo considerando que as sociedades de Época Moderna se encontravam fortemente fundamentadas no direito, no sentido que sugere Hespanha⁸⁸, e apesar de as instituições coloniais disponibilizarem os mecanismos necessários, é significativo que sejam raras as iniciativas providas de grupos sociais menos bem situados do ponto de vista económico e social nas escalas coloniais. Parece evidente, portanto, que se as estruturas de poder concediam potenciais vias de acção aos injustiçados, essas actuavam também como mecanismo de dissipação de tensões sociais, em particular se coniventes com a acção dos grupos que as detinham em suas mãos.

Por tudo isto veremos como o recurso consciente aos meios legais nem sempre se fará de modo directo.

2.2.1. Recurso às instituições régias

Como realça Domingues para os grupos indígenas, gente havia que estava bem ciente dos mecanismos que a Coroa, em particular, lhes deixava para reagirem a abusos de diversa ordem por parte das autoridades coloniais. A partir de meados do século, não só poderiam auferir dos mecanismos disponibilizados enquanto vassalos do Rei, como beneficiavam de instituições específicas como o juiz da liberdade dos índios e o procurador dos índios, além do estatuto jurídico dado aos chamados «desprotegidos e miseráveis»⁸⁹.

«Os protestos surgiam quer em nome individual quer por parte de «associações de solidariedade» que podiam englobar unicamente moradores como, também, populações e entidades oficiais. A câmara em bloco ou, então, apenas algumas figuras proeminentes do senado davam credibilidade e força às queixas que surgiam (...). Estas dirigiam-se, sobretudo, contra as injustiças perpetradas pelos directores, mas as acusações podiam ainda abranger juizes de julgado, governadores de fortalezas e, até mesmo, os governadores e capitães-generais das capitanias»⁹⁰.

Algo revelador de uma aproximação das comunidades ameríndias às autoridades coloniais, que a autora associa a uma consciência concreta da condição de vassalagem ao Rei, e ao seu enquadramento jurídico. As causas estavam quase sempre relacionadas com abusos de poder por parte das autoridades coloniais, de ordem económica – como a exploração do trabalho indígena, em condições de escravatura ou dela próxima –, ou social – como

⁸⁷ A. M. HESPANHA, «Revoltas e revoluções...» cit., p. 97.

⁸⁸ A. M. HESPANHA, «Revoltas e revoluções...» cit., p. 97.

⁸⁹ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 250.

⁹⁰ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 266.

a ofensa pelas suas práticas culturais ou abusos de diversa ordem, como a violência física e sexual –, bem como por via do desrespeito de privilégios⁹¹.

Os indígenas recorriam quer aos mecanismos da justiça secular quer aos próprios responsáveis, como seja o Governador do Estado, quando se proporcionava o apoio de alguém mais ou menos versado no contacto com as autoridades coloniais – que podiam ser os Principais ou colonos solidários, algumas vezes à margem dos directamente implicados – e com a legislação específica – realçando a devida prática do Directório⁹².

Uma petição que Dona Mariana de Saldanha, filha do Principal da vila de Tomar, envia ao Governador em Julho de 1770 é bem significativa quanto à intensidade dos abusos cometidos. Ela dá conta da participação forçada dos indígenas locais em trabalhos privados do Director, que com frequência os submetia a castigos físicos, além de se escusar às suas responsabilidades no cultivo e manutenção da roça, do comércio e habitações dos moradores.

Além disso, queixava-se das injustiças de que se sentia alvo, por não ceder ao apetite sexual do responsável local. As dificuldades dos grupos de origem ameríndia para enfrentarem legalmente os infractores levariam Dona Mariana a aventar que apenas opta pelo recurso jurídico por ter sido dotada das ferramentas necessárias, ao contrário dos que «tomam por amparo das suas enfelecidades as intrincadas veredas dos matos e se vão meter entre o gentio»⁹³.

2.2.2. Recurso à Inquisição

Outra das instituições a que diversos grupos terão recorrido nas suas tentativas de superação de tensões terá sido o Tribunal do Santo Ofício. Além do mero papel repressivo, dever-se-á também olhar a Inquisição como entidade que disponibilizava importantes mecanismos de gestão de relações sociais, mesmo por parte de grupos à partida menos favorecidos. E que, em última análise, interessavam à própria, na medida em que canalizavam os eixos de acção dos implicados directamente para o campo de visão dos grupos sociais dominantes. O que, de resto, se aproximava bem dos intuitos dos outros membros da justiça, fosse secular ou eclesiástica.

Enquanto palco para comportamentos de resistência, o Santo Tribunal pode ter sido utilizado por via de ferramentas previstas na actividade inquisitorial, ou de modo indirecto, através da denúncia de situações da sua alçada que ameaçavam claramente uma das partes em conflito.

De qualquer modo, a sua utilização implicava sempre um conhecimento mínimo do seu funcionamento, cuja transmissão se poderia, de modo geral, processar de modo semelhante ao que se passava com a justiça régia: a soli-

⁹¹ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 251-263.

⁹² Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 265-270.

⁹³ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 265-269.

dariedade de indivíduos relativamente bem integrados no sistema colonial, ou acções de divulgação concretas de iniciativa do próprio Santo Ofício – os conhecidos Editais.

No caso concreto da Amazónia de Setecentos, desconhecemos totalmente os modos de transmissão desse tipo de conhecimentos, presumindo que fossem próximos dos que Domingues assinalou para o caso dos indígenas. Efectivamente, podemos observar maioritariamente grupos desfavorecidos no sistema colonial a recorrer à Inquisição como comportamento de resistência. Muito embora não lhe associemos qualquer indígena.

A faculdade de julgar os actos de solicitação no sacramento da confissão⁹⁴ permite-nos, neste particular, aceder hoje a importantes testemunhos do que poderemos associar a uma das faces das relações de género. No caso em estudo, é mesmo o segundo tipo de crime mais numeroso – seguindo-se à bigamia –, com mais de 20 mulheres a serem alvo de variadas atitudes por parte de 33 sacerdotes⁹⁵, em espaços cuja diversidade iria bem além do previsível confessional: podiam ser redes, escadarias, um quarto particular. Isto é particularmente importante porque mostra, do ponto de vista do disciplinamento de Trento, como não foi fácil a interiorização de uma expansão da fé nos modelos emanados da Europa⁹⁶.

A reunião arquidiocesana de 1707 na Bahia demonstra-lo bem, assinalando pela primeira vez a necessidade de uma acção eficaz contra as heterodoxias do Novo Mundo sob domínio português. São bem veementes as considerações dali emanadas, a respeito dos padres solicitantes, manifes-

⁹⁴ *Regimento do Santo Ofício da Inquisição dos Reinos de Portugal...*, 2004, Liv. II, Tít. III, §2 (Denunciação de confessor solicitante), Liv. III, Tít. XVIII (Dos confessores solicitantes no sacramento da confissão); 2004a, Liv. III, Tít. XV (Dos confessores solicitantes no sacramento da confissão). Poderiam os seculares, sob ambos Regimentos, ser privados, para sempre, da faculdade de confessor e ser degredados até dez anos para fora do Bispado do lugar de delito, suspensos do hábito.

⁹⁵ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Cad. dos Solicitantes n.º 17; Liv. n.º 759; 25, Liv. n.º 766; 26, Liv. n.º 773; 27, Liv. n.º 767; 28, Liv. n.º 768; 29, Liv. n.º 770; 30, Liv. n.º 769; 31, Liv. n.º 763. Índice 2.º dos Solicitantes, Liv. n.º 774; ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 8125.

⁹⁶ É já longa a discussão sobre a implantação do catolicismo na América portuguesa e os modos de confronto, ou conciliação, com as realidades locais existentes ou em construção. Em todo o caso, é generalizada a ideia de que a Igreja adquiriu nas Américas particularidades muito significativas. Ver, a este respeito, os trabalhos de R. VAINFAS, *Trópico dos Pecados...* cit.; «Moralidades do Trópico e Inquisição: Notas sobre o Casamento, Celibato e Fornicação no Imaginário do Brasil Colônia», in M. H. C. dos SANTOS, *Congresso Luso-Brasileiro sobre Inquisição*, 1, Lisboa, Sociedade Portuguesa de Estudos do Século XVIII e Universitária Editora, 1989, pp. 365-375; «Moralidades brasílicas: deleites sexuais e linguagem erótica na sociedade escravista», in F. A. NOVAIS (coord.), *História da Vida Privada no Brasil*, 1, L. de M. e SOUZA (org.), *Cotidiano e Vida privada na América portuguesa*, São Paulo, Companhia das Letras, 1997, pp. 221-273, bem como os de L. MOTT, «Cotidiano e vivência religiosa: entre a capela e o calundu», in F. A. NOVAIS (coord.), *História da Vida Privada no Brasil*, 1, L. de M. e SOUZA (org.), *Cotidiano e Vida privada na América portuguesa*, São Paulo, Companhia das Letras, 1997, pp. 155-220; «Os filhos da dissidência: o pecado de sodomia e sua nefanda matéria», in *Tempo*, 11 (2004), pp. 189-204.

tando claras interdições quanto à diversidade dos locais onde se presta sacramento, ou ao tipo de respostas a dar aos penitentes⁹⁷.

Todos os casos que estudámos coincidem na utilização da figura do eclesiástico próximo como meio de transmissão ao Santo Ofício da denúncia, quer por analfabetismo ou clausura. Raras foram, em boa verdade, as mulheres que o fizeram por interposto dos maridos ou de qualquer outra figura. Por esta mesma razão fica confirmado o poder simbólico do sacerdote nas comunidades locais. Aquele mesmo que se manifestaria com a iniciativa dos próprios solicitantes, bem conscientes de tal ascendente. E ainda que encontrando frequentemente o choque por parte das penitentes, mas raramente encontrando reacções efectivas e diligentes. Chegariam a passar longos anos até que as mulheres faziam chegar tal informação à Inquisição, certos casos já depois de, ou elas ou os padres, terem mudado de residência.

Ora, se é certo que estamos, na prática, perante um mecanismo frequentemente tolerante com os religiosos infractores – de todos os casos conhecidos apenas um, bastante tardio, deu origem a um processo completo, não tendo nenhum dos outros passado da fase da denúncia ou, quando muito, das devassas das testemunhas –, a documentação sugere que nos devamos afastar um pouco da ideia de que terá resultado apenas na expressão de uma «moral misógina e racista»⁹⁸.

Embora estejamos perante uma sociedade dominada pelos elementos masculino e branco, cremos que contextualmente esta realidade deverá manifestar especificidades, que carecem por ora de estudo aprofundado. E que, por certo, mais do que oposições aos modelos que têm sido apontados para a moralidade colonial, em termos gerais, os deverão complementar⁹⁹.

De facto, para o conjunto da América portuguesa a Norte, encontramos entre as mulheres em causa duas negras, duas crioulas, um número incerto de índias superior a três, para três brancas – classificadas como cristãs-velhas ou descendentes de cristãos-novos –, e 18 sem identificação étnica mas que julgamos poderem ser brancas, já que eram dispensadas de especificação a este respeito. Estamos perante uma atitude, portanto, que ia de encontro a gente da condição étnica dos padres, minoritária, mais que a

⁹⁷ *Constituições Primeiras do Arcebispado da Bahia...*, 1719, Liv. I, Tít. XLI (Dos Confessores, & suas qualidades), §167-168, Liv. I, Tít. XLII (De algumas advertencias para os Confessores), §170-172 e, em particular, Liv. I, Tít. XLIII (Como nas Igrejas haõ de haver Confessionarios publicos, & os Confessores não devem confessar fóra destes lugares, nem receber nelles cousa alguma dos penitentes), §174-175.

⁹⁸ L. L. da G. LIMA, «O padre e a moça: o crime de solicitação no Brasil no século XVIII», in *Ler História*, 18 (1990), pp. 25-36.

⁹⁹ O único processo completo de um solicitante no contexto a que nos propomos é, significativamente, de um sacerdote pardo natural de Vila Rica, que acaba absolvido em Lisboa depois de ter estado encarcerado entre 1791 e 1794. Uma das testemunhas arroladas chega, precisamente, a sugerir uma intenção racista na sua denúncia por parte de um Vigário-Geral no Maranhão. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 8125.

mulheres de outras origens, que Lima afirma constituírem «alvos naturais dessas investidas»¹⁰⁰.

Noutro sentido, cremos que o mecanismo disponibilizado pela Inquisição para combater a solicitação corresponde a uma necessidade dupla de estreitamento do controle dos eclesiásticos, bem como das mulheres, sob os preceitos de Trento e de uma moral indiscutivelmente masculina, em que a classificação e definição clara dos elementos femininos e seus comportamentos são um dos pilares básicos¹⁰¹.

Talvez mais importante ainda, tendo em conta a gestão da solicitação como linha de defesa de uma sociedade masculina, através do controlo duplo dos eclesiásticos e das mulheres, o mecanismo a que nos reportamos pode ter tido também papel na descompressão de tensões de género. No sentido em que entregava às mulheres um mecanismo particular de reacção a abusos por parte de agentes duplamente poderosos, homens e eclesiásticos. Ainda que sob a estrita vigilância que suscitavam as circunstâncias históricas da condição de mulher no Antigo Regime e num dado contexto colonial. Ainda que, na verdade, tal fosse na prática exacta ilusão.

Os mecanismos de acção inquisitorial poderão ter constituído, como o dissemos, ferramentas indirectas para formas de resistência bem concretas. Reportemo-nos aqui ao caso de Francisco Serrão de Castro, revelado no nefando pecado por um dos seus escravos e vítimas. Parece-nos clara, nesta situação a função de domínio étnico e social que pode adquirir a sodomia.

É aqui particularmente evidente a extrema violência, a que poderemos porventura associar sadismo, como Joaquim António salienta na sua apresentação, afirmando que «deseja não estar com elle por conta dos pecados, e estragos, que custuma fazer pera satisfação dos seus apetites».

Joaquim ter-se-á dirigido à Mesa presidida por Geraldo José de Abranches em Junho de 1767, com o intuito de se confessar, aproveitando uma estada em Belém na companhia de outros escravos do mesmo senhor. Desaconselhado por um dos seus companheiros, menos crédulo – e certamente temeroso – nos potenciais resultados daquela atitude, seguir-se-lhe-ia João Marimba.

Ambos dando conta de experiências próprias e de outros, que afectariam 17 no total, entre angolanos e moxicongos, chegando a morrer cinco deles. Segundo Joaquim António por moléstias derivadas, já que chegara a ver «as Suas partes traseiras, [achando-se] todos emchados na uia do Curso, E Lançando Sangue»¹⁰².

Saberia decerto Joaquim que uma denúncia poderia envolver a deslocação do seu senhor às mãos da Inquisição e que daí não adviria benefício nenhum nem para si nem para os seus companheiros. Uma confissão, pelo

¹⁰⁰ L. L. da G. LIMA, «O padre e a moça...» cit., p. 34.

¹⁰¹ R. VAINFAS, *Trópico dos Pecados...* cit.

¹⁰² «Apresentação, e confissão do preto Joaquim Antonio», *Livro da Visitação do Santo Officio...*, 1978, pp. 261-266. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 12894. Confissão feita em 10 de Junho de 1767. Testemunho de João Marimba, Belém, 11 de Junho de 1767.

contrário, não só obrigava ao segredo do confitente como poderia originar eventual processo em que Joaquim apenas se veria admoestado. As consequências de tal poderiam ser bem pesadas, se atentarmos a diversos pormenores do comportamento do seu senhor¹⁰³. E os inquisidores deverão ter entendido as suas intenções, já que várias vezes ao longo da apresentação se lhe referem como «confissão e denúncia».

Até que, por fim,

*mandado pera fora o confittente E denunciante forão perguntados os Padres ratificantes Se lhes parecia que fallava verdade, e merecia credito. E por elles foi respondido que pelas razoins de elle voluntariamente vir confessar a propria culpa, E declarar tantas pessoas com as quais diz Se tem comettido a mesma, o que não Seria facil de fingir principalmente em hum preto ainda que ladino, com as circunstancias que expos.*¹⁰⁴

Devemos, pois, salientar este caso como uma evidência do uso consciente – como indivíduo «ladino» – de mecanismos de coerção dos grupos dominantes para proceder a resistência activa.

É necessário salientar que, à semelhança do que ocorre com uma utilização frontal das ferramentas jurídicas disponibilizadas, não deixaria a sua utilização indirecta de escapar ao filtro conciliador das susceptibilidades sociais, próprio das instituições de Antigo Regime, régias ou eclesiásticas. E num contexto particularmente sensível, que é a do Estado *exemplar* que o consulado pombalino vem construindo na América do Sul.

Bem significativo a este respeito será o prolongamento da inquirição ao caso de Francisco Serrão de Castro, poderoso membro da aristocracia local, – a decorrer unicamente em Belém – para lá de um ano depois da apresentação de Joaquim, sem que se obviasse nenhum resultado concreto. Tampouco Francisco chegaria a ser chamado à presença do Visitador inquisitorial.

Caso bem significativo, embora diverso, seria o de dois soldados italianos, em 1772, em condições que assinalámos já como estando na base do fenómeno da deserção. Atentando publicamente contra a Comunhão, aquando da desobriga da Quaresma daquele ano, contaram ambos que «por consequência tomaria de ambos conta o Santo Ofício da Inquisição, e logo se lhes daria baixa ainda que fossem presos para se verem livres desta terra onde viviam em extremas necessidades, e sem os soldos, que lhes foram prometidos, e sem os quais não podiam passar»¹⁰⁵.

¹⁰³ *Regimento do Santo Ofício da Inquisição dos Reinos de Portugal...*, 2004, Liv. III, Tít. XXV (Dos que cometem o nefando crime de sodomia). Segundo o Regimento então em vigor, aquele que se apresentasse primeira vez sem estar delato não incorreria em quaisquer penas, sendo somente admoestado. De resto, os culpados do nefando poderiam ver os seus bens confiscados, ser açoitados e degredados por tempo a decidir para as galés, podendo ir para fora do Reino consoante a sua qualidade. Os devassos e escandalosos teriam sempre, todavia, de ir às galés.

¹⁰⁴ «Apresentação, e confissão do preto Joaquim Antonio», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 261-266. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 12894.

¹⁰⁵ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 13205. Auto de confissão de José Polla, Belém, 4 de Abril de 1772. Trata-se de posição muito arriscada, tendo em conta que o Regimento previa

2.3. *Resistência cultural*

Foi já largamente reconhecida a permanência de formas culturais de origem indígena no interior das sociedades coloniais. No caso particular da Amazônia Setecentista, Domingues descreve a manutenção de estritas cerimónias religiosas, hábitos alimentares e terapêuticos como «forma de resistência passiva», mesmo no interior dos núcleos coloniais bem implantados, como era a capital do Estado, Belém¹⁰⁶.

Procuraremos aqui delinear as linhas fundamentais através das quais se poderá trabalhar na identificação de comportamentos de resistência cultural. Todos eles nos remetem, por oposição aos dois primeiros tipos de resistência – particularmente a violenta –, a modos de rejeição dos grupos sociais dominantes que não são formalmente directos. Sequer chegam, em muitos casos, a ser conscientemente reconhecidos como tais pelos seus protagonistas.

Como já outros autores verificaram para contextos diversos¹⁰⁷, um dos elementos mais significativos na importância efectiva dos fenómenos de «resistência cultural», ainda que heterogêneos, terá sido a tentativa de controlo de práticas de reprodução, tanto sociais – a busca de um espaço pessoal, de género ou outro –, como da própria vida – nascimentos, casamentos, funerais, tratamento de doenças –, quase sempre associadas a uma ordem transcendente livre dos condicionalismos impostos pelas autoridades coloniais.

2.3.1. A gestão dos afectos

2.3.1.1. *O uso de artefactos apotropaicos e propiciadores dos afectos*

Na Primavera de 1754 Manuel Pacheco Bettencourt dirige-se a casa do Vigário da vila da Vigia para tratar de uma denúncia. Por força das coincidências que a vida parece ter, o mameluco Adrião Pereira de Faria deixara em sua casa uns calções, de onde caiu um papel que,

*como era papel aberto observou nele muitas palavras diabólicas e opostas a nossa Santa fé nas quais o dito denunciado (...) se entregava ao diabo por expresse pacto como se percebia (...) das tais palavras postas no dito papel em forma de escritura.*¹⁰⁸

para tal a açoites e degredo para as galés em tempo a determinar. *Regimento do Santo Ofício da Inquisição dos Reinos de Portugal...*, 2004a, Liv. III, Tít. IX (Dos que desacatam o Santíssimo Sacramento ou as imagens sagradas ou recebem o mesmo Santíssimo Sacramento não estando em jejum). Pela última informação que temos, ambos ficariam presos em Belém por ordem do Inquisidor e Vigário Capitular do Bispado do Grão-Pará, desconhecendo-se o seu destino final.

¹⁰⁶ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassallos...* cit., pp. 189-198.

¹⁰⁷ C. GAILEY, «Culture Wars...» cit., p. 44.

¹⁰⁸ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 1894. Denúncia, Nossa Senhora da Nazaré da Vigia, 18 de Abril de 1754.

Trazia ainda uma espada e faca pintadas, e a respectiva assinatura, ao que parece «com o fim de ser valente e namorado». Um contrato formal com o Diabo, portanto. António José Rangel e Bernardo de Carvalho confirmariam, depois, ter ouvido Adrião procurando pelo papel. Aparentemente de extrema importância, dizendo a alguns que se tratava de nota de crédito «que continha muito dinheiro». Em todo o caso, seria causa suficiente para se mudar de terra, como terá feito¹⁰⁹.

Tratava-se de uma carta de tocar, que tinha por objectivo a propiciação do amor com determinado indivíduo, através do contacto directo – como a sua designação popular indica –, apenas ou combinado com orações. Por ela acabará Adrião preso em Lisboa, como seria de supor.

Em todo o caso, é significativo notar que, interrogado pelos inquisidores pelas suas práticas de cristão e das coisas de sua fé ao tempo em que fazia uso da carta, Adrião notará que o seu desconhecimento de determinadas matérias – o mistério da Santíssima Trindade, o destino da alma depois da morte, que atribui à «falta de remédios da medicina», ou o destino dos homens, o qual atribui à condição de nascimento de cada um – se deverá sempre à ignorância em que sempre se encontrou, na ausência de qualquer educação nesse sentido¹¹⁰.

Não sabia de cor, além disso, o texto escrito, por motivos que imputou à sua dimensão. O que, segundo Crecencio, o escrivão mameluco que transcrevera a *carta* – também ele testemunha, ou cúmplice, consoante os relatos – seria fundamental para que os propósitos implícitos tivessem sucesso¹¹¹.

Isto parece-nos particularmente importante porque é o que dá sentido, além do contacto físico permanente, à utilização da *carta de tocar* fundamentalmente como artefacto protector e propiciador, ainda que associado a uma dimensão mágica da palavra escrita, motivada pela crença exclusiva na entidade intercessora. Tal suscitaria não apenas a abstinência nas práticas cristãs habituais, como também a rejeição dos objectos que costumava portar, como «umas contas que tinha ao pescoço», neste caso por ordem expressa do demónio¹¹². Aqui, mesmo com um utilizador letrado, como Adrião mostrará ser, a dominância cultural de uma sociedade maioritariamente analfabeta confere um sentido alternativo ao contexto de produção e uso desta fórmula e do seu suporte¹¹³.

¹⁰⁹ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 1894. Testemunhos de Bernardino de Carvalho, de António Jozé Rangel e Bernardo de Carvalho, Nossa Senhora da Nazaré da Vigia, 19 de Maio e 18 de Abril de 1754.

¹¹⁰ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 1894. Crença, Auto de confissão e Exame, Lisboa, 31 de Maio, 14 de Junho e 1 de Julho de 1758.

¹¹¹ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 1894. Auto de confissão, Lisboa, 14 de Junho de 1758.

¹¹² ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 1894. Crença, Lisboa, 31 de Maio de 1758.

¹¹³ Evidência de que estes artefactos teriam um amplo espectro simbólico, e alguma vulgaridade ao nível ibérico, é um processo inquisitorial que teve protagonistas diversos castelhanos, em Lisboa e Évora, nos inícios do século XVIII. Nele pudemos observar que também poderia

Destaquemos ainda, além da carta como objecto repositório de fórmula escrita mágica, o uso de duas orações e o contacto com o próprio demónio, que dialoga com Adrião. Faz uso, aliás, de uma oração de tipo São Marcos, para tentar entrar em contacto com aquela entidade. Crecencio, ter-lhe-á ensinado uma outra fórmula propiciatória, de tipo genérico¹¹⁴. Sobre estas orações escreveremos noutro ponto dedicado precisamente ao seu uso.

Não falamos apenas de cartas de tocar. Outros exemplos há, bem mais numerosos, da utilização de artefactos de natureza diversa, mais próximos de substratos culturais indígenas. Algo que se mostra claramente, sob o manto, que poderia ser mais ou menos subconsciente, das referências cristãs. Trata-se, concretamente, de amuletos feitos de materiais diversos. Geralmente incluíam hóstias, fragmentos da pedra do altar e restos de velas, embrulhados em folhas de livros litúrgicos ou vestes sacerdotais. Por vezes, até imagens sagradas, como num caso em que surge aos olhos escandalizados do clero local um amuleto constituído por, uma «Imagem do Santo Cristo de latão de meio palmo pouco mais (...) ou menos nas partes pudendas do seu corpo» a qual seria associada a um índio¹¹⁵. Estamos a falar de práticas que, à partida, chocavam facilmente com o modelo de Cristandade a implementar, por mais tolerantes que fossem os métodos.

Os seus utilizadores são sempre índios já baptizados – um deles mesmo sacristão –, adolescentes ou acabados de entrar na idade adulta, solteiros, entre os 15 e os 30 anos, que nos mostram o *Livro da Visitação* e o fundo da Inquisição de Lisboa. De outro índio também envolvido num caso envolvendo a utilização de amuletos, apenas contamos com a informação da sua vaga identidade étnica. Em todo o caso, o número de índios envolvidos, de que temos conhecimento em quatro processos individuais de acusação, perfaz um total de onze. Como excepção surge-nos um homem pardo. Todos eles contados entre utilizadores e transmissores.

Um dos casos mais significativos será, porventura, o que envolve Joaquim, sacristão da igreja da vila de Beja. Tudo começara com Raimundo José Bettencourt¹¹⁶, Director da mesma vila, por ocasião em que um índio que fora da administração dos religiosos carmelitas lhe dera coisas a guardar. Resolveu verificar do que se tratava e deu com um embrulho em que

acharão huma Hostia dobrada em quatro partes embrulhada Em hum papel de Letra redonda com Letras Vermelhas e pretas que mostrava ser do Breviário E Sobre esta folha huma capa de papel pardo (...) E Logo acharão no mesmo embrulho Sette bocadinhos de pedra do tamanho de botoins pequeninos, E tudo

servir para propiciar negócios. Veja-se P. A. de AZEVEDO, «Cartas de tocar ou de pacto com o demónio», In *Revista Lusitana*, 13 (1910), pp. 66-71.

¹¹⁴ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 1894. Crença, Lisboa, 31 de Maio de 1758.

¹¹⁵ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 13207. Denúncia em 2 de Agosto de 1763.

¹¹⁶ «Denúnciação que faz Raymundo Jose Bithencurt», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 203-207. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 218. Denúncia feita em 12 de Abril de 1764.

isto que continha o ditto embrulho Estava ultimamente Coberto com hum capa de papelão, e Emvolto em hum pedaço de tafeta encarnado

No dia seguinte, logo dois padres lhe confirmaram que se tratavam os pedacinhos «sem duvida de pedra de Ara», cuja falta, no «tamanho de dous dedos», acabaram por notar no altar da igreja de Beja, oculto o buraco que estava por «hum pedaço de Tijolo Cortado a mesma feição» e tapado com a sua capa. Naturalmente que foi chamado o índio Joaquim, sacristão daquele templo, de cerca de 20 anos, e autor do embrulho.

Declarou que o havia feito a pedido de outro índio, Sargento-Mor da vila e «que tambem tinha dado as mesmas Couzas» a mais dois índios, Lázaro Vieira, o filho mais velho do índio João Lourenço, de 15 anos, e a Matias, um cafuso solteiro de 22 anos. Determinados a dar busca a outros possíveis frutos deste sacrilégio, deram os padres com duas bolsas

E Levando huma E outra bolça as abrirão na caza do dito Vigario, E lhe acharão na que o dito Indio Sacristão Levava (...) quantidade de pedacinhos de pedra E huma Hostia tudo junto Embrulhado em hum papel E a Hostia já com a forma perdida por cauza do Suor, E na outra bolça acharão Somente pedacinhos de pedra de Ara.

Os objectivos foram facilmente descortinados. Joaquim afirmava não saber para que se tratavam tais engenhos. No entanto havia perguntado a Matias o seu sentido, que lhe respondeu «que quem tinha ComSigo da dita pedra decerto não morria Sem Confissão». Manuel de Jesus, escravo angolano de Raimundo, com 14 anos, concorria ao denunciante com informações distintas: encontrando Joaquim a passar «huns pedaços da dita pedra (...) a que chamava pederneyra da Igreja» a Lazaro, este lhe perguntou para que serviam. Todavia, entendeu Manuel que não o contaria na sua presença. Procurando lugar onde o pudesse perceber sem ser visto,

Ouuira ao dito Sacristão dizer para o referido Lazaro, que quem trazia Com Sigo da dita pedra Não experimentaua nem entraua no Corpo faca Nem espada porque tudo quebraua no corpo, E que hauia de conSeguir qual quer mulher que quizeSse.

E por isso também desejava possuí-las. A versão de Joaquim no interrogatório que lhe fariam não ofereceria grandes diferenças¹¹⁷. Contaria que o índio Domingos Gaspar, Sargento-Mor e casado, fazia meses havia-lhe pedido, de facto, um bocado da pedra de altar a troco de nove tostões, sem que lhe desse resposta, nem tão-pouco o dinheiro que lhe prometera. Segundo uma das testemunhas implicadas, Veríssimo José Geraldês, vigário

¹¹⁷ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 218. Autos de confissão, Belém, 11 e 16 de Outubro de 1764.

da igreja de Beja, este havia negado o negócio dos amuletos, antes afirmando ter-lhe encomendado um «sanguinho», para se livrar das águas do mar¹¹⁸.

Na sequência deste pedido acabou por chamar seu primo, o índio Luís António para o auxiliar a tirar pedaços do altar, repartindo-os com ele, com o dito militar e com um outro índio, casado e de nome Angélico, tendo-lhe todos pedido segredo. Veríssimo acrescentaria novos elos do circuito de difusão dos amuletos facturados por Joaquim. Pelo menos mais dois jovens índios, de nove anos cada um, Francisco e João, haviam recebido pedra de altar. Todos eles índios – ou com parte, como Matias –, fazendo circular o objecto entre índios.

Mesmo sem condenação formal, Joaquim Pedro haveria de penar mais de quatro anos nos cárceres de Belém¹¹⁹, até que de Lisboa lhe ordenam liberdade «e o aliviam de maior castigo atendendo à sua rusticidade e total falta de instrução»¹²⁰.

Falamos de amuletos, que assinalam mais uma vez a transição entre mundos civilizacionais distintos, e a miscigenação de ambos. Adolescentes e jovens adultos, alguns considerados «bem Ladinos», que assimilam a religião cristã e transportam consigo referências do mundo indígena, atribuindo aos elementos sagrados do cristianismo capacidades mágicas para a obtenção de virilidade e para a conquista de mulheres. Elementos que mostram também, com determinada e variável combinação capacidades protectoras: contra ataques pessoais físicos – com armas de fogo, brancas ou outras –, contra animais selvagens ou as águas do mar.

Estes objectos, aqui sinais de uma resistência à apropriação do imenso espaço amazónico pelos poderes coloniais, surgem como elementos de contacto e de gestão de ambas realidades na vida dos seus utilizadores. Gestão de um sistema de troca que é, tradicionalmente, de troca ambivalente – no sentido de Lévi-Strauss –, que se tenta conciliar com um de troca económica, de tipo equivalente¹²¹.

Algo que aqui se corporaliza, mais claramente, no intuito de corrupção económica e social do sacristão ou do indivíduo com acesso aos materiais sagrados de origem cristã – tendo em conta que a violação da integridade destes fora dos seus propósitos é absoluto sacrilégio, pelas normas em que nasceram –, por parte de quem, originalmente atribui significado à sua utilização, para satisfazer uma necessidade simbólica, contida na substância do objecto e que parece ser de origem ameríndia.

¹¹⁸ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 218. Auto de testemunho, Belém, em 8 de Agosto de 1764.

¹¹⁹ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 218. Revisão dos autos de confissão, Belém, 5 de Outubro de 1768.

¹²⁰ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 218. Decisão do Conselho Geral do Santo Ofício, Lisboa, 11 de Outubro de 1768.

¹²¹ J. BAUDRILLARD, *Para uma Crítica da Economia Política do Signo*, Lisboa, Edições 70, 1981, pp. 59-62.

Naturalmente que aqui se torna necessária a ponte com a realidade reinol onde, para a região de Lamego do século XVII, encontramos documentados os amuletos de «pedra d'ara», de carácter defensivo, mas que poderão ser identificados em fontes mais antigas, associados também ao proporcionar dos afectos. Em certos casos, além do «efeito de presença» – como lhe chama Bettencourt –, mais comum, poderiam ser obtidas as suas qualidades por via da ingestão ritual¹²².

Este autor considera, em boa verdade, que a multiplicação destes usos no século XVI – a par, aliás, daquilo a que chama «feitiçaria amorosa», e que incluem também fórmulas associadas ou não a rituais – se deve a uma fase de certa mobilidade social, em particular para o universo masculino, proporcionada pelo processo de expansão colonial. «Tudo isso, a que deveríamos acrescentar a exacerbação do sentimento amoroso que acompanha a expansão do individualismo no Renascimento e, sobretudo, a influência da cultura mediterrânea, ajuda a compreender a importância da feitiçaria erótica em Portugal»¹²³.

De resto, o uso destes artefactos – e das chamadas «bolsas de mandinga» – generaliza-se na América portuguesa a partir de Seiscentos, a ponto de se tornar uma das formas de feitiçaria mais características durante o século XVIII e particularmente incidente na região amazónica¹²⁴. Trata-se, pois, de uma realidade que encontra o seu fundamento em tradições heterodoxas face à Igreja Tridentina, provavelmente de origem pagã e que, transplantada em certa medida para a América, encontrará o seu eco nas aspirações locais.

¹²² Veja-se J. L. de VASCONCELOS, *Opúsculos*, 5, *Etnologia (Parte I)*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1938, pp. 556-570, 574-575. F. BETTENCOURT, *O Imaginário da Magia. Feitiçarias, Adivinhos e Curandeiros em Portugal no Século XVI*, São Paulo, Companhia das Letras, 2004, pp. 73-75, 98-102. Na Europa cristã, a preparação de amuletos ou talismãs é conhecida desde a Alta Idade Média, não sendo raras as disposições eclesíásticas que os interditavam. São Bonifácio chega a enumerar tais artefactos entre as obras do diabo. Veja-se L. de M. e SOUZA, *O diabo e a Terra de Santa Cruz: feitiçaria e religiosidade popular no Brasil colonial*, São Paulo, Companhia das Letras, 1986, pp. 211-212.

¹²³ F. BETTENCOURT, *O Imaginário da Magia...* cit., p. 99.

¹²⁴ Sendo possível que as referidas «bolsas» poderão ter uma remota origem na África Ocidental, para Souza, «o que nos interessa ressaltar é que, por mecanismos diversos, a expressão *bolsa de mandinga* – que remetia ao Sistema Colonial, aos africanos tornados escravos coloniais através do tráfico – passou a designar, a partir do século XVIII, uma forma específica de talismã que reunia práticas europeias, africanas e, de certa forma, também indígenas». Por outro lado, conforme justifica a mesma autora, no «Norte do Brasil (...), o significado mágico da pedra encontrou solo fértil para vicejar. A importância que assumiu talvez se deva à reverência com que a tratavam também os índios. Nela, buscavam proteção ante as dificuldades imediatas e mais frequentes que lhes assolavam o cotidiano: bichos ferozes, rios cheios, flechadas de gentio bravo. Através dela, das hóstias, das bolsas, criavam um universo paralelo no qual perdiam eficácia os obstáculos do cotidiano. A função equilibradora deste universo era negar os limites da condição humana e alimentar a esperança de vencer o destino». L. de M. e SOUZA, *O diabo e a Terra de Santa Cruz...* cit., pp. 213, 226.

2.3.1.2. *Rituais e fórmulas propiciatórias dos afectos*

Encontramos abundantes evidências de práticas de provável origem europeia, associadas ou não a práticas indígenas, que se autonomizam bem além dos indivíduos pertencentes às comunidades de onde terá partido o circuito transmissor. As mais frequentes serão porventura aquilo a que chamámos de fórmulas e rituais propiciatórios, do amor e da defesa pessoal – geralmente indissociáveis –, e que surgem testemunhados, entre confissões e denúncias, por seis homens e quatro mulheres, em mais de 45 variáveis. Já em termos étnicos, registam-se quatro mamelucos, um índio, uma reinol provavelmente branca, outra negra, duas cafusas – quanto a uma delas, pelo menos o era sua mãe –, e três homens sem quaisquer informações além da indicação de cristãos-velhos, tratando-se possivelmente de brancos.

Podemos encontrar entre os casos de origem estritamente europeia, as orações de São Marcos, de São Cipriano, das Três Estrelas, entre outras não enquadráveis nesta tipologia. Além destas, havia quem dialogasse com o Diabo, celebrando pactos ou simplesmente invocando-o. Mais significativas serão porventura as fórmulas de origem indígena, ou aparentemente traduzidas desde o contexto ibérico até à chamada língua geral, e combinadas com rituais. Verificavam-se ainda estes isoladamente, onde se regista abundante utilização da flora local. De todos eles faziam costume tanto indígenas como indivíduos de outra condição étnica, algumas vezes fora do idioma português¹²⁵.

Joana, uma mulher negra descendente de escravos vindos do Reino, casada e escrava, primeiro do Capitão António Machado Freire e depois de Nicolau – ou Gonçalo – José, dar-nos-ia a conhecer três rituais e três fórmulas combinadas com ritualização. Por ocasião em que se encontrara com Quitéria, uma mulata casada e vizinha da propriedade do seu senhor, esta lhe dera umas raízes que dissera serem próprias para «abrandar o coração dele», devendo para tal plantá-las num sítio adequado onde as pudesse ir buscar, sempre que pudesse¹²⁶. A sua prática passava por esfregar o vegetal nos pulsos, dizendo ao mesmo tempo

Senhor Paitinga assim como vossa mercê tem raiva de mim assim se lhe abrande o coração.

¹²⁵ Agradecemos à Prof.^a Doutora Cândida Barros, do Museu Paraense Emílio-Goeldi e Universidade Federal do Pará, a identificação da língua geral nestes casos. Sobre estes aspectos valerá a pena ter em conta o trabalho desenvolvido pelas autoridades colonias nesta época no que concerne à moralidade e práticas indígenas, e que passou pela produção de documentos fora da língua portuguesa. Veja-se C. BARROS, R. MONSERRAT e J. MOTA, «Perguntas ao índio a respeito da castidade cristã: o Sexto Mandamento de Deus em um confessionário tupi da Amazônia de 1751», In *Anais*, Usos do passado. XII Encontro Regional de História do Arquivo Nacional do Rio de Janeiro, [em linha] Consultado a 12/2/2009 e disponível em <http://www.rj.npuh.org/Anais/2006/conferencias/Candida%20Barros,%20Ruth%20Monserrat%20e%20Jaqueline%20Mota.pdf>.

¹²⁶ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 2691. Auto de confissão, Belém, 27 de Julho de 1764.

Quitéria levou-lhe mais raízes, nomeadamente de Sipo pucão e Tajá membeca. A ideia era que utilizasse de cada vez que lhe fosse necessário bocadinhos das plantas, tratando em casa de esfregar «com eles nos pulsos de ambos os braços por três vezes em cada um fazendo três cruzes com as mesmas raízes; e depois esfregando também na testa com outras três cruzes». Cada vez que fizesse uma das cruzes deveria dizer:

*Assim como meu senhor tem raiva de mim, assim se lhe abrande o coração.*¹²⁷

Outras das plantas de que se recordava e cujo uso tinha sido obtido da sabedoria da já referida mulata sua vizinha, foram umas raízes delgadas, com as quais se lavava totalmente no rio, depois de desfeitas e roladas numa cuia. Mais uma vez surgia fórmula associada, de teor idêntico à anterior.

Em todo o caso conta que, ao contrário da que vimos atrás, «não fazia cruzes nem cerimónia alguma e que as trazia no bolso da saia»¹²⁸. Esta informação não nos parece de somenos importância, já que aponta para o que podemos distinguir como cerimonial ou não, distinguindo-se aparentemente com o uso de gestos programados, fixos.

A mesma mulata Quitéria certa ocasião lhe lançou algo na panela que lhe fazia de cozinha, «para comer uma raiz desfeita nos dedos» para que uma Filipa «lhe não tivesse odio, nem acuzasse ao dito seu senhor». Em causa, malquerenças existentes entre Joana e aquela índia, aparentemente preferida e bem tratada pelo seu senhor. Esta mulher chegaria a imputar culpas a Joana. Algo que a faria pelo menos uma vez ir parar ao tronco¹²⁹.

Certa ocasião, em que fugiu do seu marido de maneira a escapar de um castigo que lhe pretendia dar numa noite por desconfiança de adultério, foi-se refugiar em casa da índia Luísa, uma mulher solteira que lhe ensinou um procedimento «que era remédio bom e certo para lhe querer bem o dito marido e lhe não dar castigos». Consistia em lavar «suas partes vergonhosas lançando a primeira água fora, e guardasse a segunda água com que se lavasse para dá-la a beber ao dito seu marido, quando lhe pedisse água»¹³⁰.

Estamos perante um caso de sincretismo cultural, cujos objectivos são claramente o da defesa pessoal perante aquilo que definimos já como os elementos chave do processo de domínio social que acarreta o sistema colo-

¹²⁷ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 2691. Auto de confissão, Belém, 3 de Outubro de 1764.

¹²⁸ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 2691. Auto de confissão, Belém, 10 de Outubro de 1764.

¹²⁹ «Denúnciação que faz Nicolao Joze de “hum” preta sua escrava por nome Joanna», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 191-195. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 2691. Autos de confissão, Belém, 3 de Outubro e 27 de Julho de 1764.

¹³⁰ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 2691. Autos de confissão, Belém, 10 de Outubro de 1764.

nial: o branco e o homem, neste caso aqui duplamente representado na pele de um senhor e de um marido.

Mas casos haveria em que este comportamento de resistência não se afirmaria de modo tão claro, nem dispunha de uma ordem de motivações directamente apeladora à reacção. A filha de uma cafusa, natural de São Luís do Maranhão, Maria Joana de Azevedo, por aos 15 anos ter «já então trato ilícito com certo homem, vendo que este se apartava dela e não buscava» teve cedo o seu primeiro contacto com orações propiciatórias. Mais tarde, procurou durante nove anos recuperar o homem que a havia deixado, tendo dois filhos e uma filha. Este é, de facto, um caso extraordinariamente singular, já que é o que nos oferece a maior quantidade e diversidade no uso de fórmulas propiciatórias. Que ascendem a mais de 26, abarcando todas as formas por nós identificadas¹³¹.

É bem provável, como noutros lugares da América portuguesa, que as práticas que assinalamos, em confronto mais ou menos explícito com as normas da Igreja, tenham tido início com a chegada dos primeiros europeus e na altura dos primeiros momentos de interacção com as comunidades ameríndias.

A mais antiga referência que temos para o século XVIII amazónico é uma já anteriormente citada denúncia do Padre Caetano Xavier, Reitor do Colégio jesuíta de São Luís do Maranhão, Comissário do Santo Ofício por inerência, datada de 1743¹³². Nela, e em breves linhas, podemos entrever o que as elites de origem europeia, ou pelo menos os clérigos jesuítas, pensavam sobre estes comportamentos.

Desde logo, que eram «usualíssimas e quase contínuas algumas superstições». Apresenta-as: as de São Marcos, «para abrandar», de São Cipriano, que curiosamente não vai de encontro ao que podemos observar, já que se processava «con um copo de água para adivinhar alguma coisa», à semelhança de outra com o mesmo fim, chamada do balaio. É possível que esta incongruência se deva mais à escassa familiarização do regular com estas práticas do que à sua múltipla funcionalidade, ou alteração de substância no espaço de cerca de uma década.

Além destas, ressaltam-se as de origem indígena implícita, o «muito uso de algumas ervas», que concorriam sensivelmente no mesmo sentido das fórmulas. Em particular das duas primeiras orações. Serviam, enumera, «para atrair; outras para facilitar mulheres, ou homens a pecar». Talvez mais importante, dava conta do espectro social no qual se desenvolviam as suas práticas: «pessoas vis, escravos, e algumas mulheres, ainda que brancas ou de mau viver, ou pobríssimas».

¹³¹ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 2704. Sessão de Genealogia, Belém, 11 de Novembro de 1766. «Apresentação e confissão de Maria Joana de Azevedo», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 250-258. Apresenta-se em 7 de Novembro de 1766.

¹³² ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Cad. dos Solicitantes n.º 27, Liv. n.º 767, fl. 437.

Ora, se é verdade que contamos entre os casos descritos mulheres brancas e de outras etnias, algumas prostitutas e, geralmente, pobres, não se trata de inferência totalmente correcta da realidade que apreendemos¹³³.

Em todo o caso, trata-se de algo que nos conduz à ideia de que o circuito de utilização destas práticas, pela sua marginalidade, pode ter constituído via própria de veiculação de sociabilidades específicas. Funcionando como catalizador de relações de poder de mulheres «pobres» e «vis», dos não livres, de gente não «branca», dos economicamente desfavorecidos, que assim dispunham de um mecanismos de acção de género, étnicos ou de classe. Procurava-se superar a vontade do outro, por uma via secretíssima que tanto pelas normas dominantes como pela força humana seria difícil vencer. Daí a sua perseverança, no tempo e nos espíritos.

Sectores marginais de uma sociedade, que buscavam eles próprios definir as vias de comunicação de uma sociedade que se constitui, afinal, à parte de outra: a do colono de origem europeia. Não apenas por reacção, como foi o da escrava Joana, que buscou directamente a resolução de tensões, senão pela definição de alternativas a vivências que lhes estavam vedadas à partida. Sinal desta multiplicação de um uso contextual destas ferramentas é o facto de, afinal, servirem também como instrumento de domínio de grupos socialmente melhor situados, sobre outros que o não eram. Como ocorreria, em boa verdade, nas tentativas dos brancos, cristãos-velhos, homens em geral, que aqui observamos na labuta do amansamento desta ou daquela mulher.

2.3.1.3. *Modelos familiares alternativos*

Falámos já na transgressão ao modelo familiar único transmitido pela moralidade católica associada aos princípios tridentinos, quando explorámos a problemática da bigamia enquanto fenómeno de resistência. Mas outros comportamentos existiriam, a este nível. Desafios das normas seriam, também, as experiências amorosas e familiares dos clérigos, para mais sendo eles os veículos privilegiados de um discurso disciplinador dos costumes.

Como bem nos demonstrou Mendonça para o caso do bispado do Maranhão durante o século XVIII, tratava-se de homens que buscaram formas de ultrapassar os limites que lhes eram impostos, mesmo que enfrentando poderosos estigmas sociais¹³⁴.

Coabitando, ou vivendo em casas separadas, as famílias de que os padres eram parte constituinte procuraram sempre encontrar uma norma-

¹³³ Sobre as relações entre a magia dos afectos, e em especial sobre a presença das mulheres e suas condições sociais, veja-se mais uma vez para o conjunto do Brasil colonial L. de M. e SOUZA, *O diabo e a Terra de Santa Cruz...* cit., pp. 227-242.

¹³⁴ P. G. MENDONÇA, *Sacrílegas Famílias. Conjugalidades clericais no bispado do Maranhão no século XVIII*, tese de mestrado apresentada à Universidade Federal Fluminense, Rio de Janeiro, policopiado, 2007.

lização própria, em que a estabilidade e longevidade eram características essenciais e comuns a outras famílias. Ajustadas a uma sociedade patriarcal, os padres proviam o sustento material enquanto as mulheres asseguravam a gestão doméstica. Por outro lado, é certo que apesar do estigma da transgressão, não deixava de constituir um modelo que provia estabilidade económica a mulheres de várias origens sociais, face às circunstâncias difíceis que poderiam viver as solteiras.

E quanto aos que rodeavam estes eclesiásticos? De acordo com a autora, verifica-se «que a comunidade tinha noção do que era errado e proibido pelo discurso católico. Entretanto, saber que se tratava de um erro não impediu que essas pessoas cometessem infrações. Uma postura de resistência a essas imposições ficou evidente. Por outro lado, oscilavam também os aspectos da tolerância e da intolerância. No que concerne aos padres denunciados (...), embora pudesse conviver anos a fio com as transgressões, a comunidade tinha critérios para as denúncias, havia um limite para as infrações»¹³⁵.

2.3.2. Conservar o corpo: Pajés e curandeiros

Entre os sete curandeiros reconhecidos na documentação disponível, identificámos dois índios, um branco e um negro, bem como três mulheres. A saber: uma mameluca, uma índia e uma branca. Quanto ao pajé, esse, tratava-se de índio, como seria de esperar¹³⁶.

Além das suas origens étnicas, podemos saber que dos curandeiros eram todos de baixa condição socio-económica: o negro e as duas mulheres eram escravos, sendo a mameluca mais tarde criada. Um dos índios era igualmente criado e outro oleiro. Quanto aos brancos nada sabemos. Da mulher branca presumimos que terá vivido intensamente entre indígenas, pela sua proximidade cultural com as suas práticas.

Existem diferentes níveis de reconhecimento destes curandeiros no interior das suas comunidades. De entre os que pudemos obter mais pormenores, sabemos que um dos curandeiros indígenas era serviçal de uma fazenda e praticava entre essa estrita realidade, unicamente para outros criados da mesma propriedade. Já o oleiro tem uma esfera de acção mais ampla, tendo em conta que actua entre indígenas que depois o recomendarão, com sucesso, a indivíduos de origem europeia. Os que terão maior projecção serão, todavia, os dois escravos. Descrevamos, brevemente, os casos mais significativos.

Desde logo aqueles que enunciam uma proximidade maior com o universo cultural indígena. Quase todas as práticas, em boa verdade, parecem revelar saberes de origem indígena, mesmo aqueles utilizados por indivíduos negros ou brancos. Algo que terá, na verdade, levado Domingues a consi-

¹³⁵ P. G. MENDONÇA, *Sacrílegas Famílias...* cit., pp. 158-162.

¹³⁶ Sobre a realidade masculina, predominante neste tipo de práticas e desde logo no Reino, veja-se L. de M. e SOUZA, *O diabo e a Terra de Santa Cruz...* cit., pp. 157-193.

derar que é a cultura indígena aquela que maior influência terá exercido na formação do espaço colonial aqui em causa, sobrepondo-se claramente à fortíssima presença de elementos culturais africanos, enraizada de modo mais efectivo noutras partes da América portuguesa¹³⁷.

Haverá que acautelar, todavia, que na ausência de estudos aprofundados sobre esta matéria, não poderemos descartar a possibilidade de estas práticas resultarem de interacções culturais mais ou menos intensas num passado recente. Especialmente se tivermos em conta que não tinham neste ponto, que saibamos, nem no caso dos índios, agentes que haviam sido directamente integrados na sociedade colonial a partir das suas comunidades originais. Em boa verdade devemos observar, como já noutro lugar o fizemos, a apropriação de práticas de origem europeia por indígenas na língua geral, também ela considerada introdução dos colonos¹³⁸.

Um escravo negro, de nome José, seria certa ocasião chamado por um carpinteiro reinol para tratar de uma sua escrava bijagó que havia adoecido e deitava «pella via da madre varios bixos E sevandijas animadas de cor de latão». Presumindo que ainda conteria mais, decidiu preparar uma «potagem», depois dada a beber à paciente, enquanto o próprio recitava palavras que apenas ele parecia entender. Depois disso, dirigiu-se a um limoeiro onde se vira enterrar uma espiga de milho. Na última parte do ritual, que se destinava a determinar se a escrava sobreviria ou não a tal moléstia, colocou no chão do compartimento onde ela se encontrava um chapéu, com um tostão de cobre dentro, e voltou a proferir palavras desconhecidas. O chapéu acabaria por dar uma volta no ar e cair no chão com a copa voltada para baixo, entre os pés de ambos. O curso da levitação assinalava que a mulher viveria¹³⁹.

José tinha também remédio para sezões ou males menos graves, como seriam inchaços nos membros, dores de cabeça e males de olhos. Se para aquelas bastariam uma particular chupadela na palma da mão do paciente e, para o inchaço da perna de uma escrava, um emplastro de ervas misteriosas, para as dores de cabeça, todavia, a prática era mais complexa. Envolveria mais uma vez ritual para determinar se o paciente vivia ou morria daquele mal – envolvendo a preparação de ervas e saliva numa cuia, seguida de gestos e palavras apropriadas – e, depois de se assegurar por essa via do sucesso da sua presença ali, a administração de uma beberagem. Para curar dores de

¹³⁷ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...*, cit., pp. 197-198.

¹³⁸ Sobre a heterogeneidade cultural das práticas medicinais na Amazónia, em época sub-actual, veja-se o trabalho de T. H. LEWIS, «An Amazonian Drugstore: Reflections on Pharmacotherapy and Phantasy», in *Diogenes*, 30 (1982), pp. 42-57. Para um panorama mais global, no conjunto do Brasil colonial, dos fenómenos e costumes associados à conservação material e à manutenção quotidiana, dever-se-á considerar o estudo seminal de L. de M. e SOUZA, *O diabo e a Terra de Santa Cruz...* cit., pp. 151-226.

¹³⁹ «Denúnciação que faz Manoel Francisco da Cunha do preto Joze escau de Manoel de Souza», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 137-141. Denunciado em 7 de Outubro de 1763.

cabeça, por vezes utilizava defumadouros de determinadas ervas, chupando o pescoço do paciente, depois de exposta a sua cabeça aos fumos¹⁴⁰.

O caso mais paradigmático, da transversalidade cultural da presença destes indivíduos, será porventura o da índia Sabina. Esta mulher, que conhecemos primeiro como escrava e depois como criada, foi por diversas vezes chamada a resolver uma série de mortes que vinham ocorrendo na família e propriedade de Manuel Sousa de Novais, que se supunham resultar de feitiçaria. Com efeito, era reconhecida por desfazer feitiços, encontrando por essa ocasião um «Embrulho de hum panno já velho e carcumido em q' Estaua huma Cabessa de Cobra jaraaráca ja mirrada de todo eSo Com Oz oSos»¹⁴¹.

Doutra vez, resolvera o problema de Caetana Teresa, mulher de um fazendeiro. Aparentemente enfeitiçada por uma índia sua escrava, pôde Sabina resolver-lhe o mal através da descoberta de vários embrulhos da mesma natureza. Mal semelhante tinha o próprio Governador, João de Abreu Castelo-Branco, que se vira enrodilhado num feitiço lançado ao seu antecessor e chamara a mesma índia¹⁴².

Sabina era também chamada para curar males de olhos, como os que se deram em Raimundo José de Bettencourt, e foram atribuídos a feitiços lançados por indígenas. E males desconhecidos, todos obra mágica, como à mulher do mesmo Raimundo, ou ao cabo de canoa de Beja, António da Silva Bragança¹⁴³.

Se desconhecemos como se processaria a descoberta dos embrulhos, para o segundo e terceiro casos sabemos, contudo, que Sabina fez uso de defumadouros: lançando folhas sobre um fogareiro e depois esfregando a doente, ora fumando cachimbo e lançando o fumo sobre o local de que padecia, de onde invariavelmente saíam bichos. À mulher de Raimundo e a António, daria beberagens que os haveria de fazer vomitar pedras, bem como restos de animais e de ervas. As referências ao universo católico não faltam, estando presente água benta no ritual com Caetana Teresa, a mesma mulher a quem acabou por recomendar exorcismos de Igreja como método complementar. A Raimundo invocava «Padre, Filho, Espirito Santo e Virgem Maria», benzendo-o repetidamente.

¹⁴⁰ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 212. Testemunhos de José Gouveia da Silva, Belém, 7 de Janeiro de 1764 e de Simão José de Oliveira, Belém, 14 de Dezembro de 1764.

¹⁴¹ «Denúnciação da Índia Sabina que faz Manoel de Souza Novaiz», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 165-167. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 13331. Denúncia segunda em 17 de Outubro de 1763.

¹⁴² «Denúnciação da Índia Sabina que faz Domingos Rodrigues», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 171-175. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 13331. Denunciada, pela terceira vez, a 21 de Outubro de 1763.

¹⁴³ «Denúnciação da Índia Sabina, que da Raymundo Jose de Bitencourt», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 266-270. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 13331. Denunciada a 7 de Outubro de 1763.

Outros rituais eram empregues para diálogo com entidades sobrenaturais, designadas por «pajés» ou «demónios», que forneciam informações sobre qualquer matéria por que fossem interrogados. Geralmente para desfazer feitiços. Desenrolados durante a noite, são sempre acompanhados de cerimonial mais ou menos complexo, envolvendo ajudantes, bem como canto, dança e música, de maracas, e a que assistem geralmente as pessoas da casa.

Dos três indivíduos que deles fazem uso, aquele de que subsistem mais extensos relatos é Domingos de Sousa, um índio do serviço de Manuel Portal de Carvalho. Chamado, como os curandeiros, a tratar doentes, Domingos entrava na divisão onde aqueles se encontravam coberto com penas de aves, cantando numa língua desconhecida, dançando e tocando maraca, sendo acompanhado pela sua mulher, a índia Bernardina, e pela mulata Lourença. Mais tarde, todavia, dirá aos inquisidores tratar-se tudo de encenação, «fingimentos» que lhe haviam sido ensinados, como estratégia de ascensão social.

Manuel Portal de Sousa e a índia Feliciania testemunham perante a Mesa da Visitação inquisitorial em Belém que, certa ocasião, depois de terem aqueles cantado perante um paciente, apagou-se a luz e ouviu-se no teto da casa «hum estrondo como de pessoa que Sobre elle esta E que Se Segue ouvirse hum Salto na caza como de quem desceo de cima pera ella»¹⁴⁴.

O dito Domingos perguntou então o que se passava com a doente, tendo-lhe sido respondido por uma voz estranha que se tratava de um feitiço, bem como o local onde havia sido feito. Na manhã seguinte, seguindo-se as instruções da voz, encontrou-se enterrada «uma cuia pequena a qual tinha dentro um pedacinho da saia da dita sua mãe, várias espinhas de peixe e (...) ossinhos e uma massa feita de folhas Carapira e huma raiz de tajá toda cravada de espinhos de Tocumã». Estes rituais, que chegavam a durar noites inteiras, podiam passar pela aparição de animais, como ocorrera num caso em que uma «cobra pintada com varias cores, viva e bolindo muito grossa e muito comprida» saíra do corpo de uma doente, culminando nas margens do Rio. Contam duas testemunhas que depois de uma cerimónia o seguiram, mais a quatro entidades invocadas, que «chegando ao porto entraram todos cinco para dentro de água e aí viram que os quatro se submergiram e esconderam nos olhos d'água que ali estão mostrando todos os quatro vultos que tinham cabelos muito longos e compridos (...) ficando o dito Domingos no dito porto a lavar-se»¹⁴⁵.

Ludovina Ferreira, natural e moradora em Belém, branca de mais de 60 anos e que enviudara duas vezes, mostra por seu lado como as influências indígenas eram tão ou mais influentes na formação da sociedade colonial

¹⁴⁴ «Denúnciação que fes Manoel Portal do Indio Domingos de Souza», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 218-221. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 12893. Denunciado em 30 de Julho de 1764.

¹⁴⁵ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 12893. Testemunhos de Feliciania Maria e Estácia Maria, Belém, 2 de Março de 1764.

numa fase em que esta se começava a consolidar. Em Outubro de 1763 é denunciada em segunda mão por um cerimonial que fizera a uma mulher que sofria de «hum fluxo de Sangue». Sentando-se junto dela, acompanhada de um índio, entoam palavras desconhecidas marcadas pelo ritmo de uma maraca. Colocando o instrumento em cima de uma cuia, movera-se esta pelas suas palavras, até que as entidades invocadas se manifestaram por «Estrondos e bulha No teto da caza», sendo seguidas por «aSubios Mui finos e eleuados» e «vozes estranhas roucas humas E outras finas» que desvendam feitiços¹⁴⁶.

As práticas facilmente identificadas como originárias do substrato cultural europeu seguem procedimentos geralmente mais simples, estando destinadas a curar males físicos – como fossem a erisipela, ou as mais comuns dores de olhos e cabeça –, bem como males espirituais, como o mau olhado, ou quebranto. Apropriando-se de orações católicas como o «Pai-nosso», «Ave-maria», «Gloria Patri» e «Credo», com toda a ritualística gestual associada – ausente de apenas um caso –, como as benzeduras, a par do uso de toda uma panóplia artefactual. A mais recorrente, crucifixos e terços, ou a de uso doméstico, copos, guardanapos, ou facas, e medicinal, como a ventosa. A tónica, todavia, é colocada em orações específicas onde, a passo, se invocam os intermediários habilitados a curar, sendo oferecidas depois a Cristo.

As redes de transmissão destas práticas eram, à semelhança do que ocorria com as de origem ameríndia, relativamente ampla em termos étnicos. A mameluca Domingas da Ressurreição, por exemplo, recebeu ensinamentos da sua senhora destinados a resolver males do corpo, como a já referida erisipela. De um frade de São Bento chegaria o método de resolver o mal olhado¹⁴⁷.

Este resolvia-se «colocando os doos primeiros dedos enforma de Cruz forMando Outra crus Com os mesmos dedos Sobre a Cara do doente», dizendo à primeira cruz «JESus Chirsto le Lindrou», e à segunda «JESus Christo te criou». O ritual terminava com as palavras «Jesus Christo te dis olha quem de mal te olhou», às quais se seguiam um Pai-nosso e uma Ave-maria.

2.3.3. Práticas de adivinhação

Entre o acervo da Inquisição de Lisboa pudemos identificar um total de seis adivinhadores. É significativo notar que entre os adivinhadores podemos encontrar quatro mulheres – duas brancas e duas negras –, para apenas um homem, de origem africana. Os seus procedimentos envolviam sempre

¹⁴⁶ «Denúnciação de Luduvina Ferreira Mulher branca que fas Constança Maciel», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 175-179. Denúncia feita em 22 de Outubro de 1763.

¹⁴⁷ «Apresentação da índia Domingas Gomes da resurreição», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 175-179. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 2705. Confissão em 25 de Novembro de 1763.

um balaio – cesto – ou um copo, sendo acompanhados de orações ou fórmulas mais ou menos próximas do universo cristão. E se ambos se destinavam a adivinhar qualquer coisa, a sua utilização não oferecia grande variedade.

A utilização do balaio, destinada sobretudo a encontrar bens roubados, implicava geralmente que se cravasse uma tesoura no aro do dito cesto. Enquanto o adivinhador segurava um dos anéis da tesoura com o indicador, o furtado segurava no outro. Iam-se proferindo então os nomes das pessoas prováveis, até que o balaio dava a volta e caía no chão. Achara-se o culpado.

No Maranhão, uma certa Margarida Borges era conhecida por praticar a oração do balaio, a quem as pessoas se dirigiam para encontrar objectos furtados. Mormente camisas. Clamava-se «Por S. Pedro por S. Paulo, e pello Boraco de S. Tiago e pello Padre Revestido e pella Hostia consagrada em como fulano furtou Histo». Numa dessas ocasiões, foram-se nomeando os possíveis gatunos até que, chegando a uma tal Mariquita, o balaio se voltou. Com efeito se veio a descobrir a dita camisa nas suas mãos¹⁴⁸.

Com copos se desvendava o futuro. A propósito, Isabel Maria recordava à Mesa da Visitação em Belém, corria o ano de 1763, que havia anos que vira uma mulher branca fazer «huma Sorte chamada de Sam João» para que «mostrase o que havia Suceder a tal ou qual pessoa que se nomease». Consistia basicamente em encher um copo de vidro com água da noite de São João, e lançar dentro do mesmo a clara e a gema de um ovo, enquanto se benzia e rezava um Pai-nosso e uma Ave-maria ao mesmo Santo¹⁴⁹.

Vira-a fazê-lo por três vezes. Da primeira para saber que estado havia de tomar um estudante, aparecendo-lhe no copo a imagem de uma igreja e dentro dela um altar onde estava um sacerdote revestido para dizer missa, com dois acólitos também revestidos. A segunda para saber com quem haveria de casar uma moça, se com um «mazombo» ou reinol. Tendo ela visto um navio, supôs que haveria de casar com um do reino. Finalmente, procurou saber se outra moça, parda, haveria também de casar com homem da terra ou do reino. Não aparecendo navio, conclui-se que casaria com alguém da terra. Casamentos esperados, casamentos que acabariam por acontecer.

O contexto destas práticas, a nosso ver, recebe influxo directo do Reino, onde se verificam paralelos etnográficos pelo menos até inícios do século XX¹⁵⁰. Em todo o caso, é bem significativa a sua transversalidade social.

¹⁴⁸ «Apresentação de Isabel Maria», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 182-184. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 13211. Confissão em 29 de Outubro de 1763.

¹⁴⁹ «Denúnciação que faz Manoel Francisco da Cunha do preto Joze escravo de Manoel de Souza», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 137-141. Denunciado em 7 de Outubro de 1763.

¹⁵⁰ São registadas tradições muito semelhantes para o Norte de Portugal, região de Santo Tirso: «S. João, de Deus amado,/ S. João, de Deus querido,/ Deparei-me a minha sorte/ Neste copinho de vidro». Veja-se A. C. P. de LIMA, «Tradições Populares de Santo Tirso (2.ª Série)», in *Revista Lusitana*, 20 (1917), pp. 8-9.

2.3.4. Levitações

Poderíamos falar num outro caso isolado, como seja o de Jerónimo Lemos. Este cristão-velho, residente no Piri, Maranhão, fora denunciado em 1754 por alegadamente levitar. Segundo o denunciante, o dito Jerónimo deitara-se no chão como morto, e em seu redor colocaram-se quatro familiares e amigos. Proferindo determinada fórmula – «pesado como chumbo e leve como pena» –, chegar-se-iam a ele com as pontas dos dedos para o levantar facilmente. A denúncia, todavia, chegou-nos sem consequências¹⁵¹.

Trata-se, também aqui, de sinal de um mundo ainda pré-cartesiano onde tem lugar o fantástico como possibilidade quotidiana. Com uma larga transversalidade social, como o demonstram diversos casos atestados no Reino. Com efeito, corresponde a «uma noção animista e vitalista da natureza, que a tornava um palco onde tudo podia suceder»¹⁵². Como prática heterodoxa aos olhos da Igreja, todavia, funcionava ela mesma como limitado espaço de autonomia, neste caso individual. E, apesar de estes acontecimentos extraordinários poderem ter encontrado testemunho com alguma frequência, não deverão ter ultrapassado esse domínio. Na verdade, o seu impacto social é efectivamente diminuto, se compararmos com os fenómenos que atrás assinalámos.

2.3.5. A materialização de quotidianos

A investigação arqueológica publicada referente ao espaço amazónico de período colonial não abunda. No entanto, os trabalhos conduzidos por Marques nos últimos anos em engenhos dos séculos XVIII a XIX no entorno de Belém, trouxeram-nos dados interessantes que poderão um dia merecer uma aproximação com os objectivos que temos vindo a enunciar.

Em quatro engenhos investigados, o grosso do espólio cerâmico corresponde a produções europeias – cerâmica esmaltada e vidrada –, ou de inspiração europeia, como as resultantes de olarias organizadas, com fabricos em torno rápido – vidrados ou não, e de provável factura local –, e que no seu conjunto se poderão associar a categorias funcionais de mesa e cozinha, sobretudo. No entanto, deve relevar-se que parte significativa dos materiais se associam àquilo que o autor chamou de «cerâmica indígena e ou cabocla», ou seja, resultante de fabricos de argila queimada, e em «acordelamento», com pastas pouco depuradas constituídas por elementos não plásticos muito variados, com forte componente orgânica, e que estão geralmente relacionados com produções nativas ou caboclas¹⁵³.

¹⁵¹ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Proc. n.º 1564. Denúncia em 8 de Dezembro de 1754.

¹⁵² J. P. PAIVA, *Bruxaria e superstição num país sem «caça às bruxas», 1600-1774*, Lisboa, Editorial Notícias, p. 124.

¹⁵³ F. L. T. MARQUES, *Modelo da Agroindústria Canavieira Colonial no Estuário Amazônico: Estudo Arqueológico de Engenhos dos Séculos XVIII e XIX*, tese de doutoramento apresentada

A utilização destes artefactos, que pressupõe a manutenção ou reinvenção de modelos de fabrico alternativos aos arquétipos coloniais – ou, depois, já imperiais, mas igualmente de influência europeia –, poderá ser interpretada nestes contextos ocupacionais como sinal claro de rejeição por parte dos grupos sociais menos favorecidos, em particular dos escravos que ali laborariam.

Ferguson propõe, para fenómeno idêntico nas plantações britânicas da Carolina do Sul, que tal forma de «*unconscious resistance*» face à ordem escravagista, marcada sobretudo pelas actividades primárias do quotidiano, constituiria o comportamento mais aceitável, tendo em conta os rigores esperados noutros de tipo violento. Podiam assim os grupos escravos debuxar uma ordem própria, «*based on their history and experience*», e aparentemente igualitária, se atentarmos aos modelos materiais em causa, técnica e estilisticamente muito homogêneos¹⁵⁴.

Apesar de tudo, elementos aparentemente inesperados surgiram no engenho de Mocajuba. Na área da senzala, a frequência da cerâmica esmalçada – «*faianças finas*» – alcança os 41%, enquanto as cerâmicas indígenas ou caboclas ficaram pelos 20%¹⁵⁵. Isto não será totalmente imprevisível se atentarmos que os escravos poderiam deter alguma propriedade económica, porventura cedida pelos próprios senhores, como poderia ocorrer com artefactos de utilização quotidiana, apesar da sua qualidade técnica e previsíveis custos de aquisição. Além disso, outros fenómenos poderão ajudar a entender esta situação como parte de um contexto mais amplo de resistência colectiva, expressa através das materialidades. Senão vejamos.

Mesmo em comunidades quilombolas como a de Palmares, em situação desde logo marcada pela resistência violenta, e numa época anterior, ocorrem vestígios significativos de cerâmicas de origem europeia – com cobertura vítrea total ou apenas no interior –, num contexto alargado onde as produções de origem indígena – enquadráveis na tradição Tupiguarani da região – ou africana parecem ser predominantes¹⁵⁶. Entre estas regista-se

à Universidade Católica do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, policopiado, 2004, pp. 171-176, e especialmente p. 172. No total das categorias materiais, que incluem cerâmica, vidro e metal, a frequência da cerâmica indígena ou cabocla ocupa as seguintes percentagens em cada um dos engenhos: Murucutu, 14,14%, Mocajuba, 9,15%, Jaguari, 31,38% e Uriboca, 7,84%.

¹⁵⁴ L. FERGUSON, «*Struggling with Pots in Colonial South Carolina*», in R. MCGUIRE e R. PAYNTER (eds.), *The Archaeology of Inequality*, Oxford e Cambridge, Blackwell, 1991, pp. 28-32.

¹⁵⁵ F. L. T. MARQUES, *Modelo da Agroindústria Canavieira Colonial no Estuário Amazônico...* cit., p. 104.

¹⁵⁶ P. P. de A. FUNARI, «*A Arqueologia de Palmares. Sua contribuição para o conhecimento da história da cultura afro-americana*», in J. J. REIS e F. dos S. GOMES (orgs.), *Liberdade por um fio. História dos quilombos no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996, pp. 34-47; «*Maroon, race and gender: Palmares material culture and social relations in a runaway settlement*», in P. P. de A. FUNARI, M. HALL e S. JONES (eds.), *Historical Archaeology. Back from the edge*, Londres e Nova Iorque, Routledge, 1999, p. 320; M. ROWLANDS, «*Black identity and sense of past in Brazilian national culture*», in P. P. de A. FUNARI, M. HALL e S. JONES (eds.), *Historical Archaeology. Back from the edge*, Londres e Nova Iorque, Routledge, 1999, pp. 334-340.

um grupo de cerâmicas que se convencionou como «Palmarino ware», e que tecnicamente consiste na combinação de características tradicionalmente associáveis às produções daqueles grupos¹⁵⁷.

Numa análise mais aprofundada dos contextos de dois dos arqueossítios investigados poderá verificar-se que existe, por um lado, uma diferença fundamental ao nível do espólio cerâmico, com uma predominância de cerâmicas de origem indígena e africana num deles, tendo surgido noutro dos locais uma quantidade significativa de materiais de origem europeia a par daquelas, muito embora estas no total não ultrapassem 4,5% dos vestígios. Por outro, quanto às próprias infraestruturas, sendo o sinal mais importante a construção de uma estrutura defensiva numa fase tardia, protegendo o local onde se exumou maior quantidade de materiais claramente exógenos¹⁵⁸.

Isto evidencia, desde logo, que não apenas existe uma utilização simultânea de tipos cerâmicos associáveis a diferentes matrizes culturais e com poucas cambiantes qualitativas num contexto social multi-étnico de utilização muito alargado – ou pluralista, se quisermos –, como também seriam significativos os contactos com as comunidades coloniais da costa, o que sugere a existência de uma elite quilombola, porventura especializada naquele trato¹⁵⁹.

Tal parece mostrar, portanto, que apesar do sentido autonomista da construção de uma sociedade quilombola, desta não estiveram ausentes contribuições do sistema colonial, porventura plasmado duplamente tanto na especialização mercantil de determinado grupo quilombola, como na utilização de referências materiais de prestígio – como elementos de diferenciação e disciplinamento sociais – na trama social interna do Quilombo. O que revela, aparentemente, como uma atitude de rejeição colectiva da sociedade colonial não representa necessariamente o afastamento de determinados fenómenos que ali tiveram o seu seio.

O caso, no Pará, da senzala com elevada percentagem de cerâmicas esmaltadas de origem europeia, é passível de ser interpretado à luz do que atrás observámos. Tratar-se-ia de grupo de escravos relativamente bem integrado no sistema colonial que utilizaria de modo criativo objectos directamente associáveis àquele nas suas estratégias sociais como elemento de distinção interna, que poderia conjugar-se com algum modo de aceitação e integração passiva do sistema. Decerto que aí os senhores colaborariam, quer através da oferta, quer da comercialização¹⁶⁰.

¹⁵⁷ P. P. de A. FUNARI, «Maroon, race and gender...» cit., p. 320.

¹⁵⁸ M. ROWLANDS, «Black identity and sense of past...» cit., pp. 335-339.

¹⁵⁹ P. P. de A. FUNARI, «Maroon, race and gender...» cit., pp. 320-321; M. ROWLANDS, «Black identity and sense of past...», cit., pp. 339-341.

¹⁶⁰ Muito embora se devam salvaguardar as devidas distâncias, tanto geográficas como, sobretudo económicas e sociais, é interessante tentar-se aqui uma aproximação ao comportamento de grupos de operários no Massachusetts entre os séculos XIX e XX. Escavações num conjunto de habitações por eles ocupadas revelaram a utilização constante de conjuntos arte-

De resto, as autoridades coloniais, terão manipulado a cultura material com alguma objectividade nas suas estratégias de integração territorial da América. Desde logo pelos programas de implantação/renovação urbana e militar, dotados de grande dinamismo ao longo de toda a Época Moderna, em particular na época pombalina¹⁶¹.

Mecanismos porque o sistema colonial – em toda a sua heterogeneidade económica, social e política, é certo – se implantaria bem além da acção das autoridades, em sentido estrito. Em boa verdade, mesmo os estabelecimentos produtivos de iniciativa particular constituíram «complexos multifuncionais, dinâmicos e ativos, aptos a atender plenamente as demandas pelo mercantilismo em sua escalada na América», bem como «máquinas disciplinadoras, postos avançados a serviço do poder, enquanto componente estratégico de alta eficácia para a manutenção e reprodução do sistema», como Zanettini inferiu para as fazendas paulistas¹⁶².

Por outro lado, através da oferta e troca de artefactos, instituída aquela como foi pelo menos na segunda metade de Setecentos na bacia do Amazonas, como essencial no processo de integração de grupos ameríndios. Esta estratégia de negociação social consistia, basicamente, na distinção de indivíduos poderosos no interior das suas comunidades – Principais ou grupos mais ou menos alargados de elites indígenas – com ofertas de bens, como fossem roupa, sal, álcool ou cuias pintadas¹⁶³.

Não seria por acaso, afinal, que um dos aspectos fundamentais dos estabelecimentos pombalinos na Amazônia fosse a instalação de uma olaria.

factuais semelhantes aos utilizados pelas classes médias, embora de menor valor económico, a par de outros objectos que os autores associaram a uma estratégia identitária autónoma: «For while the archaeological and documentary record provide testimony to the power of corporate paternalism and of the boarding house system, those data evoke expression, if not resistance, of personal aspirations and self-expression». M. C. BEAUDRY, M. C. COOK e S. A. MROZOWSKY, «Artifacts and Active Voices: Material Culture as Social Discourse», in R. MCGUIRE e R. PAYNTER (eds.), *The Archaeology of Inequality*, Oxford e Cambridge, Blackwell, 1991, pp. 165-167.

¹⁶¹ P. DIAS, *História da Arte Luso-Brasileira*, cit.; Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...*, cit., pp. 76-89.

¹⁶² P. E. ZANETTINI, *Maloqueiros e seus Palácios de Barro: O Cotidiano Doméstico na Casa Bandeirista*, tese de doutoramento apresentada à Universidade de São Paulo, São Paulo, polycopiado, 2005, p. 152.

¹⁶³ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...*, cit., pp. 170-171. A gestão da cultura material como via para a construção da integração colonial, quer para o incremento do prestígio das elites ameríndias, teve expressão decisiva ao longo de toda a História da expansão. E. RODRÍGUEZ-ALEGRÍA, «Eating Like an Indian. Negotiating Social Relations in the Spanish Colonies», in *Current Anthropology*, 46 (4) (2005), pp. 551-573, mostra, por exemplo, como tais foram vitais durante o século XVI na construção da América hispânica. De assinalar que tiveram particular notoriedade em sentido inverso, ou seja, através da incorporação de artefactos e costumes de elites indígenas nos hábitos das autoridades coloniais, como estratégia de negociação de poder. No caso da bacia do Orinoco, aponta-se em direcção semelhante, sublinhando-se a preferência de indígenas por certos artefactos, determinados pelas suas concepções de poder e prestígio, ante as relações com os europeus. F. SCARAMELLI e K. T. de SCARAMELLI, «The roles of material culture in the colonization of the Orinoco, Venezuela», in *Journal of Social Archaeology*, 5 (1) (2005), pp. 135-168.

Diversas produções, como as de Barcelos ou Belém, mostram bem o investimento das autoridades coloniais na tentativa de aculturação a que nos reportamos, plasmado, por exemplo, na factura de cuias ou de modelos de origem ameríndia, com decorações europeias¹⁶⁴.

Tudo isto mostra como a cultura material não é apenas o resultado passivo de comportamentos económicos, senão uma componente fundamental de acções simbólicas, de gestão de relações sociais¹⁶⁵.

Naturalmente que as formas como os diversos grupos reagiram ao processo de integração colonial por via da cultura material só poderão ser melhor entendidas com o desenvolvimento de projectos de investigação específicos, combinando intervenções arqueológicas com a prossecução de trabalhos em torno da documentação escrita e outros de cariz antropológico. A heterogeneidade material que Marques aponta para o núcleo urbano da própria cidade de Belém, como termo de comparação com a realidade dos engenhos constitui, desde já, uma interessante via de trabalho¹⁶⁶.

2.3.6. Manutenção de práticas exógenas

Falta-nos assinalar potenciais situações de indivíduos ou grupos que, não sendo estritamente originários do contexto colonial, sequer da rede que o sustentava e que poderemos aqui associar aos domínios portugueses como um todo, transitavam para o interior daquele. E essa gente, naturalmente, transportava consigo hábitos das suas comunidades de origem, com o peso de séculos. Outros, mais recentes, tomados ou não por iniciativa pessoal, ainda que neste particular jamais o saibamos.

Assinalámos já como as comunidades ameríndias se opuseram ao processo de integração colonial. No campo daquilo a que chamámos de «resistência cultural» temos vindo a verificar que são amplas as respostas postas em marcha, quase sempre integradas num espectro de reacção mais geral, que ultrapassa a fronteira da etnicidade.

Muitos grupos de indígenas, apesar de inseridos já em núcleos sob o controlo das autoridades coloniais havia muitos anos continuavam a praticar em determinadas ocasiões ritos colectivos, ainda que quase sempre clandestinamente. Conservavam, por exemplo, ritos de iniciação, bem como fúnebres ou de culto religioso, como era o caso dos índios Tapajós e Cayoanas, que haviam formalmente ingressado no grémio dos crentes havia mais de um século. Em Barcelos, por seu lado, há notícia de grupo de homens que seserviam de uma «casa grande de paricá» para práticas tradicionais,

¹⁶⁴ Alguns exemplares remanescentes das colecções organizadas por Alexandre Rodrigues Ferreira nos finais do século XVIII poderão ser observados em *Viagem ao Brasil de Alexandre Rodrigues Ferreira...*, 2005, em particular no Vol. 1.

¹⁶⁵ M. C. BEAUDRY, M. C. COOK e S. A. MROZOWSKY, «Artifacts and Active Voices...» cit., p. 174.

¹⁶⁶ F. L. T. MARQUES, *Modelo da Agroindústria Canavieira Colonial no Estuário Amazônico...* cit., p. 186.

desde fumar tabaco, tomar drogas e bebidas até cerimónias de diverso tipo, enquanto em Pinhel se realizavam «provas de valentia». Por vezes, optavam por se dirigir a partes ocultas da floresta, onde escapavam à vigilância das autoridades coloniais¹⁶⁷.

Posições mais radicais consistiam no aproveitamento de técnicas contraceptivas e abortivas, adquiridas pela larga experiência do convívio dessas comunidades com a floresta, bem como no próprio infanticídio. Esta forma de resistência à integração colonial por via da repressão da natalidade, correspondia aparentemente a práticas orientadas por indivíduos carismáticos no interior dos grupos, com poderes que se poderiam associar aos pajés, preparando beberagens e fazendo rezas. Bem significativo é o facto de estes comportamentos ocorrerem não apenas em núcleos relativamente isolados, ao longo dos Rios amazónicos, mas também na própria cidade de Belém, e durante todo o século¹⁶⁸.

Mas a transferência de padrões culturais exógenos não se restringiu apenas aos grupos ameríndios, cuja presença era, em boa verdade, bem mais natural. Lembremos que para o Grão-Pará e Maranhão partiu significativo número de técnicos de origem europeia, a par de militares, durante os trabalhos de demarcação de limites. Alguns deles terão provindo de regiões fora da alçada espiritual de Roma, como seriam muitos dos alemães. E com eles, por certo, levariam as crenças da Reforma.

Em 1763 era denunciado à Inquisição «Monsiur» Gronfelt, Sargento-Mor engenheiro, acusado de proposições luteranas pelo Padre Miguel Ângelo de Moraes, com quem partilhava uma casa em Belém. Ao que parece, mantinham conversas em matérias teológicas. Certa manhã, tendo o Padre Miguel ido visitá-lo, disse «Que Deos parecia iniquoo; porque Sabendo que huma alma Se havia perder a errava neste mundo»¹⁶⁹.

Noutra ocasião, estando ambos pelas quatro horas da tarde na copa que servia os seus quartos, considerou ainda o militar, ao que parece embriagado, que «Muntos Santos Cujas Imagens Estaõ nos Altares Estaõ ardendo suas almas nos infernos». Repreendendo-o o religioso, sublinhando que não se tomavam Santos de ânimo leve, e sem a infalibilidade que o Espírito Santo suportava no Papa, altercou o outro sustentando que «O Pontifice Era homem E que como tal podia Erar». A discussão dessa vez terminara com Gronfelt a abandonar a divisão abruptamente. A ausência de qualquer seguimento deste processo relacionar-se-á, provavelmente, com a necessidade última que mantinha a presença do estrangeiro naquele território¹⁷⁰.

¹⁶⁷ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 189-193; M. C. COELHO, *Do Sertão para o Mar...*, cit., p. 279.

¹⁶⁸ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 197.

¹⁶⁹ «Denuncia que dà O Padre Miguel Angelo de Moraes de Fulano Gronfelt Sargento Mor Engenheiro», *Livro da Visitação do Santo Ofício...*, 1978, pp. 144-147.

¹⁷⁰ Para uma leitura sobre este caso específico, veja-se D. de A. GUZMÁN, «Ciência e Censura: a Inquisição e os engenheiros-matemáticos no Grão-Pará (séc. XVIII)», In *Actas do Seminário*

3. Epílogo: A construção de alternativas?

Procurámos observar como comportamentos de resistência à integração colonial, nos pressupostos que inicialmente definimos, se podem manifestar por vias muito diversas. Desde a atitude mais violenta, organizada ou não, até ao que foi chamado de «resistência inconsciente», manifestada nos mais simples gestos quotidianos.

Todas elas corresponderam, parece evidente, às oportunidades abertas pelo próprio sistema colonial e seus protagonistas, que ora deu espaço a manifestações culturais heterodoxas com maior ou menor tolerância, e desconhecimento da sua presença, ora conveio em manifestações de obstinação por parte das autoridades, régias ou eclesiásticas, dando lugar a respostas que apenas encontrariam expressão na violência¹⁷¹. E nestes casos, como vimos, o Estado responderia sempre com a prontidão e exemplaridade julgadas necessárias.

Quanto aos elementos culturais, mesmo contando-se com as autoridades eclesiásticas no terreno – desde os missionários e párocos aos Bispos, que periodicamente realizavam visitas –, o controlo ideológico da região nunca foi munido de grande consistência¹⁷². Sequer com o programa civilizacional do Directório imposto pelo Rei. O papel da Inquisição – tão importante noutros contextos no Portugal Moderno – nunca foi, a bem dizer, efectivo. Era extraordinária a dificuldade que se fazia sentir para o seguimento de denúncias e no bom proceder da burocracia da moral, em particular nos Sertões amazónicos.

Os Comissários inquisitoriais encontravam-se apenas nas cidades de São Luís do Maranhão e de Belém, o que dificultava a «cada homem, ou mulher particular, (...) cada Confessor com licença dos Penitentes mandar cartas» aos representantes do Santo Ofício. Bem consciente destas adversidades, recomendava um habitante do Arraial da Natividade em 1756, aproveitando o encaminhamento de uma denúncia, que todos os Vigários-Gerais e Visitadores diocesanos servissem também de Comissários¹⁷³.

Landi e o Século XVIII na Amazônia, Belém, Fórum Landi da Universidade Federal do Pará, 2003. [em linha] Consultado a 26/2/2007 e disponível em www.forumlandi.com.br.

¹⁷¹ São estes os pressupostos fundamentais que levam Domingues a distinguir «formas de permanência», reveladoras sobretudo da inabilidade do «programa civilizacional «ilustrado»» para a integração, neste caso, dos ameríndios, e «formas de resistência». Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., pp. 294-295.

¹⁷² O Bispo Frei João de São José Queirós reconhecia, em boa verdade, que sendo possível existirem ainda persistências pagãs em Portugal que remontariam pelo menos à época romana, mais força estas teriam no território amazónico, onde tão recentemente, e por tão pouca gente, se tinha iniciado a cristianização. Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 198.

¹⁷³ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, Caderno dos Solicitantes n.º 30, Livro n.º 769, fls. 353-353v. Denúncia do Padre Manuel Ramalho pelo crime de solicitação, ao Comissário em São Luís do Maranhão, por Pedro Tedaldi, Arraial das Almas, Minas da Natividade, 20 de Fevereiro de 1756.

Em 1763, tendo-se lembrado o Conselho Geral da Inquisição de Lisboa «da grande necessidade espiritual, que todos aqueles Povos tem de que o Ministério da Inquisição lhe acuda com pronto remédio, de que tanto necessitam as suas consciências», se enviará aquela que seria a primeira e última Visitação do Santo Ofício à Amazónia. Este acontecimento deve ser encarado como uma forte decisão no reforço dos esforços integradores da região, cuja intensidade pode bem ser avaliada, não tanto pelos resultados concretos em termos repressivos, mas pela sua duração e pela associação da sua direcção ao cargo de Governador do Bispado¹⁷⁴. Importava, no contexto de consolidação do Estado do Grão-Pará e Maranhão e ante a labuta da demarcação de limites, encetar esforços para tactear e conhecer com o que se lidava, no campo ideológico. No fundo tratava-se de trabalhar, também aqui, na demarcação de limites.

Mas também é verdade que, por outro lado, os comportamentos aqui analisados, para lá da atitude individual de reacção ocasional, parecem assinalar a busca de caminhos para autonomias, e corresponder a aspirações próprias de determinados grupos, à característica multiplicidade dos centros de «poder» que representam, no fim de contas. E que, de um modo ou de outro, acabam confrontados com as autoridades coloniais, das quais se procuram azular. Autoridades que, embora envoltas numa certa inabilidade para lidar com estas heterodoxias, como bem reconheceu Domingues¹⁷⁵, e com maior ou menor consciência de tal, não deixam todavia de fazer uso, sempre que possível, das instituições disponíveis para o seu controlo.

A emergência dos comportamentos de resistência deve, por isso, ser entendido nesta relação dialéctica. Como Gailey, a propósito, lembra, «In state formation, cultural forms and meanings become a battleground»¹⁷⁶.

É difícil, no entanto, encarar estes comportamentos como resultado de uma consciência mais ou menos lata das relações de força no interior da sociedade colonial e das potenciais alternativas que constituíam. Em boa verdade, só a resistência violenta mais alargada, com expressão militar e por parte de grupos quase sempre fora da esfera de controlo das autoridades coloniais, pode ser lida nesse sentido. No caso dos fenómenos de «resistência jurídica», a posição dos protagonistas é a de que fazem parte de uma ordem social, entretanto afectada, e que desejam que lhes seja restituída.

Aquilo que convencionámos por resistência violenta – em particular a guerra – foi determinado por rupturas frontais, decisões de vida e de morte, num sentido semelhante ao que ocorrera com aqueles que recorreram aos mecanismos legais disponíveis, e cujos resultados foram sempre limitados socialmente por remeterem à própria ordem do sistema. Em todo o caso, foram aqueles que decidiram fugir ou desertar, individualmente ou em grupo,

¹⁷⁴ AHU, Pará, Cx. 54, Doc. 4938. Carta do Conselho Geral a Dom José, Lisboa, 17 de Junho de 1763.

¹⁷⁵ Â. DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos...* cit., p. 295.

¹⁷⁶ C. GAILLEY, «Culture Wars...», cit., p. 38.

que com maior frequência puderam edificar verdadeiros espaços de autonomia colectiva. Construindo mocambos, definindo aqueles que deveriam ser os seus espaços próprios de intervenção económica, social e política. Ainda que, claro está, em inevitável interacção com o sistema colonial.

Os resultados mais duradouros dos comportamentos de resistência parecem ter tido origem nos que, por mais ocultos, pouco afrontaram o sistema colonial. Quer por estarem à sua margem, longe, infiltrados nos Sertões, quer pela discrição do seu anonimato no interior dos núcleos coloniais, urbanos ou rurais. Seriam aqueles que mais tarde suscitariam, como vimos, uma atenção particular, corporizada na Visitação inquisitorial de 1763 a 1769. A chamada resistência cultural – combinada com algumas formas mais radicais, como as fugas e deserções –, condicionou eficazmente, ainda que de modos diversos, a evolução do sistema colonial.

Sistema que, em boa verdade, era o epíteto comum a todos esses comportamentos, como convém não esquecer. Diversas expressões do processo de integração a que nos temos vindo a reportar tiveram o condão de se transformar em pretextos concretos para uma consciência efectiva, mais ou menos alargada, dos grupos não dominantes. O Directório, produto de tensões latentes na sociedade amazónica do século XVIII, manteve e aprofundou problemas já existentes de ordem fundamentalmente económica e política, desencadeando o processo que ficaria conhecido por Cabanagem, já no terceiro decénio de Oitocentos, e em que emergiram concretamente os grupos sociais a que habitualmente associámos os comportamentos aqui assinalados¹⁷⁷.

Noutro sentido, como já aqui dissemos, a insistência na manutenção e desenvolvimento de formas culturais próprias, mesmo enfrentando os poderes coloniais assimiladores, lograram atingir largamente os nossos dias. Souberam escapar-lhes e, mais do que «permanecer» ante um sistema inábil, souberam impor as suas próprias alternativas. Como observámos, até há bem pouco subsistiram identidades marcadas em quilombos remanescentes, e ainda hoje se continuam a repetir gestos como aqueles que resultaram da interacção de tradições europeias e ameríndias de tratar corpos e espíritos doentes. Desenvolveram-se, recriaram-se mitos que se tornaram no pano de fundo cultural da sociedade amazónica contemporânea. Outros comportamentos, porque dependeram do trânsito provisório dos seus agentes, como

¹⁷⁷ Tensões entre colonos e administradores a respeito da liberdade indígena mantiveram-se, para Coelho, ao longo de toda a vigência do Directório. Este serviria apenas para contornar o problema, procurando conciliar interesses incompatíveis: «por um lado, o metropolitano, o qual pretendia incorporar os índios em sua política de ocupação e defesa do território colonial conquistado aos espanhóis; por outro lado, o dos colonos, cuja intenção era manter as populações indígenas submetidas, cristalizando a sua condição de mão-de-obra preferencial do Vale Amazônico». M. C. COELHO, *Do Sertão para o Mar...* cit., p. 246. Os indígenas integrados pelo Directório, como não poderia deixar de ser, «participaram dos conflitos existentes (...) e não aceitaram, de modo passivo, as investidas dos demais agentes envolvidos». M. C. COELHO, *Do Sertão para o Mar...* cit., p. 289.

foi o da expressão das ideias de um Gronfelt ou das práticas fantásticas de Jerónimo Lemos, parecem ter-se perdido no tempo¹⁷⁸.

Muito faltaria ainda para dizer, é certo. Porventura o nosso texto ter-se-á pautado por alguma desigualdade na análise de cada um dos pontos por nós definidos. Em grande medida tal ocorreu pelo nosso enfoque preferencial na resistência cultural, em cujo cerne residia um problema não menos importante: o da diversidade quase extrema. Ainda assim, consideramos tal abordagem uma mais-valia, tendo em conta que se encontra ainda pouco explorada segundo os pressupostos que definimos. Mesmo ao nível dos recursos documentais.

Tentámos, enfim, assinalar aquilo que considerámos serem vias possíveis de trabalho para o estudo de fenómenos de resistência. Retomando a análise de diversos autores que se têm vindo a debruçar sobre o tema neste contexto regional e com objectos mais específicos, decidimos propor um outro modelo, a nosso ver mais ágil e melhor integrador dos potenciais protagonistas.

¹⁷⁸ Loureiro, com o impulso teórico dos trabalhos de Durand, desenvolveu importante investigação sobre a cultura amazónica, e o substrato «caboclo» que lhe preside. Fundamental para entender, hoje, as especificidades próprias daquela região e os seus trajectos. J. de J. P. LOUREIRO, *Cultura Amazônica. Uma poética do imaginário*, Almada, Íman, 2002.

O OURO NOBILITANTE: A NOBREZA NA CAPITANIA DE MINAS GERAIS

por

ROBERTA GIANNUBILO STUMPF**

1. Nobrezas coloniais

As nobrezas coloniais não se constituíram, até agora, em objeto privilegiado da historiografia brasileira, no sentido de que são poucos os trabalhos que as elegeram como tema central de suas investigações¹. Ainda assim, este grupo social não está ausente nas páginas da extensa bibliografia dedicada à análise da sociedade da América portuguesa ou, em especial, das elites coloniais, cuja leitura em muito contribui para aprofundarmos questões fundamentais também ao estudo das nobrezas. A primeira, e mais importante, refere-se à utilização dos conceitos apropriados à compreensão do ordenamento societário do território ultramarino que, conforme István Jancsó, apresentou estruturas simultaneamente *desviantes e replicantes* do paradigma europeu².

Não há como negar que o estabelecimento do sistema escravista nesta colônia portuguesa foi determinante para a consolidação de uma sociedade *sui generis*, na medida em que a presença intensiva do elemento africano e da escravidão determinou o surgimento de formas diferenciadas de distinção, menos expressivas no Reino, mas que na América ganharam projeção. Podemos dizer até mesmo que a condição de livres/escravos, assim como a de brancos/homens de cor, constituíam-se formas distintivas de grande eficácia, que deram uma nova tonalidade às hierarquias existentes nestas paragens.

* Mestre em História Social pela Universidade de São Paulo e Doutora em História Social pela Universidade de Brasília. Esse artigo integra parte da pesquisa realizada em nível de doutorado, com o apoio da CAPES. Roberta STUMPF, *Cavaleiros do Ouro e outras trajetórias nobilitantes nas Minas Setecentistas*, Brasília, Editora Hinterlândia, 2010 (no prelo).

¹ Dos poucos trabalhos gerais centrados no tema das nobrezas na América portuguesa, citamos aqui o mais recente, cuja contribuição será referida adiante: Maria Beatriz Nizza da SILVA, *Ser Nobre na Colônia*, São Paulo, Editora UNESP, 2005.

² István JANCÓS, «Brasil e brasileiros – Notas sobre a modelagem de significados políticos na crise do Antigo Regime português na América», in *Estudo Avançados*, 22 (62), 2008, pp. 259-260.

Por outro lado, é preciso considerar que se a sociedade americana se estabeleceu tendo como referência parâmetros distintos do europeu, também os critérios de hierarquização reinol ganharam acolhimento e que, portanto, sua singularidade reside sobretudo na integração de novos princípios sociais com aqueles já existentes na Europa³. Neste sentido, como mostra Laima Mesgravis, «a liberdade e a posse de outros homens não era suficiente para o exercício do poder ou gozo da estima social»⁴, pelo que procura mostrar, em seu pequeno e fundamental artigo publicado na década de 80, outros mecanismos de afirmação social vigentes nesta conquista, muitos dos quais estavam em conformidade com aqueles que eram utilizados de uma forma geral em todo o Império português. Sendo assim, se precisamos nos atentar para a coexistência de critérios locais e reinóis para entender a sociedade americana, voltamos então à questão que colocamos inicialmente: em que medida as categorias sociais próprias do modelo estamental português podem ser aplicadas para investigar a realidade americana sem com isso correremos o risco de estarmos negando as suas especificidades?

Esta é uma pergunta que há muito foi colocada por Florestan Fernandes, e se voltamos a ela é porque ainda hoje merece a devida atenção. Ciente de que o escravismo suscita dificuldades aos pesquisadores, no que se refere «à procura de uma maior precisão no uso de conceitos e categorias histórias apropriadas à compreensão, descrição e interpretação»⁵ da sociedade colonial, o autor propunha que a mesma fosse apreendida pela sua natureza compósita. O que significa que, não obstante muitos indivíduos, como escravos e índios, gravitem fora da ordem estamental, esta continua sendo relevante à compreensão do universo dos homens livres⁶.

E de fato a historiografia mais recente tem enfatizado a importância dos critérios societários trazidos pelos colonizadores à hierarquização dos indivíduos na América, investigando, principalmente, como muitos vassallos buscaram engrandecer a sua importância social adquirida localmente recorrendo ao sistema de doação de mercês régias em retribuição aos seus serviços⁷. Premiados por suas fidelidades à Coroa, muitos viram sua notorie-

³ Stuart B. SCHWARTZ, *Segredos Internos. Engenhos e escravos na sociedade colonial*, São Paulo, Companhia das Letras, 1988, 1.ª edição 1985 (ver em especial o capítulo 9: uma sociedade escravista colonial).

⁴ Laima MENGRAVIS, «Os aspectos estamentais da estrutura social do Brasil Colônia», in *Estudos econômicos*, São Paulo, USP/IPE, Volume 13, número especial, 1983, p.799.

⁵ Florestan FERNANDES, *Circuito Fechado: quatro ensaios sobre o «poder institucional»*, São Paulo, Hucitec, 1976, p. 30.

⁶ Na verdade, Florestan Fernandes propunha que as categorias estamentais fossem utilizadas para entender as clivagens entre os brancos. No entanto, julgamos apropriadas para analisar as hierarquias estabelecidas entre os homens livres, já que, como afirma o autor, «com o tempo, os libertos ganharam o status legal que lhes conferia a condição estamental». Florestan FERNANDES, *Circuito Fechado...* cit., pp. 32-33.

⁷ Entre outros: Carla ALMEIDA, «Uma nobreza da terra com projeto imperial», in João FRAGOSO; Carla ALMEIDA, Antônio Carlos SAMPAIO (orgs.), *Conquistadores e Negociantes. Histórias*

dade local confirmada legalmente pela monarquia que, em muitos casos, os alçou ao estamento nobiliárquico propriamente dito. No entanto, se muitos estudos coloniais têm se enveredado por este caminho, explorando a trajetória desses súditos nobilitados por instituições metropolitanas, as dificuldades anunciadas por Florestan Fernandes, no que se refere à utilização dos conceitos, não foram ainda superadas quando se trata de investigar o acolhimento dos parâmetros societários reinóis. Isso porque, o uso recorrente do termo «nobreza da terra»⁸, para se referir ao grupo que na América detinha hegemonia social, encerra alguns problemas, que merecem ser referidos.

Se por um lado o emprego desse conceito tem a vantagem de evidenciar que o modelo estamental foi apropriado a depender das circunstâncias locais, por outro ele não oferece precisão semântica já que, tal como vem sendo utilizado, seu sentido pouco se diferencia da noção de principalidade, vigente nos séculos XVI ao XVIII, que abarcava igualmente um número bem vasto de indivíduos. Neste período, os principais compreendiam todos os homens influentes e prestigiosos de um lugar ou vila, independente de serem ou não legalmente nobres⁹; e essa mesma acepção pode ser atribuída à «nobreza da terra». Desta forma, nem todos os que pertenciam a esse grupo eram nobres de facto, no sentido de que podiam viver como nobres, trilhar os caminhos seguros para obter reputação pública entre seus conterrâneos, mas muitos ainda eram, oficialmente, plebeus, ou seja, não haviam conquistado o reconhecimento de sua notoriedade pelo centro político¹⁰.

de elites no Antigo Regime nos trópicos. América lusa, séculos XVI a XVIII, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2007, p. 130. Maria B. Nizza da SILVA, *Ser Nobre...* cit., p. 10. Fernanda OLIVAL, «O Brasil na disputa pela política de 'mercês extraordinárias' da coroa (séculos XVI-XVIII)», in Ronaldo VAINFAS & Rodrigo Bentes MONTEIRO (orgs.), *Império de várias faces. Relações de poder no mundo ibérico da Época Moderna*, São Paulo, Alameda, 2009, pp. 151-174.

⁸ O termo «nobreza da terra», enquanto categoria jurídica, aparece na legislação portuguesa para se referir aos homens bons que podiam compor a lista dos eleitores e elegíveis para as Câmaras. Joaquim Romero MAGALHÃES, «Os nobres da governança da terra», in Nuno G. MONTEIRO; Pedro CARDIM; Mafalda S. da Cunha (org.), *Optima Pars. Elites ibero-americanas do Antigo Regime*, Lisboa, ICS, Imprensa de Ciências Sociais, 2005, p. 67. Nuno Gonçalo MONTEIRO, «Um Império de destinos cruzados», entrevista concedida à *Revista de História da Biblioteca Nacional*, ano 1, n.º 11, Agosto de 2006, p.52.

⁹ Nuno Dauphiás D'ALCOCHETE, *Principalidade*, Coleção Registros da História, n.º 2, Centro de estudos de genealogia, heráldica e história da família da Universidade Portucalense do Porto.

¹⁰ Luís VIDIGAL, «No microcosmo social português: uma aproximação comparativa à anatomia das oligarquias camarárias no fim do Antigo Regime político (1750-1830)», in Alberto VIEIRA (coord.), *O município no mundo português*. Funchal, CEHA/Secretaria Regional de Turismo e Cultura, 1998, p. 120. Ao se referir ao preenchimento dos cargos concelhios pela 'nobreza da terra', afirma Bicalho: «Isso não significava necessariamente que os oficiais das câmaras, quer em Portugal, quer nas colônias, fossem todos nobres na concepção estamental vigente no Antigo Regime». Maria Fernanda BICALHO, «As câmaras ultramarinas e o governo do Império», in João FRAGOSO, Maria de Fátima Silva GOUVÊA & Maria Fernanda BICALHO (org.), *O Antigo Regime nos Trópicos. A dinâmica imperial portuguesa (séculos XVI-XVIII)*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2001, p. 202.

Embora em cada parte da extensa América portuguesa as possibilidades de ascensão social e consequentemente de pertencimento ao grupo dos principais ou da «nobreza da terra» se diferenciasssem, algumas estratégias de elevação social se repetiam com regularidade. Relembrar os feitos dos ancestrais, quando se descendia dos primeiros colonizadores, era uma delas¹¹. Mas tantas outras vinham somar-se a esta como acumular cabedais, servir os cargos da República, seguir a carreira militar, principalmente nas ordenanças, ou ingressar em uma irmandade prestigiada. Viver «à lei da nobreza», vale dizer, repetir um modo de vida próprio daqueles que se rodeavam de cavalos, pajens e criados¹², era também uma forma de adquirir reputação pública, isso sem falar na importância que conquistavam quando condecorados com uma mercê honorífica¹³.

Todas estas distintas formas de aquisição de notoriedade social têm sido devidamente estudadas pela historiografia sobre as elites coloniais que, no entanto, ao se socorrer do conceito «nobreza da terra»¹⁴, para definir este que seria o grupo privilegiado, acaba por desconsiderar que em seu interior nem todos ocupavam posição similar. Por se tratar de uma sociedade estamental, também na América portuguesa as trajetórias de ascensão perse-

¹¹ Maria Fernanda BICALHO, «As representações da câmara no Rio de Janeiro ao monarca e as demonstrações de lealdade dos súditos coloniais séculos XVII e XVIII», in Alberto VIEIRA (coord.), *O município...* cit., p. 528. João FRAGOSO, «Fidalgos e parentes de pretos», in *Conquistadores e Negociantes...* cit., pp. 35-38.

¹² Laima MESGRAVIS, «Os aspectos estamentais...» cit., p. 801.

¹³ Se tivéssemos que estabelecer uma hierarquia das remunerações em honras e rendas concedidas pela monarquia aos súditos portugueses, poderíamos tentar elencá-la, por ordem crescente, da seguinte maneira: hábitos de cavaleiros das Ordens militares; foros de fidalguia da Casa Real (distinguindo cavaleiros fidalgos de fidalgos cavaleiros); carta do Conselho de Sua Majestade; alcadarias-mores; comendas das Ordens militares; senhorios de terra, com ou sem jurisdição; ofícios palatinos; títulos sem Grandeza (barão, visconde) e títulos com Grandeza (conde, marquês, duque). Para estabelecermos tal hierarquia, na qual excluímos os ofícios civis e militares que fogem ao nosso objeto de estudo, nos baseamos na obra de Nuno G. Monteiro já citada e de Mafalda Soares da CUNHA, «Estratégia de reprodução e poder social: a Casa de Bragança (1496-1640)», in *Revista de História das Idéias (A cultura da nobreza)*, vol. 19, Lisboa, 1997, pp. 309-337. IDEM, *Linhagem, parentesco e poder. A Casa de Bragança*, Lisboa, Fundação Casa de Bragança, 1990. Com exceção dos hábitos de cavaleiros, as demais mercês eram dadas com muita parcimônia aos vassalos residentes na América portuguesa, principalmente no século XVIII, quando «o acesso às distinções nobiliárquicas superiores tornou-se muito raro». Mafalda Soares da CUNHA & Nuno G. MONTEIRO, «Governadores e capitães-mores do império atlântico português nos séculos XVII e XVIII», in Nuno MONTEIRO; Pedro CARDIM; Mafalda S. da CUNHA (org.), *Optima Pars...* cit., p. 197.

¹⁴ De uma forma geral, observa-se que a historiografia apropriou-se de um termo que Evaldo Cabral de Mello mostrou ser pertinente para a compreensão do grupo que na capitania de Pernambuco via-se como superior aos demais e que denominou a si próprio como nobres da terra para evidenciar tal superioridade. Os demais autores, no entanto, não traçam a genealogia do vocábulo, nem sequer mostram por meio da documentação quando ou porque eram utilizados, mas se fazem uso do mesmo é por notarem que aquelas qualidades atribuídas à nobreza da terra pernambucana também aparecem com força distintiva na capitania em que investigam. Evaldo Cabral de MELLO, *Rubro Veio – O imaginário da restauração pernambucana*, Rio de Janeiro, Topbooks, 1997.

guidas pelos indivíduos determinaram a importância social com que foram revestidos. Assim, não é possível acreditar que um proprietário de terras e escravos, um irmão de uma Irmandade, um súdito que ostentava sua importância apresentando-se em sua montaria, equiparavam-se em prestígio aos que, por nascimento ou por assentimento régio, conseguiram ingressar no estamento nobiliárquico. Todos pertenciam à nobreza da região, é certo, no entanto, a estima com que eram revestidos não pode ser nivelada, principalmente quando só alguns, já se disse, portavam de facto o status de pertencer, legalmente, à nobreza portuguesa¹⁵.

Desta forma, estamos propondo que a «nobreza da terra» seja reconhecida como composta por distintos patamares, acessíveis aos súditos conforme as trajetórias de enobrecimento percorridas, as quais evidenciavam, por sua vez, a coexistência de critérios de abrangência local com aqueles que eram comuns em todo Império. Em sua base situavam-se aqueles cuja dignidade era uma atribuição conferida apenas pelos conterrâneos, segundo os usos da terra onde viviam. Eram vistos como nobres por viverem como tais, e por percorrerem estratégias de ascensão social cuja eficácia tinha uma abrangência geográfica bastante limitada, já que o reconhecimento de sua nobreza tácita não havia sido colocado à prova pelo centro político. Num patamar superior deste grupo estavam aqueles que percorreram também as vias tradicionais de enobrecimento e viram suas qualidades honradas, e premiadas, pelo Supremo Juiz. Conjuntamente com aqueles que descendiam de linhagens aristocráticas, raros na colônia, podiam ser reconhecidos como nobres em todos os cantos do Império, já que sua superioridade fora comprovada por critérios válidos em todos os territórios sob a soberania do monarca português. Evidentemente que, aos olhos da população, nem sempre os limites entre essas nobrezas (oficial e tácita) eram facilmente perceptíveis, porém, não há dúvidas que ser agraciado pelo monarca conferia uma dignidade mais elevada.

Trata-se assim, como estamos procurando afirmar, de formas distintas de nobilitação que proporcionavam, por sua vez, acesso a patamares distintos da nobreza, grupo que não pode ser homogeneizado sob um rótulo comum, tal como tem sido ao se empregar o termo «nobreza da terra». Correndo o risco de sermos redundantes, é preciso lembrar que entre estes nobres só alguns podiam ser vistos como socialmente superiores por terem sido agraciados pelo monarca mediante a economia do dom, dos serviços, dos privilégios, nomes que aparecem para designar o sistema de concessão de

¹⁵ Diferentemente de Maria Beatriz Nizza da Silva, que considera que a nobilitação dependia estritamente da sanção dos tribunais régios, entendemos que o reconhecimento da notoriedade alheia pelos povos podia também conferir nobreza aos indivíduos, respeitando assim a plasticidade deste grupo, conforme evidencia Nuno Gonçalo Monteiro. Maria B. Nizza da SILVA, *Ser Nobre...* cit.; Nuno G. MONTEIRO, *O Crepúsculo dos Grandes. A Casa e o patrimônio da aristocracia em Portugal (1750-1832)*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2003. IDEM, «Notas sobre a nobreza, fidalguia e titulares nos finais do Antigo Regime», in *Ler história*, n.º 10, Lisboa, 1987, pp. 15-51.

mercês aos súditos portugueses. Estes, e apenas estes, conseguiam acrescentar maior qualidade à reputação conferida pelo juízo dos conterrâneos, na medida em que as mercês conquistadas convergiam «o favor do rei com o assentimento das gentes», elevando assim a dignidade que portavam já que «pela maior parte, o povo vive da opinião do Rei e dos grandes que o governam»¹⁶. Pelo que, concluímos, a conquista de uma mercê nobilitante possibilitava que um súdito, já pertencente à nobreza local, integrasse de forma sancionada também o grupo restrito da nobreza portuguesa. Negar esse fato é desacreditar as interpretações atuais que procuram reforçar a importância do monarca, também nas conquistas, como aquele que detinha o monopólio das classificações sociais. A incorporação e a pertinência dos parâmetros estamentais na hierarquização dos indivíduos estavam explicitamente expressas no desejo de muitos súditos americanos em enobrecerem-se mediante o consentimento régio, porque a estima local não era negligenciada, mas nem sempre contemplava seus desejos nobilitantes. Para os que tinham serviços a ofertar não havia razão para não solicitar ao Conselho Ultramarino mercês que engrandecessem ainda mais a reputação conquistada localmente. Assim, reforçavam-se os vínculos da monarquia com os súditos das mais diversas paragens.

2. A nobreza na capitania de Minas Gerais: o ouro como fator de enobrecimento

Também os habitantes das Minas, no século XVIII, tal como nos indica a leitura dos índices do Arquivo Histórico Ultramarino, apresentaram ao monarca pedidos de mercês que, se atendidos, elevá-los-iam a um patamar social superior¹⁷. Trata-se de solicitações diversas cuja recorrência nos permite rever a tradicional tese de que nesta capitania as hierarquizações estavam pautadas sobretudo na riqueza dos indivíduos, o que, em larga medida, tem contribuído para descrevê-la a partir de um viés que enfatiza as suas especificidades em relação às demais regiões da América¹⁸. Não negamos

¹⁶ F. FRANCISCO BARREIROS, Livro da verdadeira nobreza, s/d *apud* Sérgio Cunha SOARES, «Nobreza e arquétipo fidalgo – A propósito de um Livro de Matrículas de Filhamentos (1641-1724)», in *Revista de História das Idéias*, volume 19, Lisboa, 1997, p.413.

¹⁷ Aqui estamos considerando não apenas as solicitações de mercês honoríficas como também cargos e patentes militares que davam nobreza aos indivíduos. Caio C. BOSCHI, *Inventário dos manuscritos avulsos relativos a Minas Gerais existentes no Arquivo Histórico Ultramarino (Lisboa)*, Belo Horizonte, Fundação João Pinheiro, Centro de Estudos Históricos e Culturais, 1988, 3 volumes.

¹⁸ A idéia de que a riqueza era o principal critério à hierarquização dos habitantes das Minas encontrou defensores de peso como Sylvio Vasconcelos, Diogo Vasconcelos e Augusto Lima Júnior, para citar alguns. Para este último autor, «a abastança era (...), pois, a fornecedora de nomes à nobreza das Minas Gerais». Augusto LIMA JÚNIOR, *As Minas Gerais*, Rio de Janeiro, Livraria Agir Editora, 1960, p.80. Na década de 1980, Laura de Mello e Souza questionou a tese até então vigente de que na Capitania a riqueza distribuía-se de forma mais igualitária.

que nas Minas Gerais o cabedal fosse importante às trajetórias de ascensão, nem tampouco que esta região ganhou uma configuração distinta em função de suas particularidades locais, como a atividade aurífera, a presença maior de homens de cor, livres ou escravos, ou mesmo, o caráter urbano de sua colonização. No entanto, tais singularidades não impediram que ali, à semelhança do que ocorria em outras partes do Império, se consolidasse um grupo reconhecido legalmente como nobre porque seus integrantes foram considerados dignos pela Coroa de pertencerem ao estamento nobiliárquico em função dos serviços prestados à monarquia. Importa investigar, assim, como este sistema de remuneração de serviços se consolidou nas Minas, que espécie de nobreza ele permitiu que ali existisse e quais eram os atributos destes súditos que desejavam ser favorecidos pelos «sacrifícios» que faziam em benefício dos interesses régios.

Tomando como critério os pedidos de mercês remetidos pelos habitantes das Minas e que ficaram registrados no Conselho Ultramarino, surpreende que as mercês mais importantes, seja do ponto de vista pecuniário ou simbólico, não se configuravam no horizonte de expectativas destes súditos. A título de hipótese é provável que muitos habitantes julgassem que seus serviços, ou suas qualidades pessoais, não os abonariam a receber as honrarias «mais apetecíveis», concedida com tanta parcimônia não só aos vassalos residentes nesta capitania, mas na América portuguesa como um todo, ao longo de todo o Setecentos¹⁹.

Para sustentar tal afirmativa vemos que, para toda essa centúria, apenas duas solicitações de comendas das ordens militares e cinco de foros de fidalguia chegaram ao Conselho Ultramarino e, quanto a estas últimas, sabemos que nenhum suplicante fora contemplado²⁰. Em relação aos pedidos de hábitos de cavaleiros das Ordens militares, sua frequência foi mais significativa, embora a quantia de 134 requerimentos não nos permite afirmar que eram muitos os que se julgavam dignos de serem condecorados com a insígnia de cavaleiro²¹. Entre esses, 45 súditos solicitaram tal graça por serviços

No entanto, não rompeu de todo com a historiografia na medida em que, para a autora, a riqueza, ou a pobreza, eram os principais critérios de classificação social, tal como enfatiza em trabalho recente: «Minas não reclamou foros de nobreza ou fidalguia porque sua sociedade, quando assentou, já trazia traços inequívocos de uma outra ordem, em que as divisões eram de classe e se fundavam, portanto, no dinheiro». Laura de Melo e Souza, *O Sol e a sombra*, São Paulo, Companhia das Letras, 2006, p. 181.

¹⁹ Mafalda Soares da Cunha & Nuno Monteiro, «Governadores e capitães-mores do império atlântico...», in *Optima Pars...* cit., p. 197.

²⁰ Quanto às comendas dos hábitos militares apenas Garcia Rodrigues Paes e José Rebelo Perdigão, na década de 1730, julgaram-se dignos de tão importante honraria, embora nenhum tenha sido agraciado, apenas o filho do primeiro. Para os pedidos de comendas das Ordens militares: Arquivo Histórico Ultramarino (AHU/MG) Cx:16, Doc:125; AHU/MG Cx:22, Doc:64. Quanto às solicitações de foros de fidalguia. AHU/MG Cx:16 Doc:96, AHU/MG Cx:25 Doc:25, AHU/MG Cx:66 Doc:56, AHU/MG Cx:27 Doc:24 AHU/RG Cx:147 Doc:33.

²¹ Número bem superior ao indicado por Silva que afirma existirem 44 petições, «pelo menos», segundo suas palavras, de hábitos de cavaleiros. Maria Beatriz Nizza Silva, «A Coroa

efetuados no exército ou na administração locais, normalmente desempenhando tarefas peculiares àquela região, associadas ao combate do extravio do ouro, à prisão dos falsificadores de moeda, à cobrança dos devedores da Fazenda Real, ao controle dos levantes ou à descoberta de novas lavras auríferas. Na exposição de tais façanhas, vemos como os vassalos das Minas souberam apropriar-se do discurso das autoridades régias para enaltecer seus préstimos. A imagem de uma região onde a riqueza era tão abundante quanto a rebeldia convinha a seus propósitos principalmente porque a Coroa mostrava-se disposta a favorecer os ímpetus ascensionais daqueles que demonstravam utilidade à monarquia. Aos poucos que se esforçavam por combater a infidelidade de muitos era justo premiar com uma mercê que os projetaria socialmente.

Se também nas Minas observamos que a «economia da mercê»²² esteve presente na satisfação dos interesses régios e dos desejos nobilitantes de muitos residentes, podemos observar que tal mecanismo ascensional apresentou algumas singularidades. A primeira, e mais facilmente perceptível, refere-se à qualidade dos serviços que ali eram prestados e reconhecidos como passíveis de serem remunerados com uma distinção social que alçaria seus protagonistas ao patamar da nobreza oficial. A corroborar esta idéia, convém lembrar que nas demais 89 solicitações de hábitos militares, os habitantes da capitania justificavam suas pretensões de serem agraciados pelo monarca por terem feito entrar o ouro em uma das quatro Casas de fundição da capi-tania. E a este grupo nos deteremos a partir de agora, porque nos parece especialmente favorável para se entender as estratégias de nobilitação naquela região, as quais ganharam características específicas, determinadas, essencialmente, pela singularidade dos serviços que ali podiam ser ofertados.

Invocar a contribuição das arrobas como forma de projeção social passou a ser uma estratégia legalmente incentivada pela Coroa portuguesa a partir de 1750, quando a imposição da Lei do Estabelecimento das Casas

e a remuneração dos vassalos», in Maria Efigênia Lage de RESENDE & Luiz Carlos VILLALTA (org.), *História das Minas Gerais. As Minas Setecentistas*, Belo Horizonte, Editora Autêntica, 2007, p. 192.

²² São muitas as formas que encontramos na historiografia para se denominar esse sistema de distribuição de mercês régias. A historiografia brasileira, frequentemente, tem optado por enquadrá-la no conceito mais amplo de «economia do bem comum» seguindo os passos de João Fragoso, que o utiliza para entender o Rio de Janeiro dos séculos XVII e XVIII. João FRAGOSO, «A nobreza da República: notas sobre a formação da primeira elite senhorial do Rio de Janeiro (séculos XVI e XVII)», in *Topoi- Revista de História*, Rio de Janeiro, Pós-Graduação da URFJ, Agosto de 2000, p.94. Por vezes, em seu texto também encontramos o termo «economia da República». João FRAGOSO, Maria de Fátima Silva GOUVÊA & Maria Fernanda BICALHO, «Uma leitura do Brasil Colônia. Bases da materialidade e da governabilidade no Império», in *Penélope*, n.º 23, 2000, pp. 67-188. Também, a historiografia portuguesa não tem entrado em consenso quanto à forma mais correta de designar esse sistema. Hespânia prefere *economia da graça*, enquanto Olival emprega o termo *economia da mercê*, já que nem todas as mercês distribuídas eram graciosas. Fernanda OLIVAL, *As Ordens militares e o Estado moderno: Honra, mercê e venalidade: moderno (1641-1789)*. Tese de doutorado apresentada a Universidade de Évora. Lisboa, Coleção Thesis, 2001.

de Fundição autorizava os súditos, que fizessem entrar anualmente mais de 8 arrobas de ouro nos cofres reais, o direito de solicitarem uma mercê²³. Pela primeira vez, os habitantes das Minas puderam contar com uma referência legal que expunha com clareza a qualidade de um dos serviços que merecia ser agraciado. Embasar suas súplicas tendo como auxílio o teor de uma lei ajudava em muito os súditos a lidar com a inconstância das decisões do Conselho Ultramarino que nem sempre premiou serviços de similar natureza com as benesses pretendidas por seus protagonistas²⁴.

De qualquer forma, a imposição deste novo sistema de tributação conferiu aos habitantes uma maior segurança quanto à possibilidade de verem-se contemplados. E se a monarquia entendeu ser necessária a exploração de uma promessa de agraciamento aos que contribuísssem com as arrobas de ouro, isso se deve maiormente ao interesse em dotar de maior eficácia a política portuguesa de controle do extravio do ouro. Tal prática ilícita sempre alarmou as autoridades metropolitanas ao longo de todo o século XVIII²⁵, mas só na segunda metade desta centúria, em especial no período da crise aurífera, é que se procurou incentivar seu controle mediante a garantia de engrandecimento social àqueles que se destacavam em benefício dos interesses régios. Não é de se estranhar que entre os súditos que solicitaram uma mercê em retribuição ao depósito das arrobas de ouro nas Casas de Fundição muitos tenham insistido nesta tônica, vale dizer, procuraram enfatizar a importância de seus serviços lembrando que estes eram úteis no combate do contrabando. O que, aliás, estava explícito no próprio Regimento em pelo menos metade dos onze capítulos que o compunham. João da Mota Magalhães, por exemplo, lembrava em sua petição, datada de 1764, que «*vigilantemente se empregou de conduzir à Real Fundição para se reduzir a barras o ouro extraído das terras para não parar no poder dos mineiros e nas mãos dos comerciantes com o perigo de se extraviar*»²⁶.

Entretanto, se os suplicantes se pautavam na Lei de Estabelecimento das Casas de Fundição para explicitar a utilidade em terem contribuído

²³ «A mesma preferência (de privilégios e mercês), e as mesmas certidões darão também os respectivos governadores a todas as pessoas, que dentro no espaço de um ano meterem em alguma Casa de Fundição oito arrobas de ouro, ou dali para cima, sem que examinem, se o dito ouro era próprio dos que trouxeram a fundir, ou alheio; porque todos os que no seu nome fizerem fundir dentro de um só ano as referidas oito arrobas, gozarão dos sobreditos benefícios em gratificação de seu louvável trabalho e da sua benemérita indústria». Capítulo 9 §4 da Lei do Estabelecimento das Casas de Fundição de 1750. *apud* www.iuslusitania.fcsh.unl.pt. Acesso em 21 de outubro de 2008.

²⁴ Talvez aqui se possa alegar que o Conselho julgou diferentemente os sacrifícios demonstrados em função da qualidade dos solicitantes. Porém, convém lembrar que a esse tribunal competia essencialmente verificar a qualidade dos serviços, normalmente desempenhados por aqueles que serviam na burocracia civil ou militar e que, portanto, já possuíam uma importância social nas regiões onde viviam.

²⁵ Roberta STUMPF, *Filhos das Minas, Americanos, Portugueses: as identidades coletivas na Capitania de Minas Gerais (1763-1792)*, São Paulo, Hucitec, 2010. Ver Capítulos 2 e 3.

²⁶ AHU/MG Cx:95 Doc:23 f.1.

para com a Fazenda Real, no que compete à natureza das mercês requeridas não podiam se basear no teor da mesma lei, já que ali não estava descrita a qualidade dos prêmios de que eram dignos por tão importante façanha. Se todos aqueles que desempenharam tal serviço acabaram por solicitar um hábito de uma Ordem militar, isso vem confirmar nossa hipótese de que as distinções sociais estamentais tinham também acolhimento, e que não era apenas a riqueza nas Minas que conferia aos homens notoriedade social.

Também neste mesmo Capítulo 9 parágrafo 4 do Regimento não encontramos qualquer referência às qualidades pessoais ou profissionais que deveriam portar aqueles que desejavam ver-se contemplados com uma mercê em troca de um serviço quantificado em arrobas de ouro. É por esta razão que nas petições enviadas ao monarca raramente tais características são mencionadas. Aparentemente sabiam os solicitantes que o deferimento de seus pedidos pelo Conselho Ultramarino dependia sobretudo de seus serviços, muito mais do que de suas qualidades individuais. Sendo isso verdade, e considerando a qualidade do serviço em questão, podemos supor que, a partir de 1750, a monarquia portuguesa abria as portas ao enobrecimento aos homens abastados, não porque a riqueza em si merecesse recompensas, mas porque só mesmo homens abonados poderiam contribuir com quase 10% do total de arrobas de ouro que devia anualmente toda a capitania.

Tal suposição, porém, perde consistência quando verificamos que nesse mesmo Regimento era exigido que o escrivão da Intendência, ao fazer o registro das entradas do ouro, não averiguasse se esse era próprio ou alheio. A única exigência é que esse metal fosse registrado no nome de quem futuramente fosse solicitar a mercê, o que significa que era possível tornar-se cavaleiro graças a um ouro que não se possuía. Sendo assim, a lei de 1750 não favorecia o enobrecimento apenas aos indivíduos enriquecidos, direta ou indiretamente, pela atividade aurífera, mas facilitava também a nobilitação daqueles que detinham poder e prestígio local para convencer terceiros a depositar o ouro em seu nome. Tal situação foi bastante comum, não sendo, portanto, de estranhar que o ouro fosse introduzido, em um único ano, em centenas de parcelas, muitas vezes em mais de trezentas²⁷. É difícil imaginar que um único indivíduo percorresse com tanta frequência longas distâncias para depositar pessoalmente o ouro pelo qual futuramente iria solicitar um hábito de cavaleiro militar. É mais provável que se valesse de sua influência para garantir que pequenas parcelas fossem sendo paulatinamente introduzidas por outros de forma a favorecê-lo, até porque, a entrega do ouro alheio, em benefício próprio, era uma conduta legalizada pela Coroa que via com bons olhos os préstimos dos súditos que se esforçavam por tirar o ouro de circulação.

²⁷ António José Vieira de Carvalho fez entrar em 1780, na Casa de Fundação de Vila Rica, oito arrobas, doze marcos, cinco onças de ouro em quatrocentas e oitenta e sete parcelas. AHU/MG Cx:156 Doc: 27.

A partir dos dados encontrados na documentação pertencente aos acervos do Arquivo Histórico Ultramarino e do Arquivo Nacional da Torre do Tombo (Registro Geral das Mercês, Chancelaria das Ordens, Processos de habilitação de cavaleiros ou até de familiares do Santo Ofício), conseguimos reconstituir a trajetória de 42 súditos que, por terem feito entrar as arrobas de ouro nas Casas de Fundição da Capitania, puderam ostentar no peito uma insígnia de cavaleiro²⁸.

Quanto aos serviços, notamos que maioria fez entrar de oito a nove arrobas de ouro, sendo absolutamente excepcional o caso do capitão das ordenanças Jerônimo da Silva Pereira que, em 1764, introduziu na Casa de Fundição de São João Del Rei, em seiscentas e noventa e sete parcelas, cerca de vinte e duas arrobas²⁹. Do caso em questão, não sabemos a motivação de tão grande fidelidade mas, de qualquer forma, ela dava embasamento a sua súplica, pois Pereira intencionava ser premiado com dois hábitos de cavaleiro de Cristo, embora só tivesse conquistado um. Muitas vezes contribuir com mais arrobas do que era previsto no Regimento poderia facilitar as negociações com a Mesa de Consciência e Ordens, principalmente quando era preciso obter dispensa dos impedimentos³⁰. Manuel José Veloso, que em seus princípios nas Minas tivera «*loge de panos e bactas*»³¹, só conquistara o hábito porque seus «serviços tão excessivos», de quinze arrobas, renderam-lhe a dispensa gratuita de sua falta de qualidade.

O ouro normalmente foi entregue nos anos que antecederam a crise aurífera, vale dizer, antes de 1763, quando pela primeira vez a capitania não pagou a quantia de 100 arrobas exigida pelo Regimento³². Em apenas um

²⁸ Dos oitenta e nove suplicantes apenas quarenta e dois (47%) conquistaram a mercê do hábito pelo ouro que fizeram fundir na Casa de Fundição. Embora o teor do Capítulo 9 §4 especificasse que o agraciamento por tal serviço seria concedido mediante a apresentação de um documento do governador comprovando a entrega do ouro, nem sempre era possível ser beneficiado apenas por cumprir tal exigência. Na verdade, vemos que muitos não tiveram suas súplicas contempladas porque o Conselho obstaculizava a concessão das mercês quando o suplicante não apresentava certidão que comprovasse estar isento de culpas e de que não fora remunerado com outra mercê anterior pelo mesmo serviço. Se em alguns casos a ausência dos documentos explica o indeferimento das petições, na maior parte das vezes não há como saber as razões que impediram os pleiteantes ao hábito de serem favorecidos.

²⁹ AHU/MG Cx:87 Doc:54 f.1; Arquivo Nacional da Torre do Tombo/Registro Geral das Mercês (ANTT/RGM) D. José I, liv. 20, fl. 283.

³⁰ Os pedidos eram enviados ao Conselho Ultramarino que analisava se os serviços desempenhados deviam ou não ser agraciados com uma mercê. Mas o solicitante só conseguia entrar para uma Ordem militar depois de ser aprovado pela Mesa de Consciência e Ordens, responsável pelas provanças que averiguavam as qualidades dos candidatos assim como a de seus pais e avós. Sobre os trâmites burocráticos à habilitação de cavaleiros das Ordens Militares ver: Fernanda OLIVAL, «Mercês, serviços e circuitos documentais no império português», in Maria Emília Madeira SANTOS & Manuel LOBATO (coord.), *O Domínio da Distância Comunicação e Cartografia*, Lisboa, Departamento de Ciências Humanas, Instituto de Investigação Científica Tropical, 2006, pp. 65-70.

³¹ AHU/ MG Cx:85 Doc:48; Arquivo Nacional da Torre do Tombo/Habilitações da Ordem de Cristo (ANTT/HOC) Letra M Maço 19 Número 13; ANTT/RGM D. José I, liv. 23, fl. 342.

³² Tal periodização não é consensual na historiografia. Carla Almeida se refere ao período 1750-1770 como «auge minerador», já que considera que o declínio só foi brutal na década

caso, o serviço não é descrito como próprio, pois o solicitante em questão pedia a mercê por serviços que foram a ele renunciados. Em todos os demais, os candidatos ao hábito alegavam que haviam contribuído com o ouro pessoalmente, ou incentivado outros vassallos a fazê-lo, e por tal façanha desejavam obter a distinção honorífica para si, ao invés de repassá-la a um terceiro, supostamente porque esta tinha maior valor que os lucros financeiros que poderiam obter com a renúncia dos serviços ou mesmo da mercê. Pedir a mercê por serviços próprios era mostrar-se mais digno à obtenção do hábito, constituindo-se também em um critério de fundamental importância para convencer os deputados da Mesa a aliviarem eventuais obstáculos à entrada na Ordem³³. As qualidades pessoais não tinham a mesma relevância quando o habilitando era o protagonista dos serviços pelos quais queria ser remunerado. As virtudes meritocráticas ganhavam cada vez mais crédito entre os oficiais dos tribunais régios, dispostos a premiar os súditos cujas *«ações no Real Serviço têm sido maiores do que o seu nascimento»*³⁴.

É certo que muitos irão solicitar não apenas o hábito e sua tença respectiva como também a *«faculdade para renunciar»* a mercê, se assim fosse preciso, não descartando, portanto, a possibilidade de utilizarem tal prêmio como moeda de troca por favores futuros. No entanto, grande parte destes solicitara essa graça *«visto achar-se já professo na referida Ordem»*³⁵, confirmando mais uma vez que a renúncia não era uma alternativa desejável, pois o que se queria era tornar-se cavaleiro. Destes que solicitaram a permissão de renunciar, porque já haviam sido agraciados com o hábito anteriormente, quatro se habilitaram por serviços militares e nove por terem levado as arrobas de ouro para serem fundidas, requerendo pelo mesmo serviço, feito uma segunda vez, o direito de renunciar a mercê a um sobrinho, primo ou cunhado, ou simplesmente em *«pessoa apta»*³⁶. Mas há quem contribua

de 70. No entanto, reconhece que na década de 60 a produção aurífera começou a declinar. Carla ALMEIDA, *Homens ricos, homens bons: produção e hierarquização social nas Minas colonial: 1750-1822*. Tese de doutorado apresentada ao Programa de Pós-Graduação da Universidade Federal Fluminense, Niterói, 2001, p. 6.

³³ Em sentido inverso vemos as dificuldades enfrentadas pelo João Sousa Lisboa de conquistar a mercê gratuita de seu defeito de mecânica (no início tinha loja de fazenda nas Minas), por não *«ter serviço próprio, e a mercê do hábito ser renunciada»*. ANTT/ HOC Letra J Maço 10 Número 08.

³⁴ ANTT/ HOC Letra F Maço3 Número 6 f.6.

³⁵ AHU/MG, Cx:92 Doc:53 f.1

³⁶ Fernanda Olival afirma que após 1750 era comum se solicitar a faculdade para renunciar deixando em aberto o nome do futuro favorecido. Nos casos analisados, vemos que os suplicantes normalmente pediam para renunciarem o hábito em um parente, o que estava em conformidade com o decreto de 1706 que regulamenta as renúncias considerando o grau de parentesco. Embora a autora diga que nem sempre este fora observado, vemos aqui que normalmente o tomavam por referência. Encontramos até o caso de um solicitante que teve seu pedido escusado porque os serviços pelos quais solicitava o hábito não foram desempenhados por primo ou irmão. AHU/MG Cx:133 Doc:37. Fernanda OLIVAL, *As Ordens militares e o Estado moderno... cit.*, p. 246.

mais de uma vez apenas para oferecer mais um serviço visando a dispensa de seus defeitos de qualidade, como o Capitão Francisco Alves de Araújo.

Impedido de se habilitar em 1755 em virtude da mecânica de seu pai, que fora carpinteiro, e de seu avô materno, que serviu como pedreiro, Araújo recorreu à «*Real Clemência*» para que o dispensasse de seus impedimentos. Argumentava que tais defeitos «*além de não serem sórdidos (tinham) acabado em razão de serem falecidos seus pais e avós*» e que ele, suplicante, depois de receber a mercê do hábito «*por meter na casa de fundição mais de 16 arrobas e meia de ouro*»³⁷, contribuiu mais uma vez. O monarca D. José atendeu sua súplica, pelo que Araújo pôde ser habilitado, «*mas os serviços posteriores que fez depois que ganhou a mercê do hábito (seriam) cassados*», ou seja, tendo utilizado-os para aliviar os defeitos do candidato, não poderiam ser novamente remunerados³⁸.

Como é de se esperar, era na Casa de Fundição da Comarca de Vila Rica que o ouro era normalmente quintado, pois era nessa região das Minas onde predominava a atividade aurífera. Daí que era nessa localidade, supostamente, onde residia a maior parte daqueles que ostentavam o título de cavaleiros, principalmente, quando fora conquistada pelo tão importante serviço de levar o ouro aos cofres reais. Conquistar o hábito por tais préstimos merecia o apreço de muitos habilitantes porque contribuíam para a suspensão do pagamento da derrama, prevista pelo Regimento, caso as cem arrobas não fossem pagas integralmente. Mas também os «cavaleiros do ouro» nas Minas ganhavam a estima dos moradores pela razão inversa da censura que faziam aos extraviadores, tidos como os principais responsáveis pela imagem negativa atribuída indiscriminadamente a todos os súditos naquela região. Esses cavaleiros mereciam assim toda deferência, não só porque foram agraciados pelo Rei, mas também porque o foram por um serviço de grande valia social que contribuiu para melhorar a reputação dos habitantes das Minas frente aos órgãos metropolitanos e, conseqüentemente, inspirava a boa vontade destes para com a população da capitania.

Se o ouro fora entregue preferencialmente antes do declínio da produção aurífera, as condecorações do hábito passaram a ser ostentadas neste contexto. Apenas sete súditos tornaram-se cavaleiros antes de 1765, e se notamos uma defasagem entre a data da entrega do ouro e a da conclusão das provanças, não se deve apenas à morosidade das instituições metropolitanas³⁹. Muitas vezes os próprios requerentes esperavam alguns anos para solicitarem a mercê, com o objetivo de acrescentarem mais serviços

³⁷ ANTT/HOC Letra F Maço 3 Número 6 f.6.

³⁸ Idem, f.35v.

³⁹ Como exemplo, lembramos o caso do Capitão Francisco Pires Chaves que solicitou o hábito em 1770 pelo ouro que fez entrar na Casa de Fundição de Vila Rica um ano antes. Em 1789 pediu «*reforma da consulta feita há 18 anos*». Em 1790 era habilitado a cavaleiro da Ordem de Santiago com dispensa das provanças. AHU/RGM, Cx:98 Doc:40; ANTT/HOSantiago Letra F Maço 03 Número 57.

ao já desempenhados os quais poderiam ser de grande serventia no processo de habilitação.

Quanto ao perfil dos solicitantes, sabemos que 83% eram nascidos em Portugal, quase todos na Província do Minho, confirmando, mais uma vez, aquilo que já é sabido de todos. Apenas três indivíduos tinham as Minas como sua pátria de nascimento, escasseando, portanto, os descendentes dos primeiros colonizadores referidos muitas vezes como parte significativa daquela «nobreza da terra»⁴⁰. Os demais elegeram as Gerais como sua pátria de adoção, chegando ali maiormente ainda rapazes, e traçando uma trajetória ascendente que irá culminar na obtenção de um hábito de uma Ordem militar, conquistado em 75% das vezes com mais de 40 anos, quando grande parte dos súditos ainda era solteira.

São muitos os exemplos que poderiam ser aqui citados, mas tomemos o de Caetano José Rodrigues por reunir todas as características acima referidas. Natural da Freguesia de São Miguel de Cunha, termo do município de Guimarães, Província do Minho, chegou ainda menino à Bahia, local onde habitava um tio, homem de negócios. Com a ajuda deste, em 1747, quando tinha apenas vinte e cinco anos, já era conhecido como proprietário de terras e lavras nas Minas. Nessa condição, levou vinte arrobas de ouro para serem quintadas na Casa de Fundição de Vila Rica⁴¹, quantidade bem acima da média, como já tivemos oportunidade de mostrar, quando tinha pouco mais de trinta anos. É muito provável que o ouro entregue aos cofres reais tenha sido extraído de suas próprias lavras, embora não possamos desconsiderar que tenha se favorecido de sua influência local para conseguir que parcelas de ouro fossem depositadas em seu nome. Isso porque, embora nesse ano de 1754-5 ainda não possuísse nenhum cargo ou patente, sua reputação já era reconhecida entre os habitantes e fora ela que lhe permitiu, em 1758, ser provido no importante cargo de tesoureiro do Real subsídio na Vila de

⁴⁰ Também nos pedidos de hábito de uma Ordem militar por outros serviços, que não a entrega do ouro, raramente os suplicantes eram descendentes desses primeiros colonizadores das Gerais. Por ser uma região de colonização recente não vemos ali se constituir casas de notória antiguidade, como por vezes despontam nas Capitanias mais antigas, em particular em Pernambuco e Bahia. A corroborar esta tese, vale a pena lembrar que os primeiros colonizadores, de origem paulista, foram na sua maioria expulsos daquela região, sendo poucos portanto os que puderam propagar em seus descendentes as honras advindas da conquista. Há exceções, evidentemente, como demonstra o estudo de Carla Almeida sobre as famílias Dias Paes e Hortas, cujos patriarcas conquistaram a fidalguia e estabeleceram nas Minas linhagens de reconhecida importância que irão se perpetuar por todo o século XVIII. Mas são estes casos isolados, que nos impedem de afirmar que na Capitania eram muitos a se vangloriar de serem descendentes dos primeiros conquistadores, pelo que a memória histórica dos seus primórdios raramente é mencionada como atributo a conferir dignidade aos homens. A nobreza ali provinha de ações próprias, a ancestralidade raramente deu brilhantismo aos homens. Carla ALMEIDA, «Uma nobreza da terra com projeto imperial»... cit.

⁴¹ Entrada que ocorreu em 1754-5. Lembrando que recebeu a mercê «por seus próprios e exuberantes serviços» Rodrigues solicitou a dispensa de seu impedimento de mecânica. AHU/MG Cx:103 Doc:82 f.1 e f.5.

São José⁴², que exerceu por oito anos. Em 1765, sem jamais ter pegado em armas, foi agraciado pelo governador com a patente de capitão dos dragões do arraial de Catas Altas, também comarca do Rio das Mortes⁴³. Neste ínterim, ainda ocupou, por alguns meses, o cargo de almotacel na mesma Vila, ofício de menor importância se comparado aos referidos acima, mas que reforçava os vínculos com os homens bons daquela localidade onde era residente.

As razões para elegerem as Minas como destino são várias, mas surpreende o fato de que na segunda metade desta centúria o ouro não é o grande atrativo. Cerca de 55% migraram por ter algum tipo de rede relacional naquela região ou em outra parte da América. Destes, a metade contava com o apoio de um familiar, quase sempre de um parente já residente nas Minas, mas alguns para lá se dirigiram com o suporte financeiro, principalmente de um tio, habitante de outra capitania, tal como vimos no exemplo anterior. A outra metade se favoreceu da ajuda de um conhecido, entre os quais o próprio governador. A existência dessas redes de compadrio ajuda a explicar os motivos que os levaram a fazer a travessia não só do Atlântico como das Serras que separam as Minas do litoral. Mas explica também a rápida e boa inserção naquela sociedade, não obstante fossem recém-chegados.

Brás Valentim de Oliveira, de Vila de Viçosa, Alentejo, antes de ter contribuído com as arrobas de ouro, ocupara ofícios fazendários para os quais fora provido pelo Conde de Bobadela, Gomes Freire de Andrade, governador das Minas e do Rio de Janeiro; autoridade que depois serviu como criado grave. A proteção do capitão general, que era natural de Juromenha, localidade próxima a Vila Viçosa, rendeu-lhe a aversão de alguns habitantes que espalharam pasquins para «infamar na sanguinidade» esse homem que nas provanças é reputado pela sua nobreza⁴⁴. Sobreviveu a injúria de seus conterrâneos, já que o único impedimento que constou em sua provança era ser cego de um olho, o que não o desabonou ao hábito, nem sequer aos cargos camarários⁴⁵ que ocupou já com o título de cavaleiro, conquistado também com a idade aproximada de 40 anos.

⁴² AHU/MG Cx:85 Doc:83 f.8.

⁴³ ANTT/HOC Letra C Maço 6 Número 11; AHU/MG Cx:103 Doc:82; ANTT/RGM, D. José I, liv. 20, fl. 393.

⁴⁴ O reverendo Padre Antonio Meireles Rabelo Pereira, natural de Vila Rica, mas habitante de Lisboa, foi a oitava testemunha inquirida nas provanças de Brás Valentim de Oliveira. Segundo ele, conhecia o suplicante desde «o princípio dele em Vila Rica» e «nunca ouviu dizer nem lhe consta por pessoa nenhuma que o justificante tenha mácula na sua sanguinidade, antes é bem reputado, e se houve alguma pessoa, sua inimiga, que o quisesse infamar, nem por isso ficou a sua reputação em menos crédito porque sempre se tratou em boa estimação, servindo ocupações distintas da arrecadação da Fazenda de Sua Majestade». ANTT/HOC letra B Maço 8 Número 3 f.39.

⁴⁵ Ocupou o cargo de vereador em 1769 e de juiz mais velho em 1777, na Câmara de Vila Rica. *Memorial histórico-político da Câmara Municipal de Ouro Preto*, Ouro Preto limitada, 2004. Agradeço a Aldair Carlos Rodrigues por me conceder uma cópia desse memorial.

Em grande parte das vezes, conseguimos saber qual foi a primeira ocupação à qual se dedicaram na Capitania e quando isso não foi possível, felizmente para poucos casos, consideramos a primeira ocupação mencionada na documentação. Excetuando os nacionais⁴⁶, 60% iniciaram suas trajetórias ocupando uma atividade econômica, quase sempre ligada ao comércio, enquanto cerca de 38% exerceram algum cargo na burocracia civil, na eclesiástica ou nas tropas.

No entanto, as trajetórias trilhadas até a habilitação mostram-nos a importância atribuída ao servir à Coroa como estratégia de ascensão social, inclusive para aqueles que se ocuparam inicialmente só dos negócios. 81% ocuparão, até a conclusão das provanças, um cargo civil ou eclesiástico, normalmente o primeiro, e 71,4% obtiveram um posto nas tropas pagas, nas milícias ou nas ordenanças, geralmente iniciando sua carreira militar já com patentes superiores. Importante destacar que muitos foram providos por uma autoridade régia nas Minas, e que as ordenanças e os postos nas câmaras, providos pelos principais da região, não eram necessariamente o palco privilegiado de suas atuações.

Difícil tentar traçar um perfil destes homens que se viram favorecidos com um hábito de uma Ordem militar graças ao Regimento de 1750. Mas fazendo um esforço pode-se perceber a predominância de dois grupos. De um lado temos os negociantes, homens de negócios, como se dizia então, que alcançaram notoriedade local porque seu cabedal econômico foi convertido em cabedal social. Foram esses que percorreram as vias de ascensão social comuns àquela «nobreza da terra» e se isso não foi suficiente para apagar, perante a Mesa, seus defeitos de qualidade, a dignidade local ao menos serviu para amenizá-los. O outro grupo é composto por homens que fizeram nas Minas carreira política, ocupando postos de maior prestígio que os camarários, que elevaram sua importância social adquirindo uma patente militar, sem que para tanto precisassem dedicar-se a uma atividade econômica.

Não obstante as diferença que separam esses dois grupos, eles se assemelhavam em sua naturalidade e em suas origens. A maior parte provinha de famílias que, se não eram propriamente ricas, puderam fornecer a seus filhos uma educação elementar, como ler e escrever, capacitando-os para um futuro mais promissor nas Minas, seja nos negócios ou na administração pública. Se migraram não foi porque suas famílias eram miseráveis, mas sim porque em suas terras natais não encontravam as mesmas oportunidades de ascensão que as Minas podiam lhes ofertar, razão para poucos terem retornado ao reino.

Seus ascendentes eram reputados pelas testemunhas não só porque eram tidos e havidos como limpos de sangue, mas também porque desem-

⁴⁶ Cláudio Manoel da Costa, João Manuel Pinto Coelho Coutinho e José Antonio Alvarenga. O termo «nacionais» era usado como sinônimo de naturais. Roberta STUMPF, *Filhos das Minas...* cit., capítulo 4.

penharam atividades quase sempre compatíveis com a nobreza, como o trabalhar em suas próprias terras⁴⁷. Era em grande medida uma ficção, associar pequenos agricultores aos nobres, pois ser lavrador era uma ocupação que não dava nem tirava nobreza, mas se viviam com dignidade, decência, gravidade, bom procedimento e estimação de suas pessoas tais qualidades os tornavam nobres perante seus conterrâneos, ainda que, legalmente não o fossem.

Seus filhos não preservaram esse viver rural nas Minas mas perpetuaram a nobreza imputada a suas famílias, mesmo antes de conquistarem um hábito de uma Ordem militar. Quando se trata de reconhecer um homem pela sua nobreza, não observamos qualquer distinção no julgamento dos conterrâneos seja em sua pátria de origem ou em sua terra de adoção⁴⁸. É certo que o fato de tratar-se com criados e com cavalos, ou na versão americanizada, com escravos e com bestas, constituía a qualidade mais frequentemente mencionada com vistas à confirmação de que eram homens dignos de merecerem tal reputação, sendo raros aqueles que não eram descritos como portadores destes símbolos de distinção⁴⁹. Se estes adquiriram tanta relevância é porque a nobreza era uma qualidade que se media pelo comportamento ou, em outras palavras, pelo modo de vida com que se descreviam e eram vistos. Daí que o rodear-se de pajens e de cavalgadura ser um indício, facilmente identificado, de que se vivia «à lei da nobreza», ou seja, «*limpamente e abundantemente*»⁵⁰.

Muitos se destacavam ainda por terem parentes eclesiásticos ou familiares do Santo Ofício. O que dizer da reputação do capitão Veloso Carmo se as testemunhas admitiam que em sua família «*há parentes de grande nobreza, uns abades e outros seculares (...)* e um deles familiar do Santo Ofício»?⁵¹ Ser familiar era um título de tanto prestígio que bastava um parente ter sido agraciado com o mesmo para se atestar a limpeza de sangue de toda a linhagem. Não surpreende, assim, que em 26% dos casos, aqui analisados, os

⁴⁷ Era comum as testemunhas referirem-se à nobreza dos ancestrais do habilitando por «*sempre se tratarem à lei da nobreza vivendo de seus bens em que unicamente trabalhavam, sem que fizessem para pessoa alguma por jornal*», ANTT/HOC Letra P Maço 06 Número 04 f.20. Para outros exemplos: ANTT/HOC Letra S Maço 5 Número f.20v; ANTT/HOC Letra M Maço 19 Número 13 f.12, ANTT/HOC Letra M Maço 23 Número 13 f.23.

⁴⁸ Utilizamos o termo pátria tal como era empregado à época: o local (município ou paróquia) de nascimento. Roberta STUMPF, *Filhos das Minas...* cit., capítulo 4.

⁴⁹ Antes de ocupar postos e patentes de prestígio nas Minas, Feliciano José da Câmara era comerciante, atividade que não prejudicava sua reputação aos olhos dos habitantes porque «*tal negócio fazia com muita estimação com cavalo e escravos seus de que se servia*», ANTT/HOC Letra F Maço 12 Número 10. Ver ainda: ANTT/HOC Letra A Maço 28 Número 10 f.5; ANTT/HOC Letra B Maço 8 Número 3 f.36; ANTT/HOC Letra F Maço 24 Número 5 f.17; ANTT/HOC Letra J Maço 10 Número 08 f.12; ANTT/HOC Letra J Maço 40 Número 4 f.9; ANTT/HOC Letra L Maço 6 Número 6 f.13, ANTT/HOC Letra S Maço 5 Número 8 f.8.

⁵⁰ Arquivo Nacional da Torre do Tomo/Habilitações do Santo Ofício (ANTT/HSO) Maço 112 Diligência 1827 f.2.

⁵¹ ANTT/HOC Letra J Maço 40 Número 4 f.22

súditos solicitaram tal título sendo agraciados, sempre antes de tornarem-se cavaleiros⁵². Não faltavam ainda os que eram tidos como nobres por ocuparem postos de prestígio, civis ou militares, ou ainda por terem bom relacionamento com as principais pessoas da região em suas terras natais ou nas Minas⁵³.

No entanto, algumas testemunhas deixavam escapar algum defeito de qualidade dos ancestrais destes candidatos a cavaleiros, ou mesmo dos próprios habilitandos que em seus princípios dedicaram-se a alguma atividade mecânica. Se aos olhos das testemunhas nada disso manchava suas reputações, a Mesa de Consciência e Ordens não perdoou semelhantes faltas. Pouco mais da metade foi considerada inicialmente incapaz de entrar para as Ordens militares por ter algum impedimento, normalmente associado às atividades mecânicas. Tal número poderia ser ainda mais elevado se 19% não fossem agraciados pelo monarca com a dispensa de suas provanças, impedindo-nos de saber se portavam ou não qualidades «desclassificadoras». Quanto à natureza destes impedimentos, vemos que dos vinte e dois candidatos inabilitados inicialmente, apenas quatro não apresentavam mecânica em sua pessoa ou em seus ancestrais⁵⁴, e nenhum encontrou dificuldades de tornar-se cavaleiro por possuir «defeito de sangue»⁵⁵.

Se a existência de impedimentos obstaculizou seus planos, não os fizeram desistir. Impedidos, iniciam um longo processo de negociação, cujo desfecho foi sempre o mesmo, habilitaram-se, mas algumas vezes com maior dificuldade e dispêndio de seus recursos. No entanto, contra a tese de que os hábitos eram vendidos para sanar as finanças régias, apenas 23,8% precisaram contribuir com um donativo para livrar-se dos impedimentos apontados

⁵² O título de familiar era mais fácil de ser conquistado pois nas provanças do Santo Ofício era sobretudo a impureza de sangue que inabilitava os candidatos. Em todas as provanças a cavaleiros aqui analisadas nenhum apresentou tal impedimento, os defeitos eram de outra natureza.

⁵³ Critério comum a conferir dignidade. A reputação do avô paterno de Manoel Borges da Cruz, por exemplo, estava no fato de que «*não tinha infâmia nenhuma, nem fora infamado de caso grave antes foi sempre tido e havido e reputado por homem de boa opinião sem rumor ou fama em contrário e sempre se tratou com os principais da sua terra*» ANTT/HOC Letra M Maço 23 Número 13 f.12.

⁵⁴ Apenas 4 não tinham defeito de plebeísmo, mas foram impedidos de entrar na Ordem inicialmente por terem mais de 50 anos (3 indivíduos) ou por ser «aleijão» (no caso apenas 1 por ser cego de um olho).

⁵⁵ Em apenas um caso o candidato foi considerado inapto para se tornar cavaleiros por defeito de «impureza de sangue» por ter fama de cristão novo. Mas como seu processo se arrastou, sendo concluído depois da imposição da lei de 1773, tal impedimento foi «perdoado», tal como se verifica no parecer final de sua habilitação: «*Pela nova diligência consta a naturalidade e noticia dos avôs maternos que faltava como que fica satisfeito nesta parte e como pela Lei novíssima de 25 de maio do presente era a obrigação de satisfazer ao determinado nos despachos supra pelo que referido a fama de cristão novo ainda a ter princípio, por isso o relevam do que nos mesmos se lhe mandava, e o julgam só impedido pelos impedimentos de qualidade que constam do primeiro despacho e por ser maior de 50 anos. Mesa 16 de junho de 1773*». ANTT/HOC Letra S Maço 4 Número 10 f.59.

em seus processos. Os demais conquistaram a dispensa gratuita porque sua «falta de qualidade» não era tão sórdida ou não era em sua pessoa ou mesmo porque o ouro entregue às Casas de Fundação excedia a quantia estipulada no Regimento.

A existência desses defeitos de qualidade não impedia que esses homens fossem tidos como nobres, antes mesmo de se habilitarem. Ao que parece, para a gente comum, a dignidade dos que se enriqueciam e, sobretudo, dos que serviam à Coroa não era posta em dúvida por eventuais «desvios» em seu passado. Se viviam como nobres, eram tidos como tais.

Assim, se nem todos portavam as qualidades que recorrentemente eram atribuídas à idéia de nobreza, o prestígio advindo de suas condutas, e de seu modo de vida a serviço do bem-comum lhes permitia que alcançassem uma reputação entre os seus que era por fim confirmada pelos deputados da Mesa. O título de cavaleiro, nesse sentido, vinha solidificar e engrandecer um prestígio anterior. Não era o ouro que permitia a nobilitação, mas era ele que abria as portas ao reconhecimento oficial de uma hegemonia social anteriormente conquistada e por vias que nem sempre pressupunham o enriquecimento.

Com este estudo de alguns casos podemos observar como também nas Minas nossas reflexões sobre a nobreza colonial parecem acertadas. Talvez se possa dizer que da análise da trajetória de poucos súditos é difícil tirar conclusões gerais, mas se lembrarmos que os processos de habilitação analisados refletem uma mentalidade comum aos habitantes das Minas, vemos que também ali os critérios estamentais de hierarquização serviram aos homens para diferenciarem-se entre si. Se a riqueza de fato se constituía, em muitos casos, o primeiro patamar à nobilitação legal, não era ela o atributo mais influente na caracterização da notoriedade dos indivíduos. Esta estava normalmente vinculada ao fato de serem úteis à monarquia, normalmente mediante o desempenho de funções na administração e no exército locais. Sem esta qualidade dificilmente os habitantes das Minas conseguiriam provar que eram dignos de serem agraciados com um hábito pelo monarca, não só porque era esta uma exigência entre os oficiais régios, mas também porque na Capitania os que se sacrificavam em nome do bem comum, muitas vezes em prejuízo de suas atividades econômicas, mereciam maior consideração. Isso explica porque mesmo os habitantes já abastados procuravam trilhar este caminho, principalmente porque era este que lhes proporcionaria obter uma mercê nobilitante, como os hábitos de cavaleiros das Ordens, que acrescentaria importância à reputação que haviam conquistado localmente. Nas Minas, não notamos um desprezo para com os parâmetros sociais próprios do Antigo Regime, pelo que é difícil afirmar que sua especificidade reside neste ponto. Se as Minas foram singulares, o foram na sua maneira de ser também portuguesas.

O GOVERNO E OS GOVERNADORES DO ESTADO DO GRÃO-PARÁ E MARANHÃO: RECRUTAMENTO, TRAJETÓRIAS E REMUNERAÇÃO DE SERVIÇOS (SÉCULOS XVIII-XIX)*

por

FABIANO VILAÇA DOS SANTOS**

Introdução

Nos últimos anos, a produção historiográfica brasileira e portuguesa tem demonstrado um interesse crescente pela análise do perfil dos agentes nomeados pela Coroa para o governo colonial, relacionando suas credenciais familiares, formativas e suas experiências no Real Serviço aos respectivos destinos no ultramar. Pouca atenção foi dada ao Estado do Grão-Pará e Maranhão, unidade administrativa independente do Estado do Brasil, que se relacionava diretamente com o governo de Lisboa. Mas, antes de tudo, é preciso atentar, segundo Mafalda Soares da Cunha, para as distinções clássicas entre governo-geral, governos principais e de capitânias subalternas (dependentes de outra unidade), uma vez que tal hierarquia dos cargos está diretamente relacionada ao *status* social dos respectivos titulares.¹

O presente artigo aborda as características – e especificidades – do Estado do Grão-Pará enquanto governo ultramarino, assim como as peculiaridades dos perfis sociais, das trajetórias administrativas e das remunerações pelo desempenho do Real Serviço dos governadores e capitães-generais:

* Este artigo é baseado em minha tese de doutoramento – «O governo das conquistas do norte: trajetórias administrativas no Estado do Grão-Pará e Maranhão (1751-1780)» –, defendida no Programa de Pós-graduação em História Social da Universidade de São Paulo, em março de 2008.

** Doutor em História Social – USP. Pesquisador da Revista de História da Biblioteca Nacional. fabianovilaca@bol.com.br

¹ Mafalda Soares da CUNHA, «Governo e governantes do império português do Atlântico (século XVII)», in Maria Fernanda BICALHO e Vera Lúcia Amaral FERLINI (orgs.), *Modos de governar: ideias e práticas políticas no império português (séculos XVI a XIX)*, São Paulo, Alameda, 2005, p. 82.

Francisco Xavier de Mendonça Furtado (1751-1759), Manuel Bernardo de Melo e Castro (1759-1762), Fernando da Costa de Ataíde Teive (1763-1772), João Pereira Caldas (1772-1780); dos governadores das capitanias subalternas do Maranhão: Luís de Vasconcelos Lobo (1751-1752); Gonçalo Pereira Lobato e Sousa (1753-1761), Joaquim de Melo e Póvoas (1761-1779); de São José do Rio Negro: Joaquim de Melo e Póvoas (1757-1761), Joaquim Tinoco Valente (1763-1779) e de São José do Piauí: João Pereira Caldas (1759-1769) e Gonçalo Lourenço Botelho de Castro (1769-1775).²

Note-se que a relação dos governadores privilegiou o governo-geral do Estado, sediado em Belém, seguido dos governos das capitanias subalternas do Maranhão, do Rio Negro e do Piauí. É perceptível, também, que alguns agentes se deslocaram de um posto para outro, dentro da jurisdição do Estado, por razões que serão vistas adiante. Antes de conhecê-las, cabe apresentar alguns traços da história administrativa do Estado do Grão-Pará e Maranhão.

PARTE I – O ESTADO DO GRÃO-PARÁ E MARANHÃO

Breve histórico

Entre 1621 e 1751, as capitanias do Pará e do Maranhão (e a do Ceará até meados do século XVII³) – assim como as várias donatárias particulares⁴ – estiveram reunidas sob a unidade administrativa denominada de Estado do Maranhão e Grão-Pará, com sede em São Luís, e independente

² Estudo clássico sobre os agentes da colonização portuguesa na região foi feito por Arthur Cezar Ferreira REIS, *Estadistas portugueses na Amazônia*, Rio de Janeiro, Edições Dois Mundos, 1948.

³ Há certo consenso entre os autores, apesar da incerteza sobre a data, de que a capitania do Ceará separou-se do Estado do Maranhão e passou à jurisdição de Pernambuco por volta de 1656. Raimundo Girão, *Pequena história do Ceará*, 2.^a ed., Fortaleza, Ed. Instituto do Ceará, 1962, pp. 134. Ver também Frédéric MAURO, «Portugal e o Brasil: a estrutura política e econômica do império, 1580-1750», in Leslie BETHELL (org.), *História da América Latina: a América Latina colonial*. Tradução de Maria Clara Cescato, São Paulo, EDUSP; Brasília, FUNAG, 1997, vol. 1, p. 453.

⁴ Foram criadas e distribuídas durante o século XVII as seguintes capitanias: Caeté (1633) – Álvaro de Sousa; Cametá ou Camutá (1637) – Feliciano Coelho de Carvalho; Cabo Norte (1637) – Bento Maciel Parente; Cumá ou Tapuitapera (1640) – Antônio Coelho de Carvalho; Ilha Grande de Joanes (1665) – Antônio de Sousa de Macedo; Xingu (1685) – Gaspar de Abreu e Freitas. Maria Beatriz Nizza da SILVA, *Ser nobre na colônia*, São Paulo, Ed. UNESP, 2005, p. 57. O sistema de capitanias hereditárias foi extinto no período pombalino, quando as unidades remanescentes foram anexadas pela Coroa portuguesa – no Norte, a última donatária incorporada foi a capitania de Cametá, em 1.^o de junho de 1754. Carlos STUART FILHO, *Fundamentos geográficos e históricos do Estado do Maranhão e Grão-Pará (com breve estudo sobre a origem e evolução das capitanias feudais do Norte e Meio Norte)*, Rio de Janeiro, Biblioteca do Exército, 1959, pp. 328-329.

do Estado do Brasil. Naquela época, o Maranhão correspondia à «cabeça» – uma expressão da época – do Estado, onde pontificava o governador e capitão-general ou simplesmente o governador-geral. Da capitania subalterna do Pará ficava encarregado um capitão-mor. Apenas durante o curto período de 18 meses em que o Estado foi dissolvido, entre 1652 e 1654, houve um governador em Belém.

A partir de 1751, quando surgiu o Estado do Grão-Pará e Maranhão, o governador e capitão-general passou a residir em Belém, havendo um subalterno no Maranhão que ostentava o título de governador (com a patente de tenente-coronel) e não mais o de capitão-mor.⁵ Ainda na década de 1750, foi fundada a capitania de São José do Rio Negro (3 de março de 1755) e finalmente organizada a de São José do Piauí (criada em 1718). A gestão da primeira seria exercida, conforme a carta régia de criação da capitania,⁶ por um governador subalterno ao capitão-general no Pará. Em igual situação ficaria o Piauí – cuja administração foi ordenada segundo a carta régia de 29 de julho de 1758 –, ou seja, entregue também a um indivíduo que ostentaria o título de governador. Independentemente da designação, todos foram nomeados para o período comum de três anos.

Em suma, no período pombalino, o Grão-Pará funcionou como sede do governo-geral do Estado, o Maranhão como uma capitania principal, enquanto Rio Negro e Piauí gravitavam na jurisdição do governador e capitão-general como unidades subalternas. Somente com a divisão do Estado em 1772/1774 é que uma nova configuração reuniu as capitanias com demandas semelhantes e geograficamente mais próximas. A divisão em duas unidades – Estado do Grão-Pará e Rio Negro e Estado do Maranhão e Piauí – foi regulamentada em 20 de agosto de 1772 e concretizada dois anos depois pela provisão de 9 de julho de 1774.

Um ofício do coronel Joaquim de Melo e Póvoas, governador da capitania do Maranhão cuja patente foi acrescentada do título de capitão-general do Estado do Maranhão e Piauí, em 1775, forneceu um indício dos propósitos da Coroa: «Tendo a Real Piedade de Sua Majestade atendido tanto ao bem comum destes povos, uma das circunstâncias [...] foi a criação deste governo-general, pela vexação que se lhes seguia em recorrerem ao Pará».⁷ Por outro lado, a união do Piauí ao Maranhão, «desmembrando[-se] uma

⁵ Luís de Vasconcelos Lobo, nomeado para o Maranhão em 1751, inaugurou essa nova fase da administração do Estado, conforme registrado no princípio das instruções a Francisco Xavier de Mendonça Furtado. Marcos Carneiro de MENDONÇA (coord.), *A Amazônia na era pombalina. Correspondência inédita do governador e capitão-general do Estado do Grão-Pará e Maranhão Francisco Xavier de Mendonça Furtado (1751-1759)*, São Paulo, Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, 1963, t. 1, p. 26. No entanto, quando Joaquim de Melo e Póvoas assumiu o governo do Maranhão, em 1761, ostentava a patente de coronel.

⁶ «Carta régia da criação da capitania do Rio Negro: 3 de março de 1755», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, 61(97) (1898), Rio de Janeiro, pp. 59-63.

⁷ Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro (doravante IHGB), Seção do Conselho Ultramarino, Arq. 1.1.12, fl. 173.

e outra do extenso governo da capitania-geral do Grão-Pará», sugere que a separação visava à racionalização da administração.⁸

A separação não eliminou totalmente a perspectiva de centralização. Em ofício de 23 de junho de 1775, o então governador e capitão-general do Estado do Grão-Pará e Rio Negro, João Pereira Caldas, notificou o recebimento da provisão de 9 de julho de 1774, ressaltando que a divisão retirou «da sujeição do governo-geral desde Estado as duas capitanias do Maranhão, e Piauí [...]; criando de ambas um novo **governo governo-geral**».⁹ O Pará permaneceu como cabeça da sua repartição, tendo o Rio Negro por subalterno, e o Maranhão recobrou, de certo modo, a condição perdida em 1751 voltando a ser capitania-geral.

Ao apontar as dificuldades enfrentadas pelos moradores do Maranhão toda vez que tinham de acorrer ao Pará para satisfazer às suas demandas, Joaquim de Melo e Póvoas demonstrava que a grande distância comprometia o bom andamento dos negócios. Além disso, geograficamente, o Pará tinha mais afinidade com os problemas do Rio Negro – haja vista a questão das fronteiras – e o Maranhão com os do Piauí. Importa salientar que as duas unidades surgidas em 1772/1774 continuaram separadas do Estado do Brasil e dependentes do governo de Lisboa.¹⁰

O Estado do Maranhão e Piauí existiu até 1811. Por sua vez, o Estado do Grão-Pará e Rio Negro teve maior duração. O Rio Negro continuou dependente do Pará mesmo depois da Independência, com a denominação de comarca do Alto Amazonas. Atravessou a primeira metade do século XIX e percorreu um longo caminho até 1850, quando finalmente a comarca foi reconhecida como província do Amazonas.¹¹

⁸ Arquivo Histórico Ultramarino (doravante AHU), Projeto Resgate, Pará (avulsos), cd. 8, cx. 74, doc. 6223.

⁹ Idem. O ofício de João Pereira Caldas está junto do texto da provisão de 9 de julho de 1774. Grifo nosso.

¹⁰ Entre os historiadores, há divergências sobre a subordinação das duas unidades resultantes do desmembramento do Estado do Grão-Pará e Maranhão, em 1772/1774. Para uns, estas permaneceram subordinadas a Lisboa, enquanto outros autores defendem que ambas foram incorporadas à jurisdição do Estado do Brasil. Entre os primeiros, ver, por exemplo, Candido Mendes de ALMEIDA, *Memórias para a história do extinto Estado do Maranhão, cujo território compreende hoje as províncias do Maranhão, Piauí, Grão-Pará e Amazonas*, Rio de Janeiro, Nova Tipografia de J. Paulo Hildebrant, 1874, t. 1, p. IV (Ao público); José Manuel Azevedo e SILVA, «O modelo pombalino de colonização da Amazônia», *Revista de História da Sociedade e da Cultura*, 3 (2003), Coimbra, pp. 159. Entre os que consideram a integração do Estado do Pará e do Estado do Maranhão ao Estado do Brasil, ver, por exemplo, Nuno Gonçalves MONTEIRO e Mafalda Soares da CUNHA, «Governadores e capitães-mores do império atlântico português nos séculos XVII e XVIII», in Nuno Gonçalves MONTEIRO; Pedro CARDIM e Mafalda Soares da CUNHA (orgs.), *Optima Pars: elites ibero-americanas do Antigo Regime*, Lisboa, ICS, 2005, p. 213.

¹¹ Arthur Cezar Ferreira REIS, *História do Amazonas*, 2.^a ed., Belo Horizonte, Itatiaia; Manaus, Superintendência Cultural do Amazonas, 1989, p. 149-190.

Um governo militar

Pela situação geográfica e devido às questões que mais ocuparam as atenções da metrópole em toda a história das conquistas do Norte, independentemente das diferentes nomenclaturas e relações de subordinação em sua organização administrativa, o Estado assumiu a condição de governo militar. A premente defesa da extensa linha de fronteira com domínios espanhóis, holandeses, franceses e ingleses demandou esforços no sentido de construir e aparelhar fortificações e de manter contingentes militares em condições de manter a integridade dos territórios portugueses.

Na segunda metade do século XVIII, as questões de limites envolviam também os territórios do Sul, disputados entre Portugal e Espanha, como a Colônia do Sacramento (fundada em 1680) e as capitanias do Rio Grande de São Pedro do Sul e de Santa Catarina (criadas, respectivamente, em 1736 e 1737).¹² No período pombalino, houve uma equiparação dos governos das capitanias do Norte e do Sul, expressa nas nomeações dos governadores. Um indício desta equivalência aparece na carta patente de Joaquim de Melo e Póvoas para governador da capitania de São José do Rio Negro, com soldo de dois mil réis por ano, tal como os governadores de Santa Catarina e da Colônia do Sacramento, informação mencionada no documento.¹³

No Piauí, a situação era análoga. Segundo a carta de nomeação de João Pereira Caldas, este receberia o soldo de dois mil réis, mais a patente de coronel (também concedida aos governadores do Rio Negro). E como a carta patente registra que Pereira Caldas seria remunerado «da mesma forma que vence o governador da capitania de São José do Javari»¹⁴ (nome substituído por Rio Negro), conclui-se que o governo do Piauí também se equiparava aos de Santa Catarina e da Colônia do Sacramento.

Em outra situação, a paridade dos cargos no Norte e no Sul envolveu uma capitania mais antiga, a do Maranhão. É o que mostra o requerimento de José Bernardo Galvão, militar em Santa Catarina, que recebera a mercê da patente de capitão de dragões do Rio Grande de São Pedro. Em carta a Diogo de Mendonça Corte Real, de 6 de novembro de 1754, agradeceu a promoção, mas pediu a intercessão do secretário de Estado a fim de obter a «patente para governador ou do Maranhão, ou da Paraíba do Norte, ou da Praça de Santos», onde sua experiência militar poderia ser útil. Caso não fosse possível alcançar um daqueles governos, requeria a patente de «sar-

¹² Para uma síntese das questões de limites entre Portugal e Espanha na América portuguesa e os tratados correspondentes, ver Andrée Mansuy-Diniz SILVA, «Portugal e Brasil: a reorganização do Império, 1750-1808», in Leslie BETHELL (org.), *História da América Latina: a América Latina colonial*, São Paulo, EDUSP; Brasília, FUNAG, 1997, vol. 1, pp. 477-518.

¹³ Instituto dos Arquivos Nacionais – Torre do Tombo (doravante IANTT), Registro Geral de Mercês, D. José I, livro 11, fl. 378 (14 de julho de 1757). Registro Geral de Mercês, D. José I, livro 17, fl. 427.

¹⁴ IANTT, Registro Geral de Mercês, D. José I, livro 6, fl. 378v. (21 de agosto de 1758).

gento-mor das Fortalezas de São João, e Villegaignon do Rio de Janeiro». Por fim, se nenhuma das colocações estivesse ao seu alcance, José Bernardo Galvão contentar-se-ia com o posto de capitão da guarnição da Praça do Rio de Janeiro, onde moravam seus pais.¹⁵

A equiparação dos cargos de governador do Maranhão, de Santa Catarina e da Colônia do Sacramento, ao menos no período pombalino, também fica clara em uma carta de Francisco de Mendonça Furtado de 28 de dezembro de 1751: «**tendo V.M. servido criar um governo na capitania do Maranhão, em tudo igual aos governos da Nova Colônia e Ilha de Santa Catarina**, nomeou logo para governador da mesma a Luís de Vasconcelos Lobo, [...]».¹⁶

A caracterização de Paulo Possamai acerca de Sacramento permite que se tenha uma noção do que era estar em um governo de natureza militar: «antes de tudo, a Colônia do Sacramento foi uma praça de guerra destinada a defender os interesses comerciais e territoriais da Coroa portuguesa no Rio da Prata».¹⁷ Descontadas as especificidades daquela localidade e as razões pelas quais Portugal desejava mantê-la a todo custo, é preciso salientar que no Estado do Grão-Pará e Maranhão os interesses também não eram desprezíveis. O reconhecimento da soberania portuguesa sobre a região amazônica significava a segurança do interior da América, especialmente das ricas jazidas minerais, o que - dentre outros aspectos - levou a Coroa a criar, em 1748, a capitania de Mato Grosso, um elo importante com o governo do Estado.

«Muito mais cadáver do que Estado»

Em um requerimento a D. José I para que seus préstimos à Coroa fossem revertidos em benefício da Casa a qual devia «o nascimento, a educação e a subsistência», Francisco Xavier de Mendonça Furtado anexou um rol dos serviços que prestara desde o início de sua carreira na Real Armada. Na parte referente ao governo do Estado do Grão-Pará e Maranhão, enumerou as benfeitorias promovidas, destacando a melhoria na arrecadação da Fazenda, o fomento do comércio e o combate aos jesuítas como as realizações mais importantes «para ressuscitar aquele muito mais cadáver do que Estado».¹⁸

Em termos gerais, Mendonça Furtado referia-se ao estado lastimável em que encontrou o Grão-Pará quando assumiu o Estado, em 1751. Como vários outros administradores coloniais, realçava as agruras da faina governativa para valorizar seus feitos. Mas, em outras ocasiões, manifestou textual-

¹⁵ AHU, Projeto Resgate, Santa Catarina (avulsos), cd 1, cx. 2, doc. 103.

¹⁶ M. C. de MENDONÇA (COORD.), *A Amazônia na era pombalina...* cit., t. 1, pp. 141-142. Grifo nosso.

¹⁷ Paulo POSSAMAI, *A vida quotidiana na Colônia do Sacramento (1715-1735)*, Lisboa, Editora Livros do Brasil, 2006, pp. 161.

¹⁸ IANTT, Ministério do Reino, Decretos (1745-1800), pasta 13, n.º 83.

mente a sua insatisfação com os rendimentos, materiais e simbólicos, que o cargo era capaz de trazer para si e para sua Casa, representada pelo irmão mais velho, Sebastião José de Carvalho e Melo.

Fragmentos encontrados em meio à correspondência oficial de Mendonça Furtado revelam suas preocupações com o «acrescentamento» da Casa e permitem concluir que o governo do Estado do Grão-Pará e Maranhão não era um dos mais atraentes da América portuguesa, quicá entre os demais territórios ultramarinos. O cargo não oferecia possibilidades de ganhos significativos, queixou-se o capitão-general em extensa carta a Sebastião José, em que expressou a frustração de não poder contribuir para o futuro de seu sobrinho, Henrique José de Carvalho e Melo: «[...] bem desejara eu poder concorrer para o aumento da Casa do nosso Henrique, porém este ofício é magro, e apenas me poderá dar para a cônica sustentação, porque nele não há mais do que puramente o soube, sem alguma outra propina [...]».¹⁹

Em carta ao padraсто, Francisco Luís da Cunha de Ataíde, Mendonça Furtado comparou seu posto ao do 4º conde da Ribeira Grande, D. José da Câmara, que retornava a Lisboa do governo dos Açores (1742-1752), disse: «seja muito bem chegado a essa Corte o conde da Ribeira, e o seu governo sem dúvida era muito mais pingue do que o meu que apenas pode dar para o sustento da casa», referindo-se às despesas ordinárias.²⁰

Em suma, por meio do discurso empregado, Mendonça Furtado exprime o *ethos* característico da nobreza, vigente especialmente entre o último quartel do século XVII, no período pós-Restauração, e o início do século XIX. Esse *ethos*, segundo Nuno Gonçalo Monteiro, consistia em um «sistema de disposições incorporadas», acumuladas e passadas pelas gerações, que deve ser tomado a partir de dois aspectos essenciais: a idéia de Casa e de Serviço ao rei.²¹ Tais elementos subjazem às recomendações acerca dos bens familiares e das possibilidades de cessão de serviços, entremeadas na correspondência de Mendonça Furtado.

Os concertos também envolviam Paulo de Carvalho e Mendonça, o mais novo dos três irmãos, e projetavam o futuro da Casa de Sebastião José. E como este, em razão dos afazeres de Estado, não podia «cuidar nestas coisas», concluiu Mendonça Furtado: «já lhe mandei dizer que se encarre-

¹⁹ M. C. de MENDONÇA (coord.), *A Amazônia na era pombalina...* cit., t. 1, p. 320. Carta de 22 de novembro de 1752.

²⁰ *Ibidem*, t. 2, p. 269. Carta de 6 de novembro de 1752. Sobre o 4.º conde da Ribeira Grande, ver João Romano TORRES (ed.), *Portugal – Dicionário histórico, corográfico, heráldico, biográfico, bibliográfico, numismático e artístico*, Lisboa: s/ed., vol. VI, p. 228. Segundo Nuno Gonçalo Monteiro, os governos dos Açores, da Ilha da Madeira e de Mazagão eram claramente aristocráticos. «Governadores e capitães-mores do império atlântico português no século XVIII», in Maria Fernanda BICALHO e Vera Lúcia Amaral FERLINI (orgs.), *Modos de governar...* cit., p. 104.

²¹ Nuno Gonçalo MONTEIRO, «O *ethos* da aristocracia portuguesa sob a dinastia de Bragança: algumas notas sobre a Casa e o Serviço ao rei», *Revista de História das Ideias*, vol. 19 (1998), Coimbra, pp. 389-396.

guem estas diligências ao monsenhor [Paulo de Carvalho], que é ocioso e deve servir à Casa, que é obrigação que temos os filhos segundos».²²

Reclamações semelhantes, sobre a insuficiência do soldo e escassez ou ausência de vantagens que os governadores pudessem auferir, não eram exclusividade de Mendonça Furtado. Na mesma época, no Maranhão, Luís de Vasconcelos Lobo queixou-se diretamente ao rei da insuficiência do soldo. Protestou também contra o fato de que «todos os governadores tiveram o seu embarque livre», enquanto ele pagou pela passagem até São Luís «cento e cinquenta moedas e pouco mais ou menos». Rogou ainda a concessão das «propinas dos contratos que se arrematarem e dos que no meu tempo se arrematarão que é uso estabelecido em todos os governadores da América».²³

Os pleitos pelo aumento dos rendimentos dos governadores e capitães-generais eram, no entanto, bem mais antigos na região. De acordo com a provisão de 25 de março de 1722 (há registros que falam em 27 de março de 1721), o soldo dos governadores do então Estado do Maranhão e Grão-Pará era de dois mil e quatrocentos réis «que vinham de Lisboa adiantados em efeitos»,²⁴ uma vez que não havia circulação de moeda metálica no Estado, instituída apenas em 1749.

Descontente, o governador e capitão-general João da Maia da Gama representou ao Conselho Ultramarino, em 27 de agosto de 1722, sobre «os motivos que o impossibilitam a poder-se sustentar naquele governo com seis mil cruzados [dois mil e quatrocentos réis]». Para sua manutenção, requeria a D. João V que lhe permitisse, enquanto não fosse introduzida a moeda metálica no Estado, mandar vir de Portugal «trezentos ou quatrocentos mil réis empregados em drogas» que pudessem ser trocadas por gêneros locais, assim como uma ajuda de custo de «ao menos três mil cruzados [mil e duzentos réis] para a sua vestiária».²⁵

Um dado interessante ressaltado na representação de João da Maia da Gama era a sua justificativa para o aumento do soldo. Argumentava que não poderia se manter decentemente «sem aceitar ou fazer negócio algum»,²⁶ atividade vedada aos administradores coloniais pelo alvará de 31 de março de 1680, que proibia «aos governadores do Estado do Brasil poderem comerciar; e que na mesma forma os governadores do Estado do Maranhão não façam negócio algum, nem façam comércio».²⁷ Entretanto, muitos desrespeitaram as interdições, enriqueceram, mas acabaram caindo em desgraça.²⁸

²² M. C. de MENDONÇA (coord.), *A Amazônia na era pombalina...* cit., t. 2, pp. 532-534.

²³ AHU, Projeto Resgate, Maranhão (avulsos), cd. 3, cx. 32, doc. 03284. Carta de 8 de outubro de 1751.

²⁴ Ernesto CRUZ, *História de Belém*, Belém, Universidade Federal do Pará, 1973, vol. 1, p. 243.

²⁵ IHGB, lata 116, doc. 12, fls. 1-15.

²⁶ Idem.

²⁷ José Justino de Andrade e SILVA, *Coleção cronológica da legislação portuguesa compilada e anotada*, Lisboa, Imprensa de F. X. de Sousa, 1854-1859, p. 1689 (482).

²⁸ Sobre as quedas em desgraça, ver Nuno Gonçalo MONTEIRO, «Trajetórias sociais e governo das conquistas. Notas preliminares sobre os vice-reis e governadores-gerais do Brasil

Embora os pareceres de alguns conselheiros atentassem para a necessidade de regulação dos soldos, conforme a carestia dos gêneros ou para a faculdade de comerciar dos capitães-mores de Cachéu e da Costa da Guiné, a resolução régia confirmou o parecer de Antônio Rodrigues da Costa. Para o conselheiro, o rei não deveria suspender a proibição do comércio, especialmente no Estado do Maranhão, justamente porque os governadores e demais funcionários já desrespeitavam bastante as determinações metropolitanas, escravizando ilegalmente índios e enviando-os ao interior para buscar as drogas do sertão e comercializá-las.²⁹

As lamúrias quanto à insuficiência dos proventos também não foram exclusivas do Grão-Pará e Maranhão. Na altura em que Mendonça Furtado se lamentava, D. Antônio Rolim de Moura (futuro conde de Azambuja) expôs ao secretário Diogo de Mendonça Corte Real as pesadas dívidas que contraiu para viajar até Cuiabá e tomar posse em Mato Grosso, empenhos agravados pela carestia dos gêneros na longínqua e recém-criada capitania: «[...] além da despesa que fiz de mais de 5.000 cruzados [cerca de dois mil réis] na jornada do Cuiabá [...], depois que aqui estou se me tem aumentado muito os gastos, pois me vejo obrigado não só aos que causa a grande carestia destas minas, mas [...] estar vivendo em um sertão aonde por ora não há nada».³⁰

Como tantos outros administradores coloniais, D. Antônio Rolim de Moura encontrou o consolo para suas angústias na «liberalidade de Sua Majestade», garantia da remuneração de seus serviços. Apesar dos encargos adquiridos ainda em Lisboa e na vila de Cuiabá, estava ciente da honra de que se revestia a tarefa de estruturar a capitania de Mato Grosso. Por isso, manteve-se firme no propósito de «continuar até que fi[casse] estabelecido» solidamente aquele governo.³¹

Não só os titulares de capitanias periféricas lamentavam as dificuldades de se manter no Real Serviço, às vezes acarretando pesado ônus para suas Casas. Em capitanias mais opulentas e solidamente estabelecidas, como o Rio de Janeiro (capital do Estado do Brasil a partir de 1763), no mesmo período em que se verificava a retomada da colonização das conquistas do Norte, governadores e capitães-generais também fizeram chegar às autoridades na Corte as suas vexações. Em carta ao Principal de Almeida, o vice-rei marquês do Lavradio, que antes fora governador e capitão-general da Bahia, conhecido por não suportar a vida na América, comparou os dois postos nos seguintes termos:

[...] tem este governo [do Rio de Janeiro] para cima de cinco mil cruzados [dois mil réis] a menos de rendimento que o que eu deixei, custam os gêneros

e da Índia nos séculos XVII e XVIII», in João Luís Ribeiro FRAGOSO; Maria Fernanda Baptista BICALHO e Maria de Fátima Silva GOUVÊA (orgs.), *O Antigo Regime nos trópicos: a dinâmica imperial portuguesa (séculos XVI-XVIII)*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2001, pp. 275-279.

²⁹ IHGB, lata 116, doc. 12, fls. 1-15.

³⁰ IHGB, Seção do Conselho Ultramarino, Arq. 1.2.4, fl. 44. Carta de 29 de maio de 1752.

³¹ IHGB, Seção do Conselho Ultramarino, Arq. 1.2.4, fl. 44v.

justamente dobrado do que na Bahia, são as ocasiões de despesas muito mais repetidas porque aqui é a passagem geral de todos os governadores e ministros que vêm à América, é finalmente um governo tão útil que o Senhor Conde da Cunha mandando vir todos os anos a maior parte do rendimento da sua Casa não tendo dado nunca um jantar público ficou devendo 16 mil cruzados [sessenta e quatro mil réis], e o meu antecessor [conde de Azambuja], que se não pode viver mais parcamente do [...] vivia, foi obrigado agora na sua retirada a vender até o último guardanapo, e garfo de que se servia, e um destes dias assinou um a escritura de dívida de dez mil [cruzados] [quarenta mil réis], para poder ter com que fizesse a sua torna-viagem; [...] agora daqui em que estado ficarei eu se Sua Majestade não der providência a que os Vice-reis tenham o soldo competente pois para o servirmos com independência o não podemos fazer totalmente sem arruinarmos as nossas Casas [...].³²

A exposição de alguns casos de insatisfação de administradores coloniais com os respectivos soldos e emolumentos ilustra uma característica dos governos da América portuguesa no século XVIII identificada por Mafalda Soares da Cunha e Nuno Gonçalo Monteiro: os soldos acompanhavam a hierarquização dos cargos, evidenciando desníveis entre as capitânias principais e as subalternas.³³

No que diz respeito ao Estado do Maranhão, mesmo depois de passar por uma reformulação em 1751, mercê da política de retomada da colonização da região amazônica, caracterizada, em linhas gerais, pela liberdade dos índios (consolidada na publicação do *Diretório*, em 1757),³⁴ pela criação e secularização da administração de novas vilas e pela dinamização do comércio por meio da fundação de uma companhia monopolista, a situação não se alterou significativamente em relação – como apontado acima – a 1722.

³² Marquês do LAVRADIO, *Cartas do Rio de Janeiro (1769-1776)*, Rio de Janeiro, SEEC/RJ, 1978, pp. 15-16 (carta 174). Ver também Fabiano Vilaça dos SANTOS, «Mediações entre a fidalguia portuguesa e o marquês de Pombal: o exemplo da Casa de Lavradio», *Revista Brasileira de História*, vol. 24, n. 48 (2004), São Paulo, pp. 301-329.

³³ M. S. da CUNHA e N. G. MONTEIRO, «Governadores... cit.», pp. 206-208.

³⁴ Uma análise renovada dos princípios da política indigenista no período pombalino pode ser encontrada em Patrícia Melo SAMPAIO, «Administração colonial e legislação indigenista na Amazônia portuguesa», in Mary Del Priore e Flávio dos Santos Gomes (orgs.), *Os senhores dos rios: Amazônia, margens e histórias*, Rio de Janeiro, Campus/Elsevier, 2003, pp. 123-139. Ver também Mauro César COELHO, «A cultura do trabalho: o Diretório dos Índios e um novo paradigma de colonização na Amazônia do século XVIII», in _____ e Jonas Marçal de QUEIROZ (orgs.), *Amazônia: modernização e conflito (séculos XVIII e XIX)*, Belém, UFPA/NAEA; Macapá, UNIFAP, 2001, pp. 57-79. Para este autor, pode-se entender o *Diretório* como o instrumento que permitiria a inserção dos indígenas do Vale Amazônico no convívio com os portugueses, assimilando sua cultura, costumes e organização social (pela via do casamento e da condição de vassalos do rei, por exemplo), além das formas de obtenção da riqueza pela agricultura e o comércio. Tudo isso, em detrimento da cultura nativa. Ver pp. 66-67.

PARTE II – PERFIS E TRAJETÓRIAS

Caracterização geral e notas historiográficas

Por estar situado em uma região de fronteira com domínios de diferentes Estados europeus, alvo de disputas territoriais principalmente entre as duas Coroas ibéricas, razão pela qual celebraram, em 1750, o Tratado de Madri, o governo do Estado do Grão-Pará e Maranhão – como fora, sobretudo na segunda metade do século XVII, o do Estado do Maranhão³⁵ – demandou o recrutamento de indivíduos com perfil eminentemente militar. Tais agentes se encaixavam, em boa medida, na caracterização dos administradores coloniais elaborada por Caio Prado Júnior, para quem «[...] o governador [era] uma figura híbrida em que se reuniram as funções do governador das armas das províncias metropolitanas; [...] e como o único modelo mais aproximado que se tinha dele no Reino era o do citado governador das armas, ele sempre foi acima de tudo, militar.³⁶

A caracterização de Caio Prado pode ser aproximada da definição de Fernando Dores Costa acerca do cargo de governador das armas em Portugal – «um lugar de condução militar».³⁷ Adotando-se rapidamente a perspectiva comparativa e direcionando-a para as conquistas do Norte, tem-se que os governadores do Estado do Grão-Pará e Maranhão eram, em suma, militares não só de formação, mas de carreira. A origem social, a formação pessoal e as experiências dos mesmos no Real Serviço reforçam essa tipologia, esmiuçada na caracterização individual das trajetórias. Todos possuíam comprovada experiência militar, um requisito importante observado nos recrutamentos. Faltava-lhes, todavia, vivência nos assuntos administrativos. Apesar disso, cumpriram outros requisitos: a posse de riquezas, elemento apreciado nas indicações, e eram em grande parte indivíduos maduros.³⁸

A falta de experiência administrativa dos governantes das conquistas do Norte há muito foi percebida pela historiografia, ainda que algumas interpretações incorram em generalizações. No século XIX, João Francisco Lisboa afirmou que os governadores do Estado eram

[...] escolhidos ordinariamente na classe dos militares, e reputado este gênero de despacho um acesso na carreira, galardão de serviços passados, ou ainda

³⁵ Biblioteca da Ajuda, 54-XI-27, n. 17, Relação por mapa dos governadores capitães-generais e dos capitães-mores que governaram o Maranhão e Pará; e depois esta última distinta e separadamente até 1783, fl. 25.

³⁶ C. PRADO JÚNIOR, *Formação...*, pp. 301-302.

³⁷ Fernando Dores COSTA, «A nobreza é uma elite militar? O caso Cantanhede-Marialva em 1658-1665», in Nuno Gonçalo MONTEIRO; Pedro CARDIM e Mafalda Soares da CUNHA (orgs.), *Optima pars...* cit., p. 189.

³⁸ A. J. R. RUSSELL-WOOD, «Governantes e agentes», in Francisco BETHENCOURT e Kirti CHAUDHURI (orgs.), *História da expansão portuguesa*, Lisboa, Círculo dos Leitores, 1998, vol. 3, pp. 173-175.

mero favor à posição ou família do agraciado, **pouco se atendia nas nomeações aos dotes civis e políticos indispensáveis em quem tinha de governar em regiões afastadas, e onde era quase nula a ação fiscalizadora do governo supremo.**³⁹

João Francisco Lisboa enumerou aspectos essenciais para a caracterização dos governadores: a formação eminentemente militar, em perfeita sintonia com a posição geográfica do Estado; o fato de as nomeações representarem a possibilidade de ascensão social e na carreira, levando-se em conta os serviços prestados. Por outro lado, teceu considerações gerais, sem se deter em um momento histórico específico.

Pedro Octávio Carneiro da Cunha classificou os titulares do antigo Estado do Maranhão a partir de uma visão depreciativa da região: «território imenso, população escassa, riqueza quase que apenas potencial, os postos não despertavam o interesse de gente melhor». Elegeu Gomes Freire de Andrade (1685-1687) e Antônio de Albuquerque Coelho de Carvalho, o moço (1690-1701), como figuras de destaque na administração, o primeiro por ter debelado a Revolta de Beckman (1684-1685) e o segundo pela abertura do caminho terrestre ligando São Luís a Salvador, havia muito planejado. Com isso, Carneiro da Cunha realçava os feitos em detrimento das qualidades pessoais e do rol de serviços dos antecessores de Gomes Freire e de Coelho de Carvalho, consideradas «figuras secundárias».⁴⁰

Seguindo a matriz weberiana, Heloísa Bellotto classificou os governantes do período pombalino e do restante do século XVIII como funcionários experientes e especializados, requisitos para extraírem o maior proveito possível da função administrativa, em benefício da metrópole. Essa «especialização» – que remete à existência de uma burocracia a serviço da monarquia – permitiu que os administradores coloniais circulassem de uma capitania para outra, como o marquês do Lavradio (governador da Bahia e vice-rei do Brasil); o conde da Cunha (governador de Angola e vice-rei do Brasil); ou o conde de Azambuja (governador do Mato Grosso, da Bahia e vice-rei do Brasil).⁴¹

Não obstante, as trajetórias no Estado do Grão-Pará e Maranhão foram singulares. Em termos gerais, elas remeteram ao esforço de centralização administrativo da Coroa percebido por Ângela Domingues como elemento fundamental da política colonial para a região Norte, na segunda metade do século XVIII. E para executar a contento os planos metropolitanos de

³⁹ João Francisco LISBOA, *Crônica do Brasil colonial*: apontamentos para a história do Maranhão, Petrópolis, Vozes; Brasília, INL, 1976, pp. 377. Grifo nosso.

⁴⁰ Pedro Octávio Carneiro da CUNHA, «Política e administração de 1640 a 1763», in Sérgio Buarque de HOLANDA (dir.), *História geral da civilização brasileira*, 10.^a ed., Rio de Janeiro, Bertrand Brasil, 2003, t. 1, vol. 2, pp. 29-31.

⁴¹ Heloísa Liberalli BELLOTTO, «O Estado português no Brasil: sistema administrativo e fiscal», in Maria Beatriz Nizza da SILVA (coord.), *Nova história da expansão portuguesa: o império luso-brasileiro (1750-1822)*, Lisboa, Editorial Estampa, 1986, vol. VIII, pp. 277-280.

revitalização da colonização amazônica, a Coroa apostou em indivíduos cujos perfis atendessem a «relações nítidas de dependência e fidelidade, [...] como também tiveram implícitos vínculos familiares e noções de gratidão pessoal».⁴² Somando-se estes fatores à ausência de experiência na governança, pode-se admitir que tais indivíduos seriam mais facilmente cobrados e controlados.

Contudo, para satisfazer a um ambicioso e complexo plano de revitalização, que previa ações de longo prazo para atender a demandas como: a demarcação do Tratado de Madri, o povoamento de imenso território, a construção de vilas, a reinserção do elemento indígena na sociedade colonial, a recuperação e o fomento agrícola, bem como a dinamização do comércio e o reaparelhamento do sistema defensivo da extensa fronteira amazônica, seria razoável considerar que não apenas governadores fieis e ligados por laços de dependência fossem necessários ao bom governo do Estado do Grão-Pará.

Em pouco tempo, a experiência diária da governança deu a Francisco Xavier de Mendonça Furtado, por exemplo, a dimensão do perfil adequado do administrador a ser recrutado para as conquistas do Norte. Em carta ao secretário Diogo de Mendonça Corte Real, de 1752, manifestou enfaticamente, com base na caótica situação econômica da capitania do Maranhão⁴³, o seu parecer sobre quem deveria governar aquelas terras:

[...] aquela capitania [do Maranhão] se acha no último desamparo; necessita com a maior brevidade de um governador; e governador que não só seja soldado, mas que saiba da arrecadação da Fazenda Real; que cuide nas plantações, no comércio e em instruir aquela rude gente, e que finalmente se não lembre de sorte alguma do seu interesse particular.⁴⁴

É certo que uma repartição dotada de vasta fronteira com domínios de monarquias rivais precisava de homens capazes de prover a sua defesa. Mas o binômio experiência administrativa-formação militar, em grande medida considerado na escolha dos governadores ultramarinos, não foi observado no Estado do Grão-Pará e Maranhão até o final de sua existência, apesar dos protestos de Mendonça Furtado, prevalecendo o modelo de recrutamento concebido em Portugal. Resta, em momento oportuno, investigar esse aspecto, associando-o às demandas daquela jurisdição. Um parâmetro inicial para orientar a discussão pode ser traçado a partir das palavras de

⁴² Ângela DOMINGUES, *Quando os índios eram vassalos. Colonização e relações de poder no Norte do Brasil na segunda metade do século XVIII*, Lisboa, Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, 2000, pp. 127-128.

⁴³ Uma análise da situação econômica do Maranhão no século XVIII, considerando-se os níveis de riqueza identificados por meio de pesquisas em testamentos, pode ser encontrada em Antônia da Silva MOTA, «Família e fortuna no Maranhão setecentista», in Wagner Cabral da Costa (org.), *História do Maranhão: novos estudos*, São Luís, EDUFMA, 2004, pp. 51-80.

⁴⁴ M. C. de MENDONÇA (coord.), *A Amazônia na era pombalina...*, cit., t. 1, p. 343.

Stuart Schwartz e de James Lockart, para quem, na região amazônica «as condições locais tinham muito mais peso na forma de vida do que a política dos conselhos ou governadores».⁴⁵

Origem, carreiras e tradição familiar de serviços

A maior parte dos governadores em análise nasceu em Lisboa, mas suas famílias deitavam raízes em províncias mais ou menos distantes da capital. Não provinham de Casas titulares, não pertencendo, portanto, à aristocracia de Corte. Eram fidalgos, qualificados como tais pelos serviços prestados por seus antepassados ou, em alguns casos, pela posse havia gerações de bens fundiários e senhorios em diferentes regiões de Portugal. Por sua vez, Manuel Bernardo de Melo e Castro achava-se nas fímbrias da «primeira nobreza»⁴⁶ por ser o seu pai, Francisco de Melo e Castro, filho bastardo do 4.º conde das Galveias, André de Melo e Castro. Alguns não possuíam bens de raiz, como Joaquim de Melo e Póvoas e Gonçalo Lourenço Botelho de Castro. Em certos casos, os senhorios foram concedidos em remuneração de serviços durante a permanência em terras amazônicas ou no retorno a Portugal.

A observação do local de nascimento permite agrupar os governadores do seguinte modo: Gonçalo Pereira Lobato e Sousa e seu filho, João Pereira Caldas, eram naturais da província do Minho, mais especificamente da vila de Monção, no extremo Norte de Portugal, na fronteira com a Galiza, na Espanha. Seus antepassados também eram naturais de Monção ou da próxima vila de Viana do Castelo, como a avó materna de João Pereira Caldas.

Joaquim Tinoco Valente nasceu na vila de Estremoz, na província do Alentejo, assim como sua mãe e avós maternos. Seu pai e avós paternos eram naturais de Elvas, também no Alentejo. Manuel Bernardo de Melo e Castro nasceu em Lisboa, mas sua origem familiar se dividia entre a província da Estremadura, de onde provinha seu avô materno, nascido na vila de Cadaval, e a do Alentejo – seu pai era de Estremoz, o avô paterno de Borba e a avó paterna da vila de Portalegre. A mãe e a avó materna de Tinoco Valente eram naturais de Lisboa. Na província da Estremadura também estava radicada parte da família de Gonçalo Lourenço Botelho de Castro. Embora nascido em Lisboa, pátria de sua mãe, do avô materno e da avó paterna, seu pai e avô paterno eram de Alenquer e sua avó materna era natural de Santarém, ambas vilas da Estremadura.

Francisco Xavier de Mendonça Furtado e Fernando da Costa de Ataíde Teive eram naturais de Lisboa, assim como seus pais e avós. Sobre Joaquim de Melo e Póvoas e Luís de Vasconcelos Lobo, as informações são escassas e os registros por vezes equivocados. Em todos os documentos consultados,

⁴⁵ Stuart SCHWARTZ e James LOCKART, *A América Latina na época colonial*, Tradução de Maria Beatriz de Medina, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2002, p. 325.

⁴⁶ N. G. MONTEIRO, «Trajetórias... cit., p. 281.

inclusive o testamento de Joaquim de Melo e Póvoas, nada é mencionado a respeito de seu local de nascimento e filiação. E como não recebeu as mesmas benesses concedidas a seus pares no governo do Estado – mesmo antes de assumirem seus postos –, a exemplo do hábito da Ordem de Cristo, os dados biográficos sobre Melo e Póvoas são poucos e incertos.⁴⁷

Consta, no entanto, que era «sobrinho» de Mendonça Furtado e de Sebastião José de Carvalho e Melo, aos quais se dirigia como seus «tios».⁴⁸ O parentesco era remoto, pois, segundo alguns dados recolhidos, Melo e Póvoas seria trineto de Sebastião de Carvalho, moço fidalgo, desembargador do Paço e cavaleiro professo na Ordem de Cristo, bisavô de Francisco de Mendonça Furtado e do marquês de Pombal.⁴⁹ A própria trajetória de Joaquim de Melo e Póvoas como um todo demonstra a distância parental de seus interlocutores, embora não negue a proteção que recebeu desde a indicação, em 1757, para primeiro governador da capitania de São José do Rio Negro e outras mercês.⁵⁰

A escassez de dados também se aplica a Luís de Vasconcelos Lobo, cujas origens são conhecidas por meio de fragmentos da correspondência de Francisco Xavier de Mendonça Furtado, que se refere ao governador do Maranhão como «filho do brigadeiro Francisco de Vasconcelos».⁵¹ Apesar de sucinta, a única referência à origem de Vasconcelos Lobo permite inferir que se tratava de um homem cuja experiência se constituiu no manejo das armas e era membro de uma família com alguma tradição de serviços militares.

⁴⁷ Joel SERRÃO, «Póvoas, Joaquim de Melo e», in _____, *Dicionário de História de Portugal*, Porto, Iniciativas Literárias, 1971, vol. 5. O verbete nada informa sobre a filiação ou a data de nascimento de Joaquim de Melo e Póvoas. No lugar desta última consta apenas que o personagem nasceu no século XVIII.

⁴⁸ Uma boa fonte para a análise das relações entre Joaquim de Melo e Póvoas e os «tios» Francisco Xavier de Mendonça Furtado e Sebastião José de Carvalho e Melo é a correspondência escrita pelo primeiro quando governava a capitania de São José do Rio Negro. *Cartas do primeiro governador da capitania de São José do Rio Negro, Joaquim de Melo e Póvoas (1758-1761)*, transcrição paleográfica e introdução do Prof. Samuel Benchimol, Manaus, Comissão de Documentação e Estudos da Amazônia, 1983.

⁴⁹ Martim de ALBUQUERQUE, *Para a história das ideias políticas em Portugal (uma carta do marquês de Pombal ao governador do Maranhão em 1761)*, Lisboa, Instituto Superior de Ciências Sociais e Política Ultramarina, [1968], pp. 7. Uma discussão sobre a concepção da família de Antigo Regime em Portugal encontra-se em Antônio Manuel HESPANHA, «Fundamentos antropológicos da família do Antigo Regime: os sentimentos familiares», in _____ (coord.), *História de Portugal – O Antigo Regime*, Lisboa, Editorial Estampa, 1998, vol. 4, pp. 245-256. A contextualização das relações familiares no interior de uma sociedade na qual o parentesco real e as alianças se confundiam, requer atenção para o emprego adequado de nomenclaturas como: tio, primo, filho ou filha e até mesmo a de mãe. A correspondência do marquês do Lavradio, publicada sob os títulos de *Cartas da Bahia* e *Cartas do Rio de Janeiro*, é um bom exemplo de como as relações de parentesco e as alianças não estavam dissociadas. Nas suas cartas, os genros são tratados por «filhos»; nobres de seu círculo de alianças aparecem como «primos» que nem sempre o eram, e sua sogra é chamada de «mãe», quando a verdadeira mãe do marquês já havia morrido.

⁵⁰ IANTT, Registro Geral de Mercês, D. José I, livro 11, fls. 378-378v.

⁵¹ M. C. de MENDONÇA (coord.), *A Amazônia na era pombalina...* cit., t. 1, p. 238.

Ao menos o casamento, em segundas núpcias, com D. Helena Lourença de Castro, nascida em Viseu em «família nobre»⁵², mostra que Luís de Vasconcelos Lobo estabeleceu vínculos com gente da região da Beira Alta.

Em relação à condição sócio-econômica das famílias, pode-se afirmar que quatro dos governadores desfrutavam de rendimentos de morgados estabelecidos por antepassados mais ou menos remotos, como João Pereira Caldas e seu pai Gonçalo Pereira. Na qualidade de primogênito, João Pereira Caldas passou a administrar o morgado de São Martinho de Alvaredo, na comarca de Valença do Minho, após a morte do pai. Ao dito morgado estava vinculada uma quinta (possivelmente a Quinta de Sende, onde nasceram gerações da família), no interior da qual havia outras propriedades livres do morgadio.⁵³ Fernando da Costa de Ataíde Teive administrava um morgado instituído na Ilha da Madeira por um antepassado remoto, Diogo de Teive, um dos primeiros portugueses a se estabelecer na Ilha Terceira no século XV, passando à Madeira a serviço do infante D. Henrique.⁵⁴

Além da instituição do morgadio, verificou-se que possuíam propriedades fundiárias não vinculadas, das quais também auferiam rendimentos. A posse desses bens conferia-lhes não apenas riqueza, mas o prestígio social e a nobreza que os caracterizava, a exemplo de Gonçalo Pereira Lobato e Sousa e seu filho João Pereira Caldas. Enraizados havia gerações na distante vila de Monção, eram representantes de uma elite provincial baseada na riqueza da terra, nos rendimentos dos senhorios, mas sem títulos.⁵⁵

Em outra situação, Gonçalo Lourenço Botelho de Castro, que não possuía bens de raiz livres de vínculos, mas herdou o morgado instituído por seu meio-irmão, Pedro José da Silva Botelho, teve que recorrer à graça régia. Como pretendia se casar, pediu autorização à D. Maria I para hipotecar os rendimentos do morgado com o objetivo de apurar a quantia de quinhentos mil réis para satisfazer as arras previstas no ajuste do enlace.⁵⁶

Ainda em relação ao *status* social, todos os elementos dessa amostragem eram cavaleiros professos em ordens militares, principalmente a Ordem de Cristo. A exceção era Fernando da Costa de Ataíde Teive, que pertenceu à Ordem de Santiago da Espada e o único que não recebeu a mercê de um hábito foi Joaquim de Melo e Póvoas. Quatro deles – João Pereira Caldas; Gonçalo Lourenço Botelho de Castro; Francisco Xavier de Mendonça Furtado e Gonçalo Pereira Lobato e Sousa gozavam do foro de fidalgos da

⁵² César Augusto MARQUES, *Dicionário histórico-geográfico da província do Maranhão*, Rio de Janeiro, Ed. Fon-Fon & Seleta, 1970, p. 338.

⁵³ IANTT, Chancelaria de D. Maria I, livro 32, fl. 358v.

⁵⁴ Cristóvão Alão de MORAES, *Pedatura lusitana*, Braga, Edição de Carvalhos de Basto, 1997, t. 1, vol. 1, p. 74.

⁵⁵ Nuno Gonçalo MONTEIRO, *Elites e poder: entre o Antigo Regime e o Liberalismo*, Lisboa, Imprensa de Ciências Sociais; Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa, 2003, pp. 75-80.

⁵⁶ IANTT, Chancelaria de D. Maria I, livro 11, fls. 352-352v. O alvará de concessão da mercê é de 15 de julho de 1778, quando Gonçalo Pereira já havia retornado do governo do Piauí.

Casa Real. Os dois últimos e Manuel Bernardo de Melo e Castro desfrutavam também do prestigioso cargo de familiar do Santo Ofício, de reconhecido prestígio social.

No que concerne à formação, todos eram militares de carreira, construída principalmente no Exército. As exceções ficaram por conta de Francisco Xavier de Mendonça Furtado e de Gonçalo Lourenço Botelho de Castro, que serviram na Armada Real. Eram todos descendentes diretos de homens dedicados às armas. Gonçalo Lourenço apresentava uma lacuna nessa tradição de serviços por ser filho de um negociante de grosso trato que se estabeleceu ainda jovem em Lisboa, embora o avô paterno fosse militar.⁵⁷

Apesar da formação e das experiências concentradas no campo militar, a grande parte dos governadores estudados não participou de eventos importantes antes de assumirem seus postos na Amazônia. Nesse sentido, suas folhas de serviço ficavam a dever se comparadas às de seus antecessores da segunda metade do século XVII, credenciados pela participação nas Guerras da Restauração.⁵⁸ Francisco Xavier de Mendonça Furtado participou de expedições de socorro à Colônia do Sacramento, em meados dos anos 1730, quando os castelhanos, após um prolongado cerco, ameaçaram retomar a possessão disputada com os portugueses.⁵⁹ Soldado da Armada Real, permaneceu em Sacramento de dezembro de 1736 a maio de 1737, partindo para o Rio de Janeiro meses antes da assinatura do armistício que pôs fim às hostilidades castelhanas. Seguiu então para Pernambuco a fim de participar do socorro à Ilha de Fernando de Noronha, invadida por franceses.⁶⁰

Fernando da Costa de Ataíde Teive participou, no posto de coronel, da Campanha de 1762 – episódio no qual Portugal confrontou-se com a Espanha – destacando-se em um de seus principais momentos, o cerco à praça de Almeida, devidamente registrado como principal feito de sua trajetória.⁶¹ Joaquim Tinoco Valente, por sua vez, integrou o Regimento de Artilharia do Alentejo, alcançando o posto de capitão após mais de 30 anos de serviço. Recompensado com o hábito de Cristo, deixou o regimento em janeiro de 1762. Não consta que Joaquim Tinoco lutou na Campanha de 1762 ou foi subordinado a Fernando de Ataíde Teive, não sendo impossível que este último aspecto tenha se verificado.

Certo é que no ano de 1763 os dois foram nomeados, respectivamente, governador e capitão-general do Estado do Grão-Pará e Maranhão e governador do Rio Negro. A medida visava aproveitar a experiência dos militares em uma província vizinha à fronteira de Portugal com a Espanha, a fim garantir a defesa dos territórios das duas capitanias confinantes com domí-

⁵⁷ IANTT, Habilitações da Ordem de Cristo, letra G, maço 4, n.º 3 (fl. 17).

⁵⁸ Biblioteca da Ajuda, 54-XI-27, n.º 17, Relação..., cit., fl. 25.

⁵⁹ P. POSSAMAI, *A vida...* cit., pp. 22-23.

⁶⁰ IANTT, Ministério do Reino, Decretos (1745-1800), pasta 13, n.º 83.

⁶¹ IANTT, Ministério do Reino, Decretos (1745-1800), pasta 17, n.º 27. IANTT, Chancelaria de D. Maria I, livro 43, fls. 67-67v. Biblioteca da Ajuda, 54-XI-27, n.º 17, Relação... cit., fl. 25.

nios castelhanos, uma vez que a guerra de 1762 trouxe conseqüências para os territórios portugueses ao Norte e ao Sul.

A tradição de serviços na Índia e em Angola também é um traço perceptível na trajetória das famílias de Manuel Bernardo de Melo e Castro, de Fernando de Ataíde Teive, de Gonçalo Pereira Lobato e Sousa e, consequentemente, de João Pereira Caldas, que herdaram serviços de antepassados. Neto do 4.º conde das Galveias, Manuel Bernardo era aparentado dos Castro de Melgaço, ramo estabelecido no governo do Estado da Índia desde meados do século XVII.⁶² João Pereira Caldas (homônimo do neto), o próprio Gonçalo Pereira Lobato e Sousa (com cerca de 15 anos) e um tio, Gregório Pereira Soares, serviram na Índia no século XVII.⁶³ O avô de Fernando de Ataíde Teive, Gaspar de Ataíde Teive, também esteve no Oriente, herdou os serviços de um tio, D. Jerônimo de Azevedo, vice-rei da Índia (1612-1617) e combateu os franceses nas águas da Guanabara em 1711, na qualidade de cabo da esquadra enviada de Portugal.⁶⁴ Com isso, as carreiras dos descendentes foram acrescentadas, reforçando a participação das famílias no serviço à monarquia.⁶⁵

⁶² Mafalda Soares da CUNHA e Nuno Gonçalo MONTEIRO, «Vice-reis, governadores e conselheiros de governo do Estado da Índia (1505-1834). Recrutamento e caracterização social», *Penélope*, n.º 15 (1995), Lisboa, p. 112.

⁶³ IANTT, Chancelaria da Ordem de Cristo, livro 67, fls. 33v-35. João Pereira Caldas (o avô) partiu em 1669 para Angola como tenente de mestre de campo general e lá permaneceu até 1676 quando passou à Bahia e retornou a Portugal. Herdou os serviços de seu irmão, Gregório Pereira Soares, que atuou em campanhas na Galiza por volta de 1643-1644, e na Índia, onde serviu até falecer, em 1652. Socorreu as fortificações do norte do Estado da Índia contra os mouros e comboiou embarcações de Mombaça, Baçaim e Moçambique. Por esses serviços, seu irmão João Pereira Caldas recebeu a mercê de uma tença de cem mil réis anuais.

⁶⁴ IANTT, Chancelaria da Ordem de Santiago, livro 28, fl. 432-433. Os segundos serviços de Gaspar de Ataíde Teive foram contados de 1693 até 1708. Entre 1693 e 1698 embarcou oito vezes, sete em armadas de defesa da costa de Portugal. A experiência levou-o, a partir em 1701, para a Índia como capitão-mor das naus de socorro a Mombaça. A ênfase nos feitos heróicos para justificar o merecimento do favor régio pode ser notada na narrativa de Gaspar de Ataíde. Valorizou sua coragem na restauração de Mombaça ao domínio português «na notável desgraça que se experimentou da perda de três naus, de que todos fugiam pela fúria do mar, sendo o primeiro que chegou a elas salvando da ponta do mastro da nau Nossa Senhora de Bitancourt um homem e da nau Vale todos os soldados que tinham escapado de caírem ou se lançarem ao mar». Em 1704 passou a receber na Índia as frotas que vinham da Bahia, do Rio de Janeiro e de Pernambuco. No ano seguinte, embarcou na nau Nossa Senhora da Esperança para socorrer Gibraltar e até encerrar sua carreira no ultramar atuou no trânsito de embarcações entre o Rio de Janeiro e a Índia. Pelos serviços recebeu a comenda da Ribaldeira, na Ordem de Santiago da Espada, na qual não se encartou. A mercê foi efetivada em seu neto, Fernando da Costa de Ataíde Teive, por alvará de 28 de fevereiro de 1739 (quando o mesmo contava 10 anos de idade). IANTT, Registro Geral de Mercês, D. João V, livro 6, fls. 57-57v. Sobre o combate aos franceses, ver Sebastião da Rocha PITA, *História da América portuguesa, desde o ano de 1500 do seu descobrimento até o de 1724*, Belo Horizonte, Ed. Itatiaia; São Paulo, EDUSP, 1976, pp. 254-255.

⁶⁵ N. G. MONTEIRO, *Elites...* cit., p. 77. Nuno Monteiro chama atenção para a importante contribuição dos serviços de irmãos e/ou tios que detinham posições privilegiadas na carreira eclesiástica, o que não exclui a legação dos préstimos por indivíduos dedicados a outras atividades.

Percursos na administração colonial

Um aspecto que precisa ser revisto em função das características próprias das trajetórias no Estado do Grão-Pará e Maranhão diz respeito à circulação dos governadores. Da mesma forma que os nove agentes analisados nunca haviam exercido função equivalente em outras partes do Império português, aqueles que assumiram um segundo governo o fizeram nos limites da jurisdição do Estado. Ao deixar o Rio Negro, em 1761, Joaquim de Melo e Póvoas assumiu o Maranhão (primeiro como governador da capitania e, a partir de 1775, como governador e capitão-general do Estado do Maranhão e Piauí) e João Pereira Caldas passou do Piauí, em 1769, ao Estado do Grão-Pará e Rio Negro (1772), após uma breve estadia no Reino, sobre a qual nada se sabe até o presente. Isso não significa que o acesso a capitânias que compunham o Estado do Brasil estivesse vedado aos que deixavam a jurisdição do Estado: Manuel Bernardo de Melo e Castro e João Pereira Caldas chegaram a ser nomeados o governo da capitania de Mato Grosso – um cargo de maior projeção em relação ao Pará. Contudo, por motivos distintos, ambos não tomaram posse.

Instruções enviadas por Martinho de Melo e Castro previam que depois de passar o cargo a José de Nápoles Telo de Meneses, Pereira Caldas deveria partir para uma fortaleza no Rio Negro ou para a vila de Barcelos (capital do Rio Negro) a fim de iniciar os trabalhos de demarcação do Tratado de Santo Ildefonso, enquanto aguardava a chegada de Joaquim de Melo e Póvoas – este deixaria o Maranhão para assumir o comando das demarcações e Pereira Caldas seguiria para Mato Grosso.⁶⁶ Porém, os planos mudaram: com a volta de Melo e Póvoas para Lisboa, em 1779, Pereira Caldas instalou-se em Barcelos como 1.º comissário da 4.ª divisão de limites. Nessa época, desenvolveu uma bem-sucedida parceria com o naturalista Alexandre Rodrigues Ferreira.⁶⁷

Ao contrário de João Pereira Caldas, Manuel Bernardo de Melo e Castro declinou da indicação para o governo de Mato Grosso, justificando a recusa, segundo um cronista do século XIX, porque as «moléstias a tem constituído necessária».⁶⁸ Na verdade, é bem possível que temesse que o esforço bélico no Reino, envolvido na Guerra dos Sete Anos, ameaçasse o seu patrimônio, pois «como a conjuntura da guerra dá motivos a se acantonarem as tropas, e estas de ordinário hostilizam a província a que se dirigem, consequente-

⁶⁶ Biblioteca Nacional/Rio de Janeiro, Divisão de Manuscritos, I – 17, 12, 5 (doc. 6). Atentar para a 2.ª instrução.

⁶⁷ Biblioteca da Ajuda, 54-XI-27, n.º 17, Memória das pessoas que desde o princípio da conquista governaram as duas capitânias, do Maranhão e Grão-Pará, 1783, fl. 16. Ver também Ronald RAMINELLI, «João Pereira Caldas», in Ronaldo VAINFAS (dir.), *Dicionário do Brasil colonial (1500-1808)*, Rio de Janeiro, Objetiva, 2000. Ver também Ronald RAMINELLI, *Viagens ultramarinas: monarcas, vassalos e governo à distância*, São Paulo, Alameda, 2008, pp. 138 segs.

⁶⁸ Antônio Ladislau Monteiro BAENA, *Compêndio das eras da província do Pará*, Belém, Universidade Federal do Pará, 1969, pp. 176.

mente a de Alentejo onde tenho este [não mencionado] pequeno vínculo, experimentará presentemente esta sensível opressão, temo que a renda da minha Casa tenha quebra».⁶⁹ Para evitar o descalabro financeiro, pediu a proteção do então conde de Oeiras. Em pouco mais de um ano, Manuel Bernardo foi removido do cargo (1763). Não substituiu D. Antônio Rolim de Moura em Mato Grosso.⁷⁰ Voltou para Portugal, onde faleceu em 1792.

Joaquim de Melo e Póvoas poderia ter dado um passo significativo em sua trajetória se a indicação para Pernambuco, em 1773, tivesse se concretizado. Mas nem mesmo a proteção do marquês de Pombal foi capaz de impedir a perpetuação de famílias da alta nobreza em determinados postos de maior relevo. No lugar de Melo e Póvoas, que acabou permanecendo em São Luís, foi nomeado José César de Meneses (1774-1787), filho do antigo vice-rei Vasco Fernandes César de Meneses, conde de Sabugosa.⁷¹ A preterição de Melo e Póvoas tinha outro motivo: José César de Meneses era homem experimentado nas artes militares e já havia servido na Índia. Seus préstimos valeram-lhe a indicação para colaborar com o marquês do Lavradio, então vice-rei, no esforço de guerra contra os castelhanos no Sul.⁷²

Os outros administradores que deixaram o Estado também não assumiram um segundo governo colonial. Francisco Xavier de Mendonça Furtado tornou-se secretário adjunto do irmão e mais tarde Secretário de Estado da Marinha e Domínios Ultramarinos.⁷³ Fernando da Costa de Ataíde Teive e Gonçalo Lourenço Botelho de Castro voltaram para o Reino e retomaram a carreira das armas. Os três restantes não desempenharam nova comissão no ultramar por razões óbvias: Gonçalo Pereira Lobato e Sousa, Joaquim Tinoco Valente e Luís de Vasconcelos Lobo faleceram no exercício da função governativa. O primeiro, septuagenário, de uma hemorragia intestinal;

⁶⁹ IHGB, Seção do Conselho Ultramarino, Arq. 1.1.3, fl. 272.

⁷⁰ A sucessão de D. Antônio Rolim de Moura recaiu em João Pedro da Câmara (1765-1768). Depois deste seguiram-se: Luís Pinto de Sousa Coutinho (1769-1772) e os irmãos Luís de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres (1772-1788) e João de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres (1789-1796). Barão de MELGAÇO, «Apontamentos cronológicos da província de Mato Grosso», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, vol. 205 (1949), Rio de Janeiro, pp. 263-290.

⁷¹ Biblioteca Nacional de Lisboa, Seção de Reservados, caixa 246, n.º 20. Ver também Francisco BETHENCOURT, «A América portuguesa», in _____ e Kirti CHAUDHURI (coords.), *História da expansão...* cit., vol. 3, 1998, pp. 244. Sobre os César de Meneses, ver Laura de Mello e SOUZA, «Morrer em colônias: Rodrigo César de Meneses, entre o mar e o sertão», in _____, *O sol e a sombra: política e administração na América portuguesa do século XVIII*, São Paulo, Companhia das Letras, pp. 303 segs.

⁷² Dauril ALDEN, *Royal government in colonial Brazil, with special reference to the administration of the marquis of Lavradio, viceroy, 1769-1779*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press, 1968, pp. 453-454.

⁷³ Ângela DOMINGUES, «Francisco Xavier de Mendonça Furtado», in Maria Beatriz Nizza da SILVA (coord.), *Dicionário da história da colonização portuguesa no Brasil*, Lisboa, Editorial Verbo, 1994.

o segundo, de alguma doença não identificada; o terceiro beirando os 70 anos e repleto de achaques, depois de 16 anos no Rio Negro.⁷⁴

Na historiografia recente, a circulação dos governadores está mais voltada para as trajetórias no Estado do Brasil, em conexão com a África (com ênfase no circuito Rio de Janeiro-Angola) e o Oriente (em especial o Estado da Índia). Em artigo sobre a governabilidade no Império, Maria de Fátima Gouvêa, João Fragoso e Maria Fernanda Bicalho argumentaram que a circulação de indivíduos (tanto governadores quanto outros oficiais régios) nos domínios portugueses, às vezes muito distantes e diferentes entre si, permitiu-lhes um «acúmulo de informações e a constituição de uma visão mais alargada do Império ultramarino». Com isso, desenvolveram «uma percepção e uma compreensão acerca da diversidade dos problemas enfrentados, bem como da similitude de situações e de estratégias».⁷⁵ Tais conclusões não se aplicam às trajetórias no Estado do Grão-Pará e Maranhão, em virtude de uma dinâmica econômica, social e cultural muito própria, o ritmo de desenvolvimento das conquistas do Norte. O máximo que se cogitou em termos de deslocamento para fora da jurisdição do Estado foi a indicação de alguns governantes para Mato Grosso, capitania limítrofe que possuía estreita relação com o Pará.⁷⁶

De volta ao Reino

Independentemente das peculiaridades dos perfis e das trajetórias no Estado do Grão-Pará e Maranhão, não era possível escapar às engrenagens de um mecanismo inerente às relações entre o representante da monarquia e seus fiéis vassalos: o do serviço e remuneração, enraizado nos costumes e na identidade da sociedade portuguesa de Antigo Regime.⁷⁷

Na retomada da carreira militar, Manuel Bernardo de Melo e Castro desempenhou o governo das armas das importantes províncias de Elvas e do Alentejo. Foi o único governador do Estado agraciado com um título de nobreza – o de visconde da Lourinhã (com o senhorio da mesma vila) –, em 1777, além da alcaidaria-mor de Sernancelhe e da comenda de São Pedro

⁷⁴ Fabiano Vilaça dos SANTOS, *O governo das conquistas do norte: trajetórias administrativas no Estado do Grão-Pará e Maranhão (1751-1780)*, tese de doutoramento, FFLCH/USP, 2008, pp. 158-159, 181-182 e 252.

⁷⁵ João FRAGOSO; Maria de Fátima S. GOUVÊA e Maria Fernanda B. BICALHO, «Uma leitura do Brasil colonial: bases da materialidade e da governabilidade no Império», *Penélope*, n.º 23 (2000), Oeiras, p. 83. Maria de Fátima GOUVÊA, «Conexões imperiais: oficiais régios no Brasil e Angola (c.1680-1730)», in Maria Fernanda BICALHO e Vera Lúcia Amaral Ferlini (orgs.), *Modos de governar...* cit., pp. 179-197.

⁷⁶ Fabiano Vilaça dos SANTOS, «Do Pará a Mato Grosso: relações comerciais e percursos na administração colonial (c.1748-1780)», *CABANOS – Revista de História*, vol. 1, n.º 5 (2008), Maceió, pp. 15-37.

⁷⁷ Ângela Barreto XAVIER e Antônio Manuel HESPANHA, «As redes clientelares», in Antônio Manuel HESPANHA (coord.), *História de Portugal...* cit., vol. 4, pp. 346-348 (tópico «Serviços e mercês»).

das Alhadas, da Ordem de Cristo, mercês concedidas menos em atenção aos seus préstimos no Grão-Pará e Maranhão do que aos serviços do irmão, Martinho de Melo e Castro.⁷⁸

João Pereira Caldas voltou a Portugal em 1789, falecendo cinco anos depois. Sua trajetória culminou com a nomeação para o Conselho Ultramarino, em reconhecimento da vasta experiência adquirida no ultramar, onde serviu 36 dos seus 58 anos de vida.⁷⁹ Também foi elevado a marechal-de-campo,⁸⁰ ilustrando uma tendência iniciada no reinado de D. José I, sobretudo após as reformas militares do conde de Lippe, de acesso da «fidalguia de província» aos postos mais altos da oficialidade.⁸¹ João Pereira Caldas morreu endividado. Quando faleceu, seu irmão e «universal herdeiro», Gonçalo José Pereira de Castro e Caldas, marechal-de-campo e comandante do Regimento de Infantaria de Valença, no Minho, dirigiu-se a Lisboa para reclamar a satisfação dos serviços do irmão, de seu pai e de um tio, ainda não remunerados. As fazendas da família estava arruinadas e as terras «livres de morgado não chega[va]m para a satisfação das consideráveis dívidas contraídas no Real Serviço».⁸²

Joaquim de Melo e Póvoas, cuja folha de serviços começa com o governo de São José do Rio Negro, não logrou qualquer recompensa ao voltar a Lisboa. De origem obscura, sem respaldo em aliados poderosos, à exceção do marquês de Pombal, sentiu diretamente os efeitos de sua queda, em 1777. De volta a Portugal dois anos depois, caiu no ostracismo e morreu pobre, em 1787, sem nunca mais se encartar no Real Serviço. Seu testamento revelou que possuía uma pequena quantidade de moedas, doadas a alguns serviçais, credores e aos pobres.⁸³ O primo e herdeiro – em nenhum momento deu-se a conhecer a existência de filhos, ainda que bastardos⁸⁴ –, Joaquim Francisco de Melo e Póvoas, recebeu a título de recompensa por seus próprios serviços e os do ex-governador, apenas a comenda de São Miguel de Aveiro, da Ordem de São Bento de Avis, e uma tença vitalícia de cinquenta mil réis.⁸⁵

Em 1792, Fernando da Costa de Ataíde Teive encontrava-se na primeira plana do Exército, como tenente-general, e prestes a assumir o governo das

⁷⁸ IANTT, Ministério do Reino, Decretos (1745-1800), pasta 26, n.º 39. IANTT, Registro Geral de Mercês, D. Maria I, livro 1, fl. 330.

⁷⁹ IANTT, Registro Geral de Mercês, D. Maria I, livro 25, fl. 205v.

⁸⁰ J. SERRÃO, «Caldas, João Pereira», in _____, *Dicionário...* cit., vol. 2.

⁸¹ N. G. MONTEIRO, *Elites...* cit., pp. 119 segs.

⁸² IANTT, Ministério do Reino, Decretos (1745-1800), pasta 56, n.º 26.

⁸³ IANTT, Ministério do Reino, Decretamentos de Serviços, maço 119, n.º 1, serviços de 1790. O testamento de Joaquim de Melo e Póvoas está apenas ao memorial de serviços.

⁸⁴ O fato de Joaquim de Melo e Póvoas não ter usufruído de distinções simbólicas traduzidas, por exemplo, no ingresso em uma ordem de cavalaria ou na familiatura do Santo Ofício, tornou difícil a obtenção de dados biográficos mais alentados, comumente encontrados nos processos de habilitação. Seu testamento, os decretamentos de serviços ou mesmo a correspondência trocada com seu interlocutores não trazem quaisquer referências à sua filiação ou à existência de descendentes diretos.

⁸⁵ IANTT, Ministério do Reino, Decretamentos de Serviços, maço 129, n.º 28, serviços de 1791.

armas da província do Alentejo, na sucessão de Manuel Bernardo de Melo e Castro, assim como no Grão-Pará e Maranhão. Recebeu também a mercê do senhorio do concelho de Baião e várias terras, sobre as quais possuía direitos de nomear oficiais e de recolher tributos, conforme os respectivos forais.⁸⁶

Ataíde Teive estava, contudo, assoberbado de dívidas contraídas desde quando serviu na Campanha de 1762 e no governo do Estado, as quais «até o presente lhe não fora possível pagar nem o poderia conseguir para se ver livre da opressão que lhe faziam os seus credores, sem tomar algum dinheiro a juro». Os bens que possuía eram vinculados e a única alternativa possível era hipotecar seus rendimentos – no caso, de um morgado na Ilha da Madeira instituído por um seu ancestral, Diogo de Teive⁸⁷ – a fim de oferecê-los como garantia pelos sessenta mil réis que pretendia tomar de empréstimo. E para que pudesse desempenhar a nova comissão «com o decoro próprio», requeria o consentimento da rainha para hipotecar as rendas do morgado.⁸⁸ Dessa forma, asseguraria não só a satisfação de seus empenhos, mas também as condições mínimas para a conservação do seu *status* e a continuidade da ascensão no Real Serviço.⁸⁹ Exemplo disso foi a conquista de um lugar no Conselho da Guerra.⁹⁰

Nos últimos anos de vida, apesar da idade avançada, ainda cuidava pessoalmente dos negócios da Casa, como se depreende da provisão (registrada em 24 de outubro de 1805) que lhe autorizava celebrar novo contrato com Nicolau Maria Raposo, da Ilha de São Miguel (Açores) para o arrendamento por mais 12 anos do morgado que Ataíde Teive administrava na Ilha da Madeira.⁹¹ Uma mostra de que as dívidas – de mais de 30 anos – ainda não haviam sido liquidadas. Faleceu em 21 de janeiro de 1807, «com 78 anos e oito dias de idade».⁹²

As recompensas e a ascensão social de Gonçalo Lourenço Botelho de Castro despertam atenção não só pela diversidade de seus deslocamentos, mas pelo valor das mercês com que foi agraciado. Na verdade, sua promoção no Real Serviço deveu-se menos aos seus feitos na Armada e no Piauí do que ao casamento, em 16 de julho de 1778, com D. Ana Joaquina Apolônia de Vilhena Abreu Soares, sobrinha pelo lado materno de Jerônimo Antônio Pereira Coutinho Pacheco de Vilhena e Brito, 1.º marquês de Soidos.⁹³ Foram

⁸⁶ IANTT, Ministério do Reino, Decretos (1745-1800), pasta 17, n.º 27. IANTT, Chancelaria de D. Maria I, livro 43, fls. 67-67v.

⁸⁷ Diogo de Teive, filho de Lopo Afonso de Teive (escudeiro e provedor da Albergaria de Rocamador, no Porto), passou à Ilha Terceira quando esta foi descoberta e depois à Madeira, a serviço do infante D. Henrique. C. A. de MORAES, *Pedatura...* cit., vol. I, t. 1.º, p. 74.

⁸⁸ IANTT, Chancelaria de D. Maria I, livro 43, fls. 67-67v.

⁸⁹ Â. B. XAVIER e A. M. HESPANHA, «As redes clientelares»... cit., p. 343.

⁹⁰ IANTT, Chancelaria de D. Maria I, livro 73, fls. 94v-95.

⁹¹ IANTT, Chancelaria de D. Maria I, livro 75, fl. 145v.

⁹² Manoel BARATA, *Formação histórica do Pará*, Belém, Universidade Federal do Pará, 1973, p. 29.

⁹³ Nuno Gonçalo MONTEIRO, *O crepúsculo dos grandes. A Casa e o património da aristocracia em Portugal (1750-1832)*, 2.ª ed., Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2003, p. 271.

os serviços de D. Ana Apolônia como açafata da rainha-mãe (D. Mariana Vitória) e de sua filha (a infanta D. Mariana, irmã de D. Maria I) que estimularam a promoção de Gonçalo Lourenço, inicialmente por meio de um requerimento que lhe rendeu o foro de fidalgo cavaleiro da Casa Real.⁹⁴

De volta a Portugal, Gonçalo Lourenço foi nomeado em 1780 engenheiro-mor do Reino, com a patente de brigadeiro de infantaria; marechal-de-campo; tenente-general (o posto mais alto na hierarquia militar); guarda-roupa da Câmara Real; censor da Mesa do Desembargo do Paço e membro da Sociedade Real Marítima, Militar e Geográfica. O enobrecimento de Gonçalo Lourenço ficou patente com a concessão, em 1785, da «carta de privilégios de fidalgo».⁹⁵

A notável ascensão de um homem oriundo de uma família da província, com tradição de serviços militares ao Reino, não podia passar despercebida. O seu testamento e, principalmente, o de sua esposa foram os elos que faltavam para completar o entendimento das promoções de Gonçalo Lourenço no Real Serviço, iniciadas com o casamento. A análise dos documentos mostrou que D. Ana Apolônia era uma mulher rica e influente. Seu testamento sugere também que as mercês recebidas por Gonçalo Lourenço podem estar relacionadas à influência da parentela e das alianças da esposa. Prima de Antônio de Araújo de Azevedo (conde da Barca em 1815), legou-lhe todas as obras de arte que o mesmo desejasse retirar da casa da Rua Direita de São Sebastião.⁹⁶

Os bens vinculados que D. Ana Apolônia administrava desde a morte de Gonçalo Lourenço, em 1801 (sem remuneração pelos serviços no Piauí), estavam bastante empenhados. Para saldar essas dívidas e outra pendente no Erário Régio, instruiu em testamento à sua irmã e testamenteira, D. Mariana Joaquina, a pedir ao desembargador Manuel José de Arriaga Brum da Silveira que a isentasse de prestar contas em juízo. Isto porque D. Mariana Joaquina era casada com Miguel de Arriaga Brum da Silveira, que tinha dois irmãos, João e José. Este último era pai do desembargador Manuel José, sobrinho torto de D. Mariana Joaquina, potencial intercessor a quem D. Ana Apolônia provavelmente se referiu em seu testamento.⁹⁷

Segundo o historiador, o título com Grandeza, de origem espanhola, pertencia aos senhores do reguengo do Cartaxo, mas sua inclusão na «primeira nobreza» se pode, no entanto, considerar duvidosa».

⁹⁴ IANTT, Registro Geral de Mercês, D. Maria I, livro 5, fls. 61-61v.

⁹⁵ IANTT, Ministério do Reino, Decretamentos de Serviços, maço 165, n.º 1, serviços de 1803.

⁹⁶ IANTT, Registro Geral de Testamentos, livro 348, fls. 24v-26 (Gonçalo Lourenço Botelho de Castro); livro 355, fls. 207-208v (D. Ana Joaquina Apolônia de Vilhena Abreu Soares). Antônio de Araújo de Azevedo foi embaixador em Haia e em São Petersburgo, secretário de Estado dos Negócios Estrangeiros e da Guerra e, ao tempo do falecimento da prima, em 1805, ocupava a pasta do Reino. Afonso Eduardo Martins ZÚQUETE, *Nobreza de Portugal e do Brasil*, 3.ª ed., Lisboa, Edições Zairol, 2000, vol. 2, pp. 373-375.

⁹⁷ Felgueiras GAYO, *Nobiliário das famílias de Portugal*, 2.ª ed., Braga, Edições Carvalhos de Basto, 1989, vol. IV, pp. 525. Ver também Manuel de Mello CORRÊA (dir.), *Anuário da nobreza de Portugal*, Lisboa, Instituto Português de Heráldica, 1985, t. II, p. 191.

As patentes recebidas, os percursos no Real Serviço, enfim, a ascensão de Gonçalo Lourenço contrasta com a imagem que deixou impressa na historiografia piauiense. Enquanto João Pereira Caldas teria sido «portador dos mais sadios propósitos de bem governar a capitania» e «nela deixou perpétuas memórias da sua prudência, candidez, desinteresse e outras virtudes», Gonçalo Lourenço «não soube impor a sua autoridade aos governados». Devido à submissão aos interesses de potentados locais, em detrimento do Real Serviço, «na sua administração foram registrados poucos melhoramentos».⁹⁸

Tais interpretações são claramente tributárias da conhecida memória de José Martins Pereira d'Alencastre, que difundiu a imagem de João Pereira Caldas como o bom administrador que «distribuiu justiça com toda a imparcialidade», ao passo que o seu sucessor deixara-se dominar pela família Rego – umas das principais do Piauí –, distinguindo-se na perseguição dos índios Acoroás e Pimenteiras e pela busca frustrada de minas.⁹⁹ Desacertos que resultaram em sua destituição e prisão no Maranhão, antes de ser reabilitado em Lisboa, o que pode ser atribuído ao enlace – e às alianças dele decorrentes –, pois este se deu em 1778 e a primeira promoção do ex-governador, já no Reino, ocorreu dois anos depois.

Ainda sobre esse aspecto, cumpre realçar que o fato de Gonçalo Lourenço ter se beneficiado pouco de sua passagem pela administração ultramarina remete a uma ideia presente na historiografia piauiense, especificamente na interpretação de Odilon Nunes, para quem a prolongada administração do Piauí por sucessivas juntas governativas atestou o desinteresse da Coroa pela capitania. De fato, a unidade não estava entre as de maior projeção na América portuguesa.¹⁰⁰ De outro modo, pode-se considerar que uma comissão pouco rentável em termos simbólicos também não despertasse tanto interesse nos indivíduos.

Considerações finais

Há anos a produção historiográfica sobre a Amazônia colonial – como se convencionou chamar a vasta região que compreendia o Estado do Grão-Pará e Maranhão – vem crescendo e se renovando. A questão indigenista, o povoamento, as viagens científicas e filosóficas, são apenas alguns dos temas candentes em uma região com especificidades que escapam facilmente à

⁹⁸ Wilson Carvalho GONÇALVES, *Os homens que governaram o Piauí*, Teresina, Gráfica Júnior, 1989, pp. 14-16. Ver também Antônio José de Moraes DURÃO, «Descrição da capitania de São José do Piauí» (1772). Transcrito em Luiz MOTT, *Piauí colonial: população, economia e sociedade*, Teresina, Projeto Petrônio Portela, 1985, pp. 31-32.

⁹⁹ José Martins Pereira d'ALENCASTRE, «Memória chronologica, histórica e corographica da província do Piauhy», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, Rio de Janeiro, t. 20, 1857, pp. 5-164. Ver pp. 32-33.

¹⁰⁰ Odilon NUNES, *Pesquisas para a história do Piauí*, 2.^a ed., Rio de Janeiro, Artenova, 1975, vol. 1, pp. 127.

compreensão, principalmente de quem olha apenas para a jurisdição do Estado do Brasil. Os problemas do Norte, em grande parte, diferiam das questões do Centro-Sul da Colônia.

Em termos administrativos, no entanto, a história do Estado do Grão-Pará e Maranhão (1751-1772) – como de resto a de seu predecessor, o Estado do Maranhão e Grão-Pará (1621-1751) – ficou esquecida, restrita a interpretações e pesquisas fundamentais, mas, em certos casos, prenhes de lacunas e incorreções. E o que dizer dos governantes do Estado? Eles ainda são os «estadistas» de Arthur Reis? Ou administradores coloniais, representantes do poder régio na América portuguesa, no Estado da Índia, na África?

A última pergunta, aqui direcionada para as conquistas do Norte da América portuguesa, apontou para uma resposta afirmativa. São indivíduos, de diferentes estratos da nobreza lusitana que desembarcaram no cais de Belém portando as diretrizes de revitalização do Estado do Grão-Pará e Maranhão, diretrizes aprovadas pelo rei, secundado por estadistas como Sebastião José de Carvalho e Melo, o marquês de Pombal.

Nesse sentido, em consonância com a renovação dos estudos biográficos e com a abordagem das trajetórias de agentes a serviço da Coroa, este artigo procurou contribuir para atualizar o conhecimento dos personagens, dos agentes da colonização no Estado do Grão-Pará e Maranhão e, por extensão, do espaço da ação governativa. Daí o seu caráter descritivo da estrutura político-administrativa do Estado e das diferentes facetas que compõem os indivíduos constitutivos da amostragem.

É perfeitamente possível conceber que esta proposta ocupa um primeiro patamar de análise relativa ao Estado do Grão-Pará no período pombalino, sua estrutura e seus governantes. Importante e necessário desdobramento deste trabalho constitui-se em uma reflexão, menos descritiva e mais densamente analítica, da experiência concreta dos governadores do Estado construída a partir do contato entre os planos formulados na metrópole e a realidade colonial.

Será necessário recorrer novamente à documentação oficial à busca de fragmentos discursivos, aos relatos pessoais, muitas vezes mais explícitos que os ofícios, cartas e relações da burocracia governamental, a fim de recolher subsídios que sustentem a construção de um discurso sobre o sentido da política pombalina para a Amazônia em que se divise, no primeiro plano, a participação efetiva dos seus governantes. Por ora, o que se apresenta é a caracterização dos seus rostos, dos seus perfis. Mas, certamente, a aproximação dos trabalhos sobre os principais tópicos da agenda metropolitana para o Norte da América portuguesa – não só no período pombalino – com a caracterização dos perfis e trajetórias administrativas, a ser também ampliada, poderá resultar em uma espécie de síntese que enriquecerá sobremaneira os estudos sobre as terras amazônicas.

A PALAVRA E O IMPÉRIO: A PROPÓSITO DE UMA ARTE DA GRAMMATICA IMPRESSA NA BAHIA EM 1811

por

PABLO ANTONIO IGLESIAS MAGALHÃES *

A primeiro de janeiro de 2009 os oito membros da Comunidade de Países de Língua Portuguesa (CPLP) unificaram, pelo menos oficialmente, a ortografia, definida enquanto um conjunto de regras estabelecidas pela gramática normativa que ensina a grafia correta das palavras. O português é a terceira língua ocidental mais falada, após o inglês e o espanhol e uma das justificativas para a unificação da língua foi de que a coexistência das duas ortografias atrapalhava a divulgação do idioma e a sua prática em eventos internacionais. Sua unificação facilitaria, ainda, a definição de critérios para exames e certificados para estrangeiros.

Com as mudanças propostas no acordo, calcula-se que 1,6% do vocabulário de Portugal seja modificado. No Brasil, a mudança será bem menor, cerca 0,45% das palavras tiveram a escrita alterada. A CPLP demonstrou o quanto a linguagem é influenciada pelo poder instituído. Não resta dúvida de que a linguagem, oficial ou coloquial, é estabelecida com base em relações de poder. Onde há relações de poder existe política. Por sua vez, a política se expressa nas diversas formas de poder e pode ser entendida como a política relacionada ao Estado, bem como em um sentido mais amplo, e não menos importante, nas muitas dimensões da vida social.

O uso da palavra, escrita ou falada, é uma das formas mais cotidianas do exercício do poder. A palavra e o poder estão interligados em todas as culturas humanas. Assim, parte substancial do poder da palavra está na sua capacidade de difusão entre os povos, sendo a publicação de gramáticas um dos principais meios para isso. Esta é a essência do poder da gramática: difundir uma língua, servindo como ferramenta aos estudantes ou aos estrangeiros interessados (ou obrigados) em aprender um idioma. Outro aspecto do poder das gramáticas é servir como instrumento de domínio de um povo

* Doutorando em História Social pela Faculdade de Filosofia e Ciências Humanas da Universidade Federal da Bahia. Professor de História do Brasil I e História da América I na Faculdade de Tecnologia e Ciências, Bahia.

sobre outro. Esse poder da gramática enquanto instrumento de difusão e conquista foi, por certo, utilizado desde o século XVI pelos governos ibéricos que perceberam a necessidade de ensinar o alfabeto latino junto com suas respectivas línguas aos povos da América e África.

A publicação da gramática castelhana por Antonio Nebrija (1492) e das portuguesas por Fernão de Oliveira (1536) e João de Barros (1540) teve como objetivo a dupla afirmação do poder dos Estados ibéricos. Primeiro, em termos internos, em relação às outras variedades linguísticas usadas na época, algumas reduzidas a dialetos. No caso de Nebrija, sua gramática fora publicada no mesmo ano em que os reis católicos conseguiram conquistar Granada aos muçulmanos.

Em termos externos, essa afirmação do poder político ibérico se daria em relação às línguas dos povos que ficavam na área da influência ultramarina. No prólogo da gramática castelhana de Antonio de Nebrija, a primeira publicada em uma língua diferente das duas línguas clássicas, encontram-se as justificativas para sua publicação. Tais justificativas foram colocadas em termos de utilidade da sistematização gramatical para a difusão da língua entre os «povos bárbaros». Em Salamanca, após dialogar com o Bispo de Ávila, Nebrija compreendeu os proveitos que os monarcas católicos poderiam tirar da sua obra:

Que despues que vuestra alteza metiesse debaxo de su iugo muchos pueblos barbaros e naciones de peregrinas lēguas: & con el vēcimiento aqlllos ternian necesidad de recibir las leies: quel vencedor pone al vencido & con ellas nuestra lengua: entonces por esta mi arte podrian venir en el conocimiēto della.¹

No contexto da corrida para as conquistas ultramarinas e da concorrência entre Espanha e Portugal é facilmente compreensível o fato de ser elaborada para a língua portuguesa uma construção ideológica para elevá-la e ordená-la nos moldes gramaticais. Fernão de Oliveira, na introdução da sua gramática de 1536, aludiu à expansão da língua portuguesa entre os povos das novas terras conquistadas, afirmando que «a língua de tam nobre gente e terra como he Portugal vivera contente e folgara de se estender pollo mundo se levar nestes primeyros encontros por seu escudo».²

Foi João de Barros, porém, que realmente considerou o papel da língua portuguesa na expansão ultramarina. Sua *Grammatica da Lingua Portuguesa* foi editada pela primeira vez por Luís Rodrigues, juntamente com o *Dialogo em Louvor de Nossa Linguagem*, no ano de 1540. Existe um exemplar dessa edição na Biblioteca da Ajuda em Lisboa, outro na Biblioteca Municipal de Évora e um terceiro na Biblioteca Municipal de Rouen. A segunda edição só veio aparecer em 1785, por iniciativa dos monges cartuxos, num volume intitulado *Compilaçam de Varias Obras do Insigne Portuguez Joam de Barros*.

¹ Antonio de NEBRIJA, *Gramática Castellana*, Salamanca, [Tip. epónima], 1492, fls. 3-3v.

² Fernão de OLIVEIRA, *Grammatica da Lingoa Portuguesa*, Lisboa, Germão Galharde, 1536, fl. 1v.

No *Dialogo em Louvor*, Barros afirma que:

As armas e padrões portugueses postos em Africa, e em Asia, e em tantas mil ilhas fora da repartição das tres partes da terra, materiaes sam, podeão o tempo gastar: pero nã gastará doutrina, costumes, linguáguem, que os portugueses nestas terras deixárem.³

O que é relevante aqui é afirmar a língua, bem como seus meios de difusão, as gramáticas, como instrumentos cujo poder nas relações externas às potências ibéricas eram reconhecidos, particularmente entre os intelectuais, no alvorecer da Idade Moderna.

Nos séculos XVI e XVII, contudo, os gramáticos humanistas compreenderam que o conhecimento da língua no relacionamento entre os diversos povos não seria unilateral. João de Barros afirmou, em 1540, que a língua falada em Portugal possuía não apenas vocábulos herdados dos mouros, mas que já agregava palavras oriundas das Índias orientais, a exemplo das expressões *chatinar* e *lascarim*.⁴

Além disso, era necessário compreender as línguas dos povos que estavam sob administração portuguesa ou que mantinham relações político-comerciais com Portugal. Para atender a essa demanda foram publicadas as primeiras gramáticas que traduziam e ensinavam as línguas de povos que habitavam o território do Império português. Os jesuítas Anchieta e Luiz Figueira publicaram suas gramáticas da língua geral falada no Brasil em 1595 e 1621, respectivamente. A gramática de Luiz Figueira, de que só é conhecido um exemplar da primeira edição, teve segunda edição em 1687.⁵ Em 1659, Giacinto Brusciotto publicou em Roma as regras da gramática do Congo, intitulada *Regulae quaedam pro Congensium idiomatis faciliiori captu ad Grammaticae normam redactae*. Por volta de 1680 foi escrita uma *Arte da Língua de Cafre*, que ensinava o tronco linguístico bantu e os dialetos moçambicanos. O jesuíta Pedro Dias publicou uma *Arte da Língua Angola* em 1697 e outro religioso da mesma Congregação, Lodovico Vincenzo Mamiani, publicou a *Arte de Grammatica da Língua Brasilica da Naçam Kiriri* em 1699.

O objetivo primordial dessas gramáticas, publicadas entre 1595 e 1699, era a conversão ao catolicismo dos povos indígenas que habitavam o litoral e os sertões do Brasil, assim como a evangelização das populações africanas. Portugal assistiu, entretanto, a diminuição dos estudos gramaticais referentes a esses povos ultramarinos no século XVIII, que conheceu apenas uma reedição da gramática de Figueira em 1795. Isso pode ser explicado, em parte, pela perseguição aos religiosos da Companhia de Jesus, culminando

³ João de BARROS, *Grammatica da Língua Portuguesa*, Lisboa, Lodouicum Rotorigiu[m] Typographum, 1540, fl. 58. Maria Leonor Carvalhão BUESCO, *Gramáticos Portugueses do Século XVI*, Lisboa, Instituto de Cultura Portuguesa, M.E.C., Secretaria de Estado da Cultura, 1978.

⁴ BARROS, *op. cit.*, pp. 56 e 57.

⁵ Exemplar que pertenceu à biblioteca do antigo Colégio da Companhia de Jesus no Grão-Pará e hoje está na Biblioteca Nacional, em Lisboa.

na supressão dessa Congregação. Os jesuítas foram os principais autores das gramáticas das línguas indígenas e africanas, bem como os responsáveis pela instrumentalização da língua geral no Brasil⁶, que Pombal, aliás, definira como uma «invenção verdadeiramente abominável e diabólica (...) privando os índios de todos aqueles meios que os podiam civilizar». Ordenou, por isso, a todos os diretores das aldeias indígenas no Brasil para «estabelecer nas suas respectivas povoações o uso da Língua Portuguesa», emprestando particular atenção aos meninos e meninas.⁷

Durante o ministério do Marquês de Pombal (1750- 1777), por isso, a política de divulgação da língua portuguesa cresceu consideravelmente, tanto no Reino quanto no Ultramar. O Diretório pombalino de 3 de maio de 1757, confirmado por D. José a 17 de agosto de 1758, afirmou que

Sempre foi máxima inalteravelmente praticada em todas as nações, que conquistaram novos Domínios, introduzir logo nos Povos conquistados seu próprio idioma (...) e ter mostrado a experiência, que ao mesmo passo, que se introduz neles o uso da Língua do príncipe, que os conquistou, se lhes radica também o afeto, a veneração e a obediência ao mesmo Príncipe.⁸

Os dirigentes metropolitanos, então, compreenderam que o poder político no Ultramar passaria pela linguagem utilizada pelos povos, em territórios tão díspares como América, África e Ásia. Além disso, foi nesse período que ocorreram as definições dos limites entre possessões portuguesas e de outras metrópoles, sendo que na América estas demarcações de fronteiras definiram as relações diplomáticas e militares entre Espanha e Portugal. O elemento identificador desses limites foi exatamente os espaços ocupados por falantes de uma ou outra língua. Esta política de demarcações territoriais resultou, inclusive, na proibição dos índios manterem suas línguas e na imposição da língua portuguesa aos povos do Império ultramarino português. Esta imposição serviu como uma das bases das denúncias pombalinas contra os missionários jesuítas, de não ensinarem português aos indígenas.

Reconhecendo na linguagem uma manifestação do poder dos governos, durante o período pombalino teve início uma política de publicação de gramáticas portuguesas, que logo ganhavam reedições, com o objetivo de instruir as populações ultramarinas nessa língua. A mais significativa destas publicações foi a *Arte de Grammatica da Língua Portuguesa pelo bacharel Antonio José dos Reis Lobato*, na Impressão Régia, em 1770, com segunda tiragem em 1771.

Um Alvará de D. José de 30 de setembro de 1770 instituiu novos procedimentos pedagógicos para assegurar o domínio português no ultramar, num momento que este mesmo império foi arrebataado por dificuldades polí-

⁶ Característica do tronco linguístico tupi-guarani.

⁷ Apud R. H. de ALMEIDA, *O Diretório dos Índios: um projeto de «civilização» no Brasil do século XVIII*, Brasília, UNB, 1997, pp. 3-4.

⁸ ALMEIDA, *O Diretório*, cit.

ticas e econômicas. Estes procedimentos pedagógicos foram fundamentados em duas publicações, na referida *Grammatica Portugueza* de Reis Lobato e no *Catecismo de Montpellier*, feito pelo Bispo Carlos Joaquim Colbert, que foi traduzido pelo Arcebispo de Évora e publicado pela Impressão Régia de Lisboa entre 1770 e 1776, em três volumes. Este catecismo teve exemplares resumidos publicados no Brasil, porque seus três volumes dificultavam uma edição integral pelas nascentes tipografias brasílicas.

A publicação integral das gramáticas portuguesas seria, no entanto, basilar na manutenção do Império e da língua de Portugal no ultramar. O uso dessas gramáticas deveria se estender, para além dos povos indígenas, aos quadros da administração portuguesa ao largo do Império. Segundo o alvará régio

sendo a correcção das linguas nacionaes hum dos objectos mais attendiveis para a cultura dos povos civilizados, por dependerem della a clareza, a energia, e a magestade, com que devem estabelecer as Leis, persuadir a verdade da Religião, e fazer uteis e agradaveis os Escritos. Sendo pelo contrario a barbaridade das linguas a que manifesta a ignorancia das nações.⁹

O alvo principal da publicação foram os jovens, para motivar «a aplicação da mocidade ao estudo da Grammatica da sua própria lingua». Aos professores foi ordenado que «quando em suas classes recebessem os discípulos para lhes ensinar a dita língua, os instruissem primeiro na Grammatica Portugueza». ¹⁰ D. José encerrou o alvará de 1770 deixando explícito os objetivos do mesmo decreto que «he adiantar a cultura da lingua Portugueza nestes meus Reinos, e Dominios, para que nelles possa haver Vassallos uteis ao Estado». ¹¹

Quando em 1759 o Marquês Pombal ordenou a expulsão dos jesuítas do Brasil, não apresentou qualquer posposta para substituir o sistema de ensino dos inacianos no Brasil, à exceção do Diretório que regulamentou a educação dos povos indígenas. Por volta de 1800, contudo, o herdeiro político do Marquês de Pombal, o ministro D. Rodrigo de Sousa Coutinho, deu início a novos institutos educacionais na Bahia, mantendo os objetivos editoriais pombalinos em relação às gramáticas portuguesas. A produção do conhecimento científico no Brasil pelo Estado português, estimulada e observada por Sousa Coutinho, teve por fim «a neutralização do nacionalismo desviando as atenções para um compromisso imperial muito mais vasto». ¹²

Após o fim da Companhia de Jesus, o sistema educacional na Bahia, se

⁹ ALVARÁ de 30 de Setembro de 1770, Lisboa, Impressão Régia, 1770.

¹⁰ Jerônimo Soares BARBOSA, *Grammatica philosophica da lingua portugueza ou principios de grammatica geral applicados à nossa linguagem*, Lisboa, Academia Real de Ciências, 1822, p. XIV.

¹¹ ALVARÁ, cit.

¹² Kenneth MAXWELL, «Ideias Imperiais», in Francisco BETHENCOURT e Kirti CHAUDHURI (eds.), *História da Expansão Portuguesa*, Navarra, Círculo de Leitores, 1998, Vol. 3, pp. 412 e 413.

é que podemos chamá-lo desta maneira, estava desorganizado. Por volta de 1800, assinalou o cronista Luis dos Santos Vilhena, professor da cadeira de língua grega na Bahia, que os professores da Capitania eram pessoas capazes, mas que é «indizível a aversão que nesta cidade há à corporação de professores, gente de nenhuma entidade na Bahia, membros da sociedade para quem se olha com maior indiferença, e displicência suma».¹³

As turbulências napoleônicas que agitaram a Europa nos primeiros anos do século XIX obrigaram o governo português a transferir a administração do Reino e do ultramar de Lisboa para o Rio de Janeiro. As consequências da transferência da Corte para o Brasil são conhecidas da historiografia e para resumir as mudanças ocorridas no Atlântico Sul, de forma alegórica, um poeta afirmou em 1815 que «he Lisboa a Bahia».¹⁴

Não se pode duvidar que a publicação no Brasil da referida gramática em Língua Portuguesa estava na agenda da política do governo joanino. Em cumprimento ao alvará de 1770, a Impressão Régia no Rio de Janeiro publicou, em 1812, uma edição da *Arte de Grammatica da língua portuguesa pelo bacharel Antonio José dos Reis Lobato*. Não se conhece exemplar desse livro, tendo-se notícia apenas pela Gazeta do Rio de Janeiro, de 7 de outubro de 1812. Outro título publicado pela Impressão Régia foi a *Arte de grammatica portugueza, que para o uso dos seus discípulos compoz o padre Ignacio Felizardo Fortes*, impressa em 1816. Desta edição também não se conhece qualquer exemplar em bibliotecas do Brasil ou Portugal.¹⁵

A *Arte da Grammatica* de Antonio dos Reis Lobato teve grande aceitação em Portugal no último quartel do século XVIII e, de acordo com o alvará de D. José, deveria ser a obra difusora da língua portuguesa no ultramar. A gramática de Lobato não foi, contudo, a primeira gramática portuguesa publicada no Brasil. A primazia editorial coube a *Arte da Grammatica portugueza, ordenada em methodo breve, facil e claro, offerecida a Sua Alteza Real o ser.^{mo} sr. D. Antonio, principe da Beira*, publicada na Bahia em 1811. O autor da *Arte da Grammatica* foi o erudito Pedro José de Figueiredo. Inocêncio Francisco da Silva foi um admirador confesso da obra de Figueiredo e do autor «cuja probidade e inteireza passaram como proverbiais a todos os contemporâneos que o viram e conheceram». Figueiredo nasceu em Lisboa a 29 de junho de 1762, filho do cirurgião da Câmara da Rainha Caetano José de Figueiredo e de D. Gertrudes Margarida de Figueiredo. Em Lisboa cursou os estudos de humanidades, aprendendo a gramática latina no Colégio Irlandês de São Patrício, a língua grega com o professor régio José Januario Lombardi, a filosofia e retórica com os professores Agostinho José

¹³ Luís dos Santos VILHENA, *A Bahia no século XVIII (1802)*, Salvador, Editora Itapuã, 1969, Vol. 1 pp. 274 e 278.

¹⁴ Tomas Antonio dos Santos e SILVA, *Braziliada, ou Portugal immune, e salvo; poema epico em doze cantos*, Lisboa, Impressão Régia, 1815, pp. 375 e 387. Pedro José de Figueiredo aparece como um dos subscritores desta obra.

¹⁵ Ana Maria de Almeida CAMARGO, Rubens Borba de MORAES, *Bibliografia da Impressão Régia do Rio de Janeiro*, São Paulo, Edusp/Kosmos Editora, 1993, Vol. 1, pp. 93, 94 e 160.

da Costa de Macedo e Francisco de Sales. Posteriormente, Figueiredo substituiu seus mestres no ensino destas disciplinas no Seminário do Patriarcado estabelecido em Santarém. Especializou-se também em história, filologia e bibliografia luso-brasílica, pretendendo continuar a *Bibliotheca Lusitana* de Diogo Barbosa Machado.

A Academia Real das Sciencias de Lisboa admitiu-o na qualidade de correspondente e o elegeu corretor da sua tipografia, cargo que desempenhou por muito tempo, sendo promovido a substituto de sócio efetivo na classe de Literatura. Foi também empregado pelo governo em algumas comissões literárias, a exemplo da comissão nomeada em setembro de 1820 para a censura dos livros e papéis que houvessem de se imprimir. Apesar da grande aceitação dos seus livros, sofreu nos últimos anos da sua vida muitas privações, aceitando, segundo relata Inocêncio, «liberalidades dos seus amigos para subsistir!» Faleceu a 11 de fevereiro de 1826, na Travessa de S. Francisco de Paula (atual Travessa da Palmeira) e foi sepultado no antigo Convento de Santo Antonio dos Capuchos, em Lisboa.

Inocêncio Francisco da Silva definiu a qualidade da sua obra por «uma crítica judiciosa, um estilo claro e conciso, pureza de linguagem, a que tão deveras se aplicou, bebendo nos nossos clássicos cópia de frases, abundância de vocábulos, propriedade de termos, e todas as belezas de que tanto abunda a nossa linguagem. Se os escritos devem ser estimados pela pureza, correção e elegância, estas prendas brilham nas produções literárias de Figueiredo». Foi Inocêncio quem primeiro catalogou as publicações e os manuscritos legados por Figueiredo, destacando-se *Retratos e Elogios dos Varões e Donas, que ilustraram a nação portuguesa*, publicados em folhetins entre 1806 e 1817, incluindo um retrato do autor, e a *Carta em resposta de certo amigo da cidade de Lisboa, a outro da Villa de Santarem, em que se lançam os fundamentos sobre a verdade ou incerteza da morte d'el-rei D. Sebastião na batalha d'Alcacer-quivir*, publicado em Lisboa pela Oficina de João Evangelista Garcez em 1808.

Figueiredo também traduziu e anotou diversos tomos da *Historia do Brasil* de Alphonso de Beauchamp, publicada em Lisboa por Desiderio Marques Leão, e acrescentou de cinco para seis mil vocábulos ao *Dicionário da Língua Portuguesa* de Antonio Moraes Silva, na terceira edição publicada em 1823, a primeira depois da morte do lexicógrafo.

O primeiro livro que Figueiredo publicou foi a primeira edição da *Arte da Grammatica portugueza*, que saiu em Lisboa no ano de 1799, in-8º, sem o nome do autor no frontispício. A obra foi bem aceita e teve uma segunda edição em 1804, sendo que a Impressão Régia de Lisboa publicou a terceira edição em 1811, já destinada para «uso do Collegio real de Nobres e do Seminario do patriarchado». Também saiu in-8º com 115 páginas e mais quatro sem numeração, contendo o índice ou sumário analítico da obra. Os tipos utilizados para imprimir a terceira edição lisboeta e a edição bahiense são os mesmos, mas há diferença nas armas de Portugal na folha de rosto.

A dedicatória desta gramática foi censurada por Jerônimo Soares

Barbosa, que acusou Pedro José de Figueiredo de querer imitar o gramático quinhentista João de Barros.¹⁶ Figueiredo, não obstante, confrontou tais censuras e preparou-se para publicar novamente a sua obra, aditada e reformada. Seu projeto estava finalizado, mas a morte não lhe permitiu ver a nova publicação. Seu manuscrito reformulado foi vendido por uma herdeira à casa de impressão Bertrand & Filhos por 144 mil réis e publicado em 1837, in-8.º com 160 páginas contendo anotações ilustrativas e refutatórias das censuras feitas contra as edições anteriores. Estas anotações começam na página 115 e seguem até o fim do volume.

A edição bahiense afirmar ser a terceira impressão, «*Mais correta, e accrescentada. Para uso do Real Collegio dos Nobres*». Sendo que a bahiense foi publicada in-8º, mas com 140 páginas e sete sem numeração, contendo o sumário analítico da obra. O frontispício não traz o nome de Pedro José de Figueiredo, que aparece somente ao fim da dedicatória. No fim do frontispício existe a afirmação de que o livro foi impresso «Com as licenças necessárias», enquanto a edição lisboeta só traz «Com licença».

Essa, contudo, não é a principal diferença entre a terceira edição lisboeta e a «terceira impressão» bahiense. Manuel Antonio da Silva Serva, o editor da gramática, incluiu na edição bahiense um capítulo da *Arte da Grammatica* de Antonio dos Reis Lobato, compreendendo as páginas 135 a 140, referentes às figuras da dicção «cujo conhecimento não é menos interessante, que necessário, a mocidade que se applica ao estudo da Arte da Grammatica da língua materna». Por isto o título afirma que a gramática de Figueiredo teve acréscimos, que não foram feitos pelo autor, mas extraídos da obra do bacharel Reis Lobato. Desta maneira, o editor cumpriu, pelo menos em parte, a ordem do alvará 30 de setembro de 1770.

Em 1828 o presbítero secular Luiz Duarte Villela da Silva, amigo de Pedro José de Figueiredo, afirmou que a tipografia de Manuel Antonio da Silva Serva imprimiu a *Arte da Grammatica* sem a autorização do seu autor.¹⁷ Isto caracteriza essa edição como clandestina, como outras feitas por Silva Serva, que não respeitava os privilégios de publicação da Imprensa Régia,

¹⁶ BARBOSA, *Grammatica...* cit., p. 420. Na Academia de Ciências de Lisboa existe um ofício assinado por Pedro José de Figueiredo, no qual elabora severas críticas à gramática que Barbosa apresentara para publicar naquela Academia: «A Grammatica Filosofica da Língua Portuguesa com as Instrucções e Additamentos da respectiva Orthografia não me parece satisfazer em nenhuma maneira ao Programma desta Academia, a que veio dirigida. He por extremo abbreviada, e falta até das couzas mais essenciaes, como por exemplo do Artigo, que nem enumera entre as partes da Oração, nem delle se lembra em parte alguma. Demora-se mais em combater opiniões de Lobato que em dar regras de Grammatica, negando sem fundamento as que elle estabeleceu. De muitas couzas dá ideias falsas, e suas definições são pela maior parte escuras, e pouco exactas. Seu author sem conhecimento, ao que parece, das outras linguas não leu o que nestes ultimos tempos se tem escripto sobre esta materia. Este he o meu voto que sujeito a melhor juizo. Em Lisboa 2 de Março de 1815. Pedro Jose de Figueiredo».

¹⁷ Luiz Duarte Villela da SILVA, *Observações críticas sobre alguns artigos do ensaio estatístico do reino de Portugal e Algarves*, Lisboa, Imprensa Régia, 1828. p. 76.

tanto de Lisboa quanto do Rio de Janeiro.¹⁸

A *Arte da Grammatica* impressa na Bahia em 1811 foi por anos uma «edição fantasma». Os exemplares da *Grammatica* de Figueiredo são tão raros que o principal estudioso da bibliografia luso-brasileira, Inocêncio Francisco da Silva, em 1862, confessou que havia uma edição feita na Bahia «a qual não pude ver». ¹⁹ Não há qualquer exemplar nas bibliotecas baianas ou na Biblioteca Nacional, no Rio de Janeiro com a data de 1811.

O único registro que pude encontrar foi feito pelo Barão Charles de Martens, que publicou no *Guide Diplomatique* uma lista de *Dictonnaries et Grammaires des Langues Modernes*, na qual assinala a existência do livro de «Pedro José de Figueiredo, *Arte da grammatica portugueza*. Bahia, 1811. In-8». ²⁰ A descrição é idêntica à do único exemplar conhecido.²¹

O lexicógrafo oitocentista alemão Severin Vater se referiu a um exemplar publicado na Bahia e datado de 1812: «(de Figueiredo, P. J.), *Arte da grammatica Portugueza*. 8. Bahia, 1812». ²² Na Biblioteca Nacional em Lisboa existem quatro exemplares impressos na Bahia, mas todos datados de 1817, indicando que este livro teve diversas tiragens feitas pela Silva Serva entre os anos de 1811 e 1817. Comparando o exemplar de 1811 e os de 1817 conservados em Lisboa, constata-se que apenas a data foi alterada.

A edição da gramática bahiense em 1811 escapou até mesmo dos atentos olhos do historiador e bibliófilo Renato Berbert de Castro, que organizou em 1968 o primeiro catálogo das obras publicadas pela tipografia de Manuel da Silva Serva. Berbert de Castro somente teve notícia da gramática impressa na Bahia através de uma nota publicada no jornal a *Idade d'Ouro do Brazil* de 22 de abril de 1814.

Sahio á luz a *Arte da Grammatica Portugueza*, ordenada em methodo breve, facil e claro. Terceira impressão mais correcta e accrescentada em 8. 1v.

Vende-se na Loja da Gazeta por 480 em broxura, e encadernado por 640.²³

Segundo Berbert de Castro, «não encontramos nenhum exemplar do

¹⁸ Rubens Borba de MORAES, *Livros e Bibliotecas no Brasil Colonial*, São Paulo, Secretaria da Cultura, Ciência e Tecnologia, 1979, p. 132.

¹⁹ Innocencio Francisco da SILVA, *Diccionario Bibliographico Portuguez*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1862, Vol. 6, pp. 415 a 419.

²⁰ Charles de MARTENS, *Guide Diplomatique, contenant un précis des droits et des devoirs, des ministres publics, agents diplomatiques et consulaires, dans toute l'étendue de leurs fonctions*, Tomo Primeiro, Paris, Heideloff et Campé; Leipzig, F. A. Brockhaus, 1832, p. 453.

²¹ O exemplar está conservado na coleção do autor e foi adquirido num alfarrabista lisboeta. A encadernação é original da época e possui a assinatura à tinta do antigo proprietário, «Matheus Joze Barb.ª e Silva. Porto.» Mateus José Barbosa e Silva (1821-1882), era natural de Viana, descendente de uma família de Mozelos, comerciante, vice-cônsul da França em Viana, presidente da Câmara Municipal de Viana do Castelo, da Associação Comercial de Viana e da Companhia de Viação Vianense, além de ser diretor da Junta das Obras da Barra do Porto de Viana e procurador do conselho de Coura à Junta Geral do Distrito de Viana do Castelo.

²² Johann Severin VATER, *Litteratur der Grammatiken, Lexika und Wörtersammlungen aller sprachen der Erde*, Berlim, Nicolaische Buchhandlung, 1847, p. 293.

²³ *IDADE d'Ouro do Brazil*, Salvador, edição de 22 de abril de 1814.

livro em registro para exame».²⁴ Por conta desta nota no jornal e da falta de um exemplar, o autor pensou que a gramática fora publicada apenas em 1814, com uma segunda tiragem em 1817, da qual existem exemplares na Biblioteca Nacional de Lisboa. Em consequência desta conjectura, Berbert de Castro catalogou o livro junto com os outros publicados pela Silva Serva em 1814. O exemplar de 1811, localizado recentemente, altera a disposição do catálogo organizado, com competência, por Berbert de Castro. A *Grammatica* de Figueiredo aparece, no presente, como a primeira publicação bahiense que conta com mais de 50 páginas, ou seja, o primeiro livro publicado na Capitania da Bahia. A edição de 29 de novembro de 1811 da *Idade d'Ouro do Brasil* afirmou que o *Almanaque para 1812* seria publicado até 20 de dezembro daquele ano.²⁵ O exemplar de 17 de dezembro confirma essa publicação.²⁶ Decerto, o referido *Almanaque* saiu do prelo apenas em fins de dezembro de 1811 e janeiro de 1812 e é bem possível que gramática tenha sido impressa antes desta obra, mantendo ocupado um dos dois prelos da Silva Serva entre maio e novembro de 1811.²⁷

A *Grammatica* de Figueiredo só não pode ser considerada a primeira gramática portuguesa publicada fora de Portugal por conta de ser precedida pela do jesuíta Bento Pereira (1606-1681) que teve prelo na cidade de Londres em 1672. A referida gramática, curiosamente, está inteira em latim e não em língua portuguesa.²⁸

A gramática impressa em Salvador no ano de 1811 não é apenas o primeiro livro publicado na Capitania da Bahia ou a primeira gramática impressa no Brasil. O significado desta publicação é mais abrangente, visto ser a primeira gramática portuguesa impressa por um autor português fora da Europa, no Império Ultramarino.²⁹

²⁴ Renato Berbet de CASTRO, *A primeira imprensa da Bahia e suas publicações: tipografia de Manuel Antonio da Silva Serva (1811-1819)*, Salvador, Imprensa Oficial, 1968, p. 113. Marcello de IPANEMA, Cybelle de IPANEMA, *A Tipografia na Bahia: Documentos sobre suas origens e o empresário Silva Serva*, Rio de Janeiro, Instituto de Comunicação Ipanema, 1977. Esse estudo completa o que foi realizado por Berbert de Castro, mas também não identificara a gramática de 1811.

²⁵ *IDADE d'Ouro do Brasil*, Salvador, edição de 29 de novembro de 1811.

²⁶ *IDADE d'Ouro do Brasil*, Salvador, edição de 17 de dezembro de 1811.

²⁷ *IDADE d'Ouro do Brasil*, Salvador, edição de 10 de janeiro de 1812. Dois livros escritos por José da Silva Lisboa, o Visconde de Cairú, apesar de apresentarem a data de 1811, saíram do prelo da Silva Serva apenas em meados de janeiro e fevereiro de 1812. As *Observações Sobre a Franqueza da Industria e Estabelecimento de Fabricas no Brasil* e as *Observações Sobre a Prosperidade do Estado* foram publicadas em 1810 e 1811, respectivamente, na Impressão Régia do Rio de Janeiro, sendo que essa segunda foi posteriormente publicada na Bahia com 81 páginas.

²⁸ Bento PEREIRA, *Ars Grammaticae pro Lingua Lusitana addiscenda Latino Idiomate proponitur. In hoc libello, velut in quaedam academiola diuisa in quinque classes, instructas subselliis, recto ordine dispertitis, vt ab omnibus tum domesticis, tum exteris frequentari possint. Ad finem ponitur Orthographia, ars rectè scribendi, vt sicut prior docet rectè loqui, ita posterior doceat rectè scribere linguam Lusitanam...* / authore P. Doct. Benedicto Pereira, Londres, Laurentii Anisson, 1672.

²⁹ Segundo a Bibliotheca Marsdeniana, há uma gramática em língua portuguesa utilizada por missionários protestantes dinamarqueses para converter, à sua confissão, descendentes de portugueses que ainda habitavam a costa de Coromandel em meados do século XVIII. Nicolau

Augusto Alves Sacramento Blake afirmou que o Padre Manoel Dendê Bus publicara uma *Nova Grammatica Portugueza, Dedicada à Felicidade e Augmento da Nação Portugueza* pela Impressão Régia no Rio de Janeiro em 1810, mas não existe qualquer outro registro dessa publicação, que parece ter sido resultado de uma confusão feita pelo autor do *Dicionário Bibliográfico Brasileiro*. Ele próprio afirma que «houve outra edição feita em Liverpool». Isso confirma que o bibliógrafo baiano não tivera algum exem

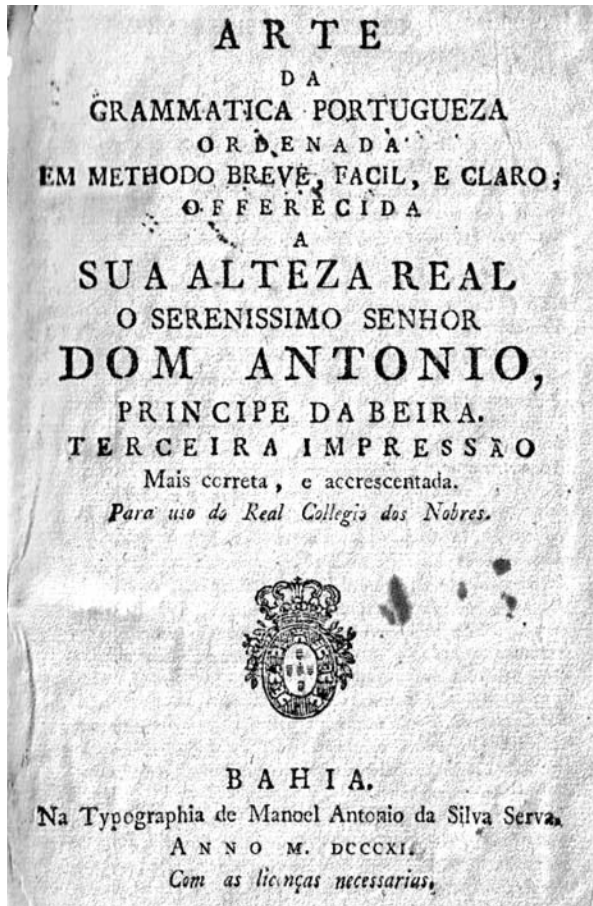


FIGURA 1:

Reprodução do frontispício da *Arte da Grammatica Portugueza*, existente na Coleção do Autor.

DAL, *Primeira Parte da Grammatica Portugueza para uso da Escola Portugueza do Trangambar*, Trangambar, Officina da Real Missão de Dinamarca, 1725. A Segunda Parte data do ano seguinte. A Terceira Parte de 1731 e a Quarta de 1732. William MARSDEN, *Bibliotheca Marsdeniana Philologica et Orientalis: A catalogue of books and manuscripts*, Londres, J. L. Cox, 1827, p. 228. Não localizei exemplar algum dessa gramática e, por isso, não pude examiná-la ou, mesmo, confirmar sua existência impressa ou manuscrita.

plar, pois que a edição de 1812 é de uma *Nova Grammatica Ingleza e Portuguesa; dedicada á felicidade e augmento da Nação Portuguesa. Selecta dos melhores authores*, Liverpool, G.F. Harris's Widow and Brothers, com 243 páginas. Tanto Alfredo do Valle Cabral, nos *Annaes da Imprensa Nacional do Rio De Janeiro de 1808-1822*, quanto Rubens de Borba Moraes, na *Bibliografia da Impressão Régia*, não reconhecem a existência dessa *Nova Grammatica Portuguesa* de 1810. Freitas, de fato, publicara no Rio de Janeiro um *Compendio da Grammatica Ingleza e Portuguesa*, mas em 1820.³⁰ Isso confirma a primazia tipográfica da *Arte da Grammatica* de Figueiredo no Brasil.

Pedro José de Figueiredo definiu a gramática como a «Arte de fallar, e escrever bem, ou correctamente». Esta arte consiste em «ensinar os preceitos para bem ordenar a oração».³¹ Os gramáticos do segundo período filológico, no século XVIII, são divergentes quanto à classificação das *partes orationes* ou classes de palavras. Esta classificação das palavras que remonta aos filósofos gregos, sendo melhor sistematizada pelos gramáticos greco-latinos, representa um dos mais relevantes núcleos de conteúdo das gramáticas, bem como um dos seus mais importantes fatores de estruturação formal. Os autores mais representativos deste segundo período foram Jerônimo Contador de Argote, Antonio dos Reis Lobato, Joaquim Casimiro, Pedro José da Fonseca e Pedro José de Figueiredo. Contador de Argote considera oito classes de palavras «nome, pronome, verbo, particípio, advérbio, preposição, conjunção e interjeição»,³² seguindo uma tradição latina que não considera o artigo, porque o artigo não existe no latim.³³

A classificação de palavras proposta por Reis Lobato, Joaquim Casimiro e Pedro José da Fonseca acrescenta o artigo às oito partes da oração já referidas, assentadas na tradição greco-latina. Não consideram, contudo, o artigo como uma classe verdadeiramente autônoma: «é uma palavra que por si só não significa coisa alguma completamente»³⁴ ou, segundo Fonseca, «o qual nada significa por si mesmo».³⁵

³⁰ Augusto Vitorino Sacramento BLAKE, *Dicionário Bibliografico Brasileiro*, Rio de Janeiro, Typ. Nacional, 1883, Vol. 6, pp. 58 e 59. Blake aponta a existência da *Nova Grammatica portugueza, dedicada á felicidade e augmento da Nação Portuguesa, Selecta dos melhores authores*, In 4º, Rio de Janeiro, Impressão Régia, 1810, atribuída ao Cônego Manoel Dendê Bus (psud. de Manuel José de Freitas, 1784-1836).

³¹ Pedro José de FIGUEIREDO, *A Arte da Grammatica Portuguesa ordenada em methodo breve, fácil, e claro*, Bahia, Na Typographia de Manoel Antonio da Silva Serva, 1811, pp. 5 e 6.

³² Jerônimo Contador de ARGOTE, *Regras da lingua portugueza, espelho da lingua latina, ou Disposiçam para facilitar o ensino da lingua latina pelas regras da portugueza*, Lisboa Occidental, Off. de Mathias Pereyra da Sylva e João Antunes Pedrozo, 1721, p. 2.

³³ Carlos ASSUNÇÃO, «As classes de palavras: dos primórdios a Cunha & Cintra», in *SEHL 2001: Estudios de historiografia lingüística: actas del III Congreso Internacional de la sociedad española de historiografia Lingüística Vigo, 7-10 de febrero de 2001*, Buske Verlag, 2001, Tomo I, pp. 16, 18 e 19.

³⁴ António José dos Reis LOBATO, *Arte da grammatica da lingua portugueza*, Lisboa, Na Regia Officina Tip., 1770, p. 8.

³⁵ Pedro José da FONSECA, *Rudimentos da gramática portuguesa*, Lisboa, Na Off. de Simão Thaddeo Ferreira, 1799, p. 6.

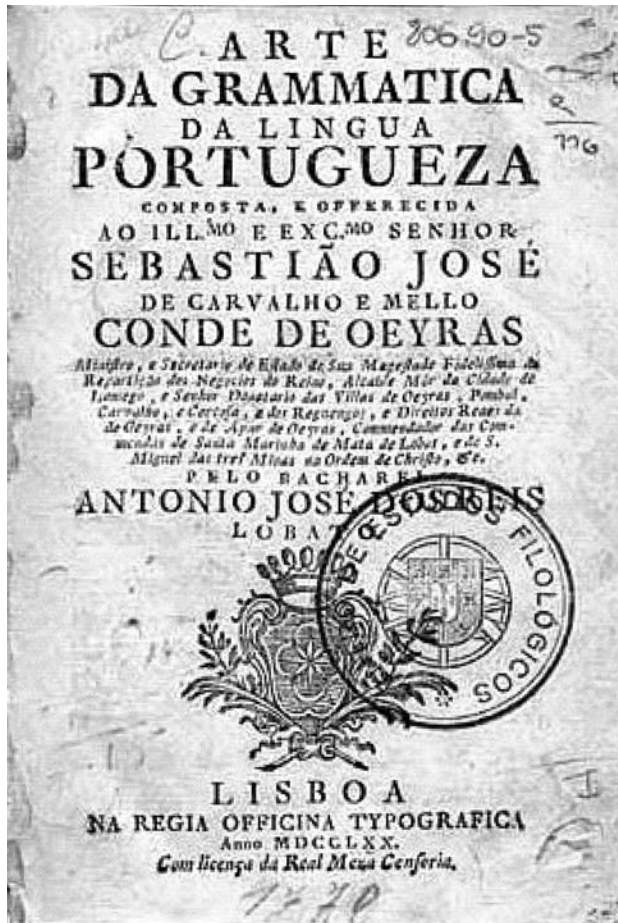


FIGURA 2: Reprodução do frontispício da *Arte da Grammatica Portugueza* de António dos Reis Lobato, existente no Centro de Linguística da Universidade de Lisboa.

A *Grammatica* de Figueiredo fez jus ao seu título, utilizando um «método breve e fácil». Figueiredo simplificou o ensino da gramática reduzindo as categorias de classes de palavras contidas nas gramáticas precedentes. Os autores do primeiro período filológico da língua portuguesa no século XVI, a exemplo de João de Barros, seguindo a gramática espanhola de Nebrija (1492), relacionam nove classes de palavras: nome, pronome, artigo, verbo, particípio, preposição, advérbio, conjunção e interjeição. Estes autores dividem as nove classes de palavras em dois grandes grupos: as declináveis (artigo, nome, pronome, verbo e particípio) e as indeclináveis (preposição, advérbio, conjunção e interjeição) pelo fato de as primeiras variarem a terminação e as segundas conservarem-na sempre invariável.³⁶

³⁶ ASSUNÇÃO, *op. cit.*, p. 18; LOBATO, *Arte da grammatica*, p. 7.

Em oposição às gramáticas que a precederam, que seguem a tradição greco-latina na classificação das *partes orationis*, a *Arte da Grammatica* de Pedro José de Figueiredo identifica quatro partes da oração (artigo, nome, verbo e partícula)³⁷ e aproxima-se mais dos gramáticos que, de acordo com uma concepção racionalista da língua, distinguem apenas três partes da oração (nome, verbo e partícula), seguindo a tradição aristotélica e a *Minerva de Brocense* (1587), «mas apresentando uma atitude crítica e até mesmo distanciadora da tradição».³⁸ Os critérios utilizados por estes gramáticos nas definições das diferentes classes de palavras são morfológicos, sintáticos e semânticos.

A simplificação proposta por Figueiredo rompeu com dois séculos de ensino da gramática portuguesa na Bahia. O método gramatical utilizado pela Companhia de Jesus naquela Capitania, desde 1549, era pautado na classificação de *octo orationibus partibus* e continuou assim após a fundação do Seminário de Belém de Cachoeira pelo jesuíta Alexandre de Gusmão em 1687, visto que a obra fundadora deste seminário afirma existir «oito partes da oração». Antonio Vieira também distinguia as oito partes da oração.³⁹

O quadro abaixo apresenta uma visão sinóptica da divisão das classes de palavras nos gramáticos portugueses do século XVIII:

	<i>Regras da Lingua Portugueza (1721) de Contador Argote</i>	<i>Arte da Grammatica da Lingua Portugueza (1770) de Reis Lobato</i>	<i>Methodo Grammatical Resumido da Lingua Portu- gueza (1792) de Joaquim Casimiro</i>	<i>Rudimentos da Grammatica Portugueza (1799) de Pedro José da Fonseca</i>	<i>Arte da Grammatica Portugueza (1799) de Pedro José de Figueiredo</i>
artigo		+	+	+	+
nome	+	+	+	+	+
pronome	+	+	+	+	
verbo	+	+	+	+	+
particípio	+	+	+	+	
advérbio	+	+	+	+	
preposição	+	+	+	+	
conjunção	+	+	+	+	
interjeição	+	+	+	+	
partícula					+
TOTAL	8	9	9	9	4

FONTE: Carlos Assunção, «As classes de palavras: dos primórdios a Cunha & Cintra», in *SEHL 2001: Estudios de historiografía lingüística: actas del III Congreso Internacional de la sociedad española de historiografía Lingüística Vigo, 7-10 de febrero de 2001*, Tomo I, p. 19.

³⁷ FIGUEIREDO, *A Arte da Grammatica Portugueza*, pp. 5 e 6.

³⁸ ASSUNÇÃO, *op. cit.*, p. 19.

³⁹ Alexandre de GUSMÃO, *Escola de Bethlem, Jesvs Nascido no Presepio*, Évora, Officina da Universidade, 1678. p. 37. Antonio VIEIRA, «Dialogus de octo orationibus partibus», in *Voz sagrada, política, rhetorica, e metrica ou supplemento ás Vozes saudosas da eloquência, do espírito*, Lisboa, Francisco Luiz Ameno, 1748, pp. 33-50.

Pela simplificação na estrutura da língua portuguesa, a *Arte da Grammatica* de Figueiredo era a mais adequada para divulgar o idioma português ao largo do Império Ultramarino. Isto pode ter sido considerado por Manuel Antonio da Silva Serva quando resolveu imprimir esta gramática e não suas congêneres mais complexas e mais volumosas.

Silva Serva deve ter considerado também que sua nascente tipografia em 1811, com apenas dois prelos, não comportaria a publicação de um livro com mais de 250 páginas, o que poderia comprometer outras publicações menores e mais lucrativas para o empresário. A *Grammatica* era um livro caro, custando entre 480 e 640 réis. Os demais panfletos custavam entre 160 e 200 réis. O mais caro viria a ser o *Almanaque para 1812*, custando 1000 réis. A *Arte da Grammatica* de Reis Lobato, por exemplo, teve 31 páginas de introdução e mais 229 numeradas, totalizando 260 páginas; se comparada à de Figueiredo, consumiria o dobro do tempo e de material para ser impressa.

A fundação da tipografia de Manuel Antonio da Silva Serva teve por missão a divulgação na Bahia das idéias que circulavam nas principais cidades européias. O próprio tipógrafo queixava-se de que

padece o Brazil, e particularmente esta Capital a mais absoluta falta de meios para entrarmos em relação de idéias com os escritores da Europa, e para se nos patentearmos os tesouros do saber espalhados nas suas obras, sem as quais nem se poderam conservar as ideias adquirias, e muito menos promovelas a benefício da sociedade.⁴⁰

A impressão de uma *Arte da Grammatica*, que simplificou o ensino da língua, pode ser compreendida no contexto desta proposta de difusão do conhecimento. Havia, contudo, interesses políticos definidos desde que fora instituído o diretório de 3 de maio de 1757. José Luiz Fiorin afirmou que «o esforço lusitanizante da política pombalina foi, de certa forma, coroado de êxito. As diferentes línguas faladas no Brasil foram silenciadas e o português tornou-se a língua mais falada e a única a ter o estatuto de língua oficial».⁴¹

Na passagem do século XVIII para o XIX o português já era a língua oficial das principais cidades do Brasil. Língua oficial não deve ser entendida como língua hegemônica. Na Bahia e no Rio de Janeiro, por exemplo, ao contrário do que afirmou Fiorin, o português ainda dividia espaço com outros falares africanos, árabes e indígenas, dependendo da região. A publicação de gramáticas portuguesas objetivava, portanto, alterar o equilíbrio entre as diversas linguagens usuais no Brasil, buscando a hegemonia da língua e da cultura portuguesa. O Conde dos Arcos, em correspondência ao Ministério do Reino, a 18 de outubro de 1810, solicitou a licença para a

⁴⁰ PLANO para o estabelecimento de huma bibliotheca publica na Cidade de S. Salvador Bahia de Todos os Santos, offerecido à aprovação do Illustrissimo e Excelentissimo Senhor Conde dos Arcos, Governador, e Capitão General desta Capitania, Bahia, Silva Serva, 1811, fl. 1.

⁴¹ José Luiz FIORIN, «A lusofonia como espaço linguístico», in Neusa Barbosa BASTOS (org.), *Língua portuguesa: reflexões lusófonas*, São Paulo, PUC, 2006, p. 27.

instalação da Tipografia de Silva Serva alegando que esse era o «caminho seguro de fazer florescentes os impérios».⁴²

A preocupação do Estado português não se restringia apenas à diversificação linguística do Império, mas se estendia à concorrência contra outras línguas européias, especialmente a francesa. Essa era, aliás, a favorita dos intelectuais e até mesmo dos militares que se rebelaram contra o governo português no Brasil. Observando-se os *Autos da Devassa da Conspiração dos Alfaiates* em 1798 nota-se que nenhuma gramática portuguesa foi apreendida entre os bens sequestrados nas residências dos insurretos. Gramáticas e dicionários franceses eram mais comuns nos círculos inconfidentes do que as gramáticas portuguesas. Do espólio apreendido a Cipriano José Barata mais da metade dos livros era de origem francesa. Dos livros apreendidos ao Tenente Hermogenes Francisco de Aguillar, um terço estava publicado em francês, incluindo uma gramática francesa.⁴³ O militar ainda possuía, não obstante, um exemplar da *Orthographia da lingua portugueza* de Luís Caetano de Lima, editado em 1736, mas no qual seu francófilo autor mostra-se admirador de René Descartes e afirmou seguir «o exemplo dos Grammaticos italianos, e francezes, que são os que mais se empregaram em procurar a pureza das suas línguas».⁴⁴

A penetração da língua francesa nos círculos intelectuais se refletia na composição da Biblioteca Pública da Bahia, inaugurada em agosto de 1811, mas que contava, por volta de 1835, com 7821 volumes, dos quais 4273 eram em língua francesa, 1395 em latim, 1185 em português, 550 em inglês e 388 em espanhol e italiano.⁴⁵ Apenas 15% dos volumes da referida Biblioteca estavam em língua portuguesa.

Assim, a publicação das gramáticas na Bahia e no Rio de Janeiro, após a liberação da imprensa no Brasil, atendeu a uma demanda política da época. Na Bahia, contando-se pelo menos três tiragens feitas da *Grammatica* de Figueiredo pela Silva Serva, (1811, 1812 e 1817) deduz-se que este livro foi bem aceito e divulgado, ainda no período anterior à independência. A única mudança que ocorreu entre a tiragem de 1811 e 1817 foi a alteração na data de impressão no frontispício. Não localizei nenhum exemplar da tiragem de 1812, mas tudo indica que também teve apenas a data de publicação alterada pelo impressor. Em um exemplar da Idade d'Ouro do Brasil, datado de 28 de agosto de 1812, aparece um lote de gramáticas portuguesas postas à venda

⁴² Arquivo Nacional do Rio de Janeiro, Seq. Min., Correspondência da Bahia para o Ministério do Reino, IJJ 319, documento 145/176.

⁴³ *AUTOS da Devassa da Conspiração dos Alfaiates*, Salvador, Arquivo Público do Estado da Bahia, 1998, Vol. 2, p. 1233, 1234 e 1245.

⁴⁴ Luís Caetano de LIMA, *Orthographia da lingua portugueza*, Lisboa Occidental, Off. Antonio Isidoro, 1736, p. XII.

⁴⁵ Inácio Accioli Cerqueira e SILVA, *Memórias Históricas e Políticas da Província da Bahia*, Salvador, 1835, vol. I, p. 310.

pelo preço de 640 réis.⁴⁶ A *Grammatica* de Figueiredo foi, ao lado do poema *Affectos do Amor Fino a Deus*,⁴⁷ o primeiro *best-seller* brasílico por conta de possuir três tiragens em seis anos.

Esta afirmação levanta outra questão: Por que não existe um único exemplar nas bibliotecas públicas brasileiras de uma gramática que tivera, pelo menos, três tiragens? Há uma explicação para a atual raridade das gramáticas que serviram para a educação elementar. A gramática portuguesa era utilizada pela primeira das sete classes escolares e seu manuseio era feito principalmente pelas crianças; isto deve ter feito com que muitos exemplares fossem perdidos, acidentalmente ou propositalmente. A inexistência das edições brasílicas das gramáticas portuguesas, mesmo nas melhores bibliotecas, talvez signifique que seu uso fosse tão corriqueiro que ninguém se preocupou em conservá-los. Isto, não obstante, também significa que o livro serviu ao seu objetivo primordial: o ensino da língua portuguesa.

A *Grammatica* de Figueiredo foi o principal instrumento de divulgação e ensino da língua portuguesa na Bahia nas primeiras décadas do século XIX, visto ter sido publicada três tiragens, que deveriam ser utilizadas pelos jovens estudantes. Não há qualquer notícia de que a gramática de Antonio dos Reis Lobato tivesse sido integralmente impressa na Bahia e sua aquisição em Lisboa não deve ter sido facilitada devido ao conturbado processo das guerras napoleônicas e da guerra de independência na Bahia. Difícil precisar em que período a obra de Figueiredo foi substituída pelas suas congêneres, mas certamente já estava em desuso quando foi publicada na Bahia, em 1860, a *Grammatica da Lingua Portuguesa* de Abílio Cezar Borges, Barão de Macaúbas, que dominou o espaço linguístico nas salas de aulas da província da Bahia.⁴⁸

⁴⁶ *IDADE d'Ouro do Brazil*, Salvador, edição de 28 de agosto de 1812. Esse anúncio não apresenta o asterisco com que Silva Serva assinalava as publicações feitas pela sua tipografia, mas é possível que a obra de Figueiredo estivesse no meio de suas congêneres nessa oferta, visto que o preço de 640 réis é o mesmo que aparece no anúncio de 22 de abril de 1814.

⁴⁷ Outro impresso da Tipografia Silva Serva, do qual não se conhece um exemplar em qualquer biblioteca, apesar das três tiragens entre 1812 e 1813. Seu autor era o José Cortez SOLPOSTO, que publicou também *Flores celestes colhidas entre os espinhos da sagrada coroa da augusta, veneravel, e soberana cabeça do divino, e immortal rei dos seculos, Jesu Christo, deos e homem verdadeiro: Tecidas em cinco ramalhetes em honra, e louvor das cinco preciosissimas chagas de Nosso adoravel e amoroso Redemptor e Salvador, por Jose Cortez Solposto, bahiense*, Lisboa, Na. Of. de Simao Thaddeo Ferreira, 1807. Do autor sabe-se que era conhecido pela alcunha de Cigano da Bahia.

⁴⁸ BLAKE... cit., Vol. 1, p. 4. Não pude encontrar nenhum exemplar desta gramática de Abílio Cesar Borges. Na Biblioteca Nacional de Lisboa pude ver deste autor um *Resumo da gramática portuguesa para uso das escolas* Bruxellas: Typ. E. Guyot, 1877, na 6.^a edição. Para ter uma noção da ampla circulação da *Grammatica* de Abílio nas escolas da Bahia existem diversos ofícios remetendo-as em grande número de exemplares para diversos estabelecimentos de ensino. Arquivo Público do Estado da Bahia. Seção Colonial/Provincial. Instrução Pública, Maços 6580; 6581 e 6582.

O projeto político de manter o território português na América setentrional ruiu com a consolidação da Independência em 1822. O propósito pedagógico das gramáticas portuguesas, instituído pelo Alvará de 30 de setembro de 1770, teve êxito na medida em que serviu como instrumento para a consolidação da língua portuguesa no Brasil, que hoje é majoritariamente falada pela população brasileira e, por isso, uma das línguas mais faladas no mundo. Assim, as páginas da *Grammatica* publicada por Manuel Antonio da Silva Serva tiveram o mérito de ser, para usar uma expressão do tipógrafo, «deste novo império os primeiros orvalhos reanimadores das Sciencias, e Artes amortecidas».⁴⁹

⁴⁹ Manuel Antonio da Silva SERVA, *Prospecto da Gazeta da Bahia*, fl. 1, fac-símile, publicado em CASTRO... cit.

UM POUCO DE HISTORIOGRAFIA: A REPRESENTAÇÃO DO PASSADO COLONIAL BRASILEIRO A PARTIR DA INDEPENDÊNCIA

por

TEREZA CRISTINA KIRSCHNER *

O tema deste ensaio é de natureza historiográfica. Seu objetivo é tecer algumas considerações sobre a repercussão do discurso elaborado pelas elites promotoras da independência política, em 1822, na historiografia brasileira. Orientou o trabalho a hipótese de que boa parte da historiografia reproduziu acriticamente esse discurso e incorporou-o como um fato histórico de valor explicativo não apenas para a independência como para o passado colonial. O ensaio propõe-se a examinar, ainda que sumariamente, esse processo de construção historiográfica.¹

O interesse por essa questão surgiu durante a realização de uma pesquisa sobre a trajetória do luso-brasileiro José da Silva Lisboa, funcionário da Coroa portuguesa, jurista e homem de letras, ao longo do período 1780-1835.² Causou surpresa o trecho de uma carta de Lisboa dirigida

* Universidade de Brasília.

¹ A historiografia sobre o período da independência, ainda escassa, recentemente tem sido objeto de interesse de alguns pesquisadores. Com base em diferentes pressupostos, destacam-se os estudos de Maria Cecília Salles de Oliveira. O Museu Paulista da USP e a memória da independência. *Cadernos CEDES*. Campinas, v. 22, n.º 58, dez. 2002 e Política e memória histórica: Gonçalves ledo e a questão da independência, in Maria Stella BRESCIANI *et alii* (org.), *Jogos da política. Imagens, representações e práticas*, São Paulo: ANPUH/Marco Zero/Fapesp, s/d; Valdei Lopes de ARAÚJO, *A experiência do tempo. Conceitos e narrativas na formação nacional brasileira*, São Paulo: Hucitec, 2008 e João Paulo G. PIMENTA e Valdei Lopes de ARAÚJO, «História», in *Ler História*, Lisboa, n.º 55, 2008 e João Paulo G. PIMENTA, «Espacios de experiencia y narrativa historiográfica em El nacimiento del Brasil Independiente», in *Brasil y las independencias de Hispanoamérica*, Castellón, 2007.

² Tereza Cristina KIRSCHNER, *Itinerários de um ilustrado luso-brasileiro. José da Silva Lisboa*, São Paulo: Alameda, 2009. Após ter se diplomado em Leis e Filosofia na Universidade de Coimbra em 1779, Silva Lisboa retornou à colônia, onde iniciou sua carreira administrativa e nela destacou-se pela competência, erudição e, especialmente, pela lealdade à Coroa. Na capitania da Bahia, o luso-brasileiro exerceu os cargos de ouvidor, professor régio e deputado da Mesa da Inspeção da Agricultura e do Comércio. Em 1808, a convite do príncipe regente, transferiu-se para o Rio de Janeiro, onde foi nomeado diretor e censor da Imprensa Régia e depu-

a Domingos Vandelli, seu antigo professor da Universidade de Coimbra, porque contraria uma interpretação comum a vários historiadores do período colonial brasileiro.

Nessa carta, escrita em 1781, pouco tempo após o seu retorno ao Brasil, Silva Lisboa atendia à solicitação do professor para que enviasse informações sobre a Bahia. A longa missiva é rica em informações não apenas sobre a agricultura, o comércio e os recursos naturais da capitania, mas também sobre o governo local e os costumes de seus habitantes.³ Nela não se encontra qualquer queixa sobre a condição colonial. Parece que 'ser colônia' era um fato aceito com naturalidade pelo bacharel ou, pelo menos, não lhe causava inquietação. Tanto assim, que ele referiu-se ao Brasil como uma colônia favorecida pela metrópole.

Em geral, colônias mais favorecidas pela metrópole não são fáceis de achar como a nossa. A nossa agricultura não é oprimida com impostos. O subsídio literário imposto sobre as aguardentes e as carnes não danifica os povos; assim, se o seu objeto fosse mais exatamente cumprido.⁴

Essa visão de Silva Lisboa sobre a colônia não impediu que ele criticasse, na mesma carta, vários aspectos da sociedade colonial, como a má administração, a desorganização dos regimentos e a precária defesa da capitania. Ao concluí-la, afirmou: «Sobre a constituição do governo público algumas reflexões se me oferecem: mas a moderação não permite dizer todas.»⁵

Poder-se-ia argumentar que a um jovem bacharel, cujo pensamento estava voltado para uma carreira na administração régia, não interessava um confronto com a monarquia. Contudo, a pesquisa realizada sobre a Bahia no final do século XVIII, onde Silva Lisboa exerceu os cargos de ouvidor e professor régio, sugere que sua opinião sobre a colônia não era destoante na época. Embora os conflitos sociais fossem freqüentes na capitania, o que se depreende da vasta documentação existente é que a condição colonial não era, em princípio, questionada pelos seus habitantes.⁶

tado da Real Junta do Comércio, Fábricas e Navegação, órgãos criados naquele mesmo ano. Durante o período da independência, Silva Lisboa atuou vigorosamente na imprensa, participou da Assembléia Constituinte em 1823 e, posteriormente, foi senador do Império do Brasil de 1826 a 1835, quando faleceu. Em 1824 recebeu de D. Pedro I o título de barão, e o de visconde de Cairu, em 1826. Ao longo de sua vida, o funcionário produziu uma quantidade significativa de escritos de mais diversa natureza.

³ A carta, datada de 18 de outubro de 1781, encontra-se no Arquivo Histórico Ultramarino de Lisboa. Documentos avulsos da Bahia, cx. 57, doc. 10907. Foi publicada em E. Vilhena de MORAIS, *Perfil de Cayru*, Rio de Janeiro: Arquivo Nacional, 1958, pp. 97-110.

⁴ *Carta de José da Silva Lisboa a Domingos Vandelli*. E. Vilhena de MORAIS, «Perfil de Cayru», *op.cit.*, p.110.

⁵ *Ibidem*, p. 110.

⁶ A tentativa de sedição ocorrida na Bahia em 1798, denominada na historiografia «revolução baiana» ou «revolução dos alfaiates», insere-se em um contexto particular de tensões que mobilizaram diferentes setores da sociedade baiana contra a alta de preços, atrasos nos

Dentre os vários conflitos que assolavam a Bahia, muitos envolviam funcionários da Coroa e a população local, que se queixava da má administração em diferentes esferas da sociedade. Havia, sem dúvida, arbitrariedade, prepotência e prática de clientelismo por parte do funcionalismo, mas, no final do século XVIII, havia, também, funcionários formados em uma nova mentalidade jurídica que se empenhavam em fazer cumprir as leis régias.⁷ E, nesses casos, a aplicação da lei, muitas vezes, era interpretada como perseguição à população local e motivo de conflitos. Alguns deles davam margem ao surgimento de motins organizados pelos grupos que se sentiam diretamente prejudicados por alguma medida, mas grande parte resultou em encaminhamentos de representações e requerimentos formais ao soberano contendo suas queixas.

As injustiças das quais a população se sentia vítima eram atribuídas à má atuação dos funcionários locais, pois se acreditava que o monarca não tinha conhecimento da situação dos seus vassalos nos longínquos domínios da América e era a ele que diferentes grupos sociais da colônia recorriam quando enfrentavam algum problema de difícil solução pelos meios habituais, ou quando queriam fazer um pedido. Por meio das representações, os vassalos se faziam ouvir pelo monarca distante. Não eram raros os casos em que as queixas dos habitantes da colônia eram atendidas pelo soberano.

Diante de conflitos coloniais, a Coroa procurava acomodar os distintos interesses conforme a tradição da prevalência do bem comum da sociedade e do equilíbrio entre a punição e a graça. Até o final do período colonial, os acordos entre a metrópole e os vassalos da colônia ocorriam em um contexto marcado pelos valores tradicionais do Antigo Regime português.⁸ De maneira geral, a Coroa procurava evitar atritos com seus vassalos da América. Assim, no final do século XVIII, as novas diretrizes em matéria de direito, que pre-

pagamentos de salários de funcionários e regulamentação dos preços dos produtos de exportação em um período no qual eles estavam em alta e o contrabando tornara-se mais ativo. As reivindicações variavam conforme os grupos envolvidos, e as liberdades reivindicadas não apenas possuíam significados diferentes, como, se alcançadas, afetariam os distintos grupos de maneira distinta.

⁷ Os funcionários egressos da Universidade de Coimbra após a reforma de 1772 formaram-se na nova diretriz em matéria de direito concretizada na lei da Boa Razão, de 1769, a qual previa o rigoroso cumprimento das leis.

⁸ A expressão Antigo Regime, difundida após a Revolução Francesa e hoje de uso corrente entre os historiadores da época moderna, ainda carece de uma conceituação rigorosa. Até mesmo por que designa sociedades nas quais predomina enorme diversidade, possibilitando, assim, diferentes recortes para sua conceituação. Aqui o termo Antigo Regime refere-se à organização do poder e às práticas sociais dominantes na sociedade portuguesa do século XVII até a eclosão do movimento constitucionalista, em 1820. É importante destacar que, no caso de Portugal, o período apresenta tanto mudanças significativas – como no reinado de D. João V e, especialmente, no de D. José I –, quanto permanências estruturais e, ainda, especificidades nos diferentes domínios do império. No que se refere às particularidades institucionais existentes nos domínios portugueses ver Antonio Manuel HESPANHA, «Os modelos institucionais da colonização portuguesa e as suas tradições na cultura jurídica europeia», in *A união ibérica e o mundo atlântico*, Lisboa: Colibri, 1997, pp. 65-71.

viam o escrupuloso cumprimento da lei, podiam chocar-se com o paternalismo do monarca. No caso de conflitos entre funcionários ilustrados e a população local em virtude da exigência de cumprimento das leis, não era raro o atendimento às queixas dos vassalos. Mas, ao mesmo tempo, a Coroa reconhecia os méritos dos funcionários, promovendo-os na carreira. A conciliação parecia ser a melhor solução.

Um caso exemplar ocorreu na Bahia, no final do século XVIII. D. João solicitara ao ouvidor da comarca de Ilhéus, o luso-brasileiro Balthazar da Silva Lisboa, a preparação de um plano para a conservação das matas, com o objetivo de preservar as madeiras de lei para a construção de navios. O plano foi elaborado e aprovado pelo príncipe em 1799. As novas regras, entretanto, provocaram a reação de alguns habitantes da comarca. Eles alegaram que elas feriam interesses relacionados ao bem comum da comunidade.

Os reclamantes eram produtores de cana de açúcar que necessitavam de madeira para os fornos, pequenos construtores de barcos e pequenos produtores de mandioca, os principais destruidores das matas. Eles enviaram representações para o reino e, embora o plano já houvesse sido aprovado, o príncipe anulou a decisão anterior com a justificativa de que, tal como fora elaborado, o plano feria os interesses de seus fiéis vassalos da América.⁹

Embora a pesquisa mencionada inicialmente tenha se restringido à capitania da Bahia, outros estudos também sugerem que no período anterior à independência, o binômio metrópole/colônia não tinha a conotação de uma relação tensa na qual a colônia era dominada por uma metrópole «despótica» e que a emancipação política era uma aspiração generalizada entre os colonos, conquanto ainda não percebida com clareza.

A observação de Stuart Schwartz sobre a Bahia no período anterior às reformas pombalinas parece ser válida para todo o período colonial. «Mesmo em épocas de crise ou de revolta, eram raras as ameaças à soberania real e as reclamações dos moradores da colônia eram sempre dirigidas contra homens ou leis específicas e não contra os princípios do governo real».¹⁰

Os resultados das pesquisas de Russell-Wood seguem a mesma linha interpretativa.

Quaisquer que sejam as vicissitudes que freqüentemente caracterizavam o conturbado relacionamento entre portugueses e brasileiros, entre metrópole e colônia, entre centro e periferia, os brasileiros eram inabaláveis em sua lealdade para com a Coroa. Petições de colonos eram freqüentemente expressas em uma linguagem que considerava o rei um parente fictício. O que os colonos almejavam com tais solicitações era o reconhecimento do seu real valor, de seus serviços e sacrifícios, e tais pedidos eram feitos e concedidos em um con-

⁹ Tereza Cristina KIRSCHNER, «Tradição e reformismo. A justiça no ultramar português», *Penélope*, Lisboa, n.º 30-31, 2004, pp. 75-91.

¹⁰ Stuart SCHWARTZ, «Sovereignty and society in colonial Brazil. The High Court of Bahia and its judges. 1609-1751», Berkeley: University of California Press, 1973. Tradução portuguesa: *Burocracia e sociedade no Brasil colonial*, São Paulo: Perspectiva, 1979, pp. 293-294.

texto altamente pessoal da relação vassalo-soberano. [...] a história do Brasil colonial fornece numerosos exemplos de como os colonos foram capazes de exercer suficiente pressão sobre as autoridades metropolitanas no sentido de evitar ou modificar totalmente as políticas propostas, de atrasar a implementação de ações prescritas, ou de negociar um acordo menos ofensivo aos interesses coloniais.¹¹

E ainda:

[...] os decretos reais por vezes refletiam acordos negociados em que a participação dos colonos havia sido importante. Os vice-reis e governadores descobriam-se freqüentemente no papel de mediadores entre a implementação da vontade real e os interesses locais.¹²

A essas pesquisas pioneiras, seguiram-se estudos de historiadores brasileiros que deram continuidade a essa linha de interpretação e abriram novos campos de pesquisa.

No caso das câmaras da América portuguesa, a freqüência com que durante todo o século XVIII recorreram diretamente à arbitragem régia para a resolução de problemas e conflitos domésticos demonstra que o seu isolamento – devido à grande distância que as separava da metrópole e, em última instância, do rei – era menor do que muitas vezes se supõe. Uma passagem de olhos, mesmo superficial, pela documentação avulsa referente ao Rio de Janeiro no Arquivo Histórico Ultramarino de Lisboa, só faz confirmar que inúmeras eram as representações ou petições dirigidas ao monarca pelo senado daquela cidade. Abrangendo os mais diversos assuntos da jurisdição local, ou explicitando com cores fortes os conflitos com os ministros régios, o volume e a riqueza desta documentação contrariam a idéia de que as queixas e pedidos dos súditos ultramarinos raramente chegavam aos ouvidos do monarca. Em sua grande maioria eram avaliadas pelo Conselho Ultramarino, após seu conteúdo ter sido submetido ao parecer dos funcionários da Coroa no ultramar. Por fim a deliberação do monarca era remetida para as autoridades coloniais competentes. Embora o *tempo administrativo* desse vaivém pelo Atlântico pudesse levar anos, muitas das petições obtinham resposta.¹³

As composições relativamente freqüentes entre os interesses dos habitantes da América portuguesa e a Coroa sugerem que a condição colonial não era questionada. Não há indícios da existência de uma insatisfação generalizada quanto à condição de colônia, ou de uma oposição mais ou menos organizada da população à metrópole. A desarmonia advinha de interesses

¹¹ J. A. R. RUSSELL-WOOD, «Centro e periferia no mundo luso-brasileiro. 1500-1808», *Revista Brasileira de História*, São Paulo, v.18, n.º 36, 1998, pp. 201 e 206.

¹² J. A. R. RUSSELL-WOOD, «Governantes e agentes», in Francisco BETHENCOURT e Kirti CHAUDHURI, *História da expansão portuguesa*, Lisboa: Círculo dos Leitores, 1998, v. 3, p. 189.

¹³ Maria Fernanda BICALHO, *cidade e o império. O Rio de Janeiro no século XVIII*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2003, p. 353.

imediatos ameaçados por atos considerados arbitrários ou pela exigência de cumprimento de determinadas leis. Alguns conflitos adquiriam a feição de rixas pessoais contra os funcionários régios e eram motivos para a divisão dos habitantes em bandos opostos que os defendiam ou atacavam. Os bandos incluíam, além do indivíduo diretamente envolvido no conflito, seus agregados e seus escravos. Esses conflitos inseriam-se no imaginário político do Antigo Regime: relacionavam-se a medidas específicas, eram localizados, restritos a determinados grupos e não chegavam a colocar em causa a ordem colonial.¹⁴

As pesquisas mencionadas sugerem, portanto, que os conflitos de interesses e as insatisfações que atingiam diferentes grupos da sociedade colonial, alguns dos quais resultaram em motins e revoltas, não afetavam, necessariamente, a lealdade dos vassalos ao monarca. A identidade portuguesa era natural para todos os habitantes do império. A política reformista empreendida pelo marquês de Pombal não chegou a eliminar do imaginário social português a associação do soberano à figura de um pai bondoso e justo, de quem se esperava a mediação na resolução dos conflitos, bem como o caráter pessoal e tradicional do vínculo entre vassalo e soberano. Embora tenha se mantido a tendência à racionalização administrativa nos reinados de D. Maria I e de D. João, talvez como reação ao governo anterior, o paternalismo monárquico foi, em certa medida, reavivado.

Diante desse quadro, surpreendem os textos publicados pelo mesmo José da Silva Lisboa no início de 1822, 41 anos depois da carta dirigida a Domingos Vandelli. Nessa altura, além de funcionário da Coroa, Lisboa era jornalista, panfletário e autor de várias obras sobre economia política. Em artigos publicados no periódico *Reclamação do Brasil*, sua visão sobre a relação entre Portugal e o então Reino do Brasil era bem diferente daquela que constava na carta de 1781. Em um deles, referindo-se a Portugal, observou: «[...] lá cidadãos livres, cá escravos, servos da gleba ou libertos de escassa alforria! Brasileiros! Que dizeis disso? Liberalismo para Portugal, despotismo para o Brasil! Onde iremos cair com tão vertiginoso impulso e movimento retrógrado da nossa indignidade!»¹⁵ E ainda: «O Brasil não será a terra do esquecimento e a região do opróbrio».¹⁶ «Donde virá o auxílio à Pátria ultrajada [...] pelo inimigo português?»¹⁷ Em outro periódico, Silva Lisboa prosseguiu com seu protesto: «A honra brasileira reclama que o Brasil

¹⁴ Sobre os movimentos de resistência no Antigo Regime ver Antonio Manuel HESPANHA, «A resistência aos poderes», in A. M. HESPANHA (org.), *História de Portugal. O Antigo regime*, Lisboa: Editorial Estampa, 1998 e Roger CHARTIER, «Cultura política e cultura popular no Antigo Regime», in R. CHARTIER, *A História cultural. Entre práticas e representações*, Lisboa: Difel, 1990.

¹⁵ *Reclamação do Brasil*, n.º 6, 1822. Quatorze números do periódico foram publicados entre janeiro e maio de 1822; todos criticavam a relação entre Portugal e o Reino do Brasil.

¹⁶ *Reclamação do Brasil*, n.º 7, 1822.

¹⁷ *Reclamação do Brasil*, n.º 8, 1822.

seja o que o Criador destinou. Nada mais se desonra. Nada de recolonização. Nada de servilismo...»¹⁸

Entre 1781 e 1822 muitas mudanças haviam ocorrido no cenário internacional: a Revolução Francesa, o governo de Napoleão, a transferência da família real para o Brasil em 1808, a concessão ao Brasil do estatuto de Reino-Unido em 1815 e, especialmente, no que concerne este ensaio, a revolução constitucionalista em Portugal, no ano de 1820. O vocabulário empregado por Silva Lisboa reflete essas mudanças. Surgem novos termos até então não utilizados em seus escritos: cidadão, brasileiros, liberalismo, despotismo.

Embora a nova condição de Reino Unido não tenha trazido mudanças políticas realmente significativas, sedimentou entre os luso-brasileiros a idéia de que o Brasil não era mais uma colônia. Dessa perspectiva, durante a revolução constitucionalista em Portugal, algumas medidas tomadas pelas Cortes de Lisboa em relação ao Brasil foram interpretadas como «recolonizadoras», expressão muito usada pelos contemporâneos. Essas medidas eram: o estabelecimento de governadores de armas nas províncias, diretamente subordinados a Lisboa; a extinção dos tribunais criados por D. João no Rio de Janeiro e a exigência do retorno do príncipe D. Pedro a Portugal.

É nesse contexto que se podem compreender os escritos de Silva Lisboa da época. Sobre a exigência do retorno de D. Pedro para Portugal, ele declarou que se tratava de um pretexto para o «restabelecimento do sistema colonial».¹⁹ Lisboa não foi o único a criticar as medidas adotadas pelas Cortes. Elas foram criticadas por outros redatores de jornais e, também, por personagens políticos. Expressões como «recolonização», «reduzir o Brasil à colônia» ou «restaurar o sistema colonial» eram freqüentes na imprensa e em documentos oficiais, e sugerem que, para alguns luso-brasileiros, o Brasil, desde 1815, definitivamente, não era mais uma colônia.

Em março de 1822, o periódico *Revérbero Constitucional Fluminense* alertava: «A nossa reunião com Portugal só pode assentar em uma perfeita igualdade de direitos [...]».²⁰ O juiz de fora do Rio de Janeiro, José Clemente Pereira, em uma fala no Senado da Câmara no início de 1822, referiu-se a um projeto das Cortes para «reduzir o Brasil ao antigo estado de colônia».²¹ O próprio D. Pedro criticou «o errado sistema das Cortes (...) de recolonizar o Brasil ainda à força das armas» e José Bonifácio de Andrada reclamou que as Cortes condenavam «o Brasil a ser outra vez colônia e representar o papel de abjeto escravo».²²

¹⁸ *Império do Equador na Terra de Santa Cruz*, n.º 1, 1822.

¹⁹ *Reclamação do Brasil*, n.º 2, 1822.

²⁰ *Revérbero Constitucional Fluminense*, n.º XIX, março de 1822.

²¹ *Documentos para a história das Cortes Geraes Portuguesas*, Lisboa: Imprensa Nacional, 1883, p. 291.

²² Decreto de D. Pedro de 1.º de agosto de 1822 que expulsou as tropas portuguesas do Brasil e Discurso de José Bonifácio a D. Pedro, in *Documentos para a história das cortes Geraes portuguesas*, op.cit., p. 300.

O termo «recolonização», tão utilizado desde o início de 1822, não expressava o temor de um retorno ao antigo exclusivo comercial metropolitano, mesmo porque, em virtude dos tratados de 1810 com a Inglaterra, isso seria impossível sem desencadear um indesejável conflito entre Portugal e aquela nação. O projeto que estabeleceria os parâmetros para as relações comerciais entre Portugal e o Brasil ainda estava em discussão nas Cortes, e nele o comércio livre não estava sendo questionado. Sivestre Pinheiro Ferreira expressou a posição dos luso-brasileiros.

[...] os brasileiros não receiam a volta à categoria absoluta de colônia quanto ao exercício do seu comércio e indústria. Isso sabem eles e sabe todo mundo que é absolutamente impossível; pois o franco tráfico tanto de um como de outro não dependem já do arbítrio do governo: foi uma necessária consequência da natureza das coisas: e a sua continuação é do mesmo modo independente do capricho.²³

Tratava-se, portanto, de uma questão política desencadeada por algumas medidas específicas tomadas pelas Cortes, interpretadas como um impedimento para a conquista de um espaço de maior autonomia dentro do império português, compatível com a condição de reino recentemente adquirida.

A percepção do perigo de uma «recolonização» do Brasil planejada pelas Cortes portuguesas difundiu-se entre os políticos e na imprensa, cristalizando-se no imaginário da elite luso-brasileira. Não se pretende, aqui, avaliar se essa percepção tinha ou não fundamento. Essa questão foi examinada, sob o aspecto das relações comerciais, por outros historiadores.²⁴

Importante a ressaltar é que a expressão «recolonização», tal como foi utilizada no período da independência por alguns membros da elite política, associou-se, de forma difusa, à condenação do passado colonial. Re-colonizar significava retornar à condição anterior de colônia, agora identificada com uma situação de opressão pela metrópole. A partir dessa época, a condição colonial passou a ser condenada. O próprio imperador, em seu discurso de abertura da Assembléia Constituinte, em 1823, contribuiu para essa interpretação:

O Brasil, que por espaço de trezentos e tantos anos sofreu o indigno nome de colônia, e igualmente todos os males provenientes do sistema destruidor então adotado [...]. O Brasil sempre sincero no seu modo de obrar, e mortificado por haver sofrido o jugo de ferro por tanto tempo antes [...].²⁵

²³ Silvestre Pinheiro FERREIRA, «Estado Político do Brasil», in *Documentos para a História da independência*, Rio de Janeiro: Biblioteca Nacional, 1923, v. 1, pp. 40-41.

²⁴ Antonio Penalves ROCHA, *A recolonização pelas Cortes. História de uma invenção historiográfica*, São Paulo: UNESP, 2009 e Márcia BERBEL, «A retórica da recolonização», in István JANCÓ (org.), *Independência: história e historiografia*, São Paulo: Hucitec, 2005, pp. 791-808.

²⁵ *Diário da Assembléia Geral Constituinte e Legislativa do Império do Brasil*, Brasília: Senado Federal, 2003, vol. I, p. 15.

A independência do Brasil assinala, como é freqüente em períodos de mudanças políticas significativas, uma nova relação dos contemporâneos com o passado em função das transformações que se processavam no presente. Nesses momentos, o passado torna-se passível de diferentes leituras e reinterpretações, e sua escrita, objeto de lutas de representação. Diferentes interpretações traduzem, assim, distintas avaliações sobre os acontecimentos. No caso em questão, prevaleceu a representação construída pelo grupo promotor da independência política, que temia os «planos de escravidão que lhes preparava os portugueses da Europa» ou o «plano absurdo e tirânico das Cortes». A força dessa representação conseguiu, naquele momento, aproximar grupos com interesses e projetos variados e serviu para justificar o processo de independência do Brasil.²⁶ O passado colonial, interpretado a partir do sentimento de injustiça do qual se sentiam vítimas naquela conjuntura específica, ficaria associado a um período caracterizado pela submissão da colônia à tirania da metrópole.²⁷

A independência política fez surgir um novo regime de historicidade no Brasil independente que ressignificou o passado em função das complexas questões que se apresentavam à época.²⁸ Nessa perspectiva, a carta de José da Silva Lisboa de 1781 e seus escritos posteriores são referências interessantes, pois revelam a mudança de visão sobre o passado colonial a partir dos acontecimentos de 1821. O Brasil não seria mais visto como uma colônia favorecida pela metrópole.

Em janeiro de 1824 Silva Lisboa, que nessa altura havia recebido de D. Pedro I o título de barão de Cairu, foi encarregado pelo imperador de escrever uma história sobre o novo império do Brasil a partir do ano de 1821. Os dois volumes da *História dos principais sucessos da história do Império do Brasil* foram publicados entre 1826 e 1830. O livro, além de basear-se em razoável pesquisa bibliográfica, fundamentou-se em cuidadosa coleta de documentos e consistiu na primeira interpretação detalhada sobre o processo da independência política do Brasil.²⁹ O autor declarou estar consciente dos

²⁶ Sobre a complexidade daquele momento político ver Cecília Helena Salles de OLIVEIRA, *Astúcia liberal. Relações de mercado e projetos políticos no Rio de Janeiro. 1820-1824*, Bragança Paulista: EDUSF/Ícone, 1999.

²⁷ Na França revolucionária não foi muito diferente. A expressão antigo regime designava, até então, o sistema de administração anterior às reformas empreendidas pelos ministros de Luis XVI. A partir da revolução, além de receber uma conotação negativa, ela passou a se referir a todo o período anterior ao movimento revolucionário, tornando-se uma espécie de evidência nacional. Com esse sentido, o termo incorporou-se na historiografia liberal do século XIX para se referir à época anterior à implantação dos regimes constitucionais na Europa. François FURET, «Ancien Regime», in François FURET e Mona OZOUF (org.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, Paris: Flammarion, 1992.

²⁸ François HARTOG, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, Paris: Seuil, 2003.

²⁹ Na *Introdução à História dos principais sucessos políticos do império do Brasil*, publicada no Rio de Janeiro em 1825 pela Typographia Nacional, Silva Lisboa mencionou as principais obras e documentos que seriam referências para a elaboração do livro. Dentre as fontes desta-

perigos que envolviam a escrita da história contemporânea, mas esclareceu que sua intenção era expor a verdade, como requeria a História para ser mestra da vida. E, defendendo-se de possíveis críticas por não ter tratado circunstanciadamente alguns fatos, justificou que não tinha nada a dizer sobre aqueles que não davam prova de autenticidade ou «eram de natureza particular e ignominiosa, sem alguma vantagem para a causa pública».³⁰

História dos principais sucessos do Império do Brasil introduziu na historiografia o imaginário político das elites do novo reino ao associar a transferência da corte portuguesa e a concessão do estatuto de Reino-Unido com o final do período colonial, e consagrar a idéia da inevitabilidade da independência política em virtude da atitude «recolonizadora» das Cortes portuguesas. A palavra «recolonização» conserva o sentido estritamente político de interferência das Cortes em questões internas ao Reino do Brasil. Embora o autor tenha considerado o projeto das Cortes sobre as relações comerciais entre Brasil e Portugal nocivo ao Brasil, a ele não deu muita importância e nunca o associou a um possível retorno ao antigo exclusivo comercial.

Silva Lisboa reproduziu, assim, as idéias que circularam na imprensa e em documentos oficiais na época da independência. *Desenvolvimento do plano das cortes para a recolonização do Brasil* é o título de um capítulo da obra, e expressões como «tirania da metrópole», «plano maquiavélico para o restabelecimento do sistema colonial» são recorrentes. O termo «monopólio do sistema colonial» tinha um sentido político; referia-se à dominação política da metrópole.

...O caráter do Congresso era a imobilidade em seu projeto de repor este reino no antecedente estado de colônia, perpetuando a tirania da metrópole lusitana pelo suspirado restabelecimento do monopólio do sistema colonial, com o especioso pretexto do jurado sistema constitucional, tendo o centro da unidade no governo de Lisboa...³¹

cam-se o *Diário das Cortes Geraes e Extraordinárias da Nação Portuguesa*, Lisboa: Imprensa Nacional, 1821, *Diário da Assembléia Geral Constituinte e Legislativa do Brasil*, Rio de Janeiro: Imprensa Nacional, 1823 e vários documentos que lhe seriam enviados das diversas províncias. Quanto às obras a serem consultadas, o autor mencionou Frei Gaspar da MADRE DE DEUS [1797], *Memórias para a história da capitania de São Vicente*, São Paulo: Martins, 1953; Thomas LINDLEY [1805], *Narrativa de uma viagem ao Brasil*, São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1969; Antonio Rodrigues VELOSO [1810], *Memórias sobre o melhoramento da província de São Paulo*, São Paulo: Governo do Estado de São Paulo, 1978; John MAWE [1812], *Viagem ao interior do Brasil*, Rio de Janeiro: Zelio Valverde, 1944; Manoel Ayres CASAL [1817], *Chorographia brasileira*, São Paulo: Itatiaia, 1976; Henry KOSTER [1817], *Viagem ao nordeste do Brasil*, Recife: Governo do Estado de Pernambuco, 1978; Robert SOUTHEY [1810-1820], *História do Brasil*, Rio de Janeiro: Obelisco, 1965, na época ainda não traduzida para o português; M. José de Sousa PIZARRO, *Memórias históricas do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro: Departamento de Imprensa Nacional, 1951 e Maria GRAHAM [1824], *Diário de uma viagem ao Brasil*, São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1956.

³⁰ José da Silva LISBOA, *História dos principais sucessos políticos do Império do Brasil*, op.cit., p. 9.

³¹ José da Silva LISBOA, *História dos principais sucessos do Brasil*, Rio de Janeiro: Typographia Nacional, 1826, v. 2, p. 139.

Em 1839, no discurso que estatuiu o *Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, Januário da Cunha Barbosa chamou a atenção dos sócios para a necessidade da elaboração de uma narrativa da história nacional, pois «[...] o intolerante monopólio, mola principal da administração portuguesa nos tempos do absolutismo, com respeito do Brasil, estendia-se também à publicação dos escritos dos nossos letrados [...]». ³²

Nessa ocasião, o secretário do instituto mencionou alguns autores que poderiam ser referência para a escrita da história nacional. Dentre eles constava o nome de José da Silva Lisboa. ³³ Das obras citadas, apenas *História dos principais sucessos políticos do império do Brasil* tratava do período da independência. A citação abaixo sugere que aquele evento político vinha sendo objeto de diferentes interpretações. A indicação do livro de Silva Lisboa por pessoa influente no Instituto Histórico consagrou-o, naquele momento, como intérprete fiel dos acontecimentos. ³⁴

O coração do verdadeiro patriota brasileiro aperta-se dentro do peito quando vê relatados desfiguradamente até mesmo os fatos da nossa gloriosa independência. [...] Ainda estão eles ao alcance das nossas vistas, porque apenas dezesseis anos se tem passado dessa época memorável da nossa moderna história e já muitos se vão obliterando na memória daqueles a quem mais interessam, só porque têm sido escritos sem imparcialidade e necessário critério, que devem sempre formar o caráter de um verídico historiador. ³⁵

O livro de Silva Lisboa ‘oficializou’, de certa forma, a versão dos contemporâneos sobre os acontecimentos da independência, atribuindo-lhe o caráter de um fato histórico. Embora ainda vagos e posteriormente sujeitos a distintas apropriações, os termos «exploração colonial», «monopólio do sistema colonial» e «dominação da metrópole» permaneceriam na memória nacional e na historiografia. Interessa examinar, ainda que sumariamente,

³² Januário da Cunha BARBOSA, «Discurso no Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, Rio de Janeiro, tomo 1, 1839, p. 11.

³³ Outros autores mencionados foram: Sebastião da Rocha PITA, *História da América Portuguesa desde ano de 1500 do seu descobrimento até 1724*, Lisboa: 1730; Bernardo Pereira de Berredo e CASTRO, *Annaes históricos do Estado do Maranhão*, Lisboa: Officina de Francisco Luiz Amaro, 1749; Manuel Ayres CASAL, *Corographia brazilica*, Rio de Janeiro: Imprensa Régia, 1817; M. José de Sousa Azevedo PIZARRO, *Memórias históricas do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro: Imprensa Régia, 1820 e Balthasar da Silva LISBOA, *Annaes do Rio de Janeiro*, Imprensa Nacional, 1834-1835.

³⁴ Em 1830, em um contexto político tenso e de crise financeira, às vésperas da abdicação de D. Pedro I, o senador Silva Lisboa, então visconde de Cairu, solicitou o pagamento de um auxiliar para transcrever seus manuscritos relativos à parte final da sua *História do Brasil*. Seu pedido foi negado sob alegação de contenção de despesas. Naquele período de forte oposição ao imperador, uma *História do Brasil* encomendada pelo governo e escrita por um súdito fiel, naturalmente não seria bem vista. O fato é que na falta do auxiliar, o visconde, então com mais de setenta anos, não pode concluir a obra. *Anais do Senado Federal*, Brasília: Senado Federal, 2003, v. III, p. 14.

³⁵ Januário da Cunha BARBOSA, «Discurso...», *op.cit.*, p. 10.

o percurso dessas idéias na produção historiográfica posterior e sua repercussão nas interpretações sobre o período colonial.

História dos principais sucessos tornou-se uma referência importante para os estudiosos da independência no século XIX. João Manuel Pereira da Silva, Francisco Adolfo Varnhagen e Antonio Mello Moraes recorreram ao livro de Silva Lisboa e reproduziram o discurso dos atores políticos da época da emancipação sobre a existência de um plano das Cortes portuguesas para recolonizar o Brasil.³⁶ Embora esses autores não centrem suas análises no período colonial, e Varnhagen, particularmente, tenha dado uma conotação positiva à colonização portuguesa na América em seu livro *História Geral do Brasil*,³⁷ as referências à tentativa de «recolonização» pelas Cortes portuguesas sugerem a idéia da existência de uma opressão da metrópole sobre a colônia, senão durante todo o período colonial, pelo menos na época da reunião das cortes portuguesas. Pereira da Silva, pela primeira vez, atribuiu ao projeto relativo às relações comerciais entre Brasil e Portugal uma intenção recolonizadora.

Os historiadores brasileiros do século XX que trataram do período da independência apropriaram-se do legado historiográfico oitocentista sem um aprofundamento da questão, e a maioria reproduziu a idéia da existência de um plano das Cortes para recolonizar o Brasil, associando-o a um passado colonial marcado pela dominação da metrópole.

Embora as idéias de «recolonização» e de «dominação da colônia pela metrópole» estivessem presentes na historiografia no século XIX, sua apropriação posterior não foi, contudo, uniforme. Como toda apropriação, esteve sujeita a ressignificações e deslocamentos, os quais refletem, de alguma maneira, os posicionamentos dos autores diante de questões enfrentadas em sua época que suscitaram releituras do passado colonial. O objetivo deste ensaio não é proceder a uma análise exaustiva da historiografia produzida no século XX sobre a independência e o período colonial, antes se propõe a um exame das principais tendências.

Oliveira Lima e Tobias Monteiro, no início do século, não questionaram a existência de um plano recolonizador de caráter político, por parte das Cortes.³⁸ Oliveira Lima, entretanto, seguindo Pereira da Silva, referiu-se a

³⁶ João Manoel Pereira da SILVA [1870], *História da fundação do império brasileiro*, 2.^a ed., Rio de Janeiro: Garnier, 1877, t. 3, p. 105; Francisco Adolfo VARNHAGEN [1876], *História da independência do Brasil*, Rio de Janeiro: Instituto Histórico e Geográfico, 1916, pp. 99 e 134 e Antonio J. de Mello MORAES, *História do Brasil-Reino e do Brasil-Império* [1871-1873], 2.^a ed., Belo Horizonte: Itatiaia, 1982, v. 2, p. 187. Cabe ainda mencionar a *História do Brasil* do inglês Armitage, publicada em 1836, que também incorporou a idéia da «recolonização». John ARMITAGE, *História do Brasil*, 2.^a ed., Belo Horizonte/São Paulo: Ed. Itatiaia/Ed. Universidade de São Paulo, 1981, pp. 39-49.

³⁷ Francisco Adolfo de VARNHAGEN, *História Geral do Brasil*, Rio de Janeiro: Laemmert, 1854.

³⁸ Manoel de Oliveira LIMA, *O movimento da independência. 1821-1822*, [1922], 6.^a ed., Rio de Janeiro: Topbooks, 1997, p. 175; Tobias MONTEIRO, *História do Império – a elaboração da independência*, [1927], 2.^a ed., Belo Horizonte: Itatiaia, 1981, v. 1, pp. 385-386.

uma possível associação entre a dominação política implícita na idéia de «recolonização» e questões de natureza comercial. Aludindo às medidas das Cortes relativas ao Brasil observou: «A supremacia política poderia, em rigor, ser imolada à comercial, mesmo porque era esta, em suma, a que se perseguia através dos princípios e das fórmulas».³⁹

Octávio Tarquínio de Sousa, na introdução à *História dos fundadores do império do Brasil*, obra iniciada em 1937 e concluída em 1957, questionou as narrativas históricas sobre a independência centradas na cronologia e na descrição minuciosa de episódios e figuras políticas. Referindo-se aos personagens pesquisados em sua obra, esclareceu que eles «foram vistos e captados no mundo histórico, isto é, dentro das idéias e das correntes políticas da época, delimitados por um sistema particular de vida, pelas concepções de Estado, de religião, de ciência ou arte do tempo».⁴⁰ O autor procurou inserir o processo de independência em contextos mais amplos, mas não deixou de destacar o papel Cortes e seus propósitos recolonizadores. Ao mesmo tempo, sugeriu, de passagem, a existência de insatisfações latentes que teriam se acumulado na colônia.

Sem dúvida a ruptura com Portugal não se realizava por força apenas da vontade, do desejo, da ação de alguns homens. Para levá-la a cabo atuavam causas múltiplas, que não apenas as mais novas, provenientes da atitude das Cortes de Lisboa. Estas serviram acima de tudo para ativar as mais profundas, as que vinham ganhando força e entono desde as últimas décadas setecentistas.⁴¹

Ao discurso das elites políticas do período da independência, iam agregando-se, aos poucos, novas nuances interpretativas. Mas, foram as obras de Caio Prado Júnior que assinalaram um redirecionamento significativo nas análises sobre o processo de independência e sobre o período colonial.⁴²

Em seu primeiro livro, *Evolução política do Brasil*, publicado em 1933, as idéias de dominação colonial e oposição entre metrópole e colônia foram enfatizadas. Referindo-se ao Brasil do século XVII, o autor afirma:

A economia nacional encontra por esta época o obstáculo que, ao seu natural desenvolvimento, representa a estreiteza do regime de colônia em que vivíamos. Revela-se então a contradição fundamental que minava o regime: interesses nacionais e portugueses díspares.⁴³

³⁹ Manoel de Oliveira LIMA, *O movimento da independência*, op.cit., p. 245.

⁴⁰ Octavio Tarquínio de SOUSA, Introdução à [1957] *História dos fundadores do Império de Brasil*, 3.^a ed., Rio de Janeiro: José Olympio, 1972, v. 1, p. XLIII. A obra compreende 7 volumes e inclui as biografias de José Bonifácio, D. Pedro I, Diogo Antonio Feijó, Bernardo Pereira de Vasconcelos e Evaristo da Veiga.

⁴¹ *Idem*, p. LIV.

⁴² Caio Prado JÚNIOR [1933], *Evolução política do Brasil e outros estudos*, 12.^a ed., São Paulo: Brasiliense, 1980 e [1942] *Formação do Brasil contemporâneo*, 5.^a ed., São Paulo: Brasiliense, 1957.

⁴³ Caio Prado JÚNIOR, *Evolução política do Brasil e outros estudos*, op.cit., p. 32.

Caio Prado Júnior também reproduziu a versão do plano recolonizador das Cortes portuguesas: «A reação recolonizadora embora contando com o apoio da metrópole e das Cortes portuguesas, será levada de vencida porque não era mais possível deter o curso dos acontecimentos e fazer o Brasil retrogradar na marcha da História».⁴⁴

Entretanto, as expressões «dominação colonial» e «exploração da colônia pela metrópole» adquiriram, nas obras de Caio Prado Júnior, um significado preponderantemente econômico e não mais estritamente político, como na época da independência.

O que estes [os portugueses] aspiravam para sua colônia americana é que fosse uma simples produtora e fornecedora de gêneros úteis ao comércio metropolitano e que se pudessem vender com grandes lucros nos mercados europeus. Este será o objetivo da política portuguesa até o fim da era colonial. E tal objetivo ela o alcançará plenamente, embora mantivesse o Brasil, para isto, sob um rigoroso regime de restrições econômicas e opressão administrativa; e abafasse a maior parte das possibilidades do país.⁴⁵

Foram questões que se colocavam à sua época sobre o atraso político e econômico brasileiro, que orientaram o olhar de Caio Prado para o período colonial.⁴⁶ Militante do *Partido Comunista Brasileiro*, ele apoiou-se nos princípios e conceitos do materialismo dialético para interpretar a realidade brasileira. Dessa perspectiva, priorizaria os aspectos econômicos em suas análises e neles encontraria o «sentido da colonização», conceito chave para a compreensão do período colonial brasileiro. Esse sentido foi dado pela expansão marítima européia e pelos mecanismos comerciais aos quais deu origem. O «pacto colonial», isto é, o exclusivismo do comércio da colônia com a metrópole, tinha como função atender às necessidades da acumulação do capital comercial europeu, às quais a colônia respondeu por meio de uma sucessão de ciclos econômicos. O surgimento do capitalismo industrial no final do século XVIII provocaria, contudo, a crise do sistema.

Na obra de Caio Prado Júnior encontram-se a formulação teórica e os conceitos básicos que norteariam, a partir de então, as principais correntes de interpretação historiográfica sobre a colônia portuguesa da América. Nelas, predominariam as análises dos aspectos econômicos da colonização

⁴⁴ *Ibidem*, p. 46.

⁴⁵ Caio PRADO JÚNIOR, *História econômica do Brasil*, 9.^a ed., São Paulo: Brasiliense, 1965.

⁴⁶ Nos debates sobre a realidade brasileira dos anos 1930, Caio Prado inaugurou uma linha de pensamento sobre o Brasil em contraposição a autores, que na mesma época, debatiam os problemas do país a partir de uma perspectiva política anti-liberal. F. J. Oliveira VIANNA, *Evolução do povo brasileiro*, São Paulo: Tipografia de O Estado de São Paulo, 1922; *O idealismo da constituição* [1927], 3.^a ed., São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1939; *Problemas de política objetiva* [1930], São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1930 e Azevedo AMARAL, *O Brasil na crise atual*, São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1934 e *O Estado autoritário e a realidade nacional*, Rio de Janeiro: José Olympio, 1938.

em detrimento dos políticos, jurídicos e culturais. A própria idéia de 'colônia' ficaria associada à exploração comercial.

Na segunda metade dos anos 1960, a historiografia acadêmica, em busca de renovação, foi acentuadamente influenciada pelas obras de Caio Prado. Vários temas tratados de forma mais geral em suas obras seriam aprofundados em pesquisas posteriores. Em um curso de História do Brasil ministrado por professores da Universidade de São Paulo e coordenado por Carlos Guilherme Mota em 1966, Emília Viotti da Costa chamou a atenção para a necessidade de inovação nos estudos sobre a independência.⁴⁷

As obras do visconde de Porto Seguro, Oliveira Lima e Tobias Monteiro pareceram, durante muito tempo, ter esgotado todas as possibilidades de estudo da questão. A maioria das publicações posteriores repete os mesmos fatos e as mesmas interpretações, limitando-se a acrescentar aqui e ali um novo episódio, um novo documento, sem com isso alterar fundamentalmente a versão tradicional. A mesma linguagem aparece, de forma simplificada, na maioria dos manuais.

[...] Atendo-se aos documentos testemunhais, preocupando-se quase exclusivamente com acontecimentos políticos, a historiografia tradicional limita-se, em geral, à descrição minuciosa de episódios e personagens mais em evidência no cenário político, fazendo uma crônica pormenorizada dos sucessos que antecedem o 7 de setembro.⁴⁸

O texto de Viotti da Costa reproduziu a idéia da existência de um plano recolonizador das Cortes portuguesas, cujo principal objetivo seria o retorno ao exclusivo comercial metropolitano.

Para as Cortes, reconhecer a autonomia administrativa do Brasil seria aceitar a sua independência econômica, a perpetuação do regime do livre comércio, instituído 'em caráter provisório' em 1808, exatamente o oposto do que pretendia a maioria dos deputados portugueses reunidos nas Cortes de Lisboa. [...] Ficava claro que as Cortes intentavam reduzir o país à situação colonial...⁴⁹

Sua interpretação segue, em linhas gerais, os pressupostos teóricos de Caio Prado Júnior e incorpora seus principais conceitos, como pacto colonial e exploração colonial. Na mesma ocasião, Fernando Novais apresentou o quadro analítico de Caio Prado Júnior como base para a compreensão do período colonial.⁵⁰

⁴⁷ Curso de *História do Brasil* realizado no auditório da *Folha de São Paulo* no segundo semestre de 1966. As aulas foram publicadas em Carlos Guilherme MOTA, *Brasil em perspectiva*, São Paulo: Difusão Européia do Livro, 1968.

⁴⁸ Emília Viotti da COSTA, «Introdução ao estudo da emancipação política do Brasil», in Carlos Guilherme MOTA (org.), *Brasil em perspectiva*, op.cit., pp.73 e 139.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 117 e 123.

Fernando Antonio NOVAIS, «O Brasil nos quadros do antigo sistema colonial», in Carlos Guilherme MOTA (org.), *Brasil em perspectiva*, op.cit., pp. 53-71.

O Brasil-colônia se enquadra com exatidão dentro do quadro de determinações do antigo sistema colonial, e diríamos mesmo que o exemplifica de forma típica. É dessa estrutura básica que, a nosso ver, se tem de partir, se se pretende compreender os movimentos históricos, em todos os seus níveis, dos três séculos de nossa formação colonial, e mesmo os seus prolongamentos e resistências até os dias atuais.⁵¹

Em 1973, Novais defendeu sua tese de doutorado, *Portugal e Brasil na crise do antigo sistema colonial*, trabalho de orientação estrutural marxista que marcou profundamente gerações de historiadores.⁵² Segundo o autor, sua pesquisa insere-se na história da política econômica, e seu objeto é especificamente a «política econômica colonial portuguesa, relativa ao Brasil, no fim do Antigo Regime e a ideologia que a informa».⁵³ Fernando Novais enfatizou a crise do antigo sistema colonial que teria se instaurado no final do século XVIII, contexto no qual se inseria a independência política do Brasil. Emília Viotti da Costa e Fernando Novais deram a feição que caracterizaria, nos anos seguintes, as análises historiográficas sobre a independência e o período colonial.

Nos anos 1960 e 1970, as interpretações que privilegiaram os aspectos econômicos do processo de colonização tiveram ampla repercussão e foram compartilhadas também por sociólogos e economistas. A fase colonial do Brasil, vista sob um viés acentuadamente econômico, tornou-se uma variável importante nos debates políticos da época sobre o subdesenvolvimento brasileiro.

Os estudos no âmbito das ciências sociais utilizaram-se de determinados modelos teóricos para explicar a realidade colonial, os quais tinham como referência o contexto mais amplo da formação do capitalismo. Destacaram-se, nas interpretações de inspiração marxista, o modelo construído em torno do conceito de modo de produção,⁵⁴ e nas obras inspiradas nos estudos da Comissão Econômica para a América Latina (CEPAL),⁵⁵ o modelo

⁵¹ *Ibidem*, p. 71.

⁵² Fernando Antonio NOVAIS [1979], *Portugal e Brasil na crise do antigo sistema colonial. 1777-1808*, 2.^a ed., São Paulo: Hucitec, 1983.

⁵³ *Ibidem*, p. 7.

⁵⁴ Cientistas sociais e alguns historiadores procuraram caracterizar o modo de produção dominante na colônia. Assim, ela foi examinada a partir de diferentes conceitos, como modo de produção feudal, semi-feudal, escravista colonial, pré-capitalista ou capitalista.

⁵⁵ A Comissão Econômica para a América Latina foi criada no final dos anos 1940, no âmbito da Organização das Nações Unidas, com o objetivo de elaborar projetos para o desenvolvimento latino-americano. Fizeram parte da equipe da CEPAL economistas e sociólogos brasileiros, como Fernando Henrique Cardoso, Maria da Conceição Tavares, Antonio de Barros Castro e José Serra. O texto de Raul PREBISCH, *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas*, Nova York: CEPAL. Nações Unidas, 1950 foi o marco fundador das posições da instituição. Sobre os debates da época ver Caio Navarro TOLEDO, *ISEB: fábrica de ideologias*, São Paulo: Ática, 1977 e Guido MANTEGA, *A economia política brasileira*, Petrópolis. Vozes, 1984.

centrado na economia agrário-exportadora.⁵⁶ As duas correntes interpretativas reforçaram a associação entre colônia e exploração comercial, bem como privilegiaram a explicação teórica em detrimento da pesquisa empírica.⁵⁷ A denominada teoria da dependência, formulada pelos sociólogos Fernando Henrique Cardoso e Enzo Faletto no final dos anos 1960, renovou as interpretações da CEPAL ao introduzir o conceito de classes sociais naquele modelo interpretativo de natureza econômica.⁵⁸

As análises preponderantemente econômicas da realidade colonial, em suas diversas vertentes, ao mesmo tempo em que as resignificaram, reforçaram as antigas representações fundadas na exploração colonial e na inquestionável oposição de interesses entre a metrópole e a colônia. O processo de independência política inseriu-se no contexto mais amplo da crise do sistema colonial, mas o discurso sobre a intenção calculada das Cortes em promover o retorno ao antigo exclusivo comercial metropolitano manteve-se na historiografia.

Autores com posturas teóricas distintas como José Honório Rodrigues, de formação marxista, e Raymundo Faoro, weberiano, mantiveram a idéia da existência de um projeto recolonizador das Cortes portuguesas como explicação para a independência. Honório Rodrigues, referindo-se à atuação das Cortes afirmou: «o predomínio político conduziria à restauração do monopólio comercial».⁵⁹ Faoro, por sua vez, observou: «depois das medidas devastadoras da unidade brasileira» as Cortes votariam «as leis econômicas que agrilhoariam o Brasil, recolonizado, ao velho reino».⁶⁰

Poucos historiadores, nessa época, não adotaram a versão do plano «recolonizador» das Cortes e perceberam que esse discurso refletia a visão dos contemporâneos sobre os acontecimentos e não, necessariamente, os fatos históricos. Dentre eles destaca-se Sergio Buarque de Holanda, no seu texto clássico *A herança colonial – sua desagregação*, de 1964. Referindo-se

⁵⁶ A produção de sociólogos, economistas e historiadores foi extensa; mencionam-se aqui apenas os autores mais representativos dessas tendências. Celso FURTADO, *Formação econômica do Brasil*, São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1959; Nelson Werneck SODRÉ [1962], *Formação histórica do Brasil*, São Paulo: Brasiliense, 1973; Ciro Flamarion CARDOSO, «Sobre los modos de producción coloniales de América», in *Cuadernos de Passado y Presente*, Córdoba: Siglo XXI, 1973 e Jacob GORENDER, *Escravidão colonial*, São Paulo: Ática, 1978.

⁵⁷ Entre os historiadores econômicos, a expressão economia colonial ultrapassou, no aspecto temporal, o período mercantilista e tornou-se sinônimo de economia agrário-exportadora. Nessa perspectiva, o termo colônia perdia sua especificidade, na medida em que a emancipação política tornava-se irrelevante como marco para o final da fase colonial. A economia agrário-exportadora expressava a etapa colonial da economia brasileira. O presente reproduzia a herança colonial. Ver especialmente Celso FURTADO, *Formação econômica do Brasil*, op.cit.

⁵⁸ Fernando Henrique CARDOSO e Enzo FALETTI, *Dependência e desenvolvimento na América Latina*, Rio de Janeiro: Zahar, 1970.

⁵⁹ José Honório RODRIGUES, *Independência: revolução e contra-revolução*, Rio de Janeiro: Francisco Alves, 1975, v. 1, p. 80.

⁶⁰ Raymundo FAORO [1958], *Os donos do poder. Formação do patronato político brasileiro*, 11.^a ed., São Paulo: Globo, 1997, p. 270.

às Cortes portuguesas, o autor observou que suas medidas ecoavam «entre nós, bem ou mal, como se quisessem pura e simplesmente a restauração do estatuto colonial».⁶¹

Apesar da percepção de Buarque de Holanda, as correntes predominantes da historiografia dos anos 1960 e 1970 permaneceriam herdeiras da versão da «recolonização» e do seu corolário: a dominação despótica da metrópole sobre a colônia. Desde a época da independência, a historiografia vinha percorrendo um caminho que, apesar das atualizações e deslocamentos de significados, permaneceu presa ao discurso produzido pelos atores promotores daquele movimento político.⁶²

De maneira geral, metrópole e colônia foram vistas em uma perspectiva dualista, como duas realidades distintas que evoluíam por meio das suas próprias lógicas, em princípio, antagônicas. O elo que as unia era dado, sobretudo, pelo comércio internacional e a conseqüente exploração comercial e política à qual estava submetida a colônia. Os argumentos explicativos seguiam a lógica interna das teorias e modelos de apoio. Poucos foram os historiadores, na época, que escaparam desse esquema de interpretação.⁶³

⁶¹ Sergio Buarque de HOLANDA, «A herança colonial – sua desagregação», in S. B. HOLANDA (org.), *História Geral da Civilização Brasileira*, 2.^a ed., São Paulo: DIFEL, 1965, t. II, v. 1, p. 14. Alguns anos mais tarde, Maxwell reproduziria a interpretação de Buarque de Holanda. Kenneth MAXWELL, «Condicionalismos da independência do Brasil», in Joel SERRÃO e Oliveira MARQUES, *Nova história da expansão portuguesa*, Lisboa: Estampa, 1986, v. 8, p. 388.

⁶² Ainda levaria alguns anos para que a construção historiográfica baseada na intenção recolonizadora das Cortes fosse examinada criticamente. Em 1988, Nizza da Silva, referindo-se ao período da independência, observaria: «A uma visão simplista e demasiado nacionalista como a que se nos depara na historiografia brasileira convém agora opor uma outra mais atenta ao movimento constitucional no Brasil...» Maria Beatriz Nizza da SILVA, *Movimento constitucional e separatismo no Brasil (1821-1823)*. Lisboa: Horizonte, 1988, p. 5. No mesmo ano, o historiador Roderick Barman afirmou que a versão da «recolonização» constituía uma das premissas que fundamentam uma história nacionalista da independência. Roderick BARMAN, *Brazil: The forging of a nation. 1798-1852*, Califórnia: Stanford University Press, 1988, p. 66. Lúcia Maria Bastos Pereira das Neves, nos anos 1990, foi categórica: «Ao contrário do que tem sido sustentado em geral pela historiografia, as Cortes não foram instaladas com o objetivo específico de recolonizar o Brasil.» Lúcia Maria B. Pereira das NEVES, «O império luso-brasileiro redefinido: o debate político da independência (1820-1822)», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, n.º 156, 1995, p. 299. Mais recentemente, destacam-se os trabalhos de Antonio Penalves e Marcia Berbel mencionados na nota 24.

⁶³ São dignos de menção: José Roberto do Amaral LAPA, *A Bahia e a carreira da Índia*, São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1968 e *Economia colonial*, São Paulo: Perspectiva, 1973; Charles BOXER, *The golden age of Brazil. 1695-1750*, Berkeley/Los Angeles: University of California Press, 1962; *Portuguese society in the tropics: the municipal councils of Goa, Macao, Bahia and Luanda. 1510-1800*, Madison: University of Wisconsin Press, 1965 e *O império colonial português. 1415-1825*, Lisboa: Edições 70, 1965; Dauril ALDEN, *Royal government in colonial Brazil*. Berkeley: University of California Press, 1968; A. J. Russell Wood. [1968] *Fidalgos e filantropos. A Santa Casa da Misericórdia da Bahia*, Brasília: Universidade de Brasília, 1981 e «O governo local na América portuguesa: um estudo de divergência cultural», in *Revista de História*, São Paulo, v. LV, n. 109, 1977; Stuart B. SCHWARTZ, *Sovereignty and society in colonial Brazil. The High Court of Bahia and its judges. 1609-1751*, op.cit.

Com base no pressuposto de um antagonismo inerente às relações entre a metrópole e a colônia, os conflitos e protestos coloniais foram interpretados como manifestações de um anseio, consciente ou não, pela superação da condição colonial, ou seja, a independência da metrópole. Antonio Gramsci, referindo-se a interpretações sobre o *Risorgimento* na historiografia italiana, fez uma observação que não deixa de ser interessante para a questão aqui tratada. «Pressupõe-se que o que se deseja sempre existiu e não pôde afirmar-se e manifestar-se abertamente pela intervenção de forças externas e porque as virtudes íntimas estavam adormecidas».⁶⁴

Interpretados como movimentos fundadores de uma nacionalidade emergente, os motins e rebeliões do período colonial, genericamente denominados ‘nativistas’, eram testemunhos ou indícios de uma nacionalidade já existente, em germe na colônia.⁶⁵ A época colonial perdia sua historicidade própria e passou a ser vista como um ‘momento’ da história nacional ou o ‘antecedente’ da nação.⁶⁶ Não por acaso, os conflitos que tiveram maior repercussão na historiografia foram denominados revoluções ou movimentos «proto-nacionais», «separatistas» e «precursores da independência». A associação entre anti-colonialismo, nacionalismo e revolução firmar-se-ia na historiografia.

No contexto do sesquicentenário da independência, a coletânea de artigos organizada por Carlos Guilherme Mota em 1972, – 1822: *Dimensões* –, teve como objetivo proceder a um balanço da historiografia sobre a independência, lançando luz, também, sobre o período colonial. O livro expressa a reação dos historiadores diante da vasta produção de sociólogos e economistas empreendida nos anos anteriores. Na introdução, Mota observou:

[...] o que se verifica é que, enquanto sociólogos, economistas e cientistas políticos se debatem no Brasil de hoje com a problemática da *dependência*, muitos historiadores continuam numa linha estreitamente formalista, aceitando a *independência* como um fato que se esgota no dia de sua proclamação. Não deixa de provocar estranheza tal comportamento, que é bem indicativo do quão pouco caminhou a pesquisa histórica entre nós e de quão complexos são os entraves para o seu desenvolvimento: sobre um tema crucial, sobre um dos momentos decisivos de nosso passado muito pouco se fez, em termos estritamente científicos. [...] problemas complexos podem se apresentar, como o da necessidade de definição da sociedade colonial, cuja estruturação explicará o predomínio das *persistências*, mais do que o das mudanças no período subsequente. Parece óbvio, hoje, que a compreensão dos processos que ocorrem nas áreas coloniais requer a procura de instrumental conceitual adequado.

⁶⁴ Antonio GRAMSCI, *Risorgimento*, Buenos Aires: Granica, 1974, p. 91.

⁶⁵ O termo nativismo é amplamente utilizado na historiografia com diferentes significados. Mas é possível encontrar em um razoável número de obras o sentido de movimentos precursores da nacionalidade ou da independência. Ver especialmente Kenneth MAXWELL, *Conflicts and conspiracies: Brazil and Portugal. 1750-1808*, New York: Cambridge University Press, 1973.

⁶⁶ Rogério Forastieri da SILVA, *Colônia e nativismo. A história como «biografia da nação»*, São Paulo: Hucitec, 1997.

[...] Um dos objetivos foi integrar a história do Brasil no contexto que lhe é peculiar: o contexto atlântico.⁶⁷

A importância da coletânea decorre mais das importantes questões e problemas levantados do que propriamente da inovação ou aprofundamento de pesquisas. São dignos de destaque os textos de Fernando Antonio Novais e de Maria Odila Silva Dias pela influência que exerceriam na produção historiográfica dos anos seguintes.⁶⁸

Fernando Novais, ancorado na perspectiva teórica marxista, reproduz idéias desenvolvidas por ele anteriormente em outros trabalhos. Seu objetivo é apresentar o marco teórico para as análises do processo da independência política: o antigo sistema colonial e sua crise. Segundo o autor, o sistema colonial insere-se em um conjunto maior, denominado «Antigo Regime». Novais não esclarece o conceito, apenas indica seus componentes: o capitalismo comercial, o absolutismo, a sociedade de ordens e o colonialismo. Quanto à crise, o autor esclarece que ela deriva do próprio sistema, isto é, da «estrutura global subjacente a todo o processo de colonização da época moderna».⁶⁹ Nos sistemas coloniais particulares, «a crise dá sempre a impressão de vir de fora, porque na realidade procede do desequilíbrio do todo».⁷⁰ Ou seja, a crise é o resultado de um processo dialético interno à própria estrutura colonial, cuja natureza é essencialmente econômica. Assim, continua o autor, «é para os mecanismos profundos de estrutura que devemos voltar-nos primeiramente, para depois irmos nos aproximando com segurança dos casos particulares».⁷¹

Especialmente relevante é o artigo de Silva Dias, pelas perspectivas de análise que abriu. A partir de uma leitura acurada da historiografia sobre a independência, a autora levantou uma série de problemas e, ao mesmo tempo, sugeriu temas importantes de pesquisa para uma melhor compreensão da colônia e do processo da independência política. Dentre os temas mencionados destacam-se o estudo das classes dominantes coloniais; as interdependências entre interesses rurais, comerciais e administrativos; a organização do comércio de abastecimento do Rio de Janeiro; os regionalismos e o enraizamento de interesses portugueses na colônia.

Se as diretrizes fundamentais da historiografia brasileira já estão bem definidas, precisam ainda ser melhor elaboradas por estudos mais sistemáticos das peculiaridades da sociedade colonial, que nos permitam uma compreensão mais completa deste processo de interiorização da metrópole, que parece ser a chave para o estudo da formação da nacionalidade brasileira.⁷²

⁶⁷ Carlos Guilherme MOTA (org.), *1822: Dimensões*, São Paulo: Perspectivas, 1972, pp. 10 e 11.

⁶⁸ Fernando Antonio NOVAIS, «As dimensões da independência» e Maria Odila da Silva DIAS, «A interiorização da metrópole», in Carlos Guilherme MOTA (org.), *1822: Dimensões*, op.cit.

⁶⁹ Fernando Antonio NOVAIS, «As dimensões da independência», op.cit., p. 19.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 20.

⁷¹ *Idem*.

⁷² Maria Odila Silva DIAS, «A interiorização da metrópole», op.cit., p. 180.

Silva Dias criticou, sobretudo, a tradição historiográfica que atribuía a uma suposta consciência nacional a causa da emancipação política brasileira. «O importante é integrá-la como tal no jogo de fatores e pressões da época sem confundi-la com uma luta brasileira nativista da colônia *in abstracto* contra a metrópole».⁷³

Os textos referidos acima sinalizaram distintos caminhos teóricos e metodológicos que foram seguidos por vários historiadores a partir de então, e deram origem a escolas historiográficas que têm contribuído para o conhecimento dos mais diversos aspectos da sociedade colonial. Em parte na tentativa de responder aos desafios colocados por aqueles textos, os historiadores brasileiros têm se dedicado mais profundamente à pesquisa nos arquivos do Brasil e de Portugal, e se beneficiado do diálogo com a historiografia portuguesa. A partir dos anos 1980, é inegável o aprofundamento dos estudos sobre o período colonial sob variados aspectos.

Paralelamente ao avanço das pesquisas empíricas, observa-se, também, embora haja ainda um caminho a percorrer, mais atenção à precisão conceitual, cujo descaso tem sido responsável por alguns anacronismos. Assim, têm sido revistos alguns conceitos como centralização, pacto colonial, monarquia absoluta e irracionalidade administrativa.

Em linhas gerais, destacam-se duas tendências principais no âmbito da produção historiográfica recente sobre o período colonial. Uma, que conserva, embora com algum espírito crítico, a tradição historiográfica que remonta a Caio Prado Júnior e enfatiza a importância do enquadramento dos estudos sobre a colônia na teoria do antigo sistema colonial e nas contradições que teriam culminado na crise provocada pelo capitalismo industrial, e outra de caráter nitidamente revisionista em relação às orientações teóricas dos anos 1960 e 1970.⁷⁴

Nesta última, a colônia é examinada no contexto do império português e das práticas políticas e jurídicas características do Antigo Regime vigente na metrópole, as quais, apesar das especificidades da colônia, nela se manifestaram. Pesquisas sobre as elites coloniais e os acordos que envolviam os poderes locais e a administração metropolitana relativizaram o antigo dualismo das análises sobre as relações entre Portugal e a colônia da América. Ressalta-se, nessa linha interpretativa, o intenso diálogo com tendências

⁷³ *Ibidem*, p. 166.

⁷⁴ Sobre as duas tendências historiográficas recentes ver João FRAGOSO, Maria de Fátima GOUVÊA e Maria Fernanda BICALHO, «Uma leitura do Brasil colonial. Bases da materialidade e da governabilidade no Império», *Penélope*, Lisboa, n.º 23, 2000; João FRAGOSO, Maria Fernanda BICALHO e Maria de Fátima GOUVÊA, Introdução a *O Antigo Regime nos trópicos. A dinâmica imperial portuguesa*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2001, pp. 21-25; Vera Lúcia Amaral FERLINI, Prefácio a *Modos de governar. Idéias e práticas políticas no império português*, São Paulo: Alameda, 2005, pp. 9-12; Laura de Mello e SOUZA, «Política e administração colonial: problemas e perspectivas», in *O sol e a sombra. Política e administração na América Portuguesa do século XVIII*, São Paulo: Companhia das Letras, 2006, pp. 27-77 e Laura Mello e SOUSA, Júnia F. FURTADO e Maria Fernanda BICALHO (orgs.), *O governo dos povos*, São Paulo: Alameda, 2009.

historiográficas portuguesas recentes e com a perspectiva analítica de Jack Greene sobre o império britânico e as colônias americanas.⁷⁵

O que importa reter desse rápido exame da historiografia são questões de natureza teórica e metodológica. A primeira diz respeito ao fato de que, para além da reflexão sobre os procedimentos de produção do conhecimento histórico, a pesquisa sobre a historiografia implica o reconhecimento de que a escrita da história expressa diferentes relações de uma sociedade com o seu passado. Assim, como observou Pierre Nora ao referir-se à historiografia como um lugar de memória, não se pode minimizar as profundas relações que existem entre a atribuição de determinados sentidos a um tempo passado e as demandas sociais e políticas colocadas pelo presente.⁷⁶ Embora essa questão possa ser considerada um lugar comum, a trajetória das idéias de «recolonização» e de «oposição entre metrópole e colônia» na historiografia brasileira indica que ela merece ser lembrada.

Dessa perspectiva, é importante salientar que na tentativa de compreender a origem de uma tradição historiográfica, a intenção não foi apontar equívocos nas interpretações que predominaram na historiografia até bem recentemente. Elas também devem ser contextualizadas, tal como a matriz explicativa elaborada na época da independência. Em ambos os casos, trata-se de cruzamentos peculiares de visões sobre o passado, o presente e o futuro em determinadas conjunturas históricas que criaram sentidos e responderam, bem ou mal, a questões e problemas suscitados na época.

A segunda questão relaciona-se com a primeira.⁷⁷ Ela diz respeito à dificuldade que a tensão permanente entre as mudanças na esfera das relações sociais e suas manifestações no nível da linguagem coloca para o historiador. A indiferença com relação aos distintos significados contidos nos conceitos, vistos como construções lingüísticas incapazes de inovações de sentido, limitam o historiador a reproduzir palavras empregadas nos documentos da

⁷⁵ Para mencionar apenas alguns autores: Antonio Manuel HESPANHA, *As vésperas do Leviathan. Instituições e poder político. Portugal: século XVII*, Coimbra: Almedina, 1994 e «A constituição do império português. Revisão de alguns enviesamentos», in João FRAGOSO, Maria Fernanda BICALHO e Maria de Fátima GOUVÊA, *O Antigo regime nos trópicos, op.cit.*; Antonio Manuel HESPANHA (org.), *História de Portugal. O Antigo Regime (1620-1807)*, Lisboa: Editorial Estampa, 1998, v. IV; Francisco BETHENCOURT, «A América portuguesa», in Francisco BETHENCOURT e Kirti CHAUDHURI (org.), *História da expansão portuguesa*, Lisboa: Círculo de Leitores, 1999, v. III e Nuno Gonçalo MONTEIRO, *O crepúsculo dos grandes (1750-1832)*, Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2003 e «Governadores e capitães-mores do império atlântico português no século XVIII», in Maria Fernanda BICALHO e Vera FERLINI, *Modos de governar, op.cit.* e Jack P. GREENE, *Negotiated authorities. Essays in colonial political and constitutional history*, Charlottesville/London: University Press of Virginia, 1994.

⁷⁶ Pierre NORA, *Les lieux de mémoire*, Paris: Gallimard, 1984, v. 1. Ver, também, Reinhart KOSELLECK, «Space of experience and horizon of expectation», in *Futures Past. On the semantics of historical time*, New York: Columbia University Press, 2004.

⁷⁷ Essa questão foi examinada pelo historiador alemão Reinhart KOSELLECK, «Begriffsgeschichte and social history», in *Futures Past. On the semantics of historical time, op.cit.* e «Linguistic change and the history of events», *The Journal of Modern History*, Chicago, v. 6, n.º 4, 1989.

época examinada sem a apreensão das possíveis ressignificações a que poderiam estar sujeitas.

Além disso, no trabalho de reconstrução histórica o pesquisador defronta-se com dois tipos de conceitos. Aqueles que se encontram nas fontes e outros que foram construídos posteriormente pela historiografia. No caso dos historiadores da época moderna, atenção especial deve ser dada a esses últimos. A Revolução Francesa provocou a ressignificação de vários conceitos políticos que acabaram incorporando-se na historiografia dos séculos XIX e XX. Conceitos como despotismo, tirania e absolutismo passaram a ser usados praticamente como sinônimos, referindo-se a governos arbitrários em geral, em contraposição aos governos constitucionais. Na tradição política moderna, entretanto, o conceito de monarquia absoluta não tinha o sentido de governo despótico ou arbitrário. E, quando não se encontra alguma pista, nem nos documentos, nem na historiografia, ainda existe o risco da adaptação de conceitos contemporâneos ou de outras disciplinas científicas a determinados contextos do passado, nos quais eles não faziam sentido.

Um pouco disso tudo se encontra na trajetória do conceito de «recolonização» e no significado atribuído à colônia a partir da época da independência. Naquele momento, atribuiu-se um sentido à condição colonial – o sentido de opressão despótica da metrópole –, até então inexistente nas fontes, como se procurou mostrar no início deste ensaio. Posteriormente, embora ainda herdeiro da dicotomia metrópole-colônia inaugurada no discurso da época da independência, esse sentido foi ressignificado ao se privilegiar a natureza econômica da dominação, interpretada por meio de modelos teóricos de natureza macro-estruturais. Em ambos os casos, o resultado foi a sedimentação na historiografia de uma visão acentuadamente dualista, e ao mesmo tempo antagonica, das relações que se estabeleceram entre a metrópole e a colônia. De qualquer maneira, de natureza política, econômica ou ambas, esse dualismo empobreceu a interpretação historiográfica do passado colonial na medida em que em suas premissas já se encontravam implícitas as interpretações possíveis, limitando, assim, a exploração de outras dimensões da realidade colonial.

REFERÊNCIAS

Fontes impressas:

Anais do Senado Federal, Brasília: Senado Federal.

ARMITAGE, John, *História do Brasil*, 2.^a ed., Belo Horizonte-São Paulo: Itatiaia/Usf, 1981.

Diário da Assembléia Geral Constituinte e legislativa do Império do Brasil, Brasília: Senado Federal, 2003.

Documentos para a História das Cortes Geraes Portuguesas, Lisboa: Imprensa Nacional, 1883.

LISBOA, José da Silva, *Introdução à Histórias dos principaes sucessos políticos do Império do Brasil*, Rio de Janeiro: Typographia Nacional, 1825.

—, *História dos principaes sucessos políticos do império do Brasil*, Rio de Janeiro: Typographia Nacional, 1826.

BARBOSA, Januário da Cunha, «Discurso no Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro», *Revista do IHGB*, tomo I, 1839.

Periódicos

Reclamação do Brasil, 1822

Império do Equador na Terra de Santa Cruz, 1822.

Revérbero Constitucional Fluminense, 1822. *Documentos para a história das cortes geraes portuguesas*, Lisboa: Imprensa Nacional, 1883.

Bibliografia

ALDEN, Dauril, *Royal government in colonial Brazil*, Berkeley: University of California Press, 1968.

ARAÚJO, Valdeci Lopes, *A experiênci do tempo. Conceitos e narrativas na formação nacional brasileira*, São Paulo: Hucitec, 2008.

— e PIMENTA, João Paulo G., «História», in *Ler História*, n.º 55, 2008.

BARMAN, Roderick, *Brazil: The forging of a nation. 1798-1852*, California: Stanford University Press, 1988.

BERBEL, Marcia, «A retórica da recolonização», in István JANCSÓ (org.), *Independência: história e historiografia*, São Paulo: Hucitec, 2005.

BICALHO, Maria Fernanda, *A cidade e o império. O Rio de Janeiro no século XVIII*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2003.

BICALHO, Maria Fernanda e FERLINI, Vera Lúcia Amaral (orgs.), *Modos de governar. Idéias e práticas políticas no Império português*, São Paulo: Alameda, 2005.

BOXER, Charles, *The golden age of Brazil. 1695-1750*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press, 1962.

—, *Portuguese society in the tropics: the municipal councils of Goa, Macao, Bahia and Luanda. 1510-1825*, Madison University of Wisconsin Press, 1965

CARDOSO, Ciro Flamarion, «Sobre los modos de producción coloniales de America», in *Cuadernos Pasado y Presente*, Córdoba, Siglo XXI, 1973.

CARDOSO, F. H. e FALETTO, Enzo, *Dependência e desenvolvimento na América Latina*, Rio de Janeiro: Zahar, 1970.

- CHARTIER, Roger, «Cultura política e cultura popular no Antigo regime», in Roger CHARTIER, *A história cultural. Entre práticas e representações*, Lisboa: DIFEL, 1990.
- FAORO, Raymundo, *Os donos do poder. Formação do patronato político brasileiro*, 11.^a ed., SP Globo, 1997.
- FRAGOSO, João; GOUVEIA, Maria de Fátima e BICALHO, Maria Fernanda, «Uma leitura do Brasil colonial. Bases da materialidade e da governabilidade no império», *Penélope*, Lisboa, n.º 23, 2000.
- FRAGOSO, João; GOUVEIA, Maria de Fátima e BICALHO, Maria Fernanda (orgs.), *O Antigo regime nos trópicos. A dinâmica imperial portuguesa*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2001.
- FURET, François e OZOUF, Mona (orgs.), *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, Paris: Flammarion, 1992.
- FURTADO, Celso, *Formação econômica do Brasil*, São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1959.
- GORENDER, Jacob, *Escravidão colonial*, São Paulo: Ática, 1978.
- GRAMSCI, Antonio, *Risorgimento*, Buenos Aires: Granica, 1974.
- GREENE, Jack P., *Negotiated authorities. Essays in colonial political and constitutional history*, Charlottesville/London: University Press of Virginia, 1994.
- HARTOG, François, *Régimes d'historicité. Présentisme et expérience du temps*, Paris: Seuil, 2003.
- HESPANHA, Antonio Manuel, *A união ibérica e o mundo atlântico*, Lisboa: Colibri, 1997.
- (org.), *História de Portugal. O Antigo Regime*, Lisboa: Editorial Estampa, 1998.
- , *As vésperas do Leviatã. Instituições e poder político*, Coimbra: Almedina, 1994.
- HOLANDA, Sergio Buarque, «A herança colonial – sua desagregação», in Sergio Buarque de HOLANDA (org.), *História Geral da Civilização Brasileira*, 2.^a ed., São Paulo: DIFEL, 1965.
- KIRSCHNER, Tereza Cristina, *Itinerários de um ilustrado luso-brasileiro. José da Silva Lisboa*, São Paulo: Alameda, 2009.
- , «Tradição e reformismo. A justiça no ultramar português», *Penélope*, Lisboa, n.º 30-31, 2004.
- KOSELLECK, Reinhart, *Futures Past. On the semantics of historical time*, New York: Columbia University Press, 2004.
- LAPA, José Roberto do Amaral, *A Bahia e a carreira da Índia*, São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1968.
- , *Economia colonial*, São Paulo: Perspectiva, 1973.
- LIMA, Manoel de Oliveira, *O movimento da independência. 1821-1822*, 6.^a ed., Rio de Janeiro: Topbooks, 1997.

- MANTEGA, Guido, *A economia política brasileira*, Petrópolis: Vozes, 1984.
- MOTA, Carlos Guilherme, *Brasil em perspectiva*, São Paulo: DIFEL, 1968.
- , 1822. *Dimensões*, São Paulo: Perspectiva, 1972.
- MORAIS, E. Vilhena de, *Perfil de Cayru*, Rio de Janeiro: Arquivo Nacional, 1958.
- MAXWELL, Kenneth, «Condicionalismos da independência do Brasil», in Joel SERRÃO e Oliveira MARQUES, *Nova história da expansão portuguesa*, Lisboa: Estampa, 1986.
- MONTEIRO, Tobias, *História do Império. A elaboração da independência*, 2.^a ed., Belo Horizonte: Itatiaia, 1981.
- MONTEIRO, Nuno Gonçalves, *O crepúsculo dos grandes*, Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2003.
- MORAES, Antonio J. de Mello, *História do Brasil-reino e do Brasil-Império*, 2.^a ed., Belo Horizonte: Itatiaia, 1982.
- NOVAIS, Fernando Antonio, *Portugal e Brasil na crise do antigo sistema colonial. 1777-1808*, 2.^a ed., São Paulo: Hucitec, 1983.
- NEVES, M. Lucia Bastos Pereira das, «O império luso-brasileiro redefinido: o debate político da independência 1820-1822», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, n.º 156, 1995.
- NORA, Pierre, *Les lieux de memoire*, Paris: Gallimard, 1984.
- OLIVEIRA, Maria Cecília Salles de, «O Museu Paulista da USP e a memória da independência», *Cadernos CEDES*, Campinas, v. 22, n.º 58, dez. 2002.
- , «Política e memória histórica: Gonsalves ledo e a questão da independência», in Maria Stella BRESCIANI *et alii* (org.), *Jogos da política. Imagens, representações e práticas*, São Paulo: ANPUH/Marco Zero/FAPESP.
- , *Astúcia liberal. Relações de mercado e projetos políticos no Rio de Janeiro. 1820-1824*, Bragança Paulista: EDUSF/Ícone, 1999.
- PEREIRA DA SILVA, João Manoel, *História da fundação do império do brasileiro*, 2.^a ed., Rio de Janeiro: Garnier, 1877.
- PIMENTA, João Paulo G. «Espacios de experiencia y narrativa historiográfica in el nacimiento del Brasil Independiente», in *Brasil y las independencias de Hispanoamerica*, Castellon, 2007.
- PRADO JÚNIOR, Caio, *Evolução política do Brasil e outros estudos*, São Paulo: Revista dos Tribunais 1942.
- , *Formação do Brasil contemporâneo*, 5.^a ed., São Paulo: Brasiliense, 1957.
- , *História econômica do Brasil*, 9.^a ed., São Paulo: Brasiliense, 1965.
- ROCHA, Antonio Penalves, *A recolonização pelas cortes. História de uma invenção historiográfica*, São Paulo: UNESP, 2009.
- RODRIGUES, José Honório, *Independência: revolução e contra-revolução*, Rio de Janeiro: Francisco Alves, 1975.

- RUSSELL-WOOD, J. A. «Centro e periferia no mundo luso-brasileiro. 1500-1808», *Revista Brasileira de História*, v. 18, n.º 36, 1998.
- , *Fidalgos e filantropos. A Santa Casa de Misericórdia da Bahia*, Brasília: Universidade de Brasília, 1981.
- , «O governo local na América portuguesa: um estudo de divergência cultural», *Revista de História*, São Paulo, v. LV, n.º 109, 1977.
- , «Governantes e agentes», in Francisco BETHENCOURT e Kirti CHAUDHURI, *História da expansão portuguesa*, Lisboa: Círculo dos Leitores, 1998.
- SCHWARTZ, Stuart, *Sovereignty and society in colonial Brazil. The High Court of Bahia and its judges. 1609-1751*, Berkeley: University of California Press, 1973.
- SOUSA, Otavio Tarquinio de, *História dos fundadores do império do Brasil*, 3.ª ed., Rio de Janeiro: José Olympio, 1972.
- SODRÉ, Nelson Wenwck, *Formação histórica do Brasil*, São Paulo: Brasiliense, 1973.
- SILVA, Rogerio Forastieri, *Colônia e nativismo. A história como biografia da nação*, São Paulo: Hucitec, 1997.
- SILVA, Maria Beatriz Nizza da, *Movimento constitucional e separatismo no Brasil 1821-1823*, Lisboa: Horizonte, 1988.
- SOUSA, Laura de Mello e, *O sol e a sombra*, São Paulo. Companhia das Letras, 2006.
- , FURTADO, Junia F. e BICALHO, Maria Fernanda, *O governo dos povos*, São Paulo: Alameda, 2009.
- TOLEDO, Caio Navarro, *ISEB: fábrica de ideologias*, São Paulo: Ática, 1977.
- VARNHAGEN, Adolfo, *História da independência do Brasil*, Rio de Janeiro: Instituto Histórico e Geográfico, 1916.
- , *História geral do Brasil*, Rio de Janeiro: Laemmert, 1854.

LES MISSIONS DIPLOMATIQUES PORTUGAISES EN PERSE DANS LA PREMIÈRE MOITIÉ DU XVI^E SIÈCLE: LES AUDIENCES DE MIGUEL FERREIRA (1514) ET DE FERNÃO GOMES DE LEMOS (1515) À LA COUR DE CHÂH ESMA'ÎL SAFAVIDE

por

DEJANIRAH COUTO *

Dans les premières décennies du XVI^e siècle, la Perse safavide de Châh Esmâ'il a constitué un enjeu diplomatique considérable pour la Couronne du Portugal. Installés à Goa, territoire conquis au *Sava'i* Abûl Muzaffar Yûsuf 'Adil Khân de Bîjapûr en 1510, les Portugais, qui avaient fondé cinq ans plutôt l'*Estado da Índia*,¹ espéraient trouver dans la nouvelle puissance shî'ite un allié politique et militaire fiable contre les Mamelouks du Caire et les Ottomans d'Istanbul. Empreint de messianisme joachimite, ce projet capital pour la politique extérieure du Portugal de la Renaissance, s'inscrivait dans le vaste mouvement de Croisade contre les États musulmans du Levant. Après avoir rêvé d'une alliance avec le Prêtre Jean, le souverain chrétien d'Abbyssinie,² (alliance qui devait aboutir à l'encerclement des Mamelouks à

* Maître de conférences HDR. École pratique des hautes études, Section des sciences historiques et philologiques, Paris.

¹ Sur la création de l'*Estado da Índia*, et la première installation à Cochim et à Cananor, cf. Joaquim Candeias da SILVA, *O Fundador do «Estado Português da Índia» D. Francisco de Almeida (1457(?)-1510*, Lisbonne, 1996, pp. 87-138; voir également les différentes contributions réunies dans le volume *A Alta Nobreza e a Fundação do Estado da Índia*, João Paulo Oliveira e COSTA et Vítor Luís Gaspar RODRIGUES (éds.), Lisbonne, 2004. Sur la guerre avec Calicut, voir Geneviève BOUCHON, «Le premier voyage de Lopo Soares en Inde (1504-1505)», dans *L'Asie du Sud à l'époque des Grandes Découvertes*, Londres, 1987, pp. 57-84.

² Mises au point très récentes de Luís Filipe F. R. THOMAZ, «*El Atlas Miller y la Ideologia del Imperialismo Manuelino*», dans *Atlas Miller*, M. Moleiro (éd.), Barcelone, 2006, pp. 219-253; *Id.*, «Entre l'histoire et l'utopie: le mythe du prêtre Jean», *Les civilisations dans le regard de l'autre*, Paris, 2002, pp. 117-142 (notes pp. 269-279). Denise AIGLE, «L'intégration des Mongols dans le rêve eschatologique médiéval», dans *Misceallanea Internae Asiae. Festschrift in Honour of Françoise Aubin*, Denise Aigle, I. Charleux, V. Goosaert et R. Hamayon (éds.), Monumenta Serica (sous presse).

partir des bases de la mer Rouge), D. Manuel réitéra ses tentatives diplomatiques, cette fois-ci auprès de Châh Esma'îl. La perception, très imparfaite au Portugal, du Shî'isme duodécimain, et les informations, également disparates, concernant les pratiques religieuses du Châh et de ses compagnons,³ conduisirent le roi du Portugal, à l'image des autres souverains européens de l'époque, à croire que Châh Esma'îl protecteur des Chrétiens,⁴ pouvait devenir leur allié effectif.

La délicate tâche consistant à tenter les ouvertures diplomatiques en direction de la Perse échut au Gouverneur de l'*Estado da Índia*, Afonso de Albuquerque (1453-1515), qui interpréta toutefois les instructions royales en fonction de ses propres projets politiques. En dépit du *regimento* confié par D. Manuel au vice-roi D. Francisco de Almeida, lui ordonnant d'établir des contacts pacifiques avec le monde islamique au-delà de l'Égypte mamelouk,⁵ Albuquerque se lança dès 1506 à la conquête d'Ormuz, clé de voûte de son plan personnel de domination de l'océan Indien occidental. La mutinerie des capitaines de son escadre le força toutefois à retourner précipitamment en Inde,⁶ et la soumission d'Ormuz ne fut effective qu'en 1515.⁷

³ Sur l'avènement de Châh Esma'îl, et l'imposition du Shî'isme, Saïd Amir ARJOMAND, *The Shadow of God and the Hidden Imam. Religion, Political Order, and Societal Change in Shi'ite Iran from the Beginning to 1890*, Chicago and London, 1984, pp. 105-110; Jean CALMARD, «Les rituels shiïtes et le pouvoir. L'imposition du shiïisme safavide: eulogies et malédictions canoniques», *Études safavides*, Paris-Téhéran, 1993, pp. 109-140; Jean AUBIN, «L'avènement des Safavides reconsidéré», *Moyen Orient & Océan Indien/Middle East & Indian Ocean*, XVI^e-XIX^e, 5, 1988, pp. 40-45; Andrew J. NEWMAN, *Safavid Iran. Rebirth of a Persian Empire*, London-New York, 2006, pp. 13-15.

⁴ Voir l'expression de cette croyance dans Tomé PIRES (1515), *A Suma Oriental*, Lisbonne, Coimbra, 1987, p. 156: «nom derriba casa de xstãos nem mata nenhuu xstão Dizem que trara comsiguo Dez mïll homes xpaãos armenjos (...)». Le Châh entretenait lui-même cette idée. Voir ses poèmes messianiques, où il s'intitule «Jésus, fils de Marie» dans Andrew J. NEWMAN, *Safavid Iran*, p. 14; Jean AUBIN, «L'avènement», pp. 37-38.

⁵ Se reporter à Joaquim Candeias da SILVA, *O Fundador*, p. 96: toutefois, les villes qui «voulait accepter l'amitié portugaise, acquittaient un tribut (*pareas*) au roi du Portugal: Jean AUBIN, «Albuquerque et le Cambaye», *Mare Luso-Indicum*, 2, 1971, p. 4.

⁶ Sur la première conquête d'Ormuz, voir la lettre d'Afonso d'Albuquerque à D. Francisco de Almeida [2.II.1508], dans *Cartas de Affonso de Albuquerque seguidas de Documentos que as elucidam publicadas de Ordem de Classe de Sciencias Moraes, Políticas e Bellas-Lettras da Academia Real das Sciencias de Lisboa*, Raymundo António de Bulhão Pato et Henrique Lopes de MENDONÇA (éds.), I, Lisbonne, 1884, pp. 6-15 (dorénavant CA); Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História do Descobrimento e Conquista da Índia pelos Portugueses*, I, M. Lopes de MENDONÇA (éd.), Porto, 1979, chap. LXI, pp. 346-349. Voir également chap. LXII, pp. 350-352 et sq.; Gaspar CORREIA, *Lendas da Índia*, II, M. Lopes de MENDONÇA (éd.), Porto, 1975, chap. VI, pp. 828-840; Jean AUBIN, «Cojeatar et Albuquerque», *Mare Luso-Indicum*, 2, 1971, pp. 123-134; António Dias FARINHA, «A Dupla Conquista de Ormuz por Afonso de Albuquerque», *Studia*, 48, 1989, pp. 445-472; Dejanirah COUTO et Rui LOUREIRO, *Ormuz, Conquista e Perda, 1507-1622*, Lisbonne, 2007, pp. 33-39.

⁷ Voir la lettre du secrétaire Pero de Alpoim à D. Manuel sur les événements d'Ormuz, *Arquivos Nacionais da Torre do Tombo*, Lisbonne, dorénavant AN/TT, *Fragmentos*, cx. 4, 1, 87 (118), éditée par António Dias FARINHA, «Os Portugueses no Golfo Pérsico (1507-1538)», *Mare Liberum*, 3, 1991, pp. 35-38. La question fit l'objet d'un article très général de M. B. VOSUGH, «Shah Ismail and the Albuquerque (sic)», *Tarikh*, 2/2, 2001, pp. 283-291 (en farsi).

Politiquement, la conquête d'Ormuz mettait en péril la diplomatie du vice-roi; elle provoqua d'ailleurs sa colère le contraignant à multiplier les gestes de bienveillance en direction du roi d'Ormuz, et à désavouer son *capitão-mor*. Forcé d'obtempérer, ce dernier s'employa à convaincre la cour de Lisbonne du bien fondé de son projet, tout en s'empressant de dépêcher des ambassades auprès de Châh Esma'îl. La démarche était destinée, en priorité, à apaiser la colère du Safavide, car Ormuz, principauté indépendante, était considérée par le souverain comme un état vassal.

En effet, Ormuz, dont la capitale avait été transférée du continent iranien vers la petite île de Djarûn en 1300,⁸ traversa une grave crise interne dès le XV^e siècle, et le spectre de la guerre civile des années 1436 et 1475 demeurait vivace.⁹ Pour préserver l'intégrité territoriale et politique face à ses voisins, et la liberté de transit de ses caravanes entre les hauts plateaux iraniens et les rives du golfe Persique, le *malik* d'Ormuz payait un tribut symbolique (*muqarrariya*), au gouverneur de Lâr. A partir de 1504, date à laquelle Chîrâz et le Fârs tombèrent entre les mains des *Kızılbaş* de Châh Esma'îl, le tribut fut transféré vers le Safavide, et acquitté par l'intermédiaire du gouverneur de Chîrâz.¹⁰ En dépit de sa fermeté teintée d'arrogance, Albuquerque, qui avait congédié brutalement les ambassadeurs de Chîrâz, venus percevoir le tribut au nom du Châh Esma'îl en octobre 1507¹¹, ne pouvait courir le risque d'une intervention militaire safavide contre Ormuz. Même s'il igno-

⁸ Jean AUBIN, «Les princes d'Ormuz du XIII^e au XV^e siècles», *Journal Asiatique*, CCXLI, 1953, pp. 94-96.

⁹ Valeria Fiorani PIACENTINI, «L'Emporio ed il Regno di Hormoz (VIII – Fine XV sec.D. Cr). Vicende storiche, problemi ed aspetti di una civiltà costiera del Golfo Persico», *Memorie dell'Istituto Lombardo – Accademia di Scienze e Lettere*, XXXV, fasc. 1, Milano, 1975, pp. 99-100; de la même, «Salghur Shâh, Malik of Ormuz, and his Embargo of Iranian Harbours (1475-1505)», *Revisiting Hormuz. Portuguese Interactions in the Persian Gulf Region in the early Modern Period*, Dejanirah COUTO and Rui Manuel LOUREIRO (éds.), Wiesbaden, 2008, pp. 5-6; Jean AUBIN, «Le royaume d'Ormuz au début du XVI^e siècle», *Mare Luso-Indicum*, 5, 1973, pp. 127-138.

¹⁰ Sur ce tribut, voir Jean AUBIN, «La politique iranienne d'Ormuz», *Studia*, 53, 1994, pp. 27-28 et 34, note 27. L'information apparaît aussi dans António TENREIRO, *Itinerários da Índia e Portugal por Terra*, António BAIÃO (éd.), Coimbra, 1923, pp. 3, 33. Tenreiro mentionne également un tribut payé par Ormuz à Châh Esma'îl en nature (viandes, pain, poissons et dattes), *ibid.*, p. 6. Selon Castanheda, le tribut était de 5.000 *ashrafi* en 1523 (Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História*, II, chap. XLVI, p. 227). Selon le *Regimento da Fortaleza de Ormuz*, Ormuz payait également une *muqarrariya* de 205 *lakh* et 3 *hazar* aux principautés voisines.

¹¹ Dans sa lettre aux autorités d'Elvas [Llavradio, 30.I.1509], D. Manuel déclare que trente cavaliers étaient venus de Chîrâz à Ormuz pour recevoir le tribut: *Arquivo da Câmara Municipal de Elvas, Livro 2 das próprias*, f.40, édité par Jean AUBIN, «Documents», *Mare Luso-Indicum*, 2, 1971, p. 148. Lors de cet épisode, Albuquerque aurait répondu aux ambassadeurs d'Esma'îl en leur envoyant boulets, lances et flèches. La lettre de D. Manuel, mentionnée *supra*, le confirme (voir João de BARROS, *Asia. Segunda Década, Dos Feitos que os Portugueses fizeram no Descobrimento e Conquista dos Mares e Terras do Oriente*, Luís Filipe Lindley CINTRA (éd.), (éd. fac-similée selon l'édition princeps), II, Lisbonne, 1988, chap. IV, pp. 65), ainsi que le *Additional Ms.2091 du British Museum*, chap. 79. Les sources sont discordantes à propos du nombre d'ambassadeurs; selon Gaspar Correia, *Lendas*, I, chap. VII, pp. 853, et Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História*, I, chap. LXIII, p. 357, il avait envoyé un seul ambassadeur.

rait toute l'étendue de l'expansion *Kızılbaş* sur le territoire persan, les informations recueillies en Inde auprès des marchands musulmans mettaient en avant l'élan expansionniste des adeptes du Châh.¹² Il était donc peu probable qu'Esmâ'il acceptât une tutelle étrangère (de surcroît occidentale), sur un de ses états vassaux, considéré comme un maillon essentiel de la route commerciale avec les Indes et la Chine.¹³

Disposant de ressources financières et de moyens militaires limités à Ormuz,¹⁴ Albuquerque, qui avait empêché le roi d'acquitter la *muqarrarîya*, était néanmoins forcé de reconnaître, au moins symboliquement, la relation de sujétion politique. Conformément à son habitude de promouvoir systématiquement les contacts diplomatiques suite aux coups de force militaires,¹⁵ il envoya promptement plusieurs délégations à Esma'îl. Destinées à apaiser, comme il vient d'être dit, la colère du Safavide, celles-ci étaient investies d'une triple mission: résoudre l'épineuse question du paiement du tribut, négocier la reconnaissance de la tutelle portugaise sur Ormuz (ainsi que le respect de l'intégrité des frontières du royaume), et proposer habilement, en guise de dédouanement pour le «coup de force», une attaque concertée contre le sultan mamelouk du Caire, rival des persans.

L'envoi des ambassadeurs se justifiait d'autant plus que l'«affaire d'Ormuz», dépassait largement le golfe Persique. La traditionnelle influence économique, religieuse et politique des persans sur les sultanats indiens (Gujarat, Bîjâpûr, Bahmanides du Deccan) n'avait pas échappé à Albuquerque. D'autre part, le shî'isme à ses débuts comportant une dimension fortement expansionniste, Esmâ'il espérait le resserrement des liens politiques avec les sultanats, grâce à la conversion des princes indiens musulmans à sa doctrine. C'est d'ailleurs assez tôt, en 1502, que le *Sava'i* de Bîjâpûr, Abûl

¹² L'Azerbaïdjan était tombé en 1501, l'Iraq persan, Chîrâz et le Fârs en 1503-1504: Jean AUBIN, «L'avènement», pp. 20-28.

¹³ Dejanirah COUTO, «Hormuz Under the Portuguese Protectorate: some Notes on the Maritime Economic Nets to India (Early 16th Century)», *Aspects of the Maritime Silk Road: from the Persian Gulf to the East China Sea* (East Asian Maritime History), V, Ralph Kauz (éd.), Wiesbaden, 2010, pp. 43-60; de la même, «Ormuz. Les juifs et les nouveaux-chrétiens portugais dans le golfe Persique», *La diaspora des nouveaux-chrétiens. Arquivos do Centro Cultural Calouste Gulbenkian*, XLIII, 2004, pp. 197-198.

¹⁴ Voir les *Receitas do Reino de Ormuz*, (1515?), AN/TT, *Fragmentos*, cx. 4, 3, 5, publiées par António Dias FARINHA, «Os Portugueses», pp. 38-39; *Le Título dos Contratos que os Governadores fizerão com Elrey d'Ormuz e seus Guazis*, dans António NUNES, *Livro dos Pesos da Yndia, e assy Medidas e Mohedas, escripto em 1554*, dans *Subsídios para a História da Índia Portuguesa*, Rodrigo José da Lima FELNER (éd.), Lisbonne, 1868, pp. 78-79, donne indirectement des informations sur l'état des finances d'Ormuz au moment de la conquête d'Albuquerque. Pour une époque plus tardive, *ibid.*, pp. 79-104.

¹⁵ Voir l'observation de Zoltan BIEDERMANN, «Portuguese Diplomacy in Asia in the Sixteen Century. A Preliminary Overview», *Itinerario*, XXIX, 2005, pp. 19. Albuquerque fait suivre la conquête de Malacca (1511), d'ouvertures diplomatiques en direction des royaumes du Pegu et du Siam, recevant également des ambassades du Kampar, dans le nord de Sumatra, et de Java. Se reporter, à propos des ambassades au Vijayanagar et à Bîjâpûr, à Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História*, I, chap. XII, pp. 519-520.

Muzaffar Yûsuf 'Adil Khân (1489-1510) changea probablement son titre d'Adil Khân en 'Adil Châh et le fit confirmer par Châh Esma'îl, faisant de Bijâpûr le premier royaume shî'ite de l'Inde.¹⁶

L'expansionnisme politico-religieux des persans en Inde fut rapidement perçu comme une menace pour l'*Estado da Índia*; il avait à craindre que le Sultan de Bijâpûr ne renouvelle ses attaques contre les possessions portugaises avec le soutien du Safavide. Bijâpûr était devenu l'une des destinations de la «gent blanche»: membres des confréries de lutteurs, Turcs d'Iran et Mamelouks. Sur l'échiquier politique, un autre aspect inquiétait les Portugais: Bijâpûr et Ormuz étaient des alliés régionaux, et défendaient leurs intérêts réciproques. Les échanges commerciaux – notamment le commerce des chevaux – les liaient étroitement.¹⁷ Albuquerque en avait fait l'amère expérience lorsqu'en 1507, Hawga Âtâ, le vizir d'Ormuz, sollicita une aide auprès du sultan de Bijâpûr en vue d'expulser les Portugais du golfe Persique.

La première conquête d'Ormuz en 1507 portait un coup à l'entente entre ce royaume et les sultanats indiens et nuisait indirectement au sultan de Bijâpûr, allié d'Ormuz et du Safavide. En novembre de 1510, la soumission définitive de Goa, principal port de débarquement des chevaux du Golfe et «clé de toute l'Inde»¹⁸ affaiblissait encore davantage cet axe diplomatique.

Nommé gouverneur de l'*Estado da Índia* en 1509, Afonso de Albuquerque entreprit d'abord de s'immiscer pacifiquement dans la coalition musulmane, qui allait d'ailleurs lui fournir le prétexte pour entamer des négociations directes avec le Châh. Profitant de l'arrivée à Goa, en février-mars 1510, d'une ambassade persane¹⁹ riche de présents pour Abûl Muzaffar Yûsuf 'Adil Khân,²⁰ le gouverneur signifia aux envoyés interloqués la conquête

¹⁶ Luís Filipe F. R. THOMAZ, «La présence iranienne autour de l'océan Indien au XVI^e siècle d'après les sources européennes de l'époque», *Archipel*, 68, 2004, pp. 78-79 (d'après Ferishta, III, p. 138).

¹⁷ Rui M. LOUREIRO, «Portuguese Involvement in 16th Century Horse Trade through the Arabian Sea», *Pferde in Asien: Geschichte, Handel und Kultur – Horses in Asia: History, Trade and Culture*, Bert G. Fragner, Ralph Kauz, Roderich Ptak & Angela Schottenhammer (éds.), Wien, 2009, pp. 137-146. Catarina Madeira SANTOS, *Goa é a Chave de toda a Índia. Perfil Político da Capital do Estado da Índia (1505-1570)*, Lisbonne, 1999, pp. 108-109; Tomé PIRES, *A Suma*, pp. 216; voir également Bibliothèque nationale du Portugal (BNP) *Fundo Geral*, ms. 9163, f. 27.

¹⁸ L'expression d'Albuquerque est utilisée par Catarina Madeira SANTOS, *Goa*, pp. 132.

¹⁹ Conduite par Mir Abu Eshâq (*Mirabuçaca*, *Mir Bubáca*) *pishvâ* de village, nommé ultérieurement gouverneur de Rayshahr. João de BARROS, *Segunda Década*, V, chap. III, pp. 201-202. Sur le personnage, Jean AUBIN, «La politique», *Studia*, 53, 1994, pp. 29-30. Il s'agit peut-être du *Mir Buçac* qui apparaît dans l'inventaire des rentes et dépenses du royaume d'Ormuz vers 1541-1543 («Titolo das Remdas que remde a Ylha d'Oromuz»), *Mare Luso-Indicum*, 5/2, 1973, p. 228. Un ambassadeur d'Ormuz faisait partie de la délégation. Sur les circonstances de l'arrivée des ambassadeurs en Inde et du détournement de la mission en faveur d'Albuquerque, se reporter à Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. IX, pp. 67 et chap. X, pp. 68-70.

²⁰ L'ambassade était venue formaliser les relations entre Bijâpûr et le Safavide. La formalisation consistait à frapper monnaie avec les armes du Châh, à imposer la lecture de ses «livres» et à invoquer son nom dans la *khutba* du vendredi, plus précisément lors de la prière en faveur

portugaise,²¹ et ouvrit les contacts diplomatiques avec le Safavide.²² Quelques mois plus tard, la réception d'un autre ambassadeur, envoyé plus spécifiquement à Sehab al-Dîn Mahmud Châh du Bidar (1482-1518), et au fils de l'Adil Khân, Esma'îl 'Adil Châh, lui donnèrent l'opportunité d'envoyer à Tabriz une ambassade conduite par Miguel Ferreira.

La Perse safavide étant un état musulman, Albuquerque se prémunit d'emblée contre la méfiance suscitée en Occident par son partenaire diplomatique. La *Chronica do Serenissimo Senhor Rei dom Emanuel*, de Damião de Góis, rapporte qu'il était en possession d'une dispense papale légitimant ses contacts avec le souverain persan.²³ En effet, les relations diplomatiques avec les pouvoirs musulmans étaient soumises à l'arbitrage de la Papauté.²⁴ En 1471, la Sérénissime avait été contrainte d'exercer d'innombrables pressions sur le pape pour conclure son alliance avec Uzun Hasân Âq Qoyunlu (1453-1478) perçu par la Curie comme un *rex a christiana professione alienus*.²⁵ Albuquerque prit uniquement, en égard au statut de grande puissance de la Perse safavide, quelques précautions: contrairement à ce qui arrivait souvent au contact d'autres royaumes orientaux, l'improvisation et l'informalité furent totalement proscrites.²⁶

des fidèles (*du'à-li-l-mu'minîn*) qui précédait le *salât*: Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. X, pp. 70, et à Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História*, I, chap. CXXXVII, p. 824.

²¹ Albuquerque a renvoyé à D. Manuel des étoffes, présent des ambassadeurs du Châh et du roi d'Ormuz [Cananor; 19.X.1510], AN/TT, CCI 9, 88, éditée dans CA, I, pp. 24 (lettre VII).

²² Adressant sa lettre à l'évêque de Segovia [Lisbonne, 11.VII.1511], D. Manuel décrit à sa manière les circonstances de la rencontre, ne mentionnant que l'ambassadeur d'Esma'îl. Arrivant à Goa et ne sachant pas que la ville était tombée entre les mains d'Afonso d'Albuquerque, celui-ci aurait rendu ses présents et présenté son accréditation au gouverneur portugais. D. Manuel faisait ainsi croire que le demandeur des négociations était l'ambassadeur et non Albuquerque: CA, III, Lisbonne, 1903, pp. 21. Pourtant, selon Gaspar Correia, le gouverneur était le vrai demandeur: cf. Gaspar Correia, *Lendas*, II, chap. X, pp. 69-70.

²³ Damião de Góis, *Chronica do Serenissimo Senhor Rei D. Emanuel*, IV, Coimbra, 1790, chap. IX, p. 395: à propos des présents envoyés au Châh: «(...) *as podia mandar por ter commissam del rei pera assim o fazer quando necessario fosse, aos reis, senhores seus aliados, e confederados, por para isso ter dispensaçam do Papa*».

²⁴ Voir les travaux récents de Denise Aigle sur les relations des royaumes occidentaux avec les Mongols, ainsi que Paul PELLIOU, «Les Mongols et la Papauté», *Revue de l'Orient chrétien*, XXIII, 1922-1923, pp. 3-30, XXIV, 1924, pp. 225-335, XXVIII, 1931-1932, pp. 2-84.

²⁵ Sur cette alliance, dont on se méfiait aussi en raison des possibles transferts de technologie, voir Guglielmo BERTHET, *La Repubblica di Venezia e la Persia. Nuovi documenti e registri*, Turin, 1866, pp. 2-22 et 102-153. Entre 1464 et 1474 Venise envoya à Uzun Hasân cinq émissaires: Lazzaro Querini, Catarino Zeno, Iosafa Barbaro, Paolo Ognibene et Ambrosio Contarini. Barbaro, Contarini et Zeno laissèrent des relations de voyage (Giovanni Battista RAMUZIO, *Navigazioni e viaggi*, Marica Milanese (éd.), III, Turin, 1980, respectivement pp. 481-576, 581-634, et IV, Turin, 1984, pp. 146-186 (*Dei comentarii del viaggio in Persia e delle guerre persiane di Messer Caterino Zeno il cavalliere*). Cf. également Barbara von PALOMBINI, *Bündniswerben abendländischer Mächte um Persien 1453-1600*, Wiesbaden, 1960.

²⁶ A propos des ambassades informelles en Asie se reporter, en général, aux deux ouvrages de Ronald Bishop SMITH: *The First Age of Portuguese Embassies, Navigations and Peregrinations to the Kingdoms and Islands of Southeast Asia (1509-1521)*, Bethesda, Maryland, 1968, et *The*

Des trois missions envoyées à Châh Esma'îl pendant le mandat d'Afonso de Albuquerque, c'est à dire entre 1510 et 1515, sont à retenir en vue de l'analyse des audiences diplomatiques celles de Miguel Ferreira (1514), marchand, aventurier et notable bien connu en Asie portugaise,²⁷ homme de confiance du Gouverneur, et celle d'un *fidalgo* de la petite noblesse, Fernão Gomes de Lemos, frère de Duarte de Lemos et fils du seigneur de Trofa, petite municipalité aux alentours de Porto (1515).²⁸

Un premier constat s'impose: dans l'un et l'autre cas, comme la matière à négociation était présentée de manière sommaire, il échet aux ambassadeurs portugais de développer les instructions qui leur avaient été confiées. Ensuite, il faut garder à l'esprit que les entretiens, fortement conditionnés par le protocole de la cour safavide, furent soumis à un régime de dialogue contraignant. Enfin, pour autant que l'on sache, ces audiences s'inscrivaient dans un contexte d'échanges épistolaires irréguliers, rythmés principalement par quelques contacts personnels entre Albuquerque et les ambassadeurs de *Xeque Ismael* en Inde et à Ormuz. Dans le cas de l'ambassade Ferreira, nous sommes en présence d'une communication politique qui met pour la première fois face-à-face les personnes de l'ambassadeur portugais et du souverain persan, et des cultures religieuses et politiques très différentes. Les missives d'Albuquerque apportées par ses deux ambassadeurs s'apparentent à des lettres de créance rudimentaires; on peut les lire également comme des «concentrés de la négociation», véritables traits d'union symbolique, destinés à briser la glace et à favoriser, dans la mesure du possible, le dialogue entre les acteurs. Finalement, si l'on accepte le postulat selon lequel la négociation met l'identité des acteurs à l'épreuve, chacun se construisant et construisant progressivement son interlocuteur, ces rencontres ont eu également un effet sur les identités des uns et des autres, conférant aux deux audiences étudiées un intérêt anthropologique évident.

First Age of Portuguese Embassies, Navigations and Peregrinations to the Ancient Kingdoms of Cambay and Bengal, Bethesda, Maryland, 1969; Zoltàn BIEDERMANN, «Portuguese Diplomacy», pp. 23-24; Stephan HALIKOWSKI-SMITH, «"The Friendship of Kings was in the Ambassadors": Portuguese Diplomatic Embassies in Asia and Africa during the Sixteenth and Seventeenth Centuries», *Portuguese Studies Review*, 22/1, 2006, pp. 101-107; exemple d'une ambassade informelle dans Luís Filipe F. R. THOMAZ et Geneviève BOUCHON, *Voyage dans les deltas du Gange et de l'Irraouaddy 1521*, Paris, 1988.

²⁷ Ancien capitaine de Paleacate en 1533. Sa biographie a été esquissée par Jorge Manuel FLORES, «Um "homem que tem muito Crédito naquelas Partes": Miguel Ferreira, os "Alevantados" do Coromandel e o Estado da Índia», *Mare Liberum*, 6, 1996, pp. 21-36 (*Série from Biography to History*); Georg S. SCHURHAMMER et E. A. VORETZCH, *Ceylon zur Zeit des Königs Bhuvaneka Bahu und Franz Xavers, 1539-1552*, I, Leipzig, 1928, p. 81. Voir une lettre de lui dans AN/TT, CCI, 66, 41 éditée par António Dias FARINHA, «Os Portugueses», pp. 335-337.

²⁸ *Comentários do Grande Afonso de Albuquerque, Capitão-Geral que foi das Índias Orientais em Tempo do muito Poderoso Rey D. Manuel, IV*, Coimbra, 1923, chap. XL, p. 361. Fernão Gomes de Lemos était l'un des capitaines d'Albuquerque en Inde et participa au siège de Goa (Benestarin): cf. *Comentários*, III, chap. XLVI, p. 172.

Empruntant à la rhétorique messianique en vogue à la cour de D. Manuel, la lettre adressée à Châh Esma'îl, confiée par Afonso de Albuquerque à Miguel Ferreira,²⁹ était orientée selon l'un des principes généraux de la diplomatie portugaise en Asie: la recherche de l'«amitié» (*amizade*).³⁰ La conquête d'Ormuz, qui, habilement, n'était pas directement évoquée, devait toutefois paraître acceptable aux persans, car elle s'inscrivait dans une opération préventive, dominée par l'idée d'une victoire sur l'ennemi commun, les Mamlouks.³¹ Pour rassurer le Châh sur le bien fondé de ses intentions, mais aussi pour l'appâter et dissiper ses réticences, Albuquerque allait très loin en lui donnant de multiples gages de sa bonne volonté. Au-delà des effets rhétoriques, il allait jusqu'à lui proposer de se mettre à son service avec ses hommes et sa flotte – vingt mille hommes au total.³² Dans cette lettre, qui nous est parvenue dans la version du chroniqueur Gaspar Correia, le transport des troupes persanes vers l'archipel de Bahreïn et l'oasis de Qâtif, offre dont il sera ultérieurement question, n'est pas mentionné; mais sans doute la proposition devait être faite oralement. Véritable coup de poker, cette proposition on ne peut plus risquée revenait à reconnaître *de facto* la souveraineté d'Esmâ'il sur les territoires administrés directement par Ormuz, et indirectement par les Portugais. Il est fort probable que Miguel Ferreira fut également porteur d'une autre proposition «bluff». Encore plus audacieuse que les précédentes, celle-ci figure dans les instructions adressées en 1510 au premier envoyé d'Albuquerque en Perse, Rui Gomes de Carvalhosa.³³ Faisant abstraction de ses inquiétudes réelles, le Gouverneur y proposait à Esma'îl, si celui-ci envahissait le Gujarat par terre, d'attaquer les ports du sultanat indien, lesquels reviendraient *in fine* aux domaines du Safavide.³⁴

²⁹ Gaspar CORREIA paraphrase son contenu dans *Lendas*, II, chap. XLIII, pp. 358-359.

³⁰ Voir António Vasconcelos de SALDANHA, *Justum Imperium. Dos Tratados como Fundamento do Império dos Portugueses no Oriente*, Lisbonne, 1997, pp. 356-374.

³¹ Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLIII, pp. 358-359. En réalité, la missive donnée à Miguel Ferreira reprenait les instructions qui avaient été confiées en 1510 au premier envoyé, Rui Gomes de Carvalhosa, victime d'empoisonnement à Ormuz. Selon ces instructions, on proposait au Châh d'attaquer la Mecque en traversant l'Arabie; Albuquerque attaquerait par mer, remontant la mer Rouge jusqu'à Jeddâh. Le gouverneur se proposait encore de conquérir Aden et d'envahir les territoires d'Ormuz (Bahreïn, Qâtif), jusqu'à Bassorah. La jonction des deux alliés devrait se faire, dans l'apothéose, à Jérusalem (texte détaillé des instructions à Carvalhosa dans CA, II, 1898, pp. 79-83). Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. X, pp. 70-72, paraphrase la lettre d'Albuquerque confiée à Carvalhosa (pp. 70-71) et les instructions (pp. 71-72).

³² Dans la version de Gaspar Correia, la seule différence entre la lettre confiée à Carvalhosa et la lettre confiée à Ferreira, c'est que dans la première (*Lendas*, II, chap. X, p. 71) le chiffre était de six mille hommes, et dans la seconde de vingt mille (*Lendas*, II, chap. XLIII, p. 358).

³³ Sur celui-ci, voir *supra*, la note 31.

³⁴ CA, II, p. 80.

Les sources

Contrairement à bon nombre d'audiences dans l'Europe médiévale ou moderne, celles de Miguel Ferreira ou de Fernão Gomes de Lemos avec Châh Esma'îl de Perse ne sont pas connues par des correspondances ou des dépêches échangées directement entre ces ambassadeurs et leur commanditaire. Si l'on accepte le principe de la disparition d'une partie de la documentation diplomatique, il n'en est pas moins certain que celle qui subsiste s'attache prioritairement aux enjeux des négociations, et consigna le déroulement de la négociation diplomatique dans sa généralité. De plus, cette documentation fut incorporée postérieurement dans une littérature idéologiquement très connotée, dont font partie les grandes chroniques officielles de l'expansion portugaise et la biographie officielle consacrée à Afonso de Albuquerque.³⁵ En dépit de quelques «effets de vérité» parfois saisissants, nous sommes donc en présence d'objets textuels, de représentations des entretiens, orientées selon des finalités d'ordre politique. En conclusion, les informations transmises par les chroniques imposent des recoupements incessants avec les rares pièces d'archives disponibles. Or celles-ci posent encore un autre problème, car leur intérêt se porte en priorité sur l'inventaire des présents protocolaires et sur les dépenses liées aux préparatifs des ambassades. Quelques mentions éparses ne consignent que les dates des arrivées et des départs des ambassadeurs.³⁶

Ces lacunes sont compréhensibles. Formée à l'image de la rudimentaire chancellerie portugaise de l'époque, la chancellerie de l'*Estado da Índia* à l'aube du XVI^e siècle, au demeurant peu étudiée dans ses différents aspects, était par ailleurs soumise à des conditions matérielles particulières. Son fonctionnement étant sommaire,³⁷ elle éprouvait déjà des difficultés à répondre aux besoins considérables en matière de traductions simultanées, de transcriptions des entretiens ou de traduction des actes et des traités de paix³⁸ en

³⁵ Voir les *Comentários*, rédigés par Brás de Albuquerque, le fils aîné du gouverneur.

³⁶ Voir des exemples dans deux lettres, l'une adressée par Albuquerque à D. Manuel et l'autre adressée à Duarte Galvão, datées de 1514 et du 4.XII.1513, respectivement (CA, I, lettre CVIII et CA, I, lettre XLI), p. 398 et pp. 240 et 242). À propos des présents envoyés au Châh (ou échangés avec ses ambassadeurs), et du paiement des membres des missions diplomatiques, voir les différentes lettres relatives à la délégation de Fernão Gomes de Lemos en 1515, dans CA, II, pp. 145, 146, 147, 148, 149. Parmi les pièces exceptionnellement conservées d'un autre type, voir par exemple les instructions, dont il est question dans le présent article, confiées à Rui Gomes de Carvalhosa. Se reporter également, à titre comparatif, au *regimento* donné à l'ambassadeur Duarte Catanho auprès de la Sublime Porte (1540-1541): Dejanirah COUTO, «Itinéraire d'un marginal: la seconde vie de Diogo de Mesquita», *Arquivos do Centro Cultural Calouste Gulbenkian*, XXXIX, 2000, pp. 9-35.

³⁷ Voir Dejanirah COUTO, «The Interpreters or *linguas* in the Portuguese Empire during the Sixteenth Century», Goa, 2005, pp. 171-183.

³⁸ A propos des traités, se reporter à Júlio Firmino Júdice BIKER, *Collecção de Tratados e Concertos de Paz que o Estado da Índia Portuguesa fez com os Reis et Senhores com quem teve Relações nas Partes da Ásia e África Oriental desde o Princípio da Conquista até ao fim*

langues asiatiques. Cette chancellerie était également caractérisée, au moins à ses débuts, par des déplacements fréquents.

Ainsi, à l'exception du texte de Gil Simões, le secrétaire de l'ambassadeur Fernão Gomes de Lemos, dont il existe plusieurs copies manuscrites de longueur inégale conservées dans les bibliothèques portugaises,³⁹ nous ne disposons actuellement, pour la période chronologique qui nous intéresse, et pour les relations avec la Perse, d'aucun autre compte rendu complet de première main, distinct des chroniques, rédigé à la première personne par l'un des acteurs des audiences.⁴⁰ Cela étant, le texte de Gil Simões (à l'image de la relation relative à l'ambassade de Baltasar Pessoa, rédigée en 1523 par António Tenreiro, l'agent secret de D. João III), sacrifie également aux *topoi* de la littérature des voyages.

Le processus de médiation textuelle est patent dans le récit de l'audience de Miguel Ferreira vue par le chroniqueur Gaspar Correia. Si la genèse du texte de Correia nous échappe, si nous ne pouvons pas élucider le processus d'écriture ni reconstituer l'espace intime de l'auteur, nous savons, en contrepartie, que Correia, secrétaire d'Afonso de Albuquerque, eut accès aux instructions données à l'ambassadeur, à ses notes personnelles, à son carnet de voyage (aujourd'hui disparus), et peut-être à des témoignages oraux des membres de la délégation, mais ne privilégia qu'une infime partie des informations concernant la mission.⁴¹ Il s'en est servi en général pour écrire sa digression sur l'ambassade – de même que João de Barros, le chroniqueur de l'«impérialisme» manuelin, Fernão Lopes de Castanheda ou Damião de Góis utilisèrent la relation de Gil Simões pour rédiger les chapitres relatifs à la mission suivante, celle de 1515.⁴²

Entièrement acquis à la cause du gouverneur, sachant que les choix politiques et militaires d'Albuquerque étaient contestés en Inde et au Portugal, Gaspar Correia, entreprit de faire subtilement son apologie et de justifier ses initiatives diplomatiques.⁴³ C'est en toute logique qu'il privi-

do Século XVIII, Lisbonne, 1881-1887; Antonio Vasconcelos de SALDANHA, *Justum Imperium*, notamment le chapitre IV, «As matrizes do relacionamento internacional», pp. 353-366.

³⁹ Sur les différentes versions du manuscrit voir *infra*.

⁴⁰ L'ambassade de Baltasar Pessoa (1523-1524) n'a pas été reçue en audience: la délégation portugaise s'est limitée à assister à une partie du banquet de *Nôrouz* (nouvel an iranien). Sur celle-ci, voir Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História*, II, chap. XLVI, pp. 227-228 et chap. XLVII, pp. 228-229.

⁴¹ Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLVIII, pp. 417: «*Posto que Miguel Ferreira contou outras muytas cousas, e cada dia contava, escrevi estas que me parecerão que abastava*».

⁴² João de BARROS, *Ásia, Segunda Década*. X, chap. V, p. 438. Barros a résumé le récit de Gil Simões, sous prétexte que la description du voyage de l'ambassade au jour le jour serait fastidieuse pour le lecteur.

⁴³ Voir Joaquim Candeias da SILVA, *O Fundador*, pp. 189-204; sur le dessein d'Albuquerque, se reporter à João Paulo Oliveira e COSTA et Vítor Luís Gaspar RODRIGUES, *Portugal y Oriente: El Proyecto Indiano del Rey Juan*, Madrid, 1992, pp. 80-98, ainsi qu'aux différentes contributions réunies par João Paulo Oliveira e COSTA et Vítor Luís Gaspar RODRIGUES, *A Alta Nobreza e a Fundação do Estado da Índia*, Lisbonne, 2004. Sur l'opposition à Albuquerque, Catarina Madeira SANTOS, *Goa*, pp. 113-128.

légia l'entretien de l'ambassadeur d'Albuquerque avec Châh Esma'îl. Aux yeux du narrateur omniscient et *dominus temporis acti*,⁴⁴ l'audience, espace éminemment théâtral configuré par la mise en scène, illustre mieux que nulle autre séquence de négociation la symbolique du Pouvoir. Elle seule pouvait rehausser le prestige du gouverneur, dans la mesure où son envoyé personnel avait été honorablement reçu par un monarque puissant. Dès lors, Gaspar Correia s'attacha à teinter sa description d'une majesté compassée, à occulter de possibles divergences, et à instaurer une réciprocité de vues entre les deux acteurs – l'envoyé et le monarque – réciprocité factice qui ne correspondait pas à la réalité, comme les événements allaient le démontrer. Destinée à faire oublier la situation inconfortable de l'ambassadeur et à «exorciser» les enjeux réels de la négociation, la description de l'audience (mettant à l'honneur des termes connotés avec la somptuosité et la splendeur du despote oriental)⁴⁵ exprime un rapport de force entre idéal et imaginaire. Albuquerque était demandeur de la négociation, mais il n'était pas souhaitable qu'il apparaisse en position d'infériorité face à Esma'îl. Destiné à faire du Châh un souverain du même rang que le roi du Portugal, digne d'une alliance diplomatique de grande envergure, l'accent mis sur la sophistication de l'étiquette safavide demeure ainsi un élément capital du dispositif textuel monté par Gaspar Correia. De son côté, et dans le même but, Fernão Lopes de Castanheda, plus subtil, emploie pour décrire l'audience de 1515 le registre inverse de l'intimisme, de la familiarité, et de la complicité entre Esma'îl et la délégation portugaise.

L'audience de Miguel Ferreira

Escorté par l'ambassadeur persan qui l'avait accompagné depuis l'Inde et par l'ambassadeur de Bîjâpûr, Miguel Ferreira fut probablement reçu en audience à Tabriz au Printemps 1514.⁴⁶ En dépit de son agacement, des

⁴⁴ Armindo de SOUSA, «Os Cronistas e o Imaginário no século XV (Breve Reflexão sobre a Crónica enquanto Discurso)», *Revista de Ciências Históricas, Universidade Portucalense*, IX, 1994, pp. 43-47.

⁴⁵ Voir, à propos du Sultan ottoman, Lucette VALENSI, *Venise et la Sublime Porte: la naissance du despote*, Paris, 2005, pp. 43-48; Jocelyne DAKHLIA et Lucette VALENSI, «Le spectacle de la Cour: éléments de comparaison des modes de souveraineté au Maghreb et dans l'Empire Ottoman», *Soliman Le Magnifique et son temps, Süleymân the Magnificent and his Time*, Gilles Veinstein (éd.), Paris, 1992, pp. 145-157.

⁴⁶ Les sources portugaises ne s'accordent pas sur le lieu de l'audience. Correia parle de Chîrraz, or la cour safavide, en dehors des périodes d'été, résidait à l'époque à Tabriz. Le Châh avait été à Ispahan pendant l'hiver 1514 (Jean-Louis BACQUÉ-GRAMMONT, *Les Ottomans, les Safavides et leurs voisins. Contribution à l'histoire des relations internationales dans l'Orient islamique de 1514 à 1524*, Istanbul, 1987, p. 130). La description du palais, avec ses «balcons, ses fenêtres, ses tours de pierre sculptées et peintes surmontées de flèches dorées» et de son gigantesque *Meydân*, «deux fois plus grand que le Rossio de Lisbonne» évoque aussi bien Ispahan que Tabriz. De son côté, António Tenreiro décrit en 1523 le palais de Tabriz comme un bâtiment en albâtre et en marbre sculptés avec de riches vitraux «uns paços mui lavrados, feitos de alabastro ou

proportions prises par l'«affaire d'Ormuz» et des enjeux représentés par les sultanats de l'Inde, la curiosité d'Esma'îl l'emporta. On sait qu'il manifesta quelque intérêt à l'égard des prouesses militaires d'Albuquerque, dont il prit connaissance par ses ambassadeurs au Gujarat et au Deccan. Il fut également informé de l'échec de la mission de Rui Gomes de Carvalhosa.⁴⁷ En réalité, il ne «se réjouissait pas d'avoir un si puissant ami que le roi du Portugal»,⁴⁸ mais son statut de protecteur des minorités, et sa superbe coutumière,⁴⁹ lui faisaient proclamer que «les seigneurs musulmans d'Asie lui envoyaient leurs ambassadeurs, et aussi les *frangues* qui habitaient le Ponant, désireux de solliciter son amitié». ⁵⁰ Il chargea ainsi l'un de ses capitaines d'accompagner l'ambassadeur et confia celui-ci à la garde de son médecin personnel et ami intime, le très puissant Mowlâna Alâuddîn Muhammad Shîrâzi, lors que Miguel Ferreira fut empoisonné, par un esclave qu'il avait fait punir, ou qu'il avait puni, pendant le voyage vers Tabriz.⁵¹

Une fois arrivé dans la capitale, après avoir constaté le nombre impressionnant de gens d'armes qui assuraient la garde dans la grande cour dallée du palais, l'envoyé portugais monta au premier étage et fut conduit dans une antichambre somptueuse aux murs et au plafond peints en or et en argent. De nombreux courtisans et plusieurs ambassadeurs, dont certains venaient de lointains royaumes asiatiques, attendaient l'audience.

En compagnie de ce groupe de diplomates, dont faisait certainement partie l'ambassadeur persan, l'envoyé de Bîjâpûr, et quelques autres dignitaires, il fut ensuite convié dans une autre pièce, entièrement décorée de très belles fresques et couverte de tapis (*alcatifa*). C'est ici que courtisans et

marmore daquela terra, nuito fino, e de muitas vidraças ricas»: António TENREIRO, *Itinerários*, chap. XV, p. 29. Néanmoins, la description de la ville, entourée d'une triple enceinte fortifiée percée de quarante portes ne correspond pas ni à l'une ni à l'autre de ces agglomérations. Il se peut que ce soit une description fictive destinée à mettre en évidence la puissance des domaines du Châh: Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLVIII, pp. 411 et 413; voir également Ronald Bishop SMITH, *The First Age of the Portuguese Embassies, Navigations and Peregrinations in Persia (1507-1524)*, Bethesda, Maryland, 1970, p. 20.

⁴⁷ Rui Gomes de Carvalhosa fut probablement empoisonné sous l'ordre du vizir Hâwga Âtâ, qui ne souhaitait pas des relations diplomatiques entre les Portugais et le Safavide. Voir *supra*, la note 31 et CA, I, Lettre CVIII, (1514), pp. 398: «*O xeque Ismael fora certificado como lhe eu enviara messageiros e recado e foram tomados em Ormuz*»; sur les circonstances de ces échanges diplomatiques, Damião de Góis, *Chronica*, III, chap. LXVII, p. 316; Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLIII, p. 356.

⁴⁸ Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História*, I, chap. CXXXVIII, p. 826: «*folgava muyto de ter por amigo hu rey tão poderoso como ho de Portugal*».

⁴⁹ Sur sa forfanterie, voir le commentaire de Jean AUBIN dans «L'avènement», p. 56.

⁵⁰ Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História*, I, chap. CXLVI, p. 844. Le commentaire serait intervenu lors de l'ambassade de 1515 conduite par Fernão Gomes de Lemos: «*não somente os senhores mouros Dasia lhe mandavaos seus embaixadores, mas ainda os frangues que habitavão em ponente lhos mandavão desejando sua amizade*».

⁵¹ Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLVIII, pp. 412-413; Roberto GULBENKIAN, «Les ambassades portugaises en Perse au début du XVI^e à la fin du XVII^e siècle (sic)», *Estudos Históricos*. II. *Relações entre Portugal, Irão e Médio-Oriente*, Lisbonne, 1995, p. 14.

ambassadeurs présents exécutèrent tour à tour leurs révérences, en se prosternant et en posant leurs mains sur le visage.⁵²

Dans la mesure où il apportait une missive d'Albuquerque pratiquement identique à celle qui avait été confiée antérieurement à Rui Gomes de Carvalhosa, Ferreira apportait également, annexées à la lettre, les instructions qui avaient accompagné Carvalhosa consignait des détails relatifs au comportement à adopter lors de l'audience.⁵³ En réalité, l'intérêt pratique de ces instructions était très relatif. Les Portugais ne connaissaient pas l'étiquette de la cour shî'ite, marquée par l'idéologie religieuse *kızılbaş*, et les moeurs nomades de la culture turkmène chamaniste. Si certaines normes de sociabilité, puisées dans les contacts des Lusitaniens avec les cours des sultans du Maghreb, s'appliquaient aussi bien aux cours sunnites qu'aux shî'ites – s'entretenir sur les armes et les chevaux, ne pas cracher par terre pendant les entretiens, ne pas marcher chaussé sur les tapis – d'autres, comme l'interdiction de boire du vin ou de deviser avec les femmes⁵⁴ ne s'appliquaient pas à la cour safavide. Les femmes, selon la tradition turkmène, côtoyaient les hommes et participaient aux banquets, avant que ceux-ci ne dégénèrent parfois en orgies masculines.⁵⁵ Quant au vin, il coulait à flots pendant ces réceptions, égayées par des chanteurs et des musiciens, et Châh Esma'îl étant le premier à en consommer immodérément, comme la mission de 1515 en a témoigné.⁵⁶

Connaissant les dispositions respectives du gouverneur de l'*Estado da Índia* et de Châh Esma'îl, la nature du contentieux qui les opposait, et le contenu de la lettre d'Albuquerque, il est difficile de savoir quels espoirs l'audience suscitait dans l'esprit de l'ambassadeur. Il semble toutefois qu'il

⁵² Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLVIII, pp. 413-414. Sur le rituel de la cour ottomane voir Maria Pia PEDANI, «Doni e Enseigne del Potere concessi dai Sultani Ottomani ai Principi Romeni nel Cinquecento», *L'Italia e l'Europa Centro-Orientale attraverso i Secoli. Miscellanea di Studi di Storia Politico-Diplomatica, Economica e dei Rapporti Culturali*, Cristian Luca, Gianluca Masi e Andrea Piccardi (éds.), Braila-Venezia, 2004, pp. 117-132.

⁵³ Ces instructions de «civilité» ont dû être récupérées après le décès de Rui Gomes de Carvalhosa. L'ambassadeur était prié, entre autres, de respecter strictement les us et coutumes locales («*nom fazer erro nos costumes da terra*») (Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLIII, p. 358). Les *apontamentos*, considérés par Gaspar Correia comme «des instructions remarquables» (*notavel regimento*), étaient plus développés: *ibid.*, p. 357. A comparer avec le manuel du parfait diplomate occidental du XVII^e siècle dans Eugène GRISEILLE, «Un manuel du parfait diplomate au dix-septième siècle», *Revue d'histoire diplomatique*, 28, 1915, p. 775: «Doibt estre diligent de sçavoir les particularitez de la Cour».

⁵⁴ Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. X, p. 72 «(que) por cousa d'este mundo lhe nom viesse a tentação de mulher»; *ibid.*, chap. XLIII, p. 358: «sobre todalas cousas se guardasse de conhecer molher».

⁵⁵ Sur les excès d'ordre sexuel lors des banquets décrits par les sources persanes, voir Jean AUBIN, «L'avènement», pp. 52-54. Sur la présence des femmes pendant les réceptions, cf. la description de celles de Timûr LANG dans *La route de Samarkand au temps de Tamerlan. Relation du voyage de l'ambassade de Castille à la cour de Timour Beg par Ruy Gonzáles de Clavijo 1403-1406*, Lucien Keren (éd.), Paris, 1990, p. 225.

⁵⁶ Sur ses états d'ébriété, Jean AUBIN, «L'avènement», pp. 48-52.

fut conscient de la marge de manœuvre limitée dont il disposait. Confiant dans l'effet de son image et sachant que les courtisans de Châh Esma'îl voyaient un Portugais en chair et en os pour la première fois,⁵⁷ il investit davantage dans l'apparence que dans la persuasion de son discours, s'efforçant de communiquer une image valorisante de lui-même. Faisant sienne la formule perspicace employée par les persans – «l'amitié des rois réside dans les ambassadeurs»,⁵⁸ – il se fia en sa prestance,⁵⁹ et s'habilla pour l'audience d'un élégant habit de satin rouge, d'une toque cramoisie piquée d'une plume blanche et, détail d'un extrême raffinement qui ne pouvait échapper à œil subtil des courtisans, d'une paire de chaussons en satin rouge, de manière à ne pas fouler les tapis de l'estrade royal les pieds nus.⁶⁰

Si Miguel Ferreira devait impressionner le Châh par son apparence et par l'apparat de sa tenue européenne, il s'apprêtait également à dissiper son mécontentement par une grande déférence. On lui avait fermement ordonné d'afficher un maintien modeste, voire contrit, et de se distinguer des autres ambassadeurs par la profusion de ses révérences et par son obséquiosité.⁶¹ Telle était la situation lors qu'il fut escorté jusqu'à la salle d'audience par le médecin du Châh, Mowlâna Alâuddin Muhammad Shîrâzi,⁶² et par un autre très puissant personnage, le *vakîl* Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni.⁶³

⁵⁷ Le fait est souligné par Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. X, p. 72, à propos de la mission échouée de Carvalhosa: «*por ser o primeyro portuguez que fôra ante o Xequesmael*».

⁵⁸ La formule, utilisée dans le texte de Gil Simões, a été reprise par Stefan HALIKOWSKI-SMITH, «The Friendship of Kings», p. 109.

⁵⁹ Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLIII, p. 357, indique qu'il était de bonne apparence physique: «(...) *homem cavalleiro de boa disposição e parecer de pessoa*».

⁶⁰ Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLVIII, p. 413; Correia décrit minutieusement les habits des membres de la délégation, dont ceux de l'interprète (*lingoa*) João Caldeira. Rappelons que la mission se composait de quatre portugais, plusieurs valets et quatre esclaves et qu'elle disposait de mille *pardaus* d'or. Un document d'archives fait état de la présence au sein de la délégation, d'un certain João Machado, peut-être le renégat bien connu de l'Inde Portugaise: AN/TT, CCII, 56, 35, édité dans CA, II, p. 142. Damião de Góis indique «trente hommes à cheval», *Chronica*, III, chap. LXVII, pp. 317.

⁶¹ Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. X, p. 71. Faite d'abord à Rui Gomes de Carvalhosa, la recommandation était aussi valable pour Ferreira.

⁶² Mowlâna Alâuddin Muhammad Shîrâzi «était à la cour le plus proche du Châh» et avait le pas sur la plupart des émirs. Sa mort en 1519, près de Kâshân, affecta profondément Esma'îl: Jean AUBIN, «L'avènement», pp. 65 (citant KHONDIMIR, *Habib os-siyar* et Qâzi Ahmad QAZVINI, *Nosakh-e Jahân-ârâ*).

⁶³ Éléments de sa biographie dans Jean AUBIN, «L'avènement», p. 64-65; sources persanes mentionnées également par Jean Aubin (Qâzi Ahmad QOMI, *Cholâsat ot-tavarikh*, Ehsan Eshrâqi (éd.), Téhéran, 1359-1363, p. 151). Il apparaît comme *wakîl* (*gozil* ou *guazil*) dans Gaspar Correia (à propos de l'ambassade Ferreira), mais, selon Jean-Louis Bacqué-Grammont, il ne fut nommé *vakîl-e saltane* ou *'etemâdo-ddowle* fin 1514 en remplacement d'Amîr Nacmo-ddîn 'Abdo-l-bâkî tué à Tchâldirân. Il reçut en bénéfice Kâshân et des revenus d'un montant de 250.000 ducats faisant de lui un des dignitaires les plus riches du royaume. Il était aussi *tüfekci başı* puisque la fabrication des arquebuses était de sa responsabilité: *Les Ottomans*, p. 165, note 647 et p. 192.

Le texte de Gaspar Correia se développe ensuite en plusieurs scènes, qui investissant la distance rituelle, convergent toutes vers une idée centrale: la sacralité du monarque safavide, célébré comme l'hypostase d'Ali divinisé, envoyé par Dieu pour conduire au Paradis ses adeptes fanatisés. C'est ce personnage, communicant avec l'Au-delà à travers la dévotion *kızılbaş*, que Correia entoure d'un lourd protocole de façon à mettre en évidence ses pouvoirs charismatiques et mystico ésotériques, puissamment relayés par les témoignages des rares occidentaux, tels l'italien Giovanni Rota ou le déserteur français, de passage dans le camp du Châh en 1504 et en 1507 respectivement.⁶⁴

L'économie du récit s'articule ainsi en deux mouvements complémentaires: le premier relève du voyage initiatique, symbolisé par le franchissement successif des portes et des salles par l'ambassadeur, en route vers l'Élu.⁶⁵ Dans le second, il est question de l'adoration statique du monarque, dans laquelle communie l'ensemble des dignitaires présents – adoration brisée seulement par la profération de la parole royale.

Au terme de son trajet, Miguel Ferreira fut introduit dans l'antichambre royale, richement décorée de brocarts et de velours, soit par le *vakîl* Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni, soit par le *nâzer-e divân-e a'lâ*, Çayân Soltân Ustajalu. Un *ishik aghasî-bashî-ye divân-e a'lâ*, c'est-à-dire, le maître de cérémonies, était très probablement présent.⁶⁶

Selon le texte de Correia, le souverain se trouvait dans une pièce attenant, plongée dans l'obscurité. L'antichambre était peu illuminée, et l'ambassadeur, après sa révérence, ne put distinguer que les silhouettes immobiles des courtisans assis sur les tapis, rangés le long des murs. Le Châh, assis devant la porte, trônait sur une estrade recouverte d'étoffes d'or. L'interprète fut d'abord prié de rester en dehors de l'antichambre, mais il semble qu'on appela à nouveau, car tandis que le *vakîl* murmurait discrètement à l'ambas-

⁶⁴ Jean AUBIN, «L'avènement», pp. 38-40.

⁶⁵ Le texte privilégie la théâtralité de la scène: les portes avaient été ouvertes en enfilade les unes après les autres: «(...) e o Xequismael estava em outra além, de que as portas todas estavam abertas huma em direita d'houtra». Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLVIII, p. 414.

⁶⁶ Le *nâzer-e divân-e a'lâ* était le «responsable du *Divân* suprême». Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLVIII, p. 414, emploie le terme *regedor*, qu'il semble distinguer de celui de *gozil*. Les deux fonctions étaient très proches, et la charge de *regedor* aurait pu s'appliquer également à Çayân Soltân, la délégation du pouvoir étant dédoublée: Jean AUBIN, «L'avènement», pp. 117-118. D'autre part, il n'est pas impossible que Correia ait confondu le *nâzer-e divân-e a'lâ*, (dans ce cas précis Çayân Soltân Ustajalu) avec le maître de cérémonies, l'*ishik aghasî-bashî-ye divân-e a'lâ* dont nous ne connaissons pas le nom. Reste à savoir toutefois, si à la date mentionnée, la fonction existait déjà avec les attributions qui lui ont été spécifiques dans les périodes ultérieures: en 1539 le «Maître de cérémonies» était Farrokhzad Beg (mais Hoseyn Qoli Beg Shamlu et Mohammad Soltan Dhul'Qadr ont pu occuper également les mêmes fonctions). En 1561-1562, il est identifié avec Amir Gheyb Beg Ostajalu: voir *Dastur al-Moluk – A Safavid State Manual*, Willem Floor & Mohammad H. Faghfoory (éds.), Costa Mesa, California, 2007, pp. 144-145.

sadeur le protocole à suivre, le jeune interprète, à genoux, traduisait ses paroles.⁶⁷

La gestuelle de révérence ouvre le second mouvement du texte, et renvoie symboliquement à la position ambiguë des Portugais dans la négociation. En effet, prié de s'asseoir sur le tapis de l'estrade royale, Miguel Ferreira, qui commença par faire une grande révérence «à l'occidentale», en mettant un genoux à terre, ne puit se maintenir longtemps dans cette position inconfortable⁶⁸ Voyant son embarras, le Châh lui ordonna de s'asseoir plus commodément «à la persane» sur le tapis, posture dévolue aux femmes – et aux efféminés – dans la mentalité des Portugais de l'époque.⁶⁹ Contraint d'adopter une identité «persane», et après une nouvelle révérence, Ferreira écouta ensuite le propos royal, traduit par Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni. Le contenu du dialogue n'est pas rapporté par Gaspar Correia, mais il a dû se limiter à un bref échange de politesses, Esma'îl ayant questionné l'ambassadeur sur son état de santé. Avec une flatterie adaptée aux circonstances, Miguel Ferreira répondit que la rencontre du souverain lui avait fait recouvrir la santé, et qu'il se trouvait, par cette seule vision, plus honoré que tous les Portugais de l'Inde.⁷⁰ La séquence prit fin sur un geste mettant bien en évidence la sacralisation et le statut d'intouchabilité du souverain:⁷¹ après avoir été dégagée d'un carreau de tissu, la lettre d'Albuquerque fut levée respectueusement très haut par Ferreira, rendue à Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni, qui la donna ensuite au monarque.

⁶⁷ Le déplacement de l'interprète pendant l'audience est assez confus dans le texte de Gaspar Correia. A-t-il mal fondu ses fiches d'après les notes de l'ambassadeur? L'identité de l'interprète n'est pas claire non plus. On a vu que délégation incluait un interprète portugais, João Caldeira, mais on a peut-être donné à Miguel Ferreira un interprète persan.

⁶⁸ Dans le contexte des ambassades et contacts diplomatiques luso-asiatiques, le geste de l'obéissance au souverain mérite une analyse plus fouillée. Sans approfondir la question, il est clair que texte de Correia ne choisit pas entre représentation de la révérence «à l'européenne» et la «prostration à l'orientale» (la tête touchant le sol). Si l'on se tient à la pratique décrite dans le *Dastur al-Moluk*, Correia ne mentionne réellement aucune des révérences pratiquées à la cour de Châh Esmâ'il. Voir également *infra* la prostration mentionnée par Gil Simões (note 105).

⁶⁹ En 1515, lors de la signature du traité de paix à Ormuz, Albuquerque écrit à D. Manuel que le jeune roi et sa cour s'assoient par terre sur des coussins «comme des femmes»: Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História*, I, chap. LXIII, p. 353. La pédérastie des persans donna occasion à de multiples commentaires dans les sources portugaises du début du XVI^e siècle. Voir, pour ne citer que deux exemples, Tomé PIRES, *A Suma*, p. 152: «*E asij geerallmente os mouros sam putoz homde meto os persyanos*», et Duarte BARBOSA, *O livro de Duarte Barbosa*, Maria Augusta da Veiga e Sousa (éd.), Lisbonne, 1996, p. 152: «*(...) tanto que antre si soíam ter mancebia d'homens, nefando pecado*». Sur la question, voir aussi Jean AUBIN, «Le royaume d'Ormuz», p. 160.

⁷⁰ Cette traduction pose problème. S'agit-il d'une fiction de Gaspar Correia pour répondre aux attentes de son public, ou bien l'entretien eut lieu dans une langue connue des deux parties – l'italien ou l'arabe, par exemple – dont Ferreira et Mirzâ Châh Hoseyn pouvaient avoir quelques rudiments?

⁷¹ Voir Jean-Paul ROUX, *Le roi, Mythes et symboles*, Paris, 1995, pp. 113-116.

Dans une parfaite synchronisation, quelqu'un ouvrit alors une porte ou une fenêtre dans la pièce. L'ambassadeur put discerner, dans un éblouissement, les murs recouverts d'or et la figure du Safavide, trônant comme une image divine au centre de la cour céleste: placé sous le registre de la Révélation, le passage de l'ombre à la lumière, de l'invisibilité à la visibilité du souverain était au cœur du dispositif de préservation de son mystère.⁷² Ébloui par cette vision, contraint par l'imposant cérémonial, Miguel Ferreira n'eut donc pas l'occasion de développer ses arguments ni de présenter D. Manuel comme un «monarque très riche et puissant, propriétaire de deux mines d'or, seigneur de la côte africaine de l'Afrique du Nord jusque dans l'océan Indien, suzerain de milliers de vassaux, et pourvoyeur de flottes contre le Turc en Méditerranée».⁷³ En effet, une fois la lettre entre les mains d'Esma'il, l'ambassadeur fut immédiatement congédié et repartit par le même chemin flanqué des deux dignitaires qui l'avaient accompagné.⁷⁴

De quelle manière convient-il d'interpréter cette brève audience? A la lumière des pratiques diplomatiques de la cour safavide? En raison du contentieux avec les Portugais? Ou bien à l'aune d'événements sans rapport avec cet antagonisme? Probablement pour les trois raisons, mais la dernière mérite que l'on s'y attarde. Miguel Ferreira arriva à la cour safavide à un moment très particulier. En avril 1514, le conflit avec les Ottomans avait pris de l'ampleur et semblait s'acheminer vers un dénouement militaire inéluctable.⁷⁵

⁷² La question est étudiée par Max MILNER, *L'envers du visible. Essai sur l'ombre*, Paris, 2007, p. 43: «c'est le divin lui-même qui se revêtira d'obscurité, dans la mesure de la disproportion entre sa «superessence» et les moyens d'appréhension dont l'homme dispose». Rota écrivait au Doge Leonardo Loredano en 1504-1505 à propos du Châh: «il est adoré des siens comme un prophète, et pour plus de réputation, il ne se laisse voir que le visage couvert et voilé». Giovanni Morosini, qui a recueilli le témoignage du français déserteur de 1507, suite au passage de celui-ci par le campement d'Esma'il, s'exprime dans ces termes: «il a vu des gens d'armes faire la prière dans son pavillon. Le Sofi, la tête couverte (*veluta capite*) était au milieu d'une grande couronne et cerclé des principaux Persans du camp»: Jean AUBIN, «L'avènement», p. 39 et Marino SANUTO, *I Diarii di Marino Sanuto*, vol. VII, Venise, 1882, p. 530.

⁷³ Tel qu'il se présentait lui-même déjà dans les instructions de 1510 confiées à Carvalhosa (CA, II, pp. 80-81); Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. X, pp. 70-71. Sur D. Manuel et la question turque, António Manuel LÁZARO, «Novas do Turco sam viindas per vya de Rodes», *Algumas Notas sobre a Circulação da Informação no Princípio do Século XVI, As ordens Militares e as Ordens de Cavalaria na Construção do Mundo Ocidental – Actas do IV Encontro sobre Ordens Militares*, Lisbonne, 2005, pp. 401-402; voir aussi en général, Luís Filipe F. R. THOMAZ, «L'idée impériale manueline», *La Découverte, le Portugal et l'Europe*, Paris, 1990, pp. 35-103.

⁷⁴ La version des *Comentários*, qui mentionne une grande audience avec le Châh, et des entretiens à de multiples reprises, est fausse. Le monarque se serait informé «s'il y avait des chevaux au Portugal». Il aurait posé également des questions sur les *cartazes* (les sauf-conduits de navigation imposés par les Portugais dans l'océan Indien) et donné son accord au plan d'Albuquerque: *Comentários*, IV, chap. XIX, pp. 284-286. Curieusement, aucun texte portugais ne fait mention de présents faits à l'occasion de cette audience.

⁷⁵ Selim a dû envoyer sa déclaration de guerre d'Izmit autour du 23 avril. Celle-ci fut reçue à l'ordu à la mi-mai. En mars 1514 le Châh était à Ispahan, où il fêta le *Nôrouz*. Il se dirigea

Celui-ci eut réellement lieu quelques mois plus tard, en août 1514, lors de la bataille de Tchâldirân, qui se solda par la défaite des forces safavides.⁷⁶ Tout en n'induisant pas de rupture dans le règne – «la mutation eut lieu en 1508, avec la destitution des chefs historiques du mouvement *kızılbaş* et l'encaement de la société turkmène par l'administration persane»⁷⁷ – la bataille allait brider inéluctablement l'élan expansionniste du monarque safavide et de ses adeptes *kızılbaş*.

L'une des deux missives de Châh Esma'îl, apportée par son ambassadeur Hwâga Alî Jehan (*Coje Alijão*)⁷⁸ – l'une était adressée au roi du Portugal, l'autre à Albuquerque – lors du retour de Miguel Ferreira à Ormuz, laisse toutefois entrevoir la nouvelle direction prise par la négociation. Fernão Lopes de Castanheda donna copie de la traduction portugaise de la lettre à D. Manuel, sans qu'il soit possible de juger de sa fidélité au texte d'origine.⁷⁹ Cela étant, la traduction met en évidence une information significative, confirmée par une courte missive conservée dans les *Cartas de Affonso de Albuquerque*: le Châh y demandait à Albuquerque l'envoi de quelques experts en artillerie, qu'il était disposé à payer à n'importe quel prix.⁸⁰

Rédigé dans l'imminence de l'affrontement avec le sultan ottoman Selim I^{er}, ce point de détail révèle que le Châh, relativement démuni en canons et autres armes à feu,⁸¹ a pu accorder quelque crédit aux offres

ensuite à Tabriz. A la mi-avril, les Persans étaient au courant des mesures d'extermination des sympathisants *kızılbaş* en Anatolie: Jean AUBIN, «L'avènement», p. 58.

⁷⁶ Tchâldirân a donné origine à une abondante bibliographie: voir, entre autres, Jean-Louis BACQUÉ-GRAMMONT, *Les Ottomans*, pp. 147-174. Voir l'intéressant exposé sur les raisons de la bataille et le déroulement de celle-ci dans la relation de Gil Simões, Bibliothèque nationale du palais d'Ajuda, Lisbonne, ms. Ajuda, 50-V-21, f.149v-150.

⁷⁷ Jean AUBIN, «L'avènement», p. 112.

⁷⁸ Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História*, I, chap. CXXXVIII, pp. 826-827. Castanheda déclare que *Coje Alijão* était le messager de l'ambassadeur et non l'ambassadeur lui-même. Selon Damião de Góis, *Chronica*, III, chap. LXVII, p. 317, l'ambassadeur était Ebrâhîm Bonat (*Peirim Bonat*), mais les sources portugaises font souvent confusion, et orthographient mal, le nom des ambassadeurs d'Esma'îl pendant cette période.

⁷⁹ Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História* I, chap. CXXXVIII, pp. 826-827. La lettre adressée à D. Manuel remerciait aussi l'accueil prodigué par Albuquerque aux ambassadeurs du Châh en Inde.

⁸⁰ Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História* I, chap. CXXXVIII, p. 827: «(...) mandaim e algus mestres bombardeiros, & eu os contentarey como eles quiserem». Sur la même question, voir la lettre du Châh, non datée, mais qui doit se rapporter à la mission Miguel Ferreira dans CA, II, p. 252 (BNL, ms. Coleção Vimieiro, cod.Y, 2, 51, f.59v).

⁸¹ La constatation est faite aussi bien par les sources occidentales que par les sources persanes: l'issue de la bataille de Tchâldirân a montré les difficultés des troupes safavides en matière d'usage d'armes à feu. Voir, à ce sujet, le document E 5874 de Topkapı, résumé par Selâhattin Tansel. Un autre rapport (document E 6320, paraphrasé par Tansel), rédigé par Hâdim Sinân Pasa, Bıyıklı Mehmet Pacha ou l'un des gouverneurs locaux d'Anatolie orientale suite à la bataille d'Eski Koç Hisâr (1516), rapport concernant l'espion 'Ali, dirigé à Biyıklı Mohamed Pacha, *bey* d'Erzincân, et à Selim I, indique que les persans tiraient mal («ils se brûlent qui les yeux, qui le visage»), à l'exception des janissaires transfuges: «(...) *verûb anlar*

d'Albuquerque.⁸² D'autre part, s'il ne renonça pas à régler le contentieux de la *muqarrarîya* d'Ormuz, il se plaça à son tour en position de demandeur en donnant aux Portugais de l'autonomie dans la négociation. On peut supposer que si la question des experts en artillerie ne fut pas évoquée lors de l'audience de 1514, celle-ci a tout de même fait l'objet d'entretiens ultérieurs lors du séjour de Miguel Ferreira à Tabriz. En attente de l'autorisation de départ,⁸³ l'ambassadeur y séjourna deux mois, pendant lesquels, outre un voyage en Arménie, il fut promené par l'intendant (*vedor*)⁸⁴ du royaume qui lui fit visiter les défenses de la capitale.

En effet, des entretiens informels, autre modalité de communication politique, se sont certainement déroulés lors de la grande «battue à la mongole», l'un des divertissements les plus affectionnés par Esmâ'il, au cours duquel des centaines d'animaux, fauves et gibier, étaient massacrés dans un enclos. Invité à cette chasse, où il se rendit accompagné de son interprète, Miguel Ferreira eut finalement l'occasion de s'entretenir avec Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni «des choses du Portugal» à l'arrière du cortège royal.⁸⁵

Malgré un retour quasi triomphal – l'ambassadeur retourna à Ormuz, chargé de présents et de 500 *ashrafî* témoignant de la prodigalité d'Esma'il (et peut-être de son espoir d'obtenir des experts en artillerie) – les négociations n'avaient pas évolué, et le contentieux politique s'était même aggravé. Sans respect pour le *statu quo*, Albuquerque mit à nouveau le cap sur Ormuz, dont il s'empara définitivement en 1515.⁸⁶ De son côté, Châh Esma'il se trouva dans une situation complexe. Vainqueurs à Tchaldirân, les Ottomans ne relâchèrent pas leur pression, et selon l'avis (probablement tendancieux) des annalistes persans, dont celui de l'un des fils du Châh, le prince Sâm

yanında dur bunlardan gayrı Mîrzâ Şâh Hüseyin nâm kimesne tüfekci başısı dûr iki bin tüfek eşletmiş dûr ammâ yigirim yeniçeri kaçub gelmiş dûr anlar atarlar gayrısı tüfek atmak bilmezler», Jean-Louis BACQUÉ-GRAMMONT, *Ottomans et safavides au temps de Sâh Isma'il*, Thèse de doctorat d'état (École nationale des langues orientales), I, Paris, 1980, pp. 189-190.

⁸² Quelques allusions dans les textes portugais laissent entendre que le Châh aurait même pensé à «recruter» Albuquerque comme un vulgaire mercenaire (*Comentários*, IV, chap. XIX, pp. 285). Cela étant, la question de l'envoi d'arquebusiers portugais en Perse n'est toujours pas éclaircie. Marino Sanuto, en lettre à Francesco Zaccaria (Nicosia, 27.I. 1517), évoque un compromis, dans lequel Ormuz serait échangé pour de l'aide en artillerie (Marino SANUTO, *I Diarii di Marino Sanuto*, vol. XXV, p. 382); Jean-Louis BACQUÉ-GRAMMONT, *Les Ottomans*, pp. 133-137. En 1508, le Châh demanda des fondeurs de canons et des experts en artillerie aux Vénitiens: *ibid.*, pp. 138 et 193-195.

⁸³ L'épisode romanesque de la femme «de la maison» d'Esma'il envoyée à l'ambassadeur pendant son séjour peut être lu comme une tentative de séduction pour le faire entrer au service du Châh: Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLVIII, pp. 415.

⁸⁴ L'annexe au rapport de Gil Simões donne une liste des émoluments des notables du royaume, dont ceux du *vedor* d'Esma'il, Qidir Sôltan (*Soltão Quidir*); le trésorier du Châh, Badijan Beg (*Bedijam Beça*) est également mentionné, *CA*, II, pp. 247-248. Sur ce dernier voir *infra*.

⁸⁵ Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLVIII, p. 416.

⁸⁶ Sur les événements relatifs à la seconde conquête, voir A. Dias FARINHA, «A Dupla Conquista», article déjà mentionné, et la lettre de Pero de Alpoim a D. Manuel, éditée par le même A. Dias FARINHA, «Os Portugueses», pp. 35-38 (AN/TT, *Fragmentos*, cx. 4, 1, 87 (118)).

Mirzâ, de 1515 jusqu'à sa mort en 1524, le Châh, désabusé, «passa son temps en divertissements, sans rien faire de remarquable». Le chroniqueur Qomi va plus loin: après la défaite (dont il ne faut pas exagérer la portée sur la situation intérieure du royaume)⁸⁷ le Châh, dit-il, se mit à consommer davantage d'alcool, encouragé par son compagnon de fortune, Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni: il «ne rêvait plus de conquérir le monde, la débauche et l'alcoo-lisme ont entraîné son affaiblissement physique et sa mort prématurée».⁸⁸

Afonso de Albuquerque ignorait l'étendue de ces événements, mais il est certain que le nouveau «coup de force» sur Ormuz ne pouvait qu'accroître le mécontentement d'Esma'îl, d'autant plus que le Gouverneur, dans une des manœuvres dont il était coutumier, limita immédiatement l'entrée des persans de qualité dans les territoires d'Ormuz, interdisant le transport maritime des délégations safavides de plus de cinquante personnes vers l'Inde. Il reçut néanmoins l'ambassadeur persan, et comme celui-ci lui remit une lettre de Châh Esma'îl, écrite sur feuille d'or et des cadeaux (dans la tradition musulmane du *nazr*),⁸⁹ il s'empessa de lui envoyer une nouvelle délégation, conduite cette fois-ci par Fernão Gomes de Lemos.

Contrairement à la mission de Miguel Ferreira, celle-ci partit en Perse en possession de nombreux présents. Manifestement, au-delà de l'adaptation aux normes de la diplomatie orientale à laquelle les Portugais furent contraints de souscrire, il s'agissait, par l'accumulation de dons, de dissiper les préventions relatives au donateur et de gagner la confiance malmenée de son interlocuteur. Cette nouvelle ambassade de «réparation» devait répondre également à l'inquiétude liée à l'exercice de la parole, pallier ses insuffisances et prévenir les manipulations que la traduction favorisait spécifiquement.⁹⁰ Un tel exercice, qui scellait «le passage de l'hostilité à l'alliance, de l'angoisse à la confiance, de la peur à l'amitié»,⁹¹ visait également à préparer la nouvelle audience, manière de signifier symboliquement la réciprocité indispensable à la consolidation de l'alliance politique.

⁸⁷ Voir l'observation de Jean AUBIN, «L'avènement», p. 111.

⁸⁸ Jean AUBIN, «L'avènement», p. 48. Voir également le jugement de Selim I^{er} sur lui: «toujours ivre à en perdre la raison et totalement inattentif des affaires du monde»: *ibid.*, p. 63 note 258 (citant Sa'deddin, II, p. 275, dans Jean-Louis BACQUÉ-GRAMMONT, *Les Ottomans*, pp. 84-86).

⁸⁹ La lettre était enroulée dans le turban de l'ambassadeur: Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. XLIX, p. 424. Les présents consistaient en environ quatre cents pièces d'étoffes (taffetas, damas tissés de roses d'or, brocarts, satins et *brocadilhos* de soie), quatre chevaux, deux panthères de chasse, une bassine et une aiguière en or, des turquoises, une dague et un sabre et une *abbayâ* de brocart qui avait appartenu à Châh Esma'îl. Nous disposons également de trois billets de paiement (*mandados*) relatifs aux cadeaux faits à l'ambassadeur d'Esma'îl (60 *pardaus*) et au brahmane, envoyé du *Sava'i* de Bijâpûr entre 1513 et 1515: CA, VII, pp. 73 (Goa [2.III.1515], CXXXI). L'émissaire de l'ambassadeur reçut par ailleurs deux tonneaux de vin (CA, VII, p. 102, [Cochin, 10.XII.1515], CXCI), et l'ambassadeur lui-même du beurre et des poules (CA, VII, p. 104 [Panaji, 17.XII.1513], CXCVII).

⁹⁰ Voir Christian GEFFRAY, *Trésors. Anthropologie analytique de la valeur*, Strasbourg, 2001, p. 77.

⁹¹ L'expression est de Lévi-Strauss: cf. également Christian GEFFRAY, *Trésors*, p. 77.

Fernão Gomes de Lemos, qui s'était proposé à Albuquerque comme ambassadeur au vu de la manière dont Châh Esma'îl avait gratifié Miguel Ferreira, quitta Ormuz le 5 mai 1515⁹² et se présenta l'été de la même année, à l'estivage de Maragheh (*Maragoa*) dans le nord-ouest iranien, à l'est du lac de Rezâye, suivi d'une délégation de 15 personnes, dont le déjà mentionné Gil Simões, auteur de la relation de l'audience.⁹³ Quant aux présents, ils étaient censés surpasser en richesse ceux du Safavide. On retiendra, en réponse évidente aux souhaits d'Esma'îl, l'importance accordée aux armes les plus variées dans l'inventaire de Gil Simões.⁹⁴ Le convoi apportait en effet deux canons (un fauconneau et «un chien de métal») six arquebuses, un jeu d'armes blanches, deux cuirasses dans leur écrin de velours cramoisi avec leurs escarcelles, une épée avec poignée et garde en or et un fourreau de velours noir avec des boutons de fil d'or et des houppes en soie torsadée verte. A ces armes on avait encore ajouté des ceintures garnies d'or, un poignard en or teint d'indigo avec sa ceinture, deux piques recouvertes en partie d'or battu, un jeu d'armes blanches, quatre arbalètes, et une dague

⁹² La relation de Gil Simões, ms. Ajuda 50-V-21, f.138, indique le 5 mai. Le départ de l'ambassadeur avec huit chevaux et de riches présents (*presente honrrado*) est signalé par la lettre déjà mentionnée de Pero de Alpoim à D. Manuel, A. Dias FARINHA, «Os Portugueses», pp. 36-37. Les *Comentários* donnent la date du 10 août (IV, chap. XL, p. 364), et Gaspar Correia indique que la décision d'envoyer l'ambassade eut lieu en juin (*Lendas*, II, chap. LI, p. 442). De son côté, João de Barros mentionne le 11 mai (*Asia, Segunda Década*, X, chap. V, p. 438).

⁹³ Nous suivons dans le présent article la version inédite, la plus complète, du ms. du *Palácio Nacional de Ajuda*, Ajuda 50-V-21, ff.137-151v. Il existe une autre version, appartenant vraisemblablement à la même «famille» du manuscrit d'Ajuda: BNP (*Biblioteca Nacional de Portugal*), *Fundo Geral*, ms. 7658. Deux autres versions (avec des lacunes) ont été encore publiées dans CA: dans le vol. I, la version tronquée du ms. *Alcobaça* n° 475, f.176 (BNP), pp. 391-394, ne contient que la description du voyage avant l'arrivée à l'ordu. Dans le vol. II, la version du ms. *Vimeiro* Y-2-51, f.45v (BNP), pp. 233-250, plus longue, mais encore avec quelques coupures, se présente comme une variante de celle d'Ajuda. Fernão Gomes de Lemos était accompagné de l'ambassadeur en second, João de Sousa, de l'interprète Gaspar Pires, d'António Fernandes, le meilleur arquebusier de l'Inde portugaise, de l'ambassadeur d'Esma'îl, Ebrahim (*Bairim*) Bonat et d'Ebrahim Beg, seigneur de Diager: João de BARROS, *Asia, Segunda Década*, X, chap. V, p. 437. Gaspar Pires était aussi apothicaire (Damião de Góis, *Chronica*, III, chap. LXVII, p. 317) et nouveau-chrétien. Il fut chargé de plusieurs missions diplomatiques en Inde: à Honavar en septembre 1512 et auprès du Nizâm al-Mulk en avril 1524 (Jean AUBIN, «Ormuz au jour le jour à travers un registre de Luís Figueira, 1516-1518», *Le latin et l'astrolabe, Recherches sur le Portugal de la Renaissance, son expansion en Asie et les relations internationales*, II, Lisbonne-Paris, 2000, p. 401 et note 48).

⁹⁴ Celui-ci ne mentionne pas les cadeaux faits à Fernão Gomes de Lemos par Albuquerque: selon Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. LI, p. 444, Lemos reçut des étoffes de satin, des étoffes d'écarlate très fines, des étoffes de velours noir et jaune et 10.000 réis pour s'habiller. Plusieurs pièces d'archives datées de 1515 (Ormuz) attestent des dépenses effectuées lors du départ de l'ambassade: un *mandado* de paiement à João Machado devait couvrir ses dépenses pendant le voyage; un autre concernait les 10.000 réis reçus par l'ambassadeur. 5.000 réis furent donnés à João de Sousa, l'ambassadeur en second; Gil Simões reçut 3.000 réis et l'interprète qui escortait l'envoyé d'Esma'îl plusieurs habits et des chaussures. L'ambassadeur persan fut gratifié de plusieurs cargaisons d'épices (gingembre, poivre, clou de girofle, cannelle) et d'un fardeau de sucre: CA, II, pp. 142-147.

avec des ceintures en or «à l'asiatique» (*arelhana*). L'éventail d'armes était complété d'un bonnet pointu à la manière *Kızılbaş* (en velours noir cloué de cent quatre-vingt-un rubis sertis d'or), et des pierres précieuses en vrac ou montées sur des bijoux (rubis, diamants, émeraudes, turquoises, perles, ambre). Un trésor de monnaies d'or du Portugal, de Goa et de Malacca, des cargaisons d'épices (poivre, gingembre, clou de girofle, cannelle, sucre, cardamome, benjoin), du cuivre, de l'étain, et des toiles de lin très fines (*beatilhas*) du Bengale conféraient une touche moins somptueuse, mais plus utilitaire, aux dons d'Albuquerque.⁹⁵

Contrastant avec la richesse de ces présents, qui symbolisaient parfaitement l'attitude défensive des Portugais et leurs efforts pour se racheter vis-à-vis des persans, la matière diplomatique mettait cruellement en évidence l'impasse des négociations. Face au mécontentement du Châh, l'offensive portugaise était maintenant présentée par Albuquerque comme une initiative destinée à ramener la paix au sein de la maison royale d'Ormuz, et à libérer le jeune roi Tûrân Châh IV, prisonnier de son dignitaire Ra'îs Ahmed.⁹⁶ Selon le chroniqueur João de Barros, les instructions patentes de 1515 ne comportaient que des propositions générales de guerre contre le Turc et le sultan du Caire, réitérant à nouveau la proposition d'offensive concertée telle qu'elle avait été formulée antérieurement. En effet, à la lecture de ces instructions (*regimento*), il est question à nouveau du prestige du Safavide, de l'offre de services de la part des Portugais – incluant la mise à disposition des hommes, de l'artillerie, des forteresses et des possessions lusitaniennes en Inde – et de la recherche de chrétiens en terre persane, que l'on espérait pouvoir envoyer à Rome en passant par le Portugal.⁹⁷ Cela étant, la proposition qui figurait dans les instructions à Carvalhosa – consistant à envoyer les ambassadeurs d'Esma'îl à D. Manuel, «seigneur des mers de l'Inde jusqu'à Constantinople» –,⁹⁸ ne fut pas reprise dans le *regimento* à Fernão Gomes de Lemos. Elle figure seulement dans la lettre d'Albuquerque qui l'accompagnait.⁹⁹

⁹⁵ Ms. Ajuda, 50-V-21, ff.138-139. CASTANHEDA, *História*, I, chap. CXLV, p. 841. Castanheda a recopié la liste en enlevant quelques détails mineurs.

⁹⁶ Sur cet épisode, voir João de BARROS, *Asia, Segunda Década*, X, chap. V, pp. 430-436 ainsi que la lettre de Pero de Alpoim à D. Manuel, AN/TT, *Fragmentos*, cx. 4, 1, 87, déjà mentionnée, dans António Dias FARINHA, «A dupla conquista», pp. 467-468. Cf. les propositions d'Albuquerque dans João de BARROS, *Asia, Segunda Década*, X, chap. V, p. 438. João de Barros est le seul à évoquer la question d'Ormuz, omise par les autres chroniqueurs.

⁹⁷ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.137-137v. Texte complet dans CA, I, pp. 389-390. La comparaison des deux textes (*regimento* Carvalhosa/Ferreira, CA, I, pp. 79-83, et *regimento* Lemos, CA, II, pp. 389-390) laisse supposer l'utilisation de la même minute en tant que matrice des deux textes.

⁹⁸ Pour suivre cet itinéraire, les ambassadeurs persans étaient invités à passer par Istanbul(!) ou par Ormuz: CA, I, pp. 388 et 389 (lettre CVII); le paragraphe est plus détaillé dans les instructions à Rui Gomes de Carvalhosa (CA, II, p. 83); Jean-Louis BACQUÉ-GRAMMONT, *Les Ottomans*, p. 129.

⁹⁹ CA, I, p. 389 (Lettre CVII). Les raisons de cet omission nous échappent. Elle est peut-être révélatrice de la façon dont le rédacteur du *regimento* a travaillé.

La relation de Gil Simões ne s'attarde pas sur le véritable contentieux de l'affaire, et celui-ci ne figure ni dans les instructions diplomatiques, ni dans la lettre personnelle d'Albuquerque. Mais nous savons par les *Comentários d'Afonso d'Albuquerque*, que le Gouverneur reçut l'ambassadeur d'Esma'îl à la veille du départ de Fernão Gomes de Lemos, et que ce même ambassadeur envoya à Albuquerque un mémorandum de quatre questions par l'intermédiaire de Miguel Ferreira. Nous connaissons par ailleurs le contenu de celui-ci, grâce aux réponses légèrement comminatoires du gouverneur, consignées par l'auteur des *Comentários*. A la revendication safavide de percevoir les droits des caravanes transitant entre Ormuz et la Perse (*muqarrarîya*), Albuquerque répondait que les dépenses d'Ormuz, aggravées par le tribut à payer au roi du Portugal étaient énormes et que les finances du royaume ne sauraient prendre en charge un tel tribut. Habilement, le gouverneur esquivait la demande suivante, qui pourtant répondait à l'offre qu'il avait lui-même faite antérieurement: mettre ses navires au service du Châh pour assurer un passage des troupes persanes vers les oasis de la rive arabe, domaines d'Ormuz. Albuquerque acquiesçait à la demande, à condition, toutefois, que cela ne serve de prétexte à la conquête de ces territoires. Il donnait aussi son accord à la troisième sollicitation, celle d'une aide militaire contre le seigneur du Makrân (*Maçaram*), en rébellion contre la ville de Gwâdar (*Guardar*) mais à condition également que cette dernière région ne rivalise pas avec Ormuz.¹⁰⁰ Finalement, la quatrième demande safavide n'était pas acceptée non plus sans restrictions. Comme Esma'îl souhaitait disposer d'un port franc sur la côte occidentale de l'Inde, et demandait le droit d'ouvrir un comptoir à Ormuz, on lui donnait l'accord pour l'ouverture du comptoir, à condition que celui-ci soit à Goa, sous peine d'amendes et de confiscation des biens de ses marchands. Pour amoindrir la portée de ses refus, et rééquilibrer la négociation, Albuquerque faisait une ultime contre-proposition: elle consistait à renvoyer en Perse des gens «blancs», c'est-à-dire dire les soldats faits prisonniers à Goa et dans d'autres royaumes de l'Inde. En prenant de l'effet, la mesure, survenue dans la foulée de la défaite safavide à Tchâldirân, pouvait être utile à la réorganisation des cadres militaires et au recrutement de nouveaux contingents de l'armée safavide.¹⁰¹

¹⁰⁰ *Comentários*, IV, chap. XXXIV, p. 342 et XL, pp. 361-362. Voir Jean-Louis BACQUÉ-GRAMMONT, *Les Ottomans*, p. 131: «que les marchandises iraniennes arrivant d'Ormuz ne seraient pas transportées au-delà de ce point».

¹⁰¹ *Comentários*, IV, chap. XL, pp. 363-364. Jean-Louis BACQUÉ-GRAMMONT, *Les Ottomans*, pp. 132-133, met en relation les tentatives du Safavide d'étendre son commerce vers l'Arabie et l'Inde et le fait que les frontières ottomanes lui étaient fermées.

«L'amitié des rois réside dans les ambassadeurs»: l'audience de Fernão Gomes de Lemos

Tandis que le texte de Gaspar Correia sur l'audience de Tabriz s'efforçait de mettre en évidence la puissance et le degré de raffinement de Châh Esma'îl au travers de la splendeur du cérémoniel de cour, le récit de Gil Simões (qui a inspiré João de Barros, Fernão Lopes de Castanheda, et Damião de Góis) adopte une stratégie antinomique. Il s'agissait de prouver que les relations diplomatiques entre Portugais et Persans s'inscrivaient désormais dans un cadre régulier, et que cette régularité supposait naturellement l'informalité et la complicité, comme synonymes d'une communication privilégiée entre deux alliés potentiels. Le cadre de l'audience se prêtait aussi à la démonstration: contrairement à celle de Tabriz, le théâtre de la négociation n'était plus le palais, mais le gigantesque campement du Châh, entre terroirs cultivés et hauts pâturages.

Fernão Gomes de Lemos et la délégation furent en effet reçus au campement du Châh (*ordu*) probablement vers le 23 août 1515.¹⁰² Dès leur arrivée, l'ambassade portugaise fut conviée à une réception donnée par Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni en compagnie de divers ambassadeurs et courtisans, parmi lesquels figurait l'envoyé de Géorgie, et peut-être Châh Rôstam Beg Lur.¹⁰³ Accompagné d'instruments de musique, arrosé de vins capiteux, le somptueux banquet à la manière du *bazm* iranien,¹⁰⁴ dura toute la journée jusqu'au soir.

D'après la chronique de Fernão Gomes de Castanheda, et le récit concordant de Gil Simões, c'est alors que les Portugais aperçurent le Châh, au retour de sa partie de chasse. Mais ce premier contact ponctué par de cérémonieuses révérences (les Portugais saluèrent cette fois-ci le Safavide en se prosternant aux pieds du monarque comme tous les présents) fut mis en relief par un détail pittoresque, un «effet de vérité», destiné à souligner la

¹⁰² Selon Gil Simões, la délégation arriva avant le 20 juillet aux alentours de Kâshân. Elle passa auparavant près de la pyramide des têtes de cerfs dressée par Châh Esma'îl, à deux jours de marche au nord d'Ispahan (António Tenreiro, *Itinerários*, chap. IX, pp. 22, passa également en vue de cette pyramide en 1523). Le 20 juillet les Portugais étaient reçus à Kâshân, qu'ils quittèrent vers le 30 juillet, l'*ordu* étant à dix jours de la ville (Ms. Ajuda, f.141v). Castanheda déclare que l'ambassade partit d'Ormuz le samedi 5 mai (même date dans Gil Simões et Damião de Góis) et qu'elle arriva à Kâshân le 20 juillet et au campement le 23 août (CASTANHEDA, *História*, I, chap. CXLIII, p. 837). Damião de Góis, *Chronica*, ne donne plus de dates précises au-delà du début du voyage (mois de juin), IV, chap. IX, pp. 395-397. Voir également R. Bishop SMITH, *The First Age of the Portuguese Embassies, Navigations and Peregrinations in Persia (1507-1524)*, Bethesda, Maryland, 1970, p. 44.

¹⁰³ L'identification est hasardeuse, car ce «*rey dos Lores*» (Lorestân?) que Jean Aubin a identifié comme étant le roi de Lâr a pu être également le seigneur de Lâhâjân (dans le Gilan), qui apparaît pourtant dans la relation de Gil Simões sous le nom de *Lajoer* (f.152v). R. Bishop Smith n'a pas d'identification à proposer, mais soupçonne qu'il s'agirait de Lori en Géorgie (*The First Age*, p. 45).

¹⁰⁴ Sur cette modalité de banquet, voir Jean AUBIN, «L'avènement», pp. 50-51.

familiarité qui se développait entre Portugais et Persans et à renvoyer une image d'Esma'îl beaucoup moins figée que celle de l'audience antérieure. On apprend ainsi que Mîrzâ Châh Hoseyn Esfahâni vint saluer le Châh avec un bonnet portugais sur la tête, et que le souverain ôta sa cape de soie verte doublée de peaux de renard et l'offrit à l'ambassadeur, avec quelques truites pêchées de sa main.¹⁰⁵

En prélude à l'audience, les cadeaux envoyés par Afonso de Albuquerque furent ensuite présentés au Safavide. Il appartenait à Mîrzâ Châh Hoseyn Esfahâni d'organiser la cérémonie, ce qu'il fit avec un grand sens de l'apparat. Une fois déchargés des chameaux, les cadeaux rapportés défilèrent devant la tente royale, à la vue du souverain, le mercredi qui a suivi le banquet.¹⁰⁶ L'audience eut lieu immédiatement après, à l'intérieur de la même tente. Flanqué de courtisans, parmi lesquels le prince de Gilân, un frère de Çâyâ Soltân, capitaine de sa garde personnelle, l'ambassadeur géorgien et Dûrmîsh Khân Shâmlû, *vakîl* d'Hérat dans le Khûrâsân,¹⁰⁷ Esma'îl trônait sur l'estrade recouverte de tapis et de coussins, devant un bassin où nageaient des truites.

Rien ne permet de penser que l'«affaire» d'Ormuz fût abordée lors de cet entretien, mais l'ensemble d'échanges symboliques, gestuelles et verbales, intervenues à cette occasion, lui confère une importance certaine, révélatrice de l'évolution des relations entre les deux interlocuteurs. En effet, après le rituel des prosternations à «l'orientale» auxquels les Portugais sacrifièrent exceptionnellement,¹⁰⁸ et la remise de la lettre d'Albuquerque, l'audience fut émaillée par deux incidents cocasses. Ainsi, lors de la présentation des membres de la délégation, Châh Esma'îl n'arrivant pas à épeler que le nom «Fernão Gomes de Lemos», exigea sur le champ que l'on donne ce nom à Mîrzâ Châh Hoseyn Esfahâni. Le deuxième incident, intervenu suite au questionnement très convenu sur l'âge de D. Manuel, le nombre de ses enfants, le nombre de princes de la Chrétienté (et de la péninsule Ibérique en particulier), l'âge du Pape et le statut politique d'Albuquerque, eut lieu pendant que le souverain examinait avec soin les armes apportées par les Portugais. Facétieux – souvent assez brutalement – il se divertit à faire mettre la lourde armure occidentale de Gil Simões à un de ses capitaines et eut grand plaisir

¹⁰⁵ CASTANHEDA, *História*, I, Chap. CXLV, p. 841; Gil Simões, Ms. Ajuda, 50-V-21, f.142v. Gil Simões embrassa le sol trois fois à cette occasion; on l'avait armé du jeu d'armes blanches et on le fit désarmer devant le Châh (f.143). Ms. Ajuda, 50-V-21, f.144.

¹⁰⁶ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.143.

¹⁰⁷ Sur ce personnage appartenant au premier cercle de Châh Esma'îl, auteur de plaisanteries cruelles (*zarâfathâ*), voir Jean Aubin, «L'avènement», pp. 55-56. Sur les fonctions administratives des grands commis de l'État, R. M. SAVORY, «The Principal Offices of the Safawid State during the Reign of Ismâ'il I (907-30/1501-24)», *Bulletin of the School of Oriental And African Studies*, XXIII, 1960, pp. 91-105 (p. 98 sur Dûrmîsh Khân, p. 100 sur Çâyân Soltân). Selon Damião de Góis, Mîr Abu Ishâq était aussi présent: *Chronica*, IV, chap. X, p. 399.

¹⁰⁸ Sur cette question voir *supra* notre observation, note 68.

qu'il tombe à la renverse sans pouvoir se relever.¹⁰⁹ Comme pour prolonger ces moments de détente, les Portugais furent ensuite conviés au banquet donné par le Safavide. Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni se déguisa à nouveau en portugais, disant qu'il était «frangue» (*firangî*).¹¹⁰ Il endossa leurs habits et mit sur la tête un bonnet de velours, orné d'un camaïeu en or à l'effigie de S. Jacques, donné par l'ambassadeur.¹¹¹

Il n'est pas certain que de telles bouffonneries, que les Portugais prirent pour une complicité de bon aloi et pour un signe d'identification avec les Européens, ne furent, pour les Persans, que la manifestation de leur condescendance à l'égard du potentiel «allié» européen. A observer de plus près, cette dernière impression de *misunderstanding* culturel se confirme. En effet, comme il était d'usage dans la tradition turkmène et dans les banquets *kızılbaş*, le vin coula de nouveau à flots. Un capitaine vociférant frappait quasiment qui renâclait à boire, remplissant incessamment les coupes vides de vin pur.¹¹² Conformément à son habitude, Châh Esma'îl fit fort de se montrer le plus grand buveur de l'assemblée, se servant de vin de Chîrâz tantôt dans la calotte crânienne sertie d'or de son adversaire Cheybani Khan (trois quarts de litre)¹¹³ tantôt dans une porcelaine. Dans une ambiance surchauffée, les Portugais furent contraints de suivre l'exemple royal. Ayant maladroitement insinué à un certain moment que le vin de Chîrâz était coupé d'eau, et était donc inférieur au vin portugais, Fernão Gomes de Lemos, humilié, fut forcé de vider la porcelaine royale (ce qu'il ne réussit à faire qu'en s'arrêtant trois fois)¹¹⁴ tandis que Châh Esma'îl, pour départager la qualité des vins respectifs se proposait d'envoyer en Inde quelques cargaisons de vin de Chîrâz à Afonso de Albuquerque.¹¹⁵

¹⁰⁹ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.144: «(...) E mandou armar huu seu capitam e depois mamdou que se asemtasse e asentandosse cayo de costas e nam se pode alevamtar o prazer de xequ ysmuell nam se pode dizer quamdo o vyo jazer e nam se poder alevamtar».

¹¹⁰ Du persan *farangî*, *firinjî* (arabe *ifranjî*, *firanjî*), le terme désignait les européens chrétiens, et les portugais en particulier, en Asie musulmane. Voir Sebastião Rodolfo DELGADO, *Glossário Luso-Asiático*, I, New Delhi, Madras, 1988, pp. 406-407; Luis Filipe F. R. THOMAZ, *Voyage dans les deltas du Gange et de l'Irraouaddy 1521*, Paris, 1988, p. 421.

¹¹¹ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.145. On apprend également (f.145v), que le Châh prit à Hâwga Lejam (*Cojelejam*) une cape «à la musulmane» (donnée par Afonso de Albuquerque) d'étoffe noire ourlée d'or (*bedem*). Celle-ci servit à tailler des chausses à l'européenne. Il s'appropriait également le pourpoint de Gil Simões.

¹¹² Ms. Ajuda, 50-V-21, f.144v.

¹¹³ L'usage de boire dans le crâne de l'ennemi parmi les Turcs d'Asie centrale est attestée à la haute époque: Jean AUBIN, «L'avènement», p. 46. Selon Damião de Góis, il s'agissait d'une coupe en pierre sertie en or, ses propriétés permettant d'éviter l'empoisonnement: *Chronica*, IV, chap. X, p. 400.

¹¹⁴ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.144v.

¹¹⁵ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.145. Dans le manuscrit Vimieiro, à la place de «Xiraz» on lit «peras», ce qui rend le passage totalement incompréhensible (CA, II, pp. 239). Le vin du Portugal, apporté par l'ambassadeur du Châh au retour de Goa, avait d'abord été donné à boire au «grand

L'audience et la réception n'ayant pas permis de débloquent la négociation, Fernão Gomes de Lemos profita du déplacement de l'ordu le 31 août, et du départ de Châh Esma'îl à la chasse, pour demander un entretien à Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni, lui confiant qu'il avait d'«autres choses» à lui communiquer outre la lettre d'Albuquerque.¹¹⁶ Cet entretien informel eut lieu sous la tente de Mirzâ Châh en présence d'un huissier (*algozil*)¹¹⁷ et d'un secrétaire qui consigna par écrit les propos de l'ambassadeur.¹¹⁸ Bien que le compte-rendu de première main de cette audience parallèle ne nous soit pas parvenu, la relation de Gil Simões et les *Comentarios* permettent de reconstituer le contenu de l'entretien et d'en saisir les enjeux.

Les propos de l'ambassadeur et la teneur de la discussion furent immédiatement rapportés à Châh Esma'îl. Le Safavide retourna de la chasse le jeudi 7 septembre, et l'ambassadeur fut convoqué pour obtenir les réponses du monarque le lendemain, le vendredi 8 septembre.¹¹⁹

Contrairement à ce que rapporte Fernão Lopes de Castanheda, le *Xeque Ismael* n'avait fait que gratifier les Portugais. La réponse de Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni, telle qu'elle figure dans la relation de Gil Simões, réclame quelques précisions. Les Persans n'étaient pas tombés dans le piège d'Albuquerque et se répandirent en récriminations, adoptant une argumentation résolument offensive. On signifia à l'ambassadeur les contradictions de son maître, arguant que «les actions ne correspondaient pas aux paroles». Les Portugais ne respectaient pas leurs engagements – une erreur grave dans une culture où les alliances diplomatiques, comme les transactions commerciales reposaient sur la confiance mutuelle – et le Gouverneur portugais n'avait pas hésité à s'emparer d'Ormuz, «possession» safavide, soumise à un tribut auquel le Châh ne renonçait pas.¹²⁰

La proposition d'envoi d'une ambassade à D. Manuel fut donc rejetée, sous prétexte de la longue distance et du temps nécessaire à la réception des

portier» (*porteiro-moor*), qui déclara ne pas savoir si ce vin «était de l'eau, du beurre ou du miel» (f.145). La meilleure description du banquet est celle de Damião de Góis, *Chronica*, IV, chap. X, pp. 399-401. Rapportant le propos des membres de l'ambassade, il déclare que les mœurs des gens de Châh Esma'îl étaient identiques à celles des Russes et des Polonais (p. 401).

¹¹⁶ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.145: «(...) mandou o embaixador dizer ao governador que alem da carta que deu a elrey lhe avia de dizer algumas cousas».

¹¹⁷ *Lalgozil* ou *alguazil* était un huissier, un officier de justice chargé d'exécuter également les décrets d'arrestation dans l'administration portugaise de l'époque.

¹¹⁸ Selon Góis, c'est lors de cet entretien que Fernão Gomes de Lemos fit un exposé des instructions données par Albuquerque (*Chronica*, IV, chap. X, pp. 401-402).

¹¹⁹ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.146.

¹²⁰ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.146. Le montant indiqué (deux mille *ashrafi*), était surtout symbolique. Sur les pratiques commerciales, se reporter à Jean AUBIN, «Marchands de mer Rouge et du golfe Persique au tournant des 15^e et 16^e siècles», *Marchands et hommes d'affaires asiatiques dans l'océan Indien et la mer de Chine 13^e-20^e siècles*, Denys Lombard et Jean Aubin (éds.), Paris, 1988, pp. 83-90.

courriers. Or le Safavide avait envoyé des émissaires à Venise et à Rhodes, mais il est vrai que Venise et Rhodes se trouvaient en première ligne dans le conflit avec l'Empire Ottoman, ce qui n'était pas le cas du Portugal.¹²¹

Tout en annonçant la reprise des hostilités avec les Turcs et un projet d'offensive contre la Mecque (où l'on peut déceler l'influence du dessein grandiose d'Albuquerque) Esma'îl éprouvait un véritable plaisir à mettre Albuquerque à l'épreuve. Puisque le Gouverneur de l'*Estado da Índia* avait promis d'aider le transport des persans vers les oasis de la rive arabe du golfe Persique, le moment était venu de mettre ses paroles en pratique, et de montrer son «amitié». On attendait donc l'appui logistique dont devaient bénéficier les 12.000 hommes des capitaines Ebrahîm Beg (*Braym Beça*) et Badinjan Beg (*Bedijam Beça*).¹²² Pour conclure, il rejeta une demande d'Albuquerque – qui n'émerge pas dans les instructions ou dans sa lettre personnelle à Fernão Gomes de Lemos – consistant à limiter les contacts persans avec le *Sava'i* de Bijâpûr. Au-delà des divergences religieuses, le monde islamique était une vaste communauté de croyants (*Umma*) et il n'était pas question de réduire la migration militaire des persans vers les sultanats indiens. Au mieux, le Châh consentait, en guise d'apaisement, à intercéder auprès du *Sava'i* pour que la paix avec les Portugais de l'Inde, et notamment de Goa ne soit brisée.¹²³

Visiblement vexé de cette réponse, l'ambassadeur se résigna toutefois à retourner à Ormuz les mains vides. Par son intransigeance, Afonso de Albuquerque avait lui-même obéré le résultat des négociations, et son envoyé ne quitta guère le campement jusqu'à ce que Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni s'inquiéta de sa morosité et fit demander ce qui lui déplaisait. En dépit des dénégations de l'ambassadeur, qui réaffirma sa satisfaction pour avoir pu constater la puissance de Châh Esma'îl, la vraie raison de la mise à l'écart volontaire n'échappa pas au *vakîl*, qui entreprit de lui faire visiter Maragheh et la campagne environnante, et le convia ensuite à une chasse «à la mongole», où celui-ci put de nouveau apercevoir le souverain et échanger quelques mots avec lui. En effet, une fois la chasse terminée, le Safavide se désaltéra après

¹²¹ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.146v. Sur les relations avec Venise, se reporter, entre autres, à Giorgio ROTA, «Diplomatic Relations between Safavid Persia and the Republic of Venice, an Overview», *The Turks. 2. The Middle Ages*, Hasan Celal Güzel, C. Cem Oguz, Osman Karatay (éds.), Ankara, 2002, pp. 580-587; Jean-Louis BACQUÉ-GRAMMONT, *Les Ottomans*, pp. 138-140. Ms. Ajuda, 50-V-21, f.146v.

¹²² Ms. Ajuda, 50-V-21, f.146v. La caravane s'arrêta pendant le voyage dans le camp du trésorier Bedijam Beg ou Badinjan Beg (f.140v) (voir *supra*). Ebrahîm Beg avait la garde des chevaux du Châh (f.140); Damião de Góis, *Chronica*, IV, chap. IX, p. 396. Il était en bons termes avec les Portugais, qui l'avaient accueilli à Ormuz en tant qu'ambassadeur: voir la lettre de Pero de Alpoim mentionnée antérieurement (António Dias FARINHA, «Os Portugueses», p. 36).

¹²³ Ms. Ajuda, 50-V-21, ff.146v-147. C'est dans ce sens également qu'il donna l'ordre à ses capitaines du golfe Persique de ne pas contester les ordres d'Albuquerque (ff.146v-147). Même texte, sans variantes, dans Damião de Góis, *Chronica*, IV, chap. X, pp. 402-403.

avoir goûté des concombres et des mûres, et fit demander à Fernão Gomes de Lemos «si le roi du Portugal chassait de la sorte». ¹²⁴

Malgré ce bref échange, et la promesse d'une lettre à Albuquerque sur des questions qui n'avaient pas été évoquées dans l'entretien avec Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni, le malaise persista. La délégation fut invitée à gagner Tabriz, en attendant que le nouvel ambassadeur du Châh, chargé de raccompagner Fernão Gomes de Lemos, soit prêt. Comme il était d'usage, Lemos fut gratifié de 200 *cruzados* et d'une dague garnie d'or. ¹²⁵ João de Sousa, Gil Simões et l'interprète Gaspar Pires reçurent 100 *cruzados* chacun – rémunération relativement modeste, qui fut augmentée grâce à l'entremise de Ebrahîm Beg, le capitaine persan qui avait accompagné les Portugais depuis Ormuz et dont ces derniers appréciaient particulièrement les services. ¹²⁶

On doit par ailleurs à Ebrahîm Beg des informations complémentaires sur le véritable état d'esprit d'Esmâ'il. En effet, avant de quitter Tabriz, l'ambassadeur portugais rencontra le capitaine – apparemment par hasard – dans la résidence de Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni. Il se donnèrent l'accolade à l'européenne – une manière de souligner leur identité de vues et de montrer que la communication n'avait été rompue en dépit de l'échec des négociations ¹²⁷ – et Ebrahîm Beg sonda habilement Fernão Gomes de Lemos, lui demandant si quelque chose lui avait déplu dans l'audience, car l'«amitié des rois était dans les ambassadeurs». L'émissaire portugais finit par avouer sa déception, car le Châh n'avait pas voulu écouter son plaidoyer sur les affaires du Portugal. Ebrahîm Beg le rassura. Après avoir été informé par Ebrahîm, le Châh acceptait de ne pas rompre la négociation et envoyait à Albuquerque un ambassadeur avec des présents. ¹²⁸ Témoignant de la générosité du souverain, six chevaux avaient déjà été préparés. L'un d'eux était destiné à D. Garcia de Noronha, le capitaine portugais de la forteresse d'Ormuz. Les autres cadeaux consistaient en une selle d'or, des habits, des étoffes de soie et de brocart, des abricots, des pignons de pin et des vins de Tabriz. ¹²⁹

¹²⁴ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.147v. Damião de Góis, qui rapporte l'épisode de la chasse ne dit mot sur les circonstances de l'invitation: *Chronica*, IV, chap. X, pp. 403-404.

¹²⁵ Selon le ms. Ajuda, 50-V-21, f.148, 200 *cruzados*. Selon Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História*, I, chap. CXLVII, p. 845, 300 *cruzados*.

¹²⁶ L'ambassadeur reçut 100 *cruzados* de plus et Gil Simões, Gaspar Pires et João de Sousa 50 *cruzados* chacun (ms. Ajuda, 50-V-21, f.148v). Gaspar Correia mentionne une gratification de 1000 *ashrafî* (Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. LI, p. 444). Fernão Lopes de Castanheda se trompe, appelant l'ambassadeur en second «Francisco» et non «João» (Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História*, I, chap. CXLVII, p. 845).

¹²⁷ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.148v: «(...) e se abraçaram como que ouvera muito tempo que se nam viram».

¹²⁸ L'idée était de suggérer une amitié. L'intercession d'Ebrahîm Beg fait penser qu'il escomptait être gratifié à court terme par les Portugais d'Ormuz: ms. Ajuda, 50-V-21, f.149. En réalité, ce capitaine du Châh était aussi un homme d'Albuquerque, qui avait déjà rémunéré ses services (*Comentários*, IV, chap. XXXVIII, p. 356). Voir également *supra*.

¹²⁹ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.149. Damião de Góis donne une liste de présents plus longue, comportant des carafes en or et en argent doré, des bonnets de soie, un heaume en or, des harnais en or et en argent émaillé, des caparaçons en soie, etc. (*Chronica*, IV, chap. XI, p. 406.)

Toutefois, en fonction d'un plan préétabli, auquel ni Mirzâ Châh Hoseyn Esfahâni ni Esma'îl ne furent certainement étrangers, Ebraîm Beg revint à la charge. Dans la mesure où il avait été nommé envoyé du Châh à Bahreïn et à Qâtîf, dit-il, il attendait, lui aussi, et comme promis, qu'Albuquerque lui accorde assistance, et transporte les troupes safavides vers la rive arabe du Golfe. Pris de court, l'ambassadeur employa un subterfuge, car la demande, ainsi formulée, signifiait que les Persans n'avaient absolument pas renoncé à leurs prétentions sur Ormuz, même s'ils semblaient s'accommoder dans l'immédiat de la tutelle portugaise. Il répondit maladroitement qu'Albuquerque était déjà parti en Inde, et qu'en son absence, le capitaine d'Ormuz n'était pas habilité à mettre les embarcations à la disposition des persans.¹³⁰

Châh Esma'îl fut immédiatement averti de la réponse de Fernão Gomes de Lemos. De plus en plus irrité, le souverain fit savoir que la matière à négociation avec Albuquerque n'était au fond «qu'un tissu d'excuses», que tout n'était que manœuvre dilatoire, et qu'il n'avait pas besoin des Portugais: les safavides disposaient d'autres ports en terre ferme iranienne pour acheminer leurs troupes, et de toute manière, sans le poumon d'oxygène du territoire iranien, Ormuz s'étioLERAIT.¹³¹ Le récit de l'ambassade de Gil Simões se conclut de manière abrupte sur cet entretien. De toute évidence, l'auteur avait préféré consacrer le reste de son texte à des questions moins controversées. Les derniers folios du manuscrit portent sur l'histoire de l'avènement politique du Safavide, et seules quelques lignes retracent, à la fin, l'itinéraire de retour de la mission, jusqu'à Ormuz.

Les raisons de ce silence s'expliquent sans doute par le constat d'échec de l'audience, que Simões jugea préférable d'occulter au lecteur.¹³² Tous les chroniqueurs s'y sont employés également avec succès, ne soufflant mot des tiraillements survenus ni de l'impasse de la négociation. La seule exception demeure Gaspar Correia, dont la voix discordante trouve un écho dans un billet de Fernão Gomes de Lemos à D. Manuel.¹³³

D'après Correia, Châh Esma'îl n'avait pas apprécié les présents apportés par Lemos – pourtant adéquats au style de négociation «à l'orientale» – et il

¹³⁰ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.149. Voir également Jean AUBIN, «Ormuz au jour le jour», p. 412.

¹³¹ Ms. Ajuda, 50-V-21, f.149: «(...) *que tudo eram escussas*». Parmi les demandes faites par Esma'îl, l'une des plus importantes était celle du port franc sur la côte du Deccan: Jean AUBIN, «L'avènement», p. 82 et *supra*. Discussion de la question dans Dejanirah Couto, «Albuquerque et le sultanat de Bîjâpûr (1509-1515)», *III Journées du Monde Indien*, UMR 7528, Mondes iranien et indien/Collège de France, Paris, 18 mai 2008.

¹³² La mission fut aussi un échec matériel pour Lemos, qui l'avait sollicité avec empressement dans l'espoir de réaliser un gain substantiel. Dans sa lettre de Cochin du 4.I.1517 à D. Manuel (AN/TT, CC1,21,4, déjà mentionnée et publiée par Richard Bishop SMITH, *The first Age*, p. 93), il déclare avoir abandonné le bénéfice procuré par une nef de 200 tonneaux pour s'acquitter de la mission, dans l'espoir d'une gratification. La mort d'Albuquerque avait fait échouer son projet. On sait que pendant le siège de Goa on lui avait confié le commandement d'une nef (voir *supra*).

¹³³ AN/TT, CC1,21,4. Gaspar Correia maintient son point de vue dans *Crónicas de D. Manuel e de D. João III (até 1533)*, José Pereira da Costa (éd.), Lisbonne, 1992, pp. 105 (f. CCCXX IJ).

avait même envisagé de faire exécuter l'ambassadeur et les membres de la mission.¹³⁴ Présentée par Gil Simões comme une initiative de Fernão Gomes de Lemos, la période d'isolement dans le campement aurait été en réalité celle de l'assignation à résidence.¹³⁵

La mort d'Afonso de Albuquerque ne porta pas de véritable atteinte aux négociations et ses successeurs s'employèrent, dans un style différent, à achever ce véritable «dialogue de sourds». Le Gouverneur et le Safavide avaient été «tous deux soucieux de jauger leurs forces respectives et supputer avec délectation s'il ne valait pas mieux, pour le moment, baiser la main qu'ils se rendaient mutuellement faute de pouvoir déjà la mordre».¹³⁶

En 1522, le *malik* Tûrân Châh IV d'Ormuz, à la recherche d'une alliance régionale qui lui permettrait de se soustraire à la tutelle portugaise, s'adressa à Châh Esma'îl et lui paya la *muqarrariya* qui avait été plus ou moins suspendue depuis 1515. Son successeur Muhammad Châh ne montra pas le même empressement; en 1523, le Safavide, bien qu'en fin de règne, prit des sanctions et bloqua le trafic caravanier, provoquant le marasme des transactions et causant d'énormes préjudices à la douane d'Ormuz. Comme «l'affaire d'Ormuz» semblait sans issue, le gouverneur D. Duarte de Menezes se résigna en 1523 à envoyer à Esma'îl une nouvelle ambassade, celle de Baltasar Pessoa. Les péripéties autour de celle-ci, comme celles des ambassades suivantes échappent au cadre de la présente étude.¹³⁷ On retiendra néanmoins que les Persans, monopolisés par leur conflit avec les Ottomans sur le front Ouest, mais aussi en raison du respect de la traditionnelle indépendance d'Ormuz,¹³⁸ s'accommodèrent à la présence portugaise à Ormuz. Cette installation dicta par ailleurs le maintien des liens diplomatiques, même si les relations devaient demeurer peu cordiales et connaître régulièrement des périodes de tension. Quoi qu'il en soit, l'alliance tant souhaitée par D. Manuel ne vit jamais le jour, mais l'empereur Maximilien II y songea en

¹³⁴ Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. LI, p. 444. Correia nous dit que le Châh se calma, se rendant compte que la forteresse d'Ormuz n'avait pas été «prise par la force». Le soi-disant apaisement d'Esma'îl est une évidente allusion à l'intercession d'Ebrahim Beg.

¹³⁵ Selon Gaspar CORREIA, *Lendas*, II, chap. LI, p. 444, l'ambassade fut assignée à résidence une vingtaine de jours, pendant lesquels le Châh paya l'hébergement et le défraiement des membres de la mission.

¹³⁶ Roberto GULBENKIAN, «Les ambassades», p. 14.

¹³⁷ Sur la mission de Baltasar Pessoa, voir António TENREIRO, *Itinerários*, pp. 3-44 et Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História*, II, chap. XLVI, pp. 227-228 et chap. XLVII, pp. 228-229. L'ambassade de Henrique de Macedo en 1550 est mentionnée par les sources persanes. Se reporter à aux différents chroniqueurs (Eskander Beg MONSHI, *Târikh-e 'Âlam ârâ-ye 'Abbâsî*, Tehran, 1971, I, pp. 116-117; RÜMLÜ, *Ahsan al Tawârikh*, p. 457; QOMI, *Kholaseh*, I, p. 352) mentionnés par Jean Aubin. Nous avons quelques indices concernant la présence d'autres envoyés portugais en Perse avant l'ambassade de Luis Pereira Fidalgo. Voir la lettre d'Aleixo de Carvalho [Goa, 20.XI.1545], AN/TT, CC1, 77, 24, où l'auteur déclare avoir proposé au capitaine d'Ormuz une ambassade à Châh Tahmasp.

¹³⁸ Jean AUBIN, «Le royaume d'Ormuz», p. 141. Du même, «La politique», pp. 27-28.

1565 grâce à son projet *Per viam Portugalensem*.¹³⁹ Le contentieux, qui finit néanmoins par construire une relation diplomatique de longue durée et un style de négociation «luso-oriental» caractérisé par la sujétion des Portugais aux normes de la diplomatie asiatique, se prolongea jusqu'en 1622, date à laquelle Ormuz tomba finalement entre les mains de Châh 'Abbâs Ier et de la *East India Company*.¹⁴⁰

Abréviations

AN/TT = Arquivos Nacionais da Torre do Tombo (Lisbonne)

BARROS, *Asia* = João de BARROS, *Asia. Segunda Década, Dos Feitos que os Portugueses fizeram no Descobrimento e Conquista dos Mares e Terras do Oriente*, éd. L. F. Lindley Cintra, II, Lisbonne, 1988.

BNP = Biblioteca Nacional de Portugal.

CA = *Cartas de Affonso de Albuquerque seguidas de Documentos que as elucidam publicadas de Ordem de Classe de Sciencias Moraes, Políticas e Bellas-Lettras da Academia Real das Sciencias de Lisboa*, éd. R. A. de Bulhão Pato et H. Lopes de Mendonça, I, Lisbonne, 1884.

CASTANHEDA, *História* = Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História do Descobrimento e Conquista da Índia pelos Portugueses*, M. Lopes de Mendonça (éd.), I, Porto, 1979.

CORREIA, *Lendas* = Gaspar CORREIA, *Lendas da Índia*, M. Lopes de Mendonça (éd.), I, Porto, 1975.

Damião de Góis, *Chronica* = Damião de Góis, *Chronica do Serenissimo Senhor Rei D. Emanuel*, Coimbre, 1790.

Ms. Ajuda = Gil Simões, *Biblioteca do Palácio de Ajuda*, Lisbonne, ms. Ajuda, 50-V-21.

¹³⁹ Voir l'étude de Jean AUBIN, «Per viam Portugalensem. Autour d'un projet diplomatique de Maximilien II», *Le latin et l'astrolabe*, pp. 407-446.

¹⁴⁰ Sur la chute d'Ormuz, voir, en général, Willem FLOOR, *The Persian Gulf – a Political and Economic History of Five Port Cities, 1500-1730*, Washington D.C., 2006; João Manuel de Almeida Teles e CUNHA, *Economia de um Império: Economia Política do Estado da Índia em torno do Mar Árábico e Golfo Pérsico (Elementos Conjunturais 1595-1635)*, Dissertation de Mestrado, Université nouvelle de Lisbonne, 1995; Svat SOUCEK, *The Persian Gulf. Its Past and Present*, Costa Mesa, California, 2008, pp. 105-120. Sur les combats en mer, voir Dejanirah COUTO et Rui LOUREIRO, *Ormuz*, pp. 65-113.

UM ESTREITO GLOBALIZADO: A LUTA POR ORMUZ (1622) E A GLOBALIZAÇÃO DAS RELAÇÕES INTERNACIONAIS NO PERÍODO MODERNO*

por

GRAÇA ALMEIDA BORGES**

Introdução¹

Este estudo coloca o seu enfoque na luta pela posse e controlo de Ormuz no primeiro quartel do século XVII. Em 1622, num contexto mais alargado de declínio e de assédio ao seu império asiático, os portugueses perderiam esta importante posição estratégica, conquistada cerca de um século antes, para uma aliança que juntava num mesmo eixo ingleses e persas. O assunto, porém, está longe de dizer respeito apenas à história de Portugal ou do seu império e ainda mais longe de poder ser considerado meramente como um conflito localizado. É um conflito que merece ser analisado à luz de uma pluralidade de problemáticas regionais diversas, nas quais se enquadra e que nele convergem.

* Este trabalho é uma versão adaptada da dissertação de mestrado em História Moderna e Contemporânea, especialização em Relações Internacionais, defendida no ISCTE – Instituto Universitário de Lisboa, a 30 de Outubro de 2008, um trabalho realizado sob a orientação do Professor Doutor José Vicente Serrão do mesmo Instituto, a quem muito agradeço todo o apoio e acompanhamento. Esta versão revista da tese beneficiou ainda dos comentários e sugestões dos Professores Jorge Flores (Brown University) e Rui Manuel Loureiro (Câmara Municipal de Lagos e CHAM), arguentes da mesma, a quem também muito agradeço.

** Doutoranda no Instituto Universitário Europeu e membro do Centro de História do ISCTE-IUL.

¹ No que diz respeito aos arquivos, bibliotecas e colecções de documentos, cumpre referir algumas abreviaturas: BA – Biblioteca da Ajuda; BNL – Biblioteca Nacional de Lisboa; Graça – Miscelâneas Manuscritas do Convento da Graça (Arquivo Nacional da Torre do Tombo); ML – Manuscritos da Livraria (Arquivo Nacional da Torre do Tombo); SV – Colecção de São Vicente (Arquivo Nacional da Torre do Tombo); TT – Arquivo Nacional da Torre do Tombo. Na transcrição das fontes procurou utilizar-se o português corrente. As demais citações e excertos traduzidos para português que se encontrarão ao longo deste trabalho são de autoria e responsabilidade da autora.

Com efeito, na disputa por Ormuz (entenda-se: a ilha, o estreito e, por extensão, o Golfo Pérsico e o Mar Árábico), além da luta entre portugueses e persas, encontramos também uma projecção dos conflitos e rivalidades entre potências europeias (Portugal, Espanha, Inglaterra e Províncias Unidas), aí transpostos para uma dimensão ultramarina. Encontramos ainda reflexos dos conflitos e rivalidades que opunham, em geometrias múltiplas e variáveis, as várias forças islâmicas (principalmente persas, otomanos, árabes, uzbeques, afegãos e mogóis) desse imenso quadro regional que ia desde o Mediterrâneo até ao sub-continente indiano, passando pelo Médio Oriente e pela Ásia Central. E encontramos finalmente, o que é ainda mais significativo, uma intersecção entre essas diversas tensões próprias de quadros regionais tão distintos e, em alguns casos, tão afastados.

Ao juntar numa mesma travessa este vasto leque de potências, oriundas de geografias tão dispersas no mapa mundial, o conflito que envolveu Ormuz no primeiro quartel de Seiscentos adquiriu assim uma escala global. É isso que nos permite formular a hipótese de que este conflito poderá ser tomado como o primeiro grande exemplo do processo de globalização das relações internacionais no Período Moderno. Ao revisitarmos este conflito, o objectivo deste trabalho é assim, em última análise, o de reequacionar o seu significado à luz da problemática da globalização.

O trabalho está organizado em cinco partes. Começar-se-á por procurar perceber a importância económica e estratégica de Ormuz e os interesses que a região do Golfo Pérsico suscitava tanto nas potências regionais como nas europeias a partir do início do século XVI. A segunda parte procurará sintetizar o contexto político quer na Europa, quer no Médio Oriente e Ásia Mogol em finais de Quinhentos, para se perceber as circunstâncias que convergiram no estreito de Ormuz a partir do virar do século. Na terceira parte, o enfoque será dado à gradual aproximação dos persas ao Golfo Pérsico (e a Ormuz, em particular) a partir do início do século XVII, para em seguida, numa quarta parte, se concentrar na chegada de ingleses e holandeses à região e no modo como esta viria a interferir na diplomacia entre as potências regionais e as europeias. Uma última parte ficará reservada para a luta por Ormuz propriamente dita e para o modo como os conflitos, rivalidades e alianças regionais e europeias se cruzaram no estreito de Ormuz no primeiro quartel do século XVII, adquirindo uma dimensão global.

1. Os Portugueses em Ormuz e no Golfo Pérsico no Século XVI

Nos seus 45 quilómetros de diâmetro pouco mais crescia além de sal e enxofre, mas nem por isso Ormuz deixava de invadir o imaginário do mercador quinhentista com a fama das suas riquezas, uma fama apregoada pela palavra de viajantes e cronistas que faziam da minuciosa observação o seu ofício².

² Dos relatos quinhentistas e seiscentistas são muitos os que se encontram hoje disponíveis em edições impressas. Entre eles, os de Duarte Barbosa, Fernão Lopes de Castanheda,

À chegada dos Portugueses à região, no alvorear do século XVI, Ormuz³ era um pequeno reino autónomo que pagava um tributo ao Xá da Pérsia, mas que gozava de autonomia suficiente para que a sua soberania tocasse ambas as margens do Golfo Pérsico. A influência deste «verdadeiro empório na encruzilhada do mundo iraniano, do mundo árabe e do mundo indiano»⁴ alargava-se assim não só a pequenas ilhas quase desertas espalhadas pelo Golfo, como também a ilhas maiores em área, população e riqueza, como Queixome, cuja fertilidade era fundamental para o abastecimento de água e comida a Ormuz, e Barém, famosa pela sua riqueza em pérolas. Alcançava também algumas cidades e feitorias tanto na margem árabe como persa do Golfo, pequenos portos piscatórios no território do Mogostão e algumas cidades marítimas de relevância situadas no Mar de Oman, como Calaiate, Mascate ou Soar⁵.

Mas não era propriamente um domínio territorial que o rei de Ormuz procurava exercer na região. A intensa actividade comercial que caracterizava o porto ormuzino era suficiente para que a sua economia dependesse de si própria e, por isso mesmo, o único domínio que interessava a este soberano era o do tráfego comercial que navegava as águas do Golfo. Aliás, como refere Herzig, Ormuz representa «talvez o exemplo mais puro imaginável de um reino mercante»⁶. Daí que a sua influência se estendesse, essencialmente, a determinados pontos com algum valor estratégico.

Ainda que privilegiando o comércio intra-regional, Ormuz impunha-se também como um entreposto importante no comércio de longa distância. A sua intensa actividade mercantil era fomentada tanto por terra, uma vez

Pietro Della Valle, Tomé Pires e António Tenreiro. Ver o artigo de Vasco RESENDE, «L'Image de l'Islam dans la littérature portugaise des voyages du XVI^e siècle: Les itinéraires terrestres au Moyen Orient», in *Anais de História de Além-Mar*, vol. VII (2006), pp. 107-196.

³ Jean AUBIN deixou uma excelente descrição do reino de Ormuz antes da chegada dos portugueses e nos primeiros anos da sua presença na ilha, no século XVI, no seu artigo «Le Royaume d'Ormuz au début du XVI^e siècle», *Le Latin et l'Astrolabe*, vol. II: *Recherches sur le Portugal de la Renaissance, son expansion en Asie et les relations internationales*, Lisboa-Paris, Centre Culturel Calouste Gulbenkian/Comissão Nacional para as Comemorações das Descobertas Portuguesas, 2000, pp. 287-377. Ver também João Teles e CUNHA, *Economia de um Império: economia política do Estado da Índia em torno do Mar Árabe e do Golfo Pérsico (elementos conjunturais, 1595-1635)*, vol. II, Dissertação de Mestrado, Lisboa, Faculdade de Ciências Sociais e Humanas, Universidade Nova de Lisboa, 1995, pp. 19-21.

⁴ Dejanirah COUTO, «A Conquista de Ormuz», in Dejanirah COUTO e Rui Manuel LOUREIRO, *Ormuz: 1507-1622. Conquista e Perda*, Lisboa, Tribuna da História, 2007, p. 12.

⁵ Para melhor perceber como Ormuz impunha a sua supremacia comercial na região, ver Willem FLOOR, *The Persian Gulf: A Political and Economic History of Five Port Cities, 1500-1730*, Washington D.C., Mage Publishers, 2006, pp. 39-43.

⁶ Edmund M. HERZIG, «Hormuz: 'Ville Sans Antecedents, de Duree Circonscrite' (AUBIN)», in *Bulletin of the British Society for Middle Eastern Studies*, vol. 12, n.º 1 (1985), pp. 3-11, p. 5. O autor, especialista em Estudos Persas, dedicou este artigo à breve vida de Ormuz como centro comercial dinâmico e como cidade propriamente dita. Ver também D. COUTO, «A Conquista...» cit., pp. 12-14.

que importantes rotas caravaneiras⁷ incluíam o mercado ormuzino na sua escala, como por mar, atraindo navios e mercadores de regiões tão diversas como o Mar Vermelho, o Mediterrâneo ou o remoto Sueste Asiático. Este animado fluxo comercial trazia ao pequeno porto à entrada do Golfo Pérsico os mais variados produtos orientais, de especiarias a metais preciosos, de seda a algodão, de pérolas a cavalos, entre tantas outras preciosidades. Nos seus extremos, as rotas que cruzavam o estreito de Ormuz, faziam a ligação entre os mercados da Europa e os do Extremo Oriente.

Dadas as particularidades do reino de Ormuz neste início do século XVI e o seu eco pelo mundo, não é de estranhar que quando Afonso de Albuquerque se aventurou por águas arábicas já tivesse a sua estratégia bem delineada. Nas instruções iniciais do rei D. Manuel I, a prioridade residia na captura de Adém, cuja conquista permitiria bloquear a passagem das mercadorias que transitavam entre o Índico e o Mediterrâneo oriental através do Mar Vermelho. No entanto, as investidas que os Portugueses levaram a cabo contra Adém resultaram malogradas e o *Terrível* acabou por abdicar da conquista desta cidade⁸. Já em relação a Ormuz, Afonso de Albuquerque foi bastante mais persistente, mesmo depois de gorada a primeira tentativa de conquista em 1507. Consciente da sua relevância estratégica, o «leão dos Mares da Ásia»⁹ acabou por conquistar a pequena ilha em 1515, construindo a Fortaleza de Nossa Senhora da Conceição.

A construção de uma fortaleza em Ormuz, uma das mais importantes praças do comércio internacional¹⁰, integrava-se na estratégia de Afonso de Albuquerque de estabelecer várias linhas de comunicação entre os portos dos mares asiáticos, que permitissem aos Portugueses controlar a rede de distribuição do comércio inter-regional do Oriente e exercer um domínio político sobre o Índico, lançando, consequentemente, as bases do *Estado da Índia*. Assim, além de Goa, Malaca e Adém, Ormuz seria fundamental para a concretização dos objectivos estratégicos do *Terrível* e a influência que os portugueses passariam a exercer na região através da sua presença no estreito, estender-se-ia muito para além dos escassos quilómetros da ilha. Não é ao acaso que a sua conquista é frequentemente apontada como uma das realizações mais importantes do estabelecimento dos portugueses na Ásia.

⁷ E. M. HERZIG, «Hormuz...» cit., sublinha a importância que as redes de comércio regionais desempenhavam na Ásia e como o seu controlo era uma prioridade política constante.

⁸ Michael PEARSON, *The Indian Ocean*, Londres & Nova Iorque, Routledge, 2008, p. 124, tem outra visão sobre a tentativa falhada da conquista de Adém. Segundo o autor, ao não se estabelecerem nesta importante cidade, os portugueses tinham pretexto para continuar a patrulhar, pilhar e a encher os bolsos de forma duvidosa nas águas à entrada do Mar Vermelho, algo que o estabelecimento efectivo de uma fortaleza em Adém não lhes permitiria.

⁹ Segundo Geneviève BOUCHON, *Albuquerque: Le Lion des mers d'Asie*, Paris, Éditions Desjonquères, 1992, pp. 7-8, era assim que o Xá da Pérsia se referia a Afonso de Albuquerque na sua correspondência.

¹⁰ Jean AUBIN, «L'Iran et le Portugal au XVI^e siècle», in J. AUBIN, *Le Latin...* cit., p. 284.

A relação dos portugueses com os governantes ormuzinos, tanto o rei como o seu vizir, foi sempre marcada por uma relativa e mútua desconfiança. No entanto, o domínio português sobre o porto não afectou a sua actividade comercial, pelo menos nos primeiros anos, antes de os capitães portugueses se servirem da sua posição para desviar os lucros da alfândega em seu proveito¹¹. Nem mesmo o tributo anual que os portugueses exigiam ao rei de Ormuz e os impostos a que obrigavam os mercadores que comerciavam naquele estreito, interferiram no sistema comercial a que estes estavam habituados. Não era essa a intenção de Afonso de Albuquerque¹².

Sem dúvida, o comandante português estava bem consciente da importância das diferentes forças que orbitavam em torno do comércio do Golfo. Apesar da sua declarada oposição aos muçulmanos, os portugueses não podiam de modo nenhum privá-los do mercado ormuzino pois, dependendo este largamente do comércio intra-regional, eram essencialmente os mercadores muçulmanos que o sustentavam. Por outro lado, os portugueses não teriam qualquer interesse em prejudicar a influência comercial de uma cidade portuária cuja moeda circulava em todos os portos da Índia, Pérsia e Arábia, até ao porto de Malaca¹³.

Ao tornar Ormuz a sua «sede regional», os portugueses asseguravam uma forte presença no Golfo Pérsico, o que lhes permitia desviar, em seu proveito, parte do importante tráfego comercial daquelas águas através da recém-criada Rota do Cabo. Tal resultava bastante favorável para a economia do *Estado da Índia*, ao mesmo tempo que prejudicava as forças até então privilegiadas pela Rota do Levante, os venezianos e os mamelucos, e vinha competir com os otomanos, que por esta altura já preparavam a sua expansão. Por outro lado, o controlo de Ormuz e a influência exercida sobre o Golfo possibilitava-lhes ainda uma participação activa nas redes do comércio intra-asiático pois, como já se viu, uma importante parte deste tráfego destinava-se a mercados regionais¹⁴. Além disso, os portugueses viam-se ainda na

¹¹ O comportamento duvidoso dos capitães portugueses é muitas vezes apontado como uma das razões para o declínio de Ormuz, uma vez que agravava a aversão à presença lusitana na ilha, e, consequentemente, a sua instabilidade. Ver James C. BOYAJIAN, *Portuguese Trade in Asia under the Habsburgs, 1580-1640*, Baltimore & Londres, John Hopkins University Press, 1993, p. 59; Kirti CHAUDHURI, *Trade and Civilization in the Indian Ocean: An Economic History from the Rise of Islam to 1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, p. 73; Manuel de FARIA E SOUSA, *Ásia Portuguesa*, tradução de Maria Vitória Garcia Santos Ferreira, 6 vols., Porto, Livraria Civilização, 1945-1948.

¹² Ver João Paulo Oliveira e COSTA, «Ormuz», in Luís de ALBUQUERQUE (dir.), *Dicionário da História dos Descobrimentos*, vol. II, Lisboa, Caminho, 1994, pp. 833-836.

¹³ Ver Charles R. BOXER, *O Império Marítimo Português: 1415-1825*, Lisboa, Edições 70, 2001, pp. 56, 70-71; Vitorino Magalhães GODINHO, *Mito e Mercadoria. Utopia e Prática de Navegar: séculos XIII-XVIII*, Lisboa, DIFEL Editora, 1990, pp. 421-422; M. PEARSON, *The Indian...* cit., p. 153.

¹⁴ António Dias FARINHA, «A Dupla Conquista de Ormuz por Afonso de Albuquerque», in *Studia*, Lisboa, n.º 48 (1989), pp. 445-472.

conveniência geopolítica de, como potência Católica, interferir numa região em que o Islão era supremo¹⁵.

Contudo, tal empreendimento teria o seu preço, e seria errado pensar que a presença portuguesa em Ormuz e no Golfo Pérsico foi pacífica e incontestada ao longo dos mais de cem anos em que dominaram a região, ou se pautou por uma continuidade de relações tranquilas com os governantes locais e os seus vizinhos persas, turcos e árabes¹⁶. Poder-se-ia dizer que existiam interesses em comum, mas mesmo esses eram permanentemente escoltados por uma desconfiança mútua entre os vários poderes que se projectavam nas águas do Golfo.

Quando os portugueses se apoderaram definitivamente de Ormuz em 1515, a ilha era governada por um rei cuja actuação era largamente manobrada pelo vizir local, Cojeatar, o qual se viria a revelar um hábil arquitecto contra os portugueses durante os primeiros anos da sua presença na região. Apesar de o reino ormuzino estender a sua influência sobre vários portos, ilhas e cidades, tanto na margem árabe como persa do Golfo, a sua soberania não era totalmente estável e tranquila. As disputas pelo poder e os distúrbios internos eram constantes e uma acesa crise dinástica precedeu a chegada dos portugueses. Como tal, quando Afonso de Albuquerque chegou àquele estreito com a determinação de se apoderar da cidade, não encontrou um reino propriamente pacificado¹⁷.

Por outro lado, à altura da chegada do capitão-mor, apesar de uma governação consideravelmente independente, Ormuz pagava um tributo ao Xá da Pérsia, Ismail I, o fundador da dinastia sefévida. Este tributo permitia ligar o porto ormuzino às rotas caravaneiras que cruzavam o interior da Pérsia¹⁸. A partir do momento em que Afonso de Albuquerque passava a exigir este tributo ao rei de Ormuz, tornando-o vassalo do rei de Portugal¹⁹, espoletaria inevitavelmente o desagrado do soberano sefévida.

¹⁵ D. COUTO, «A Conquista...» cit., pp. 26-27.

¹⁶ Ver Jean AUBIN, «Cojeatar et Albuquerque» em J. AUBIN, *Le Latin...* cit., p. 149. Sobre o modo como os portugueses partilharam o poder com o Rei de Ormuz na ilha e no estreito, ver Luís Filipe THOMAZ, *De Ceuta a Timor*, Lisboa, DIFEL Editora, 1994, pp. 224-225, que considera Ormuz como um «protectorado colonial» que os portugueses impuseram ao rei ormuzino. Ver também os relatos de Fernão Lopes de Castanheda acerca dos primeiros anos da presença portuguesa em Ormuz e na região em Fernão Lopes de CASTANHEDA, *História do Descobrimento e da Conquista da Índia pelos Portugueses*, M. Lopes de ALMEIDA (introdução e revisão), 2 vols., Porto, Lello & Irmãos Editores, 1979.

¹⁷ Para saber mais sobre Cojeatar e a sua relação com Afonso de Albuquerque, bem como para uma descrição mais detalhada da crise dinástica que precedeu a chegada dos portugueses, ver J. AUBIN, «Cojeatar...» cit.; G. BOUCHON, *Albuquerque...* cit., pp. 103-108; e também D. COUTO, «A Conquista...» cit.

¹⁸ D. COUTO, «A Conquista...» cit., p. 43.

¹⁹ António Vasconcelos de SALDANHA, «Da Paz e da Guerra no Oriente», in Rosa Maria PEREZ, *Os Portugueses e o Oriente: História, Itinerários, Representações*, Lisboa, Dom Quixote, 2006, pp. 76, 82.

À medida que iam erguendo a sua fortaleza, os portugueses não podiam deixar de considerar estes elementos. Apesar da superioridade naval e militar, não seria de esperar que a sua presença fosse aceite de forma fácil e incontestada. A revolta simultânea que eclodiu em 1521 (e que se prolongou até Janeiro de 1522) em Ormuz, Barém e Calaiate, fruto de um plano atempadamente preparado pelo círculo próximo do rei de Ormuz, Turan Shah IV, é bem ilustrativa de quão ténue era o controlo que os portugueses tinham sobre Ormuz. A rebelião acabou, todavia, por revelar-se um fracasso, o rei ormuzino foi morto pelo seu próprio vizir e os portugueses, ainda que a custo, restabeleceram a situação²⁰. No entanto, ficavam agora bem cientes de que a manutenção de uma cidade como Ormuz exigia tudo menos um ânimo leve.

Apesar disso, os portugueses tinham, sem dúvida, alguns ventos a soprar em seu favor. Neste início do século XVI, as principais potências do Médio Oriente e da Ásia Central digladiavam-se constantemente entre si, procurando estender os seus territórios até onde fosse possível, o que as obrigava a uma concentração dos seus esforços bélicos nas respectivas fronteiras continentais²¹. O próprio soberano sefévida passou a primeira década do seu reinado (1501-1510) a consolidar o território no centro e no norte da Pérsia, dedicando menos atenção aos assuntos do Golfo Pérsico, o que facilitou o estabelecimento dos portugueses na região²². Aliás, a conquista de Ormuz em 1515 deu-se num momento em que Ismail I acabava de sofrer um duro golpe na fronteira otomana, a humilhante derrota na célebre batalha de Tchaldiran, em 1514, uma derrota que além de militar abalou o equilíbrio espiritual do Xá²³. De modo a tirar partido destas correntes favoráveis, os portugueses teriam que manusear habilmente as suas alianças, nunca esquecendo o quão frágeis, breves e instáveis estas se poderiam tornar. Este era, aliás, um padrão nas relações internacionais asiáticas da época em muito semelhante às europeias.

De maneira a perceber melhor as dificuldades que os portugueses enfrentaram para se manterem no estreito de Ormuz, é conveniente observar as forças regionais que foram prejudicadas pela sua chegada e o modo como procuraram ajustar-se às novas circunstâncias, uma vez que o aparecimento das proas lusitanas naquelas águas exigia por certo novos alinhamentos. De facto (e como veio a provar-se mais tarde com a chegada de ingleses e holandeses), de cada vez que uma potência europeia decidia aventurar-se pelo Golfo Pérsico, as relações entre os poderes regionais sofriam uma grande, e por vezes inesperada, reviravolta.

²⁰ W. FLOOR, *The Persian...* cit., pp. 106-114, proporciona uma descrição mais pormenorizada da revolta de 1521-1522.

²¹ Luís Filipe Barreto, *Lavar o Mar – os Portugueses e a Ásia, c. 1480-c. 1620*, Lisboa, Comissão Nacional para a Comemoração dos Descobrimentos Portugueses, 2000, p. 18.

²² Jeremy BLACK, «The Western Encounter with Islam», in *Orbis*, vol. 48 (1), (2004), p. 22.

²³ Laurence LOCKHART & Peter JACKSON, *The Cambridge History of Iran*, volume 6, *The Timurid and Safavid Periods*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, p. 380.

Até à chegada dos portugueses eram dois os protagonistas que beneficiavam do comércio das especiarias que chegavam à Europa através da Rota do Levante: os mamelucos do Egipto e os venezianos²⁴. Eram estes os intervenientes regionais que procuravam controlar tão próspero comércio, cuja mercadoria vinha dos mercados da Ásia e do Índico, atravessava o Mar Vermelho em direcção a portos como Alexandria, Cairo ou Alepo, alcançando a partir daí os mercados do Mediterrâneo. A imposição da presença portuguesa na região alarmaria Veneza e o Sultanato Mameluco, ao agoirar o fim de um monopólio que ambos partilhavam (quase) confortavelmente há tanto tempo, o que os levou a unir as suas forças para contrariar a dos portugueses, ignorando um fosso tão largo como as religiões que os opunham²⁵.

Contudo, os portugueses de um lado e os otomanos – que por esta altura pareciam determinados em alcançar o Índico – do outro, infligiriam demasiada pressão tanto sobre mamelucos como sobre venezianos. Em 1516-1517, os otomanos conquistariam o sultanato mameluco do Egipto, juntamente com a Síria, pondo assim fim à influência mameluca na região e aproximando-se consequentemente do Golfo Pérsico, o que, apesar de afastar definitivamente os rivais do Egipto, não deixava de se traduzir numa preocupação para os recém-chegados portugueses. Quanto aos venezianos, se um braço de ferro constante com os otomanos tinha sido desde sempre o maior desafio à sua participação nos lucros do Levante, seriam os portugueses ao estabelecer a Rota do Cabo, a rivalizar com o seu estatuto de «amante europeia do comércio oriental»²⁶. A partir de agora, e pelo menos até meados do século XVI (altura em que o comércio das especiarias renasceria no Mar Vermelho e no Golfo Pérsico), Veneza parecia obrigada a concentrar-se em impedir ou em negociar o avanço otomano pelas fronteiras do Mediterrâneo. Por outro lado, e o que não deixa de ser contraditório, ao fazer com que parte do comércio de especiarias chegasse à Europa pelo Cabo da Boa Esperança, danificando consequentemente a posição privilegiada de Veneza, os portugueses acabariam por beneficiar a posição otomana no Levante.

Ainda que tenha sido a actuação quase simultânea de um poderio crescente tanto de otomanos como de portugueses a afastar, neste início de quinhentos, a influência mameluca e veneziana da região, nada mais os aproximava, pois, ao longo de todo o século em que os portugueses contro-

²⁴ Ver Halil INALCIK, *An economic and social history of the Ottoman Empire*, vol. I: 1300-1600, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 319-320; e Sanjay SUBRAHMANYAM, *O Império Asiático Português, 1500-1700: Uma História Política e Económica*, Lisboa, DIFEL Editora, 1993, pp. 88-93.

²⁵ S. SUBRAHMANYAM, *O Império...* cit., p. 91.

²⁶ A expressão é de Arnold T. WILSON, *The Persian Gulf: an historical sketch from the earliest times to the beginning of the twentieth century*, Oxford, Clarendon Press, 1928, p. 110. Ver também Fernand BRAUDEL, *Civilização Material, Economia e Capitalismo: Séculos XV-XVIII*, Tomo 3: *O Tempo do Mundo*, Lisboa, Teorema, 1992-1993, p. 113.

laram Ormuz, foram os otomanos a sua principal preocupação²⁷. A ameaça otomana, por sua vez, aproximaria de certo modo os portugueses ao Xá da Pérsia, condição decisiva para a sua permanência nesta ilha à entrada do Golfo Pérsico²⁸.

De facto, se não vissem nos otomanos um inimigo comum, muito provavelmente os persas não teriam encontrado qualquer vantagem em facilitar a permanência dos portugueses em Ormuz, bem como a sua intervenção no Golfo, o que não teria permitido certamente aos portugueses a demora secular no estreito. Os otomanos e os persas eram rivais desde há muito, e debatiam-se constantemente pelos territórios fronteiriços da Pérsia ocidental, um conflito que era ainda acerbado pela oposição da vertente islamita que cada um dos soberanos abraçava, o sunismo e o shiismo, respectivamente. Por outro lado, por via desta inimizade, a Pérsia desempenhava um importante papel na «política de equilíbrio do Mediterrâneo»²⁹ e, logo, na Europa, uma vez que o Mediterrâneo era a principal fronteira comum entre o Império Otomano e a Europa³⁰. Quando e se os otomanos estavam «distraídos» com os seus conflitos com os persas, os europeus poderiam certamente esperar um alívio dos seus esforços por um lado, e uma abertura na vulnerabilidade otomana por outro³¹.

Ao mesmo tempo que o rei de Portugal, ao conquistar Ormuz, estabelecia o controlo sobre a entrada do Golfo Pérsico – uma posição que manteve ao longo de todo o século XVI e que lhe permitia uma importante influência sobre a parte sul deste mar – também os otomanos expandiam o seu território e poder em direcção ao Golfo, algo que inquietaria sobejamente os portugueses. Tal avanço, paralelo ao dos portugueses na região, exigiria da parte de Afonso de Albuquerque um pulso firme, um traço que não era alheio à personalidade do capitão-mor, que ponderou, desde o primeiro momento,

²⁷ Sobre a importância de Ormuz para portugueses e otomanos no Golfo Pérsico, ver Nicola MELIS, «The Importance of Hormuz for Luso-Ottoman Gulf-centred policies in the 16th century: some observations based on contemporary sources», in Dejanirah COUTO e Rui Manuel LOUREIRO (eds.), *Revisiting Hormuz: Portuguese Interactions in the Persian Gulf Region in the Early Modern Period*, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, Calouste Gulbenkian Foundation, 2008.

²⁸ M. PEARSON, *The Indian...* cit., pp. 130, 133.

²⁹ Francisco de Sales LOUREIRO, «O enquadramento europeu de uma embaixada portuguesa à Pérsia», in *Arquivos do Centro Cultural Português – XI Separata*, Paris, Fundação Calouste Gulbenkian, 1977, p. 491.

³⁰ Giancarlo CASALE, «Global Politics in the 1580's: One Canal, Twenty Thousand Cannibals, and an Ottoman Plot to Rule the World», in *The Journal of World History*, vol. 18, n.º 3 (2007), p. 290.

³¹ Sobre as diferenças entre otomanos e sefévidas respeitantes ao sunismo e ao shiismo, diz Jorge FLORES, «'I will do as my father did': on Portuguese and other European Views of Mughal Succession Crises», in *E-Journal of Portuguese History*, vol. 3, n.º 2 (2005), p. 5, que a tal percepção por parte dos portugueses permitia a identificação da fraqueza dos «gigantes», uma das estratégias do Estado da Índia para lhes fazer frente, na crença de que «a «discórdia entre os infiéis» seria um prenúncio do fim do Islão».

uma aliança com o Xá e com o Papa não apenas contra os otomanos mas também contra os mamelucos³².

Convém nunca esquecer que a luta contra os muçulmanos, especialmente os otomanos, a ameaça mais perigosa e naturalmente o inimigo *Infiel* mais temido e odiado, estava na base de toda a iniciativa expansionista. Pelo menos assim o apregoavam os seus protagonistas. Esta era uma causa partilhada pelos reinos cristãos mas também e obviamente pelo Papado. Apesar de a Pérsia sefévida ser também um império muçulmano, a sua natureza não era inteiramente conhecida pelos europeus, circulando inclusivamente uma lenda de que o Xá teria alguma origem cristã pela parte de sua mãe³³. Quaisquer que fossem as suas intenções expansionistas, não ameaçavam de modo nenhum as fronteiras europeias. Eram os otomanos que estavam à porta da Europa. E à porta da Pérsia também. Afonso de Albuquerque sugeriria, como tal, uma tripla aliança entre Portugal, a Pérsia e a Santa Sé. Não importava que o Xá fosse também ele muçulmano. O que prevalecia é que existia em comum o inimigo otomano, mais forte do que portugueses e persas se qualquer um deles tivesse que enfrentá-lo isoladamente³⁴.

Esta abertura de relações entre os portugueses e os persas tem que ser entendida no contexto do que era a Pérsia neste início do século XVI: uma dinastia recém-fundada, um jovem e destemido Xá determinado em unir o seu povo sob a obediência a uma única religião, o shiismo, e em expandir e consolidar o seu território, com todas as hostilidades que tão ambiciosas intenções acarretam³⁵. Estando a sua expansão territorial concentrada nas fronteiras continentais da Pérsia, os portugueses estavam longe de ser uma ameaça para o soberano sefévida, pelo que este não encontraria grandes inconveniências em pautar as suas relações com os portugueses por uma cordialidade (ainda que) relativa.

Os territórios ocupados pelos otomanos, bem como o papel que assumiram como protectores do Islão, que acreditavam nesta altura estar perigosamente ameaçado pela chegada dos portugueses aos mares arábicos e

³² Ver Afonso de ALBUQUERQUE, *Comentários de Afonso de Albuquerque, capitão geral e governador da Índia, coleccionado por seu filho Afonso de Albuquerque das próprias cartas que ele escrevia ao muito poderoso Rei Dom Manuel o primeiro deste nome, em cujo tempo governou a Índia*, Lisboa, João de Barreira, 1557, fol. 298-299. Ver também as cartas escritas por Afonso de Albuquerque dirigidas ao rei D. Manuel I em Raymundo António de Bulhão Pato, *Cartas de Afonso de Albuquerque seguidas de documentos que as elucidam publicadas da ordem da classe de sciencias moraes, politicas e bellas-artes da Academia das Sciencias de Lisboa*, 7 vols., Lisboa, Academia Real das Sciencias, 1884-1935.

³³ D. COUTO, «A Conquista...» cit., p. 43.

³⁴ N. MELIS, «The importance...» cit., p. 115.

³⁵ Sobre a fundação da dinastia sefévida e o reinado do Xá Ismail I, ver Andrew J. NEWMAN, *Safavid Iran: Rebirth of a Persian Empire*, Londres-Nova Iorque, 2006, pp. 13-25; e também António Dias FARINHA, «As Relações dos Portugueses com os Árabes e os Persas na área do Índico», in *Vasco da Gama – Conferência Internacional*, Paris, Fundação Calouste Gulbenkian, vol. I, p. 175.

ao Oceano Índico³⁶, não eram feitos menores do que os que os portugueses protagonizavam por toda a Ásia pela mesma altura. Apesar de ter a sua atenção desviada por Carlos V e pelos venezianos no Mediterrâneo e pelo conflito permanente com o Xá da Pérsia na sua fronteira oriental, em meados do século XVI, o Sultão otomano tinha logrado expandir o seu território até à Síria e ao Egito, tinha conquistado Bagdad e Baçorá no Iraque, e Adém no Mar Vermelho (a grande frustração de Albuquerque nas Arábias), dando um novo impulso ao comércio das especiarias do Levante. Ao mesmo tempo que abraçava novos territórios no Médio Oriente e que se impunha como potência islâmica principal, avançava também pelo Mediterrâneo, aproximando-se cada vez mais do seu extremo ocidental, algo que não poderia de modo nenhum ser ignorado pela Coroa Espanhola, uma vez que punha em causa o seu poder no Mediterrâneo e, logo, na Europa³⁷.

O crescente poder otomano na região alarmava a Pérsia e aproximava-se cada vez mais do Golfo e da posição privilegiada que os portugueses aí tinham alcançado³⁸. A ocupação de Baçorá em 1546, em particular, deixava os otomanos demasiado próximos de Ormuz, augurando a possibilidade de tomarem o estreito e daí alcançarem o Índico. Com efeito, os otomanos mostravam-se decididos a prosseguir as suas conquistas pela costa arábica do Golfo Pérsico e a consolidar o seu poder no Mar Vermelho. Os portugueses, por sua vez, pareciam agora ter razão sobeja para temer a capacidade otomana de arruinar a sua presença no Índico³⁹. Os alertas chegaram, por

³⁶ H. INALCIK, *An economic...* cit., pp. 320-322.

³⁷ Sobre a expansão otomana no Médio Oriente e no Mediterrâneo ver, por exemplo, J. BLACK, «The Western...» cit., p. 23; C. R. BOXER, *O Império...* cit., pp. 70-71.

³⁸ Sobre as ameaças implícitas no crescente poderio otomano, ver Vitorino Magalhães Godinho, *Os Descobrimentos e a economia mundial*, vol. III, Lisboa, Editorial Presença, 1963-1972, p. 123; e H. INALCIK, *An economic...* cit., p. 327.

³⁹ No seu artigo, Svat SOUCEK, «The Portuguese and the Turks in the Persian Gulf», in D. COUTO & R. M. LOUREIRO (eds.), *Revisiting...* cit., afirma que a ameaça otomana ao domínio português no Golfo Pérsico e no Oceano Índico, apesar de permanentemente sentida pelos últimos, era mais virtual do que real. O autor refere, ainda, que os ataques a Diu (1538), Ormuz (1552) e Barém (1559) devem ser considerados exceções. Neste sentido, ver também Dejanirah Couto, «Les Ottomans et l'Inde Portugaise», in *Vasco da Gama e a Índia – Conferência Internacional*, Paris, Fundação Calouste Gulbenkian, vol. I, 1998, pp. 183-184. Segundo a autora, ao contrário do que tem sido defendido pela historiografia tradicional, os otomanos não estavam verdadeiramente concentrados na expulsão dos portugueses do Índico. Também M. PEARSON, *The Indian...* cit., p. 130, refere que apesar da força do Império Otomano se traduzir numa ameaça constante para os portugueses ao longo do século XVI, por ser uma potência continental, as suas atenções estavam mais viradas para o Mediterrâneo e para o Médio Oriente, nomeadamente a Pérsia, do que para o Oceano Índico, pelo que os receios portugueses eram desnecessários. G. CASALE, «Global Politics...» cit., pp. 276-277, por sua vez, contraria esta visão, e defende que os otomanos exerciam uma política de «império suave» no Oceano Índico, que passava por expandir a influência otomana através de laços ideológicos, comerciais e diplomáticos com as várias comunidades muçulmanas da região. Também H. INALCIK, *An economic...* cit., e Palmira BRUMMETT, *Ottoman Seapower and Levantine Diplomacy in the Age of Discovery*, New York, State University of New York Press, 1994, acreditam nas intenções dos otomanos em relação ao Índico.

um lado, sob a forma do cerco a Diu comandado pelo governador do Egipto em 1538 e do ataque «não oficial» à mesma fortaleza protagonizado por um grupo de abissínios, turcos e persas em 1546⁴⁰. Por outro lado, a investida protagonizada em 1588 pelo corsário otomano Mir Ali Bey na costa oriental africana e os objectivos ambiciosos que lhe são atribuídos, ou seja, expulsar os portugueses de toda aquela costa e estender a soberania do sultão otomano em toda a região, também viria a alarmar sobremaneira os capitães portugueses daquelas águas⁴¹.

Ao longo de todo o século XVI, as maiores ameaças reais à fortaleza portuguesa em Ormuz deram-se, precisamente, por iniciativa turca, ainda que nem todas tenham acontecido por ordem do Sultão otomano. Em 1551-1552, uma armada comandada pelo almirante turco Piri Reis partiria do Suez em direcção ao Golfo Pérsico, onde saquearia Mascate antes de chegar a Ormuz. Depois de um cerco de algumas semanas que não logrou, contudo, trespassar a resistência portuguesa, o comandante otomano acabaria por retirar, dando a investida como fracassada⁴². Em 1559, o *beylerbey* de Hasa juntaria uma pequena frota e atacaria Barém. Esta iniciativa não seguia directrizes nem de Istambul nem de Baçorá e acabou também por resultar malograda. Por último, em 1581, um corsário turco juntaria quatro galeotas e saquearia Mascate, para logo regressar ao Mar Vermelho de onde houvera partido⁴³.

Os «percalços» no Índico e no Golfo Pérsico protagonizados pelos otomanos contra os portugueses tornavam agora evidente que a presença portuguesa em Ormuz e a influência que a partir desta fortaleza os portugueses exerciam sobre o Golfo Pérsico não eram invioláveis. Ingleses e holandeses não tardariam a chegar aos mares da Ásia para deixá-lo bem provado e, com efeito, a partir da última década do século XVI, a posição portuguesa na região ver-se-ia numa competição que mostrou não ter capacidade para aguentar.

Por esta altura, depois do longo reinado do Xá Tahmasp, que governou a Pérsia entre 1524 e 1576, a Pérsia assistia a um renascimento do seu poder

⁴⁰ Para saber mais sobre estas duas iniciativas ver D. COUTO, «Les Ottomans...» cit.; D. COUTO, «A Conquista...» cit., pp. 49-50; e H. INALCIK, *An economic...* cit., pp. 325-327.

⁴¹ Sobre a expedição liderada por Mir Ali Bey, os objectivos que se propunha atingir e a estratégia otomana em que se inseria, ver G. CASALE, «Global Politics...» cit., p. 293, que aponta a iniciativa deste corsário turco como o primeiro passo num esforço prolongado que pretendia criar uma «infra-estrutura imperial otomana centralizada» ao longo de todo o Oceano Índico.

⁴² Segundo S. SOUCEK, «The Portuguese...» cit., pp. 34-35, tivesse esta iniciativa partido de Baçorá, onde havia capacidade de construir uma armada tão forte quanto a do Suez, em que a distância era metade da que separava o Suez de Ormuz e em que o apoio logístico seria constante ao longo de todo o cerco, e a expedição otomana teria largas probabilidades de ter sido bem sucedida.

⁴³ Sobre as investidas turcas à fortaleza de Ormuz durante o domínio português, ver W. FLOOR, *The Persian...* cit., pp. 170-182; e Salih ÖZBARAN, *The Ottoman Response to European Expansion: Studies on Ottoman-Portuguese Relations in the Indian Ocean and Ottoman Administration in the Arab Lands during the Sixteenth Century*, Istambul, The Isis Press, 1994, pp. 129-140.

e influência no Médio Oriente. Apesar de não ter sido tão dinâmico como Ismail I, que o antecedeu, nem tão *Grande* como Abbas I que se lhe seguiu, Tahmasp desempenhou um importante papel na manutenção do equilíbrio da Pérsia no quadro regional. Este equilíbrio viria a ser quase irreversivelmente posto em causa pelos Xás Ismail II e Muhammad Khudabanda, dois reinados que deixariam a Pérsia à beira do colapso, situação que seria invertida pelo quinto Xá da dinastia sefévida, Abbas I, o *Grande*⁴⁴.

2. Alianças e Rivalidades na Europa e no Médio Oriente em Finais do Século XVI

Depois de uma breve contextualização das particularidades políticas que envolviam a permanência portuguesa em Ormuz ao longo do século XVI, é importante perceber como se desenrolavam as relações internacionais na Europa (entre as potências com pretensões ultramarinas), e as relações internacionais no Médio Oriente e Ásia Mogol, uma vez que são estas as conjunturas regionais a cruzar-se na disputa pelo estreito de Ormuz no primeiro quartel de Seiscentos, cruzamento este que sugere que este conflito possa ser um indício da globalização das relações internacionais na Época Moderna.

Como se pôde ver, a sensação de um estado de alerta permanente dentro da fortaleza de Ormuz não era de modo algum estranha aos portugueses, acompanhando-os ao longo de todo o século XVI. Mesmo assim, conseguiram defendê-la e proteger a posição que detinham no Golfo. Atravessaram todo um século balançando prudentemente as suas alianças e perigos, conseguindo conservar a alfândega que era por tantos considerada como uma das mais ricas do *Estado da Índia*. Poder-se-ia dizer que os portugueses conseguiram penetrar na balança de poderes regional, que distribuía as forças dos sefévidas, dos otomanos, dos árabes, além da sua. No entanto, este «equilibrado balanço» seria algo também conseguido por ingleses e holandeses, os tão chamados «inimigos da Europa», que entrariam em cena no virar do século.

O que os portugueses não conseguiram prever, foi como é que os seus rivais europeus viriam a assaltar os seus domínios e a alterar definitivamente cada peso da balança, desafiando toda a configuração do equilíbrio de poderes no Golfo Pérsico de acordo com as forças que, no primeiro quartel do século XVII, apertavam gradualmente o cerco a Ormuz.

No que diz respeito à perda portuguesa de Ormuz, é muitas vezes mencionada a inscrição numa estátua de Afonso de Albuquerque que se encontrava dentro da fortaleza ormuzina onde se podia ler: «Se inimigos da

⁴⁴ Sobre os aspectos mais relevantes dos reinados de Tahmasp (r. 1524-1576), de Ismail II (r. 1576-1577) e de Muhammad Khudabanda (r. 1578-1587), ver A. J. NEWMAN, *Safavid... cit.*, pp. 26-49.

Europa nesta barra vires surgir, abre a cava, deita-te a dormir»⁴⁵. A estátua foi levada para a fortaleza na década de 1580 pelo então capitão Matias de Albuquerque. Apesar de não haver indicação precisa da sua data, subentende-se que, mesmo não prevendo com exactidão a dimensão da ameaça que vinha da Europa, os portugueses temiam a sua chegada. E foi precisamente nestes finais do século XVI que as primeiras armadas do Norte da Europa zarpariam em direcção ao Oriente com intenções pouco modestas.

Será talvez conveniente retroceder ligeiramente e esboçar um panorama geral do que sucedia na Europa neste final de século, e de como as relações diplomáticas estavam a ser levadas a cabo pelos diferentes Estados, particularmente aqueles cujos interesses incidiam directamente nas questões asiáticas: Portugal, Espanha, Inglaterra e as Províncias Unidas.

Em 1578, o Rei de Portugal, D. Sebastião, determinado em levar a causa contra o Mouro o mais longe possível, lideraria o seu exército até Alcácer-Quibir, no Norte de África, onde acabou por perder a vida. Não deixando descendentes e morrendo o seu tio, o Cardeal D. Henrique, já em avançada idade, apenas dois anos mais tarde, a Coroa Portuguesa seria assumida pelo rei de Castela, Filipe II. Apesar de não perderem a independência total, a sua autonomia estava agora em mãos do monarca castelhano, sob a «fórmula ambígua de unidade dinástica»⁴⁶.

Como consequência, Portugal ficava agora infalivelmente exposto aos adversários do Império Espanhol. O soberano castelhano herdaria finalmente um trono desde há muito ansiado pela Coroa Espanhola, e os portugueses herdariam, em seu turno, um sem número de conflitos, dificuldades e inimigos contra os quais não estavam preparados para lutar, nem em condições de ultrapassar. Toda esta reconfiguração do enquadramento geo-político e estratégico dos interesses portugueses viria a manifestar-se especialmente no espaço ultramarino, como Ormuz bem o exemplifica⁴⁷.

⁴⁵ A alusão a esta inscrição pode ser encontrada em Luís Marinho de AZEVEDO, *Apologéticos discursos oferecidos a Majestade el-rei Dom João Nosso Senhor quarto de nome entre os de Portugal. Em defesa da fama, e boa memória de Fernão de Albuquerque do seu Conselho, e Governador, que foi da Índia. Contra o que dele escreveu D. Gonçalo de Cespedes na Crónica d'el Rei D. Filipe quarto de Castela*, Lisboa, Manuel da Silva, 1641, fls. 121-122. Segundo Rui Manuel LOUREIRO, «A Perda de Ormuz», in Dejanirah COUTO & Rui Manuel LOUREIRO, *Ormuz: 1507 e 1622. Conquista e Perda*, Lisboa, Tribuna da História, 2007, p. 103, numa altura em que os portugueses já se viam cercados por persas e ingleses, por terra e por mar, esta grande cava ou fosso «transformaria a fortaleza numa verdadeira ilha, difícil de atingir pelo lado de terra», deixando os portugueses bastante mais seguros das investidas anglo-persas. No entanto, Simão de Melo Pereira, capitão de Ormuz à altura do ataque anglo-persa em 1622, não abriu o fosso, o que teria sido fundamental para uma defesa mais eficaz da fortaleza.

⁴⁶ A expressão é de J. B. MACEDO, *História...* cit., p. 154. Sobre o contexto da união dinástica ver também Rafael VALLADARES, *Portugal y la Monarquía Hispánica*, 1580-1668, Madrid, Arco Libros, 2000, pp. 11-35; e João José Alves DIAS, Isabel M. R. Mendes Drumond BRAGA & Paulo Drumond BRAGA, «Capítulo XIII: A Conjuntura», in A. H. Oliveira MARQUES & Joel SERRÃO (dir.), *Nova História de Portugal*, vol. V: *Do Renascimento à Crise Dinástica*, Lisboa, Editorial Presença, 1998, pp. 748-760.

⁴⁷ Sobre a vulnerabilidade do Império Asiático Português durante a união dinástica, ver Charles Ralph BOXER, *Nuno Álvares Botelho e a sua Armada de Alto Bordo (1624-1625): Relação*

Filipe II de Espanha tinha herdado do pai, o imperador Carlos V, um território extremamente vasto⁴⁸. Apesar de não ser fisicamente concentrado, abarcava Espanha, os Países Baixos, alguns territórios em Itália, como Milão, Nápoles, Sardenha e Sicília, esticando-se até à América e às Filipinas na Ásia. Tendo em conta uma Europa no rescaldo das guerras religiosas, Filipe II de Espanha retomaria a causa católica professada por seu pai, assumindo-se a monarquia espanhola como líder das potências católicas. A política anti-protestante que estava determinado a seguir, aliada à posição hegemónica no palco europeu, fazia com que os interesses da Espanha Filipina colidissem com os de Inglaterra que, mesmo não sendo territorialmente tão imponente, não deixava de se impor naquela Europa do século XVI como uma das principais potências⁴⁹.

Depois de uns escassos quatro anos de casamento com a rainha Maria Tudor, a filha católica de Henrique VIII, que não viveu para dar nem a Filipe nem a Inglaterra um herdeiro, a rainha que sucedeu ao trono inglês, a protestante Isabel, acabaria com as aspirações do soberano espanhol de ver no trono de Inglaterra uma coroa católica.

Por todo o Atlântico, navios e corsários ingleses atacavam as embarcações portuguesas e espanholas, evidenciando um poder marítimo e naval em crescendo. Além dos prejuízos em que estes ataques se traduziam, os ingleses foram também recolhendo informação preciosa sobre as riquezas do além-mar, particularmente aquelas que Portugal controlava no Oriente⁵⁰.

contemporânea, inédita, na Biblioteca Nacional de Lisboa, Porto, Imprensa Portuguesa, 1928, p. 23; C. R. BOXER, *O Império...* cit., pp. 115-117; Jean-Michel SALLMANN, *Nouvelle histoire des relations internationales: Géopolitique du XVI^e siècle: 1490-1618*, vol. I, Paris, Éditions du Seuil, 2003, pp. 205-206. C. R. BOXER, *Nuno...* cit., p. 23, refere que, mesmo que a Coroa de Portugal não se tivesse unido ao Império dos Habsburgos após a crise dinástica de 1580, tanto ingleses como holandeses não teriam deixado de atacar as suas possessões no além-mar, mas afirma também que a união dinástica viria a acerbos estes ataques, permitindo que «incidentes» como o de Ormuz se sucedessem. K. N. CHAUDHURI, *Trade...* cit., p. 81, afirma que durante o domínio português no Oceano Índico, os acontecimentos dentro da Europa pouco se reflectiam na Ásia, mas que a chegada de ingleses e holandeses e a sua participação no comércio regional estavam intimamente ligados a «um contexto internacional mais vasto». Também F. BETHENCOURT & K. CHAUDHURI, *História da Expansão Europeia*, vol. II... cit., p. 84, consideram os ataques norte-europeus contra os portugueses como «parte de uma guerra mais geral contra a Espanha».

⁴⁸ Depois de Carlos V se afastar, o seu legado seria dissolvido, herdando o seu irmão Fernando de Habsburgo o Sacro Império Romano-Germânico, e ficando o seu filho Filipe com o legado ibérico. Ver Fernando BOUZA, *D. Filipe I*, Coleção Reis de Portugal, Rio de Mouro, Círculo de Leitores, 2005, pp. 30-31; e também Mapa «Reperto del imperio de Carlos V» em Alberto TENENTI, *La Edad Moderna, Siglos XVI-XVIII*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 99.

⁴⁹ F. BOUZA, *D. Filipe...* cit., dá uma boa ideia da conjuntura dos primeiros anos do reinado de Filipe II como monarca espanhol. R. VALLADARES, *Portugal...* cit., pp. 14-27, por sua vez, faz uma breve exposição sobre os primeiros anos de Filipe II de Espanha como I de Portugal.

⁵⁰ Há a salientar, em particular, dois episódios: em 1587 os ingleses capturaram a nau S. Filipe, e em 1592, a nau Madre Deus. Tanto uma como outra carregavam documentação valiosa sobre o comércio oriental. Ver C. R. BOXER, *Nuno...* cit., p. 13; António da Silva REGO, «1622 – Ano dramático na história da expansão portuguesa no Oriente e Extremo Oriente», in *Memórias da Academia das Ciências de Lisboa, Classe de Letras*, Tomo XVIII, 1977, p. 33; e A. T. WILSON, *The Persian...* cit., p. 133.

Na sequência da humilhante derrota que infligiram sobre a Invencível Armada em 1588, os ingleses viram a sua supremacia naval provada. Ao tomarem conhecimento de todas as riquezas escondidas para lá do Cabo da Boa Esperança, seria apenas uma questão de tempo até apontarem definitivamente os seus lemes a Oriente⁵¹.

Mas as tensões espanholas dentro da Europa não se cingiam à ilha inglesa. Apesar de esta inimizade ter sido a mais decisiva na questão de Ormuz, a formação das Províncias Unidas e a luta pela independência face ao Império Espanhol que vinham a empreender desde 1568 teriam também repercussões directas nas relações diplomáticas europeias e nos assuntos do além-mar. Seria, de facto, perigosamente ameaçador para a presença portuguesa nos mares da Ásia. Enquanto os «engenheiros» da revolta holandesa lutavam pelo controlo de Antuérpia, a sua importância comercial e financeira foi sendo gradualmente transferida para Amesterdão que, ao tornar-se o mercado líder do Mar do Norte, daria aos holandeses o balanço necessário para que estes se pudessem concentrar em horizontes mais longínquos⁵².

Um dos acontecimentos que mais ditaria a vinda dos «inimigos da Europa» para o Índico seria o encerramento dos portos portugueses aos navios dos primeiros. Tanto os mercadores ingleses como os holandeses abasteciam frequentemente os seus navios com os valiosos produtos orientais nos mercados portugueses, levando-os até aos seus mercados no Norte da Europa para aí os venderem. Ao desafiarem a hegemonia de Filipe II de Espanha (agora também I de Portugal), fariam com que o monarca ibérico vedasse os portos portugueses a qualquer comerciante oriundo do Norte da Europa. Esquecer todos os benefícios que tão valiosa mercadoria poderia trazer não era opção, pelo que, ingleses e holandeses não viram outra alternativa que não ir buscá-la directamente à fonte (algo que, de resto já tinham em mente anteriormente e em que já tinham investido), onde, primeiro os ingleses, depois os holandeses, viriam a formar as Grandes Companhias das Índias Orientais, em 1600 e em 1602, respectivamente⁵³.

⁵¹ Yves BOMATI & Houchang NAHAVANDI, *Shah Abbas: empereur de Perse, 1587-1629*, Paris, Éditions Perrin, 1998, p. 127.

⁵² Ver Joaquim Romero de MAGALHÃES, *Portugueses no Mundo do Século XVI – Espaços e Produtos*, Lisboa, Comissão Nacional para a Comemoração dos Descobrimentos Portugueses, 1998, pp. 89-90. Sobre o fim de Antuérpia como empório comercial do Norte da Europa, ver K. CHAUDHURI, *Trade...* cit., p. 81. Sobre o desenvolvimento dos holandeses como potência ultramarina e as suas consequências para o Império Asiático Português, ver C. R. BOXER, *O Império...* cit., pp. 115-133; e também Anthony DISNEY, *A decadência do império da pimenta: comércio português no Índico no início do séc. XVII*, Lisboa, Edições 70, 1981, pp. 81-83. Sobre a percepção da ameaça neerlandesa na Ásia pela parte dos portugueses, ver Rui Manuel LOUREIRO, «Early Portuguese Perceptions of the 'Dutch threat' in Asia», in Ernst van VEEN & Leonard BLUSSÉ (eds.), *Rivalry and Conflict: European Traders and Asian Trading Networks in the 16th and 17th Centuries*, Leiden, CNWS Publications, 2005.

⁵³ Sobre a criação e natureza das Companhias das Índias Orientais, particularmente a inglesa e a holandesa, respectivamente *East India Company* e *Verenigde Oost-Indische Compagnie*, e sua interacção com as forças regionais ver Francisco BETHENCOURT & Kirti CHAUDHURI, *História*

A partir do momento em que estas potências norte-europeias enviaram os seus homens, artilharia e navios para o Oceano Índico, os portugueses deparar-se-iam com fortes motivos para temer a preservação da sua supremacia oriental. A partir de agora, ingleses e holandeses escolheriam naturalmente o seu lado na balança de poder regional, onde encontrariam com toda a certeza mais do que um governante desejoso que o aliado indicado surgisse e os ajudasse a afastar definitivamente os portugueses do tabuleiro asiático e, neste caso em particular, do Golfo Pérsico.

Também no palco do Médio Oriente, tal como no da Europa, os mecanismos das relações internacionais estavam constantemente a girar, a equilibrar-se, a ajustar-se. Durante o século XVI, além da Pérsia sefévida e da Turquia otomana, a Ásia Central viu nascer perante si um estado imperial no Norte da Índia, o Império Mogol⁵⁴, uma potência tão capaz de (des)equilibrar toda a estabilidade regional da Pérsia como a própria Turquia⁵⁵, e cuja força não pode ser ignorada na questão de Ormuz.

No final do século XV, depois de um percurso tumultuoso, ao capturar Cabul, no Afeganistão, aos uzbeques, Babur, um emir local, conseguiria lançar as bases para que o seu filho, Humayun, e o seu neto, Akbar, consolidassem a supremacia mogol sobre o Norte da Índia, que até à data da morte de Babur, em 1530, apesar de já ter demonstrado as suas potencialidades, ainda não tinha convencido firmemente os territórios que procurava subjugar.

De facto, Humayun herdou um império com algumas fragilidades. Entre elas, aquela provocada pelo soberano afegão, Sher Khan, era provavelmente a mais forte. Enquanto Humayun estava concentrado nas suas campanhas a Sul, Sher Khan foi estendendo o seu poder até Bengala, e antes que o século XVI chegasse a meio, tinha o Norte da Índia todo sob o seu controlo, forçando Humayun a recorrer ao seu irmão Kamran para apoio e exílio em Cabul e Qandahar. Ao ver negada a ajuda do irmão, Humayun deu por si a pedir protecção ao então Xá da Pérsia, Tahmasp⁵⁶. Este tornar-se-ia um aliado do imperador sem império nas tentativas de Humayun recuperar o poder. A combinação das suas forças foram bem sucedidas, tendo, em conjunto, ocupado tanto Cabul como Qandahar, deixando um Afeganistão já

da *Expansão Europeia*, vol. II: *Do Índico ao Atlântico (1570-1697)*, Navarra, Temas & Debates, 1998, pp. 82-106; K. CHAUDHURI, *Trade...* cit., pp. 80-97; Michel MORINEAU, *As Grandes Companhias das Índias Orientais: séculos XVI-XIX*, Mem Martins, Publicações Europa-América, 2004.

⁵⁴ Sobre os impérios sefévida, otomano e mogol diz J. FLORES, «I will...» cit., pp. 4-5, que são impérios «unidos por uma herança Turco-Mogol comum mas separados por profundas rivalidades políticas».

⁵⁵ J. M. SALLMANN, *Nouvelle...* cit., pp. 67-134, dá uma boa contextualização dos avanços do Islão no século XVI.

⁵⁶ Ver Y. BOMATI & H. NAHAVANDI, *Shah...* cit., p. 120. Sobre o apoio do Xá Tahmasp a Humayun nestes conturbados anos do seu exílio, diz J. FLORES, «I will...» cit., p. 17, citando Muhammad Rabi, que a «corte persa se apresentava como um refúgio e que proclamava simultaneamente a superioridade dos sefévidas sobre os mogóis».

em declínio sob o domínio do soberano mogol. Mesmo assim, Humayun deixaria a seu filho, Akbar, um território instável que o último conseguiu expandir e consolidar⁵⁷.

Apesar do apoio do Xá Tahmasp na recuperação do Império Mogol através do Afeganistão, este território seria sempre uma fronteira de tensão entre os dois poderes no final do século XVI e no primeiro quartel do século XVII, especialmente no que dizia respeito à cidade de Qandahar que, sendo uma encruzilhada do comércio caravaneiro da Índia, desempenhava um papel de vital importância na Ásia Central.

Além disso, ao mesmo tempo que geria as suas relações com o imperador mogol, a Pérsia tinha também que lidar com a dinastia uzbeque da Transoxânea, onde esta contestava permanentemente o território do Coração a Este do Cáspio, uma quezília, aliás, que acompanhava a Pérsia sefévida desde o reinado de Ismail I. Além disso, os uzbeques, que partilhavam o Islão sunita dos otomanos, sendo por isso naturalmente mais próximos do sultão que do Xá, ao ameaçar o Coração sempre que os otomanos estavam a braços com a Europa, impediam a Pérsia de se aproveitar da vulnerabilidade otomana⁵⁸.

Quando Abbas, o *Grande*, ocupou o trono em 1587, a Pérsia encontrava-se rodeada de potenciais fronteiras de combustão. Dois reinados muito fracos, o de Ismail II (1576-1577) e o de Muhammad Khudabanda (1577-1587) tinham antecedido o seu, sendo responsáveis por significativas perdas territoriais e por toda a instabilidade interna dos primeiros anos de Abbas como Xá, com as suas inevitáveis repercussões negativas na situação económica do império, ao prejudicar o comércio e a indústria, bem como as condições de vida da população⁵⁹. O Coração tinha sido perdido para os uzbeques durante a guerra da sucessão de 1588-1589. Em 1594, Qandahar seria perdida para os Mogóis, antes que Abbas tivesse tempo para reorganizar o seu atribulado legado. As perdas mais críticas, contudo, seriam nas fronteiras ocidentais. O inimigo seria, claro está, o otomano. Depois de uma longa guerra, que se iniciou em 1578, entre estes dois vizinhos do Médio Oriente, Abbas ver-se-ia forçado a assinar a Paz de Istambul em 1590, que o obrigaria a reconhecer a perda de importantes territórios como o Azerbaijão, incluindo Tabriz, a primeira capital do império, partes da Geórgia e Qarabagh, a cidade de Erivan e de Ganja, a província de Shirvan e de Daghistão, o Cuzistão, Luristão e o Curdistão, além da cidade de Bagdad na Mesopo-

⁵⁷ Sobre os primeiros anos do Império Mogol, a conquista e estabilidade do seu território, ver John F. RICHARDS, *The Mughal Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 6-28; J. FLORES, «I will...» cit., pp. 3-4. Ver também S. SUBRAHMANYAM, *O Império...* cit., pp. 208-209.

⁵⁸ Clara Cary EDWARDS, «Relations of Shah Abbas the Great, of Persia, with the Moghul Emperors, Akbar and Jahangir», in *Journal of the American Oriental Society*, vol. 35 (1915), p. 247.

⁵⁹ H. R. ROEMER, «The Safavid Period», in P. JACKSON & L. LOCKHART, *The Cambridge...* cit., p. 262.

tâmia⁶⁰. Todos eles territórios que percorriam as fronteiras a noroeste e oeste da Pérsia. A assinatura deste acordo reduziria o Império Sefévida a «uma potência de segunda ordem»⁶¹. Tais focos de tensão em torno da Pérsia sefévida eram ainda completados pelos assuntos do Golfo Pérsico, cujo controlo estava essencialmente confinado aos otomanos, através de Baçorá – a conduta comercial que ligava o Oriente e o Mediterrâneo, e aos portugueses, através de Ormuz, uma vez que este pequeno reino, como já houve oportunidade de sublinhar, tinha sob a sua alçada os portos, ilhas e cidades costeiras mais importantes daquelas águas⁶².

Nestes primeiros e conturbados anos do seu reinado, apesar da desafiante conjuntura e dos evidentes insucessos, Abbas concentrou-se em ganhar terreno e reunir todas as condições, internas e externas, que lhe permitissem colocar a Pérsia sefévida de novo numa posição privilegiada no quadro das potências políticas e económicas do Médio Oriente e Ásia Mogol. O primeiro quartel do século XVII a tal se proporcionaria e uma vez alcançado tão ambicioso objectivo, seria altura para o Sofi se compenetrar em tornar o Golfo verdadeiramente Pérsico⁶³.

3. A Política de Abbas, o Grande, no Golfo Pérsico

Abbas encarregou-se do seu império determinado a restabelecer o poder da Pérsia no Médio Oriente. Antes de se dedicar aos desafios que sopravam dos quatro ventos, Abbas não podia deixar de resolver o estado caótico em que os seus predecessores tinham deixado o seu reino.

Com efeito, a Pérsia sefévida à altura da ascensão de Abbas padecia de vários males que a fragilizavam no quadro regional. O governo central não tinha capacidade para impor a sua autoridade perante os *qizilbash*⁶⁴, as tribos turcomanas que deviam a sua influência política e militar aos seus antepassados, ocupavam a maioria da classe governante e constituíam praticamente todo o exército. O poder das elites turcomanas sobrepunha-se ao poder das elites persas, ou *tajiks*, havendo entre os dois grupos uma rivalidade que já se fazia notar desde os tempos de Ismail I.

⁶⁰ H. R. ROEMER, «The Safavid...» cit., p. 266.

⁶¹ J. M. SALLMANN, *Nouvelle...* cit., p. 133.

⁶² Abdul Aziz M. AWAD, «The Gulf in the Seventeenth Century», in *Bulletin of the British Society for Middle Eastern Studies*, vol. 12, nº 2 (1985), pp. 123-134.

⁶³ Luis GIL FERNÁNDEZ, «La Unión Ibérica y Persia: contactos diplomáticos y choque de intereses», in Maria da Graça Mateus VENTURA (coord.), *A União Ibérica e o Mundo Atlântico: Segundas Jornadas de História Ibero-Americana*, Lisboa, Edições Colibri, 1997, p. 312.

⁶⁴ O termo *qizilbash* significa «cabeça vermelha» e deve-se à introdução de um uniforme para os membros das tribos turcomanas que consistia num turbante vermelho, nos tempos de Ismail I. As fontes portuguesas da época referem-se aos *qizilbash* como gazeisbaixos ou casselbaxos. Ver Dejanirah COUTO & Rui Manuel LOUREIRO, *Ormuz: 1507 e 1622. Conquista e Perda*, Lisboa, Tribuna da História, 2007, pp. 46, 76; Roger M. SAVORY, «The Sherley Myth», in *Journal of the British Institute of Persian Studies*, London, V, 1967, p. 75.

A excessiva autonomia e incontrolável indisciplina dos *qizilbash* eram responsáveis pela fraqueza dos soberanos sefévidas e acabavam por permeabilizar o império face aos seus adversários, uma vez que a instabilidade que provocavam se traduzia na ausência de um exército leal à autoridade do Xá e suficientemente forte para fazer frente às ameaças nas fronteiras. Este vazio na defesa do estado sefévida, juntamente com as suas dissidências internas, deixava a Pérsia vulnerável perante os seus inimigos, principalmente otomanos e uzbeques, que souberam aproveitar-se de tal fragilidade nas conturbadas décadas de 70 e 80 do século XVI para avançar sobre o território persa⁶⁵.

Abbas, no entanto, e a partir de algumas medidas com origem no reinado do Xá Tahmasp, conseguiu neutralizar a influência política e militar dos *qizilbash*, transferindo gradualmente o seu poder para as elites persas fiéis ao Xá. Ao mesmo tempo, conseguiu transformar o seu exército com um admirável sucesso. Para tal, criou uma nova força militar devota ao seu serviço: uma cavalaria composta por *ghulams* (i.e. «escravos» do Xá), escravos georgianos, circassianos e arménios, recrutados em criança, convertidos ao Islão e treinados para ocupar cargos militares e administrativos no Estado; e, simultaneamente, um corpo de mosqueteiros e de artilharia que viria a ser influenciado pelos futuros aliados ingleses⁶⁶.

Com um exército cada vez mais disciplinado, coeso e fiel à sua autoridade, Abbas foi gradualmente conquistando e pacificando o território interior da Pérsia. A sua aquiescência ao acordar a Paz de Istambul com os otomanos em 1590 é muitas vezes considerada humilhante. No entanto, as tréguas com o seu tradicional rival turco permitiram-lhe concentrar-se na resolução dos seus problemas internos, não só na influência negativa dos *qizilbash* e no deficiente exército, mas também na instabilidade do seu reino⁶⁷.

Depois de reconquistado o seu próprio território, ou seja, de retirada a autonomia aos governadores turcomanos que não lhe eram leais⁶⁸, um Estado pacificado e centralizado, e com uma nova força militar «capaz de rivalizar com a dos otomanos»⁶⁹, Abbas estava agora preparado para se dedicar à consolidação do seu império no quadro regional.

⁶⁵ Roger M. SAVORY, «The Safavid Administrative System», in P. JACKSON & L. LOCKHART, *The Cambridge... cit.*, p. 363.

⁶⁶ Sobre a reorganização do exército persa, ver W. FLOOR, *The Persian... cit.*, p. 199; A. J. NEWMAN, *Safavid... cit.*, p. 52; H. R. ROEMER, «The Safavid...» cit., pp. 265-266; J. M. SALLMANN, *Nouvelle... cit.*, pp. 131-132; R. M. SAVORY, «The Safavid...» cit., p. 364; R. M. SAVORY, «The Sherley...» cit., p. 76. Este último (p. 81) acredita que a introdução da artilharia no exército sefévida se deve não tanto aos ingleses, através dos irmãos Anthony e Robert Sherley, como é ocasionalmente mencionado, mas sim, e antes de mais, aos Venezianos e depois aos Portugueses, pela proximidade de relações com os persas conseguida através da sua presença no Golfo Pérsico nos séculos XV e XVI.

⁶⁷ H. R. ROEMER, «The Safavid...» cit., p. 267.

⁶⁸ A. J. NEWMAN, *Safavid... cit.*, p. 53.

⁶⁹ J. M. SALLMANN, *Nouvelle... cit.*, p. 132.

Num território com fronteiras tão susceptíveis como era o da Pérsia, cada conflito parecia ser bem equacionado pelo Xá. Poder-se-á mesmo dizer que Abbas evitava acender conflitos em mais do que uma frente em simultâneo⁷⁰. Se tivermos em conta as quatro fronteiras de conflito da Pérsia sefévida – otomana, uzbeque, mogol e a do Golfo – e observarmos cronologicamente como Abbas se impôs perante cada um deles, fica a ideia de que o modo como o soberano persa alcançou a integridade territorial do seu reino fez parte de uma estratégia ponderada, ainda que fruto, em parte, de um conjunto de circunstâncias favoráveis.

Assim, subtilmente, (e de certo modo também pacientemente, caso contrário não teria aceitado os termos desfavoráveis acordados na Paz de Istambul de 1590), esperou até reordenar as suas possessões territoriais internas, construiu um exército poderoso e leal, antes de pôr em prática as medidas políticas que fariam com que viesse a ser recordado como o *Grande*. Um a um, recuperou os territórios perdidos, sempre balançando taticamente a sua posição no quadro regional e medindo cada um dos seus movimentos de acordo com os poderes circundantes, bem como as suas potencialidades como futuros aliados ou as suas ameaças como futuros inimigos⁷¹.

Abbas começou por impor o seu domínio no Coraçone e afastar a ameaça uzbeque deste território. Virou-se em seguida para os vizinhos otomanos e recuperou importantes territórios de que tinha sido privado com a assinatura da Paz de Istambul. Concentrou depois atenção e esforços na costa do Golfo Pérsico e nos pontos mais importantes daquelas águas, como Ormuz. Ganhou, por fim, Qandahar ao Império Mogol e Bagdad ao Império Otomano, atacando igualmente Baçorá, cada uma destas cidades com um valor económico e estratégico considerável.

As primeiras campanhas vitoriosas lideradas por Abbas vão concentrar-se no Coraçone. Depois dos atribulados primeiros anos do seu reinado terem permitido aos uzbeques a ocupação de grande parte deste território no Nordeste da Pérsia, em 1598 o destemido Xá, já com um poderoso exército e usufruindo da instabilidade vivida pelos uzbeques devido a uma crise de sucessão, avança triunfalmente sobre Mashad e Herat (as cidades mais importantes da província), ocupando outras cidades de relevância na região. Ao pôr cobro ao conflito que desde há tanto mantinha com os uzbeques, Abbas acaba por estabilizar as fronteiras orientais e impor o seu poder não só no Coraçone, mas também na Ásia Central, estabilidade que só voltaria a ser «incomodada» quando se voltasse a acender o conflito em torno da cidade de Qandahar, em 1622.

Afirmadas as fronteiras orientais, era altura de o Xá ajustar contas com os otomanos e recuperar as zonas pertencentes à Pérsia que, ao momento,

⁷⁰ H. R. ROEMER, «The Safavid...» cit., p. 267; Rudolph P. MATTHEE, *The Politics of Trade in Safavid Iran: Silk for Silver, 1600-1730*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 75.

⁷¹ R. M. LOUREIRO, «A Perda...» cit., pp. 75-76, faz um bom apanhado dos primeiros anos do reinado de Abbas I.

respondiam perante a autoridade do Sultão. Nos primeiros anos do século XVII, depois de uma série de incursões militares sobre os territórios ocidentais da Pérsia, Abbas recuperaria o Azerbaijão e a cidade de Tabriz, as cidades de Erivan e Nakchivan, a Arménia, Qarabagh, Shirvan e a Geórgia. As sucessivas vitórias de Abbas culminam com a assinatura de uma nova Paz de Istambul em 1612, desta feita, com claro prejuízo para o lado otomano⁷².

Estabilizadas as suas fronteiras continentais, o Xá direccionou os seus intentos para o Golfo Pérsico, cujo domínio se dividia entre os otomanos a norte, através de Baçorá, e os portugueses a sul, através de Ormuz. A partir do momento em que Abbas concentrou a sua política no Golfo Pérsico, os portugueses passaram a ter sérios motivos para sentir ameaçado o controlo que tinham sobre a ilha e o estreito de Ormuz, bem como o domínio que tinham vindo a exercer sobre o Golfo desde o início do século XVI⁷³.

Em 1601-1602, por intermédio de Allahverdi Khan, o Khan de Xiráz e um dos governadores *ghulams* mais próximos e fiéis ao Xá, o soberano sefévida estendeu o seu domínio até à província de Lar, incorporando-a no seu reino, província que tinha, até então, servido como uma barreira política, autonomizando a influência do reino de Ormuz da influência do Império Sefévida⁷⁴. Ao controlar o território no sudoeste da Pérsia, Abbas aproximava-se cada vez mais do Golfo, o que não era, por certo, bom agouro para a presença portuguesa na região. A ameaça persa tornava-se gradualmente mais real e, ainda em 1602, o mesmo governador conquistaria a ilha de Barém com o aval do Xá, sob o pretexto de que a ilha era património dos seus antepassados. Este avanço crescente indiciaria razões sobejas para que os portugueses temessem pela segurança de Ormuz.

A ilha de Barém, na costa árabe do Golfo, era um dos maiores, senão o maior banco perlífero do Golfo, e por isso uma importante fonte de rendimento para o reino de Ormuz. García de Silva y Figueroa, um dos embaixadores ibéricos enviados por Filipe III de Espanha, II de Portugal, à corte do

⁷² Sobre a vitória persa sobre os uzbeques e os otomanos em torno dos territórios orientais e ocidentais da Pérsia, ver Y. BOMATI & H. NAHAVANDI, *Shah...* cit., pp. 145-152; H. R. ROEMER, «The Safavid...» cit., p. 267; e J. M. SALLMANN, *Nouvelle...* cit., p. 133.

⁷³ Sobre o avanço persa sobre o Golfo Pérsico ver Jean-Louis BACQUÉ-GRAMMONT, Dejanirah COUTO & Mahmoud TALEGHANI, *Atlas historique du Golfe Persique (XVI^e-XVIII^e siècles)*, Turnhout, Brepols, 2006, pp. 306-309; Charles R. BOXER, «Anglo-Portuguese Rivalry in the Persian Gulf: 1615-1635», in Edgar PRESTAGE, *Chapters in Anglo-Portuguese Relations*, Watford, Voss and Michael, 1935, p. 56; W. FLOOR, *The Persian...* cit., pp. 199-203, 215-217; Luis GIL FERNÁNDEZ, *El Imperio Luso-Español y la Persia Safavida*, Tomo I (1582-1605), Madrid, Fundación Universitaria Española, 2006, pp. 37-38.

⁷⁴ D. Frei António de GOUVEIA, *Relação em que se tratam as guerras e as grandes vitórias que alcançou o grande Rei da Pérsia Xá Abbas do grão Turco Mahometto, e seu filho Amethe: as quais resultaram das embaixadas, que por mandado da Católica e Real Majestade del Rei D. Filipe Segundo de Portugal fizeram alguns religiosos da ordem dos Eremitas de S. Agostinho à Pérsia*, Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1615, fols. 20-22. Ver também Luis GIL FERNÁNDEZ, «Ormuz pendant l'union dynastique du Portugal et de l'Espagne (1582-1622)», in D. COUTO & R. M. LOUREIRO, *Revisiting...* cit., p. 184.

Xá Abbas (1614-1619), enfatizaria a riqueza da ilha de Barém, dizendo que é «tão celebrada no mundo pela riquíssima pescaria de suas pérolas como as melhores e mais perfeitas de todo o Oriente»⁷⁵. Depois de o reino de Ormuz ter perdido Barém, os portugueses passaram a recorrer a Julfar, outro importante banco perlífero que compensaria parte do prejuízo⁷⁶, mas também este seria tomado pelos persas em 1614.

Ao longo do século XVI, Barém tinha funcionado como uma linha divisória entre a rivalidade portuguesa e otomana, limitando a influência de cada uma das suas forças no Golfo, tendo, por isso mesmo, sido alvo de uma disputa constante entre os portugueses e os otomanos, os primeiros confinados a sul e os últimos a norte. O próprio governante da ilha oscilava o seu apoio entre um e outro, consoante aquilo que a cada momento lhe parecia mais proveitoso⁷⁷. Ao ocupar Barém, os persas tornavam-se um perigoso vizinho para os portugueses naquelas águas. Estes, por sua vez, pareciam cada vez mais conscientes, não só da política expansionista de Abbas, mas também das suas intenções em relação a Ormuz e pareciam saber que era apenas uma questão de tempo até o sefévida investir no alargamento da sua esfera de influência dentro do Golfo. A restituição da ilha de Barém ao reino de Ormuz seria um tópico frequente na diplomacia entre a Coroa Ibérica e a Pérsia sefévida: «[...] e porque a dita ilha [Barém] e fortaleza há de importância o que sabeis, para a conservação da de Ormuz e tirar ao rei da Pérsia a ocasião de poder pôr os olhos nela, vos encomendo muito que na mesma conformidade trabalheis para recuperá-la [...]»⁷⁸. No entanto, a insistência filipina não se veria capaz de contornar a teimosia do Xá, como se verá mais adiante.

Ainda no mesmo ano, os persas poriam cerco ao Comorão, que encavrava Ormuz desde o litoral persa e onde os portugueses tinham uma fortaleza. Segundo António de Gouveia, um agostinho que serviria de intermediário nos contactos entre a Pérsia e a Coroa dos Habsburgos, o cerco ao

⁷⁵ Ver D. García de SILVA Y FIGUEROA, *Comentarios de D. García de Silva y Figueroa de la embajada que de parte del Rey de España Don Filipe III hizo al rey Xa Abas de Persia*, edição de Manuel Serrano y Sanz, 2 vols., Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1903-1905, p. 296. Nos seus *Comentários*, Don García da Silva y Figueroa deixaria uma narrativa da sua experiência, proporcionando uma visão muito interessante das relações entre Espanha, Portugal e a Pérsia, além de exaustivas descrições da região do Médio Oriente. Ver Miguel ASÍN PALACIOS, *Comentarios de Don García de Silva y Figueroa: de la embajada que de parte del rey de España Don Filipe III hizo al rey Xa Abas de Persia*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1928. Ver também Francisco Paulo Mendes da LUZ, *O Conselho da Índia*, Lisboa, Agência Geral do Ultramar, 1952, p. 316.

⁷⁶ J. T. CUNHA, *Economia...* cit., p. 27.

⁷⁷ A. A. M. AWAD, «The Gulf...» cit., p. 124; L. GIL FERNÁNDEZ, «Ormuz...» cit., p. 184; S. ÖZBARAN, *The Ottoman...* cit., pp. 136-139.

⁷⁸ Raymundo António de BULHÃO PATO (dir.), *Documentos Remetidos da Índia ou Livro das Monções*, Tomos 1 a 5. Lisboa, Tipografia da Academia Real das Ciências (1880-1893), (doravante DRI, seguido do volume e número de documento): DRI-I-Doc. 73, pp. 218-221, Carta régia ao vice-rei D. João Forjaz Pereira, conde da Feira, Lisboa, 15 de Março de 1608, p. 220.

Comorão não era mais do que uma tentativa de desviar os esforços portugueses do socorro à ilha de Barém⁷⁹. Fossem esses os objectivos reais dos persas ou não, a verdade é que se reflectia no comércio de Ormuz, uma vez que além de sitiarem os portugueses no Comorão, os persas não permitiam que as caravanas passassem à ilha⁸⁰. O cerco não se prolongaria por muito tempo, mas os persas continuavam (demasiado) próximos.

Logo depois da ocupação da ilha de Barém, Allahverdi Khan procedeu a uma série de ataques a povoações costeiras do território do Mogostão, povoações estas até então sob a tutela do reino de Ormuz. Quando estas se renderam perante a superioridade militar persa, Abbas veria o seu império consolidado nas margens do Golfo. Mesmo a revolta anti-sefévida, supostamente instigada pelos portugueses em 1606, não surtiu qualquer efeito, pois foi abafada no mesmo momento pelo governador de Lar⁸¹.

Os portugueses vêem assim o seu poder na região em evidente retrocesso, situação agravada pelo duplo golpe sofrido em 1608, quando os persas, ainda sob o comando do Khan de Xiráz, ocuparam e construíram uma fortaleza em Queixome e outra no Comorão. Ambas as iniciativas seriam preocupantes para os portugueses, já que tanto Queixome como o Comorão eram de uma importância extrema para Ormuz, e o soberano habsburgo advertia para a necessidade de que não se deixasse construir os fortes: «[...] fazendo-lhe [ao Khan de Xiráz] para isso a guerra necessária na forma que convier [...]»⁸². Como se sabe, a pequena ilha que controlava a entrada do Golfo Pérsico, era desprovida de água e de solos férteis que lhe permitissem viver da sua própria produção. O mesmo não se passava com Queixome que, mesmo diante de Ormuz, era desde há muito responsável pelo seu abastecimento de água e mantimentos⁸³. Já o Comorão era o elo de ligação entre Ormuz e as rotas comerciais que cruzavam a Pérsia nos vários sentidos, além de fornecer, claro, parte das suas provisões⁸⁴.

Ao iniciar-se a segunda década de Seiscentos, as relações entre portugueses e séfévidas tinham entrado num clima em que «a acção militar era iminente»⁸⁵. Em 1614, novamente o Khan de Xiráz, com o consentimento do Xá, lançar-se-ia sobre o Comorão e com uma força militar arrebatadora pôs novo cerco à cidade, desta vez com intenção de tomá-la, o que acabou por conseguir, pese embora a resistência oferecida pelo comandante da fortaleza portuguesa. A perda definitiva do Comorão, que passava agora

⁷⁹ A. GOUVEIA, *Relação...* cit., fol. 16; L. M. AZEVEDO, *Apologéticos discursos...* cit., fol. 32.

⁸⁰ W. FLOOR, *The Persian...* cit., p. 204.

⁸¹ DRI-I-Doc. 73, pp. 218-221, Carta régia ao vice-rei D. João Forjaz Pereira, conde da Feira, Lisboa, 15 de Março de 1608, p. 218.

⁸² DRI-I-Doc. 110, pp. 322-331, Carta régia ao vice-rei Rui Lourenço de Távora, Lisboa, 13 de Fevereiro de 1610, p. 325.

Sobre a perda de Queixome e a necessidade de socorrer Ormuz, ver BNL, Cód. 580, fols. 86-93; e também L. M. AZEVEDO, *Apologéticos discursos...* cit., fols. 32-33.

⁸⁴ W. FLOOR, *The Persian...* cit., p. 209; R. M. LOUREIRO, «A Perda...» cit., pp. 79-80.

⁸⁵ W. FLOOR, *The Persian...* cit., p. 215.

a responder pelo nome de Bandar-Abbas, seria um mau prenúncio do que estava para vir. Já em 1602, altura do primeiro cerco persa ao forte português do Comorão, Frei António de Gouveia escrevia «se lhe largássemos o Comorão [aos persas] nos haviam de vir inquietar a Ormuz», opinião partilhada pelo cronista António Bocarro na sua *Década 13* onde dizia que «em se perdendo o Comorão, logo Ormuz se perdera», presságio que viria a provar-se verdadeiro. Os portugueses perdiam assim o controlo sobre o único porto que conservavam até então na costa persa. Além disso, o rei de Ormuz voltava também a reconhecer o antigo laço de vassalagem ao Xá, tornando por isso a pagar-lhe o tributo que devia à Pérsia nos tempos de Ismail, antes da chegada dos portugueses⁸⁶.

Ora, com Barém, Queixome e o Comorão sob a alçada do Xá Abbas, a presença portuguesa em Ormuz ficava demasiado dependente da boa-vontade sefévida que, por esta altura, era cada vez mais escassa em relação aos portugueses. À medida que a sua influência naquelas águas progredia, a dos portugueses retrocedia⁸⁷. Até porque o Xá já não se sentia ameaçado por turcos e uzbeques, que tinham desviado a sua atenção do Golfo nas duas últimas décadas de Quinhentos. De facto, todas as acções de Abbas que diziam respeito a Ormuz estavam dependentes das suas relações com os seus vizinhos continentais, principalmente os otomanos, pelo que no Golfo os portugueses observavam permanentemente o estado das coisas entre persas e otomanos: «[...] o dito rei da Pérsia trata pazes com o turco, e tem ruins intentos contra a fortaleza de Ormuz [...]»⁸⁸. Por certo, o soberano sefévida não estava disposto a desafiar os portugueses nas margens persas do Golfo – onde, lembremo-nos ainda, era exigida uma considerável força naval, algo em que os sefévidas nunca tinham investido – enquanto enfrentava o assédio terrestre nas suas fronteiras mais instáveis: a otomana e a uzbeque.

Esta combinação de circunstâncias tinha muito pouco de novidade para os portugueses, desde há muito cientes de que a sua calma no Golfo e a sua amizade com as forças sefévidas estavam dependentes dos atritos nas fronteiras otomanas e uzbeques do Xá, atritos estes que, para fortuna dos portugueses, tinham sido constantes ao longo do século XVI. Precisamente por saberem que a sua tranquilidade no estreito de Ormuz dependia

⁸⁶ António BOCARRO, *Década 13 da História da Índia*, direcção de Rodrigo José de Lima Felner, Parte I, Lisboa, Tipografia da Academia Real das Ciências, 1876, (1634), pp. 344-349; A. GOUVEIA, *Relação...* cit., fol. 15-17; e L. GIL FERNÁNDEZ, «Ormuz...» cit., p. 180.

⁸⁷ L. Gil Fernández, *El Imperio...* cit., p. 38; L. Gil Fernández, «Ormuz...» cit., p. 186.

⁸⁸ DRI-II-Doc. 312, pp. 312-319, Carta régia ao vice-rei D. Jerónimo de Azevedo, Lisboa, 1 de Fevereiro de 1613, p. 313; Ver também DRI-I-Doc.110, pp. 322-331, Carta régia ao vice-rei Rui Lourenço de Távora, Lisboa, 13 de Fevereiro de 1610, p. 326: «[...] fui avisado que, dando-se-lhe [ao Xá] uma carta minha, a não quis receber, nem ouvir a quem lha dava, por respeito das pazes que o imperador fez com o turco [...]»; No seu regimento a Frei António de Gouveia, Filipe III pede: «[...] tereis particular cuidado de me escrever por todas as vias que se oferecere assim por terra como por mar os recontros e sucessos que o Xá e os seus exércitos tiverem com os Turcos [...]», ver BA, Cód. 51-VII-11, Doc. 50, fol. 163.

da ocupação do Xá com as suas fronteiras terrestres, principalmente a dos otomanos⁸⁹, os portugueses cedo se aperceberam das vantagens de fomentar a guerra contra o «Turco», incitação que era uma constante nas suas aproximações à corte do Xá Abbas. Numa carta ao vice-rei D. Martim Afonso de Castro, Filipe III instiga a «[...] haverem de procurar entender os procedimentos daquele rei [o Xá] e incitá-lo sempre a prosseguir a guerra contra o Turco [...]»⁹⁰. Os persas, por sua vez, pareciam também ter noção de que quaisquer conflitos que se acendessem nas suas fronteiras do Norte inibiam a vontade que tinham de recuperar Ormuz, principalmente num momento em que os portugueses davam os primeiros sinais de fraqueza⁹¹.

A partir do momento em que tomaram conhecimento dos objectivos expansionistas de Abbas, os portugueses começaram a consciencializar-se de que Ormuz, bem como as principais fortalezas que detinham no estreito, no Golfo Pérsico e no Mar de Omã, exigiam um investimento considerável na sua defesa, pelo que passaram também a empreender iniciativas nesse sentido, o que, de resto, era já uma preocupação do *Estado da Índia* em todas as partes da Ásia: «E porquanto o que se tem alcançado dos intentos dos persas contra Ormuz, obriga a ter maior cuidado das coisas daquela fortaleza, vos hei por mui encarregado que procureis como na guarda dela e do estreito haja particular vigilância, e a façais ter sempre tão bem provida do necessário para a sua defesa, que não possa correr nenhum risco [...]»⁹². Era essa uma das razões porque os portugueses se esforçariam permanentemente para não «provocar» os ânimos do Xá. Já numa carta enviada por Filipe II a D. Francisco da Gama, escrita em finais do século XVI, o monarca sublinhava «[...] o quanto convém conservar a amizade do Xá Rei da Pérsia [...] como coisa que tanto importa [...]», pedindo também ao vice-rei que o avisasse de «suas [do Xá] coisas e sucessos»⁹³. Mesmo assim, as relações

⁸⁹ Sobre a tranquilidade que o conflito entre persas e otomanos reflectia em Ormuz, veja-se a carta enviada pelo vice-rei da Índia, Rui Lourenço de Távora, a Filipe II de Portugal, datada de Dezembro de 1609: «[...] não há indicação de movimento algum da parte do Xá nem de presente se pode reçar por ele andar muito embaraçado com a guerra do Turco [...]», BNL, Cód. 1975, fol. 366. Ver também C. R. BOXER, «Anglo-Portuguese...» cit., pp. 56-58.

⁹⁰ DRI-I-Doc.3, pp. 11-16, Carta régia ao vice-rei D. Martim Afonso de Castro, Lisboa, 26 de Fevereiro de 1605, p. 13. No regimento que o mesmo rei dá a Frei António de Gouveia (Madrid, 17 de Março de 1612) é também esta uma das indicações do monarca ibérico, que enfatiza «[...] o quanto convém perseguir a guerra contra o Turco comum inimigo e procurar com ela de o extinguir de todo[...]». Ver BA, Cód. 51-VII-11, Doc. 50, fol. 162. Ver também W. FLOOR, *The Persian...* cit., p. 210.

⁹¹ L. GIL FERNÁNDEZ, *El Imperio...* cit, p. 85; F. P. M. LUZ, *O Conselho...* cit., p. 318.

⁹² DRI-II-Doc.372, pp. 426-427, Carta régia ao vice-rei D. Jerónimo de Azevedo, Lisboa, 1 de Fevereiro de 1613, p. 426. Ver também DRI-I-Doc.3, pp. 11-16, Carta régia ao vice-rei D. Martim Afonso de Castro, Lisboa, 26 de Fevereiro de 1605, p. 15; DRI-I-Doc.110, pp. 322-331, Carta régia ao vice-rei Rui Lourenço de Távora, Lisboa, 13 de Fevereiro de 1610, p. 322; A. GOUVEIA, *Relação...* cit., fol. 16;

⁹³ BNL, Cód. 6919, fols. 112-116, fol. 113, Carta de D. Filipe I de Portugal a D. Francisco da Gama, 15 de Janeiro de 1598. Ver também DRI-I-Doc.3, pp. 11-16, Carta régia ao vice-rei

entre persas e portugueses pautavam-se cada vez mais por uma desconfiança mútua, camuflando uns e outros tanto quanto podiam os seus verdadeiros interesses⁹⁴. Na sua *Década 13*, António Bocarro revela a desconfiança no carácter do Xá Abbas: «Era este rei [Abbas] grande homem de guerra, assim no espírito como de invenções e traças para poder conseguir o que pretendia, fosse por quaisquer meios que pudesse, sem guardar fé nem palavra; [...] E assim depois que viu que sua Majestade lhe não deferia nada às suas pretensões não deixava de mandar embaixadores, e fingir amizades e grande desejo de as conservar, porém debaixo disto fazia coisas que mostravam bem diferente ânimo, como foi na tomada da ilha de Barém, que sendo uma das melhores que possuía el-Rei de Ormuz, e sua Majestade melhor por ele ser seu vassalo, não teve o Xá sossego até a pôr debaixo de sua jurisdição; e sobre isto dizia que queria senão paz e muita amizade com sua Majestade [...]»⁹⁵. Daí que as tentativas que os portugueses levaram a cabo para recuperar os domínios perdidos, pelo menos por enquanto, não tenham sido mais do que diplomáticas, como se verá em seguida⁹⁶.

A ameaça iminente das forças sefévidas em relação a Ormuz é agravada, pouco tempo passado da tomada de Comorão pelos persas, com o estabelecimento dos ingleses no Golfo, que já procuravam o comércio com a Pérsia desde os finais do século XVI. Assim, já as forças do Xá defronte de Ormuz, a costa persa do Golfo sob o seu domínio e aliciantes aliados nas mesmas águas, inicia-se um complexo e ambíguo jogo diplomático. Abbas pode agora finalmente considerar o apoio inglês, e eventualmente o holandês, na região para levar a cabo os seus intentos: afastar definitivamente os portugueses do estreito de Ormuz, consolidar-se como potência no Golfo Pérsico e, por fim, consolidar todas as fronteiras da Pérsia que governava e garantir uma posição de supremacia perante cada um dos seus rivais.

D. Martim Afonso de Castro, Lisboa, 26 de Fevereiro de 1605, p. 12; DRI-I-Doc.73, pp. 218-221, Carta régia ao vice-rei D. João Forjaz Pereira, conde da Feira, Lisboa, 15 de Março de 1608, p. 218; A. BOCARRO, *Década 13...* cit., p. 202.

⁹⁴ Veja-se uma carta de autoria e data desconhecidas enviada a Filipe III (?) sobre a declarada inimizade do Xá para com o Rei de Espanha, onde o autor refere que o Sofi fazia muitas coisas contra os vassalos do monarca habsburgo em Ormuz, [TT-Graça-Cx.6-Tomo II E, fol. 447-449]. Ao mesmo tempo, numa carta enviada pelo Xá ao soberano filipino (c. 1617), traduzida para castelhano, Abbas refere-se a Filipe III como seu irmão, [BNL, Cód. 580, fols. 73-74].

⁹⁵ A. BOCARRO, *Década 13...* cit., pp. 34, 668.

⁹⁶ Veja-se o exemplo do regimento de Filipe III a Frei António de Gouveia (Madrid, 17 de Março de 1612): «E porque sendo a fortaleza de Barém e terras firmes do Mogostão de El Rei de Ormuz meu vassalo as tem ocupadas o Sultão de Xiráz [...] trateis com ele [Xá Abbas] que lhe faça restituir uma coisa e outra, para que havendo entre nós amizade e boa correspondência, há razão para que a mesma haja entre os vassalos [...]», [BA, Cód. 51-VII-11, Doc. 50, fols. 162-163, fol. 163]. Sobre o mesmo assunto ver a Carta de Filipe III ao bispo D. Pedro de Castilho, 29 de Março de 1613, [BA, Cód. 51-VIII-6, fols. 181-182]. Ver também José Manuel GARCIA, «Pedro Teixeira et Fr. António de Gouveia: leurs intérêts pour la Perse», in D. COUTO & R. M. LOUREIRO (ed.), *Revisiting...* cit., p. 209.

4. Europeus no Golfo Pérsico: Ambiguidades de uma Diplomacia Inter-regional

Como se sabe, Abbas, o *Grande*, tinha bem presente que enquanto as suas contendidas continentais se mantivessem não convinha agitar as águas do Golfo, pelo que soube esperar pela altura certa para a recuperação de Ormuz. E por isso mesmo, enquanto se digladiava com a hostilidade otomana (por agora os seus problemas com os uzbeques estavam controlados), o Xá procurou consolidar as suas relações dentro da Europa⁹⁷.

Com efeito, houve durante o seu reinado um esforço diplomático considerável. Abbas pretendia, acima de tudo, promover uma aliança contra os otomanos, o que passava não só pela união de esforços militares, mas também pelo desvio da seda persa pela rota alternativa do Cabo da Boa Esperança, roubando aos otomanos os benefícios da rota do Levante. A tentativa de desviar a sua seda através da costa africana, para o que seria necessária alguma cooperação externa, era uma das maneiras de Abbas responder à ameaça otomana no seu território e poder sobre a região. Segundo o cronista António Bocarro: «O Xá, rei da Pérsia, chamado Abbas, tinha mandado a sua Majestade à Europa muitas embaixadas em tempo dos vice-reis passados, procurando por todos os meios fizesse com o imperador da Alemanha movesse por Europa ao grão Turco toda a mais guerra que pudesse, porque na mesma forma ele pela banda de seus reinos, que na Ásia confinavam com os do Turco, o apertaria com a maior a que se estendessem suas forças; levando também estes embaixadores a cargo fazerem com sua Majestade lhe mandasse comprar a seda toda que tinha em seus reinos em grande cópia, para o que a mandaria pôr no bandel do Comorão, ou na fortaleza de Ormuz, na forma que se assentasse. O que pretendia não somente para ficar tendo mais comércio, trato e aliança, com os vassalos e estados de sua Majestade, mas também para tirar das terras do Turco esta fazenda, que com grandes interesses lhe passava por todas elas, com que ficasse diminuindo mais e afracando»⁹⁸.

A aproximação entre a Pérsia e a Europa não era, como se referiu anteriormente, uma novidade do reinado de Abbas. Este, quando muito, intensificou-a, num momento em que também a Europa, sobretudo a Coroa Ibérica, se mostrava mais interessada. O denominador comum destes contactos era o concerto das forças sefévidas e europeias contra os otomanos. Com efeito, o Império Otomano situava-se geograficamente entre a Pérsia e a Europa, o que tornava bastante aliciante a possibilidade de aniquilar a sua força no meio de duas ofensivas em simultâneo. Tanto os persas, como os principais príncipes europeus, contemplavam esta coligação⁹⁹. Já os otomanos

⁹⁷ Y. BOMATI & H. NAHAVANDI, *Shah...* cit., p. 114.

⁹⁸ A. BOCARRO, *Década 13...* cit., pp. 33-34.

⁹⁹ Aparentemente, um dos ambiciosos objectivos de Abbas seria unir a Pérsia à Europa e juntar as suas fronteiras, «aniquilando» o Império Otomano. Ver Christopher J. WALKER, *O Islão*

temiam-na. Para debilitar o poderio otomano no quadro regional, Abbas idealizou também, como se disse, o desvio da seda persa pelo Golfo Pérsico, através de Ormuz, em detrimento da tradicional rota levantina que tinha o inconveniente de atravessar o Império Otomano, tendo, como tal, algum peso na sua economia. Essa possibilidade tornava-se aliciante para qualquer uma das potências europeias que em águas orientais procuravam, acima de tudo, o lucro, especialmente para as que se preparavam para, brevemente, assumir o controlo sobre a Rota do Cabo: a Inglaterra e as Províncias Unidas. Qualquer uma delas que se aproximasse o suficiente do Xá para se tornar o agente de ligação entre a seda persa e os mercados da Europa adquiriria naquela região uma posição privilegiada: «[...] com a abertura do comércio e liberdade do comércio antigo: no qual o Persa se esconde, se os Espanhóis aceitarem as suas ofertas, a liberdade dada ao Turco será inútil, pois as Sedas descerão até Ormuz; mas tenho esperança que sua Excelência o impeça [...]. O Rei da Pérsia tem indagado ultimamente novidades sobre os Ingleses, pois é-lhe indiferente que Cristão tenha o trato, desde que o Grand Signior o perca: pois a sua primeira oferta aos Espanhóis poderá dar-lhes tréguas, e deixar-nos a nós depois com os restos»¹⁰⁰.

Quanto a Abbas, soube aproveitar-se bem das ambições dos europeus e aliciá-los a tornarem-se seus parceiros, ainda que os seus verdadeiros intentos em relação ao presumível desvio da seda pelo Golfo fossem algo ambíguos¹⁰¹, até porque, independentemente da permanente hostilidade com o Sultão, o comércio da seda pelo Levante também era conveniente ao Sofi.

Apesar das sucessivas embaixadas persas terem percorrido várias cortes dentro do continente europeu, talvez os resultados conseguidos, bem como os não conseguidos, de maior relevância para a questão de Ormuz digam respeito ao contacto com a Coroa dos Habsburgos e com a Coroa inglesa.

Na sua aproximação diplomática à Europa, Abbas não podia, de modo nenhum, ignorar a importância de Espanha, pois os interesses do seu monarca, Filipe III, que era um dos mais poderosos no palco europeu e que desde há muito procurava continuamente acabar com a ameaça do *Infiel*, iam ao encontro dos interesses do Xá. Além disso, Espanha tinha ainda uma posição privilegiada no Mediterrâneo que nunca deixara de inquietar os

e o Ocidente: uma Harmonia Dissonante de Civilizações, Lisboa, Edições 70, 2005, pp. 147-148; Y. BOMATI & H. NAHAVANDI, *Shah...* cit., p. 114; A. T. WILSON, *The Persian...* cit., pp. 131-132. Ver também H. INALCIK, *An economic...* cit., pp. 246-249; e José Gervásio LEITE, «Introdução», Pedro CRASBEECK, *Comentários do grande capitão Rui Freire de Andrade*, Lisboa, Agência Geral das Colónias, 1940, p. 4.

¹⁰⁰ A Letter of Sir Thomas Roe, to another Right Honorable Councillor, 30 de Novembro de 1616, pp. 458-459, em Samuel PURCHAS, *Hakluytus posthumus or Purchas his pilgrims: containing a history of the world, in sea voyages and land travels by Englishmen and others*, 20 volumes, Glasgow, James MacLehose and Sons, 1905-1907 (1.^a ed. 1625), vol. IV, pp. 457-462. Ver também W. FLOOR, *The Persian...* cit., p. 209; R. M. LOUREIRO, «A Perda...» cit., p. 81; R. P. MATTHEE, *The Politics...* cit.; A. J. NEWMAN, *Safavid...* cit., p. 61.

¹⁰¹ F. P. M. LUZ, *O Conselho...* cit., pp. 318-319.

otomanos¹⁰². E por isso mesmo, a troca de embaixadas entre estes dois soberanos foi mais intensa. Poder-se-á, no entanto, dizer que as proximidades de Abbas com os ingleses (que vingariam na captura de Ormuz) são mais fruto da ingerência dos agentes ingleses, Anthony e Robert Sherley, do que uma intenção concreta do Xá. Nos assuntos do Golfo Pérsico, e em Ormuz, foram essencialmente os interesses da *East India Company*, valendo-se do espaço de manobra no campo da diplomacia que lhe era permitido pela coroa inglesa¹⁰³, a ditar a aliança anglo-persa.

Abbas começaria por enviar duas missões diplomáticas que, depois de visitarem alguns soberanos europeus e de encontrarem diferentes níveis de hospitalidade, chegariam às cortes castelhana e inglesa. A primeira embaixada enviada à Europa em 1599 era encabeçada por Sir Anthony Sherley, que foi acompanhado por um embaixador persa, Husein Ali Beg, pretendendo sugerir uma aliança contra o Império Otomano. A segunda, que deixou a Pérsia em 1608, seria empreendida pelo seu irmão Robert que, além da coligação entre a Pérsia e a Europa, pretendia também cimentar relações de natureza comercial e, de certa maneira, averiguar os interesses de Inglaterra e Espanha na seda persa¹⁰⁴.

Os irmãos Sherley eram dois aventureiros ingleses que foram para a Pérsia em busca de negócios lucrativos e que chegaram à corte de Abbas em 1598, anunciando-se como emissários da rainha Isabel I de Inglaterra, algo que convenceria mais facilmente o Xá a acolhê-los com agrado, uma vez que a rainha era uma das monarcas mais poderosas da Europa, mas que não era propriamente verdade. Até porque o empreendimento dos Sherley tinha sido incitado pelo Conde de Essex, que movia a sua política em sentido oposto ao da rainha inglesa¹⁰⁵. Aos irmãos Sherley valia-lhes o nome, mas a sua sorte seria traçada pelas suas ambiciosas intenções. Apesar do seu tacto diplomático (uma qualidade apontada tantas vezes quanto o seu carácter duvidoso),

¹⁰² R. M. LOUREIRO, «A Perda...» cit., pp. 77-78.

¹⁰³ J. L. BACQUÉ-GRAMMONT, D. COUTO & M. TALEGHANI, *Atlas...* cit., pp. 306-309.

¹⁰⁴ Sobre as embaixadas de Anthony e Robert Sherley, ver F. P. M. LUZ, *O Conselho...* cit., pp. 325-327; L. GIL FERNÁNDEZ, *El Imperio...* cit.; R. M. SAVORY, «The Sherley...» cit.; C. J. WALKER, *O Islão...* cit., pp. 137-156, contextualiza a proximidade entre os irmãos Sherley e Abbas I desde uma perspectiva da relação entre o Islão e o Ocidente. O papel dos irmãos Anthony and Robert Sherley como agentes ingleses ao serviço do Xá Abbas é frequentemente desenvolvido quando se estuda as relações entre a Pérsia e a Europa. No entanto, Rudolph P. MATTHEE, *The Politics...* cit., p. 77, considera que, se observado a partir da Pérsia e não a partir de Inglaterra ou da Europa como é habitual, estes aventureiros ingleses eram agentes relativamente insignificantes, «manipulados pelo Xá ao serviço de uma ofensiva diplomática muito mais vasta». Sobre a embaixada e ambíguas intenções de Anthony Sherley, ver Vasco RESENDE, «Un homme d'inventions et inconstant»: les fidélités politiques d'Anthony Sherley, entre l'ambassade safavide et la diplomatie européenne», in D. COUTO & R. M. LOUREIRO (ed.), *Revisiting...* cit., pp. 235-260. Ver ainda «Promise by Shah 'Abbas of Extraterritorial Privileges to Europeans, 1600», J. C. HUREWITZ, *Diplomacy in the Near and Middle East, A Documentary Record: 1535-1914*, Vol. I, Princeton, D. Van Nostrand Company Inc., 1956, pp. 15-16.

¹⁰⁵ C. J. WALKER, *O Islão...* cit., pp. 137, 143.

ambas as embaixadas falhariam na sua missão de convencer os soberanos de Inglaterra, Isabel I (r. 1558-1603) e Jaime I (r. 1603-1625), e de Espanha, Filipe III, da conveniência da proposta do Xá.

Neste virar de século, a embaixada liderada por Anthony Sherley encontraria no trono inglês Isabel I, que tinha como interesse manter boas relações com os otomanos de modo a preservar os privilégios dos ingleses no comércio levantino, onde estes tinham já desde 1581 uma companhia¹⁰⁶. Os assuntos relativos à Pérsia nada diziam a esta monarca, o que, juntamente com a má reputação que crescia em torno do agente inglês, faria da embaixada infrutífera. Aliás, Anthony Sherley não chegou sequer a alcançar a corte inglesa.

No que diz respeito ao seu irmão Robert, depois de deixar Espanha sem conseguir quaisquer resultados¹⁰⁷, em 1611 dirigiu-se à corte inglesa pretendendo propor o mesmo pacto ao Rei Jaime I, em cuja corte seria bem recebido. De qualquer maneira, em assuntos orientais, muito pesavam os interesses das companhias mercantes, e, neste em particular, os da *English Levant Company*, que também não estava disposta a renunciar às boas relações comerciais (e de que natureza fossem) com o Sultão. O comércio da seda feito pela rota do Levante trazia-lhes grandes benefícios, pelo que o seu desvio pelo Golfo Pérsico só interessaria se fossem os seus navios e não os navios ibéricos a controlar o estreito de Ormuz, algo que teria que aguardar até que a *English India Company* se apercebesse de que a seda persa seria de facto proveitosa¹⁰⁸. No decurso desta embaixada, Robert Sherley tentaria também averiguar os interesses das Províncias Unidas em assentar relações militares e comerciais com a Pérsia¹⁰⁹.

Também Filipe III estava ciente de como era importante não perder o controlo que a presença portuguesa no estreito de Ormuz assegurava sobre

¹⁰⁶ O tratado de comércio estabelecido entre o Império Otomano e Inglaterra em Junho de 1580, bem como o primeiro decreto da *English Levant Company*, encontram-se transcritos em J. C. HUREWITZ, *Diplomacy...* cit., pp. 7-15.

¹⁰⁷ O objectivo de Robert Sherley junto da Coroa Filipina era assentar o comércio entre a Pérsia e Espanha através de Ormuz [C. J. WALKER, *O Islão...* cit., p. 149], e também concertar forças contra o Império Otomano, mas talvez por ser inglês e por a desconfiança ser permanente, as suas intenções tenham fracassado junto do soberano habsburgo. Ver *Resposta que mandou dar Filipe III a Robert Sherley, embaixador do Xá Abbas, sobre a liga contra o Turco*, 3 de Março de 1610, [TT-Graça-Cx.6-Tomo II E, fol. 443-444] ou a sua transcrição em Luz 1952: 498-501. Sobre as intenções de Robert Sherley junto da corte ibérica, ver «*Cópia do papel que deu a Sua Majestade D. Roberto Sherley, tocante ao embaixador ao que qual o há enviado El-Rei da Pérsia*», [TT-Graça-Cx.6-Tomo II E, fols. 423-426]; «*Artículos y condiciones que propone el Conde Don Roberto Sherley, Embaixador de El-Rei de Pérsia para el comércio que se trata entre sua Majestade Católica y dicho Rei*», [TT-Graça-Cx.6-Tomo II E, fols. 427-430]; e também «*Apuntamentos de las condiciones de paz y alianza entre Sua Majestade y El-Rei de Pérsia que el embaixador D. Roberto Sherley dice que se acceptaran por su parte*», [TT-Graça-Cx.6-Tomo II E, fols. 431-439].

¹⁰⁸ C. J. WALKER, *O Islão...* cit., p. 151.

¹⁰⁹ Ver o artigo de Willem FLOOR, «Dutch-Persian Relations», in *Encyclopaedia Iranica*. [Consult. 8 Fev. 2009] Disponível na WWW, em: <http://www.iranica.com/newsite/index.isc?Article=http://www.iranica.com/newsite/articles/v7f6/v7f646.html>.

o Golfo e procurou igualmente, pelos seus próprios meios, chegar a termos com o Xá através do envio constante de emissários, que seriam, de uma maneira geral, muito bem acolhidos na corte sefévida¹¹⁰.

Dois destes emissários merecem especial destaque: o missionário agostinho Frei António de Gouveia¹¹¹ e o fidalgo castelhano D. García da Silva y Figueroa¹¹². O primeiro serviu de intermediário entre Portugal, o *Estado da Índia* e a Pérsia em mais do que uma ocasião durante a primeira década de Seiscentos, e o segundo encabeçou a última embaixada ibérica de relevo, sendo enviado à Pérsia em 1614, onde permaneceu até 1619.

Os motivos que levaram Filipe III a enviar António de Gouveia, D. García da Silva y Figueroa e outros embaixadores à corte do Xá Abbas foram essencialmente sempre os mesmos: o desejo de concertar esforços contra os otomanos, o «presumível» interesse no desvio da seda persa por via de Ormuz¹¹³, a restituição dos territórios perdidos no Golfo e nas suas margens (territórios outrora vassalos do reino de Ormuz), e o afastamento dos rivais europeus de qualquer contacto com o Xá. O que há a assinalar em cada uma destas embaixadas são as circunstâncias que ganhavam forma nas águas do Golfo Pérsico na altura em que cada uma destas missões foi empreendida.

Durante a primeira década do século XVII, quando Gouveia foi enviado à corte do soberano sefévida, os persas levavam a cabo uma aproximação gradual a Ormuz por iniciativa do Khan de Xiráz, Allahverdi Khan, e com o louvor de Abbas, como já foi referido. Para os portugueses, esta era uma ameaça numa única frente, a continental. As suas capacidades de defesa,

¹¹⁰ Y. BOMATI & H. NAHAVANDI, *Shah...* cit., p. 114.

¹¹¹ Sobre a figura de Frei António de Gouveia ver Rui Manuel LOUREIRO, «The Persian Ventures of Frei António de Gouveia», in Rudi MATTHEE & Jorge FLORES (ed.), *Portugal, the Persian Gulf and Safavid Persia* (no prelo); e L. GIL FERNÁNDEZ, *El Imperio...* cit., p. 264. A escolha de frades como intermediários entre a Coroa dos Habsburgos e a Pérsia sefévida era frequente, e no início do século XVII são várias as missões diplomáticas enviadas pelo soberano espanhol ou pelos seus representantes no Estado da Índia à Pérsia a cargo de religiosos. Em 1602 são enviados juntamente com António de Gouveia, os agostinhos Jerónimo da Cruz e Cristóvão do Espírito Santo; e em 1604-1605 são enviados Luís Pereira de Lacerda, Frei Guilherme de Santo Agostinho e Frei Belchior dos Anjos. Ver Luís de MATOS, *Das Relações Entre Portugal e a Pérsia: 1500-1758, Catálogo Bibliográfico da Exposição Comemorativa do XXV Centenário da Monarquia no Irão*, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian, 1972, pp. xv-xvi; e também L. GIL FERNÁNDEZ, *El Imperio...* cit.

¹¹² Sobre a embaixada de D. García da Silva y Figueroa ver C. R. BOXER, «Anglo-Portuguese...» cit., pp. 57-58; W. FLOOR, *The Persian...* cit., pp. 221-224; L. LOCKHART & P. JACKSON, *The Cambridge...* cit., pp. 392-393; R. M. LOUREIRO, «A Perda...» cit., p. 80; e F. P. M. LUZ, *O Conselho...* cit., pp. 342-349. Ver também A. BOCARRO, *Década 13...* cit., pp. 369-374; G. SILVA Y FIGUEROA, *Comentarios...* cit.

¹¹³ Sobre a passagem do comércio da seda persa por Ormuz ver a Carta do Conde Meirinho-Mor para D. Pedro de Castilho, Madrid, 15 de Abril de 1612, [BA, Cód. 51-VIII-15, fols. 53-56]. Sobre o comércio e valor da seda persa, ver também «Advertência sobre o trato da seda que se oferece a sua Majestade por parte de El-Rei da Pérsia» (autoria e data desconhecidas), [TT-Graça-Cx.6-Tomo II E, fol. 451-453].

resistência e resposta eram já assombradas pela presença europeia no Índico, e era conveniente instigar no seio da corte do Xá um sentimento negativo ante ingleses e holandeses. António Bocarro menciona uma carta escrita pelo vice-rei D. Jerónimo de Azevedo enviada ao Xá por via de Frei António de Gouveia em que o vice-rei dizia «quem eram os ingleses, e que todo seu fundamento faziam em ser piratas do mar, e que a vinda que faziam a este Estado era sem licença de sua Majestade; por onde, se ele queria conservar sua amizade, os não havia de consentir em portos, nem ter comércio com eles por via deste Estado [...]»¹¹⁴. No entanto, pelo menos por enquanto e já que os otomanos estavam confinados ao limite norte do Golfo, i.e. Baçorá, os portugueses moviam-se mais ou menos à vontade no estreito.

Já o contexto que rodeava a embaixada de D. García da Silva y Figueroa era ligeiramente diferente e o panorama mais preocupante. Os persas tinham-se imposto no Golfo com as conquistas de Barém, Queixome, Comorão e outros territórios na sua costa. Por outro lado, o nobre espanhol já encontraria no Golfo a presença firme dos ingleses. Agora os portugueses não tinham apenas que encarar o assédio persa vindo de terra, mas necessitavam de cuidar também das águas do estreito, uma vez que as armadas inglesas, à medida que os ingleses estreitavam relações com o Xá, se encontravam cada vez mais próximas¹¹⁵. Além disso, o gradual apreço de Abbas pelos ingleses – para o que em muito contribuía a proximidade de Robert Sherley junto da corte sefévida que procurava, com êxito, conjugar os interesses da *East India Company* com os de Abbas – traduzia-se num gradual desagrado ante os portugueses.

Nenhuma das pretensões ibéricas encontraria em Abbas a resposta pretendida. Na correspondência que trocavam através dos seus respectivos emissários, tanto o soberano habsburgo como o Xá ponderavam a aliança contra os otomanos e o desvio da seda persa pela rota do Cabo. Mas o interesse demonstrado por Filipe III no desvio da seda persa através de Ormuz era algo dúbio, e era utilizado até certo ponto apenas para alimentar a boa vontade do Xá¹¹⁶. Por seu turno, as exigências ibéricas que diziam respeito ao Golfo, como a restituição da ilha de Barém e a reconstrução do forte português em Comorão, e que tinham como fim último recuperar a segurança que outrora envolvera a fortaleza de Ormuz, não eram do agrado de Abbas. Nem tão pouco o aprazia afastar os recém-chegados ingleses, pois estes seriam

¹¹⁴ A. BOCARRO, *Década 13...* cit., p. 203.

¹¹⁵ W. FLOOR, *The Persian...* cit., p. 22.

¹¹⁶ F. P. M. LUZ, *O Conselho...* cit., p. 347, afirma que os portugueses não deram saída ao desvio da seda persa pelo Golfo. O interesse do monarca filipino talvez fosse mais virtual do que real. Com ele, o rei ia alimentando a boa vontade e as expectativas do Xá. Isto porque, e já tendo os portugueses acesso à seda proveniente da China, os verdadeiros interesses de Filipe III residiam na conservação de Ormuz, para o que era imprescindível agradar o Xá. Sobre a importância da seda ver o «Discurso de Frei Belchior dos Anjos sobre o comércio da seda da Pérsia», 8 de Setembro de 1619 a 10 de Outubro de 1619, em F. P. M. LUZ, *O Conselho...* cit., pp. 588-601.

fundamentais para os seus intentos. Com efeito, a ilha e o estreito estavam cada vez mais perto de regressar ao domínio do Xá¹¹⁷.

Como se demonstrou anteriormente, a partir do momento em que estabilizou as fronteiras do reino persa, Abbas direccionou os seus objectivos políticos para Ormuz. Necessitava apenas de aliados externos, capazes de disputar o poder naval dos portugueses¹¹⁸.

A chegada de ingleses e holandeses aos mares asiáticos danificaria profundamente o *Estado da Índia*, o que acabava por expressar-se no Golfo Pérsico. Numa carta dirigida a Rui Freire de Andrade, o capitão da armada enviada para socorrer Ormuz e os portugueses no Golfo Pérsico, o Rei Filipe III alertá-lo-ia sobre «[...] o que se diz das embarcações que se armam em Holanda e Inglaterra para em Março que vem navegarem para estas partes com intento de empreenderem as praças que neles vereis; e porque também poderiam intentar a de Ormuz, como uma das de maior importância desse estado, e mais conveniente a seus fins, e pretensões [...]»¹¹⁹. Como já se viu, nas iniciativas que visavam a aproximação a Ormuz no início do século XVII e que contavam com a ajuda do Khan de Xiráz que, como se sabe, se opunha à presença portuguesa em águas persas e era um fiel vassalo do Xá, Abbas tomaria a ilha de Barém, ocuparia Queixome e restabelecer-se-ia no Comorão¹²⁰. Uma vez que os rivais europeus dos portugueses, os tão chamados «inimigos da Europa», já absorviam os seus esforços de resistência por todo o Oceano Índico, os portugueses, apesar de se aperceberem das pretensões persas em relação a Ormuz, não podiam agravar as discórdias com o Xá. Deveriam tentar pôr fim aos ataques ingleses e holandeses nos mares da Ásia enquanto o Xá estivesse comprometido com as habituais quezílias com os turcos, ao mesmo tempo que observavam de soslaio cada um dos seus movimentos na região.

Estes (indesejados) norte-europeus viriam a interferir no «sistema» que os portugueses tinham criado com os mercadores asiáticos e onde tinham exercido a posição dominante ao longo do século XVI. Agora, no entanto, deixavam de ser os únicos europeus a usufruir das redes comerciais que o Índico tecia, vendo finalmente chegar ao *Estado da Índia* o sabor amargo de uma concorrência capaz de acabar com o domínio lusitano em mares orientais. Ingleses e holandeses chegavam com a intenção, tal como os portugueses, de se integrarem no sistema comercial intra-asiático e não apenas de se tornarem agentes de ligação entre as riquezas orientais e os mercados

¹¹⁷ Y. BOMATI & H. NAHAVANDI, *Shah...* cit., pp. 128, 131; C. R. BOXER, «Anglo-Portuguese...» cit., p. 58; W. FLOOR, *The Persian...* cit., p. 210; F. P. M. LUZ, *O Conselho...* cit., p. 347.

¹¹⁸ F. P. M. LUZ, *O Conselho...* cit., p. 307.

¹¹⁹ Carta de Filipe III a Rui Freire de Andrade, Lisboa em 29 de Janeiro de 1620, transcrita em L. M. AZEVEDO, *Apologéticos discursos...* cit., fols. 37-39. Ver também A. BOCARRO, *Década 13...* cit., pp. 201-202, que sublinha a urgência de que «[...] a fortaleza [de Ormuz] estivesse sempre mui bem provida para qualquer ocasião, pelas muitas que se podiam esperar com os ingleses e holandeses, e do mau ânimo do Xá contra esta fortaleza [...]».

¹²⁰ Veja-se L. M. AZEVEDO, *Apologéticos discursos...* cit., fols. 31-33.

européus¹²¹. Seja como for, qualquer um dos objectivos pressupunha o afastamento dos portugueses, e os portugueses pressentiam-no¹²².

Quando decidiram aventurar-se para lá do Cabo da Boa Esperança, os ingleses e os holandeses tomariam diferentes direcções, qualquer uma delas ameaçadora para os interesses portugueses. Enquanto os holandeses se concentrariam no Sueste Asiático, onde estabeleceriam o seu «quartel-general» em Batávia desde 1619, os ingleses procurariam os privilégios da costa indiana, não demorando muito até estabelecerem a sua sede oriental em Surate¹²³. Mas, tanto uns como outros, não tardariam a aperceber-se de que alcançar a rota da seda persa e estabelecer relações com o Xá de natureza comercial e política traria por certo vantagens, além de prejudicar a influência portuguesa na região¹²⁴.

No quadro regional, a amizade comercial com um soberano tão poderoso como Abbas seria certamente proveitosa, e os mercados ingleses cedo se aperceberam de quanto lhes valeria estabelecer-se no estreito de Ormuz tão depressa quanto possível. Como deixaria escrito António Bocarro: «Os ingleses, que, depois que começaram a declinar da verdadeira fé católica romana de Cristo nosso senhor, não repararam em crime nem abominação contra os católicos, vieram de mui boa vontade em uma coisa e outra, pela entrada que já começavam a ter em Surate, donde faziam conta carregar de roupas para a Pérsia e trazerem dela sua seda com aventejados interesses»¹²⁵. Também os holandeses acabariam por reconhecer que a presença da *Verenigde Oost-Indische Compagnie* nos mercados sefévidas seria indispensável. Estes, no entanto, apesar de algumas investidas nas águas do Golfo no início do século XVII, só mais tarde, em 1623, viriam a estabelecer-se

¹²¹ Sobre o impacto da chegada de ingleses e holandeses aos mares da Ásia para a economia do *Estado da Índia*, ver M. N. PEARSON, *The Indian...* cit. A. V. SALDANHA, «Da Paz...» cit., p. 66, aponta a «partilha do espaço de manobra no Oriente com outras potências europeias» como uma das razões para a perda de influência dos portugueses na Ásia. Neste sentido, ver também K. CHAUDHURI, *Trade...* cit., p. 114. Este último (pp. 80-81), considera a chegada dos ingleses e holandeses ao Oceano Índico como o «maior desafio» que os portugueses tiveram que enfrentar na Ásia até então, um desafio que se viria a provar «fatal para o seu poder e prosperidade económica».

¹²² Ver Om PRAKASH, «Asian Merchants and the Portuguese Trade in Asia», in E. VEEN & L. BLUSSÉ, *Rivalry...* cit., p. 138. Já na época, A. BOCARRO, *Década 13...* cit., p. 200, sublinhava a necessidade de os portugueses se empregarem «todos nas [ocasiões de guerra] dos inimigos ingleses e holandeses», evitando a guerra com os naturais, referindo-se aqui às guerras com o «Melique por todo o Norte, e as que também se esperavam ter com o Mogor», mas podendo bem aplicar-se tal necessidade ao contexto persa.

¹²³ As autoridades mogóis abririam relações comerciais tanto com ingleses como com holandeses, tendo ambos estabelecido uma feitoria em Surate, respectivamente em 1612 e 1617. Ver K. CHAUDHURI, *Trade...* cit., p. 90.

¹²⁴ Para um sucinto balanço sobre as possessões portuguesas na Ásia em que os holandeses e os ingleses desferiram os seus ataques, ver A. J. R. RUSSELL-WOOD, *Um Mundo em Movimento: Os Portugueses na África, Ásia e América (1415-1808)*, Lisboa, DIFEL Editora, 1998, pp. 42-43. Ver também C. R. BOXER, *O Império...* cit., pp. 118-120; e R. M. LOUREIRO, «A Perda...» cit., p. 67.

¹²⁵ A. BOCARRO, *Década 13...* cit., p. 35.

efectivamente na Pérsia¹²⁶, e o seu apoio naval viria, a partir do mesmo ano, a ser fundamental para afastar os portugueses quando estes tentavam recuperar o já perdido domínio sobre o estreito. Na sua *Relação*, António de Gouveia não esconde o receio da presença dos holandeses no Índico para o controlo português do estreito de Ormuz: «[...] havendo notícia da multidão de velas holandesas que andavam no mar da Índia, receou o Capitão que então era Diogo Muniz Barreto, Vedor da fazenda, e mais oficiais de sua Majestade que em Ormuz residiam que algumas delas pudessem vir ao estreito fazer fortaleza em alguns dos lugares marítimos, que o Xá nele tem. Pretensão que os holandeses trazem há anos, como nos constou do trato que havia, entre os que estavam com o Mogor, e os que passaram à corte do Xá, todos estes receios moveram ao Capitão e ao mesmo Rei de Ormuz com toda a mais cidade a me pedirem que [...] impedisse quanto em mim fosse que se há caso viessem os holandeses ao estreito não tivessem favor algum nos portos do Xá, cujo governo o Sultão de Xiráz tem a seu cargo [...]»¹²⁷.

O estabelecimento dos ingleses no Golfo esteve relacionado, em boa parte, com Robert Sherley, de quem já se falou. O agente inglês não conseguiu, como se viu, grandes sucessos junto das cortes europeias. No entanto, provar-se-ia um agente com algum peso entre os intentos ingleses e as necessidades persas, e vice-versa, ao conseguir convencer a *East India Company* a investir na abertura do comércio com a Pérsia¹²⁸.

Apesar de não ter conseguido convencer o monarca inglês aquando da sua embaixada à Europa em 1608, movendo-se dentro da corte do Xá, Robert Sherley teve um papel de alguma relevância na aproximação das relações entre os ingleses e o soberano sefévida. A presumível influência que este diplomata – segundo Bocarro «mais espia que embaixador»¹²⁹ aquando as visitas à corte ibérica – teria no círculo próximo do Xá levantava grandes suspeitas junto dos portugueses, que pensaram em várias maneiras de acabar com a sua inquietante movimentação dentro da Pérsia¹³⁰. O que os

¹²⁶ Em 31 de Janeiro de 1612, escreveria Filipe III para D. Pedro de Castilho, avisando dos preparos dos holandeses em Amesterdão: «De Amesterdão escrevem que estão aparelhadas catorze naus «gruesas de gente» e que além dessas se iam prevenindo outras dez para sair este Março [...] [e] que também se crê que com o trato que os holandeses têm no Levante, hão de enviar embaixadores à Pérsia», [BA, Cód. 51-VIII-8, fols. 43-46]. Sobre o estabelecimento das relações entre os holandeses e os persas ver o artigo de W. FLOOR, «Dutch-Persian»... cit. Ver também «Grant of Capitulations by Shah 'Abbas to the Netherlands», 17 de Novembro de 1623, em J. C. HUREWITZ, *Diplomacy*... cit., pp. 16-18.

¹²⁷ A. GOUVEIA, *Relação*... cit., fol. 75-76. Estas observações por parte do frade agostinho corresponderiam a um período entre 1600 e 1605, período em que Diogo Moniz Barreto foi Capitão de Ormuz.

¹²⁸ C. R. BOXER, «Anglo-Portuguese...» cit., p. 55.

¹²⁹ A. BOCARRO, *Década 13*... cit., p. 515.

¹³⁰ As movimentações do agente inglês eram constantemente vigiadas. Ver Carta de Fernão de Matos ao Bispo de Castilho, Madrid, 23 de Março de 1613, sobre o embarque do inglês Robert Sherley numa nau da Companhia Inglesa das Índias Orientais, com intenção de desem-

alarmava era, sobretudo, a sua eventual capacidade de aproximar demasiado os ingleses e o Xá¹³¹. No regimento de Filipe III de Espanha a Frei António de Gouveia, o monarca habsburgo reflecte bem a desconfiança em Robert Sherley, dizendo ao agostinho: «Procurareis que os meios que tiverdes de mais convenientes, e na ocasião de vos parecer melhor fazer entender ao dito Rei [da Pérsia] como Dom Roberto [Sherley] que a mim veio com título de seu embaixador, mostrou bem no procedimento que teve ser pouco confidente e tratar só de seu particular interesse sem outro respeito [...]. E que por tudo isto se não deve fiar dele [...] nem consenti-lo em seus Reinos, e da mesma maneira a quaisquer estrangeiros que a eles fazem por serem inimigos comuns dos meus, e de meus vassalos, para que é razão que os não admita havendo entre nós tanta amizade»¹³².

Foi assim que, no meio de um ambíguo engenho de diplomacia, o desenrolar dos acontecimentos neste primeiro quartel do século XVII daria lugar a uma reconfiguração de equilíbrios nas águas do Golfo. Com a chegada dos europeus e suas rivalidades e os conflitos do Xá com as potências vizinhas – otomanos, uzbeques e mogóis – mais ou menos controlados, a balança de poderes que oscilava no Golfo Pérsico contava já com todos os intervenientes que influenciariam, directa ou indirectamente, a luta pelo controlo do estreito de Ormuz.

barcar em Surrate e passar à Pérsia [BA-Cód. 51-VIII-13, fol. 107]. Ainda sobre a desconfiança permanente nas intenções de Robert Sherley, ver «Cópia de um papel que dei ao Marquês Vice-rei em 25 de Setembro» (autor e ano desconhecidos) [BNL, Cód. 7144, fols. 47-48].

¹³¹ Numa carta de Filipe III para D. Pedro de Castilho, 24 de Dezembro de 1612, o rei demonstra a preocupação do embarque de Robert Sherley em Inglaterra em direcção ao Golfo «com quantidade de mercadorias para andarem no estreito de Ormuz e dar princípio ao trato da seda com el-Rei da Pérsia» [BA, Cód. 51-VIII-6, fols. 152-155].

¹³² BA, Cód. 51-VII-11, Doc. 50, fol. 163. Regimento de Filipe III de Espanha a Frei António de Gouveia, Madrid, 17 de Março de 1612. Para A. BOCARRO, *Década 13...* cit., p. 35, Robert Sherley era «um homem de notável astúcia e invenção, quase nisto conforme a natureza do mesmo Xá» e a sua visita à corte inglesa parecia pretender convidar «aos ingleses com o contrato da seda, debaixo de lhe prometerem [ao Xá], como depois se entendeu, de o ajudarem com as suas naus contra nós, para tomar a fortaleza de Ormuz». Escreve também o cronista (p. 201) que em Novembro de 1613 chegava «uma nau de Mascate, com uma carta de sua Majestade por terra, em que avisava como dom Robert Sherley, inglês que havia ido por embaixador do Xá a sua Majestade, se passara de Madrid a Inglaterra a negociar navios para passar a estas partes, com desenhos prejudiciais a este Estado, e em particular contra a fortaleza de Ormuz; ou que também viria para assentar com o Xá o comércio da seda para a Inglaterra; que uma e outra coisa convinha se atalhasse, e quando não pudesse ser por via de armas, se procurasse, por qualquer outra, que não fosse por nenhum modo à Pérsia o dito dom Robert». Ver ainda A. BOCARRO, *Década 13...* cit., pp. 511-512, 514-515. Ver também C. R. BOXER, «Anglo-Portuguese»... cit., pp. 53-55; W. FLOOR, *The Persian...* cit., p. 221; R. M. LOUREIRO, «A Perda...» cit., p. 79; F. P. M. LUZ, *O Conselho...* cit., pp. 346-347; Niels STEENSGAARD, *The Asian Trade Revolution of the Seventeenth Century: The East India Companies and the Decline of the Caravan Trade*, Chicago & Londres: University of Chicago Press, 1973, pp. 100-101.

5. Um Estreito Globalizado: A Luta por Ormuz e o Cruzamento de Conflitos Europeus e Regionais

Devendo-se ou não à interferência de Robert Sherley, o facto é que Abbas acabaria por permitir aos ingleses o seu estabelecimento no Golfo e, em 1616, os seus primeiros navios mercantes partiriam de Surate em direcção à região, pouco demorando até que fossem autorizados a comercializar no porto de Comorão. A diplomacia entre ingleses e sefévidas estava evidentemente no melhor caminho e, em 1619, os ingleses seriam autorizados a estabelecer uma feitoria em Jasques, uma cidade portuária à entrada do Golfo, cuja localização era conveniente por várias razões. Apesar de não estar demasiado afastada de Ormuz, a distância entre as duas cidades deixava os ingleses suficientemente protegidos dos navios portugueses, ao mesmo tempo que lhes permitia usufruir de todas as vantagens do comércio daquelas águas e ainda vigiar o comportamento da armada portuguesa¹³³.

Por esta altura, o Xá já estava determinado em focar as suas campanhas em Ormuz, pois tinha finalmente os argumentos por que há tanto esperava: tranquilidade nas suas fronteiras continentais e um aliado no Golfo disposto a providenciar o apoio necessário para aceder directamente aos lucros da seda. Com as forças persas e inglesas praticamente alinhadas, tornava-se agora para os portugueses imperativo expulsar os ingleses daquela área de influência e pô-los fora do alcance dos benefícios económicos de Ormuz¹³⁴.

Por certo, Abbas muito dificilmente teria recuperado Ormuz sem o apoio inglês, pois a força que tinha em terra, o exército que ele próprio erguera, faltava-lhe no mar. Esta era, aliás, uma fraqueza que sempre caracterizara a defesa do estado sefévida e que tinha facilitado a permanência dos portugueses no estreito e no Golfo¹³⁵. Mas a força naval inglesa viria a preencher esta lacuna, e as forças combinadas de persas e ingleses seriam avassaladoras para as capacidades defensivas dos portugueses naquelas águas: «[...] a guerra ficava declarada com o Xá e de Xirás vinham marchando para Ormuz enviado pelo Cão que ali tem por ser governador dez mil homens de pé e de cavalo, e feita assim esta relação representou o senhor Governador a grande importância da fortaleza de Ormuz e o muito que convinha fazer-se por sua conservação tendo declarado contra si um inimigo tão poderoso e de quem era tão desejada mormente havendo agora aviso por parte do Capitão de Chaul que além das três naus inglesas que nesta costa andavam [...] eram de novo vindas outras quatro naus, que tinham passado a Surrate, as quais era certo haverem todas de passar ao estreito de Ormuz

¹³³ Sobre o estabelecimento dos ingleses no Golfo Pérsico ver C. R. BOXER, «Anglo-Portuguese...» cit., p. 55; R. M. LOUREIRO, «A Perda...» cit., p. 81. Sobre os argumentos ingleses para o seu estabelecimento em Jasques, ver Edward MONNOX, «História Geral da Tomada da Fortaleza de Ormuz», in P. CRASBEECK, *Comentários...* cit., pp. 323-362. Ver também A. BOCARRO, *Década 13...* cit., p. 672.

¹³⁴ C. R. BOXER, «Anglo-Portuguese...» cit., pp. 72-73.

¹³⁵ L. LOCKHART & P. JACKSON, *The Cambridge...* cit., p. 380.

e que o Xá pretendia valer-se delas para intentar todo o dano»¹³⁶. Poder-se-á assim dizer que o Xá necessitava do apoio inglês para acabar com a influência portuguesa no Golfo, mas não mais do que os ingleses pretendiam colher as vantagens do comércio da seda, cuja exclusividade lhes seria (presumivelmente) garantida se a aliança com o Xá fosse concretizada¹³⁷.

Com os ingleses estabelecidos em Jasques e os persas em Queixome e no Comorão, o cerco à pequena ilha de Ormuz tornava-se cada vez mais sufocante¹³⁸. O panorama agravava-se à medida que outras ilhas no Golfo se iam revoltando contra o reino de Ormuz durante a segunda década de Seiscentos, como foi o caso de Julfar ou Dolba, e os portugueses iam perdendo gradualmente o alcance do seu domínio. Além, claro, de que a preocupante falta de aprovisionamento que tais insurreições provocavam na inóspita Ormuz enfraquecia ainda mais as forças portuguesas.

A guarnição suspirava pela assistência de Goa, mas o *Estado da Índia* estava demasiado ocupado e as suas forças demasiado divididas para acudir ao Golfo Pérsico, uma vez que, um pouco por toda a parte, ingleses e holandeses desafiavam as suas posições. Numa carta enviada por Rui Freire de Andrade ao Governador Fernão de Albuquerque, o capitão português demonstra como estava ciente do quão divididas estavam as forças do *Estado da Índia*: «Conforme ao estado em que ficam as coisas de Flandres e Inglaterra entendo que serão de grande importância a Vossa Senhoria muitos cascos em Goa, porque como daí há-de sair o socorro para onde for necessário, convém que o poder seja de qualidade, que contraste ao dos inimigos, o que não poderá ser pelo estado em que a Índia se vê, tendo Vossa Senhoria as forças repartidas [...]»¹³⁹.

Em Portugal, não paravam de chegar notícias sobre os perigos que assolavam todo o império asiático, nomeadamente o domínio português sobre o estreito de Ormuz, não escondendo Filipe IV a preocupação e necessidade de «restauração da Índia que tanto perigo corre»¹⁴⁰. Seria esta preocupação que encorajaria Filipe III a organizar uma armada em 1619, cujo comando ficaria a cargo do Capitão Rui Freire de Andrade¹⁴¹. Este conduziria a sua

¹³⁶ Ver «Assento do Conselho que fez o Governador Fernão de Albuquerque», de 20 de Outubro de 1621, transcrito em L. M. AZEVEDO, *Apologéticos discursos...* cit., fol. 88. Ver também Carta da Câmara de Goa para El-Rei, 30 de Março de 1622, em TT-SV, Cx. 19, fol. 101. Ver ainda Robert GULBENKIAN, «As embaixadas e as missões diplomáticas portuguesas na Pérsia», in *Anais da Academia Portuguesa da História*, II série, vol. 31, Lisboa, 1986, pp. 499-500; e Jean-Baptiste TAVERNIER, *Les six voyages de Turquie et de Perse*, 2 vols., Paris, François Maspero, 1981, p. 340.

¹³⁷ Ver E. MONNOX, «História...» cit., p. 325.

¹³⁸ L. M. AZEVEDO, *Apologéticos discursos...* cit., pp. 36-37.

¹³⁹ Carta de Rui Freire de Andrade ao Governador Fernão de Albuquerque, 29 de Agosto [ano ?], transcrita em L. M. AZEVEDO, *Apologéticos discursos...* cit., p. 40. Ver também L. GIL FERNÁNDEZ, «Ormuz...» cit., p. 186.

¹⁴⁰ Carta de Filipe IV aos governadores de Portugal, 22 de Janeiro de 1623 [TT-SV, Cx 19, fol. 94].

¹⁴¹ Sobre a urgência no socorro a Ormuz e o *Estado da Índia*, ver a carta de Filipe IV de Espanha, III de Portugal, aos governadores de Portugal, de 22 de Janeiro de 1622: «Que as

armada em direcção ao Golfo determinado a preservar Ormuz em mãos portuguesas. Apercebendo-se do quão perigosa a presença efectiva dos ingleses no Golfo se tornava para o já tão ameaçado domínio português sobre o estreito de Ormuz, os portugueses cercariam a cidade de Jasques por mar e atacá-la-iam em 1620. No entanto, mais não conseguiram do que consumir ainda mais as suas já desgastadas energias e cimentar as relações entre ingleses e persas¹⁴². Rui Freire de Andrade assegurar-se-ia de que uma expedição portuguesa voltava a atacar Jasques no final de 1621, quando o calendário comercial do ano se preparava para começar e as naus inglesas se preparavam para alcançar o porto. Os portugueses devastariam a cidade, mas esta expedição não cumpriu os seus verdadeiros objectivos, uma vez que não impediu, nem desencorajou, os ingleses de se juntarem à causa persa, (até porque esta servia a sua)¹⁴³.

Além da defesa de Ormuz, sobre Rui Freire de Andrade pesava ainda a ambígua prioridade de recuperar Queixome sem provocar os ânimos do Xá. No além-mar, a guerra deveria ser feita exclusivamente contra os «inimigos da Europa». O monarca ibérico estava bem consciente de quão frágil o estado dos assuntos portugueses no Índico se encontrava e de como dependia da gestão de boas relações com os potentados regionais. No entanto, sendo uma terra tão fértil e responsável por grande parte do abastecimento diário de Ormuz, Queixome era de facto importante para Ormuz e a sua reconquista era essencial para a conservação da fortaleza portuguesa. Em contrapartida, ao lançarem-se sobre a ilha vizinha, os portugueses estavam automaticamente a desafiar o domínio persa sobre ela, o que implicava proporcionar o argumento que o Xá até aqui não tinha para investir definitivamente na campanha de reocupação de Ormuz. O teor ambíguo da missão de Rui Freire de Andrade está bem expresso no regimento de Filipe III diri-

ordens dadas para que vá a Ormuz o socorro [...] se cumpram inteiramente por convir assim a meu serviço, e ao bem comum do Estado da Índia, escoassem logo os despachos para a execução» [TT-SV, Cx 19, fol. 16]. Ver também Carta de Filipe IV de Espanha, III de Portugal, para os governadores de Portugal, de 17 de Janeiro de 1623, [TT-SV, Cx 19, fol. 98]. Sobre as acções de Rui Freire de Andrade no Golfo Pérsico ver F. BETHENCOURT & K. CHAUDHURI, *História da Expansão Europeia*, vol. II... cit., pp. 95-96.

¹⁴² R. P. MATTHEE, *The Politics...* cit., p. 105.

¹⁴³ Sobre o perigo do estabelecimento dos ingleses em Jasques e o comércio que levavam a cabo a partir deste porto ver Capítulo de carta de Filipe III para o Conde de Redondo (s. data) transcrito em L. M. AZEVEDO, *Apologéticos discursos...* cit., pp. 40-43: «[...] Rui Freire [de Andrade] há-de andar com a sua armada nos estreitos de Ormuz, atalhando principalmente os intentos dos ingleses, assim no Cabo de Jasques como em outras partes, e executando todas as mais coisas que se lhe ordenaram em seu regimento, e para o poder fazer convém tanto como vedes que a sua armada esteja também provida e com força tão bastante que possa obrar os ditos efeitos: visto que deles se conseguirem com ela, depende a segurança de Ormuz, que tão arriscada está assim pelo muito que a deseja o Xá (conforme ao que dizem os avisos que me enviastes nas naus passadas e ao que se vê das cartas de D. Garcia da Silva que tive nas mesmas vias) como pela continuação com que os ingleses se vão chegando a ela [...]» (p. 41). Sobre os confrontos anglo-portugueses em Jasques ver R. M. LOUREIRO, «A Perda...» cit., pp. 84-88; e E. MONNOX, «História...» cit., p. 354.

gido ao capitão: «E porque eu tenho mandado entre meus vassalos e os de El Rei de Pérsia haja boa correspondência e de presente está em minha corte um embaixador seu, e outro meu na Pérsia, advertireis que a guerra se há de fazer somente aos estrangeiros que se acharem assim no mar como na terra, e não aos Persas, e outros Vassalos do Xá com os quais tereis toda a boa correspondência sem consentir que se lhe dê nesta ocasião de queixa ou rompimento»¹⁴⁴. Os portugueses acabariam por recuperar Queixome em 1621, o que mais não fez do que dar à aliança anglo-persa o pretexto para o ataque à mesma ilha, que se seguiu com sucesso, quando em Fevereiro de 1622 os portugueses se viram obrigados a render-se¹⁴⁵. Com Queixome de volta às mãos sefévidas, ingleses e persas concentrar-se-iam imediatamente em Ormuz¹⁴⁶. E apesar da presença da armada de Rui Freire de Andrade, os portugueses no Golfo continuavam demasiado carecidos da assistência do *Estado da Índia*, como demonstra Fernão de Albuquerque ao referir o «mui apertado cerco que os Persas e os Ingleses lhe tinham posto [a Rui Freire de Andrade] no forte de Queixome», continuando dizendo que fora avisado que «o forte [de Queixome] se rendera e os inimigos passaram logo à ilha de Ormuz [ocupando] a cidade e [ficando] a fortaleza posta de cerco por mar e terra [...]»¹⁴⁷.

Enquanto Abbas, com a campanha de Ormuz, procurava estender o domínio persa ao Golfo, os ingleses, acima de tudo, perseguiram a vontade de se tornarem os agentes de ligação entre a seda persa e os mercados europeus¹⁴⁸. Contudo, algumas cartas, cujos extractos foram publicados por William Foster (1906-1909), demonstram que os ingleses receavam a reacção castelhana se se aliassem aos persas no ataque a Ormuz. De certa maneira, ao unir forças com a Pérsia, que não deixava de ser um estado muçulmano, para atacar um estado católico como Portugal, cuja coroa se encontrava ainda

¹⁴⁴ Instruções de El-Rei a Rui Freire de Andrade, Madrid, 15 de Janeiro de 1619, documento transcrito em P. CRASBEECK, *Comentários...* cit., pp. 289-295. A apreensão e condenação do então vice-rei da Índia Fernão de Albuquerque em relação à expedição de Queixome (expressa no Decifrado de uma carta de Fernão de Albuquerque, Governador da Índia, sobre o deplorável estado dela, 31 de Março de 1622, TT-SV, Cx. 19, fol. 100), é frequentemente mencionado.

¹⁴⁵ Sobre os detalhes da expedição de Queixome, com uma opinião bastante reprovadora, ver L. CORDEIRO, *Batalhas...* cit.

¹⁴⁶ R. P. MATTHEE, *The Politics...* cit., p. 106.

¹⁴⁷ Decifrado de uma carta de Fernão de Albuquerque, Governador da Índia, sobre o deplorável estado dela, 31 de Março de 1622 [TT-SV, Cx. 19, fol. 100]. Ver também a carta de Filipe IV de Espanha, III de Portugal, de 14 de Janeiro de 1622, onde o rei refere o quanto importa socorrer a armada de Rui Freire de Andrade que andava no Estreito de Ormuz [TT-SV, Cx 19, fol. 10]. Na Carta da Câmara de Goa para El-Rei, datada de 30 de Março de 1622, diz o seu remetente sobre as condições de defesa de Ormuz: «[...] todos em geral estamos pobres, consumidos e acabados» [TT-SV, Cx. 19, fol. 101].

¹⁴⁸ Sobre os acordos determinados pela sua aliança ver a E. MONNOX, *História...* cit., pp. 325-326; P. Pietro DELLA VALLE, *The Travels of Pietro Della Valle in India*, Edward GREY (edição, introdução e notas), 2 vols., New Delhi-Madras, Asian Educational Service, 1991 (1.^a ed. 1650-1658), pp. 8-9; e também C. R. BOXER, «Anglo-Portuguese...» cit., p. 74; e R. P. MATTHEE, *The Politics...* cit., p. 106.

por cima unida a uma das mais poderosas de toda a Cristandade, os ingleses temiam estar a intentar contra «Deus Todo-Poderoso». Os holandeses, por sua vez, aplaudiam tal provocação contra a dignidade castelhana, pois Espanha continuava a ser a sua «inimiga mortal», e qualquer atitude que a enfraquecesse fortalecia as Províncias Unidas (ainda que virtualmente)¹⁴⁹. Para os ingleses, por outro lado, a possibilidade de se estabelecerem em Ormuz e exercerem a sua influência sobre o Golfo Pérsico, trazer-lhes-ia a vantagem adicional de ganhar aquela que era ainda considerada a «chave para toda a Índia»¹⁵⁰, uma reputação que intimidaria, no mínimo, os seus rivais europeus e asiáticos.

Tal tornava-se particularmente significativo, se se considerar a competitividade permanente com os seus vizinhos do Norte da Europa, os holandeses. Apesar de terem alcançado o Oceano Índico sensivelmente na mesma altura e com o comum objectivo de acabar com a supremacia que até então os portugueses seguravam naqueles mares, não deixavam de ser rivais, cada um deles conjecturando a sua parcela de ambiciosas (e habitualmente incompatíveis) pretensões relativamente ao Oriente. Apesar de terem, de facto, unido esforços em várias ocasiões para atacar e desmoralizar os portugueses no quadro regional, bem como a reputação espanhola dentro da Europa, as suas relações eram constantemente marcadas por uma desconfiança recíproca: «Os holandeses são muito falsos para serem de confiança [...]»¹⁵¹ [...] «É uma pena que eles [os ingleses] se tenham envolvido com os holandeses [...]. Os ingleses estarão sempre em perigo enquanto os holandeses não aceitarem cessar as suas depredações na navegação do Índico [...]»¹⁵².

Mas, como se sabe, os estados europeus não eram os únicos a pautar as suas relações pela instabilidade e desconfiança. Enquanto em todos os mares da Ásia os holandeses assaltavam os domínios do *Estado da Índia*, os ingleses negociavam astutamente a sua aliança com o Xá e balançavam a sua interferência nas possessões portuguesas com as relações com os potentes locais, e os portugueses procuravam salvaguardar-se das ofensivas que pareciam vir de todas as direcções, também os persas, otomanos e mogóis,

¹⁴⁹ William FOSTER, *The English Factories in India*, 3 vols., Oxford, Clarendon Press, 1906-1909, vol. 1622-1623 (ed. 1908), pp. VIII-IX; Carta de Thomas Rastell, Giles James, William Martin, and Joseph Hopkinson para a Feitoria de Pulicat, Surate, 29 de Abril de 1623 (p. 227); e Carta de Thomas Mills and John Dod, para o Presidente e Conselho em Surate, Masulipatam, 12 de Novembro de 1623, (pp. 312-313).

¹⁵⁰ Carta do Presidente Fursland e Conselho em Batávia para a Companhia, 27 de Agosto de 1622: «[...] se conseguirdes ter a posse de Ormuz e enviardes meios para mantê-la Vossas Excelências poderão estar certos de terem a chave para toda a Índia, o que será um [?] para os nossos desleais vizinhos os Holandeses, e fará com que os Mouros nos temam», em W. FOSTER, *The English...* cit., p. 118.

¹⁵¹ Carta de Thomas Rastell, Giles James, and Joseph Hopkinson para o Presidente e Conselho em Batávia, Surate, 24 de Janeiro de 1622, em W. FOSTER, *The English...* cit., p. 25.

¹⁵² Carta do Presidente Fursland e Conselho em Batávia para a Companhia, 27 de Agosto de 1622, em W. FOSTER, *The English...* cit., pp. 116-119.

neste primeiro quartel do século XVII, se viam envolvidos em inesperados realinhamentos, não só entre si, mas também com os europeus. Estes realinhamentos viriam, por sua vez, incidir sobre Ormuz, adquirindo no seu estreito um carácter global.

Para explicar o cruzamento e intersecção de conflitos europeus e regionais em torno da questão de Ormuz, é necessário ter em conta, não só todos os conflitos nas fronteiras continentais da Pérsia sefévida já mencionados, mas também as movimentações expansionistas que o Xá dirigiu a duas outras cidades de fundamental importância no quadro regional: Qandahar (1622) e Baçorá (1624-1625). Com efeito, as campanhas que Abbas levou a cabo para reconquistar cada uma delas para o seu império (lembremo-nos que, numa altura ou noutra, já ambas tinham feito parte do domínio sefévida) influenciariam ou seriam influenciadas pelos assuntos do estreito ormuzino, pelo que se se considerar os realinhamentos que se construíram em torno de cada uma destas disputas, é possível desenhar uma relação com a luta por Ormuz.

Enquanto Abbas, já com a cooperação inglesa bem acordada, se preparava para se lançar sobre Ormuz, era uma boa hora para reaver também para o seu império a cidade afegã de Qandahar, que lhe tinha sido conquistada em 1594 pelo imperador Mogol, Akbar (r. 1556-1605).

A cidade de Qandahar tinha desde há muito uma relação directa com Ormuz, reflectindo-se a intensidade do tráfego da rota que a atravessava nos mercados ormuzinos¹⁵³. Como se sabe, depois da conquista definitiva da ilha de Ormuz em 1515, os capitães portugueses da fortaleza não tardariam muito até começar a aproveitar-se da posição que detinham no reino ormuzino. Pouco demorou até que se encarregassem do controlo da alfândega e elevassem os impostos sobre o comércio de um modo exagerado, o que cairia obviamente no desagrado dos mercadores asiáticos. Além, claro, dos casos de corrupção e desvio de lucros da abastada alfândega em proveito da riqueza pessoal.

Os elevados impostos no porto de Ormuz, juntamente com as hostilidades que se aproximavam gradualmente do Golfo no início do século XVII, tornariam a escala na pequena ilha menos atractiva. Mas os mercadores orientais, especialmente os persas e os indianos, cedo encontraram uma rota alternativa para o comércio oriental: precisamente Qandahar¹⁵⁴. A ligação entre os mercados do Médio Oriente e da Ásia Mogol através de Qandahar tinha ainda outra vantagem sobre Ormuz: era bastante mais segura¹⁵⁵.

Não é de estranhar, portanto, que as campanhas para a recuperação de Ormuz e Qandahar tenham coincidido no tempo, pois, a sair vitorioso, o que acabou por acontecer, Abbas passaria a controlar as principais rotas

¹⁵³ W. FLOOR, *The Persian...* cit., p. 201.

¹⁵⁴ W. FLOOR, *The Persian...* cit., pp. 212, 222; L. GIL FERNÁNDEZ, «Ormuz...» cit., pp. 181, 185.

¹⁵⁵ R. P. MATTHEE, *The Politics...* cit., p. 67.

que cruzavam os seus reinos, sobretudo porque pouco tardaria até que se empenhasse na recuperação das não menos importantes cidades de Baçorá e Bagdad, de que se falará adiante.

Com o Xá determinado em recuperar o domínio sobre Qandahar e em aceso conflito com os vizinhos mogóis, os portugueses viam nesta querela a sua oportunidade para equilibrar as forças no Golfo, um equilíbrio que estava, por esta altura, já demasiado inclinado para o eixo anglo-persa. Os portugueses só teriam a ganhar enquanto perdurasse a luta pela cidade de Qandahar, pois, enquanto os persas estivessem entretidos nas suas fronteiras orientais, talvez os portugueses conseguissem alguma acalmia no estreito de Ormuz para poderem, pelo menos, recuperar o fôlego. O exército sefévida, ainda que intimidante e poderoso, via-se obrigado a dividir as suas forças por duas contendidas, algo que Abbas sempre parecera esforçar-se por evitar.

Mas, por outro lado, o Xá tinha o apoio da força naval inglesa a insistir nas ofensivas do estreito de Ormuz. De facto, antes de iniciar a campanha pela recuperação de Qandahar, o Xá amparou-se na poderosa artilharia naval inglesa na costa persa do Golfo. Os portugueses, por sua vez, esperavam retirar vantagem da hostilidade mogol contra o Xá e até mesmo contra os ingleses. Já o cronista António Bocarro refere o quão conveniente era para os portugueses «mostrar-lhes [aos mogóis] quanto mais lhes convinha a amizade [portuguesa] que a dos ingleses e holandeses»¹⁵⁶. Depois de um acordo de paz, os portugueses e o Imperador Mogol, Jahangir, comprometeram-se a rejeitar qualquer tipo de acordo comercial tanto com ingleses como com holandeses, bem como a não lhes providenciar qualquer tipo de abrigo nos portos indianos. Por outro lado, Jahangir autorizava agora os portugueses a expulsar os ingleses de Surate. Ao mesmo tempo, portugueses e mogóis retomariam os seus laços comerciais.

Interferir e danificar as relações dos ingleses e holandeses na costa do Império Mogol foi uma das estratégias que os portugueses encontraram para responder à ameaça anglo-holandesa à sua hegemonia no Golfo Pérsico. Este cruzamento de rivalidades e o aproveitamento que os portugueses procuraram fazer delas, estão bem expressos numa carta enviada por Filipe IV ao Conde da Vidigueira. O monarca ibérico manifesta a vontade de empregar todas as forças dos seus Reinos «para que sem lhe alçar a mão se acabem de todo com os inimigos estrangeiros, e os Reis vizinhos se aquietem, e conttenham e por entretanto procurareis conservar com eles a paz, e amizade, e desuni-los dos Ingleses e dos Holandeses usando todos os meios e inteligências que puderem ser a propósito, e que se fomenta a guerra entre o Mogol e o Persa como mais em particular [...]»¹⁵⁷.

¹⁵⁶ A. BOCARRO, *Década 13...* cit., p. 201, 393.

¹⁵⁷ Carta de Filipe IV ao vice-rei da Índia, o Conde da Vidigueira, 7 de Março de 1623, transcrita em P. CRASBEECK, *Comentários...* cit., pp. 302-305. Ver também Manuel de FARIA E SOUSA, *Ásia Portuguesa*, tradução de Maria Vitória Garcia Santos Ferreira, vol. VI, Porto, Livraria Civilização, 1945-1948, pp. 75, 172-173.

Os ingleses, talvez conscientes deste perigo, temiam a influência de Portugal sobre os potentados regionais, da mesma maneira que os portugueses também recebiam a influência inglesa. Se o conflito entre persas e otomanos se reflectia no desvio da seda persa em favor dos navios mercantes ingleses, a disputa por Qandahar entre persas e mogóis poder-se-ia provar desvantajosa para os privilégios que até então guardavam na região. De facto, em algumas das cartas publicadas por William Foster, os ingleses não escondem o receio que a expedição persa contra Qandahar poderia arrastar¹⁵⁸: «O Rei da Pérsia, como é declarado, fez uma investida no território Mogol neste lado de Qandahar, e enviou outro exército para tomar Tatta no Sinde; o que, se acontecer, iniciará grandes distúrbios neste país para todas as pessoas, tendo este Rei convocado desde então todos os seus soldados para socorrer àqueles lugares»¹⁵⁹.

Mas a fortuna não estaria nem do lado lusitano, nem do lado mogol, e no conflito contra persas em torno de Ormuz e Qandahar, respectivamente, seriam eles os derrotados. Aproveitando-se da confusa situação dentro do Império Mogol, ao que não era alheia a débil saúde do imperador Jahangir e a instabilidade e intrigas que a sua sucessão suscitava no seio da sua corte¹⁶⁰, Abbas lograria recuperar Qandahar em 1622.

No mesmo ano também os portugueses perderiam Ormuz, não conseguindo sustentar por mais tempo o ataque anglo-persa e rendendo-se perante tal aliança em Maio de 1622¹⁶¹. A defesa da fortaleza de Ormuz é muitas vezes apontada como insuficiente¹⁶², o que se explica em parte pelo já mencionado facto de o *Estado da Índia*, cujos rendimentos na altura passavam por uma severa crise, se encontrar sem alternativas e sem condições para evitar agressões vindas de tantas direcções. No mesmo ano, por exemplo, lembrem-nos da tentativa holandesa de ocupar Macau, que, mesmo tendo resultado

¹⁵⁸ P. DELLA VALLE, *The Travels...* cit., pp. 417-419, descreve algumas das tensões entre ingleses e mogóis.

¹⁵⁹ Carta de George Pike para a Feitoria de Surate, Broach, 7 de Julho de 1622, em W. FOSTER, *The English...* cit., p. 99.

¹⁶⁰ Sobre o reinado do Imperador Mogol, Jahangir, ver J. F. RICHARDS, *The Mughal...* cit., pp. 94-118.

¹⁶¹ Para mais detalhes sobre a sucessão de eventos em torno do ataque anglo-persa e consequente perda portuguesa de Ormuz, ver P. CRASBEECK, *Comentários...* cit.; C. R. BOXER, «Anglo-Portuguese...» cit.; L. CORDEIRO, *Batalhas...* cit.; e R. M. LOUREIRO, «A Perda...» cit.

¹⁶² Goa estava bem consciente de como era necessário defender e socorrer Ormuz, como está bem expresso no já mencionado «Assento do Conselho que fez o Governador Fernão de Albuquerque», de 20 de Outubro de 1621, em L. M. AZEVEDO, *Apologéticos discursos...* cit., pp. 87-90. E. MONNOX, «História...» cit., p. 343, testemunha as condições deploráveis dos portugueses dentro da fortaleza ormuzina. Sobre o estado preocupante de Ormuz, ver «Memorial de Matheo Duarte, morador em Goa como Produtor de Mamedexa, Rei de Ormuz», 23 de Abril de 1622: «[...] é muita a pobreza em que hoje em dia vive [Ormuz] porque muitas das suas terras estão cobradas ou arruinadas e as vendas delas diminuídas como também o Xá Rei da Pérsia as tem ocupadas [...]; [o comércio] na Ilha de Ormuz que hoje não importa a terça parte do que rendia nos tempos dos Reis seus antecessores a cuja causa não pode [o Rei de Ormuz] acudir com socorro nem dinheiro as suas fortalezas [...]» [TT-SV, Cx 19, fol. 76 A].

em fracasso¹⁶³, acabou por desviar naturalmente as debilitadas forças que os portugueses tinham nos mares da Ásia de outras possessões expostas e ameaçadas.

A perda de Ormuz foi, de facto, uma grande perda para o *Estado da Índia* e para Portugal, e teve graves consequências na sua situação financeira, bem como no crédito que até então detinha no ultramar, pelo que não é de modo algum surpreendente que seja tantas vezes mencionada como o início do fim do império asiático português. Em 7 de Março de 1623 Filipe IV escreveria ao vice-rei da Índia insistindo na importância da recuperação de Ormuz e justificando-a «por restaurar o crédito que ali se perdeu, como por tirar aos inimigos, e particularmente ao Xá o proveito que receberão de estar em seu poder aquela praça todavia intentando eles ocupar outra das desse estado [o *Estado da Índia*]»¹⁶⁴. Contudo, mesmo nunca tendo conseguido recuperar Ormuz, a derrota perante a coligação anglo-persa estava longe de ser o fim da luta portuguesa pela fortaleza e pelo controlo do estreito¹⁶⁵. Sendo forçados a abandonar a ilha, os portugueses instalar-se-iam em Mascate¹⁶⁶ (onde já tinham uma fortaleza), na costa árabe do Mar de Omã, uma cidade portuária que também segurava uma posição privilegiada à entrada do Golfo Pérsico. Seria a partir deste porto que, de ora em diante, os portugueses preparariam as suas movimentações contra Ormuz, não deixando, entretanto, de aceder, ainda que de um modo menos significativo, aos lucros do comércio do Golfo. Mas também a fortaleza de Mascate, ainda que mais apartada da costa persa e do estreito onde os ingleses investiam, exigia ser cautelosamente conservada, como aliás o sabia Filipe IV: «[...] e porque Mascate é agora fronteira de Ormuz, e se se perdesse (o que Deus não permita) não ficaria naquele estreito outra coisa em que pôr os olhos, deveis ordenar tudo o que julgardes por necessário, para que se conserve,

¹⁶³ C. R. BOXER, *Nuno...* cit., pp. 15-16; A. S. REGO, «1622...» cit., pp. 37-39.

¹⁶⁴ Carta de Filipe IV, ao vice-rei da Índia, Conde da Vidigueira, 7 de Março de 1623, transcrita em P. CRASBEECK, *Comentários...* cit., pp. 302-305. Também o Governador da Índia, Fernão de Albuquerque, numa carta datada de 31 de Março de 1622, chama a atenção para a urgência do monarca habsburgo «voltar os olhos para este Estado [da Índia]», sublinhando a necessidade particular de acudir a Ormuz «que é uma praça tão nomeada no mundo em que todos têm posto os olhos [...]» [TT-SV, Cx. 19, fol. 100]. A perda de Ormuz é muitas vezes *dramatizada* eloquentemente. Ver, entre outros exemplos, P. CRASBEECK, *Comentários...* cit., pp. 41, 43; ou L. M. AZEVEDO, *Apoloéticos discursos...* cit., pp. 31, 87-88. Citando P. DELLA VALLE, *The Travels...* cit., p. 8, com a perda de Ormuz «[...] tudo o resto [que os portugueses possuíam] naquelas partes ficava em grande perigo [...]». A. V. SALDANHA, «Da Paz...» cit., pp. 65-66, aponta a perda de Ormuz de 1622, «um dos mais prezados pontos estratégicos do Estado da Índia», como o «símbolo mais efectivo» do seu declínio.

¹⁶⁵ Sobre a necessidade de recuperar Ormuz ver «Razões que ocorrem na perda de Ormuz que obrigam a que se intente cobrar-se, e as que confirmam o contrário», em ML-Lv.1116-Doc.48, fol. 544-557. No entanto, existiam também opiniões contrárias a este empreendimento. Ver «Razões que os homens de opinião contrária ao que fica concluído apontam para se haver de intentar cobrar-se Ormuz», em ML-Lv.1116-Doc.48, fols. 558-567.

¹⁶⁶ Decifrado da Carta do vice-rei da Índia para Filipe IV, 6 de Abril de 1623 [TT-SV, Cx. 19, fol. 154].

e os mercadores e nações amigas que acudiam a Ormuz, enquanto ele não se recobra, achem ali o comércio e abrigo que lá tinham [desviando] dos Persas por Baçorá, Catifa, e as terras do Bombareça, e procurando que as naus do Sinde, e do norte vão a Mascate [...]»¹⁶⁷.

Os contra-ataques portugueses a Ormuz que se seguiram provar-se-iam consideravelmente fortes, especialmente depois de Rui Freire de Andrade se ver rendido por uma armada enviada por Goa comandada pelo Capitão Nuno Álvares Botelho¹⁶⁸, quando a recuperação de Ormuz e a expulsão dos rivais europeus já se tinham tornado objectivos imperativos para o monarca habsburgo, Filipe IV: «[...] tudo se há de empregar na recuperação de Ormuz se outra maior necessidade não obrigar a que se lhe dê preferência, o que por agora me pareceu advertir-vos para que melhor possais tratar do que convier a meu serviço, e a defesa, e conservação desse estado [*o Estado da Índia*] [...] tanto importa de cobrar Ormuz, e desalojar os inimigos da Europa dos postos que vão ocupando para que esse estado torne ao que já foi [...]»¹⁶⁹.

Ormuz encontrava-se agora em mãos persas e os ingleses estavam finalmente autorizados a usufruir dos lucros que cruzavam o estreito¹⁷⁰. Depois de tomar Ormuz, o Xá podia concentrar-se em estender a sua suserania através do Golfo, o que implicava também, ou assim ele o pretendia, a

¹⁶⁷ Carta de Filipe IV ao vice-rei, Conde da Vidigueira, 7 de Março de 1623, transcrita em P. CRASBEECK, *Comentários...* cit., pp. 302-305. Segundo Luís de MATOS, *Das Relações...* cit., p. xviii, havia quem defendesse que se deveria investir em Mascate, de maneira a fazer desta cidade «outro Ormuz, assaltar os portos persas e proceder ao bloqueio da ilha».

¹⁶⁸ Nuno Álvares Botelho é enviado para o Golfo em 1620 [Decifrado de uma carta de Fernão de Albuquerque, Governador da Índia, sobre o deplorável estado dela, 31 de Março de 1622, TT-SV, Cx 19, fol. 100]. Sobre a armada de Nuno Álvares Botelho ver a *Relação sumária e mui verdadeira dos sucessos da Armada do Capitão Geral Nuno Álvares Botelho*, 9 de Dezembro de 1624 a 9 de Dezembro de 1625, publicada e anotada por Charles R. Boxer em 1928. A autoria da *Relação* levanta algumas dúvidas, mas o seu valor é bastante interessante para compreender o contexto das tentativas de recuperação da fortaleza de Ormuz. Diz o autor que: «Tratou o vice-rei Dom Francisco da Gama, conde almirante, e logo com este socorro aprestar poderosa armada contra os inimigos de Europa, que se ajuntavam no poço de Surate, para daí irem a descercar Ormuz, e ajudar ao persa a conservar aquela força que nos tinha tomado, com a ajuda do mesmo inimigos, e que o capitão geral Rui Freire tinha de cerco, com alguns navios, com que andava naquele estreito», C. R. BOXER, *Nuno...* cit., p. 7. Ver também o «Traslado do quartel em que o Capitão General Nuno Álvares Botelho desafiou com a sua Armada as da Inglaterra e Holanda que estava em o Poço de Surate» [BNL, Cód. 465, fol. 84].

¹⁶⁹ Carta de Filipe IV ao vice-rei Conde da Vidigueira, 7 de Março de 1623, transcrita em P. CRASBEECK, *Comentários...* cit., pp. 303-305. Ver também W. FOSTER, *The English...* cit., pp. xii-xiii. Ainda em 1643 se falava na reconquista de Ormuz, como se pode ver pela carta de Pedro Vieira da Silva ao Visconde de Vila Nova da Cerveira, que menciona as discórdias na Pérsia e a paz na Índia com ingleses e holandeses, como pretexto para a recuperação da fortaleza perdida duas décadas antes [BA, Cód. 51-VIII-25, fol. 1].

¹⁷⁰ Sobre a cooperação dos ingleses com os persas na conquista de Ormuz aos portugueses, diz M. N. PEARSON, *The Indian...* cit., p. 148, que os ingleses «pouco crédito e vantagem» conseguiram de tal empreendimento. No entanto, para K. CHAUDHURI, *Trade...* cit., p. 85, a perda do controlo do Estreito de Ormuz por parte dos portugueses abriu os mercados do Médio Oriente aos ingleses e aos holandeses pelo Oceano Índico (lembremo-nos que tanto ingleses como holandeses já lhes tinham acesso através do Mediterrâneo).

tomada de Baçorá aos otomanos. Alcançada tal conquista, simultaneamente com a recaptura de Bagdad (cuja preservação em mãos otomanas era essencial para impedir o avanço persa sobre o território turco), Abbas lograria afirmar a sua posição também no Levante, consolidando-se firmemente no quadro regional.

No que diz respeito a Baçorá¹⁷¹, como se sabe, estava desde 1546 sob o controlo otomano. Em palavras de Charles Boxer, «*adversity does indeed make strange bed-fellows*»¹⁷² e, numa inesperada reviravolta de acontecimentos, ao ser atacado pelos persas, o *pasha* turco de Baçorá recorreu, em 1624, ao apoio português. Os portugueses, determinados que estavam na recuperação de Ormuz, responderam ao apelo turco. Este imprevisível alinhamento junto das forças turcas na defesa da cidade de Baçorá comportava duas vantagens: por um lado, a distração persa com assuntos para além de Ormuz debilitava a defesa desta fortaleza contra os portugueses; por outro, a localização estratégica de Baçorá era extremamente conveniente para as pretensões portuguesas de continuarem a usufruir do comércio que navegava as águas do Golfo.

Temendo que a conjugação de forças portuguesa e otomana fosse demasiada para o exército persa, o Xá solicitou de novo a ajuda dos ingleses. Estes, no entanto, não aquiesceram, pois continuavam determinados a não cultivar qualquer tipo de inimizade com a Sublime Porta, uma vez que era do seu interesse não prejudicar a sua posição nas redes do comércio levantino¹⁷³. Apesar de negarem o seu apoio ao Xá na questão de Baçorá, os ingleses continuariam a defender Ormuz contra os portugueses, contando agora com o apoio naval dos holandeses¹⁷⁴, já decididos a investir no comércio da seda persa. Apesar de terem conseguido atacar Baçorá mais do que uma vez, e mesmo tendo conseguido ocupar Bagdad, os persas não conseguiram concretizar os seus intentos de conquistar Baçorá¹⁷⁵.

¹⁷¹ Sobre os interesses regionais em torno de Baçorá ao longo do século XVII, ver Rudi MATTHEE, «Between Arabs, Turks and Iranians: The Town of Basra, 1600-1700», in *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 69, 1 (2006), pp. 53-78.

¹⁷² C. R. BOXER, «Anglo-Portuguese...» cit., p. 91.

¹⁷³ P. CRASBEECK, *Comentários...* cit., pp. 46-47; A. A. M. Awad, «The Gulf...» cit., p. 126; C. R. BOXER, «Anglo-Portuguese...» cit., p. 91; e também W. FLOOR, *The Persian...* cit., p. 548-549.

¹⁷⁴ Na *Relação da Armada de Nuno Álvares Botelho* (C. R. BOXER, *Nuno...* cit., p. 16), diz o autor que «esta foi a primeira vez que os inimigos holandeses e ingleses se juntaram contra» os portugueses. No entanto, uma correcção de Charles Boxer chama a atenção para um episódio passado em Junho de 1622 perto de Moçambique, em que uma esquadra anglo-holandesa havia derrotado o Vice-rei Francisco da Gama, Conde da Vidigueira. Na cópia do decifrado da Carta do Vice-rei da Índia para Filipe IV, datada de 6 de Abril de 1623, o Conde da Vidigueira demonstra bem como a ameaça de ingleses e holandeses se espalhava por todos os domínios portugueses no Oriente [TT-SV, Cx. 19, fol. 154]. Sobre a ameaça holandesa em particular para as possessões asiáticas portuguesas, entre as quais Ormuz, ver Carta de Filipe IV para os governadores, escrita em Madrid em 30 de Novembro de 1622 [TT-SV, Cx. 19, fol. 167].

¹⁷⁵ Para saber mais sobre a campanha de Baçorá e de Bagdad, ver R. MATTHEE, «Between...», cit.; W. FLOOR, *The Persian...*, cit., pp. 548-550; e P. DELLA VALLE, *The Travels...* cit., pp. 422-429. Ver

De qualquer forma, no ano de 1625, a Pérsia de Abbas I, o *Grande*, alcançava a sua máxima expansão, reclamando um vasto território entre os Impérios Otomano e Mogol, ao mesmo tempo que mantinha as pretensões e movimentações europeias no Golfo sob um apertado controlo.

No que concerne a Ormuz, o seu ciclo como centro económico e estratégico de reconhecida importância chegava ao fim. Depois de conquistada a ilha e o estreito aos portugueses, os persas, perfeitamente cientes da sua inferioridade naval, vital para proteger qualquer porto insular, principalmente um tão disputado como Ormuz, transferiram prontamente todo o movimento que dava vida a esta inóspita ilha para o porto de Bandar-Abbas, no litoral persa do Golfo, que seria, eventualmente, atravessado pelas mesmas rotas, produtos e mercados.

A intensa actividade comercial de Bandar-Abbas – mesmo sem alcançar a prosperidade que afamara Ormuz durante todo o século XVI¹⁷⁶ – deixaria evidentemente de responder perante os portugueses. Apesar de tudo, a perda de Ormuz não significou o desaparecimento dos portugueses do Golfo. Pouco tardaria até que a cordialidade fosse retomada, seguindo-se muitos anos de saudáveis relações comerciais com a Pérsia da dinastia sefévida, que teria ainda mais um século de existência. Só que Portugal era agora apenas mais um dos beneficiados da riqueza que atravessava o Golfo. Um detalhe mínimo, afinal, no contexto de um império que enfrentava agora um sem fim de ameaças às quais não conseguia responder cabalmente. Relegado para uma posição meramente secundária nos mares asiáticos, Portugal, que não tardaria muito até se ver separado da Coroa dos Habsburgos e sob o reinado da dinastia de Bragança, não demoraria a encarar as potencialidades do Atlântico, nomeadamente, do Brasil. Mas, de novo, os «inimigos da Europa» e as suas frotas encontrariam rotas e ventos para as costas atlânticas¹⁷⁷. O conflito globalizado que agitara as águas persas neste primeiro quartel do século XVII deslocar-se-ia apenas para outros paradeiros, reacendendo velhos conflitos sobre novas pretensões – territoriais, políticas e económicas.

também «Relación verdadera de la muerte del Gran Turco Acomates, y de los bandos, y discórdias sobre la sucesion de aquel Império, juntamente com las razones y causa de su muerte. Dase cuenta de la guerra que le da el Rei de Persia, y las terras que le va ganando, y assi mismo del buen fin que se espera mediante Dios, para provecho y servicio suyo» [BA, Cód. 51-IX-16, fols. 179-182].

¹⁷⁶ Ver J. L. BACQUÈ-GRAMMONT, D. COUTO & M. TALEGHANI, *Atlas...* cit., pp. 306-309 (entre outros). Sobre a transferência do porto de Ormuz para Bandar-Abbas, o antigo Comorão, diz J. T. CUNHA, *Economia...* cit., p. 15: «Tal resposta, corporizada no Índico Ocidental em portos como Bandar Abbas na Pérsia, o antigo Bandel do Comorão ormuzino, e Surate no Império Mogol, prenunciam já um tipo de cidade portuária totalmente nova, a do porto nacional. Este novo fenómeno trata-se, até certo ponto, de uma resposta asiática à presença europeia nas suas águas e nos seus portos, de modo a controlar a sua influência e a aumentar os réditos do soberano».

¹⁷⁷ Lembremo-nos da ocupação holandesa da Baía em 1624-1625 e da sua invasão de Pernambuco em 1630 (ver C. R. BOXER, *O Império...* cit., p. 121).

Conclusão: 1622 à luz da história global

O conflito por Ormuz, que em 1622 resultou na sua conquista pelos persas e no desmembramento do Império Português do Oriente, tem sido observado essencialmente no âmbito estrito da história deste império e das suas venturas e desventuras (na circunstância, evidentemente, muito mais as segundas do que as primeiras). O que se procurou neste trabalho foi fazer uma releitura desse episódio à luz da nova história global¹⁷⁸. Tratou-se sobretudo de reposicionar o caso de Ormuz em cada um dos contextos a que ele, de alguma maneira, pertence.

Crê-se ter demonstrado nas páginas anteriores que, neste primeiro quartel de Seiscentos, Ormuz constituiu de facto um palco de conflito que ultrapassou em muito uma escala meramente local ou regional, nele convergindo interesses múltiplos e muito diferenciados do ponto de vista político, económico, religioso, cultural e geoestratégico. Não só, portanto, os interesses dos intervenientes mais directos, portugueses e persas, os primeiros procurando conservar a «pedra do anel» do seu império oriental, por esta altura já em irreversível declínio, os segundos procurando recuperar a soberania sobre a ilha e assim reforçar o seu controlo sobre o estreito e todo o Golfo Pérsico. Mas também os interesses de ingleses e holandeses, cujo apoio às pretensões do Xá visava não só obter contrapartidas de participação no comércio da seda, como o alargamento das suas próprias áreas de influência estratégica ao Índico Ocidental e ao Golfo Pérsico, à custa das posições ultramarinas dos Habsburgos. A questão de Ormuz interessava ainda aos otomanos, não tanto em si mesma, mas na medida em que ela pudesse reforçar a posição da Pérsia sefévida como potência regional no Médio Oriente e no Golfo Pérsico (onde os turcos conservavam Baçorá como a sua mais importante posição), ou na medida em que pudesse comprometer os seus entendimentos comerciais com os holandeses e os ingleses no Mediterrâneo Oriental. Interessava igualmente aos mogóis, principalmente na medida em que os assuntos da ilha de Ormuz não podiam deixar de ter uma influência indirecta quer na disputa que mantinham com os persas sobre o controlo do Afeganistão, nomeadamente em torno de Qandahar, quer no estado das

¹⁷⁸ Nos últimos anos tem havido uma clara tentativa de definição do «campo de acção» da história global. A título de exemplo, veja-se Bruce MAZLISH, «Global History», in *Theory, Culture, and Society*, Volume 23, Número 2/3, 2006, pp. 406-408; Patrick O'BRIEN, «Historiographical Traditions and Modern Imperatives for the Restoration of Global History», in *Journal of Global History*, 2006 (1), pp. 3-39; ou Wolf SCHÄFER, «Global History», in *Encyclopedia of Globalization*, Roland ROBERTSON e Jan Aart SCHOLTE *et al.*, Nova Iorque e Londres, Routledge, vol. 2, pp. 516-21. O crescente interesse na história global tem-se manifestado de diversas formas, entre elas, a publicação da revista *Journal of Global History*, que viu o seu primeiro número lançado em 2006. Este interesse está intimamente ligado ao compromisso que os historiadores assumiram recentemente de estudar o processo da globalização, um compromisso que, apesar de tardio, tem resultado em importantes trabalhos para a disciplina, como é bom exemplo o livro de Anthony G. HOPKINS (ed.), *Globalization in World History*, Londres, Pimlico, 2002 – a primeira obra dedicada à globalização escrita inteiramente por historiadores.

suas relações com as potências europeias. E finalmente não deixava alheios os potentados árabes, que tanto se alinhavam junto de uma ou outra das demais potências, consoante a que melhor servia os seus interesses, como se limitavam a observar e a aguardar até tomarem a sua posição no quadro de poderes da região.

O conflito de Ormuz envolveu, deste modo, uma multiplicidade de outros conflitos: o conflito que na Europa dividia católicos e protestantes, ou aquele que mais especificamente opunha a Inglaterra e as Províncias Unidas à Monarquia Habsburgo, o conflito que nessa mesma Europa e no Mediterrâneo opunha a cristandade e os turcos, o conflito que no Médio Oriente envolvia otomanos, persas e árabes, o conflito que na Ásia Central entretinha os impérios persa e mogol, e o conflito que opunha os impérios ultramarinos europeus aos impérios asiáticos. Todos estes conflitos (e, por vezes, as surpreendentes alianças) entre protagonistas de quadros geopolíticos e culturais tão diferenciados e, em certos casos, tão distantes, acabaram por convergir assim na disputa pelo controlo de Ormuz, conferindo-lhe uma dimensão verdadeiramente «global».

Umas conclusões prudentes deveriam talvez terminar aqui. Mas se quisermos estender o seu alcance e dar um contributo para a discussão em torno da cronologia e das origens do processo de globalização¹⁷⁹, é possível acrescentar que, tendo sido a primeira vez que um conflito com aquela variedade de intervenientes ocorreu na História, ele poderá configurar mesmo o primeiro exemplo consistente de globalização das relações internacionais da era moderna.

¹⁷⁹ Sobre esta discussão veja-se, por exemplo, Adam McKEOWN, «Periodizing Globalization», in *History Workshop Journal*, 2007, 63 (1), pp. 218-230; Kevin O'ROURKE & Jeffrey WILLIAMSON, «When did globalisation begin?», in *European Review of Economic History*, vol. 6.01 (2002), pp. 23-50; Kevin O'ROURKE & Jeffrey WILLIAMSON, «Once more: When did globalisation begin?», *European Review of Economic History*, vol. 8.01 (2004), pp. 109-117; Dennis O. FLYNN, Arturo GIRÁLDEZ & Richard von GLAHN, *Global Connections and Monetary History, 1470-1800*, Aldershot, Ashgate, 2003; Dennis O. FLYNN & Arturo GIRÁLDEZ, «Cycles of Silver: Globalization as historical process», in *World Economics*, vol. 3.02 (2002), pp. 1-16; e Dennis O. FLYNN & Arturo GIRÁLDEZ, «Path dependence, time lags and the birth of globalisation: A critique of O'Rourke and Williamson», in *European Review of Economic History*, vol. 8.01 (2004), pp. 81-108.

BITTER ENEMIES OR MACHIAVELLIAN FRIENDS? EXPLORING THE DUTCH-PORTUGUESE RELATIONSHIP IN SEVENTEENTH-CENTURY SIAM^{*}

*

por

RITA BERNARDES DE CARVALHO^{**}

Dutch and Portuguese co-existence in Asia has been looked upon almost exclusively as a matter of rivalry in the secondary literature. The weight of important Portuguese positions conquered by the Dutch (such as Malacca and Colombo, among others), as well as naval battles and seizures of ships have deviated attention from possible forms of partnership. This paper aims to fill the gap in the studies of the Portuguese presence in the seventeenth century, by analysing Dutch and Portuguese relations in the Siamese context. That is, it will examine the nature of the Luso-Dutch relationship on neutral territory: was it strictly a relation of rivalry or was there space for cooperation?

The study of the Portuguese presence in mainland Southeast Asia is work-in-progress that has a recent historiographical tradition. The Portuguese presence in Siam has been an object of study since the publication of a couple of short articles by Portuguese diplomatic officials in the 1930s and 1940s, the most relevant by Joaquim Campos.¹ Later Father Manuel Teixeira published his long-awaited work *Portugal na Tailândia*, which contains valu-

^{*} This paper is based on a research done in 2008, while I was participating in Leiden University's ENCOMPASS Programme. I would like to thank my then supervisor Prof. Dr. Leonard Blussé, as well as Dr. Alicia Schrikker for having me on the programme and for all their support which made my stay in Leiden much more enriching. I would also like to acknowledge all my ENCOMPASS colleagues (especially Nadeera Seneviratne), as well as Ana Lúcia Ferraz, Catarina Firmo and Isabel Almeida for their reviews of this article's first draft.

^{**} Centro de História de Além-Mar/École Pratique des Hautes Études/Fundação para a Ciência e a Tecnologia. rb_carvalho@yahoo.com

¹ Joaquim CAMPOS, *Early portuguese accounts of Thailand*, Câmara Municipal de Lisboa, Lisbon, 1983 (reprint of the 1940 edition). See also Jacinto Nascimento MOURA, "Relações dos Portugueses com o Sião", Separate edition of numbers 68, 69, 70 et 71 of the *Boletim da Agência Geral das Colónias*, Lisbon, 1931.

able information, especially concerning missionary activity. More recently, Maria da Conceição Flores, Leonor de Seabra and I have dealt with the topic of the Portuguese presence in Siam from the sixteenth to the nineteenth centuries.² To the best of my knowledge, VOC sources have been rather sparsely employed for the study of the Portuguese presence in mainland Southeast Asia. However, scholars researching the Dutch presence in Siam, such as George Vinal Smith, occasionally focus on aspects of the Portuguese presence in their publications.³

In my previous research, I realized that a specific image of rivalry appeared through the Portuguese sources. The Dutch were classified as “enemies of the Faith”, “men without a king”, etc., and this was the image which prevailed in the historiography.⁴ In choosing to examine Dutch sources exclusively, I am interested in seeing whether a new or different image of this relationship emerges from the sources.

The first point to be taken into account is that the sources produced representations of a historical reality. This means that from Dutch sources one will obtain an image of the Portuguese presence, a representation and ultimately, a construction. The existence of an *observer* group (the Dutch) and an *observed* subject (the Portuguese) involves several problems. A fundamental one is the range of perception. In other words, what could *the observer* observe and in which way(s) could *the observed* be observed? And how did this dialectic affect the relationship between the two?

The idea of perception will work here as a conceptual tool for the study of the Luso-Dutch relationship. Several factors could influence the range of perception. For instance, the cultural proximity between the Dutch and the Portuguese, both being part of the same European cultural framework, could

² Maria da Conceição FLORES published several articles and her MA *thesis* analysed the Portuguese presence in Siam during the sixteenth century: *Os Portugueses e o Sião no século XVI*, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, Lisbon, 1995. Leonor de SEABRA worked on the relations between Siam and Macao (18th-19th centuries) and more recently edited the manuscript of Pero Vaz de Siqueira's embassy to Siam in 1684-1686: *A Embaixada ao Sião de Pêro Vaz de Siqueira (1684-1686)*, Instituto Português do Oriente/Fundação Oriente, Macau, 2004. In my MA *thesis* (Rita BERNARDES DE CARVALHO, *La présence portugaise à Ayutthaya (Siam) aux XVI^e et XVII^e siècles*, unpublished MA *thesis*, EPHE, Paris, 2006) I analysed the Portuguese presence in Siam in the sixteenth- and seventeenth-centuries with special attention to the Portuguese settlement in Ayutthaya. This work is available on-line: <http://rbcarvalho.pt.vc>.

³ Especialmente George Vinal SMITH, *The Dutch in Seventeenth-Century Thailand*, Center for Southeast Asian Studies, Special Report No.16, Northern Illinois University, 1977. Two Thai scholars are equally worthy of attention, Dhiravat na Pombejra and Bhawan Ruangsilp. Their works focus on the Thai-Dutch relationship and on using Dutch sources to write a history of Siam. See for instances, Dhiravat na POMBEJRA, *A political history of Siam under the Prasatthong Dynasty 1629-1688*, PhD thesis SOAS – University of London, 1984; and Bhawan RUANGSILP, *Dutch East India Company Merchants at the Court of Ayutthaya. Dutch Perceptions of the Thai Kingdom c.1604-1765*, Brill, Leiden/Boston, 2007.

⁴ See for instance Charles R. BOXER, “Portuguese and Dutch colonial rivalry, 1641-1661”, separate edition of *STVDIA*, 2, Centro de Estudos Históricos Ultramarinos, Lisbon, July 1958, pp. 9-10.

enhance social proximity and made it easier for the Dutch to understand some Portuguese customs and traditions. Other aspects could establish the degree of the author's understanding of the events. For example, the domain of the Portuguese language, the direct or indirect presence in the event, the physical distance and position of the author (active/passive), the distance in time from the event, etc.

The next logical step in my reflections is to choose among the panoply of VOC sources available. This study intends to present the subject rather than cover it extensively, and for that reason printed sources were given preference. Three of the selected sources show the institutional VOC perspective: the writings of two VOC directors of the Ayutthayan *lodgie*, Joost Schouten (1636) and Jeremias van Vliet (1636-1640), and a compilation of the Batavian *Dagh-Register* (1624-1642). Schouten and van Vliet were two of the most important and prolific authors of the seventeenth-century Siamese history. Two other sources illustrate the point of view of VOC officials, who spent around one month in Siam and wrote a description of the country: Gijsbert Heeck (1655) and Engelbert Kaempfer (1690). Lastly, the "Succinct Account of What Occurred in the Kingdom of Siam in the Year 1688" written by an anonymous author reveals some curious details about the Dutch-Portuguese relationship during and immediately after the so-called "1688 revolution" in Siam.⁵

The analytical and methodological proposal presented above will be used as a framework to investigate the nature of Dutch-Portuguese relationship in seventeenth-century Siam.

1. Particularities of the Portuguese presence in Southeast Asia

The structure of the Portuguese *Estado da Índia* made it possible to develop private trading activities, as well as considerable interaction between Portuguese individuals and Asian communities. Merchants, soldiers and missionaries progressively migrated as the opportunities for country trade or conversion increased. The Portuguese expansion in the region was marked by the actions of renegades (*renegados*), men who escaped from the Viceroy's control and put themselves in the service of Asian kings as merce-

⁵ Vide Francis CARON & JOOST SCHOUTEN, *A True description on the Mighty Kingdoms of Japan & Siam*, Charles Boxer (ed.), N. Israel Keizersgracht Amsterdam/Da Capo Press New York, [1636] 1971; *Van Vliet's Siam*, Chris Baker, Dhiravat na Pombejra, Alfons van der Kraan, David K. Wyatt (eds.), Silkworm Books, Bangkok [1636-1640], 2005; *Dutch Papers – Extracts from the "Dagh Register" 1624-1642*, Vajirañana National Library (printed by order of), Bangkok, 1915; *A Traveler in Siam in the Year 1655. Extracts from the Journal of Gijsbert Heeck*, Barend Jan Terriel (transl., intr.), Silkworm Books, Bangkok, 2008; KAEMPFER, Engelbert, *A Description of the Kingdom of Siam*, Collection *Itineraria Asiatica*, Thailand vol. IV, Orchid Press, Bangkok, [1690] 1998; Anonymous, "Succinct Account of What Occurred in the Kingdom of Siam in the Year 1688", in *Witness to a Revolution: Siam 1688*, Michael Smithies (ed., trans.), The Siam Society, Bangkok, 2004, pp. 124-134.

naries⁶. Southeast Asia and other zones that were outside of official Portuguese control were the privileged areas for the settlement of these individuals. The Portuguese diaspora in mainland Southeast Asia had, therefore, an indubitably “particular” character.

Once these men had settled in a region, they had families, by way of marriage or cohabitation with local or other Asian women. They diversified their fields of action as well, and began to participate in the intra-Asian trade. Private investors could choose between a variety of markets (ports) and products, according to the number of ships, amount of capital and availability of the commodities they had to purchase. Private trade⁷ presupposed a reliable network of information on both internal and external markets. Agents and brokers were of considerable importance for the management of this network: “European and Asian traders, ship owners, captains, supercargoes or agents executed verbal or written instructions from themselves or their investors orienting them as to how to employ the available capital, which goods and commodities to purchase, at what price levels and quantities, in order to maximize return.”⁸ Sometimes, Asian women were instrumental for this proximity with the local markets. In Siam there were several examples of women conducting trade, the most well-known is Soet (or Osoet Pegua), the concubine of three Dutch directors of the Ayutthaya *lodgie*.⁹

The Portuguese and their descendants living in Southeast Asia gradually organised themselves in communities called “*bandel*” (i.e., settlement), which were recognized as such by the local rulers and by the Portuguese authorities in Goa.¹⁰ An example is the *bandel* of Makassar (also called *Borrobos*), which was of considerable proportions and had a high population density.¹¹

⁶ See at this respect Maria Augusta Lima CRUZ, “Exiles and Renegades in Early Sixteenth Century Portuguese India”, *The Indian Economic Social History Review*, 23:3, 1986, pp. 249-262, as well as the complementary article by Dejanirah COUTO, “Quelques observations sur les renégats portugais en Asie au XVI^e siècle”, *Mare Liberum*, 16, 1998, pp. 57-85.

⁷ Private trade appears in historiographical essays as opposed to official trade, the latter relating to the practice of commerce in the name of a State, a King, or an official entity (like a trading Company).

⁸ Cf. George Bryan SOUZA, “The Portuguese Merchant Fleet at Macao in the Seventeenth and Eighteenth Centuries”, in Ernst van Veen, Leonard Blussé (eds.), *Rivalry and Conflict. European Traders and Asian Trading Networks in the 16th and 17th Centuries*, CNWS Publications, Leiden, 2005, pp. 342-369 (quote from p. 350).

⁹ Dhiravat na POMBEJRA, *Court, Company, and Campong – essays on the VOC presence in Ayutthaya*, Ayutthaya Historical Study Centre Occasional Paper No.1, Amarin Printing Group Co., Thailand, 1992, pp. 10-11.

¹⁰ *Bandel* is the common word used in Portuguese sources to designate a more or less organized community of Portuguese and Portuguese descendants located in areas where the official Portuguese power was not so effective. For instance, Portuguese sources refer to the Portuguese settlement in Ayutthaya as the *bandel de São*, which corresponds to *kampong* in Malay and to *Ban Portuguet* in Thai. *Ban* would also mean village, as in Ban Chao Phraya.

¹¹ About the community of Borrobos see Maria do Carmo Mira BORGES, *Os Portugueses e o Sultanato de Macaçar no Século XVII*, Câmara Municipal de Cascais, Cascais, 2005, chapter 5 (pp. 175-194). On the Portuguese in Makassar and the activities of its merchants see Charles

Religion had an important role in shaping the formation and the outlook of the Portuguese-Asian communities. With the presence of the Dominicans, the Franciscans, the Jesuits, and in some cases the Augustinians, the religious “lobby” was well represented in all Portuguese settlements. To their traditional functions of escorting the religious life of the believers, baptising their children, celebrating mess and other catholic ceremonies, and preventing the adoption of any local “vices” by the Portuguese communities, the missionaries added a new feature. They participated actively in trade activities, especially the Jesuits. It was common for missionaries to circulate between several Portuguese communities in Southeast Asia, thus becoming a link between those settlements. As a consequence of the persecution of all Catholics in Japan, many catholic Japanese priests travelled and sojourned in Siam, Cambodia, Tonkim, etc., where they served the local catholic communities (both Portuguese and Japanese). The impact of the missionary presence can still be seen throughout Southeast Asia in the ruins of St. Paul’s church in Malacca, and even in today’s Ayutthaya, in the form of the brick ruins of the Portuguese church of *São Domingos*.

1.1. The Portuguese in Ayutthaya, Siam – the *bandel de Sião*

The first Portuguese men who arrived in Siam in the beginning of the sixteenth century were adventurers and renegades. They served in the Siamese army as artillery experts and participated in wars against other Asian potentates (like Burma), sometimes fighting other Portuguese who were on the other side of the barricade. Around 1549, to pay and thank them for their services, the Thai king gave them a piece of land and allowed them some freedoms: to live in the country, to profess their own religious beliefs and exemption from commercial taxes for a three-year period.¹² The Portuguese quarter, nowadays called *Ban Portuguet*, was situated on the right bank of the Chao Phraya River, outside the city walls and facing the Japanese settlement. On its west side was a Chinese settlement and in the south-west direction the Malay community. On the left bank of the river and north of the Japanese quarter were the English warehouse and further north the Dutch VOC *lodgie*. In the Portuguese settlement, houses were built in accordance with traditional building techniques, made of wood and bamboo, and on stilts to protect them from the annual floods. As the population grew during the seventeenth century, three brick churches were built there: the Domin-

BOXER’s work, *Francisco Vieira de Figueiredo: a Portuguese merchant-adventurer in South-East Asia 1624-1667*, Martinus Nijhoff, The Hague, 1967. One interesting case is the *bandel* of Hugli, which shares similarities with the Portuguese settlement in Ayutthaya: cf. Jorge Manuel FLORES, “Entre bandel e colônia: O regresso dos Portugueses a Hugli, ca. 1632-1820”, in *Aquém e Além da Taprobana – Estudos Luso-Orientais à memória de Jean Aubin e Denys Lombard*, CHAM, Lisboa, 2002, pp. 331-347.

¹² Cf. Fernão Mendes PINTO, *Peregrinação*, chap. 182, quoted by Maria da Conceição FLORES, *Os Portugueses e o Sião...*, p. 106.

ican *São Domingos* church, of greater dimensions; the Franciscan church (*São Francisco*), right north of the Dominican but smaller than that one; and the Jesuit church, called *São Paulo*.¹³

Estimating the number of people living in the Portuguese Ayutthayan community is a difficult task, due to the lack of data such as the registers of births and deaths (normally part of the church documents). The Portuguese sources are either non-specific or vague, indicating “a big number of people” or “about 2,000 souls” for the period after 1616.¹⁴ One can hardly be sure about what *kind* of Portuguese people these numbers referred to. Were the mestizos included in the count? What about black-Portuguese from India or slaves?

In the seventeenth century, the Thai-Portuguese mixed community participated actively in Siamese social life: many of their members were government officials and/or worked as interpreters; they took an active part in the internal commercial market, or sometimes served as brokers for other traders. They maintained a certain independence from the Portuguese official instances, which allowed them more autonomy in terms of choosing their commercial partners and detachment in their relationship with the Asian authorities.¹⁵ To grasp the commercial movements of this type of communities presents a problem for scholars, due to the scant of information about private business matters in the official Portuguese sources. Dutch sources could, therefore, help to fulfill this lacuna.

2. VOC presence in Siam in the seventeenth-century

The arrival of the Dutch in Siamese territory may be explained through different factors. First, the Dutch expected to use Ayutthaya to easily get into the Chinese market.¹⁶ Second, there was a strategic need to access certain products available in Ayutthaya, in order to exchange them for Japanese

¹³ For more information concerning these three churches and the archaeological excavations in *São Domingos* site, see Patipat PUMPONGPHAET, “Les fouilles archéologiques dans le Mu Ban Portuget, sur le site de Sao Pedro”, in *Phra Narai roi de Siam et Louis XIV*, catalogue d'exposition vol. «Études», Paris, 1986, pp. 23-26; and Rita BERNARDES DE CARVALHO, *La présence portugaise...*, pp. 92-94.

¹⁴ Cf. Frei Luís de SOUSA, *História de S. Domingos*, 2 vols., M. Lopes de Almeida (intr., revision), Lello & Irmãos Editores, Porto, 1977, 2nd vol., chap. VI, p. 350. About the population in the Portuguese empire see the study of Francisco BETHENCOURT, “Low Cost Empire – Interaction between the Portuguese and Local Societies in Asia”, in *Rivalry and Conflict. European Traders and Asian Trading Networks in the 16th and 17th Centuries*, Ernst van Veen and Leonard Blussé (eds.), CNWS Publications, Leiden, 2005, pp. 108-130.

¹⁵ However, towards the end of the seventeenth century they still wrote to the king of Portugal to ask him to designate the head (*capitão-mor*) of the community. Cf. Rita BERNARDES DE CARVALHO, *La présence portugaise...*, pp. 102-103.

¹⁶ Michel JACO-HERGOUALC'H, *L'Europe et le Siam du XVI^e au XVIII^e siècle – Apports culturels*, L'Harmattan, Paris, 1993, p. 30.

silver.¹⁷ Third, the VOC took advantage of the Thai sovereign's strategic interests: "Cette facilité dans leur installation était en fait la conséquence d'un calcul politique délibéré de la part des souverains locaux [of Southeast Asia] qui virent en eux le moyen de contrebalancer l'influence portugaise. Du côté du Siam, gouverné alors par le roi Naresuen, le calcul était le même".¹⁸

In 1602, the first VOC commercial factory was constructed in Patani,¹⁹ followed two years later by another one in Ayutthaya. The Dutch settlement (*Hollandze Lodgie*) was situated very near to the main Siamese port and the Pomphet Fort, although outside the city walls. To the south were located the English settlement and farther south the Japanese one. On the opposite bank of the Chao Phraya River and facing the Japanese quarter was the Portuguese settlement. The Dutch settlement was constructed with bricks, and "its warehouses and offices were contained in a large, brick-and-plaster building, the largest of the commercial buildings in the city".²⁰ The Dutch settlement was excavated in 2004 and 2005 by the Fine Arts Department of Thailand. It seems the occupational period started around 1630 with one main warehouse building, which expanded later on, and other buildings were erected: offices, halls, two more warehouses, kitchen, bedrooms, etc. A short article by Anek Sihamat²¹ does not give precise details about the site occupation, its organization or the chronologies of most artefacts. However, according to this article one can be reassured that this was actually the place where the Dutch lived in Ayutthaya.

2.1. VOC commercial interests in Siam: trade opportunities, products, monopolies

The Dutch factory was commanded by an appointed director, the *opperhoofd* (or chief-merchant, a rank in the VOC hierarchy) who in turn answered to the Governor-General in Batavia. In Ayutthaya, a new director

¹⁷ See Dhiravat na POMBEJRA, "The Dutch in Siam during the 1630s", in *The Dutch East India Company in Japan, Siam and Indonesia: three essays*, Akira Nagazumi, Dhiravat na Pombejra, A. B. Lapien (eds.), Antropologisch – Sociologisch Centrum Universiteit van Amsterdam, Amsterdam, 1982, p. 23.

¹⁸ Michel JACO-HERGOUALC'H, *L'Europe et le Siam...*, p. 29.

¹⁹ Patani (actual Pattani) is not considered in this paper as part of the Siamese kingdom, but as an independent state. Tensions were continuous between the central government in Ayutthaya and its provinces, specially the more distant ones, like Ligor (actual Nakhon Si Thammarat) and Patani. Part of Ayutthaya's effort to centralize its administration was to bring the provinces closer to royal influence. The Sultanate of Patani resisted repeatedly to Siamese military offensives and it could be interesting to observe the role Europeans played in this conflict. For the history of Pattani see Daniel PERRET, Amara SRISUCHAT, Sombun THANASUK (eds.), *Études sur l'histoire du sultanat de Patani*, EFEO, Paris, 2004.

²⁰ Cf. *Ayutthaya – the former Thai capital*, Akson Samphan Press, Bangkok, 1980, p. 5.

²¹ Cf. Anek SIHAMAT, "Excavation of the Dutch United East India Company (V.O.C.) Historic Site Ayutthaya", in *Crossroads of Thai and Dutch History. Proceedings of the International Symposium 9-11 September 2004*, Dhiravat na Pombejra, Han ten Brummelhuis, Nandana Chutiwongs, Pisit Charoenwongsa (eds.), SEAMEO-SPAFA, Bangkok, 2007, pp. 402-417.

was appointed every three or four years. The regular reports sent to Batavia or to the *Heren XVII* in the Netherlands (*via* Batavia) by the successive VOC directors in Siam, are consequently important sources of information for scholars.

The VOC assured a few monopolies in Siam, especially products destined to the Japanese market. Among these, deer-hides, sapanwood and tin (especially from the Thai-Malayan peninsula including Ligor)²² were the most valuable merchandises. António Bocarro, a Portuguese seventeenth century chronicler, described the Dutch and the English settlements and their respective commercial ventures:

There are in this city of Ová²³ (*sic*), capital of the Kingdom of Siam, two factories; one of big dimensions belonging to the Dutch and one of smaller dimensions belonging to the English. The kind of commerce they do is in deer-hides, ray-hides, sapanwood and a large amount of silk, which arrives there from Chincheo and Cochinchina.²⁴ With these merchandises, some pepper they buy in Bintão next to Patane,²⁵ and also some other commodities, they send their vessels to Japan, thus making huge profits, which they also share with the king of Siam, who for this reason is so dependent on them.²⁶

Most monopolies in Siam were granted by the Siamese king. Therefore, the Dutch started to value cooperation rather than violent military action to obtain commercial privileges and favourable trade agreements from local powers.

Although the commercial activities of the Dutch in Siam were interrupted on several occasions, between 1620 and 1628 and during the eighteenth century (1705, 1740 and 1747), it is undeniable that during the seventeenth century the Dutch were in a providential position to observe Siamese commercial and political evolution. In fact, after a few decades spent in Asia, the Dutch had gained considerable knowledge about Asian states, their rulers, their societies, their external relations and their trading habits.²⁷

²² Cf. Dhiravat na POMBEJRA, "The Dutch in Siam...", p. 24. About the tin trade, see Supaporn ARIYASAJISKUL, "The So-called Tin Monopoly in Ligor: The Limits of VOC Power vis à vis a Southern Thai Trading Polity", *Itinerario*, 28:3, 2004, pp. 89-106.

²³ Generally, Ayuttaya is called *Odiá* in portuguese sources.

²⁴ Chincheo is the actual Quanzhou (or Zhangzhou), but sometimes refers to the province of Fujian. Cochinchina is a region in actual Vietnam.

²⁵ That is, Bintan, next to Pattani.

²⁶ Cf. António BOCARRO, *Década 13 da História da Índia*, Academia Real das Ciências, Lisboa, 1876, chap. 120, p. 530. Translation from the Portuguese: "Estão n'esta cidade de Ová [sic], cabeça do reino de Sião, duas feitorias; uma de holandezes com grande cabedal, e outra de ingrezes com mais pequeno. O tracto que tem uns e outros é da courama de veados, pelles de lixas, sapão, e muita seda que alli vem de Chincheo, e Cochinchina, com as quaes fazendas e alguma pimenta que tomam em Bintão junto a Patane, e outras veniagas, mandam a Japão suas naus, em que fazem grandissimos proveitos, dando-os tambem grandes ao rei de Sião, por cuja causa está tão apegado a elles."

²⁷ In this respect, in the late 1630s, several records written by VOC directors in Siam, Schouten and van Vliet, were presented to General-Director in Batavia. In van Vliet's case, this

Following the same logic, they also learned more about their “classic” enemies – the Portuguese. The arrival of Dutch vessels in Asian waters had strong implications on the relationship between the Dutch and the Portuguese in the region, especially in terms of territorial and commercial disputes.

3. Rivalry: Episodes of conflict between the Dutch and the Portuguese in Siam

After 1580, when Portugal and Spain were united in the same monarchy, the armed conflict between Spain and The Netherlands included from then on Portugal as well. The Portuguese ports (especially Lisbon) were blocked from the Dutch, which contributed to inspire them to get the merchandises they needed directly from the production areas, i.e., Asia. The Dutch collected information about Asian products and their sources through individuals such as Linschoten.²⁸ At first, Dutch vessels avoided Portuguese areas of influence and trading routes used by Portuguese ships. However, confrontations inevitably began, even before 1600, with the seizure of ships and casualties on both sides. To local potentates, the Dutch had the advantage of presenting an alternative to the Portuguese naval supremacy, while at the same time the Dutch were for the most part “uninterested in any proselytising activities”,²⁹ or at least less interested in such activities than in purely commercial ones.

It is worth examining how this conflict emerged in areas out of direct control of the Portuguese or the Dutch, and examine the motivations behind the conflicts, the nature of the rivalry and what it meant for the participants. In sum, how did this conflict express itself in Siam, and how did the Dutch perceive it in their writings?

was done in the attempt of saving his career within the VOC. If producing descriptions of a country and the history of its kings could save one's career, consequently it also means that records of this type were highly valorized by the High Government in Batavia. See note 6 above for references.

²⁸ Linschoten, who was born in 1562 or 1563, lived in Enkhuizen as a child and was in Goa between 1583 and 1588, where he acted as the secretary of Portuguese archbishop D. Vincente da Fonseca. During those years, the Dutch traveler collected information of different nature (geography, politics, culture, commerce, navigation, etc.) related to the Indies, published as *Itinerario, Voyage ofte Schipvaert van Jan Huygen van Linschoten naar Oost ofte Portugaels Indien* (Cornelis Claesz., Amsterdam, 1596). His works were soon translated into English, German, Latin and French, and had a huge impact on the Dutch and English maritime expansion in Asia. For a recent English edition see the forthcoming VAN LINSCHOTEN, John Huyghen, *Voyage of John Huyghen Van Linschoten to the East Indies: The First Book, Containing His Description of the East*, 2 vols., Arthur Coke Burnell and P. A. Tiele (eds.), Cambridge University Press, 2010. For a Portuguese translation see: *Itinerário, Viagem ou Navegação para as Índias Orientais ou Portuguesas*, Arie Pos, Rui Manuel Loureiro (eds.), Arie Pos (transl.), Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, Lisbon, 1997.

²⁹ Cf. Rui Manuel LOUREIRO, “Early Portuguese Perceptions of the ‘Dutch threat’ in Asia”, in *Rivalry and Conflict. European Traders and Asian Trading Networks in the 16th and 17th Centuries*, Ernst van Veen and Leonard Blussé (eds.), CNWS Publications, Leiden, 2005, p. 176.

3.1. Commercial rivalry

As it is well-known, trade was the main motivation for Dutch expansion in Asia. In this sense, much of the rivalry between the Dutch and the Portuguese was inevitably connected to trading ventures. Assuring access to production zones, and in particular obtaining monopolies from local authorities were the main objectives to be attained. The Dutch were better prepared. They had larger and safer investment capital and powerful modern ships that were heavily armed, allowed the transport of a great amount of cargo and at the same time provided adequate protection. The seizure of Dutch or Portuguese vessels had two great advantages: one could seize the cargo (and sometimes even the ship itself) while weakening the enemy.

However, an important element served as an intermediary between Dutch and Portuguese trading rivalry. In the case of Siam, the king controlled most of the monopolies and sent his vessels to diverse Asian ports. The king's authority was recognized by the Dutch and the Portuguese, and it was only by *grace* of the king that the Europeans could be assured of advantages in trade. To obtain such, everything was allowed, ranging from astute diplomatic moves to promises of helping out in ongoing conflicts with other neighbour states.

Thus, rivalry in trade implied political rivalry as well. Political decisions and strategies were set up in view of obtaining profit. Moreover, both sides employed politically motivated propaganda with the purpose of denigrating the enemy in the eyes of Asian rulers. The main trade-related objective was to virtually eliminate the competition, and at a political level, a number of measures were taken to achieve this objective. The conquest of ports, cities, key-spot trading *entrepôts* and vessels were for the most part political decisions with a trade-related objective. An example of political rivalry regarding Portuguese communities, that is to say against Portuguese private merchants, was the Dutch demands for the expulsion of the Portuguese from Makassar in 1667.³⁰

Scholars have emphasized the role that the Dutch played in the decline of the Portuguese Empire. Dutch sources show that they were admittedly responsible for the Portuguese losses in Asia and more specifically in Siamese territory: "the Portuguese enjoyed for many years prosperity and good reputation in Siam, until the servants of the Netherlands Company also took hold of the country. From time to time on several occasions (...), they caused the Portuguese so many losses that at present [1638] the Portuguese trade has much declined".³¹

³⁰ Cf. Stefan HALIKOWSKI SMITH, "No Obvious Home: The flight of the Portuguese "tribe" from Makassar to Ayutthaya and Cambodia during the 1660s" in *International Journal of Asian Studies*, 7, 1 (2010), pp. 1-28. See also note 12 above.

³¹ In *Van Vliet's Siam...*, p. 140. Boxer was one of the scholars who stressed how important the successive Dutch conquests of Portuguese possessions were in the decline of the Portu-

As it has been shown above, being enemies in commerce provoked an entire panoply of military actions. One could then wonder whether if there was no Iberian Union and no “excuse” for the war against Spain, would the Dutch and the Portuguese have engaged in such *ad infinitum* armed struggle? To put it another way, did commercial competition justify military action(s)?

3.2. Naval rivalry

The obvious response is “yes, it did”. Whether it was European-Asian competition or Europeans among themselves, the recourse to arms still signifies the difference between commercial success or failure. In this section, the focus will be on two incidents, which have in common the seizure of ships in a Siamese context, either in national or international waters. What was the meaning of these particular episodes for the “general” Asian-spread rivalry between the Dutch and the Portuguese?

The *Cleen Zeelandt* incident (1624)

In August 1624, D. Fernando de Silva, the captain of a Spanish galleon, launched a ‘semi-pirate’ action against a Dutch vessel, the *Cleen Zeelandt*, in the roads of the Chao Phraya River. As soon as the Thai king found out what had happened, he tried to convince D. Fernando to restore the ship to the Dutch. The Spaniard refused and king Song Tham ordered five or six of his galleons, with both Thai and Japanese crews, to capture D. Fernando’s galleon. In the subsequent battle, the Spaniards lost around one hundred and fifty men, among them the captain. The survivors were imprisoned and the Siamese took possession of all the cargo in the ship.³²

guese empire (see Charles BOXER, *The Portuguese Seaborne Empire, 1415-1828*, New York, 1969, p. 114). On the other hand, van Veen draws a study around three entities which constitute the Portuguese ‘empire’, the *Carreira da Índia*, the *Estado da Índia*, and the Portuguese (private) intra-Asian trade, explaining when each of those entities started to lose ground and eventually declined (Ernst van VEEN, *Decay or Defeat – An inquiry into the Portuguese decline in Asia 1580-1645*, CNWS, Leiden University, Leiden, 2000). Concerning the situation of the Portuguese presence in Asia after the Iberian Union see Glenn J. AMES, *Renascent Empire? The House of Braganza and the Quest for Stability in Portuguese Monsoon Asia, ca.1640-1683*, Amsterdam University Press, Amsterdam, 2000.

³² Cf. Van Vliet’s *Siam...*, p. 130 and 140-141. For the Spanish documentation concerning this episode see Florentino RODÃO, *Espanoles en Siam (1540-1939) – Una aportación al estudio de la presencia hispana en Asia*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1997, pp. 50-52. Vinal Smith claims that 200 people were killed, whilst Rodão claims 30 people. Since Rodão quotes mainly Spanish sources, perhaps the divergence of number between these two authors can be explained by Spanish will to minimize this defeat, reducing therefore the numbers of their losses (George Vinal SMITH, *The Dutch in Seventeenth-Century Thailand...*, pp. 18-19; and Florentino RODÃO, *Espanoles en Siam...*, p. 52).

According to Joost Schouten, the Portuguese suffered the consequences of this action directly:

(...) they are at present very low and out of credit, occasioned more particularly by their taking of a Dutch Yacht by a Spanish Galley in the River of *Siam*, [in the year 1624] which the King took so highly, that he revenged it with his Arms, which produced a war between him and *Manilha*; and however the *Portugals* seemed unconcerned in this quarrel, yet they wholly lost their credit at Court.³³

The situation of the Portuguese is somewhat confusing. Although part of the Iberian Union (*União Ibérica*) since 1580, it seems that in Siam Portugal continued to be seen as an independent country. Hence Schouten's last remark ("however the *Portugals* seemed unconcerned in this quarrel") and also van Vliet's observation that "although the Portuguese did not care much for what had happened, although they continued their correspondence and remained in Siam, they were since that time in disgrace with the king and the mandarins".³⁴ The true impact of the Iberian Union in Asia regarding Portuguese subjects remains yet to be determined.

The *De Walvisch* incident (August 1655)

The main source used for this episode is the diary of Gijsbert Heeck, a doctor in the service of the VOC, on his third voyage to the Indies. On 19th August 1655, the vessel *De Walvisch* (the Whale), coming from Batavia, arrived and "anchored in the roadstead at the mouth of the Siam River, firing three shots to signify a safe journey".³⁵ Shortly afterwards three vessels were spotted anchored in the same bay. The Dutch were unsure of their provenance, and thought they were ships belonging to the Siamese king. However, when they sailed by, they identified the vessels as a flute and two Portuguese yachts. Heeck states that it was the task of the captain, Van Campen, and of "the honorable (sic) ship's council to deliberate as to the best course of action under these circumstances".³⁶ They had their ship prepared to confront them if necessary. The Dutch approached the Portuguese flute (the flagship) with a sloop, to ask for its license, its pass³⁷ or if preferred, that the Portuguese

³³ And Schouten continues: "(...) This breach and difference between these two Nations, was fomented by the Dutch, and increased by several acts of hostility on the *Portugals* side, who took many of his Majesties Ships and Vassals at Sea", cf. Francis CARON & Joost SCHOUTEN, *A True description...*, pp. 109-110.

³⁴ Cf. *Van Vliet's Siam...*, p. 140, see also page 235.

³⁵ In *A Traveler in Siam in the Year 1655...*, p. 29.

³⁶ Cf. *A Traveler in Siam in the Year 1655...*, p. 30.

³⁷ On the Dutch pass system of *pasedullen*, based on the Portuguese *cartaz* see for instance George D. WINIUS, "Luso-Dutch Rivalry in Asia", in *Indo-Portuguese History: Global Trends. Proceedings of XI-International Seminar on Indo-Portuguese History*, F. da S. Gracias, C. Pinto, C. Borges (eds.), Maureen & Camvet Publishers, Goa, 2005, pp. 152-153.

captain went back to the Dutch ship to explain himself. The latter refused, explaining that “he was anchored under safekeeping or protection of the king of Siam, in his roads, and that therefore we [the Dutch] had no claims on him”.³⁸ On the other hand, the Dutch deliberated that he was too far from the coast, thus in international waters, and opened fire against the Portuguese ship. It defended itself well, and the Dutch prepared to “take him [the ship] by force (...) by grappling and boarding him”.³⁹ Heeck describes what followed:

Meanwhile we prayed (according to custom), asking the Lord for a blessed outcome and happy victory. The Portuguese, noting that they would be engaged again, hastily cut their anchor-rope, raised their topmasts and yard-arms, and (while we were busy raising our anchor) took course (with one of the other yachts) straight upriver until they ran aground. We followed them (...) [but] since our ship went too deep, it was not possible to come near her.⁴⁰

It seems the Portuguese were putting themselves clearly under the Siamese area of influence so that they could benefit from the Siamese king's protection. At the same time they were getting out of international waters, where the Dutch might use their “legal right” to attack them. The decision as to whether to attack a Portuguese vessel came from the captain of the ship, who sometimes was following prior instructions from Batavia.⁴¹

As a result, Heeck affirms that “the Portuguese had complained bitterly about the injustice we had done them, demanding from the king immediate right to compensation for the damage they had suffered”.⁴² The Thai king sent his officials to enquire on board of the *De Walvisch* and the matter was then in the hands of the Siamese legal system. It seems the Dutch were able to convince king Prasat Thong that they were right in attacking the Portuguese vessel. The power of the Siamese court and the role it had as a mediator between the Europeans' struggles is noticeable in this episode. While in Siam or in Siamese waters, both the Dutch and the Portuguese had to cope with local rules.

³⁸ Cf. *A Traveler in Siam in the Year 1655...*, p. 31. Following the Portuguese captain's reaction, Heeck praises his “good courage” and intrepid answer, which reveals a certain degree of cordial respect for the Portuguese captain.

³⁹ Cf. *A Traveler in Siam in the Year 1655...*, p. 31.

⁴⁰ Cf. *A Traveler in Siam in the Year 1655...*, p. 32.

⁴¹ In 1632, for instance, there was the following indication in the Batavia's *Dag-register*: “... if the Comander deems it more advantageous to cruise for Portuguese vessels plying between Macao and Manilla, he may do so, but he must arrive in Toyon by the end of August (...) Afterwards the vessels that cannot be filled up at Toyon will sail with the North Monsoon to attack the Portuguese vessels going from Japan and Macao to Malacca”, in *Dutch Papers – Extracts from the “Dagh Register”...*, p. 7.

⁴² Cf. *A Traveler in Siam in the Year 1655...*, p. 33.

These two episodes of naval conflict could mesh into the “general” Asia-wide rivalry on several points: on the one hand, the *Cleen Zeelandt* incident shows the practical impact of the Iberian Union where the Portuguese suffered the impact of Spanish actions against the Dutch. On the other hand, the *De Walvisch* incident demonstrates in the first place the control mechanisms that the Portuguese vessels were submitted to, like the pass system (*pasedullen*). The very existence of this system shows that there was at least one legal way to avoid Dutch attacks on Portuguese vessels. Second, rivalry depended on the circumstances, hence the Dutch captain’s power to decide whether to attack another ship or not. Third, in this incident the awareness of legal concepts such as “territorial waters” and “international waters” is especially relevant. In a complementary analysis, the *De Walvisch* incident suggests one of the Portuguese strategies to escape Dutch naval persecution: the use of smaller boats that were able to travel in shallow-waters, where the Dutch vessels could not sail.⁴³

Dutch-Portuguese rivalry had obviously different impact levels for its participants. The Dutch had clear naval and military supremacy, and managed to acquire many important monopolies in Southeast Asia. In seventeenth-century Siam that was also the case, and despite Portuguese efforts otherwise, the Dutch *comptoir* in Ayutthaya successfully subsisted for many years. The analysis of naval conflicts in Siamese waters showed that Dutch-Portuguese rivalry had indubitably a local character, where the role of the Asian ruler as conflict-mediator was in evidence and accepted by Europeans.⁴⁴

4. Cooperation: On the interaction between the Dutch and the Portuguese in Siam

In their writings, the Dutch clearly preferred to focus on rivalry because situations of conflict were often dictated by the VOC’s internal strategy, and thus were highly influential in local politics and trade rhythms. As a result, information concerning cooperation forms and episodes of interaction and sharing between the Portuguese and the Dutch is well hidden. Nevertheless, a careful source analysis might disclose these possible forms of partnership.

It is relevant to note that much of this data is absent from Portuguese secondary literature and published sources. For this reason, Dutch sources have a special importance for the study of Portuguese expansion in mainland Southeast Asia. Interaction also implied some form of data compilation

⁴³ See Heeck’s affirmation reported above (cf. *A Traveler in Siam in the Year 1655...*, p. 32).

⁴⁴ In other Asian regions, local populations are the ones recurring to the Dutch as conflict-mediators, since they represented a foreign and just element. In Siam, however, this “just element” is the country’s king. See David HENLEY, “Conflict, Justice, and the Stranger-King Indigenous Roots of Colonial Rule in Indonesia and Elsewhere”, *Modern Asian Studies*, 38:1, 2004, pp. 85-144.

about the Portuguese. After all, “it is said that if you know your enemies and know yourself, you will fight without danger in battles”.⁴⁵ To illustrate this point, we will give some examples of how the Dutch perceived the Portuguese, with special emphasis on the Portuguese community in Ayutthaya.

4.1. Commercial activities

In the *Daghregisters gehouden in 't Casteel Batavia*, one finds observations regarding the performance of the Portuguese commercial initiatives in Siam. Around 1640, Dutch sources narrate the difficult situation Portuguese traders were going through, a mirror of the crisis the *Estado da Índia* was facing. Under 1640-1641 there is the following entry:

The trade of the Portuguese had turned out very badly. They had sold only a few goods, besides the spiaulter and the radix china which were sold at such a low price that there could not have been any profit at all. Perceiving that they could not dispose of their silk embroidery there, they intended to sail for Manilha.⁴⁶

The next year entry, 1641-1642, insists on the same topic: “The Portuguese negotiation in Siam is going on very badly, and ship-building proceeds slowly, probably the vessel will not be ready within the year”.⁴⁷ Besides the commercial information, this entry reveals that the Portuguese were also involved in ship-building activities; however, the entry is not clear as to whether the Portuguese ordered ships to be built in Siam or whether they participated directly in the construction process.

The Dutch insisted on the unfavourable economic prospects of the Portuguese, giving the example of a Portuguese ship coming from Makassar:

On the 3rd of August [1640 or 1641] another Portuguese vessel, which came from Macassar, had come to Bangkok. The captain was called Juan de Strados, a Scotchman by birth, who had lived more than 45 years in Spain and in India. His yacht had a cargo of 160 piculs of sandal-wood, 90 piculs of sulphur, 30 piculs cloves, some hair for finishing ropework, and 800 bundles of rattan-wood, besides a letter of introduction and a small present for the Berckelangh from the regent of Macassar. The captain has been treated wondrously well, but he has sold nothing up to this date, so he will make a bad voyage.⁴⁸

Van Vliet often compared instances of Portuguese commercial failure in Siam with the successes of the VOC. The author's strategy can perhaps be partially explained by the fact that the primary objective of his writings was

⁴⁵ Classical Sun Tzu's *The Art of War* saying.

⁴⁶ In *Dutch Papers – Extracts from the “Dagh Register”*..., p. 84.

⁴⁷ In *Dutch Papers – Extracts from the “Dagh Register”*..., p. 100.

⁴⁸ In *Dutch Papers – Extracts from the “Dagh Register”*..., p. 85.

to obtain a promotion in the VOC's hierarchy. Naturally, focusing on how well VOC trade in Siam was progressing under his supervision, and informing Batavia about Portuguese commercial losses demonstrated the VOC's success to its director in Batavia.

Behind this background of Portuguese commercial failures, information regarding private local traders emerges: "The Portuguese mestizos and the Mons were concerned only with internal trade. After they had procured goods for foreign markets they sold or traded them to exporters. Lumber and rice were major goods provided by the Mons; the Portuguese mestizos did not seem to have any particular specialty except for deer and buffalo hides in the early years of the century".⁴⁹ Vinal Smith presents other references to Portuguese mestizos who were active in the internal market, procured and sold non-monopoly products to the Dutch: "Throughout the seventeenth century the Dutch bought most of the nonmonopoly goods from Japanese, Muslim (Persian, Indian and Malay), Chinese, Mon and Portuguese mestizo *nai*".⁵⁰ Bhawan Ruangsilp adds that "the Portuguese delivered local goods", among which were deer skins.⁵¹

Moreover, each *nai* seemed to send a representative of his upcountry, with the task of buying merchandise: "Domestic goods were actually purchased by the individual *nai*'s 'phrai' [representative] who went upcountry to transact business with the rural commoners. These 'phrai' traders, who were of the same ethnic identity as their *nai*, brought the goods back to Ayutthaya where the *nai* sold them to foreign traders".⁵² In this quote, the role played by foreign communities in Thai domestic commercial sphere is evidenced, a role that seems to be reserved for these communities in exclusivity. The fact that Portuguese mestizos are included in this category seems to indicate that they took an active part in supplying monopolized goods to the Dutch. How did these activities conjoin with the official trade policy of the *Estado da Índia* where commercial Luso-Dutch rivalry often occurred?

Another sign of cooperation (or at least of *non-rivalry*) is worth mentioning: on 2nd September 1655, the Dutch passed across three Portuguese vessels and the Portuguese flute *Lübeck*, lying in front of Ban Chao Phraya in the Chao Phraya River. The flute was the same ship with which the Dutch had engaged some days beforehand (see the *De Walvisch* incident). "They let us pass free and unmolested however", Heeck reveals.⁵³ The Dutch serving

⁴⁹ Cf. George Vinal SMITH, "Princes, Nobles and Traders: Ethnicity and Economic Activity in Seventeenth-century Thailand", in *Contributions to Asian Studies*, vol. 15 – *Royalty and Commoners: essays in Thai administrative, economic, and social history*, E. J. Brill, Leiden, 1980, p. 9.

⁵⁰ The *nai* (a specific rank in Thai society) was the chief of a determined group of people in Ayutthaya. In the Portuguese community, the *nai* was often the chief of the settlement (the *capitão-mor do bandel*). Cf. George Vinal SMITH, *The Dutch in Seventeenth-Century Thailand...*, p. 75.

⁵¹ Cf. Bhawan RUANGSILP, *Dutch East India...*, pp. 44-45 and p. 235, note 40.

⁵² Cf. George Vinal SMITH, *The Dutch in Seventeenth-Century Thailand...*, p. 75.

⁵³ Cf. *A Traveler in Siam in the Year 1655...*, p. 37.

at the Bangkok lodge “were familiar with this flute. They had been on board several times while on the river.” Heeck also states that the ship was in its third voyage from Macao, that it was in bad shape, and that “her cargo consists mainly of coconut-oil, ripe coconuts, ripe bananas, and rice, as much as they can procure for export, and other cheap wares. They return mainly with gold chains, hat-bands, buttons, and other very unusual golden objects which they offer for sale, and these sorely tempted us, but to no avail”.⁵⁴

On the 16th of September 1655, the Dutch vessel in which Gijsbert Heeck travelled met this flute again and three other Portuguese vessels in Bangkok. They “were lying near the shore, fastened with ropes. [...] (After the confrontation with us, as told above) they were forced to remain here throughout the coming northern monsoon, because [...] without this southerly wind it is impossible to go up to Macao or other points north”.⁵⁵ And then an extraordinary exchange took place:

“As our boat passed here our crew went on board and sold them sole hats, knives, and the like, for which they paid well enough, showing our crew all signs of friendship”.⁵⁶

If Heeck’s testimony is accurate, barely one month after the direct confrontation between the Dutch vessel *De Walvisch* and the Portuguese *Lübeck*, their crews were showing “signs of friendship”. One might be led to reconsider the gravity of the previous confrontation, and to acknowledge the subjective character an episode of rivalry could take on.

4.2. A case study of the Portuguese settlement in Ayutthaya

Descriptions of Portuguese people living in mainland Southeast Asia, and of their social practices rarely appear in Portuguese sources. A good example of what occurs periodically in VOC sources is descriptions of the Portuguese “people” in comparison with the Dutch. One Dutch source refers to the Portuguese and the Spanish in Siam as “people of such bad, irregular disposition, they were so volatile and so much given to fighting, amongst themselves as well as against the indigenous people of this land”. It is actually a contrasting definition, because the author defines the Iberians as the opposite of the Dutch: “By contrast, it has usually been the case that the Chief of the Hollanders (who have been resided in this Kingdom), have been reasonably civil and well-behaved”.⁵⁷ The definition by contrast has the

⁵⁴ This quote and the previous in: *A Traveler in Siam in the Year 1655...*, p. 37. Here is an example on how Dutch sources can be influential when grasping the commercial movements of Portuguese vessels (as well as their cargo) while in Siam.

⁵⁵ Cf. *A Traveler in Siam in the Year 1655...*, p. 68.

⁵⁶ Cf. *A Traveler in Siam in the Year 1655...*, p. 68.

⁵⁷ Both quotes are from Van Vliet, in *Van Vliet's Siam...*, p. 68.

advantage of giving a positive image of the contrasting object, in this case subject (the Chief of the Hollanders). In addition, examples of the “participative perspective”, where the observer describes the observed while taking part in the action, are also worth noticing.

By analysing what the Dutch tell about the Portuguese, one might disclose clues as to the nature of their relationship as well as contribute to the study of the Portuguese expansion through the intrinsic content of that sort of data. Moreover, if one takes into consideration that most Dutch sources used in this essay came from direct observations, the observer and the observed were probably at a close distance, which implied a certain level of attention and social proximity. In this sense, the Portuguese settlement in Ayutthaya constitutes a unique case study because it presents evidence of the Luso-Dutch relationship in a relatively close space.

The Portuguese community in Ayutthaya was formed mainly by migrations and intermarriage politics. Consequently, in the seventeenth century the population of the Portuguese settlement consisted mostly of mestizos, the result of various types of miscegenation practices. Van Vliet, who was assistant and later director of the Ayutthayan *lodgie*, commented on the situation of the Portuguese around 1635: “there are in this country only a few poor Portuguese, mestizos and Indian Christians”.⁵⁸ In turn, Kaempfer, who visited Siam in 1690, states that “on the opposite side of the [Chao Phraya] River stands a village inhabited by a Portuguese race begot on black Women”.⁵⁹ Dutch sources contain several references to Portuguese-Japanese individuals, and to Portuguese ‘half-caste children’ with Siamese and Chinese mothers,⁶⁰ to give a couple of examples. Likewise, French sources show some examples of ‘a Portuguese who married a Pegu woman’, a Portuguese woman whose husband was Armenian,⁶¹ etc.

The status of the mixed offspring is an interesting element for analysis. The *Dagh-register* of Batavia, on the 13th May 1641 entry, carries what is believed to be a missive from the Siamese king to the Dutch Governor-General in Batavia: “On Your Honour’s demand the King, our Lord, has granted to Capt. Van Vlieth that the Christian children, born from Netherlands parents, might leave this country to be educated in your language, religion and morals, according to Your Honour’s wish”.⁶² However, on some occasions the fate of these children was not in the hands of their European relatives.

⁵⁸ Cf. Van Vliet’s *Siam*..., p. 141.

⁵⁹ Cf. Engelbert KAEMPFER, *A Description of the Kingdom of Siam*..., p. 51.

⁶⁰ See Anonymous, “Succinct Account...”, p. 132.

⁶¹ References in Marcel LE BLANC, S.J., *Histoire de la révolution du royaume de Siam arrivée en l’année 1688 et de l’état présent des Indes*, 2 vols., Horace Molin, Lyon, 1692, vol. 1, p. 311.

⁶² In *Dutch Papers – Extracts from the “Dagh Register”*..., p. 90. Han ten BRUMMELHUIS dedicates some pages to the history of Thai-Dutch children and the difficulties of bringing them to Batavia, see his *Merchant, Courtier and Diplomat: A History of the Contacts between The Netherlands and Thailand*, De Tijdstroom, Lochem/Gent, 1987, pp. 57-60.

A Dutch text of an anonymous author describing what happened during the so-call Revolution of 1688 in Siam shows a different side of the story:

M. des Fargues⁶³ had had two half-caste Portuguese disguised in Siamese clothes, and sent them to Judia [Ayutthaya] to find out what was happening at the court. They were recognized, arrested, and sent to prison, and this so irritated the king that he had the bearing of arms by all the Portuguese forbidden, and seized and took away to the court all their children born of Siamese and Chinese mothers. This caused much agitation in the town with the cries of these mothers, but they obtained no concessions and seemed without hope of ever seeing them again, which indeed so happened, for the head of the Dutch Company went to the court to request the king to return the children to these disconsolate mothers; the king granted his request, but to little purpose, because when it was desired to take them away, [137r] none were found, [...] so that these poor innocents became slaves [...].⁶⁴

It is worth drawing attention to the efforts made by the Dutch Director in Ayutthaya to restore these Portuguese mixed children to their mothers, once again proving that he was “reasonably civil and well-behaved”.⁶⁵ Also, the quote shows the control of the Siamese king over his subjects, even in the case of mixed children of European parents.

Dutch sources make several revealing observations about the social organization of the *Ban Portuguet* and about the participation of its members in Thai society. Van Vliet states that the Portuguese were under the authority of a ‘quartermaster’, Opraay Ray Montri (Okphra Ratchamontri). He even explains why this happened: “in the whole country the common class of people, who are not slaves, are divided under quartermasters. [...] This is done for the accommodation of the king, for if His Majesty needs people, these quartermasters are requested to provide the required number”.⁶⁶ The Portuguese are the only community of European origins under this system, according to van Vliet; the others are the Pegus, the Laos, the Japanese, the Chinese and the Malays. Could this indicate a certain degree of integration of the Portuguese and their descendants within Thai society or is it just an artifice for the king to better control the population?

Some leads into this matter may be gained through analysing the occupations and *métiers* of the Portuguese community members. Working as an interpreter was one of the most common occupations of the Portuguese descendants. Van Vliet refers to Alexander Pinieur, a Portuguese mestizo at

⁶³ The French General Desfarges.

⁶⁴ In Anonymous, “Succinct Account...”, p. 132.

⁶⁵ In *Van Vliet's Siam...*, p. 68.

⁶⁶ Cf. *Van Vliet's Siam...*, p. 149. The Thai category of ‘quartermaster’ can be compared to the Cambodian *Shabandar* (a Malayan word, *Sabander* in Dutch). See the “Journael in Cambodia van Jan Dirxsz Gaalen, 1636”, in Hendrik P. N. MULLER (ed.), *De Oost-Indische Compagnie in Cambodja en Laos: verzameling van bescheiden van 1636 tot 1670*, Martinus Nijhoff, 's-Gravenhage, 1917, pp. 59-124, especially pp. 63-64.

a Thai noble's service: "one of the Berckelang's people and a very good friend of ours [the Dutch]".⁶⁷ The importance of interpreters who could express themselves in Portuguese or Malay is demonstrated in a posterior affirmation of van Vliet:

That if we had been provided with able interpreters, this whole incident⁶⁸ could have been prevented. Our people had necessarily gone out without an interpreter because the Pecap speaks neither Portuguese nor Malay, and Trompanidt (who speaks only a little Portuguese) had been away for twelve days without having told us where he was going.⁶⁹

Commercially and diplomatically, the interpreters who spoke Portuguese would provide an effective service for the Dutch.

Another aspect worth mentioning is the sporadic participation of Portuguese descendants in the Siamese army. Van Vliet states that "in the beginning of the year 1634, the King assembled a powerful army of about thirty thousand Siamese soldiers (reinforced with many foreigners residing in His Majesty's Kingdom, such as Portuguese mestizos, Japanese, Malays, and other)".⁷⁰ Apart from this remark, van Vliet does not mention the Portuguese soldiers again. Schouten is equally silent on this topic. One explanation might be the fact that the Portuguese were only called to serve in the army in a particular conflict, in case of an extraordinary need, thus not as a profession. This clearly contradicts the "traditional" image of the Portuguese mercenary that appears in the sixteenth century (men who would be put at the king's service every time the occasion arose), but rather reinforces the idea of a veritable integration of the Portuguese in Siamese society's structures in the seventeenth century.

The population of the *Ban Portuguet* could also be part of the crew of His Majesty's ships, as simple sailors or pilots. As it is well known, the vessels of the Siamese king carried out trade in all of Asia. Engelbert Kaempfer mentions one of these men, while he describes an episode about a Japanese man called Hanjemon:

In 1682 he [Hanjemon] went on board a large Siamese Jonk, bound for Manilhas in the Philippine Islands. The Pilot of this Jonk, on board which there were besides him sixty four other People, was a Portuguese. After a tolerable

⁶⁷ Cf. *Van Vliet's Siam...*, p. 50. Pinieur is not a Portuguese surname. Yet, it could be an adaptation from the Portuguese name Pinho or Pinheiro. The 'Barcalan' was the Siamese minister of foreign trade or what we would call today 'foreign affairs'.

⁶⁸ Van Vliet is referring here to the Picnic Incident. For more details check Han ten BRUMMELHUIS, John KLEINEN, *A Dutch Picnic in Ayutthaya, 1636*, Amsterdam Asian Studies No. 52, University of Amsterdam, Amsterdam, 1984; and also *Van Vliet's Siam...*, pp. 34-88.

⁶⁹ Cf. *Van Vliet's Siam...*, p. 61. Pecap spoke only "the Siamese and Moorish languages" (p. 75) while Trompanidt was the VOC translator. Instead of going out with an interpreter who knew the Siamese, like Pecap, the Dutch preferred someone who spoke Portuguese which is quite peculiar, since the Picnic Incident occurred in Siamese context.

⁷⁰ Cf. *Van Vliet's Siam...*, p. 313.

good Voyage the Ship stranded in fair weather on a rock about two Leagues off a small low Island, call'd by the Portuguese Visia Grande. The Pilot and some others went into the Boat, and after six Days driving made the Coasts of Tunquim from whence they return'd to Siam.⁷¹

Hanjemon, after many adventures, managed to come back to Siam on board Kaempfer's VOC ship, only to understand "to his great grief, that his Wife, impatient of his long and tedious absence, had laid aside all hopes of ever seeing her Husband again, and married a Portugeze, by whom she had already a Child".⁷²

Finally, curious information presented by Kaempfer describes the representation of Portuguese people in Siamese art, in this case in the Barcalan's temple doors: "The second square contain'd two remarkable Temples, the first of which represented on each door in the porch two Savages with heads of Devils, [...] and at the back door were painted two Portugeze as big as the Life".⁷³ Kaempfer's drawings show this temple and several of its architectural and decorative features, but unfortunately they do not depict the temple doors where the life-size Portuguese figures were painted.

The religious experience was an important trace of the Ayutthayan Portuguese community. An immediate interrogation arises from this observation: how was the spiritual life of its members conducted? And how did the Dutch understand religion in their writings? To explore these items and others it is worth taking a closer look at the religious life of the Europeans in seventeenth-century Siam.

4.3. Religiousness. The Christian experience in Siam

Dutch authors described the catholic Portuguese churches and the religious orders who kept them, and did not lose the opportunity to comment on the ultimate function of these institutions – the spread of the Catholic faith. Engelbert Kaempfer presents quite an accurate description of the Portuguese churches, which he visited in Ayutthaya in 1690:

On the opposite side of the [Chao Phraya] River stands a village inhabited by a Portuguese race begot on black Women, and further down stands a Church, dedicated to St. Domingo, to which belong the Fathers of the Dominican Order. Behind it stands another small Church, which is kept by two Fathers of the Order of St. Austin, who with the foresaid three Dominicans live peaceably together in a House built of Reed. Not so far from hence, on the same plain, stands a Jesuit Church nam'd St. Paul, after the chief Church at Goa, belonging to the Fathers of this Order (...).⁷⁴

⁷¹ In Engelbert KAEMPFER, *A Description of the Kingdom of Siam...*, p. 15. Additional data on Kaempfer's biography and new unpublished papers in Barend Jan TERWIEL (ed.), *Engelbert Kaempfer in Siam*, Iudicium, München, 2003.

⁷² Cf. Engelbert KAEMPFER, *A Description of the Kingdom of Siam...*, p. 17.

⁷³ Cf. Engelbert KAEMPFER, *A Description of the Kingdom of Siam...*, p. 62.

⁷⁴ Cf. Engelbert KAEMPFER, *A Description of the Kingdom of Siam...*, p. 51-52.

Thanks to Kaempfer one has a hint about how many Christians lived in Siam: "The Roman Catholik Ecclesiasticks in Siam have assur'd me, that there live above three thousand six hundred Christians in the neighbourhood of Judia [Ayutthaya], who are past seven years of age, and have been admitted to the Sacrament".⁷⁵ As we have seen, this estimation does not correspond to the number of Portuguese people, but rather to the number of "Christians", without specifying whether it includes both Catholic and Protestant faiths or the citizenship of the faithful. Being "christian" was therefore viewed as a "status", with more substance to it than just the reflection of a spiritual experience.

Examining who exactly frequented the catholic churches can be a fecund exercise. Around 1641-42, the Thai king gave a curious order: "The King has ordered that nobody, except Portuguese, may enter the Papist church or go to mess, upon pain of death".⁷⁶ So authorization to frequent the churches in Ayutthaya was allowed exclusively to the Portuguese. About fifteen years later, Heeck reports a distinct situation in Ayutthaya:

The Portuguese very frequently visit our lodge, and our people in return go to their quarter, almost as if they were allied friends, even though the contrary was evidenced [by the incident] at the mouth of this river. Their priests come and baptize the children begotten by our people, and they marry them and drink with one another in all friendship, but it is a Machiavellian friendship, as one may imagine.⁷⁷

Again, we have suggestions of friendly relations between the Portuguese community and the Dutch living in the lodge. From a historiographical point of view, this is something completely new, since there is no information about it in Portuguese sources so far consulted. The attitude of the Dutch people who appealed to Portuguese priests can perhaps be explained by the small number of protestant preachers in Southeast Asia. The VOC wasn't keen on financially supporting their employees' spiritual lives although the rites Heeck mentioned (baptism and marriage) were considered crucial for any Christian community. So why not use the good services of the Roman Catholic priests that sojourned just across the river? Heeck affirms that the Dutch and the Portuguese visited their respective quarters for recreational activities, and when this happened they "drink with one another in all friendship". The signs of proximity are abundantly clear, and one hopes to find more evidence of this type of "friendliness" in Dutch sources in manuscript form.⁷⁸

⁷⁵ Cf. Engelbert KAEMPFER, *A Description of the Kingdom of Siam...*, p. 52.

⁷⁶ *Dutch Papers – Extracts from the "Dagh Register"...*, p. 100.

⁷⁷ In *A Traveler in Siam in the Year 1655...*, p. 61.

⁷⁸ In the archaeological excavations of the Portuguese *São Domingos* church in Ayutthaya several Dutch pipes and VOC period coins were discovered. One possible interpretation is that this set of artefacts might indicate exchanges between the two communities, thus reinforcing

Another feature Dutch sources refer to is the conversion attempts made by Portuguese missionaries among the local people. Joost Schouten described the situation of these priests: "they [the Portuguese] had not only the free exercise of their Religion, but their chief Priest had also a monethly pension allowed him for his more splendid subsistence".⁷⁹ Despite this tone of criticism, the missionary zeal of these catholic priests was never questioned. On the contrary, the Dutch gave other types of explanations for the priests' failures:

The [Siamese] priests carry themselves very moderately to those of a contrary Religion, condemning no opinions, but believe that all, though of differing tenets, living virtuously, may be saved, all services which are performed with zeal being acceptable to the great God, especially theirs, they being convinced of its truth and innocence. This constancy of theirs makes them not easily to be drawn to any other persuasion, which hath been sufficiently attempted by the *Portugals*, whose industrious Priests omitted nothing for their conversion, and by the Mahometans who are no lesse zealous in their way, though with little or no success by either of them, and yet the Christians, as also the Mahometans, are both permitted the free exercise of their Religions in their Country.⁸⁰

Similarly, van Vliet presents the same opinion: "The little success of the Portuguese we cannot ascribe to the little ardor of their priests, but principally to the old customs and the obstinacy of the Siamese".⁸¹ The same is valid for Cambodia, where the Portuguese evangelistic fervour never attained great results. The Khmer people were extremely clenched to their religious convictions, so that "in almost 150 years of missions (...) the few Cambodians which converted to Christianity never reached twenty and even those, shortly afterwards, embraced their original religion".⁸²

The perception of Dutch authors regarding Portuguese missionary activities show no visible judgements as to the model followed in the conversion process. The Dutch do not present alternative strategies or solutions; they just observe and comment on the event. Their perspective is rather passive, which is consistent with the common indifference of the Dutch towards proselytizing matters.

the idea of proximity between the Dutch and the Portuguese given by Heeck. The potential of manuscript Dutch sources is revealed in the Guide prepared by Ernst van Veen and Daniel Klijn (eds.), *A Guide to the Sources of the History of Dutch-Portuguese Relations in Asia (1594-1797)*, Institute for the History of European Expansion, Leiden, 2001. It is a remarkable work that presents evidence of different kinds: commercial movement of Portuguese ships, their cargo, the ports they call at and information about their crews; references to several Portuguese and/or Portuguese mestizo individuals and their network of contacts; private Portuguese trade in Southeast Asia, and so forth.

⁷⁹ Cf. Francis CARON & Joost SCHOUTEN, *A True description...*, p. 109.

⁸⁰ Cf. Francis CARON & Joost SCHOUTEN, *A True description...*, p. 106.

⁸¹ Cf. *Van Vliet's Siam...*, p. 161.

⁸² In the words of Vanessa LOUREIRO, "The Jesuits in Cambodia: a look upon the Cambodian religiousness (2nd half of the 16th century to the 1st quarter of the 18th century)", *Bulletin of Portuguese-Japanese Studies*, 10/11, June/December 2005, p. 221.

Concluding remarks

The idea behind the topic of this study was to reassess the nature of the Luso-Dutch relationship in the Siamese context. The nature of this relationship is not so reducible as it has been assumed to date as just a question of rivalry. Indeed, this relationship has revealed evidence of cooperation, which could arise under particular circumstances. A complementary objective was to examine the construction of an image – a perspective – engaging Europeans in Asia. The usual image in the historiography revolves around how the European perceived the Asian or how the Asian perceived the European. The question left to be asked then is how did the Europeans perceive other Europeans in an Asian context?

In this sense, it became necessary to analyse Dutch sources through the conceptual tool of perception, which implies to be aware that the existence of an image presupposes equally a construction, where two elements intervene: the *observer* and the *observed*. Thanks to the methodology followed in this paper, a new and different image of the Luso-Dutch relationship emerges from Dutch sources, when compared to that of the Portuguese archival material.

Accordingly, the rivalry between the Dutch and the Portuguese has been looked at from a closer angle. The main factors for rivalry were economic (mainly for monopoly rights) and political. These factors were expressed in naval combats and political strategies, which included aggressive diplomatic moves against each other. The *Cleen Zeelandt* and the *De Walvisch* incidents reveal that the rivalry took a local character, and show evidence of the role played by the Siamese monarch and his legal systems as moderator of the conflict.

Occasionally, the subjective character of this rivalry allowed for a few cooperative moments in Luso-Dutch relations. In fact, Dutch sources allude to Portuguese mestizos selling certain goods to the Dutch in Siam, and to Portuguese interpreters at the VOC's service in the Ayutthayan *lodgie*. There is also evidence that the Dutch and the Portuguese visited each other's settlements, which suggests probable signs of friendship between them. The Dutch would also resort to the services of the Roman Catholic priests from time to time. Although in VOC sources the *observed* is primarily represented as an enemy, he could also be understood as a friend, in a very particular context of daily proximity.

In addition, Dutch observations allow us to understand a number of anthropological and social features of the Portuguese community in Siam, as well as to consider new demographic and spatial organization data. From this analysis, a diverse ethnic composition of the population emerges revealing the preponderance of mixed children and mestizos with their own status within the Thai society. Furthermore, the analysis of the *métiers* of

people living in the settlement gives the impression that many participated actively in the institutional affairs of the Siamese kingdom. The hypothesis of integration of the Portuguese in Siamese society seems to grow stronger, especially when taking into the equation the overall context from the 1630s onwards, i.e., the difficult situation of the official instances in Goa which might have increased the vulnerability of the Portuguese private communities in mainland Southeast Asia. These communities could less and less rely on the Portuguese Empire for assuring their status-quo and their economic prosperity.

The issue of whether there was a degree of integration of these individuals into Thai society and the state apparatus or whether the king submitted them to the Siamese state system only as a way of assuring control over this population is still unsolved. The aspects listed above concerning the Portuguese in Ayutthaya strongly suggest that the Portuguese role had changed from what was observed for the sixteenth century. One century later, they seem to have evolved from a mercenary/soldier of fortune role to a more permanent position, which gave them the same rights and duties as long-term inhabitants of the Siamese country. It goes without saying that one still needs to establish to what degree the Portuguese were integrated or integrated themselves into Thai society, and more importantly, how exactly this process took place.

Finally, let us consider the nature of the Dutch-Portuguese relationship in layers and relate them to a spatial context. At the top layer, we have a bitter enmity, following the propaganda of the governments in Portugal and in the Dutch Republic. The *Heren XVII* incite the military confrontation in Asia, and the Portuguese refer to the Dutch with epithets like “the Enemies of Faith”, “the Dutch pirates and rebels”, “men who do not have faith, nor word, nor king”.⁸³ It is the official, “politically correct” sphere, a thick layer of ideology. Below sits another layer, an economic one, based on the commercial rivalry to obtain Asian products or to sell them for the highest prices. Militarism, diplomacy and political ruses are the key features of this strategic layer, which allowed the VOC to achieve its successes in Asia. Under this layer there is another one, more vulnerable and narrow, based on the economic collaboration in a domestic space between the Dutch and the Portuguese private traders in order to obtain profit. Finally, we have the last layer characterised by close contacts which implied a kind of personal proximity. It is the subtle layer of friendship, which had to be “machiavellian” due to the layers above it. The Dutch and the Portuguese were enemies in a conceptual context, but showed signs of partnership in daily life. After all, at the ground level, *they had to live together*.

⁸³ Cf. BOCARRO, *Década 13*, chap 117, p. 523. Translated from the Portuguese original, “os piratas e rebeldes holandeses; (...) são homens que não tem fé, nem palavra, nem rei”. George Vinal Smith mentions equally “the Portuguese assertion that the Dutch had no land but were only sea pirates”, in George Vinal SMITH, *The Dutch in Seventeenth-Century Thailand...*, p. 12.

Documentos

TITULARS OF THE DIOCESE OF COCHIN, FROM ITS FOUNDATION TO 1951

List of bishops/ecclesiastical officials their substitutes,
with inventory of connected historical sources *

por

MARIA DE LURDES ROSA

1. GOAL AND SCOPE OF THE ARTICLE

The main goals of this study are to offer, for future research, the safest possible list of all the titulars of the leading posts of the Diocese of Cochin (bishops and their substitutes), and to present a set of historical sources, collected in Portuguese and Roman archives, with which it will be possible to draw an solid and document-based institutional history of the diocese.

A few specific aspects of the diocese of Cochin, with implications on this study, are noteworthy. First of all, the option for including substitute ecclesiastical personnel. This task was indispensable, because on this diocese the absences or inexistence of titular bishop was very frequent, and the administration was delegated, more than often, in the various figures allowed by canon law (or by the real circumstances, occasionally): vicars, governors and pro-governors, chapter, provisory administrators, etc. For the purposes of an institutional study – needed for multiple approaches to the history of the diocese, first of all for the organization of archival holdings – the safe knowledge of the persons in charge, and of the dates in which they were there, can at times be the only way of dating documents, of reconstructing documentary series, of understanding and establishing documentary typologies.

* Most of the documentary work organized and presented here was during the project of reorganization and description of the Historical Archives of the Diocese of Cochin (= HADC), in 1993-1995, sponsored by the Calouste Gulbenkian Foundation (Lisbon), in collaboration with the Diocese of Cochin and the Catholic University of Portugal by a team directed by Maria de Lurdes Rosa, and composed by Maria de Lurdes Rosa, Adelaide Machado, João Luís Fontes e Sandra Ataíde Lobo.

It can even be sustained that it would have been impossible to reorganize the archives without this previous work. For instance, it would have been very hard to discover why there exist in the Cochin diocesan archives many documents from the see of Cranganor – except by knowing that, in large periods, the substitutes of the Cochin bishop were also in charge of that diocese (specially during the period of the «Double jurisdiction»). Or it would be difficult to explain why it will be found in the Goan archives lots of information on these functionaries, if it is not taken into account that they generally belonged to the Goan clergy and worked in close connection with the Archbishop. For broader historical studies, the performance of this task will help to analyze the ways of coping with the bishops' absence, the strength of the local clergy, the power and influence networks, etc. In fact, the history of the diocese of Cochin is incomprehensible without this larger characterization of its leading posts: in key moments, since the growing isolation that ends in the Dutch conquest, to the most dramatic of all the periods, the «Double jurisdiction» years, the diocese would not have survived without the bishops' substitutes; and the great bishops that were in charge of the diocese, by time to time, couldn't have done such a profound work, if the succession in the diocesan leadership had occurred in a more regular way.

Secondly, it is necessary to present the problem of the empirical basis of the list we are presenting. Unfortunately, institutional history has a short tradition in Portuguese historiography, and there's a significant lack of trustable list of titulars of different posts, not to mention more elaborated prosopographies. For the bishops posteriors to 1777 (and, for all the period, for ecclesiastical officials their substitutes), the following list is based on two major works: Fortunato de Almeida, *História da Igreja em Portugal*,¹ and Casimiro Cristóvão da Nazareth, *Mitras Lusitanas no Oriente*.² They were chosen because of their reliability and availability. It should nevertheless be stressed that, specially in what concerns *Mitras Lusitanas*, there remains to be done a large research work, in order to assert dates and documentary references. This would be impossible in the present article, which only aims at presenting the materials, in order to call attention to their historiographical importance. As said in the beginning of this article, we believe that the study of the sources here presented – of which there are integral copies in the HADC and also in the Centro de Estudos de História Religiosa da Universidade Católica (Lisbon) – will allow a considerable development of the research.

To complete this first work, a second task is to be done, one which is again of a length superior to this article's possibilities: the safe identification, and the attempt to recover, the uncountable references to the documentary production of the Diocese different leaders', that is mentioned (sometimes

¹ Fortunato de ALMEIDA, *História da Igreja em Portugal*, vols. II, III, Oporto, Livr. Civilização, 1968-1970.

² Casimiro Cristóvão da NAZARETH, *Mitras Lusitanas no Oriente*, t. II, Lisbon/Goa, 1913-1924.

summarized) by *Mitras Lusitanas*.³ The author of this book, a clergyman who was in charge of the Diocese's government for several years (1875-1884), and also worked extensively in the Archbishopric of Goa, had thus direct access to many documents. He was the general vicar of Cochin diocese in a capital period to the history of the diocese, in which there was an extended jurisdictional conflict between the Portuguese Padroado and the Holy See. Great many parts of the holding only exist in this book's textual copies. Once submitted to due historical criticism, it can be used to complete the holdings of the HADC.

For the bishops prior to 1777, we have now a solid and amply documented book, namely, *Os bispos de Portugal e do Império (1495-1777)*.⁴ by José Pedro Paiva. Therefore, for the period that extends from the first ordained bishop to the tenth titular, we only have included in this article the historical sources that were not directly mentioned by Paiva; for all the rest, we have considered his study the authority in what regards the dates and the careers of the bishops. It should thus be consulted in all the cases.⁵ The extreme dates of each episcopacy presented in *Os bispos* are the only ones that can be considered fully safe, of all the ones presented in this article. It is important to mention that José Pedro Paiva only analyzes in his book the ordained bishops, a choice fully based on solid empirical principles. It thus becomes possible to solve the many confusions that were created around the bishops of Cochin, to be found in many published list of the diocese's leaders.⁶

Our two final remarks concern the last periods of the history of the diocese of Cochin as a Padroado diocese. For the first, the most troubled one (1838-1886), there's an immense quantity of historical sources, dispersed by many archives. We have chosen to present here only the ones that were not used in the most recent study of the subject, the doctoral thesis of Marian Arackal. This book largely used the documents collected by the team which has worked in the organization of the HADC, as well as several other documents from Roman archives, collected by the Author himself.⁷ To these two groups of holdings it should be added the documents relative to the period sheltered in the HADC, described in its *Inventory*, which was not directly

³ *Op. cit.*, pp. 67-160.

⁴ José Pedro PAIVA, *Os bispos de Portugal e do Império (1495-1777)*, Coimbra, Imprensa da Universidade, 2006. We would like to thank the Author the data he graciously gave us, from the unpublished database on all the bishops, which will be used in the future to establish thorough and reliable prosopographies of each bishop.

⁵ The list of the bishops of the diocese of Cochin is to be found on p. 590; for each bishops there are several detailed references, which can be found by consulting the "Table of names of persons and institutions".

⁶ A list of the all candidates can be of interest; it can be established departing from *Mitras Lusitanas*, pp. 98 ss, but the data demands for a large work of historical criticism.

⁷ Marian Joseph ARACKAL, *The diocese of Cochin and the consequences of breve «Multa Praeclara» (1883)*, Rome, Pontificia Università Gregoriana, 2004.

used by Marian Arackal⁸. If it's true that many of the original holdings were lost,⁹ we still have almost complete documentary series, important for the reconstruction of the diocesan history, such as, for instance, the «engrossment books» of the General Vicar (12, from 1837 to 1887).¹⁰

In a similar way, it was not done a thorough gathering of the documents related to the Portuguese bishops posterior to the Concordat of 1886, be it in the Roman or in the Portuguese archives (of which a great many are still incommunicable and not even described). The two documents that we include in this article are an exception, and we included it because of the richness of its information. It should be stressed, however, that all the documents created by the direct action of these Bishops, are organized and described. This is no more no less the majority of the holdings of the HADC.¹¹ In fact, the organization and description of the diocesan historical archives, according to archival norms, is the great trump of the diocese of Cochin, in what regards what it has to offer to historians. This is the more important as, unfortunately, it is a rare case, in the vast set of the historical Portuguese dioceses, in Europe and in other continents. The diocese of Cochin can accordingly easily be conceived as a particularly important archival repository for the study of many historical aspects.

2. LIST OF TITULARS AND CATALOGUE OF DOCUMENTS RELATED TO THEM¹²

1. Jorge Temudo, D. Fr., OP (1558/02/04 – 1567/01/13)

a) 1566, February 28, Lisbon

Alvará to the Bishop of Cochin, D.Jorge Temudo, establishing that he is allowed to receive its salary and other due payments from the Kings' treasure. This is done in order to overcome the delays in the payments of the clergy, due to late arrivals of the vessels from Portugal.

ANTT, *Chancelaria de D.Sebastião*, book 19, fls. 44v-45

⁸ *Arquivo Histórico da Diocese of Cochin/Historical Archives of the Diocese of Cochin*, ed. Maria Lurdes Rosa et al., Lisbon, Fundação Calouste Gulbenkian, 1995 (hereafter referred to as *Inventory*).

⁹ See the impressive words of Casimiro Cristóvão da NAZARETH, *Mitras Lusitanas*, pp. VIII-IX, on the state of the diocesan archives.

¹⁰ *Inventory*, p. 21.

¹¹ *Inventory*, pp. 22-39.

¹² Initials: AHSCPF=Archivio Storico Sacra Congregazione Propaganda Fide (Rome); ANTT=Arquivo Nacional da Torre do Tombo (Lisbon); AHU=Arquivo Histórico Ultramarino (Lisbon); ASV=Archivio Segreto Vaticano (Vatican); BA=Biblioteca da Ajuda (Lisbon); CCN=Casimiro Cristóvão da Nazareth, *op. cit.*; FA=Fortunato de Almeida, *op. cit.*

- b) 1566, February 28, Lisbon

Alvará of alms of 100.000 *reais*, to the Bishop of Cochin, to the fabric of the See and other churches in the diocese. The *alvará* will be valid for 6 years, from the 1 January 1565.

ANTT, *Chancelaria de D. Sebastião*, book 19, fl. 45

2. Henrique de Távora e Brito D. Fr., OP (1567/01/13 – 1577/01/ 29)

- a) 1567, January 3, Lisbon

Alvará, conceding the king's mercy of 800.000 *reais*, each year, to the Bishop of Cochin, D. Henrique de S. Jerónimo [de Távora], who was about to leave to his diocese.

A.N.T.T., *Chancelaria de D. Sebastião*, book 19, fl. 199v

3. Mateus de Medina, D. Fr. (1577/01/13 – 1588/02/19)

- a) 1577, February 20, Lisbon

Royal confirmation of the donation made by the *governador* of India, António Moniz Barreto, in the name of the king, to the Bishop of Cochin, chapter and the rest of the ecclesiastics, on the annual rent of the *betre* of Goa (7.250 *pardaus*), as their payments.

A.N.T.T., *Chancelaria de D. Sebastião*, book 40, fls. 133v-135

4. André de Santa Maria, D. Fr., OP (1588/02/19 – 1615/00/00?)

- a) 1605, Rome

Mercies conceded to Fr. André, Bishop of Cochin.

ASV, *Segreteria dei Brevi*, n.º 402, fls.553-554

- b) 1602, November 23, Rome

Concession, by the *Sacra Congregazione dei Riti*, of a permission to celebrate a feast on the 21st April, in the parish where it was erected the confraternity of Santa Maria do Amparo, na diocese of Cochin.

Papal letter conceding the mercy (Die 14 Novembris anno XI pontif. Clemente VIII)
(Copies)

BA, 46-XI-12, fls. 612v-613v ("*Rerum Lusitanicarum*", vol. LVIII).

- c) 1607, August 8, Cochin

Confirmation and official signature by Diogo do Couto, official of the royal archives of the Portuguese State of India, of a testimony written by the Bishop of Cochin, Fr. André

de Santa Maria, on a man that had recognized as St. Francis someone who he had seem traversing the Ganges, many years ago¹³

BA, 51-VI-33, fls. 151-152v (“Papéis vários sobre diferentes matérias”)

d) 1611, last day of nones of February, Cochin

Letter of the Bishop of Cochin to the Pope

ASV, *Segreteria di Stato – Lettere di Vescovi e Principi*, vol.19, fls.329-330

5. Sebastião de São Pedro, D. Fr., OSA (1615/02/16 – 1624/10/07)

a) 1614

Probationes Reverendissimi domini Sebastiani de S.to Petro Episcopi de Meliapor ad effectum ut ad ecclesiam cochiniensis transferatur

ASV, *Processus Consistoriales*, vol.2, fls.629-652

b) 1615, 15 Calends of June, Rome

Papal provision to D.Luís da Brito de Meneses, elected bishop of Meliapor, confirming his election, after the nomination of D. Sebastião de S. Pedro, former bishop of Meliapor, to the diocese of Cochin.

BA, 46-XI-7, fls. 693-698 [“Ex Archivio Vaticano”]

[vacant see:]

1625-1627 – Chapter of the see of Cochin (CCN, p. 76, p. 99)

1629/00/00 – *Governador episcopal* – Fr. João de Paiva (CCN, p.100)

163?/00/00 – *Governador episcopal* – Fr. Dionísio Lopes da Rocha (CCN, p. 101)

6. Miguel da Cruz Rangel, D. Fr., OP (1631/11/10 – 1646/09/14)

a) 1631, Rome

Probationis qualitatum Reverendi admodum Patris Fratris Michaelis Rangel Ordinis Praedicatorum ad ecclesiam cathedralem Cochiniensem a rege Portugalliae nominati

ASV, *Processus Consistoriales*, no.28, fls.165-182

¹³ On this story see *Inventory*, pp. 13-14.

b) 1631, Rome

Mercies conceded to Fr. Miguel Rangel, bishop of Cochin

ASV, *Segreteria dei Brevi*, n° 781, fls.514-517

c) 1631, August 14

Royal letter mentioning the arrival of a letter of the agent in the Roman curia, Miguel Soares Pereira, on the amount to be paid by the bulls of the Bishop of Cochin, which had been demanded from Rome. The king orders the payment to be done.

BA, 51-X-1, fl. 23v ("Governo de Portugal pelo Conde de Castro – 1631, August/December")

d) 1634, January 4

Royal letter to the vice-roy of India asking him to pay the amounts due to the Bishop of Cochin from a source of income, in India, belonging to the Portuguese king and easy to collect, though the King had previously said, by a letter of 1593, that the Bishop was to be paid from the income of the Cochin customs-house.

ANTT, *Chancelaria de D. Filipe III*, book 26, fl. 165v

e) 1634, January 4

Royal letter to the vice-roy of India announcing that the Bishop of Cochin, D. Fr. Miguel de Rangel, can make use of the provisions given to previous bishops of the diocese.

ANTT, *Chancelaria de D. Filipe III*, book 26, fl. 165

f) 1634, January 20

Alvará to the Bishop of Cochin, D. Fr. Miguel de Rangel, giving him an increase of 2.000 *cruzados* in the annual amount, which used to be 1.000 *cruzados*. The 3.000 *cruzados* were to be paid from the incomes of the *pagodes* of the island of Ceylon.

ANTT, *Chancelaria de D. Filipe III*, book 26, fl. 165v

g) 1634, January 20

Alvará to the Bishop of Cochin, D. Fr. Miguel de Rangel, ordering that in the Cochin *feitoria* the amount of 100.000 *cruzados* is to be reserved to his use.

ANTT, *Chancelaria de D. Filipe III*, book 26, fl. 165v-166

[vacant see:]

1646/00/00 – Chapter of the see of Cochin (CCN, pp.80-81)

1653?/00/00 – Junta governativa (fathers P.^{es} Francisco da Costa and Manuel Sanches Sarmento (CCN, p.105)

1658 (?) – Chapter of the see of Cochin (CCN, p. 105)

1663/01/17 – *Governador episcopal* – Fr. Diogo Lourenço (CCN, p. 105: “depois da entrada dos Holandeses”)

1665 (?) – Chapter of the see of Cochin (CCN, p. 105)

[De ??? até] 1668/00/00 – *Governador episcopal* – Fr. Amaro de Almeida Cardoso (CCN, p. 105)

1675/00/00 – General vicar – Fr. Rafael de Figueiredo (CCN, p.105)

1682/00/00 – *Governador episcopal* – Fr. Salvador Dinis (CCN, p.106)

1683?/00/00 – *Governador episcopal* – Fr. António da Silveira Soares (CCN, p.106)

7. Pedro da Silva, D. Fr.

(1689/01/08 – 1691/03/ 15)

a) 1689, Rome

Documents related to Fr.Pedro da Silva, O.S.A., bishop of Cochin

ASV, *Segreteria dei Brevi*, n.º 1751, fls.312-321

b) 1689, Rome

Concession of the usual faculties to the bishop of Cochin, D. Pedro da Silva

AHSCPF, *Actae*, 1689, fl. 5r

c) 1689, Rome

Probationes qualitaturn Reverendi Patris Fratris Petri a Sylua, pro quo supplicat Serenissimus Petrus Portugaliae, et Algarbiorum Rex, ut ad Ecclesiam Cocinensem promouetur

ASV, *Processus Consistoriales*, vol..85, fls.552-566

d) 1689, Rome

Session on the ending of the difficulties Portugal puts to the missionaries of Propaganda Fide, in what concerns the nominations to the dioceses of Cochin and Granganor.

AHSCPF, *Actae*, 1689, fls. 116v-118v

8. Pedro Pacheco, D. Fr.

(1694/01/04 – 1714/09/21)

a) 1694

Processus Inquisitionis confectus super qualitatibus Reverendi Patris fr. Petri Pacheco Ordinis Praedicatorum nominati ad Episcopatum Coccinensem in India orientali a serenissimo Principe Petro Portugalliae et Algarbiorum Rege, et super statu ecclesiae Coccinensis

ASV, *Processus Consistoriales*, vol.88, fls.83-95

b) 1698, March 23

Royal letter to the vice-roy of India, António Luís Gonçalves da Câmara Coutinho, ordering that the Bishop of Cochin is to be informed that he has to go immediately to his diocese.

BA, 51-VII-34, fl. 37v (“Livro das cartas de Sua Magestade (...) e resposta que fez a ellas o Exmo. Sr. António L. Gonçalves da Câmara Coutinho (...), vice-rei e capitão-geral da India (...), no ano de 1698”)

c) 1698, December 13, Goa

Letter from the vice-roy of India, answering the royal letter above. The Bishop is going to sail for Cochin, otherwise he will not receive more money.

BA, 51-VII-34, fl. 27v-28 (“Livro das cartas de Sua Magestade (...) e resposta que fez a ellas o Exmo. Sr. António L. Gonçalves da Câmara Coutinho (...), vice-rei e capitão-geral da India (...), no ano de 1698”)

d) 1699, March 16, Lisbon

Royal letter to the vice-roy of India, ordering that the Bishop of Cochin is to be informed that he has to go immediately to his diocese.

BA, 51-VII-25, fl. 25 (“Livro das cartas de Sua Magestade do ano de 1699 respondidas em 1700” [para os vice-reis])

e) 1703, Rome

Letter answering the demand of information by Francisco de Santa Teresa, OCD, Apostolic vicar of Malabar, on the visit to the churches of «Serra do Malabar», which he is about to begin.

AHSCPF, *Actae*, 1703, fls. 107-109

[vacant see:]

[?] – *Governador episcopal* – Fr. Amaro de Almeida Cardoso (CCN, p.106)

1717/00/00 – *Governador episcopal* – Fr. Francisco (or Pedro) dos Mártires (CCN, p. 106)

[?] *Pro-governador* – Fr. Manuel das Neves (CCN, p. 106)

9. Francisco de Vasconcelos, D.

(1721/02/12 – 1743/03/30)

a) 1720, August 19, Rome

Report on the missions of “Serra do Malabar” (extract)

AHSCPF, *Actae*, 1720, fls. 471-493v [extract: 471-472 e 483-493v]

b) 1721, February 12

Consistorial election of the bishop of Cochin, D. Francisco de Vasconcelos, SJ

ASV, *Segreteria dei Brevi*, n.º 2552, fls.666 r/v

c) 1721, March 17, Rome

Process prepared by the Nunciatura of Lisbon for the designation of Fr. Francisco de Vasconcelos, SJ, as bishop of Cochin (extract).

AHSCPF, *Scritture originali riferite nei congressi*, 1721, March 17, fls. 652-655

d) 1721, May 27, Rome

Concession of the usual faculties to different bishops, among which the Bishop of Cochin, Francisco de Vasconcelos.

AHSCPF, *Actae*, 1721, fls. 122 r/v

e) 1723, January 19, Rome

Session on various missions, among them the ones of *Serra do Malabar* (these ones using the letters of the apostolic vicar of Malabar, of 1721 e 1722).AHSCPF, *Actae*, 1723, fls. 40v-57 [extract: fls.40v and 46-57]

f) 1724, January 31, Rome

Session on the missions of *Serra do Malabar*, since the arrival of the new archbishop of Granganor (Msgr. Pimentel, SJ) and the bishop of Cochin (Francisco de Vasconcelos, SJ).AHSCPF, *Actae*, 1724, fls. 102v-402v [extract: 102v-103 and 390-402v]

g) 1727, June 23, Rome

Session on the mediation, by Cardinals, of the conflicts of the archbishop of Granganor and the bishop of Cochin, with the Apostolic Vicar of Malabar and the Discalced Carmelites.

AHSCPF, *Actae*, 1727, fls. 286 r/v

h) 1728, February 23, Rome

Report of the Cardinal De Via on new conflicts of the archbishop of Cranganor and the bishop of Cochin, with the Apostolic Vicar of Malabar and the Discalced Carmelites.

AHSCPF, *Actae*, 1728, fls. 79-98

[vacant see:]

1743 – General vicar – Fr. Carlos da Conceição (CCN, p. 106)

10. Clemente José Colaço Leitão, D. (1745/03/08 – 1771/ 01/31)

a) 1741, October 18, Travancore

Letter of the Bishop of Cochin, D. Francisco de Vasconcelos, to the Pope, on the condition of the missions of his diocese.

Enclosed: observations to the letter and Pope's answer (1742)

ASV, *Segreteria di Stato – Lettere di Vescovi e Principi*, vol. 339, fls. 140-164

b) 1745

Processus inquisitionis super qualitatibus R. P. Fr. Antonij ab Incarnatione Ordinij eremitarum S. Augustini ad Ecclesiam Meliaporensis, necnon R. P. Clementi Joseph e Societate Iesu ad Ecclesiam Coccinenesis in Indijs per ser:um D. Ioannem V. Portugallis Regem respectiue Presentatorum

ASV, *Processus Consistoriales*, n.º132, fls. 475-499

c) 1745, March 18, Rome

Consistorial election of the bishop of Cochin, D. José Clemente Colaço Leitão

ASV, *Segreteria dei Brevi*, n.º 3422, fls. 349 r/v

d) 1748, December 9, Rome

Positive answer to several requests of the Apostolic Vicar of Malabar, among which the envoy to Cochin of a copy of the Gospel in Hebrew language. In the town there are many Jews and the rabbi has shown interest in reading the Gospel

AHSCPF, *Actae*, 1748, fls. 256v-257

e) 1754, 18 May, Rome

Letter to the Apostolic Vicar of Malabar, announcing the reception of his letter on the exercise of his jurisdiction in Cranganor and Cochin.

ASV, *Lettere e decreti*, 1754 – vol.183, fls.75-76

f) 1755, December 9, Rome

Reports of the Secretary of “Propaganda Fide”, on various subjects, among which the visit made by the bishop of Cochin to the missions of the fishery coast and Travancor coast.

AHSCPF, *Actae*, 1755, fls. 93-100 [extract: fls. 93r/v e 98-100]

g) 1757, July 11, Rome

Reports of the Secretary of “Propaganda Fide”, on several matters, among which the oath demanded by the Governador of Cochin to the parish priests about to start functions.

AHSCPF, *Actae*, 1757, fls.291-299

h) 1757, July 11, Rome

Report of the Secretary of “Propaganda Fide” on the diocese of Cochin.

AHSCPF, *Actae*, 1758, fls.221-236

i) 1758, February 17, Rome

Confirmation of the usual faculties to several bishops, among which the bishop of Cochin.

AHSCPF, *Actae*, 1758, fls.288v-289

j) 1759, January 11, Rome

Reports of the Secretary of “Propaganda Fide”, on the diocese of Cochin answering to several questions and demands of its Bishop.

AHSCPF, *Actae*, 1759, fls.17-23v

l) 1769, January 23, Rome

Report of the Prefeito of “Propaganda Fide” on the conditions of the Catholics in Malabar, based on the news of the local Apostolic Vicar.

AHSCPF, *Actae*, 1769, fls.37-47v

[vacant see:]

1771/01/13 – General vicar- Fr. António de Pádua, OFM (CCN, p. 84 e 107)

1771/04/22 to 1776/01/04 – General vicar – Fr. João do Amor Divino, OFM (CCN, p. 107)

1776/12/02 – General vicar – Fr. Caetano Francisco do Couto (CCN, p. 107)

a) 1777-1780

Papers and documents of Fr. Caetano Francisco do Couto, governador of the diocese of Cochin.

AHU, Códice 1725 (Sala da Índia, Est. III, prat.7 4, n.º 706).

11. Manuel de Santa Catarina, D. Fr., OSC1779/00/00¹⁴

a) 1778

Processus inquisitionis confectus super qualitatibus R. P. Emmanuelis a Sancta Catharina Ordinis Excalceatorum Beatae Mariae Virginis de Monte Carmelo, sacrae Theologiae Magistri, a fidelissima Portugaliae et Algarbiorum Regina Maria I nominati ad Ecclesiam Episcopalem Cochini uacantem per obitum R.P.Clementis Josephi ultimi illius Ecclesiae Episcopi, una cum Processu inquisitionis super moderno ejusdem Ecclesiae statu

ASV, *Processus Consistoriales*, vol. 175, fls. 193-207

[vacant see:]

1779/11/12 – *Governador Episcopal* – José da Soledade, Fr., OSC (CCN, p. 107)

a) 1782, June 17, Rome

Report of the Cardinal Corsini on the jurisdictional problems between the Apostolic Vicar of Malabar and the governadores eclesiásticos of Cochin and Granganor

AHSCPF, *Actae*, 1782, fls. 234-255

12. José da Soledade, D. Fr., OSC(1784/11/21 – 1799)¹⁵

a) 1783

Processus inquisitionis super qualitatibus R. P. Fr. Josephi de Solitudine ordinis excalceatorum B. V. M. de Monte Carmelo a Fidelissima Portugalliae et Algarbiorum Regina Maria I. nominati ad ecclesiam Episcopalem Cochini vacaturam per translationem R. P. D. Fr. Emanuelis a S. Catharina moderni illius Episcopi ad Ecclesiam Archiepiscopalem Goanam, una cum Processu Inquisitionis super statu ejusdem Ecclesiae Cochini

ASV, *Processus Consistoriales*, vol. 183, fls. 125-137

b) 1788, February 18, Rome

Report of the Cardinal Carrara on the Malabar, from the news of the local Apostolic vicar. Contains parts of letters changed by this one with the archbishop de Goa and the bishop of Cochin.

AHSCPF, *Actae*, 1788, fls. 31-88

¹⁴ According to CCN, p. 84, and FA, III, pp. 612-613, this Bishop was nominated by the Queen of Portugal and confirmed by the Pope (no dates mentioned). He therefore traveled to India, reaching Goa on the 3rd October 1779. Since he had royal orders to assume the administration of the archbishopric, whose leader was absent, he stayed there, and was never formally empowered in the diocese of Cochin. In 1873 he was promoted Archbishop of Goa.

¹⁵ According to CCN, 85-96, p. 107, and FA III, 613, this Bishop was confirmed by the Pope in 18th July 1783 and consecrated on the 21st November 1784. He was empowered in the diocese on the 3rd March 1785. His ecclesiastical career was interrupted by serious incidents, which led to his imprisonment and deportation to Portugal in 1799/ 1800, where in died much later, never having returned to Cochin.

c) 1789, September 14, Rome

Report of the Cardinal Carrara on the Malabar, as a 2nd part of the report of 1788, February 18.

AHSCPF, *Actae*, 1789, fls. 414-431

d) 1790, July 19, Rome

Report of the Cardinal Antonelli, Prefeito of "Propaganda Fide", on the Malabar, with many data on the diocese of Cochin.

AHSCPF, *Actae*, 1790, fls. 324-370v

e) 1794, December 1, Rome

Report of the Cardinal Borgia, on the Malabar, referring several subjects connected to the diocese of Cochin.

AHSCPF, *Actae*, 1794, fls. 751-773v

[sede vacante:]

1799/03/08 to 1802-12-28 – *Governador episcopal* – Fr. Luís de S. José Ribamar, OFM (CCN, pp.107-108)

1803/28/12 to 1806-03-14 – *Governador episcopal* – Fr. José de S. Joaquim, OFM (CCN, p.108)

1806/02/25 – *Governador episcopal* – Fr. José do Patrocínio Teles, OP (CCN, p.109)

1806/10/08 – *Governador episcopal* – Fr. Tomás de Noronha e Brito (CCN, pp.109-114)

1810/03/24 to 1811/06/13 – *Governador episcopal* – Fr. José da Virgem M^a da Porciuncula, OFM (CCN, p.114-115)

1811/06/13 to 1811/11/24 – *Governador episcopal* (provisional) – Fr. Domingos da Conceição, OFM (CCN, p.115)

1811/03/21 to 1817/12/01 – *Governador episcopal* – Fr. Manuel de S. Joaquim, OP (CCN, pp.115-116)

1817/12/01 – *Governador Episcopal* – Fr. Tomás de Noronha e Brito, OP (CCN, p.116)

13. Tomás de Noronha e Brito, D. Fr., OP (1821/03/04 – 1828/05/00)¹⁶

a) 1819

Processus inquisitionis super persona R. P. Fr. Thomae a noronha Religiosis Ordinis Praedicatorum in Indiis Orientalibus nominati as. Majestate D. Ioannis Portugalliae, Brasiliae et Algarbiorum Regis fidelissimi ad Ecclesiam Episcopalem cochinensem, quae uacat, si Sanctissimo Domino Nostro P. P. VII placuerit

ASV, *Processus Consistoriales*, vol. 216, fls. 265-280

[in substitution of the bishop, absent under superior ecclesiastical permission:]

1820/11/16 to 1823/01/00 – *Governador episcopal* – Fr. Joaquim de Sta. Rita Botelho (CCN, p. 119)

1823/01/00 to 1823/12/20 – *Governador episcopal* – D. Fr. Paulo de S. Tomás de Aquino e Almeida (CCN, p. 119)

1823/11/08 to 1824/04/04 – General vicar – Francisco de Miranda, P.^e (CCN, p. 119)

[vacant see, since May 1828:¹⁷]

1824/01/21 to 1849 – *Governador episcopal* – Fr. Manuel de S. Joaquim das Neves (CCN, p. 119-129)

1849/01/09 to 1855/06/29 – *Governador episcopal* – P.^e Francisco Xavier Borges (CCN, p. 131)

1855/06/29 to 1864 (before Sept. 5th) – *Governador episcopal*, then provisor and General vicar – Fr. António João Inácio Santimano (CCN, p. 133-135)

a) 1862, February 29, Rome

Letter to the Apostolic Vicar Msgr. Valerga, on a problem involving the *governadores episcopais* of Cochin and Granganor.

ASV, *Lettere e decreti*, 1862, vol. 353, fls. 104 r/v

¹⁶ According to CCN, p.96, and FA, III,613, this Bishop was elected on the 13th December 1816 and traveled to Cochin on the 1st December 1817. He was confirmed on the 16th January 1891 and consecrated on the 4th March 1821. In the next year, though, he returned to Portugal due to political reasons, and soon he was appointed by the king to a new episcopate, Pernambuco, in Brazil (1823). He was only confirmed by the Pope on this new diocese in May 1828, then renouncing to Cochin.

¹⁷ See previous note.

b) 1862, March 21, Rome

Letter to the Apostolic Vicar Msgr. Bernardino de Santa Teresa, answering to his confirmation of the *governadores episcopais* of Cochin and Granganor.

ASV, *Lettere e decreti*, 1862, vol. 353, fl. 155

1864/12/10 to 1865/05/00 – General vicar and *governador episcopal* – Fr. António Paulo Pinto (CCN, p. 135)

1865/05/07 to 1866/04/22- General vicar (provisional) – Fr. José Emiliano Correia (CCN, p. 136)

1866/04/04 to 1867/12/14 – General vicar – Fr. José Benedito Moreira, P.^e (CCN, pp. 136-143)

1867/12/14 to 1869/04/13 – General vicar (provisional) – Fr. José Emiliano Correia (CCN, p. 143)

1869/04/13 to 1869/05/16 – Diocesan administrator (provisional) – Fr. Benedito do Rosário Gomes (CCN, p. 143)

1869/03/10 to 1874/10/00– General vicar – Fr. António Vicente Lisbon (CCN, pp. 143-144)

1874/09/23 to 1875/05/30- Diocesan administrator (provisional) – Fr. Benedito do Rosário (CCN, p. 144)

1875/05/30 to 1884/07/10– General vicar – Fr. Casimiro Cristóvão da Nazaré (CCN, pp. 145-160)

Bishops after the Concordat of 1886

João Gomes Ferreira, D.

(1887/08/21-1897/05/04)¹⁸

a) 1888, July, Rome

Meeting of the Congregations “Propaganda Fide” and “Affari Ecclesiastici Straordinari”, on the resolution of doubts on the Concordat.

AHSCPF, *Actae*, 1888, pp. 422-451v

¹⁸ Consecrated on 21st August 1887, empowered in the diocese on the 23rd November 1888, died on 4th May 1897 (FA, III, 614-165)

b) 1891, May, Rome

Meeting of the Congregations “Propaganda Fide” and “Affari Ecclesiastici Straordinari”, on the problem of the compensations of the dioceses of the Malabar, after the Concordat of 1886.

AHSCPF, *Actae*, 1891, pp. 236-251

Mateus de Oliveira Xavier, D. (1898/01/30 – 1908/12/31)¹⁹

José Bento Martins Ribeiro, D. (1909/08/15 – 1931)²⁰

Abílio Augusto Vaz das Neves, D. (1934/01/28 – 1938/12/08)²¹

José Vieira Alvernaz, D. (1941/12/01 – 1950/12/23)²²

¹⁹ Presented by the king to the Pope on the 23rd July 1897, confirmed on the 11th October 1897, consecrated on the 30th January 1898, empowered in the diocese on 5th March 1898, and confirmed by the Pope as Archbishop of Goa on the 31st December 1908 (FA, III, 614-165).

²⁰ Presented by the king to the Pope on 31st December 1908, confirmed on the 26th February 1909, consecrated on the 15th August 1909 (FA, III, 616). He died on the 21st May 1931 (date presented in <http://www.catholic-hierarchy.org/>, awaits additional research; in Ana Maria JORGE, “Episcopologio”, p. 144, *Dicionário de História Religiosa de Portugal*, pp. 131-146, Lisbon, Círculo de Leitores, 2000, only the year is presented).

²¹ Consecrated on the 28th January 1934 (José Monteiro de AGUIAR, *Breve notícia histórica da cidade of Cochim, vicitudes e estado presente da sua diocese*, p. 10, s.l, s.n., 19??). According to <http://www.catholic-hierarchy.org/>, he was appointed by the Pope on the 4th December 1933 (awaits additional research); in Ana Maria JORGE, “Episcopologio”, p. 144, only the year of 1933 is presented, with no further specification. According the same website, he was appointed bishop of Bragança and Miranda (Portugal) on the 8th December 1938.

²² According to <http://www.catholic-hierarchy.org/>, he was appointed by the Pope on the 13th August 1941 and ordained bishop on the 1st December 1941 (awaits additional research, but agrees on the last date with D. José Vieira ALVERNAZ, *Homenagem da Ribeirinha da Ilha do Pico*, p. 12, Angra do Heroísmo, 1980); in Ana Maria JORGE, “Episcopologio”, p. 144, only the year is presented, with no further specification. According the same website, he was appointed Coadjutor Archbishop of Goa and Damão on the 23rd December 1950.

Recensões

Ronald RAMINELLI, *Viagens Ultramarinas. Monarcas, vassallos e governo a distância*, São Paulo: Alameda, 2008, 312 pp.

Nem as palavras, nem as coisas, mas como o saber pode servir aos objetivos mundanos dos homens talvez seja a grande questão de *Viagens Ultramarinas*. O livro de Ronald Raminelli – professor na Universidade Federal Fluminense – busca compreender as maneiras pelas quais a escrita e a produção do saber dos vassallos portugueses se integraram ao mecanismo régio de distribuição de mercês e, por isso mesmo, fizeram parte do rol de instrumentos que mantiveram o controle sobre o vasto império de Portugal. O trabalho segue a trilha conceitual aberta por Antonio Manuel Hespanha e problematizada por Fernanda Olival a respeito do papel das mercês na construção dos vínculos entre os súditos e a centralidade do império. Raminelli, portanto, alarga o tema ao mostrar como a pena – em companhia da espada –, era também um útil e eficiente serviço para a manutenção imperial dos espaços ultramarinos e, portanto, passível de *justa* e *graciosa* retribuição régia.

Na vastidão temporal (séculos XVI ao XIX) e espacial na qual trafegou, o autor tentou compreender «como a lealdade monárquica viabilizou um governo à distância» (p. 7). Questão de suma importância, não é de hoje que o tema da amplitude e heterogeneidade do império português desperta reflexões sobre o caráter das relações entre Lisboa e as partes ultramarinas. De fato, esta discussão é fulcral para a análise da própria natureza dos impérios e tem reverberado na historiografia, como bem mostram os posicionamentos diante do modelo teórico de «centro e periferia», de Edward Shils, e da «autoridade negociada», de Jack Greene. Na historiografia portuguesa, Luiz Filipe Thomaz trouxe uma fundamental contribuição e na brasileira o debate ocorre desde pelo menos os anos 70, parecendo estar muito distante de aquiescer. Fernando Novais e Ciro Flamarion Cardoso, trafegando no paradigma marxista e econômico, deram a partida; mas de lá pra cá o tema das redes, uma nova história política e as críticas ao conceito de absolutismo, problematizaram e enriqueceram o tema, o que, obviamente, não desqualifica o seu ponto de partida. O trabalho de Raminelli, neste quesito, parece se aproximar mais da centralidade que informa e legitima as partes do império, que da negociação com os poderes locais.

O autor conseguiu, em sete capítulos, preservar seu eixo, que é compreender a ordem que ditou o discurso destes homens que percorreram o império português e investigar como a produção de conhecimento neste itinerário serviu para alimentar a trama de interdependência costurada pela monarquia portuguesa. Tanto os colonos-cronistas dos séculos XVI e XVII, quanto os naturalistas ou a chamada «elite coimbrã» dos séculos XVIII e XIX tinham seu saber filiado às estratégias de ascensão social e reconhecimento régio que os vinculavam ao centro metropolitano. Com uma criteriosa pesquisa em arquivos portugueses e brasileiros, e utilizando além das obras, também as cartas, relações, instruções e documentação burocrática, o autor reconstituiu a trajetória de alguns destes homens – senão de saber, produtores de saber –, e seus sucessos e percalços em sua tentativa de fazer parte da estrutura corporativa e hierárquica do Antigo Regime, mesmo quando um saber dito subversivo batia às portas do reino.

O capítulo 1, «A escrita e a espada em busca de mercê», cumpre função introdutória e abrange os séculos XVI e XVII. Constitui-se numa análise dos mecanismos de controle da vasta rede imperial portuguesa. A própria utilização dos termos «rede», «teia» e «trama» revela os vínculos do autor com o que tem sido um dos universos mais explorados

pela historiografia, em especial com as análises desdobradas de Luís F. Thomaz e as múltiplas formas do império português. Junto com a religião e com o comércio, a língua e a escrita cumpriam a função de conectar pontos díspares no mundo imperial lusitano. No equilíbrio entre as forças centrífugas (distâncias, diversidades de grupos) e centrípetas (circulação de mercadorias e de notícias) surgiram os laços que estreitavam as relações entre o monarca – centro do império e fonte de legitimidade –, e seus súditos, vassallos de fato, nos diversos pontos do planeta.

O autor incorpora as interpretações sobre a «modernização» da administração portuguesa em função da influência espanhola advinda da União Ibérica (António Hespanha), e mostra como na Espanha dos Habsburgos já se encomendavam obras para o melhor conhecimento e controle do império, coisa «típica da coroa espanhola» (p. 24). No caso português não havia esse incentivo, que acabava sendo o resultado da iniciativa de colonos e vassallos, tirante, como bem indica o autor, as crônicas de expansão no Oriente. Porém, para além da função governativa, os textos produzidos sobre as colônias funcionavam, mesmo para aqueles que viviam nas franjas do império, como um instrumento de inserção no centro ou mesmo de legitimação junto aos poderes locais. Enredados nas «teias informativas» típicas da lógica hierárquica do Antigo Regime, os vassallos viam na sua prática escriturística uma forma de atingir ou conseguir alguma mercê ou recompensa pelo serviço prestado. Alinhado com a visão de *monarquia corporativa* de António Hespanha, Raminelli explora o que aquele autor identificou como «império de papel». De fato, esta característica advinha da lógica imperial espanhola, mais precisamente de Felipe II, com acerto chamado por Henry Kamen como «rei de papel» e, seu reinado, como «governo de papel» por J. Elliott.

Raminelli desenvolve a discussão sobre a força da comunicação e da escrita na manutenção da estrutura imperial, ponderando também o que poderíamos entender como uma parte dos mecanismos retóricos, mesmo que o autor não promova um exercício de análise hermenêutica das fontes citadas. Ele apresenta a sugestiva idéia de que para valorizar o seu próprio trabalho os cronistas-autores sobrevalorizavam seu objeto de descrição. Citando o caso de Gabriel Soares de Souza e seu *Tratado descritivo* (1587), tenta mostrar como o Brasil, na periferia do império espanhol em meio à União Ibérica, precisava ser apresentado à Coroa de maneira sedutora. Portanto, a valorização do Brasil, evidente na obra de Souza principalmente no tocante às promessas minerais, tinha a pragmática intenção de dourar o objeto para dourar a si próprio. De qualquer maneira, os textos estabeleciam os vínculos necessários entre a «periferia» do império e seu «centro», reforçando o papel da comunicação nas teias e na dinâmica de poder do Antigo Regime, tema de central importância para a análise do império, mas ainda pouco explorado pela historiografia, principalmente no que poderíamos entender como uma análise do discurso das fontes emanadas na estrutura imperial.

É no capítulo 2, «Inventário das conquistas», que Raminelli traça o desenvolvimento, ao longo do século XVIII, de uma burocracia treinada e basicamente posta a serviço da Secretaria de Estado da Marinha e Ultramar. Inicialmente preocupada com questões fronteiriças e legais no início do século XVIII, um pouco mais tarde as reformas pombalinas direcionariam as preocupações para os temas econômicos, o que revelava um intervencionismo estatal que tinha como objetivo reverter a má situação da economia portuguesa. Já no último quartel do século XVIII, influenciada pela ilustração, D. Maria iniciaria um processo de reforma nas instituições científicas portuguesas que propiciou a elaboração do novo estatuto da Universidade de Coimbra e promoveu a fundação da Academia Real de Ciências, do Jardim Botânico de Lisboa e o de Coimbra. Ao contrário do século XVII, no XVIII surgia um Estado patrono do conhecimento, o que parecia uma novidade setecentista, mas que no fundo – como mostra o autor – ainda funcionava sob o tradicional sistema de privilégio.

O marco representativo da guinada em termos de formação de uma geração de naturalistas é, para Raminelli, a viagem de Alexandre Rodrigues Ferreira, que surge como uma figura destacada e quase emblemática no livro. A «viagem filosófica» de Ferreira (que parte rumo ao Pará em 1783) fora preparada pelo naturalista italiano Domenico Vandelli – trazido a Portugal para impulsionar as reformas científicas –, e professor de Ferreira. Disciplinados para interrogar e classificar a natureza, os naturalistas tinham como um dos objetivos norteadores a formação de um Museu Nacional, mas as viagens científicas cumpriam o papel de beneficiar Portugal com informação e conhecimento. Assim, «a ciência e a economia agiam como agentes estatais no processo de centralização política e controle do território» (p. 83). Estamos, até aqui, no campo conhecido das relações entre saber, em seu viés científico, e o poder.

Esta ciência, contudo, era segundo o autor marcada pela «fidalguia ilustrada» do século XVIII, e os museus «um espaço de deleite da nobreza lisboeta» (p. 85). Projeta-se, portanto, naquele século a perspectiva de que o conhecimento – só que agora em sua vertente naturalista e institucionalizada –, servia também para inserir seu produtor na trama de privilégios e mercês que construía a interdependência entre os vassallos e a monarquia, bem como para granjear vantagens na sociedade cortesã. Além disso, entre o naturalista e o centro do poder, existia uma intrincada hierarquia de poderes e instâncias que envolviam ainda mais o homem de ciência na teia de subordinações da estrutura administrativa colonial, mostrando que até mesmo as remessas de amostras serviam para construção de fidelidades e para alimentar a patronagem.

O Capítulo 3, «Viagens filosóficas», pode ser entendido como o núcleo do livro, pois discute a penetração das idéias científicas em Portugal. Raminelli se afasta das clássicas interpretações que compreendiam Portugal como avesso ao desenvolvimento científico e ilustrado, noção que já vêm sendo contrastada nos últimos anos. Após constatar que a vanguarda do pensamento científico europeu esteve presente no reino, fosse através da lógica inventariante de Lineu ou do ciclo de Joseph Banks (que propunha as fases de coleta, classificação e finalmente de publicação), o autor busca outras causas para os entraves ao projeto científico português. Marcada pela «economia política», a ciência estava a serviço do império e, portanto, as coleções remetidas eram precariamente catalogadas e menos ainda publicadas, já que após cumprirem a função de abastecer o governo de informações perdiam sua razão de ser. Segundo o autor, a administração buscava um ativo agente colonial e não um fiel discípulo de Lineu.

A questão complicadora trazida pelo autor é que alguns dos naturalistas pareciam cumprir esta função de bom grado. Ferreira, por exemplo, mesmo quando teve a chance de praticar uma ciência mais livre das determinações pragmáticas advindas de suas instruções, teria produzido como um «naturalista de gabinete» e atinente aos objetivos administrativos do império. Ainda neste capítulo, o autor analisa as trajetórias de João da Silva Feijó, em Cabo Verde, Joaquim José da Silva, em Angola, e Manuel Galvão da Silva, em Goa e Moçambique. Os percalços sofridos pelos viajantes bem como as interrupções de seu ciclo de conhecimento, numa conjuntura na qual a ciência se ligava profundamente à razão de Estado, leva Raminelli a se perguntar sobre os vínculos entre saber e poder e a se questionar sobre a autonomia do sujeito produtor do conhecimento. Para tanto, busca as contradições dos próprios autores fugindo ao padrão de análise que vitimiza o cientista diante do Estado. O que se tenta mostrar é que o Estado e os naturalistas não atuavam em universos apartados, e que para além da dependência institucional, estavam juntos numa mesma perspectiva redentora, que via o Estado como o único instrumento legítimo de promoção do bem comum.

A visão de Raminelli é de que a fragilidade da Ilustração em Portugal não estava no seu utilitarismo ou no serviço que o conhecimento prestava ao Estado, mas no fato de que esse serviço não cumpria efetivamente seu ciclo. Alinhado com as perspectivas de análise

de Bruno Latour, que compreende a ciência necessariamente enredada nas instituições e, portanto sempre filiada a interesses e poderes, Raminelli encontra outra explicação: o chamado «ciclo de acumulação» esbarrava na rede de privilégios do Antigo Regime, e os naturalistas eram obrigados a pactuar com uma infinidade de instâncias intermediárias do poder, numa lógica que Norbert Elias – mais uma das principais referências teóricas do autor –, chamou de «ambivalência de interesses». A lógica patrimonialista do Antigo Regime marcava o saber em Portugal e isso atravancava o ciclo do conhecimento. O problema parece estar menos no caráter pragmático e estatal da ciência do que na própria natureza do Antigo Regime em Portugal e a contradição que essa estrutura impunha às forças modernizadoras da ilustração, muitas delas impulsionadas de dentro do Estado.

Essa ciência domesticada também pela sociedade cortesã é o tema do capítulo 4, essencialmente sobre a produção do saber e as tramas do poder. Aqui, Norbert Elias norteia novamente as análises. O saber iluminista em Portugal surge anestesiado num tempo que provocava verdadeiras convulsões em outras partes da Europa, pois em busca das regalias do Estado, o saber se tornava parte importante «das estratégias de mobilidade social nas várias sociedades do império colonial» (p. 138), tanto na instância metropolitana quanto local. Raminelli promove uma análise das trajetórias destes naturalistas e constata que se tornavam cada vez mais amarrados à burocracia e menos à ciência. Inspirado nos trabalhos de Nuno Monteiro e Mafalda S. da Cunha, o autor tenta, através dos caminhos e estratégias adotados pelos naturalistas, compreender a lógica do império e da função do saber nele.

Anestesiada em meio à convulsão, a Ilustração portuguesa e seu papel aparentemente contraditório de harmonização social e imperial é o tema do capítulo 5, «Naturalistas em apuros.» A política de unidade imperial, pautada no reforço das práticas administrativas comuns e na exaltação de uma identidade portuguesa, deveria servir como uma vacina aos sentimentos anti-lusitanos. Isso explicava a promoção de jovens brasileiros e sua inserção no Estado português, como o caso de Bonifácio exemplifica. Aqui o livro dialoga, por exemplo, com os trabalhos de Iris Kantor e suas análises sobre uma elite ilustrada luso-brasileira incorporada ao Estado e pronta para reproduzir o discurso imperial. Por outro lado, estes «agentes ilustrados» defendiam a modernização, mas enfrentavam no ultramar uma disputa intensa, e de modo geral perdida, com as autoridades locais que dominavam os canais de comunicação. Formados no mesmo espírito de seus colegas portugueses, os luso-brasileiros tinham diferentemente deles, um acesso restrito à burocracia e às mercês, tanto em Portugal quanto no Brasil. Os exemplos mostram como alguns naturalistas viveram problemas para se inserirem na sociedade colonial e os conflitos de jurisdição que enfrentaram.

O capítulo 6, «Fragmentos do Império», promove uma análise das imagens produzidas pelos naturalistas. Nesta parte Raminelli trafega em terreno que lhe é bastante familiar, visto que sua trajetória profissional é marcada por trabalhos com história das imagens. Faz uma leitura da «gramática visual e social» cotejando o significado das imagens no projeto naturalista português com os paradigmas da ilustração. Ainda apostando no sucesso do império no final do século XVIII, os vassalos luso-brasileiros andavam na contramão do clima de rebeldia vigente; portanto, as imagens produzidas, assim como os textos, estavam diretamente vinculados aos interesses imperiais. O autor se dedica também nesse capítulo às pranchas e descrições textuais de Ferreira. No caso das pranchas, o autor sugere uma espécie de «tipologia de imagens». O intuito é mostrar como este material estava em total acordo com a ciência da época, não destoando essencialmente de seu caráter eminentemente colonialista: agentes imperiais (como diz Mary Louise Pratt), preocupados com a classificação proposta por Lineu para o bom serviço da manutenção e exploração do mundo colonial.

No último capítulo, «Bacharéis na crise do império», analisa os momentos finais da relação colonial e como os homens de saber luso-brasileiros responderam às inquietações de seu tempo. Aos poucos, aumentava-se a percepção de que Portugal era cada vez mais dependente economicamente do Brasil e novas formas de relação entre as partes foram propostas, mas todas ainda defensoras de uma unidade imperial. Mesmo com a corte se transferindo para o Brasil esta unidade continuou a ser defendida inclusive pelos luso-brasileiros, muitos deles inseridos no corpo de magistrados. As noções da complementaridade das partes do império (sem qualquer noção de igualdade) e da «mãe metrópole» ainda marcavam boa parte dos homens de saber, mesmo que revestidas de noções modernas e de verniz liberal. A chamada elite coimbrã, hegemônica neste processo, era formada por bacharéis em leis dedicados à história natural, pois os magistrados já haviam percebido que ela era parte de uma «estratégia para se aproximar das autoridades lisboetas». (p. 285). De outro lado, os naturalistas de formação eram cada vez mais desviados para a burocracia, o que configurava a «falência do projeto científico em Portugal» (p. 287). De qualquer maneira, alguns princípios dessa ilustração marcaram as idéias de uma parte da nova elite do Brasil independente, em especial a noção de que o Estado era o instrumento por excelência para modernizar a sociedade e a economia.

O instigante trabalho de Raminelli abre inúmeras portas de entrada e, por conseguinte, permite vários debates: o papel do saber e suas relações com o poder, o caráter da ilustração em Portugal, a comunicação na sociedade do Antigo Regime, as redes do império, dentre outros. Uma primeira classificação (para usar um termo pertinente) o colocaria no rol dos trabalhos de história da ciência; entretanto, subtraindo qualquer prejuízo que uma divisão estrita entre as áreas possa acarretar, estamos mais próximos de uma história política renovada, que insere o saber na rede de relações sociais e políticas do império. O livro reflete a trajetória do autor, que principiou seus trabalhos com a história das imagens e análise de representações em relatos de viagem e crônicas coloniais, e agora dialoga com os debates sobre a natureza do império colonial, aproximando-se da história da ciência. A permear tudo isso, a clareza de que por trás do discurso há uma ordem a pautar as imagens e os textos: a ordem do discurso que se revela tanto na centralidade do governo imperial, quanto na interpretação das venturas e desventuras de homens de saber numa sociedade corporativa marcada pelo sistema de patronagem. Mais do que entender o que os autores produziram, procura saber como fizeram valer, ou não, o que produziram. Por fim, ao discutir as contradições, não de uma ciência a serviço do Estado, mas de um instrumento modernizador numa sociedade marcada pelas vicissitudes do Antigo Regime português, contribui para compreender mais um dos paradoxos no Antigo Sistema Colonial.

JOSÉ CARLOS VILARDAGA
Doutorando – USP/CNPq

Julia ADAMS, *The familial state. Ruling Families and merchant capitalism in Early Modern Europe*, Cornell University Press, 2005, xi + 202 pp.

When it comes to the history of state formation in early modern Europe, the Netherlands may seem an odd starting. However, sociologist Julia Adams obviously feels differently. This book provides an historical narrative of the economic and institutional development of the Netherlands during what has become known as the 'Dutch Golden Age'. The *Familial State* is the culmination of the author's work on the Netherlands, her first article dating back to 1994.

The book consists of an introduction and six chapters, alternating on the one hand between the Dutch case study, and the French and English case studies on the other. The comparison with England and France is twice as valid, since first, these countries are the canonical cases when it comes to studies of state formation in early modern Europe, and secondly, both of them had overseas enterprises.

Chapters 1 and 2 set the context and focus of the author's concerns, with an overarching view of the theoretical and secondary literature. Using a theoretical approach drawing mainly on Max Weber's concept of the 'patrimonial rule', Adams thinks of the early modern European states as "familial states stressing the ideal typical tie between paternal political rule and the multiple arrangements among the family heads that inhabit and shape the evolving political organizations and the economic flows they managed" (p. 4). So why use the Dutch case to develop a theory of state building in early modern Europe? She argues that the Dutch development in the seventeenth and eighteenth centuries shows "a particular form of state construction and a partial collapse not well accounted for in the theoretical literature on state formation. The missing piece of the puzzle is the patrimonial institutional nexus" (p. 5). Although Adams admits that 'familial state' is a "rather abstract term" (p. 34), she argues that her definition enhances both the patriarchal notions involved in macropolitics and the practice of patrimonialism by the ruling elites. In this respect, the author expresses her distance from the feminist stricter definition of patriarchy as a form of male dominance, making it broader: "an image or ideology of paternal rule that may link familial with macropolitical, economic, or other sociocultural practices" (p. 32).

Consequently, her work focuses on the ruling elites, to which she refers during the course of the book as 'patricians', 'ruling elites', 'regent elites', 'ruling families'. However, along with the traditional and conservatist practices of these ruling elites comes "one of the most dramatic instances of state innovation in early modern Europe": "the founding of the chartered merchant and colonial companies, huge enterprises that undertook to project state sovereignty over great distances" (p. 19). In my opinion, this is the most interesting element of the book, since the chartered companies are "sovereign actors in their own right" (p. 19). Therefore, they are an element of the patrimonial state, and more importantly, the companies act "as a generative, not merely reflective, [actors] of state formation in Europe, via the conjoined mechanisms of trade and empire" (p. 21).

What are the "familial and gender-specific features of patrimonial politics" in the Netherlands (p. 29)? Chapter 3 shows how the tripartite connection between a "merchant capitalist class, an estatist state, and the elite patriarchal families" (p. 77) was a key element in the development of the Dutch republic during the Golden Age. Through venality and nepotism, the merchant capitalists, especially in Amsterdam, positioned themselves not only in the city's government, but also in the leading chartered companies, blending local government with overseas trade and constituting a "merchant-regent elite" (p. 80). Their actions were aimed at creating and safeguarding their local positions of power, their "local genealogies of office" (p. 5). Family and kinship were at the core of the concerns of the Dutch ruling elites and their practices had "important macrolevel political consequences" (p. 77). These practices were also extended to the offices of the chartered companies (p. 81). As an example, Adams mentions the Bicker-de Graeft clique, which dominated Amsterdam (the City's Council and their VOC representatives) during the 1620's. By their collective action they can be compared to the Italian medieval oligarchies, which for Adams shows that "the Dutch state was not 'the first modern state' – and its creaky antiquity was one secret of its success in the seventeenth century" (p. 104).

Chapter 4 gives us a comparative analysis of France and England during the seventeenth century. In the French case, she calls Colbert's action to dominate the French trading overseas companies a 'fatal misstep', but I would argue, one action that makes

sense. The lack of an independent and strong group of private merchants contributed to the actions by the French Crown to monopolize these enterprises. Faced with similar problems, the English opted for a different strategy.

In contrast to the French situation, the English traders successfully prevented the crown from investing money in their East India Company (EIC) venture. In England their success allowed them to take over the tax collection, i.e., the major source of crown revenue and become the major financiers of the English monarchs. Faced with competition by other private traders regarding the monopoly, the EIC unexpectedly did not succeed in gaining much support from the Stuarts and Hanoverians. Adams argues that the lack of direct investment in the overseas trade by the crown was because, unlike the Dutch, they had other available resources to hand, both material and political. Additionally, the English merchants were not a homogenous group and that also impeded their ascendancy and their claims for office-holding and privilege.

In chapter 5 Adams returns to analyze the decline of the Netherlands predominance in the European political and economical context. Here she successfully argues that the character of the Dutch governance, which had made their success, also carried the seeds of their decline. The integration of the merchant elite with the provincial government meant that their main concern was the maintenance of their positions within a local and provincial position. The *contracten van correspondentie*, which “formalized the distribution of city offices in written succession rules” (p. 148) embodied this predicament. Merchant capitalists had become state rentiers: “of the twenty-four new burgomasters in Amsterdam during 1718-1748, only two were active merchants” and the same pattern occurred with the VOC (p. 150). Faced with strong competition by their European counterparts, the regents and the VOC failed to overcome the stagnation of the economy, which “was unusually dependent on international markets” (p. 140). The wave of mercantilism and the rise of conflicts that spread throughout Europe only made matters worse. The lack of a central structure of government and the competition between provinces led to their inability to successfully collect taxes incapacity; this had a heavy toll on the Dutch finances and on the maintenance of the Dutch navy.

In the final chapter Adams goes on to examine what was happening in France and England during the “enigmatic Eighteenth century” (p. 164), which eventually led to the rise of England as the first truly modern state. In England, the central government used the overseas traders resourcefulness, in a movement that mirrored that of the Netherlands a century earlier. The EIC also controlled London’s government through the Aldermanic Court (City Council) and it was well represented in the House of Commons. In 1720, the overseas trading companies held more than a third of the Crown’s debt. What is crucial is the outcome of this process: “in a dramatic turn of events, the metropolitan state began to assert power over the EIC, and in the heat of the struggle the concept and practice of sovereign rule was reformed” (p. 190). The debate carried the spectre of absolutism in a country where it had been continuously rejected, which supports Adams’ claim that the EIC “played a transitional corporate role” (p. 179). The India Act (1784) is a landmark not only in terms of the history of the British Empire but also in the development of a national civil service. What Adams argues is that the English ruling elite welcomed this move as a way of promoting the sovereignty of the state – which, it should be stressed, did not endangered their own position.

On the continent, the Bourbon dynasty was in much deeper troubles. Independent merchants in France benefited the most from the demise of the latest version of the *Compagnie des Indes*, and especially the slave traders, who had the most to gain from the end of the ‘patrimonial companies’ and their monopolies. But again, the capital gained from the independent traders flowed back into securing local offices and state bonds, a familiar and

traditional investment. This is indeed a type of patrimonial behaviour that would persist. The lack of choices and alternatives by the French state caused it to reinstate the monopolies in 1785 just before the French revolution, “confirming the association of France’s privileged overseas traders with the increasingly beleaguered monarchy” (pp. 189-190).

Throughout the book, Adams shows how “the organization of Dutch governance also contributed to the decline of the Netherlands’ state and empire. Family investments in politico-economic privilege fostered Dutch federalism and weakened the navy and empire, even as elite family heads devised deals that enabled them to hold on to the patrimonial state as an intergenerational patriarchal preserve” (p. 197). Adams rightly claims that forms of patrimonial rule should also be taken into account when dealing with theories of state formation, more specifically regrading theories on the rise of the European modern state, which have traditionally given emphasis to war and empire building (following the works by Tilly and Wallerstein).

Although the author is armed with an extensive knowledge of secondary literature, which is well used throughout the book, there are a few areas which seem neglected. Generally, Adams seems more at ease with English research and with English history. A few works on the development of state institutions in southern Europe are missing and, surprisingly, more recent studies on French history of the *Ancien Régime*: one thinks of works by Dewald, Descimon, Nassiet, etc. Also, the collective volume edited by Reinhard, *Power elites and state building*, based on the trans-national project on State Formation run by the European Science Foundation, should definitely have been included. Again, for the Italian context, there are a few studies that would have enriched the patrimonial rule argument – namely the book published in 1985 by Daniela Frigo: *Il padre di famiglia: governo della casa e governo civile nella tradizione dell’economica tracinque e seicento*. Even if they are not the focus of her book, a few titles are also missing when it comes to studies on the Iberian Empires, which probably has to do with the scarcity of English bibliography on the subject; while acknowledging Boxer’s classic *The Dutch Seaborne Empire*, she fails to include Boxer’s works on the Portuguese Empire.

If one works in early modern European history the processes described here seem almost too familiar. It is interesting to see how movements that initiated in the sixteenth century have their expressions in the *longue durée* – sometimes the obvious needs to be restated and re-contextualized in a broader perspective. Adams states from the beginning that this is a “macrohistorical work” (p. 10) written as a “historical narrative” (p. 7). However, as a social scientist, she can’t help but to try to use a “systematic and structuralist” approach (p. 11). This is both the book’s strength and its weakness. At several stages you wish that she presented more data to sustain her claims – since it seems clear that there is a great deal amount of theoretical and empirical research behind it. On the other hand, it is precisely the combination of the two – theoretical framework and empirical analysis – that constitutes the book’s greatest strength.

Julia Adams embarked upon an difficult task and she did it within 200 pages. Although I may be in the minority when it comes to the historians’ stance (see Boettcher’s review), I think that any quibbles by no means diminish her endeavour. It is stimulating to see how similar concerns can arise across disciplines. Historians of early modern Europe may benefit from this kind of approach and a comparison between the Iberian Empires would be a worthwhile project. This book could have an impact on the more recent developments on Iberian historiography, namely the relationship between the centre and the peripheries and the impact of the latter on the centre. Issues regarding the development of central and imperial institutions and of concepts of sovereignty are central to the debate. *The Familial State* certainly makes a valuable contribution and presents an excellent opportunity for a lively and engaging debate between sociologists, historians, scholars of state and empire building alike.

BIBLIOGRAPHY

- Julia ADAMS, "The Familial state: elite family practices and state-making in the early modern Netherlands", *Theory and Society*, Vol. 23 (1994), pp. 505-39.
- Julia ADAMS, "Trading states, trading places: the role of patrimonialism in early modern Dutch development", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 36 (1994), pp. 319-55.
- Susan BOETTCHER, review of Julia Adams, *The Familial State: Ruling Families and Merchant Capitalism in Early Modern Europe*, review published by H-Low-Countries@h-net.msu.edu (November, 2007).

ANDREIA MARTINS DE CARVALHO

Doutoranda do King's College London - University of London;
membro do Centro de História de Além-Mar

Juliana G. MEIRELLES, *Imprensa e poder na corte joanina: a Gazeta do Rio de Janeiro (1808-1821)*, Rio de Janeiro: Arquivo Nacional, 2008, 252 pp.

A obra de Juliana Gesuelli Meirelles resultou de pesquisa de mestrado desenvolvida de 2003 a 2005 no Instituto de Filosofia e Ciências Humanas da Unicamp, sob orientação de Leila Mezan Algranti. A autora é graduada em Jornalismo pela PUC de Campinas, bacharel e mestre em História pela Unicamp e, atualmente, é doutoranda em história cultural na mesma universidade. A dissertação que originou a obra – *A Gazeta do Rio de Janeiro e o impacto na circulação de idéias no Império luso-brasileiro (1808-1821)* – foi vencedora do prêmio «D. João VI de pesquisa – 2007» promovido pela Comissão Luso-Brasileira para a Salvaguarda e Divulgação do Patrimônio Documental (COLUSO) em parceria com a Universidade de Coimbra e com a Universidade Federal do Rio de Janeiro.

Periódico oficial da Corte portuguesa sediada na América, a *Gazeta do Rio de Janeiro* circulou entre 10 de setembro de 1808 e 31 de dezembro de 1822, tendo seu nome alterado para *Gazeta do Rio* a partir de janeiro de 1822. Era de propriedade dos oficiais da Secretaria de Estado dos Negócios Estrangeiros e da Guerra, contando, ao longo de sua existência, com três redatores: frei Tibúrcio José da Rocha, de 1808 a 1812; Manuel Ferreira de Araújo Guimarães, de 1813 a agosto de 1821; e Francisco Vieira Goulart, até 1822. Juliana Meirelles dedica-se a analisar o papel desempenhado pela *Gazeta do Rio de Janeiro* nos momentos finais de vigência, na América, daquilo que muitos historiadores chamariam de «absolutismo português». Sobre esse aspecto, procura verificar a qual tradição de imprensa a *Gazeta* estava vinculada para melhor definição de suas origens, usos sociais e sentidos históricos. Seu objetivo principal é compreender as dimensões da concepção jornalística da *Gazeta do Rio de Janeiro*, tomada como o marco da introdução da imprensa no Brasil. Resultado do viés interdisciplinar empreendido pela historiadora, essa abordagem é a grande originalidade da obra.

Na introdução, apresenta as produções historiográficas internacionais com as quais dialoga (José Tengarrinha, Robert Darnton, Daniel Roche e Lúcia García Pallares Burke) para, em seguida, realizar um breve panorama da historiografia nacional sobre a introdução da imprensa no Brasil. A partir da delimitação de lacunas na historiografia nacional, apresenta os objetivos de sua obra. Recusa o esclarecimento, usual em trabalhos acadêmicos, sobre seus métodos de análise das fontes, justificativa do recorte temporal e categorias de análise utilizadas, deixando a cargo do leitor, no decorrer da leitura, a compreensão de suas escolhas.

O primeiro capítulo apresenta sinteticamente, por meio de historiografia sobre o tema, as peculiaridades da imprensa na Inglaterra, França e Portugal, ao longo do século XVIII para, em seguida, delinear as principais características da *Gazeta do Rio de Janeiro*. Segundo Meirelles, a *Gazeta do Rio de Janeiro* estava vinculada a uma tradição de imprensa oficial portuguesa marcada pela criação da *Gazeta de Lisboa*, em 10 de agosto de 1715. Sua principal função era a de simbolizar o rei para que ele fosse lembrado, referenciado e lisonjeado, algo que expressava a visão organicista do poder encarnado no corpo do rei que, em si, assumia toda a coletividade, peculiaridade da imprensa portuguesa na Europa. A *Gazeta de Lisboa* também organizava as informações divididas por Reino ou região e em ordem cronológica. Segundo a autora, essas características influenciariam fortemente a *Gazeta do Rio de Janeiro*.

Meirelles adverte, também, que o caráter oficial do periódico não diminuía sua importância. Se para alguns contemporâneos, era considerado um jornal sem atrativos, a autora salienta que para muitos personagens do período, a folha representou um importante veículo de institucionalização da palavra impressa, cuja existência era crucial para os seus interesses. Assevera também que desde o primeiro número, a Junta Diretora da *Gazeta do Rio de Janeiro* pregava a imparcialidade, mesmo que esse ideal fosse baseado em uma vertente explicitamente comprometida com o poder. E mais, quando comparada com a *Gazeta de Lisboa*, apresentava uma importante peculiaridade: para Meirelles desde o início os comentários do redator realçavam um «viés opinativo», o que, segundo a autora, marcava uma contradição em relação ao tradicional modelo de gazeta oficial portuguesa. A questão da imparcialidade será recuperada ao longo da obra, entretanto, já no capítulo inicial é nítido o esforço em estabelecer relações entre a imprensa periódica moderna brasileira e suas «origens» vinculadas à *Gazeta do Rio de Janeiro*. Para a historiadora, é fundamental perceber que «se atualmente o discurso de isenção, neutralidade e imparcialidade constituem-se um dos mais valorosos atributos éticos da imprensa periódica moderna, é mister lembrarmos que o nascimento dessa idéia tem suas raízes na eloquência da *Gazeta do Rio de Janeiro*» (p. 72).

O capítulo 2 articula a atividade impressa da *Gazeta do Rio de Janeiro* à tradição de imprensa oficial portuguesa, identificando a dimensão interatlântica das notícias veiculadas no periódico. Aqui a autora apresenta uma pesquisa empírica meticulosa que certamente contribui de maneira significativa para a compreensão da abrangência dos espaços públicos de discussão no mundo luso-americano. Analisa minuciosamente as referências recíprocas entre a *Gazeta do Rio de Janeiro* e periódicos peninsulares como *Gazeta de Lisboa*, *Diário Lisbonense*, *Correio da Tarde*, *Correio de Lisboa* e *Minerva Lusitana*. Segundo a autora, diante do sentimento peninsular de orfandade e abandono, a circulação abrangente da folha, inclusive no Reino de Portugal, com especial destaque às notícias relacionadas às guerras napoleônicas, cumpria a função de mostrar aos súditos peninsulares e americanos que «o combate contra o inimigo era uma batalha comum, incessante e, estava sendo delineada a partir das duas margens do Atlântico» (p. 120).

O diálogo da *Gazeta* com as folhas européias foi intensamente influenciado pela guerra peninsular, havendo uma diferenciação na «confiabilidade» das informações veiculadas por folhas francesas (repudiadas e atacadas) ou inglesas (dignas de grande credibilidade). O periódico teria assumido a função de sustentar o Antigo Regime português, num claro intuito de reforçar laços entre o rei e os súditos, tendo como motor os eventos relacionados às guerras napoleônicas e sujeitos à interpretações particulares, constante revisão e seleção pelos editores da *Gazeta*. O governo joanino, por sua vez, teria concebido a imprensa como parte fundamental de sua ação política e cultural, seja através do incentivo financeiro às folhas de interesse real ou, ainda, através do combate aos jornais de tendência ofensiva ao governo, como o *Correio Braziliense*.

Meirelles observa mudanças substantivas na *Gazeta* a partir de 1815, com a reestruturação do jornal e uma nova composição administrativa de sua direção. Concomitantemente, sinaliza para a valorização do noticiário sobre o Brasil, principalmente a partir de 1816, com destaque à criação do Reino Unido. Nesse momento, dedica-se à análise da pregação de imparcialidade que, segundo ela, foi tarefa paradoxal, uma vez que era acompanhada por uma explícita política de parcialidade praticada pelo jornal. Embora reafirme o vínculo estreito da *Gazeta do Rio de Janeiro* a uma concepção de imprensa oficial portuguesa, reconhece peculiaridades fundamentais do periódico analisado que, segundo a historiadora, revelavam uma nova forma de se fazer jornalismo, marcando a origem de muitos valores «que, atualmente, perpassam a concepção jornalística da grande imprensa brasileira» (p. 146).

No terceiro e último capítulo, dedica-se à compreensão das relações entre redator e leitores, tanto através do discurso do primeiro, como da participação dos últimos na seção «avisos» do jornal. Para Meirelles, essa análise possibilita ao historiador visualizar os interesses que o anunciante desejava transmitir no momento em que optou por utilizar desse espaço como meio privilegiado de interação social. Após apresentar a variedade de anúncios publicados na *Gazeta*, realizando uma série de inferências sobre seus significados, conclui que, pelas características gerais dos avisos, seus anunciantes (e possíveis leitores da *Gazeta*) eram comerciantes, negociantes, estrangeiros, viajantes e mulheres «livres» da cidade. Tratava-se, portanto, de um público intelectual e economicamente privilegiado. Dos anúncios analisados, merecem destaque os avisos literários que, associados aos diversos estabelecimentos de livros na cidade, indicavam que hábitos de leitura estavam ganhando espaço e sendo interiorizados pela sociedade alfabetizada do Rio de Janeiro. A partir de 1817, a autora também verifica a recorrência de anúncios de narrativas individuais relativas a situações jurídicas, o que segundo ela demonstrava como a imprensa «também passava a ser compreendida pela sociedade como uma arena de debates capaz de legitimar as ações da vida privada», momento em que «a ‘opinião do público’ já começava a ser validada pela própria ‘ação’ e ‘iniciativa’ dos leitores da *Gazeta*» (p. 165).

Ainda no terceiro capítulo, Meirelles empreende análise refinada de duas coleções da *Gazeta* anotadas à bico de pena, encontradas pela historiadora na Biblioteca Nacional de Lisboa e na Biblioteca d’Ajuda, no intuito de captar algumas formas possíveis de leitura do periódico. A partir das marcas textuais realizadas por colecionadores e possíveis subscritores da *Gazeta* realiza uma variedade de inferências: preocupação dos leitores com o uso mais apurado da língua portuguesa, expressão de certa desconfiança sobre as informações veiculadas, perfil social e econômico dos leitores, apenas para citar alguns exemplos. A partir da análise minuciosa das anotações do colecionador que justificava a ausência de um dos números, a historiadora descortina importantes aspectos do processo de leitura, circulação e impressão do periódico.

O terceiro capítulo é encerrado pela identificação de transformações substantivas na redação relacionadas à concorrência com novos jornais que adentraram à cena pública em articulação com os impactos da Revolução do Porto, a partir de 1820. Em primeiro lugar, a autora defende que a convulsionada conjuntura política que se inaugura é sempre noticiada a partir da versão monárquica dos fatos, o que não teria impedido à folha de incorporar novos procedimentos (como o debate político com outros jornais) e temas (como a polêmica acerca dos limites à liberdade de expressão). O retorno de D. João a Portugal e a instalação da regência de D. Pedro são acompanhados por uma reestruturação que inauguraria uma nova fase na redação do jornal (novo *layout* e formato, nova periodicidade e mudança da mesa diretora). Segundo a historiadora, a *Gazeta* precisava conservar seus assinantes e conquistar novos leitores diante da concorrência com outros jornais. Progressivamente, as cartas de leitores e abaixo-assinados da sociedade ganhavam espaço no periódico. Essas transformações teriam representado a tentativa da *Gazeta* de inserir-se

em um processo de ordem mais ampla de formação da opinião pública, o que, segundo Meirelles, não significava, para a *Gazeta*, permitir aos leitores que expusessem seus olhares divergentes, mas sim que a publicação dessas cartas estava vinculada ao «ato de publicar as notícias sem omissão». A discussão, na imprensa do período, sobre a demissão do redator Manuel Ferreira de Araújo Guimarães, também revelava, segundo a autora, uma nova relação com o público leitor.

A conclusão do capítulo (e da obra) se dá nesse momento de inflexão do discurso da *Gazeta*, fortemente influenciada pelo retorno de D. João VI a Portugal e pela instalação da regência de D. Pedro no Brasil. Nas considerações finais, Meirelles retoma as principais idéias dos capítulos, reafirmando suas hipóteses.

Em se tratando de um momento crucial para a formação do Brasil como Estado nacional soberano, a ausência da historiografia sobre o tema espanta, uma vez que a obra é dedicada à compreensão da introdução da imprensa no Brasil. Essa lacuna historiográfica leva a autora ao emprego de algumas expressões conceitualmente anacrônicas e imprecisas («primeira tipografia brasileira» – p. 23; «primeira Gazeta brasileira» – pp. 66 e 68; o emprego do adjetivo «nacional» para referir-se a notícias veiculadas sobre o reino do Brasil em 1817 – p. 76). Evidentemente, *esse país* de que fala Meirelles é substancialmente diferente, embora não totalmente, do Estado nacional brasileiro que se consolidou em meados do século XIX. Convém esclarecer que o adjetivo «nacional» empregado na documentação produzida no Brasil até 1821 era, evidentemente, o «nacional português». Nenhuma linha é dedicada à crise do Antigo Regime português na América, embora a autora se proponha a estudar o papel da *Gazeta do Rio de Janeiro* «nos momentos finais do absolutismo monárquico português» (p. 235). Sua escolha por outro viés não é, ao menos, justificada, diante de uma produção historiográfica tão profícua e contundente sobre o tema como a que atualmente dispomos.

Segundo a historiadora, o último número da *Gazeta do Rio de Janeiro* é publicado em 29 de dezembro de 1821. Após o retorno do rei a Portugal, em abril de 1821, Meirelles identifica uma mudança na linha editorial da *Gazeta*. Por isso, sua investigação encerra-se a partir dos números do periódico que expressam essa mudança publicados entre maio e agosto de 1821. Sabemos, porém, que a folha circula até 31 de dezembro de 1822, tendo seu nome alterado, para *Gazeta do Rio* a partir de janeiro do mesmo ano, informação omitida pela autora. Dessa forma, se a ausência de um rigoroso recorte temporal e de uma justificativa para tanto torna a obra mais acessível, e pode ser justificada a partir do referencial teórico da história das idéias ou cultural, a imprecisão provoca certa confusão e induz ao erro. Ademais, incomoda a inadequação entre os títulos dos capítulos e seções e os temas efetivamente tratados, como por exemplo, na seção «Imprensa, Revolução do Porto e os ecos políticos no Rio de Janeiro (1817-1820)» do terceiro capítulo (ver p. 180). Nesta seção, todo o texto é dedicado aos impactos provocados pela Revolução do Porto, o que não coincide exatamente com a periodização apresentada em seu título.

A insistência na hipótese de que a *Gazeta do Rio de Janeiro* apresenta um viés «opinativo», o que, por sua vez, representaria uma peculiaridade em relação à tradição de imprensa oficial portuguesa, é passível de relativização. A aproximação do jornal com outras gazetas semelhantes apóia em certa medida essa hipótese, mas talvez ela não se sustente se compararmos a *Gazeta do Rio de Janeiro* com jornais como o *Correio Brasileiro* que, como a própria autora sinaliza, estava inserido no mesmo espaço público de discussão. Além de raros, os escritos de caráter opinativo relacionam-se diretamente com o tempo-espaço no qual a *Gazeta* começou a ser publicada. Parece-nos que a conjuntura crítica em que se encontrava o Império português impelia a *Gazeta*, veículo oficial da Corte, aos comentários de caráter «opinativo», dimensão abordada pela autora, mas que a leva, por vezes, na tentativa de valorizar essa fonte de pesquisa, a relativizar o caráter

oficial do periódico¹ e a supervalorizar uma dimensão que não era a sua tônica. Convém também esclarecer que a imprensa que se consolidaria a partir de 1821 no Rio de Janeiro configura-se como uma «imprensa de opinião» de maneira substancialmente diferente do «viés opinativo» atribuído por Meirelles à *Gazeta do Rio de Janeiro*.

Para finalizar as considerações críticas, cabe ressaltar que a insistência na continuidade entre aspectos da dimensão jornalística da *Gazeta* e a imprensa periódica brasileira contemporânea carece de demonstração empírica, e embora seja uma hipótese reiterada ao longo de toda a obra, parece tema que demanda tratamento específico e, talvez, represente um desafio para uma pesquisa futura. Não obstante, a própria autora sinaliza para alguns problemas subjacentes a essa aproximação, como as peculiaridades na concepção de termos como «notícia», «verdade», «imparcialidade», próprios do início do século XIX e que são substancialmente diferentes daqueles usados posteriormente.

Mesmo que em muitos aspectos o esforço de valorização da *Gazeta do Rio de Janeiro* como «o primeiro periódico brasileiro» imponha ressalvas à leitura da obra, bem como que a mesma se ressinta de certa falta de rigor na delimitação temporal e no diálogo com a historiografia, a abordagem das dimensões da concepção jornalística presentes na folha, resultado do louvável esforço interdisciplinar da historiadora, é, indubitavelmente, uma importante originalidade deste trabalho, que acaba por trazer contribuição decisiva para compreender a abrangência interatlântica da constituição do espaço público no mundo luso-americano. Dessa forma, e a despeito das críticas de que é merecedor, o livro de Meirelles surge como referência obrigatória para historiadores dedicados ao tema, por enfrentar o desafio de analisar problemas cujos significados são, sem sombra de dúvida, igualmente relevantes e de difícil apreensão.

CRISTIANE A. CAMACHO DOS SANTOS
Mestranda em História Social
FFLCH/USP – Bolsita da Fapesp

Fabiane POPINIGIS, *Proletários de Casaca: trabalhadores do comércio carioca, 1850-1911*, Campinas: Editora Unicamp, 2007.

Não resta nenhuma dúvida quanto à importância da interpretação das fontes na pesquisa histórica. Para além da dificuldade própria em defini-las, de examinar textos antigos, de buscar a lógica imediata de sua composição e de enquadrar o documento lido na vida de homens mortos, interpretar o que se lê é um problema maior para os que investigam e escrevem a História.

O recente *Proletários de Casaca*, escrito por Fabiane Popinigis e publicado pela Editora da Unicamp, é um bom exemplo de um modo de interpretar fontes históricas. A autora investigou vasta documentação sobre os trabalhadores da cidade do Rio de Janeiro dedicados ao comércio, seus conflitos trabalhistas, suas organizações e seus afazeres na cultura urbana carioca na passagem do século XIX ao XX. Bom assunto, boa pesquisa, bom livro.

A exposição começa buscando situar os trabalhadores do setor de serviços na época escolhida e, em seguida, lemos sobre suas organizações sindicais e políticas, suas reivindi-

¹ A autora afirma textualmente essa idéia em artigo recente, publicado na *Revista de História da Biblioteca Nacional*. Meirelles, J. G. «Oficial, mas nem tanto». Disponível em: <http://www.revistadehistoria.com.br/v2/home/?go=detalhe&id=1360>. Acesso em 20.fev.09.

cações e a forma de articulação de seus interesses com aqueles de outros agentes da política naquele tempo. Desfilam periódicos, escritores, políticos, pleitos trabalhistas e tensões entre este grupo e os demais trabalhadores da sociedade. Enfim, temos a nítida impressão de que o Rio de Janeiro foi uma cidade como as outras capitais do Ocidente – coisa que ademais vem acompanhando o leitor desde o início da obra, já que abundam inúmeras referências aos trabalhadores no comércio francês na mesma época.

Contudo, ao final, a autora insere um capítulo sobre processos criminais envolvendo os caixeiros. Nesta parte do livro, a boa impressão que o estudo provoca desde o início acaba se esmaecendo um pouco. Não é pequeno considerar que a análise dos crimes envolvendo os caixeiros deva evidenciar traços da cultura das camadas mais pobres dessa profissão.

Esse problema é complexo e envolve a elegante consideração de que o desvio das normas e leis da sociedade pode ser boa porta de entrada para o estudo da vida de gente participante de um grupo social dinâmico. Fabiane Popinigis conhece bem os meandros, e também algumas consequências, dessa opção de análise. Porém, o leitor não está obrigado a conhecer sua estratégia de investigação. E ficamos com o confessável desejo de ver as modalidades de tratamento que a autora dá a este problema.

Ao menos boa parte dos que terão contato com a obra desconhecem inteiramente o fato de que o crime, o desvio, a exceção, oferece um ponto de vista privilegiado para interrogar norma, para identificar aspectos dissimulados daquilo que rege a vida comum das pessoas. De fato, extrair do excepcional o regular, da minoria a maioria, é esforço que não se deve pedir ao leitor. Em geral, o impacto causado pelo contato com a estranheza de um processo criminal de há tempos excita a curiosidade e atrai as atenções. O que se conta acaba mais parecido com a celebração de pequenos conflitos estranhos do que uma estratégia de pensar a cultura. Afinal, a imensa maioria dos caixeiros não se envolvia em brigas e nem se embebedava na Rua do Lavradio.

A face conflitiva das relações sociais que se expressa na forma do crime, do delito, da contravenção, é muito singular na cultura de qualquer grupo social, não é o cotidiano de ninguém, nem mesmo daqueles envolvidos nos atos. O estudioso pode transformar essa singularidade em expressão de processos amplos, observados a sobrevôo, e com isso concluir teses importantes sobre as transformações das sociedades, das classes sociais, da própria luta entre elas. Afinal, *Proletários de Casaca* incide sobre um tempo em que a agitação política das classes subalternas era tratada como crime em diversos países do Ocidente. Para não alongar, basta lembrar da adoção do dia primeiro de maio como data simbólica dos trabalhadores.

Mas os crimes que informam esta última parte do trabalho não são tratados como expressão de conflitos significativos de grandes processos. Ao contrário eles aparecem como exemplos expressivos da integração dos caixeiros, dos trabalhadores do comércio, na cultura urbana do Rio de Janeiro, ou da dificuldade em realizá-la.

Contudo, os maiores méritos do trabalho passam ao largo desta questão: a autora integra perfeitamente bem sua análise do passado aos temas do presente. Analisar as tensões trabalhistas dos caixeiros de tempos pregressos colabora muito para entender os conflitos dos comerciários da atualidade que, por força de transformações estruturais na economia, perderam seu domingo, ganho com tanta batalha após tantos anos. Afinal, não pode ser considerado menor contar a História das relações de trabalho daqueles que na atualidade passam ao menos um terço de suas vidas encaixotados em grandes conglomerados comerciais, respirando ar condicionado, iluminados por néon, sem ver a luz do dia e habituados a uma arquitetura feérica e orientada a um consumo que não é seu e nunca será seu.

Mostrar à sociedade a luta dos caixeiros de há mais de cem anos também expõe os valores e as mazelas de gente que já se foi há muito e que, aos poucos, parece ter vindo

recolher sua moral. Camuflada de laicidade, a rejeição da folga no domingo ou sua transformação em folga semanal foi aceita pelos jovens caixeiros do presente. Por mais árduo que pareça, milhares de pessoas ainda buscam com avidez o trabalho no comércio em grandes «Shoppings» onde o Sol não brilha. De fato parece que a luz do dia importa menos aos comerciários de hoje que importava aos caixeiros seus antepassados.

E, contudo, o Sol continua a brilhar: os patrões de outrora se transformaram em executivos ágeis e criativos, as lojas de departamentos são hoje portentosos agentes financeiros operando em todo o mundo. Os caixeiros, depois comerciários e hoje os que trabalham neste ramo de atividade vivem a riqueza de seu ambiente de trabalho, oposta como sempre à pobreza de sua vida real, como arranjo que lhes permite fugir da marginalidade.

Por fim, a obra de Fabiane Popinigis nos ajuda e muito a pensar o passado brasileiro como estrutura urbana, como cultura de cidade, de *polis*. Esse é, sem dúvida, seu maior mérito.

CARLOS ZILLER CAMENIETZKI
Departamento de História/UFRJ

Projectos

Portugal e o Sul de Marrocos: contactos e confrontos (séculos XV a XVIII)

(PTDC/HAH/71027/2006)

Entidade Financiadora: Fundação para a Ciência e a Tecnologia

Unidade de Investigação Promotora: CHAM

Parcerias: Universidade do Minho

Investigadora Responsável: Maria Augusta Lima Cruz

O presente projecto teve início em Setembro de 2007, embora o financiamento aprovado só tenha sido disponibilizado cerca de um ano depois, pelo que se prevê o seu termo em Agosto de 2011. Durante o ano de 2009 mantiveram-se os eixos de pesquisa delineados, desenvolvendo-se actividades no âmbito das linhas de acção planeadas. Deu-se continuidade à pesquisa e transcrição de documentação histórica, à preparação de base de dados para disponibilizar em linha, à edição e preparação de estudos para publicação, à série de colóquios de história luso-marroquina e aos trabalhos de campo na vila marroquina de Azamor (Azemmour). Seguem-se breves apontamentos onde se dá nota destas actividades.

Ao nível da pesquisa de fontes históricas, inventariou-se na base de dados grande parte do material existente em colectâneas documentais relativo ao tema do projecto, através da pesquisa em obras como *Les Sources Inédites de l'Histoire du Maroc*, incluindo as séries relativas aos arquivos portugueses, espanhóis, franceses e britânicos, *Textos em Aljamia Portuguesa*, de David Lopes, e *As Gavetas da Torres do Tombo*, compiladas sob direcção de A. da Silva Rego.

Continuou-se, também, a pesquisa arquivística na Torre do Tombo, nomeadamente no fundo do Núcleo Antigo, transcrevendo-se mais três dos respectivos códigos, com vista a futura publicação em linha:

NA 628 – «Receita e despesa de Pedro Álvares Faria, feitor e recebedor dos mantimentos, 1541».

NA 751 – «Receita, despesa e contratos do vedor das obras, António Fernandes (1517-1518)».

NA 765 – «Pagamentos à gente da ordenança e aos trabalhadores das obras da cidade e do castelo – 1514/1516».

Em 2009, foi também possível manter a cadência anual de encontros científicos de história luso-marroquina, organizados alternadamente num e noutro país. Realizou-se em El Jadida, de 6 a 8 de Dezembro, o «5º Rencontre Maroc Portugal, une histoire partagée», organizado pela Direction Régionale de la Culture da la Région Doukkala-Abda, em colaboração com a Faculté des Lettres et des Sciences Humaines da Université Chouaib Doukkali (ver programa em http://www.cham.fcsh.unl.pt/files/activities/2009_programa_coloquio_marrocosportugal.pdf).

Neste âmbito avançou-se também na edição de colóquios passados, dando sequência ao programa editorial do projecto.

Por um lado, está no prelo o volume intitulado *Estudos de História Luso-Marroquina*, uma edição da Câmara Municipal de Lagos com o apoio do projecto, contendo trabalhos originalmente apresentados no primeiro e segundo colóquios de história luso-marroquina (Casablanca/El Jadida, 2005; Lagos, 2006).

Por outro lado, foram dadas à estampa, na editora Anajah Al yadidah, as actas do 3.º colóquio de história luso-marroquina (Marrakech, 2007), sob o título *La présence portugaise au Maroc et les relations actuelles entre les deux pays. Colloque organisé par la Faculté des Lettres de l'Université Mohamed V en collaboration avec la Fondation Konrad Adenauer*.

Reuniram-se também os textos referentes ao *Congresso Internacional de História: Portugal e o Magrebe/4.º colóquio de história luso-marroquina* (Lisboa/Lagos, 2008), prevendo-se a sua edição em 2010.

Assinale-se, finalmente, a conclusão de duas provas académicas no âmbito do projecto:

- A dissertação de mestrado em arquitectura de Ana Lopes, defendida na Escola de Arquitectura da Universidade do Minho, intitulada *(A)cerca de Azamor. Estruturas militares ao manuelino*, orientada por Jorge Correia.
- A tese de doutoramento em História, de João de Figuerôa-Rêgo, defendida no Instituto de Ciências Sociais da Universidade do Minho, denominada «*A Honra alheia por um fio*»: os estatutos de limpeza de sangue nos espaços de expressão ibérica (sécs. XVI-XVIII), orientada por Maria Augusta Lima Cruz e Fernanda Olival.

Durante os meses de Junho e Setembro/Outubro realizou-se, em colaboração com a Direction Régionale de la Culture da la Région Doukkala-Abda, a segundo missão arqueológica e de estudo arquitectónico na medina de Azamor. Trata-se de uma missão que resulta de um protocolo quinquenal (2009-13) entre as instituições signatárias deste projecto e o organismo que tutela o património cultural do governo marroquino, com vista ao estudo e valorização das antigas cidades portuguesas de Azamor, El Jadida, Safim e do sítio de Aguz.

Em termos arquitectónicos, o sector estudado foi o da Medina, área complementar do bairro Kasbah/Mellah levantado na campanha anterior, onde foram registados dados métricos que permitem uma composição gráfica de todas as fronteiras que definem os espaços construídos e de circulação, trabalho sustentado por um aturado levantamento arquitectónico de ruas, quarteirões ou lotes ocupados e num cuidado levantamento topográfico (fig. 1). Paralelamente, foi elaborado um inven-

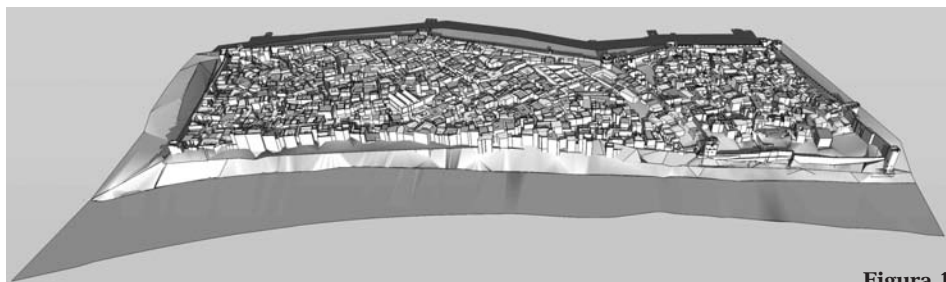


Figura 1

tário fotográfico de todas as ruas que constituem o tecido residencial intra-muros, bem como um levantamento métrico detalhado das peças de arquitectura militar envolventes deste sector. Todo este material encontra-se em processamento com vista a produção de uma planta actualizada do tecido urbano estudado, bem como um modelo 3D. As duas escalas de trabalho – 2D e 3D – constituirão o apoio visual necessário para o lançamento de hipóteses comparativas com a área do antigo castelo/vila português, onde se possa ler a evolução da morfologia urbana nos últimos séculos.



Figura 2

Os trabalhos arqueológicos centraram-se novamente no espaço do velho castelo português, realizando-se intervenções em zona anexa ao antigo palácio dos capitães, tal como previsto, mas também no baluarte do Raio, área não identificada inicialmente como passível de investigação, mas que se revelou fundamental para a compreensão da evolução deste sector da medina e da própria arquitectura militar portuguesa, de que este volume é uma das mais notáveis realizações. No primeiro sector, detectou-se um importante contexto arqueológico de ocupação moderna, um conjunto de fossas sépticas plenas de artefactos e ecofactos em estudo, recolhendo-se importantes informações para a avaliação das modificações que ocorreram neste sector palatino ao longo dos séculos (fig. 2). No segundo, começaram a detectar-se as sobreposições e modificações de utilizações do sistema defensivo, um labor que terá sequência na campanha de 2010.

A EQUIPA DO PROJECTO

(CHAM; Universidade do Minho)

Relações de Portugal com a Pérsia durante a União Ibérica. Os «Comentários» de D. Garcia de Silva y Figueiroa

(PTDC/HAH/69734/2006)

Entidade Financiadora: Fundação para a Ciência e a Tecnologia

Unidade de Investigação Promotora: CHAM

Investigador Responsável: Rui Loureiro

O projecto de publicação dos *Comentarios* (1624) de Don García de Silva y Figueroa continuou a desenvolver-se em 2009, através do cumprimento da planificação definida no 1.º workshop internacional, realizado em Abril de 2008 (cf. *Anais de História de Além-Mar*, vol. IX, 2008, pp. 471-474). Os membros da equipa de investigação efectuaram diversas visitas a arquivos e bibliotecas, em Portugal e em Espanha, e nomeadamente à Biblioteca Nacional, em Madrid, onde se conservam os dois manuscritos do relato de viagens do embaixador espanhol. Estas visitas, por um lado, possibilitaram a recolha de bibliografia fundamental para o projecto de edição crítica, a nível de fontes e de estudos. Por outro lado, permitiram também definir como texto-base para a edição crítica dos *Comentarios* o manuscrito completo que se conserva em Madrid, e que, ao contrário do que inicialmente se pensava, não constitui uma cópia, tratando-se antes do manuscrito original, preparado por Don García, provavelmente com intenções de publicação, após o seu regresso à Europa. Este desígnio, como é bem sabido, não veio a concretizar-se por dois motivos distintos e complementares: a morte do embaixador em 1624, durante a viagem de regresso de Goa para Lisboa, em pleno Atlântico, e a circunstância de o manuscrito conter dados de natureza sigilosa do ponto de vista da Coroa espanhola (e também da Coroa portuguesa), mormente sobre a carreira da Índia, que desaconselhavam a sua divulgação pública integral.

Ao longo de 2009, entretanto, a equipa de investigação iniciou o processo de fixação do texto da edição crítica dos *Comentarios*, com base no já citado manuscrito madrileno e utilizando os critérios editoriais definidos no 1.º workshop internacional. A transcrição é eminentemente conservadora, preservando a língua original, tal como definido pela comissão de avaliação que aprovou o projecto. Em notas de rodapé são referidas dúvidas de leitura, lapsos e erros evidentes, notas marginais, palavras ou frases riscadas no original, ao mesmo tempo que se efectua uma comparação sistemática com a versão francesa de Abraham de Wicquefort, impressa em 1668. O texto dos *Comentarios* e esta primeira linha de anotações ocuparão os dois primeiros volumes da edição crítica prevista. Simultaneamente, a equipa de investigação está a preparar um conjunto muito alargado de anotações breves e de comentários mais extensos, que visam esclarecer todas as dúvidas que a leitura do texto dos *Comentarios* possa suscitar a um leitor menos esclarecido. Este segundo grupo de notas, em princípio, deverá ser incluído num volume autónomo, juntamente com os índices e um glossário geral, constituindo o terceiro volume da edição crítica prevista. Está ainda a ser estudada a hipótese de se incorporar o segundo conjunto de anotações em rodapé ao texto do relato de viagens do embaixador, desdobrando então o referido texto por três volumes.

Tal como inicialmente previsto no projecto, realizou-se o 2.º workshop internacional, destinado a discutir os *Comentarios* de Don García, tanto em termos de conteúdo, como em termos de contexto. O 2.º workshop teve lugar em Setembro de 2009, nas instalações da Fundação Calouste Gulbenkian, em Lisboa, gentilmente cedidas para o efeito. Esta prestigiosa instituição, desta forma, associou-se mais uma vez às iniciativas do CHAM. Esta reunião científica foi cuidadosamente preparada, pois a equipa responsável pelo projecto de edição crítica dos *Comentarios* definiu metas específicas, propondo a cada participante um tema concreto para explorar e expor. Pretendeu-se, assim, cobrir de forma sistemática os vários temas considerados essenciais para um melhor estudo e conhecimento de tão importante relato de viagens. Todos os participantes convidados, sem excepção, aceitaram as propostas da equipa de investigação.

Do ponto de vista temático, este 2.º workshop foi organizado em diversas linhas complementares. Em primeiro lugar, pareceu fundamental abrir os trabalhos com um esboço biográfico de Don García de Silva y Figueroa, o qual foi encomendado a Luís Gil (Universidade Complutense, Madrid), investigador espanhol que em anos recentes se tem dedicado ao estudo da vida e obra do embaixador. De seguida, foi definida uma secção contextualizante, sendo solicitados a dois especialistas estudos sobre o contexto europeu e o contexto asiático da embaixada de Don García à Pérsia safávida: Joan Pau Rubiés (London School of Economics), investigador catalão radicado no Reino Unido, encarregou-se de apresentar o contexto europeu; e Jean-Louis Bacqué-Graamont (CNRS, Paris), conhecido especialista francês em estudos otomanos e safávidas, apresentou o contexto asiático da missão diplomática ibérica.

A terceira secção do workshop foi dedicada ao estudo do itinerário geográfico concreto seguido por Don García, com algumas contribuições complementares: José Manuel García (Gabinete de Estudos Olissiponenses) debruçou-se sobre a estada do embaixador espanhol em Lisboa; os dados fornecidos nos *Comentarios* sobre a carreira da Índia foram analisados, do ponto de vista náutico, por José Manuel Malhão Pereira (Academia de Marinha & Centro de História da Ciência da Universidade de Lisboa), eminente especialista nestas matérias, enquanto, do ponto de vista de história natural, o estudo foi realizado por Cristina Brito (CHAM, Lisboa); Ângela Barreto Xavier (Instituto de Ciência Sociais, Lisboa), especialista em história goesa, abordou a longa residência de Silva y Figueroa em Goa; a passagem por Mascate e por Ormuz, importantes redutos portugueses na região do Golfo Pérsico, foi estudada por Dejanirah Couto (École Pratique des Hautes Études, Paris), investigadora que se tem especializado nas interações entre portugueses, otomanos e safávidas nos séculos XVI e XVII.

Concluída a análise do percurso específico de Don García, uma quarta secção foi dedicada ao contexto persa da embaixada, com apresentações a cargo de diversos especialistas. Willem Floor, investigador holandês independente especializado em história iraniana, debruçou-se sobre o funcionamento da corte de Xá 'Abbas; Vasco Resende (École Pratique des Hautes Études, Paris) enquadró a viagem de Silva y Figueroa no conjunto dos viajantes portugueses que na mesma época percorreram os caminhos da Pérsia; Elio Brancaforte (Tulane University, New Orleans), que tem estudado os relatos e as cartas geográficas dedicadas à Pérsia por viajantes europeus, confrontou os *Comentarios* com outros relatos exemplares, e nomeadamente com o que foi produzido mais ou menos na mesma época pelo italiano Pietro della Valle; dois investigadores iranianos, Reza Naderpoor (École Nationale Supérieure d'Architecture, Paris Val de Seine) e Vida Gholipour (École Nationale Supérieure d'Architecture, Nancy) debruçaram-se respectivamente sobre as cidades persas nos alvares do século XVII

e sobre a rede de caravanserais construída no tempo de Xá 'Abbas, temas aos quais Don García dedica muitas dezenas de páginas no seu monumental relato de viagens; Francisco Caramelo (CHAM, Lisboa), arqueólogo especializado em temas pré-clássicos, investigou os traços da Antiguidade que surgem nos *Comentarios*, relato que descreve de forma circunstanciada, e pela primeira vez na literatura europeia moderna, as ruínas de Persepolis; enfim, Maria João Ferreira (CHAM, Lisboa), que se tem dedicado à história dos têxteis euro-asiáticos, analisou com detalhe os variados aspectos do negócio da seda persa, que de certa forma foi um dos motivos da embaixada de Silva y Figueroa.

Ainda no âmbito deste 2.º workshop, Juan Gil (Universidad de Sevilla), apresentou uma visão sintética dos diversos problemas textuais e intertextuais levantados pelos *Comentarios*, apontando pistas, nomeadamente, para a reconstituição da biblioteca de Don García, o viajante ilustrado por excelência, que acompanhava as suas deslocações reais com leituras de tratados clássicos e modernos de geografia e história. Enfim, Rui Manuel Loureiro (CHAM, Lisboa), responsável pelo projecto e pela equipa de investigação, apresentou um balanço da edição crítica em curso, salientando as virtualidades hermenêuticas do relato de viagens do embaixador espanhol. O conjunto de comunicações apresentadas ao 2.º workshop será reunido num quarto volume, que servirá de contextualização ao texto da edição crítica.

Ainda no âmbito do presente projecto de investigação, e para além de participações no 2.º workshop acima mencionado, diversos membros da equipa de investigação têm procurado divulgar nacional e internacionalmente a figura de Don García de Silva y Figueroa e os seus *Comentarios*, apresentando comunicações em reuniões científicas e publicando texto de investigação em revistas da especialidade. O responsável pelo projecto, Rui Manuel Loureiro, apresentou as seguintes comunicações: «Viagens persas de D. García de Silva y Figueroa», comunicação ao *Colóquio Internacional «Percepções do Oriente e da Antiguidade na Europa da Época Moderna»*, organizado pelo CHAM e pela Fundação Oriente (Lisboa, 9-10 Março 2009); «Viver na «pedra do anel»: Ormuz durante o protectorado português», comunicação ao *Colóquio «Pequenos Espaços, Grandes Histórias: Ilhas, Fortalezas e Enclaves na Construção do Império»*, organizado pelo CHAM (Horta, 7-8 Abril 2009); «Anthony Shirley, António de Saldanha et la *Crónica de Almançor*», comunicação ao *V Colóquio de História Luso-Marroquina/Colloque Maroc – Portugal, une Histoire Partagée*, organizado pelo CHAM e pela Université Chouaib Doukkali, El Jadida, Marrocos (El Jadida, 6-7 Dezembro 2009). Vasco Resende, membro da equipa do projecto, publicou o artigo «Viagens de um cirurgião português na Pérsia Safávida: o *Itinerário* de Mestre Afonso (1565-1566)», in *Oriente* (Lisboa), n.º 19, 2008, pp. 106-122.

Retenha-se que o projecto em desenvolvimento no CHAM visa a edição crítica dos *Comentarios* de Don García de Silva y Figueroa, incluindo transcrição, anotações e estudos. Em princípio, a estrutura prevista para esta nova edição manter-se-á: volumes 1 e 2, texto e anotações; volume 3, anotações, comentários, glossário e índices; volume 4, estudos contextualizantes. O calendário de actividades, entretanto, sofreu ligeiras alterações, prevendo-se que os volumes do texto-base (volumes 1 e 2) e o volume de estudos (volume 4) estejam prontos para publicação em Setembro de 2010, enquanto o volume de instrumentos de trabalho (volume 3) será concluído até finais de 2010. Uma vez concluído o projecto, ficará à disposição do público interessado e dos especialistas uma edição crítica de texto fundamental da cultura ibérica seiscentista.

RUI MANUEL LOUREIRO

CHAM & Câmara Municipal de Lagos

Inquirir da honra: comissários do Santo Ofício e das Ordens Militares em Portugal (1570-1773)

(PTDC/HAH/64160/2006)

Entidade Financiadora: Fundação para a Ciência e a Tecnologia

Unidade de Investigação Promotora: CIDEHUS / Universidade de Évora

Parcerias: CHAM

Investigadora Responsável: Fernanda Olival

A ideia nuclear deste projecto consiste em comparar a actuação e as afinidades/discrepâncias entre as duas principais instituições que faziam o apuramento da honra em Portugal (o Santo Ofício e a Mesa da Consciência e Ordens), quer a nível local, quer no centro político.

Ao contrário do que acontecia no resto da Península Ibérica, em Portugal o Santo Ofício era a entidade cotada como praticante do rigor máximo. Muitos cavaleiros das Ordens Militares eram dispensados em diferentes tipos de exigências e tal facto era bem conhecido dos coevos, o que desfavorecia a Mesa da Consciência.

Como estas duas entidades faziam inquéritos nos locais de nascimentos e morada dos pretendentes, através de uma rede de comissários montada no último quartel do século XVI pelo Santo Ofício e a partir de 1619/20 pela segunda instituição referida, procurar-se-á conhecer tal rede e os notários que dela faziam parte. O inquérito consiste em saber por quem e de que modos se inquiria e registavam os parâmetros da honra em primeira-mão e que vantagens procuravam extrair tais pessoas da sua actividade.

Como em Castela havia redes equivalentes, far-se-á o paralelismo com o que ocorria em diferentes pontos desse território e Portugal. Proceder-se-á também à comparações entre as Ordens peninsulares e a Ordem de Malta.

O projecto partiu da listagem de comissários e familiares do Prof. José Veiga Torres, que tem sido corrigida e ampliada.

Boa parte do trabalho até agora desenvolvido tem-se centrado na produção de uma base de dados destinada a armazenar e gerir informação prosográfica tendo em vista efectuar análise de redes sociais. O sistema montado – SPARES – é inspirado no Fichoz de Jean-Pierre Dedieu e é também ele um espaço de investigação interdisciplinar, tanto para pessoas oriundas da Informática como da História. Assim, desde Novembro de 2009, três estudantes do Mestrado em Engenharia Informática da Universidade de Évora, orientados pelo Prof. Carlos Caldeira e administrador da base, desenvolvem as suas dissertações no âmbito do projecto. Contribuem para a otimizar o sistema de armazenamento e recuperação da Informação, nos âmbitos da genealogia, sistema de informação geográfica e estruturação de dados. Encontra-se por explorar a parte respeitante à conexão com o *software* de análise de redes.

De forma a potenciar recursos (financeiros e de investigação), o modelo de base de dados é partilhada por outro projecto, também apoiado pela FCT. Aliás, pre-

tende-se que no futuro o SPARES possa servir diversos projectos na área de Ciências Sociais que tenham por objectivo efectuar análise de redes.

Até ao começo de Maio de 2010 a referida base de dados comportava cerca de 29.000 registos, sobretudo respeitantes aos comissários e familiares do Santo Ofício.

Tem-se estudado sobretudo a génese da rede de comissários nas duas instituições em análise e o modo como se enquadrava a actuação destes indivíduos.

FERNANDA OLIVAL

(Universidade de Évora; CIDEHUS)

Pequena nobreza e «nobreza da terra» na construção do império: os arquipélagos atlânticos

(PTDC/HAH/66107/2006)

Entidade Financiadora: Fundação para a Ciência e a Tecnologia

Unidade de Investigação Promotora: Instituto de Investigação Científica Tropical

Parcerias: CHAM; Direcção-Geral de Arquivos

Investigadora Responsável: Miguel Jasmins Rodrigues

O presente projecto, que mereceu o apoio da Fundação para a Ciência e a Tecnologia (FCT), tem origens próximas e origens remotas. De entre as primeiras avulta a realização, em 2005, do congresso internacional *O espaço atlântico de Antigo Regime: poderes e sociedades*¹, organização conjunta do Instituto de Investigação Científica Tropical (IICT) e do Centro de História de Além-Mar (CHAM). Com mais de cem comunicações apresentadas e uma muito forte participação de investigadores brasileiros (cerca de 70% do total), o congresso demonstrou claramente o interesse no tema «poderes e sociedades» no contexto do «Antigo Regime», reforçando a constatação da necessidade de aprofundar a investigação e o debate em terreno mais restrito. O projecto optou pelos «arquipélagos atlânticos», não por uma qualquer especificidade que os autonomize do resto do império, mas porque a investigação exige a delimitação de uma área simultaneamente representativa, mas susceptível de ser abordada com base em dados empíricos.

Os quatro arquipélagos representam, à partida, dois tipos de situações claramente diversificadas:

- os do norte, Madeira e Açores, caracterizam-se por uma produção assente na mão de obra livre, segundo um modelo muito próximo da generalidade do ocidente contemporâneo, que assume talvez na Madeira a sua expressão mais clara com a «colónia»²;
- os do sul, Cabo Verde e São Tomé, onde a produção se fundamenta, em parte muito significativa, na utilização de mão de obra escrava³, obtida nas regiões africanas geograficamente próximas.

¹ Ver as respectivas *Actas*. [DVD]. Lisboa: Instituto de Investigação Científica Tropical, 2009. ISBN: 978-972-672-978-5 e Centro de História de Além-Mar/FCSH da Universidade Nova da Lisboa/Universidade dos Açores. ISBN: 978-989-95563-3-1.

² Cf. «Tombo 1.º do Registo Geral da Câmara Municipal do Funchal». In *Arquivo Historico da Madeira*. Funchal: Arquivo Distrital do Funchal. XVII (1973), doc. 203, em particular p. 356: «e se o senhor da novidade der a fazer seu açúcar de meias...» (grafia actualizada).

³ Cf. *História Geral de Cabo Verde*. Vol. I. Lisboa/Praia: IICT e Direcção-Geral do Património Cultural, 1991. ISBN 972-672-537-2, em particular Maria Manuel Ferraz Torrão – «Actividade comercial externa de Cabo Verde: organização, funcionamento, evolução», p. 237 e segs.

Em todo o caso, qualquer deles assenta num grupo social dominante local, que obtém gratuitamente a terra e controla os poderes locais, para além de, nomeadamente nos arquipélagos do sul, deter privilégios específicos quanto à obtenção da já referida mão de obra escrava.

Em simultâneo, qualquer dos arquipélagos considerados vê o seu desenvolvimento e prosperidade dependentes da colocação no exterior de um produto com forte aceitação seja no mercado europeu, seja em colónias europeias ultramarinas, o que implica uma clara ligação do grupo dominante local ao comércio e ao capital mercantil, mas em condições que não condicionam a supremacia do grupo dominante em cada um dos arquipélagos⁴.

As raízes remotas assentam na necessidade de analisar quer as sociedades nascidas da Expansão, quer a sociedade «reinol» que lhe dá origem⁵, prendendo-se igualmente com a importância de evitar a utilização de termos ambíguos, sem especificidade temporal e sistémica, como «elites urbanas», que tanto se aplicam às «cidades estado» da antiguidade, aos impérios territoriais antigos, às sociedades medievais a partir, pelo menos, dos séculos XII-XIII, como ao nosso século. A obrigatoriedade de caracterizar socialmente os sistemas de dominação e de os situar no articulado sistémico que lhes atribui todo o seu significado, implica uma continuada tentativa de caracterizar, à luz da lógica de «Antigo Regime», as sociedades acima referidas, tanto no que concerne à sua globalidade⁶, como no que respeita ao aprofundamento analítico de formações sociais específicas e bem delimitadas no tempo e no espaço⁷.

Definidos o objecto científico no campo teórico e a amostra a considerar – os arquipélagos atlânticos – tornou-se necessário especificar a metodologia de trabalho a adoptar. A sua definição passou, fundamentalmente, pelo reconhecimento do interesse em conjugar, tão harmoniosamente quanto possível, a reflexão e o trabalho individuais – traduzidas em artigos, conferências, comunicações –, com a imprescindibilidade do debate científico e com a obrigatoriedade de promover o carácter cumulativo da informação recolhida no âmbito do projecto.

Assim, no plano do debate científico, o projecto centra-se em duas iniciativas complementares:

- *Conferências e Debates: Império Português de Antigo Regime: Características estruturantes e papel da pequena nobreza*⁸ – organizadas em quatro painéis, dois dos quais já realizados:

1 – *Redes clientelares e política de casamentos*⁹;

⁴ Cf. documento citado na nota 3, no qual expressamente se prevê que o devedor não responde pela dívida com os seus bens, mas apenas com metade das «novidades» decada ano.

⁵ Cf. Miguel Jasmins Rodrigues – «O Reino e a construção do Império». In *O Domínio da Distância*. Coord. Maria Emília Madeira Santos e Manuel Lobato. Lisboa: IICT, 2006, pp. 13-19.

⁶ Cf. Idem – *Nobreza e poderes: da Baixa Idade Média ao Império*. Cascais: Patrimonia, 2005. ISBN 972-744-063-0.

⁷ Cf. Idem – *Organização dos Poderes e Estrutura Social. A Madeira: 1460-1521*. Cascais: Patrimonia, 1996. ISBN 972-744-011-8.

⁸ Está prevista a publicação (em linha e em suporte papel) destas conferências. As que correspondem aos 1.º e 2.º painéis sairão no 1.º semestre do corrente ano de 2010.

⁹ Participaram como conferencistas Alexandra Pelúcia (CHAM/FCSH/U. Nova de Lisboa); Victor Rodrigues (IICT); Luís Filipe Oliveira (U. Algarve); Fernanda Olival (U. Évora); Maria Manuel Ferraz Torção (IICT); José Damião Rodrigues (CHAM/U. Açores) e Mafalda Soares da

2 – *Territorialização e serviço régio*¹⁰.

Dois decorrerão ao longo do presente ano de 2010:

3 – *Consolidação do património e situação e papel dos secundogénitos*;

4 – *Pequena nobreza e capital mercantil*.

Nos dois painéis iniciais foi possível contar com a colaboração de 16 investigadores exteriores ao projecto, o que se afigurou significativo e constituiu um bom ponto de partida para um debate alargado, a prosseguir nos dois painéis seguintes, bem como no congresso e em iniciativas complementares a planear de forma articulada com outras entidades.

- *Congresso internacional Pequena nobreza nos Impérios Ibéricos de Antigo Regime*, organizado pelo IICT, pelo CHAM e pela Direcção-Geral de Arquivos (DGARQ), a ter lugar em Maio de 2011 nas instalações do IICT e do Centro Científico e Cultural de Macau, com o duplo objectivo de alargar e ampliar o âmbito geográfico da análise e do debate encetados no plano das conferências, bem como de permitir um estudo comparativo entre os impérios português e espanhol.

Embora o prazo para a apresentação de propostas de comunicações decorra até 31 de Maio do corrente ano¹¹, o acolhimento manifestado pelas individualidades convidadas para a respectiva Comissão Científica¹² constitui já um bom sinal no que concerne à quantidade e qualidade das participações.

Importa finalmente considerar aquele que sempre tem constituído um dos principais problemas do trabalho de investigação histórica: a conjugação do carácter necessariamente individual ou, no máximo, de muito pequenas equipas, da interpretação, da proposta de inteligibilidade, por outras palavras, da tese, com a necessidade de conferir à informação recolhida um carácter cumulativo e operacional. Na verdade, a tese não se resume à recolha de novos dados, ainda que não possa prescindir deles, passando igualmente pela reinterpretação de dados anteriormente recolhidos. Mas a tradicional forma de apresentação da informação: as notas de rodapé ou os apêndices documentais –, tem-se traduzido seja na sua enorme disper-

Cunha (U. Évora). Os respectivos comentários iniciais estiveram a cargo de Victor Rodrigues; João Paulo Oliveira e Costa (FCSH/U. Nova de Lisboa); José Pizarro (FL/U. Porto); José Damião Rodrigues; José da Silva Horta (FL/U. Lisboa); Nuno Monteiro (ICS/U. Lisboa) e Fernanda Olival.

¹⁰ Conferencistas: Miguel Jasmins Rodrigues (IICT); Hermínia Vilar (U. Évora); Teresa Lacerda (CHAM/FCSH/U. Nova de Lisboa); Joseph Morsel (U. Paris I); Maria Augusta Lima Cruz (U. Minho); Manuel Lobato (IICT) e Adelaide Milán da Costa (U. Aberta). Comentários iniciais: Nelson Veríssimo – (U. Madeira); Maria de Lurdes Rosa (FCSH/U. Nova de Lisboa); Miguel Jasmins Rodrigues; Maria de Lurdes Rosa; João Teles e Cunha (IEO-U. Católica Portuguesa, Lisboa) e Hermínia Vilar, respectivamente.

¹¹ Até 31 de Maio de 2010. Cf. [www: <URL: http://www.iict.pt/pequenananobreza/index.htm>](http://www.iict.pt/pequenananobreza/index.htm).

¹² Antonio Ibarra (U. Nacional Autónoma de México); Artur Teodoro de Matos (U. Católica Portuguesa, Lisboa); Eduardo Cavieres (U. Chile); Fernanda Olival (U. Évora); João Fragoso (U. Federal do Rio de Janeiro); João Paulo Oliveira e Costa (U. Nova de Lisboa); José Damião Rodrigues (U. Açores); José Pedro Paiva (U. Coimbra), Juan Marchena Fernández (U. Pablo de Olavide, Sevilla); Laura de Melo e Sousa (U. São Paulo); Luís Filipe Barreto (Centro Cultural e Científico de Macau/U. Lisboa); Manel Ollé (U. Pompeu Fabra, Barcelona); Maria Lêda Oliveira (U. São Paulo) e Miguel Jasmins Rodrigues (IICT).

são (é frequentemente necessário percorrer dezenas de obras e milhares de páginas para encontrar a informação pretendida), seja no desperdício de trabalho de investigação, já que cada investigador privilegia, necessária e quase obrigatoriamente, a informação pertinente para a resposta às suas próprias interrogações, remetendo para segundo plano a que não se reveste de interesse directo para o trabalho em curso.

Apesar de tudo, o trabalho de investigação em História não tem sido indiferente ao crescente fascínio exercido pelos sistemas informáticos e, em particular, pelas bases de dados. No entanto, tem sido lenta a publicação, em suporte digital, das sólidas compilações de fontes impressas de que, apesar de tudo, dispomos, mas que no suporte convencional não permitem um rápido acesso à informação pretendida. Neste domínio, o pequeno acréscimo de trabalho a que corresponde a digitalização e o reconhecimento óptico de caracteres permite uma muito maior facilidade na recuperação da informação. No âmbito do presente projecto esta tem vindo a ser uma clara área de aposta, dando continuidade a uma linha de publicações em suporte digital iniciada no âmbito do IICT¹³.

A principal aposta do projecto passa, no entanto, pela construção de uma base de dados que transcenda o seu próprio universo e que, terminado aquele, possa ter continuidade, alimentada por um conjunto diferenciado de investigadores e capaz de responder a um conjunto igualmente diversificado de interrogações: a SPARES

A construção de uma base de dados com as características necessárias ao cumprimento deste objectivo implica a adopção de uma lógica própria no registo da informação, que passa pela sua desagregação nos elementos mais simples, ocorrência a ocorrência, fazendo corresponder cada uma delas a um registos individual e garantindo, dentro de cada registo de ocorrência, a repartição precisa da informação específica em campos autónomos e bem delimitados, com o objectivo de permitir a sua ordenação segundo um número alargado de critérios. A título de exemplo, refira-se que a base de dados da pequena nobreza não tem como objectivo disponibilizar, para cada uma das personagens identificadas, um único registo do qual conste a totalidade da informação recolhida para a globalidade das fontes compulsadas e que a ela se reportam. Antes opta por fazer corresponder cada uma dessas informações a um registo individual, assegurando a sua contextualização, no tempo e no espaço, remetendo para a fonte concreta que a suporta e para o respectivo protagonista. Desta forma, e a título meramente exemplificativo, se pretende garantir a possibilidade de obter não só a informação dos cargos e ofícios exercidos por um determinado protagonista, como também, simetricamente, a recuperação de todos os protagonistas que exerceram um determinado cargo ou ofício.

É esta característica que torna passível a continuidade da alimentação da base de dados, terminado o actual projecto, no âmbito de novos projectos ou de investigação de carácter individual. Tal implica, no entanto, a definição de critérios de registo da informação dentro dos diferentes campos que constituem cada registo, no sentido de garantir a sua uniformização, ou se se preferir, a sua normalização, única forma de garantir a sua coerência e consistência.

A recuperação da informação pertinente no âmbito de uma base de dados que se reporta a protagonistas inseridos nas diferentes camadas da pequena nobreza,

¹³ *Gavetas da Torre do Tombo*. [Edição em DVD]. Lisboa: IICT, 209. ISBN 978-972-672-980-8. Já no âmbito do actual projecto, *Portugaliae Monumenta Africana*. [Edição em DVD]. Em curso de publicação. Estão ainda em preparação outros instrumentos de trabalho a anunciar oportunamente.

caracterizadas por uma significativa taxa de homonímia passa, no âmbito do actual projecto, pela aplicação de normas e orientações desenvolvidas pela arquivística, mais precisamente no domínio da construção de pontos de acesso normalizados. Prevê-se, assim, para cada um dos protagonistas identificados e em relação aos quais é possível recuperar um conjunto diversificado de ocorrências, a construção de um ponto de acesso normalizado e unívoco. Simetricamente, tal procedimento será seguido para a informação registada para os lugares.

O objectivo último passa por, sem esquecer o princípio de que toda a informação existente numa base de dados é recuperável, ter em conta que é ainda obrigatório, para a tornar devidamente operacional enquanto instrumento de trabalho, que a informação registada possa ser ordenada segundo diferentes critérios, de acordo com as necessidades específicas de cada investigação. Passa também por permitir a exportação das ocorrências recuperadas para programas onde seja possível proceder ao seu tratamento, nomeadamente o estatístico.

A aposta numa base de dados com estas características tem múltiplas vantagens. O seu principal, inconveniente prende-se com o facto de só começar a ter um verdadeiro significado a partir de um elevado número de registos. Daqui decorre que o campo próprio para a sua criação e desenvolvimento inicial seja o de projectos de investigação colectivos, institucionalmente enquadrados e financiados.

Apesar de a base de dados da Pequena nobreza só dispor, actualmente, de pouco mais de quinze mil registos, permite já obter informação que, de outro modo, seria particularmente árduo recuperar. Importa mencionar que a filosofia que lhe está subjacente surge na sequência de um trabalho iniciado há mais de vinte anos por Jean Pierre Dedieu¹⁴. Está a ser implementada em colaboração com o projecto *Inquirir da honra*¹⁵, de que é investigadora responsável Fernanda Olival, estando a parte directamente informática a cargo de Carlos Caldeira¹⁶, responsável pelo desenvolvimento da SPARES.

Na base desta colaboração entre dois projectos distintos, encontrou-se a preocupação de promover a reflexão e um ponto de situação em relação às características das bases de dados a utilizar para o registo de grande volumes de dados resultantes da investigação, na fase de arranque do projecto, e que se materializou no *Seminário de metodologias: prosopografia, bases de dados e análise de redes: pressupostos teóricos e metodológicos*¹⁷. O objectivo foi o de rentabilizar recursos, criar sinergias na construção, desenvolvimento, implementação e utilização de uma aplicação informática que se espera venha a revelar-se um poderoso instrumento de trabalho.

Lisboa, IICT, 1 de Março de 2010

MIGUEL JASMIN RODRIGUES

(Investigador auxiliar do Instituto de Investigação Científica Tropical)

¹⁴ A este respeito, cf. *Les grandes bases de donnés: une nouvelle approche de l'histoire sociale: Le système Fichoz*. [Em linha]. [Acedido em 1 de Março de 2010]. Disponível em [www: <URL: http://ler.letras.up.pt/uploads/ficheiros/2377.pdf>](http://ler.letras.up.pt/uploads/ficheiros/2377.pdf).

¹⁵ PTDC/HAH/64160/2006: *Inquirir da honra: comissários do Santo Ofício e das Ordens Militares em Portugal (1570-1773)* – CIDEHUS.UE / FCSH.UNL / CITI.UE.

¹⁶ Departamento de Informática, U. Évora; CITI.

¹⁷ Organizado pelo CIDEHUS.UE; CITIE.UE; CHAM-FCSH-UNL; DGARQ; IICT, que decorreu em Lisboa, no IICT, entre 15 e 19 de Outubro de 2007.

Trabalhos arqueológicos no quadro do projecto «Ordenamento do Porto da Horta, 1.^a fase – Requalificação Marítima da Horta»

Entidade Financiadora: Consórcio formado pelas empresas *Somague – Engenharia*, *Somague – Edição*, *Tecnovia Açores*, *Conduril* e *AFA Açores*; Direcção Regional da Cultura dos Açores (DRaC)

Unidade de Investigação Promotora: CHAM

Investigadora Responsável: José António Bettencourt

Na sequência do Estudo de Impacte Ambiental efectuado em 2008¹, o CHAM encontra-se a desenvolver trabalhos de arqueologia preventiva no quadro do projecto de requalificação da frente marítima da cidade da Horta (ilha do Faial, Açores), que compreende a construção de um terminal de passageiros a norte do porto actual. A intervenção incluiu até à data a sondagem, a escavação e a remoção dos vestígios arqueológicos existentes no sítio Baía da Horta 1 (BH-001), um naufrágio disperso por uma vasta área entre os 8 e os 11 m de profundidade, com materiais relacionados com a carga, o funcionamento e o quotidiano a bordo do navio.

Entre os vestígios, sobressaem mais de seis dezenas de presas em marfim de elefante (dentes incisivos superiores), de espécie ainda indeterminada, com entre 0,30 m e 1,82 m de comprimento, que apresentam a mesma marca de propriedade incisiva numa das faces (figs. 1 e 2).



¹ José BETTENCOURT, Patrícia CARVALHO, Cristóvão FONSECA e Inês Coelho, «Componente Patrimonial do Estudo de Impacte Ambiental. Ordenamento do Porto da Horta 1.^a Fase – Requalificação da Frente Marítima da Horta (Ilha do Faial, Açores)», in *Anais de História de Além-Mar*, IX, Lisboa, CHAM, 2008, pp. 482-485.



As cerâmicas incluem diferentes fragmentos de grés fabricado no vale do Reno com decoração a azul de cobalto, de grés castanho alemão ou inglês e dois fragmentos em porcelana polícroma, com esmalte da paleta de cores da *família verde*, produzida no período Kangxi da dinastia Qing, entre 1662 e 1722². Salientam-se ainda vários fragmentos de potes vidrados no interior, utilizados a bordo para armazenamento de líquidos. No entanto, entre o material cerâmico, os cachimbos são o grupo mais expressivo, incluindo várias dezenas de forninhos, na sua maioria produzidos pelo mesmo fabricante, identificado pela marca R/M. Estes são uma produção inglesa do tipo mais comum entre 1700-1770 e as iniciais devem pertencer a um dos membros da família Manby's, com nome Richard, cuja produção se encontra documentada em Londres entre 1701 e 1763³.

Entre os vidros encontram-se um copo, garrafas de vinho e garrafas quadradas, estas últimas utilizadas normalmente para armazenar e servir gin ou medicamentos. Numa destas garrafas preservava-se uma tampa metálica, possivelmente em estanho, com uma rosa coroada, marca utilizada pelos fundidores da Flandres, Metz ou Nancy para diferenciar as suas produções de primeira qualidade⁴.

De destacar também a identificação de cinco bocas-de-fogo em ferro, quatro das quais foram removidas para a baía de Entre-os-Montes, onde se encontram visitáveis, duas armas de fogo, um amolador, um sino, uma colher, um botão de punho decorado com uma rosa, um dedal, uma moeda em prata cunhada no reinado de Carlos II da Grã-Bretanha (que reinou entre 1660 e 1685) e dois instrumentos em ferro com cabo em madeira.

² Maria Antónia Pinto de MATOS e Mary Salgado, *Porcelana Chinesa da Fundação Carmona e Costa*, Lisboa, Assírio & Alvim, 2002.

³ Comunicação pessoal de David Higgins.

⁴ Michel L'HOUE e Elisabeth VEYRAT, *Un corsaire sous la mer. L'épave de la Natière, Archéologie sous-marine à Saint-Malo*, Paris, Édition Adramar, 2000, pp. 32 e 33.

O estudo preliminar destes materiais indica que o naufrágio terá ocorrido nas primeiras três décadas do século XVIII. Sugere também que se tratam dos vestígios de um navio de nacionalidade inglesa, proveniente de África. De facto, além da pouca expressão quantitativa de materiais asiáticos no registo arqueológico, sabe-se que o marfim africano era preferido nas manufacturas Asiáticas, para onde era exportado directamente de África ou reexportado a partir do continente Europeu, apesar de ser frequente o abate de elefantes na Ásia. Na Europa, o marfim era presença comum no quotidiano, sendo nomeadamente utilizado no fabrico de pentes e cabos de faca, prática documentada no registo arqueológico e nas fontes escritas e iconográficas⁵.

A localização do naufrágio deverá estar relacionada com a escala técnica dos portos açorianos por navios ingleses envolvidos no tráfego comercial atlântico entre Inglaterra, África e as suas colónias americanas. Estes procuravam sobretudo o abastecimento de víveres e a reparação de pequenas avarias, transportando por vezes marfim nos seus porões, como a chalupa *Wiltad*, que fez escala no porto de Ponta Delgada quando voltava da Gâmbia com uma carga que incluía igualmente escravos e cera⁶.

Além da intervenção em BH-001, o CHAM acompanha actualmente os trabalhos de dragagem realizados no quadro da empreitada, no âmbito dos quais se localizaram duas áreas com potencial arqueológico - na primeira foram recuperados restos de um navio em madeira e na segunda quatro bocas-de-fogo em ferro.

Por fim, mencione-se que apesar de visar em primeiro lugar a minimização do impacte da obra sobre o património arqueológico na área de implantação do terminal de passageiros, este projecto permitiu alargar consideravelmente a capacidade operativa da equipa do CHAM na área da arqueologia subaquática e adquirir dados científicos relevantes para o estudo da navegação no Atlântico. Assim, após os trabalhos de campo, com fim previsto para 2011, o plano de intervenção inclui a sistematização, o estudo exaustivo dos dados e materiais arqueológicos e o seu enquadramento histórico, nomeadamente através da análise das fontes escritas sobre o porto da Horta e a navegação no Atlântico. Além da publicação e divulgação dos estudos a efectuar, está também prevista a monitorização dos materiais depositados em Entre-os-Montes.

JOSÉ BETTENCOURT
(CHAM)

⁵ Marloes RIJKELIJKHUIZEN, «Whales, Walruses, and Elephants: Artisans in Ivory, Baleen, and Other Skeletal Materials in Seventeenth- and Eighteenth-Century Amsterdam», *International Journal of Historical Archaeology*, 13.4. Amsterdão, Springer, 2009, pp. 409–429.

⁶ Avelino Freitas de MENESES, «Novas escalas ocasionais e relacionamentos exteriores», in Artur Teodoro de MATOS, Avelino Freitas de MENESES, e José Guilherme Reis LEITE (dir.), *História dos Açores. Dos descobrimentos ao século XX*, Vol. I, Angra do Heroísmo: Instituto Açoriano de Cultura, 2008, pp. 297-324.

Eventos

2009 – 18 de Dezembro – Lisboa

Jornadas Interdisciplinares para assinalar os 10 anos da transferência da administração de Macau para a República Popular da China

2009 – Setembro a Dezembro – Lisboa

Curso Livre:

A formação do Atlântico: África, Europa, Brasil e o Tráfico de Escravos

2009 – 11 de Dezembro – Lisboa

Workshop: Elites e o Império Português

2009 – 6, 7 e 8 de Dezembro – El-Jadida (Marrocos)

V Colóquio Internacional de História Luso-Marroquina

2009 – 26 a 28 de Novembro – Ponta Delgada

Colóquio Internacional: Representação de África e dos africanos na História da Cultura (Séculos XVI-XXI)

2009 – 26 a 28 de Novembro – Lisboa

V Jornadas de História das Monarquias Ibéricas:

Portugal na Monarquia Espanhola. Dinâmicas de integração e de conflito

2009 – 3|5|10|12|17|19|24 e 26 de Novembro – Lisboa

Ciclo de Conferências: A Mulher na China e em Macau. Passado e Presente

2009 – 29 a 31 de Outubro – Ponta Delgada

Colóquio: Das autonomias à autonomia e à independência: o Atlântico político entre os séculos XV e XXI

2009 – 19 a 20 de Outubro – Lisboa

Colóquio: Objectos Delicados: Repensar a Cultura Material.

A circulação de artefactos asiáticos rumo ao Ocidente

2009 – 19 e 20 de Outubro – Lisboa

Colóquio Internacional:

A expulsão da Companhia de Jesus dos domínios portugueses (1759-1761)

2009 – 24 de Setembro – Lisboa

Exposição Fotográfica: Eufrates: um rio de Histórias

Conferência: Investigações arqueológicas na região do Médio Eufrates Sírio

Juan Luís Montero Fenollós (Universidade da Coruña)

2009 – 7, 8 e 9 de Setembro – Lisboa

2.º Workshop: Relações de Portugal com a Pérsia durante a União Ibérica: A embaixada à Pérsia e os «Comentários de D. Garcia de Silva y Figueroa (1614-1624)»

2009 – 5 a 18 de Julho – Payerbach (Áustria)

Curso de Verão: 9.º Österreichisch-portugiesisches sommerkolleg

2009 – 18 a 20 de Junho – Hamburgo

Colóquio: Portugal, Hamburg und die deutschsprachige Welt während der europäischen Expansion nach Übersee

2009 – 16 de Junho a 27 de Setembro – Lisboa

Exposição Fotográfica: O Eufrates: um rio de Histórias

2009 – 6 de Junho – Lisboa

Colóquio: O Exótico ao Serviço do Poder

2009 – 4 de Junho – Lisboa

Exposição:

O Cortejo Triunfal com Girafas: animais exóticos ao serviço do poder

2009 – 20 de Maio – Lisboa

Jornada: Arquivos de Famílias – Épocas Medieval e Moderna

2009 – 7 e 8 de Maio – Horta (Faial, Açores)

Colóquio: Pequenos Espaços, Grandes Histórias.

Ilhas, enclaves e fortalezas na construção do Império

2009 – 29 de Abril – Lisboa

Apresentação do Livro: Negócios de Tanta Importância.

O Conselho Ultramarino e a disputa pela condução da guerra no Atlântico e no Índico (1643-1661), Edval de Souza Barros

2009 – 24 de Abril – Lisboa

Workshop: Portugal e o Mundo Ultramarino Português no âmbito da Monarquia Católica (1581-1640). Investigações em curso

2009 – 23 e 24 de Abril – Belmonte

III Jornadas de Património de Belmonte: À Descoberta do Novo Mundo

2009 – 20 de Março – Évora

Encontro Internacional: Elites e Poder Político na Monarquia Católica

2009 – 9 a 10 de Março – Lisboa, Museu do Oriente

Colóquio Internacional:

Percepções do Oriente e da Antiguidade na Europa da Época Moderna

2009 – 9 a 13 de Fevereiro de 2009 (Sevilha) / 16 a 17 de Fevereiro de 2009 (Lisboa)

Colóquio: Reinos e Impérios Ibéricos. Visões Comparadas

2009 – 5 de Fevereiro – Lisboa

Workshop: Apresentação de resultados do projecto PIAS

2009 – Anual – Lisboa, Évora e Ponta Delgada

4.º Ciclo de Conferências

Atlântico Ibero-Americano (séculos XVI-XVIII).

Perspectivas historiográficas recentes

2009 – Anual – Lisboa

Encontros sobre Arte e Império

2009 – Anual – Roma

Conferências do CHAM em Roma

2009 – Anual – Lisboa

Conferências do CHAM

Os programas completos destes eventos podem consultar-se em
<http://www.cham.fcsh.unl.pt/pages/actividades.htm>

Resumos / *Abstracts*

Luis Salas Almela

*El duque de Medina Sidonia en la crisis de 1640:
contexto e hipótesis para una conjura*

Abstract

This article explores the trends and desires of the ducal house of Medina Sidonia in the years prior to the conspiracy of the IX duke against Philip IV of Spain. These circumstances comprise a wide range of elements, including –among others– the state of the Spanish Atlantic trade and the political relation between the Spanish government and the kingdom of Portugal after the disturbances of Evora (1637-1638). By this, the article offers a different perspective of the famous conspiracy, adopting the point of view of the history of the Medina Sidonia's and their relations with the Castilian Crown. As a conclusion, the author raises the different options that the IX duke faced up to in the dramatic months that overcame in the Spanish Monarchy after the row of defeats in the years of 1639 and 1640, discussing those options under the light of the general crisis of the Spanish Monarchy.

Keywords: *Conspiracy – Crisis of 1640 – Atlantic trade – Portuguese Revolution.*

Resumo

O presente artigo indaga as dinâmicas e os desejos próprios da Casa Ducal de Medina Sidónia nos anos que antecederam à conspiração do IX duque contra o rei Filipe IV de Espanha. Ditas condições cingem um amplo campo de elementos, tais como a situação do comércio atlântico das Índias espanholas e as relações da corte de Madrid e o reino de Portugal depois dos acontecimentos de Évora (1637-1638). Assim, o artigo mostra uma diversa perspectiva da famosa conspiração do duque andaluz, sublinhando o ponto de vista da própria história dos Medina Sidónia e a suas relações com a Coroa de Castela. Como conclusão, o autor fornece uma discussão das diversas opções que o IX duque afrontava nos dramáticos meses que sucederam à série de derrotas dos anos 1639-1640, procedendo a discutir tais opções no quadro ampliado da crise geral da Monarquia Hispânica.

Palavras-chave: Conspiração – Crise de 1640 – Comércio atlântico – Restauração.

Juan Marchena Fernandez

*«De Espanha, nem bom vento nem bom casamento».
La guerra como determinante de las difíciles relaciones
entre las dos Coronas Ibéricas en la Península y en América. 1640-1808*

Resumo

As relações entre as Coroas ibéricas durante os séculos XVII e XVIII caracterizaram-se por acentuada belicosidade. De 1640 e até 1807 foram contínuos os confrontos nas fronteiras dos dois reinos, tanto na Península Ibérica, como na América, levando ao incremento das fortificações, à manutenção de exércitos permanentes e ao aumento dos gastos militares em detrimento das respectivas fazendas reais. Além disso, esta guerra quase permanente gerou um ambiente rarefeito entre as sociedades dos dois lados da fronteira, muito relacionando com a gestação de um sentimento colectivo de mútua rejeição e receio. Apesar disso, foram numerosos os oficiais portugueses que fizeram parte do exército da monarquia espanhola, especialmente na América. Neste artigo estudam-se as suas características sociais, vicissitudes e circunstâncias.

Palavras-chave: Guerra, exércitos, fronteira, militares, fiscalidade, técnica, sociedade colonial.

Abstract

Relations between the Iberian crowns in the 17th and 18th centuries were characterised by marked bellicosity. There were continuous skirmishes on the borders between the two kingdoms between 1640 and 1807, both in the Iberian Peninsula and in America. This led to a rise in the number of fortifications, the maintenance of a standing army and increased military expenditure to the detriment of the respective royal exchequers. Furthermore, this quasi-permanent war created a rarefied atmosphere between societies on both sides of the border which was closely linked to the gestation of a collective feeling of mutual rejection and fear. Nevertheless, many Portuguese officers joined the Spanish kingdom's army, particularly in America. This article studies their social characteristics, vicissitudes and circumstances.

Keywords: War, armies, border, military, tax, techniques, colonial society.

Cristina B. F. M. Gurgel e Rachel Lewinsohn

*Índios, Jesuítas, Bandeirantes:
o Uso das Plantas Medicinais no Brasil Colonial (Séculos XVI e XVII)*

Resumo

Majoritariamente isolados de centros urbanos significativos, os primeiros colonizadores beneficiaram-se dos conhecimentos empíricos indígenas a respeito do uso de plantas medicinais. Na ausência de profissionais médicos, os jesuítas acabaram tomando para si a responsabilidade de cuidar dos doentes, tornando-se *ipso facto* os principais cronistas e guardiães da documentação relevante da época. Mas coube aos bandeirantes a difusão do

uso de muitas (preparações de) plantas medicinais nativas, que ficaram conhecidas como «remédios de paulistas». Maracujá (*Passiflora incarnata*), ipecacuanha (*Psychotria emética*, *Cephaelis ipecacuanha* e outras espécies), óleo de copaíba (*Copaifera spp.*), jaborandi (*Pilocarpus jaborandi*), são apenas alguns exemplos da vasta farmacopéia herbal indígena.

A atitude dos médicos em relação ao herbalismo alternou entre aceitação nos primeiros séculos da colonização (forçosa, diante das circunstâncias) e rejeição (sobretudo no século XIX). Durante muito tempo a medicina ortodoxa negou a eficácia terapêutica do herbalismo, mas, com a recente ascensão das «medicinas alternativas», renasceu o interesse na sua aplicação e pesquisa. Todavia, plantas medicinais utilizadas originalmente pelos indígenas sempre foram e continuam sendo usadas pela população brasileira. Hoje em dia a fitoterapia está lentamente conquistando o seu legítimo lugar entre as disciplinas médico-terapêuticas.

Abstract

*Isolated from any urban centres of consequence, the first European settlers in Brazil availed themselves largely of the natives' empirical knowledge of medicinal plants. Since there were no trained physicians, the Jesuits took on the duties of looking after the sick, and became ipso facto the main chroniclers and custodians of the relevant documentation. But it was the explorers who spread the use of many native medicinal plants far and wide, which became known as "Paulista medicine". Passion-flower (*Passiflora incarnata* L.), ipecac (*Psychotria ipecacuanha* Brot.) Stokes, Ipecacuanha officinalis Arruda, *Cephaelis ipecacuanha* (Brot.) A. Rich., and other species, oil of copaiba (*Copaifera spp.*), jaborandi (*Pilocarpus jaborandi*, Holmes), are but a few examples of the vast indigenous pharmacopeia.*

The attitude of physicians towards medicinal plants alternated between acceptance in the first centuries of colonization (inevitable, owing to circumstances) and outright rejection (especially in the 19th century). For a long time orthodox medicine simply ignored them, until in recent years the rise of so-called alternative medicine rekindled interest in their research and therapeutic use. However, medicinal plants used by the Indians have always been, and continue to be, widely used by the Brazilian population. At present, phytotherapy is slowly conquering its rightful place in the ranks of medico-therapeutic disciplines.

Rui Gomes Coelho

Comportamentos de resistência à integração colonial na Amazônia portuguesa (século XVIII)

Resumo

Considerando que a Amazônia sob domínio português é marcada pela heterogeneidade do poder, procuramos identificar os comportamentos presentes na sociedade amazônica do século XVIII em confronto com o processo de integração colonial. Propomos a existência de três tipos alargados desses comportamentos de resistência: resistência violenta, resistência jurídica e resistência cultural. Cada um deles é potencialmente transversal tanto às identidades étnicas como de gênero, assumindo-se assim um modelo passível de ser utilizado em análises contextuais no espaço e período em causa.

Palavras-chave: Amazônia, resistência violenta, resistência jurídica, resistência cultural, integração colonial.

Abstract

Under the Portuguese government Amazonia is highlighted by its power heterogeneity. This way we try to identify Amazonian society's behaviors in 18th century that confronts the colonial assimilation process. We propose three types of resistance behaviors: violent, juridical and cultural resistance, each one potentially transversal to ethnic and/or gender identities, therefore allowing us to assume a possible framework to be used in contextual analysis over this region and period.

Keywords: Amazonia, violent resistance, juridical resistance, cultural resistance, colonial integration.

Roberta Giannubilo Stumpf*O ouro nobilitante: a nobreza na capitania de Minas Gerais***Resumo**

Este artigo tem como objetivo discutir a aplicação das categorias sociais do modelo estamental à compreensão da realidade americana de Setecentos. Para tanto, investiga as trajetórias ascensionais dos súditos que residiam na Capitania de Minas Gerais que, por contribuírem após 1750 com mais de oito arrobas anuais para as Casas de Fundição, conquistaram uma insígnia de um hábito de uma Ordem militar. A análise dos percursos de vida destes súditos contribui assim para mostrar que critérios societários de distintas abrangências, locais e reinóis, tiveram acolhimento na consolidação das hierarquias sociais e no estabelecimento da nobreza nas Minas, região que, não obstante suas singularidades, possuía também pontos em comum com as demais capitanias americanas.

Palavras-chave: Nobrezas coloniais / América portuguesa / Século XVIII / Minas Gerais / Cavaleiros das Ordens Militares.

Abstract

The aim of this article is to discuss the application of the social ranks of the estates model to the comprehension of 18th century American reality. To do this it investigates the ascending trajectories of the subjects living in the Captaincy of Minas Gerais who contributed after 1750 with more than eight arrobas per year to the Casa de Fundição and thus conquered an insignia of the habit of a military order. An analysis of the life history of these subjects thus helps to show which social criteria of different origins, both local and born in Portugal, were adopted in the consolidation of the social hierarchies and the establishment of the nobility in Minas, a region that despite its singularities also had points in common with the other American captaincies.

Keywords: Colonial nobilities / Portuguese America / 18th century / Minas Gerais / Knights of the Military Orders.

Fabiano Vilaça dos Santos

O governo e os governadores do Estado do Grão-Pará e Maranhão: recrutamento, trajetórias e remuneração de serviços (séculos XVIII-XIX)

Resumo

Este artigo aborda o governo e o perfil dos governantes das capitanias do Estado do Grão-Pará e Maranhão (Pará, Maranhão, Piauí e Rio Negro), na conjuntura de redefinição da política colonial no período pombalino. Com base na historiografia brasileira e estrangeira, são analisados os critérios de seleção (origem, formação, experiências) e as remunerações de serviços dos que atuaram naquelas capitanias entre 1751 e 1780. A análise das trajetórias (algumas encerradas no início do século XIX) abrange os percursos dos agentes após seu retorno a Portugal e avalia a importância do governo do Estado na promoção dos indivíduos no Real Serviço.

Palavras-chave: Estado do Grão-Pará e Maranhão – governo colonial – trajetórias – biografia – Real Serviço.

Abstract

This paper addresses the governor and the profile of those who ruled the captaincies of the State of the Grand Pará and Maranhão (Pará, Maranhão, Piauí and Rio Negro), in the context of redefining colonial politics in the “pombalino” period. Based on both Brazilian and foreign historiography, we discuss the criteria for selection (origin, professional background, experience) and the recompenses offered to the higher authorities of those captaincies between 1751 and 1780. The analysis of their careers (some ended early in the nineteenth century) also covers their return to Portugal and assesses the importance of State Government in promoting individuals in Royal Service.

Keywords: State of the Grand Pará and Maranhão – colonial governor – careers – biography – Royal Service.

Pablo Antonio Iglesias Magalhães

*A palavra e o Império:
a propósito de uma Arte da Grammatica impressa na Bahia em 1811*

Resumo

O texto discute o a importância da publicação, na Bahia em 1811, da *Arte da Grammatica Portuguesa* de Pedro José de Figueiredo pelo tipógrafo Manuel Antonio da Silva Serva. É investigada a importância política e cultural do referido livro no contexto da administração colonial portuguesa na transição do século XVIII para o XIX, analisando a política editorial do período joanino no Brasil.

Palavras-chave: Gramática. Tipografia Silva Serva. Império Português. Política de Publicação Ultramarina.

Abstract

The text discusses the relevance of the publication, on Bahia in 1811, of the Arte da Grammatica Portuguesa of Pedro José de Figueiredo for the typographer Manuel Antonio da Silva Serva. It investigated the political and cultural relevance of the related book in the context of portuguese colonial administration in the transition of century XVIII for the XIX, analyzing the publishing politics of the joanino period in Brazil.

Keywords: Grammar. Typography Silva Serva. Portuguese Empire. Ultramarine Publishing Political.

Tereza Cristina Kirschner

*Um pouco de historiografia:
a representação do passado colonial brasileiro a partir da independência*

Resumo

O tema deste ensaio, de natureza historiográfica, tem como objetivo tecer algumas considerações sobre a repercussão do discurso elaborado pelas elites promotoras da independência política, em 1822, na historiografia brasileira. Orientou o trabalho a hipótese de que boa parte da historiografia reproduziu acriticamente esse discurso e incorporou-o como um fato histórico de valor explicativo não apenas para a independência como para o passado colonial. O ensaio examina, ainda que sumariamente, esse processo de construção historiográfica.

Palavras-chave: Historiografia brasileira – Independência do Brasil – Período colonial.

Abstract

The subject of this historiographic essay is to weave considerations on the repercussion of the discourse produced by the elites who promoted political independence in 1822 in Brazilian historiography. The work was guided by the possibility that a major part of the historiography reproduced that discourse acritically and incorporated it as an historical fact that not only explained independence but also the colonial past. Although cursorily, the essay also examines this process of historiographic construction.

Keywords: Brazilian historiography, Independence of Brazil, colonial period.

Dejanirah Couto

Les missions diplomatiques portugaises en Perse dans la première moitié du XVI^e siècle: les audiences de Miguel Ferreira (1514) et de Fernão Gomes de Lemos (1515) à la cour de Châh Esma'îl safavide

Resumo

Nos primeiros decênios do século XVI, a Pérsia Safávida constituiu um desafio diplomático considerável para a Coroa portuguesa. Instalados em Goa a partir de 1510, os

portugueses, que haviam fundado cinco anos antes o Estado da Índia, esperavam encontrar na nova potência xiita um aliado político e militar fiável contra os Mamelucos do Cairo e os otomanos de Istambul. Impregnado de missianismo joaquimita, este projecto vital para a política externa portuguesa inscrevia-se no vasto movimento europeu de Cruzada contra os estados muçulmanos do Levante.

Depois de gizar uma aliança com a Abissínia cristã, D. Manuel I retomou as suas iniciativas diplomáticas, desta vez junto de chãh Esmâ'il. Contudo, apesar do regimento do vice-rei D. Francisco de Almeida preconizar o estabelecimento de contactos pacíficos com os potentados islâmicos, à excepção do sultanato mameluco, Afonso de Albuquerque lançou-se em 1506 na conquista de Ormuz, chave do seu projecto político de domínio do Índico ocidental. Após a tomada desta cidade, em 1515, o governador procurou convencer a Corte de Lisboa da sua actuação, apressando-se a enviar embaixadas ao soberano Safávida, destinadas sobretudo a moderar a sua fúria ante a conquista do principado mercantil que considerava seu vassalo.

O presente artigo examina, a partir de várias fontes portuguesas e persas, os desafios políticos ligados às duas primeiras embaixadas enviadas por Albuquerque a Chãh Esmâ'il, entre 1510 e 1515, estudando-as sob o prisma das audiências reais, vitais para entender as negociações diplomáticas. Trataram-se de iniciativas que ultrapassaram em muito «o negócio de Ormuz» e as questões do Golfo Pérsico, já que tradicionalmente era grande a influência económica, religiosa e política dos persas nos sultanatos indianos, comportando o xiismo inicial uma dimensão fortemente expansionista.

Deste estudo sobressai a política de altos e baixos, imprevistos e «bluff», mas também as estratégias de acomodação empregues pelos portugueses nas suas relações diplomáticas com os persas. Estes, monopolizados pelos conflitos com os otomanos e respeitando também a tradicional independência de Ormuz, acomodaram-se à presença portuguesa nas margens do Golfo Pérsico, apesar das relações permaneceram pouco cordiais e conheceram períodos de tensão. Se a aliança desejada por D. Manuel I não chegou a efectivar-se, deixou porém as suas marcas, visto que o imperador Maximiliano II pensou nela em 1565, graças ao seu projecto *Per viam Portugalensem*. O contencioso luso-persa acabou por acarretar uma relação diplomática duradoura e um estilo de negociações luso-oriental, caracterizado pela sujeição dos portugueses às normas da diplomacia asiática, até 1622, quando Ormuz caiu em mãos de Chãh 'Abbâs I e da *East India Company*.

Palavras-chave: Pérsia Safávida, Estado da Índia, Diplomacia, Embaixadas, sultanatos indianos, Golfo Pérsico.

Abstract

In the first decades of the 16th century Safavid Persia presented a considerable diplomatic challenge for the Portuguese crown. The Portuguese, who had settled in Goa in 1510 and five years earlier had founded the State of India, hoped to find a reliable political and military ally in the new Shiite power against the Mamluks of Cairo and the Ottomans of Istanbul. Impregnated with Joachimite Messianism this crucial project for Portuguese foreign policy was part of the broader European crusade movement against the Muslim states of the Levant.

Having outlined an alliance with Christian Abyssinia, D. Manuel I reprised his diplomatic initiatives, this time with Shah Esmâ'il. Nevertheless, although Viceroy D. Francisco de Almeida's instructions were to establish peaceful contacts with the Islamic powers, with the exception of the Mamluk sultanate, in 1506 Afonso de Albuquerque launched himself into the conquest of Hormuz, the key to his political project to control the western Indian Ocean.

After seizing the city in 1515 the Governor tried to win over the Court in Lisbon to his action, and hastened to send embassies to the Safavid sovereign aimed mainly at cooling his anger over the conquest of a commercial principality he considered his vassal.

Based on various Portuguese and Persian sources this article examines the political challenges linked to the first two embassies sent by Albuquerque to Shah Esmâ'il between 1510 and 1515, studying them from the perspective of the royal audiences which were essential to understand diplomatic negotiations. These initiatives largely exceeded the "case of Hormuz" and the problems of the Persian Gulf as by tradition the Persians exerted considerable economic, religious and political influence over the Indian sultanates, the initial Shi'ism having a strong expansionist dimension.

*This study highlights political ups and downs, improvisations and bluffs but also the strategies of adaptation employed by the Portuguese in their diplomatic relations with the Persians who were engrossed in their conflicts with the Ottomans and although also respecting the traditional independence of Hormuz, became accustomed to the presence of the Portuguese on the shores of the Persian Gulf. Nevertheless, relations were hardly cordial and lived through various tense periods. Whilst the alliance that D. Manuel I so ardently desired never materialised, it did leave its marks, as Emperor Maximilian II thought of it in 1565, because of his project entitled *Per viam Portugalensem*. In the end the Luso-Persian dispute resulted in a lasting diplomatic relation and a Luso-Oriental style of negotiation characterised by the Portuguese submitting to the rules of Asian diplomacy until 1622 when Ormuz fell into the hands of Shah 'Abbâs I and the East India Company.*

Keywords: *Safavid Persia, State of India, Diplomacy, Embassies, Indian sultanates, Persian Gulf.*

Graça Almeida Borges

Um Estreito Globalizado: a luta por Ormuz (1622) e a globalização das relações internacionais no período moderno

Resumo

Este estudo procurou analisar o conflito pelo Estreito de Ormuz de 1622 à luz da história global e situá-lo na discussão sobre a cronologia da globalização enquanto processo de longa duração. Ao projectar no Golfo Pérsico os conflitos que na Europa caracterizavam as relações entre portugueses, espanhóis, ingleses e holandeses, e ao cruzá-los com aqueles que no Médio Oriente e na Ásia Central pautavam as relações entre persas, otomanos, uzbeques e mogóis, a luta por Ormuz no primeiro quartel do século XVII poderá servir como um exemplo sintomático da globalização das relações internacionais no Período Moderno.

Palavras-chave: Ormuz; Golfo Pérsico; Relações Internacionais Euro-Asiáticas; Rivalidade e Conflito; Globalização; História Global.

Abstract

This study sought to analyze the conflict for the Strait of Hormuz (1622) under the perspective of global history and to place it within the discussion about the chronology of globalization as a long-term process. By projecting in the Persian Gulf the conflicts which

in Europe characterized the relations between Portuguese, Spanish, English and Dutch, and by crossing them with those which in the Middle East and Central Asia marked the relations between Persians, Ottomans, Uzbeks and Mughals, the fight for Hormuz in the first quarter of the seventeenth century might be interpreted as a symptomatic example of globalization of international relations in the Early Modern Period.

Keywords: Hormuz; Persian Gulf; Eurasian International Relations; Rivalry and Conflict; Globalization; Global History.

Rita Carvalho

Bitter Enemies or Machiavellian Friends? Exploring the Dutch-Portuguese Relationship in Seventeenth-Century Siam

Resumo

O presente artigo propõe uma reavaliação da relação entre Portugueses e Holandeses no Sião durante o século XVII. O facto de serem analisadas exclusivamente fontes holandesas permite a identificação de vários elementos-chave da percepção holandesa e, consequentemente, a construção de uma imagem da presença portuguesa na região. Uma vez em posse destas ferramentas metodológicas, a versão oficial de inimizade expressa nas fontes portuguesas pode ser eficazmente questionada. Seria a relação entre Portugueses e Holandeses definida pela rivalidade ou haveria espaço para cooperação?

O Sião (actual Tailândia) foi um reino independente, nunca ocupado total ou parcialmente por Portugueses ou Holandeses, constituindo por essa mesma razão um terreno de estudo ideal. Para mais, a interferência dos poderes locais Siameses na resolução de conflitos resultantes da rivalidade entre Portugueses e Holandeses é outro aspecto importante a considerar.

A rivalidade entre Portugueses e Holandeses irá ser dissecada ao longo do artigo e cada parte que a constitui analisada separadamente. Os momentos de cooperação revelados pelas fontes holandesas serão enfatizados, pois apresentam uma perspectiva renovada da relação entre Holandeses e Portugueses. Por último, através do estudo de caso do bandel de Sião (o estabelecimento Português em Ayutthaya), será posto em evidência o papel crucial da documentação arquivística holandesa para o estudo da presença portuguesa na Ásia do Sudeste continental.

Palavras-chave: Sião; Ayutthaya; VOC, bandel de Sião; rivalidade entre Portugueses e Holandeses; cooperação; percepção.

Abstract

The scope of this article is to reassess the nature of the Luso-Dutch relationship in Siam during the seventeenth century. Analysing Dutch sources exclusively allows one to be aware of important key-features of Dutch perception, and to obtain an image of the Portuguese presence in the region. With those methodological tools, one is really to question the official version of bitter rivalry expressed in Portuguese sources. Was Dutch-Portuguese relationship defined by rivalry or was there space for partnership?

Siam (modern Thailand) was an independent kingdom which had never been occupied by the Portuguese neither by the Dutch, being for that same reason an ideal field of study. Additionally, the articulation between Siamese local power and Europeans in solving conflicts which resulted from Dutch-Portuguese rivalry is another aspect to be taken into account.

*Dutch-Portuguese rivalry will be disassembled, and each part analysed separately. The cooperative moments between the two people disclosed by Dutch sources will have special coverage, as they present us with a renewed perspective of Luso-Dutch relationship. Finally, through the case study of the *bandel de Sião* (the Portuguese settlement in Ayutthaya) it will be shown how essential can Dutch archival material be for the study of the Portuguese presence in mainland Southeast Asia.*

Keywords: *Siam; Ayutthaya; VOC; bandel de Sião; Dutch-Portuguese rivalry; partnership; perception.*

NORMAS DE COLABORAÇÃO

- Os *Anais de História de Além-Mar* são uma revista especializada em estudos sobre os Descobrimientos e a Expansão Portuguesa, no seu enquadramento histórico e em comparação com fenómenos paralelos de história dos territórios e dos povos contactados pelos portugueses, assim como nos efeitos provocados por este processo na História de Portugal e do Mundo.
- As colaborações com artigos ou resenhas são bem-vindas, desde que sejam inéditas.
- Serão editados textos nos seguintes idiomas: português, espanhol, francês e inglês.
- Todos os textos devem ser enviados à Redacção da Revista, para o endereço electrónico do CHAM: anais.cham@fcsh.unl.pt. Os artigos devem ser acompanhados de um resumo, com um máximo de 100 palavras, em português e em inglês, e de 4 a 6 palavras-chave.
- A proposta deverá apresentar na primeira página o nome dos autores e das instituições em que desenvolvem a sua actividade de investigação, bem como o seu endereço de e-mail.
- A decisão sobre a publicação dos textos compete ao Conselho Editorial, depois de considerados os pareceres de dois *referees*, num processo que assegurará o anonimato dos autores.
- Qualquer decisão tomada sobre as propostas recebidas será comunicada aos autores.
- A aceitação de um texto para publicação supõe a transmissão dos direitos de copyright para o editor da Revista.
- Os direitos sobre as eventuais imagens introduzidas nos artigos são da exclusiva responsabilidade dos autores.
- Aos autores será facultada a revisão de uma prova tipográfica, que terá de ser devolvida à Redacção da Revista num prazo de 15 dias.
- A cada autor será oferecido um exemplar da Revista que contiver o seu texto.

NORMAS DE APRESENTAÇÃO DOS TEXTOS

Apresentação dos originais:

Folhas A4 em formato digital, dactilografadas num qualquer editor de texto, com tipo de letra Times New Romans, tamanho 12, a espaço duplo.

Gráficos e Imagens em formato digital JPEG, GIF ou TIF.

Citações devem ser feitas em notas-de-rodapé, ao longo do texto, respeitando os critérios plasmados nos exemplos que se seguem.

CITAÇÕES BIBLIOGRÁFICAS

Primeira ocorrência. Exemplos:

Frédéric MAURO, *Études économiques sur l'expansion portugaise (1500-1569)*, Paris, Gulbenkian, 1970, pp. 13 segs.

Raul PROENÇA (ed.), *Guia de Portugal, I. Generalidade: Lisboa*, Lisboa, Gulbenkian, 1975.

Verónica IONS, *Egyptian Mythology*, Londres, Hamlyn, 1982.

Sanjay SUBRAHMANYAM, «Making India Gama: The Project of Dom Aires da Gama (1519) and Its Meaning», in *Mare Liberum* 16 (1998), pp. 33-55.

A. RUSSEL-WOOD, «Men under stress: the social environment of the *Carreira da Índia* (1550--1750)» in Luís de Albuquerque e Inácio Guerreiro (eds.), *II Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa*, Lisboa, 1985, pp. 19-35.

Fernando BOUZA ÁLVAREZ: «Para qué imprimir. De autores, público, impresores y manuscritos en el Siglo de Oro» in *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 18 (1997), pp. 31-50 [em linha] [Consult. 29 Feb. 2008] Disponível na WWW, em: <URL: <http://www.ucm.es/BUCM/revistas/ghi/02144018/articulos/CHMO9797120031A.PDF>>

Ocorrências seguintes. Exemplo:

F. MAURO, *Études...*, cit., pp. 117 segs.

BOLETIM DE ASSINATURA / COMPRA / PERMUTA
(SUBSCRIPTION ORDER)

Enviar para (*Send to*):

Anais de História de Além-Mar / CHAM
Av. de Berna, 26-C, Torre B, 6.º Piso
1069-061 Lisboa – Portugal

E-mail : cham@fcsh.unl.pt
Tel. : 00 351 + 21 797 21 51
Fax : 00 351 + 21 790 83 08

Assinatura (*Subscription*):

Desde (*Since*): _____ Ano (*Year*) / _____ Número (*Number*), inclusive.

Compra de números avulsos (*Order of separated issues*):

Anos (*Years*) / Números (*Numbers*) _____

Custo de números avulsos (*Cost for separated issues*):

1 Volume (*1 issue*) – 15 € (+ postage cost, for Foreign Countries)

Custo promocional da assinatura (*Promotional subscription rate*):

3 Anos / 3 Volumes (*3 Years / 3 issues*) – 40 € (+ postage cost, for Foreign Countries)

Forma de pagamento (*Way of payment*):

Transferência bancária (Bank transfer) para a conta do CHAM (Millenium BCP):
NIB: 0033 0000 0020 2935 7380 5 (a partir de Portugal)
IBAN: PT50 0033 0000 0020 2935 7380 5 (from Foreign Countries)
SWIFT : BCOMPTPL

Dados pessoais / *Identification* :

Nome (*Name*): _____

Morada (*Adress*): _____

E-mail: _____

Tel.: _____

PARA PERMUTAS (*FOR EXCHANGE*):

Enviar proposta (*Send to*):

Sofia Diniz
Biblioteca do CHAM
Av. de Berna, 26-C, Torre B, 6.º Piso
1069-061 Lisboa – Portugal

E-mail : cham@fcsh.unl.pt
Tel. : 00 351 + 21 797 21 51
Fax : 00 351 + 21 790 83 08

Publicação para troca (*Publication for Exchange*):

Título (*Title*): _____

Responsável pela publicação (*Editor*): _____

Morada (*Adress*): _____

E-mail: _____

Tel.: _____



